3 1761 09546582 9

Digitized by the Internet Archive
in 2014

http://archive.org/details/elmanuscritodeun0304prez

LS
P4386m

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA POR

D. EUSEBIO PLANAS

SEGUNDA PARTE

TOMO III

309157
11. 1. 35

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

Calle de Casanova, número 8

1877

ES PROPIEDAD DE LOS SRES. MONTANER Y SIMON

LIBRO PRIMERO

UNA VOLUNTAD DE HIERRO

CAPÍTULO PRIMERO

EL HOMBRE DE LOS CABELLOS BLANCOS

Serian las once de la noche.

La luna, hermosa como el primer dia que fué creada á la voz del Hacedor, tendia los rayos luminosos de su frente sobre el poético lago Leman.

Algunas embarcaciones, empavesadas como las góndolas venecianas, cruzaban el lago, haciendo el efecto, á lo léjos, de esas movibles luciérnagas de noche que brillan y se apagan reteniendo nuestras codiciosas miradas.

De vez en cuando se oia el cántico de algun desvelado marinero, ó la voz armoniosa de algun estranjero, que, recorriendo el lago en la frágil barquilla durante las noches de luna, se entusiasma al contemplar tanta

poesía, y dedicando un recuerdo á su lejana patria, con el alma adormecida entona un canto popular de su país, de aquella tierra en donde ha visto el sol por la vez primera.

Porque en las poéticas orillas del lago Leman se canta con el idioma de todos los países del mundo; porque allí ha acudido de todos los puntos del universo, á exhalar un grito de admiracion, esa gran familia que necesita, para no morirse de tedio, abandonar el hogar doméstico durante una temporada del año.

¿Quién no visita la pintoresca Suiza cuando se decide á traspasar las fronteras de su país natal? ¿Quién no sueña en recorrer los valles, los montes y los lagos de la patria de Guillermo Tell, cuando arregla sus maletas para hacer un viaje por el estranjero? ¿Quién no recrea el ánimo y la mirada, admirando la maravillosa armonía de un país en donde los campesinos son escultores y la Providencia ha derramado todas sus gracias, todos sus dones, todas sus bellezas?

Pero ya otras veces hemos hablado de esto, y creemos muy del caso entrar de lleno en el relato de esta historia.

En uno de los infinitos «chalets» que pueblan las pintorescas orillas del lago de Ginebra, cercándole, por decirlo así, como una bandada de blancas palomas; en uno de aquellos pequeños y caprichosos palacios que sirven á los estranjeros de nido durante la risueña temporada de las flores y los frutos, se hallaba un hombre, ó por mejor decir, un anciano asomado á la ventana.

Tenia los codos apoyados en la terrapisa y la barba hundida entre las dos manos, la mirada tristemente fija en el casi perdido horizonte del lago, y el cuerpo tan inmóvil, que aquel hombre parecia la estatua de la Meditacion.

Ni un solo músculo se movia de su rostro: estaba inmóvil, como si la sangre que circulaba por sus venas careciese del calor vital que da vida al cuerpo.

Pálido, enjuto de rostro y con la cabeza blanca como la eterna nieve del monte Ararat, bastaba ver aquel silencioso contemplador del lago, para adivinar en sus hundidos ojos y en el cerco amoratado que les rodeaba como el marco de un retrato, que algo terrible, verdaderamente dramático, pasaba en su alma.

La ventana se elevaba del suelo escasamente cuatro piés, y las orillas del lago solo se separaban de los muros de la casa por un pequeño parque á la inglesa, donde se veian cuatro cedros de ódora estendiendo sus verdes y poéticos brazos, y una praderita sembrada de ruygras.

Al estremo del parque se alzaba, formando línea recta con el lago, una sencilla empalizada de madera.

Las aguas lamian la tierra que servia de base á esta empalizada.

El hombre que nos ocupa, silencioso espectador de aquel hermoso panorama, que poetizaban los rayos de la luna, tendria de sesenta á sesenta y cinco años de edad.

Su rostro, verdaderamente descarnado como el de Voltaire, pálido y fino, tenia una espresion de malicia y tristeza á la vez, bastante difícil de definir.

Este personaje, á quien nos atrevemos á calificar de filósofo escéptico, se llamaba el conde de la Fé.

El conde de la Fé permaneció cerca de una hora en la actitud en que le hemos descrito.

Diríase que aquel hombre tenia la propiedad de las aves nocturnas en sus pequeños y hundidos ojos, es decir, de ver los objetos entre las sombras de la noche; porque, á pesar de su gran inmovilidad, nada pasaba desapercibido para él en una gran distancia del lago.

De pronto hizo un movimiento bastante brusco, inclinó la cabeza hácia la izquierda y volvió á quedarse inmóvil, fijando su penetrante mirada con cierta tenacidad en un punto del lago.

Sus facciones, poco antes frias é indiferentes como el escepticismo que helaba su alma, se reanimaron, y sus delgados y descoloridos labios se entreabrieron para formular una sonrisa que hubiese envidiado Maquiavelo. ¿Qué miraba con tanto interés? ¿Por qué la inmóvil y casi muerta espresion de su semblante se reanimaba de una manera marcada? Busquemos en el lago siguiendo la direccion de sus miradas, y veremos una barca que, con su pequeña vela latina desplegada, corta con su quilla las serenas aguas del lago, empujada por la suave brisa de la noche.

La proa de aquella barca, bordeando la orilla, se dirige precisamente hácia la ventana donde se halla el conde de la Fé.

Un marinero fuma su pipa de madera, sentado junto al último palo de la embarcacion.

Como nada tiene que hacer aquel honrado hijo del trabajo en aquellos momentos, porque la brisa sirve de motor á su nave, fuma y tal vez sueña despierto, propiedad del hombre en todas las categorías sociales, especie de recompensa que la Providencia concede á la imaginacion en las horas de descanso.

Pero indudablemente, no es el marinero quien llama la atencion del conde de la Fé, sino dos hombres, que, sentados en el banquillo de popa, departen con sumo interés.

De vez en cuando la luna, escesivamente clara y hermosa aquella noche, deja caer un rayo de su luz sobre la cabeza de los nocturnos viajeros, lo cual basta al conde de la Fé para conocer á los que se dirigen hácia su casa.

La barca continuaba su marcha, no con gran rapidez, pues la brisa era floja.

Cuando estuvo á unas cien brazas de la empalizada del parque, el conde volvió á cambiar de postura, y convencido sin duda de que no se habia equivocado, se dijo hablando consigo mismo:

—¡Ah! parece que por fin se decide á visitarme. La hora no es la mas oportuna; pero indudablemente habrá tenido hoy muchas ocupaciones. Pero ¿cómo no viene solo? ¿Querrá que su amigo Julio de Monforte le ayude en su empresa? ¡Bah! tengo la mala costumbre de pensar siempre poco favorablemente de los hombres; Daniel es valiente, y si se hace acompañar de su amigo, será por distraerse durante la travesía.

En este momento la barca atracó junto á la empalizada, y uno de los dos jóvenes saltó á tierra.

El otro permaneció sentado en el banquillo de popa.

—¡Viene solo!—volvió á decirse el conde.—No me habia equivocado.

Entonces el conde se retiró de la ventana, cuyas maderas dejó solamente entornadas; dirigióse hácia una mesa sobre la que habia una lámpara encendida y algunos libros; abrió uno de los cajones de la mesa y examinó en silencio un pequeño rewolver norte-americano del sistema Smith, guardándole luego en uno de los bolsillos del gaban.

El semblante del conde de la Fé, á pesar de las precauciones que acababa de tomar, permaneció sereno como si no temiese ningun peligro.

Trascurrieron escasamente cuatro minutos.

Una mano abrió las entornadas puertas de la ventana y un hombre saltó con ligereza dentro de la habitacion.

El que de modo tan brusco penetraba en aquella casa era un jóven que apenas frisaria en los veintidos años.

Su semblante era hermoso y distinguido, sus ojos grandes, llenos de vida y espresion.

Vestia un traje sencillo y elegante, y llevaba calado hasta las cejas un pequeño hongo de seda.

Al ruido que hizo al saltar desde la ventana á la habitacion, el conde levantó la cabeza sin sobresalto, apartando los ojos del libro que fingia leer, y colocándose la mano derecha sobre la frente en forma de pan-

talla, como para ver mejor, dijo con admirable naturalidad:

—¡Ah!... eres tú, Daniel. Veo que no pierdes la mala costumbre de entrar en casa por la ventana. Afortunadamente, la sangre que circula por mis venas es bastante fria para no sobresaltarse. ¡Buenas noches!...

Daniel avanzó dos pasos sin hablar.

En sus grandes y hermosos ojos brillaba algo terrible, amenazador, y en sus labios, trémulos y entreabiertos, dibujábase una sonrisa poco tranquilizadora.

Además, llevaba rodeada al cinto una correa de charol, de la que pendia un rewolver.

CAPÍTULO II

EL FUEGO Y LA NIEVE

Daniel siguió avanzando, sin apartar la mirada del conde, hasta llegar á dos pasos de distancia de la mesa.

Ni un solo músculo del semblante del anciano se conmovió. Sus ojos mantuvieron la mirada del jóven sin pestañear.

Diríase que aquellas dos miradas que se encontraban, de la una brotaba fuego, de la otra nieve.

El conde era hombre sereno; tenia, además, un temperamento á propósito para ocultar las emociones de su alma.

La pálida epidermis de su rostro no se coloreaba nunca, ni cambiaba jamás. Todas las tempestades del corazon no lograban enrojecer la piel de sus mejillas.

Sin embargo, comprendia que aquella situacion no podia durar. Era preciso terminarla cuanto antes, y creyendo haber encontrado la mejor manera de abordar la cuestion, dijo:

—¿Por qué me miras de ese modo? ¿Por qué despiden relámpagos tus pupilas? ¿Es así como pagas la inquietud que me ha causado tu ausencia? Hace mas de treinta y seis horas que estoy esperando, y cuando vuelves, no te arrojas á mis brazos. No te creia tan ingrato.

Daniel escuchó silencioso, inmóvil, todas las cariñosas reconvenciones que le dirigia el conde, y cuando pronunció la última sílaba, sonriéndose de un modo sarcástico, dijo con acento nervioso:

—Señor conde, creo que ha llegado la hora en que termine la falsedad y la hipocresía.

El conde hizo un movimiento brusco como el hombre que se admira ó finge admirarse de lo que oye.

—¡La falsedad!... ¡la hipocresía!...—repitió;—¿has perdido el juicio?

—Bien sabe usted que no, y vuelvo á repetirle que es inútil el fingimiento; la venda ha caido de mis ojos, la luz de la verdad brilla con todo su esplendor, y afortunadamente, ya sé á qué atenerme con respecto á las paternales consideraciones que el conde de la Fé ha tenido con el huérfano Daniel.

—¡Jóven!—añadió el conde con una entonacion tan grave, tan digna, que hubiera envidiado el mas famoso de los cómicos.—¿Debo tomar esas palabras como una broma inconveniente, ó como una reconvencion que entraña un insulto?

—Puede usted tomarlas del modo que mejor le plazca, —repuso Daniel haciendo un movimiento de indiferencia con los ojos.—Desde este instante nada de comun

existe entre nosotros, señor conde, si se esceptúa el derecho que me asiste para venir á pedirle una satisfaccion por la conducta que ha seguido conmigo.

El conde continuó fingiendo una gran sorpresa. Llevóse las manos á la frente como quien oye una cosa que no comprende, y repuso, despues de exhalar un suspiro:

—Yo te creia agradecido, y veo, con profundo pesar, que eres un ingrato.

Y como Daniel hiciese un movimiento brusco al sentir que le arrojaban al rostro aquella reconvencion, el conde añadió, antes de darle tiempo para hablar:

—Te compadezco, pues sospecho que has caido en las redes de ese infame que se llama el general Lostan.

Daniel, al oir el insulto que dirigia á su padre, se puso lívido, y avanzando un paso con ademan amenazador, esclamó:

—¡El general Lostan, caballero, es mi padre, y no consentiré que nadie le insulte!

—¡Tu padre!—añadió el conde con desdeñosa sonrisa;—¡en verdad que nadie lo hubiera dicho!... ¡Hé ahí una noticia que me sorprende oir en tus labios!... pero solo un corazon sencillo como el que abrigas en tu pecho, una buena fe tan proverbial como la tuya podrian dar crédito á semejante fábula. ¡Tu padre el general! ¡un hombre que te arrojó de su casa cuando, al quedarte solo y huérfano en el mundo, fuiste á pedirle un poco de proteccion para no morirte de hambre! ¡Tu padre un hombre que te arrojó de su despacho groseramente!

¡Ah! ¡eres un niño, Daniel, y se burlan de tí, hijo mio!

Daniel retrocedió dos pasos espantado. Las palabras del conde helaban la sangre de sus venas. ¿Podian ser una farsa todas las escenas que habian tenido lugar en el palacio de Diodati?

Además, ¿no habia él leido una gran parte del manuscrito de su madre?

Daniel, aunque algo aturdido por la serenidad del conde, en la que creia notar algo de compasion hácia su persona, contestó:

—¿Es el señor general, ó el conde de la Fé el que esplota mi candidez? ¿Olvida usted, caballero, los consejos que por espacio de algunos meses ha estado murmurando á mis oidos? Usted alentaba mi amor, usted vencia todos los inconvenientes que me separaban de Clotilde, y sin embargo, ¡usted no ignoraba que el general Lostan era mi padre y que Clotilde era mi hermana! ¡Ah, señor conde, parece increible que por el solo placer de vengarse de un hombre á quien aborrece usted de muerte, concibiera el infernal pensamiento de condenar á dos criaturas inocentes á eterna y vergonzosa desesperacion!

El conde escuchó con impasible frialdad la grave acusacion que Daniel le arrojaba al rostro.

La situacion era bastante grave.

Para salir de ella se veia precisado á mentir; pero como si le faltara valor para tramar una nueva y maquiavélica intriga, hizo un gesto de indiferencia y añadió:

—Puesto que tú me crees tan infame y vienes, segun parece, resuelto á defender al hombre mas despreciable de la tierra, no he de ser yo quien se tome el trabajo de justificarme. Cuando llamaste á las puertas de mi casa, te abrí mis brazos, recibiéndote como á un hijo. Yo podria probarte fácilmente que no he sido tan infame como me juzgas, pero no quiero tomarme esa molestia.

Y sonriéndose de un modo intencionado, añadió:

—¿Dices que eres el hijo del general Lostan? ¡Lo siento por tí! ¿Dices que has leido las memorias de tu pobre madre? ¡Ellas te demostrarán quién fué su verdugo! ¡Y si el relato doloroso de una mujer moribunda no te convence, entonces puedes preguntarle al doctor Samuel si sabe de lo que es capaz el general Lostan!

—Pero... ¡todas esas acusaciones, señor conde, no pueden disculpar la conducta que usted ha seguido conmigo!

—¡Es que yo no quiero tomarme la molestia de disculparme! Podria confundirte; podria, con una sola palabra, hacerte caer á mis piés pidiéndome perdon por los insultos que acabas de dirigirme; pero soy bastante generoso para perdonarte y dejar al tiempo el trabajo de que me vindique á tus ojos.

Daniel comenzaba á aturdirse.

—¡Si yo hubiera querido vengarme de ese á quien llamas tu padre,—repitió el conde marcando pausadamente las palabras,—hace tiempo que llevaria colgada de la cintura la cadena del presidario!

Daniel sentia agolparse á su rostro el calor de la vergüenza.

—¡Señor conde, suplico á usted que no pronuncie palabras tan ofensivas, porque podria olvidarme del respeto que me inspiran esas canas!

—¡Ah! ¡solo falta que á los insultos añadas la amenaza! ¡Pero debo advertirte que yo no soy hombre que me asuste fácilmente, y por lo cual, para probarte que no me intimidan tus palabras, te repetiré que ese á quien llamas tu padre, á pesar de su título de marqués, debido á su mujer, y su grado de general, alcanzado por las intrigas y las sublevaciones, no es para mí otra cosa que un villano ensoberbecido, cuya mano no estrecharé nunca por no manchar la mia!

—¡Basta! ¡basta, señor conde! ¡Yo ne he venido aquí para oir insultar á mi padre! ¡He venido á imponer condiciones, y por eso he entrado resueltamente por una ventana, dispuesto á todo! ¿lo oye usted, señor conde? ¡á todo! ¡Nada, pues, me detendrá, ni los años, ni las canas! ¡Se trata de defender una honra que yo debo considerar como la mia, porque estoy resuelto á tender un espeso velo sobre el pasado! ¡se trata de salvar á la mujer que amo mas que á mi alma! y yo vengo á exigir al conde de la Fé que no revele á nadie, ni aun á sí mismo, el secreto del general Lostan, porque de lo contrario...

Daniel se detuvo.

Era tanta su exaltacion que ni siquiera pensaba en la intemperancia de sus palabras.

—¿Con que es decir, jóven,—añadió el conde con su peculiar frialdad,—que viene usted á ordenarme que ponga un candado á mis labios y que no diga á nadie, ni aun á mí mismo, que el general Lostan fué en otro tiempo, y continua siéndolo ahora, un ambicioso de mala ralea? ¿Con que usted, por salvar la honra de un hombre que ha llegado á desconocer hasta la voz de la naturaleza, quiere que yo condene á perpetua vergüenza la memoria de la pobre Angela, que fué una mártir? Bien se conoce, Daniel, que tiene usted pocos años y que ni siquiera se toma el trabajo de meditar la importancia de sus exigencias. Pero nada de eso me estraña: ha caido usted en la madriguera del zorro y tengo la seguridad de que será usted devorado por el mismo que esta noche quiere defender. Esto sucede siempre á los incautos. Le compadezco á usted.

Las últimas palabras del conde resonaron en el cerebro de Daniel como los repetidos golpes de una pesada maza.

En las reflexiones que brotaban de los frios labios de aquel viejo escéptico habia algo de esa lógica que anonada, que aplana.

Ni por sus estudios, ni por su esperiencia, ni por su temperamento, Daniel podia mantener una lucha de palabra con el conde de la Fé sin quedar vencido por éste.

En el jóven era todo ingenuidad, sencillez, espansion; mientras que aquel viejo aristócrata tenia siempre por base, en todas las acciones de su vida, y particular-

mente en la que entonces le preocupaba, la falsedad, la mala intencion, la hipocresía.

Acababa de pronunciar, con una calma propia de las conciencias tranquilas, palabras de la mayor importancia para Daniel, y éste, aturdido, sentia un profundo dolor en el corazon, viendo que le arrojaba al rostro una de esas reconvenciones que despedazan el alma de un buen hijo: la ingratitud para aquella que le habia llevado en sus entrañas.

CAPÍTULO III

EL HALCON Y LA PALOMA

Daniel, que con la frente inclinada sobre el pecho, se hallaba abismado en un mar de tristes y dolorosas reflexiones; Daniel, que habia entrado en casa de su falso protector de un modo inconveniente, con la firme resolucion de imponerle á la fuerza el mas profundo silencio respecto al pasado del general Lostan; Daniel, que, lleno de energía y audacia, habia saltado por la ventana dispuesto á defender á todo trance y de cualquier modo la honra de su padre, no se atrevia ni aun á fijar los ojos en aquel hombre, frio como el mármol, impasible como la insensibilidad.

Acontece con frecuencia en este valle de lágrimas y penalidades, que la virtud y el derecho inclinan tímidamente los ojos ante la fuerza maquiavélica del entendimiento ó los engañosos giros de la falsedad y la hipocresía.

El conde de la Fé habia engañado miserablemente á

aquel jóven; le habia hecho concebir grandes esperanzas, empujándole hácia su perdicion con frases y consejos que parecian paternales.

Y, sin embargo, al encontrarse nuevamente, al verse el uno delante del otro, parecia que el culpable era el inocente, y que el inocente era el verdadero criminal.

El conde, mientras tanto, gozándose en el aturdimiento del jóven, fijaba sus penetrantes ojos en él, sonriéndose de un modo infernal; y conociendo su inmensa superioridad para la lucha, se dispuso á tenerle amarrado á su voluntad como un esclavo.

—¡Ah!—pensaba el conde durante aquel momento de silencio,—¡yo levantaré el implacable fuego del ódio en su alma para que la tímida paloma se convierta en venenosa víbora que mate con su mordedura! Él debió pegarme un tiro al saltar por la ventana y no lo ha hecho: ha perdido, por consiguiente, la oportunidad para sellar mis labios con el silencio de la muerte, y el triunfo será mio. Cuando un hombre de mis condiciones tiene en poco la vida, ¿qué es lo que no puede conseguir en este mundo pequeño y miserable? ¡Yo, por espacio de muchos años, he devorado en silencio, en el fondo de mi alma, toda la rabia, todo el despecho que me causaba la prosperidad del general Lostan: los honores, los aplausos que le tributan; pero ha llegado la hora de la venganza: ellos van á llorar y yo voy á reirme, á gozarme en sus lágrimas!

Y levantando la voz, continuó con dulce y sencilla entonacion:

—¡Daniel! ¡hijo mio! veo que sufres y te pido perdon de las palabras que acabo de dirigirte; pero, ¿qué quieres? ¡te has presentado aquí en son de guerra, has herido con tus reconvenciones mi amor propio, y las heridas del amor propio son mas grandes, mas profundas, mas sentidas, si se ama de veras á aquel que las infiere!

Daniel continuaba callado; pero aquel mutismo era la elocuente espresion de la terrible lucha que mantenia consigo mismo.

El conde, que queria conquistarse de nuevo el cariño y la confianza de aquel á quien habia llamado su hijo durante algunos meses, le tendió una mano, diciéndole:

—Espero que no me guardes rencor; hagamos las paces y hablemos como dos personas de entendimiento. Yo ofrezco el ramo de olivo de la paz y confío que no me harás el agravio de juzgar interesada la proposicion de alianza que te ofrezco.

El jóven permaneció inmóvil, sin estrechar la mano que le ofrecia su protector. Hallábase vacilante, inquieto como el aturdido y descarriado viajero que halla ante su paso tres caminos y duda cuál de ellos debe tomar, temiendo perderse nuevamente.

—Eres rencoroso,—añadió el conde retirando la mano;—tanto peor para tí. Sin que me juzgues un hombre pretencioso, creo que aun podria serte útil mi amistad en este mundo lleno de falsedades y mentiras. Pero tu conducta no me estraña: te encuentras en una situacion tan nueva como difícil para tí. Vuelvo á repetir que te compadezco.

Y el conde, respirando con fuerza y dirigiendo una mirada compasiva á Daniel, volvió á decir con marcada espresion de sentimiento:

—A pesar de tu silencio y del desaire que acabas de darme, conozco que te debo una satisfaccion y voy á dártela. La ancianidad, hijo mio, es mas prudente que la juventud, y casi nunca se deja dominar por las primeras impresiones, porque la esperiencia le tiene demostrado, que el que juzga sin reflexion, suele engañarse. Tú me dijiste que amabas á Clotilde con toda tu alma, y yo, sabiendo, ó teniendo, por lo menos, alguna sospecha de que Clotilde fuese tu hermana, te impulsé y aconsejé, estimulando con mis palabras y proteccion tu vacilante espíritu, para que llegaras hasta ella declarándole tu amor.

—¡Lo cual fué una infamia, señor conde, una infamia que no tiene esplicacion decorosa!—esclamó Daniel como si en el momento despertase de un pesado sueño.

El conde permaneció sereno. Sus labios se sonreian, pero con esa sonrisa llena de bondad de los padres, y sus ojos dirigian al jóven una mirada tierna y cariñosa.

—Te ruego, hijo mio, que tengas un poco de calma,—añadió el conde.—Te he dicho que iba á darte una satisfaccion. Déjame acabar, y si luego no quedas convencido, si no crees en la sinceridad de mis palabras, te autorizo para que hagas aquello que te plazca, incluso para armar tu mano con ese revolver que llevas pendiente de la cintura y levantarme la tapa de los sesos. Ten la seguridad que no he de defenderme.

—¡No soy un asesino!—murmuró con acento entrecortado Daniel.

—¡Bah! ¿quién sabe lo que puede ser un hombre cuando le falta la reflexion, cuando, ofuscado por el despecho que siente en su alma, se empeña en no ver claro? En un momento de ofuscacion, Medea mató á sus hijos: Caracalla á su hermano, y Neron quiso ver el sitio que antes de nacer ocupaba en las entrañas de su madre. Si al saltar por esa ventana me hubieras abofeteado materialmente, como lo hiciste moralmente, ¡quién sabe! tal vez te hubiera compadecido y perdonado. Cuando la cabeza se cubre de canas, cuando el cuerpo se encorva buscando los siete piés de tierra donde depositar la fatiga de la materia, cansado con el peso de la ancianidad, los insultos inspiran compasion, y mas que la venganza de los agravios, se desea salvar, á los que nos ofenden, del error en que viven.

El conde se detuvo.

Notó que Daniel parecia escucharle con mucha atencio, y queriendo aprovechar las buenas disposiciones en que se hallaba, siguió adelante el plan que rápidamente habia concebido.

—Pues como iba diciendo,—añadió,—te debo una satisfaccion, que tú apreciarás como mejor te plazca, pero no olvides que mis labios solo han de pronunciar palabras de verdad. Desde el momento en que te presentaste en mi casa, portador de una carta de tu madre, á quien yo queria como una hermana, yo pude decirte: «El general Lostan es tu padre;» pero esta revelacion,

que indudablemente hubiera sublevado tu ánimo y turbado la paz de tu espíritu, te hubiera causado grandes y lamentables perjuicios.

Daniel hizo un brusco movimiento.

—No te impacientes, y escucha con calma, pues tengo muchas cosas que revelarte. Pero te ruego que no permanezcas de pié, que no me dirijas miradas recelosas. Hablemos como dos buenos amigos que van á reconciliarse ó á reñir para siempre. En el momento de las esplicaciones debe reinar la buena fe y el deseo de firmar las paces.

Daniel vaciló un momento; pero, por último, se dejó caer en una butaca, murmurando en voz baja:

—Estoy dispuesto á oirlo todo. Puede usted hablar, señor conde.

Desde este momento el conde de la Fé estaba seguro de su triunfo, y aunque su rostro permaneció grave, su corazon soltó una carcajada.

CAPÍTULO IV

EN DONDE EL CONDE DE LA FÉ PRUEBA QUE TAMBIEN PUEDEN DEFENDERSE LAS MALAS CAUSAS

—Para que yo, el dia que tuve el gusto de conocerte por la primera vez,—añadió el conde,—te hubiera revelado quién era tu padre, necesitaba algunos datos ó pruebas irrecusables. Por eso desde aquel instante me propuse que fuese el general Lostan el que, rindiendo tributo á la voz de la sangre, te abriera los brazos, dándote el cariñoso nombre de hijo.

Estas razones debieron parecer absurdas á Daniel, y dijo:

—¿Y para lograr que el general me reconociera como hijo, me elevó usted con su fortuna, aconsejándome que amase á Clotilde, es decir, á mi hermana?

—Precisamente,—contestó con impasible serenidad el conde.—No siempre se puede ir al punto que deseamos por el camino recto, querido hijo. El general

Lostan, que habia tenido la crueldad de prohibirle á tu madre que te revelara el nombre de aquel á quien debias el sér; el general Lostan, que por espacio de muchos años ni siquiera se habia tomado la molestia de ir á verte una sola vez; el general Lostan, en fin, que al recibir de tu mano una carta de Angela, en la cual le recomendaba á su hijo, y que fué bastante infame para arrojarte de su casa, no era fácil que le convenciéramos con súplicas ni con palabras. Por eso yo concebí un pensamiento, ante el cual no tenia otro remedio que doblar su orgullosa frente y decirte avergonzado de su pasada conducta: «Yo soy tu padre.» Y este pensamiento, del que yo estaba satisfecho, del que yo me sentia orgulloso, porque sin faltar á mi palabra, iba á alcanzar para tí un nombre, una posicion, y para tu madre la justa reparacion que tantas lágrimas la habia costado, te ha producido á tí un efecto contrario al que yo esperaba, te ha hecho creer que yo queria perderte, cuando lo único que anhelaba era salvarte. Mas propio es de la juventud juzgar con ligereza, precisamente lo que reclama mas meditacion y gravedad.

—Pero ese plan era de muy difícil realizacion, porque si mi padre no hubiese acudido á tiempo para impedir nuestro enlace...—repuso Daniel.

—Nunca se habria realizado, porque yo habia tomado mis medidas, y el general hubiese llegado á tiempo para evitar vuestra union sacrílega. A tí te parece el recurso estremo, violento; es lógico que lo juzgues así, porque tú no sabes de lo que es capaz el general Lostan. Dos hombres sabíamos el secreto de tu madre. El

uno era yo, que me he visto precisado á batirme tres veces con el general; el otro el doctor Samuel, que se ha salvado tambien dos veces milagrosamente de las asechanzas de ese hombre. Cuando se tiene que luchar con un indivíduo de las condiciones del general, es preciso pensar con gran detenimiento las armas que se eligen. Yo, al recordar mi conducta para contigo, estoy tranquilo; tú puedes juzgarme del modo que te plazca; confio que el tiempo te hará esclamar, pero tal vez cuando sea tarde: «El conde de la Fé me queria como un padre; yo he sido un ingrato con él.»

Daniel estaba vencido.

El conde habia logrado introducir en su corazon la duda, y leyendo en sus ojos el estado de su alma como pudiera leer en un libro, el viejo aristócrata comprendió que por entonces habia ganado la batalla.

El pasado del general Lostan no tenia disculpa alguna, y esta era la gran base en que se apoyaba la defensa del conde.

Daniel no podia olvidar que el general le habia arrojado de su casa sabiendo que era su padre, y que durante quince años la infeliz Angela habia vivido olvidada en un pueblo, sin merecer de su esposo, del padre de su hijo, ni una sola palabra de cariño, á la que tan acreedora era por sus legítimos derechos, por su conducta intachable. Era indudable que el general Lostan habia puesto de su parte todo cuanto pudo para borrar hasta la última huella del pasado. Él habia atentado por dos veces á la vida del anciano y leal confidente de Angela. Nada, pues, tenia de estraño que el

sencillo y generoso corazon de Daniel vacilara, dando cabida á la duda.

El conde de la Fé, comprendiendo la predisposicion en que se encontraba su ahijado, se apresuró á aprovecharse de ella.

Por eso, despues de una ligera pausa, durante la cual el jóven, con la mirada fija en el suelo y abismado en sus reflexiones, guardó un silencio profundo, el conde habló de esta manera:

—Yo comprendo, hijo mio, que te hallas en una de esas situaciones supremas de la vida, en que es muy difícil resolverse á emprender un camino. Si tú me amaras como en otro tiempo, si como en otro tiempo tuviera yo la seguridad de inspirarte alguna confianza, me permitiria darte algun consejo, que tal vez no te fuera del todo inútil: ¿pero qué podré yo decirte que no quedara destruido ante la poderosa influencia de una hermana á quien amas con toda tu alma, y de un padre que tal vez te pide perdon arrepentido de sus pasadas culpas? Yo me habia acostumbrado á verte, á amarte como á un hijo: pensaba con el tiempo nombrarte mi heredero; creia asimismo que el general, que Clotilde, que todos vosotros, en fin, vendriais á darme las gracias algun dia: pero me he engañado. Mi conducta ha producido un efecto contrario. Demos, sin embargo, tiempo al tiempo, y vuelve á tu casa, instálate junto al lecho de tu padre, cuida de su salud, salva su vida, si es posible, con tus desvelos, y si mañana cuando se halle restablecido, cuando la salud del cuerpo dé firmeza y seguridad al pensamiento, vuelve á rechazarte de

su lado, no olvides que en mí encontrarás siempre un padre que te recibirá con los brazos abiertos.

Y el conde se llevó las manos á los ojos, como si pretendiera enjugarse alguna lágrima.

Daniel se sentia casi avergonzado de haber dudado de aquel hombre.

—Sí, dice usted bien, señor conde: mi situacion es tan difícil, que para resolverla es preciso dar tiempo al tiempo; pero yo, mientras tanto, voy á pedirle á usted un favor, que tendré en mucho mas que todos cuantos me ha hecho, porque de él depende la tranquilidad y tal vez la honra de mi hermana Clotilde.

—¿Y qué favor es ese?

—Que usted, que ha guardado por espacio de quince años el secreto de mi nacimiento, siga guardándole hasta el dia en que yo crea necesaria su revelacion.

El conde pareció vacilar durante un momento, y luego dijo:

—Lo que me exiges es para mí un gran sacrificio, y no puedo darte una seguridad; pero te ofrezco que veinticuatro horas antes de resolverme á hacer tan importante revelacion, te enviaré un aviso para prepararte. Si se tratara de tí y de Clotilde, yo no tendria inconveniente en llevarme á la tumba el secreto de tu madre; pero el general Lostan vive, y vive asimismo la marquesa del Radio; conozco su satánico orgullo, y el deber me ordena que vele por los intereses del hijo de aquella pobre mártir que ya no existe. Eso es todo lo que yo puedo ofrecerte, hijo mio.

Daniel comprendió que seria inútil emplear ni el

ruego ni la amenaza, para que el conde desistiera de su resolucion. Por otra parte, necesitaba respirar el aire libre; se ahogaba en aquella habitacion, y calculando que no rompiendo del todo las hostilidades con el conde podria verle cuando quisiera, y suplicarle ó exigirle, segun lo reclamaran las circunstancias, se decidió á poner fin á aquella entrevista, en que tan rudas conmociones habia experimentado su alma.

—Vamos á separarnos, señor conde; dentro de algunos dias, cuando mi padre se halle restablecido y en disposicion de emprender un viaje, regresaremos á España, y yo confio que el conde de la Fé, á quien profeso profundo agradecimiento, no me faltará á su palabra.

—No he faltado nunca; pero no olvides tú tampoco, hijo mio, que el conde de la Fé está siempre dispuesto á recibirte con los brazos abiertos como un padre cariñoso.

El conde volvió á tender la mano, como al principio, á Daniel; pero esta vez el jóven se apoderó de ella, y dejándose llevar de los arranques de su sencillo y generoso corazon, la besó respetuosamente.

Un momento despues, Daniel saltaba por la ventana, dirigiéndose precipitadamente á la orilla del lago, donde le esperaba su amigo Julio, sentado en el banquillo de popa de la barca.

El conde permaneció un momento inmóvil, con la mirada fija en la ventana y una sonrisa maquiavélica en los labios.

—¡Ah, juventud!—exclamó hablando consigo mis-

mo.—¡Hermosa juventud! ¡siempre confiada, siempre impresionable, siempre sencilla!...

Y haciendo un movimiento con los hombros, añadió:

—Daniel entró por esa ventana dispuesto á declararme una guerra á muerte, y al fin salió siendo mi aliado. ¡Ah! ¡qué hermosa es la venganza!...

Y el conde, inclinando la cabeza sobre el respaldo de la butaca, soltó una carcajada.

CAPÍTULO V

LA DUDA EN EL ALMA

Julio se puso en pié al ver á su amigo, que se acercaba.

Daniel saltó desde la orilla á la barca, y fué á sentarse triste y meditabundo en la popa.

Luego hizo una seña al barquero para que emprendiera el viaje, y pronto la pequeña embarcacion viró en redondo, dirigiendo la quilla hácia la casa de Diodati.

Reinaron algunos segundos de silencio.

Daniel, con los codos apoyados sobre las rodillas y la frente hundida entre las manos, permanecia inmóvil.

Julio, de pié á su lado, como si adivinara la tristeza de su amigo, le contemplaba con verdadero interés, respetando aquel mutismo.

La luna, mientras tanto, seguia poetizando con su hermosa luz aquel pintoresco panorama.

Por fin, Julio ocupó un sitio al lado de su amigo, y le dijo con cariñoso acento:

—¿Qué tienes? ¿no accede el conde á tus deseos?

Daniel levantó la frente, y entonces su amigo pudo ver dos lágrimas que se desprendieron de sus ojos.

Aquellas lágrimas sobresaltaron á Julio, y no pudiendo comprender cómo su amigo, que habia penetrado en casa del conde con la enérgica resolucion del hombre que va á imponer condiciones, salia tan abatido y ostentando en los ojos aquellos síntomas de debilidad ó de dolor,

—¿Por qué lloras?—volvió á preguntarle con interés.—¿No te inspiro confianza? Habla y tranquiliza la inquietud que me devora. Ya sabes que puedes contar conmigo para todo; somos hermanos del corazon, y por devolveros la tranquilidad y la dicha á tí y á Clotilde, daria gustoso mi vida.

Daniel fijó una mirada penetrante en su amigo, le estrechó la mano cariñosamente, y despues de exhalar un suspiro, dijo de este modo:

—Hace poco me has visto saltar resueltamente por la ventana que da al despacho del conde de la Fé. Yo llevaba al cinto un rewolver y el corazon predispuesto á exigir á ese anciano una obediencia absoluta. Mi presencia no le causó la menor sorpresa; es un hombre de temperamento frio y sereno, á quien no es tan fácil amedrentar. Me creia con derecho á imponer condiciones, á tener exigencias. El conde oyó mis amenazas, mis insultos sin conmoverse, y cuando le hube arrojado al rostro toda la rabia, todo el enojo que encerraba

mi corazon, me tendió una mano con la tranquilidad de una conciencia pura, y me dió el dulce nombre de hijo.

—Daniel, mucho temo,—repuso Julio,—que ese hombre pretenda engañarte nuevamente.

—Tambien yo lo sospeché al ver la frialdad con que recibia mis graves acusaciones; pero luego de oir sus palabras, despues de darme una esplicacion de su conducta, he sentido en el fondo de mi alma el terrible veneno de la duda.

Y Daniel, agitando tristemente la cabeza, añadió:

—Mi situacion, querido Julio, es verdaderamente excepcional, y basta recordar la conducta de mi padre para que el mas terrible desconsuelo se apodere de mi corazon.

—Hay situaciones en la vida en que es preciso echar un espeso velo sobre el pasado. ¡Ay de tí, Daniel! ¡ay de tí si no borras de tu memoria el ayer! ¡ay de tí si guardas en tu alma ni un solo recuerdo que pueda mantener vivo en tu imaginacion el pasado!

—¡Olvidar!... Eso es muy difícil, Julio, y sobre todo cuando aun no ha llegado la hora de tener una esplicacion de mi padre, cuando aun no he podido oir de sus labios palabras que tranquilicen la inquietud de mi espíritu y devuelvan la calma á mi corazon. Desde que he descubierto el secreto de mi nacimiento, desde que he leido las sentidas páginas que como un recuerdo de ultra-tumba me dejó mi madre, una lucha terrible, insoportable, conmueve y despedaza mi alma. Muchas veces me pregunto, si es justo que yo, pobre

hijo abandonado, guarde las consideraciones que se merece un padre que ha tenido valor para arrojarme de su casa, despues de convertirse por espacio de muchos años en el verdugo de la santa mujer que me llevó en sus entrañas; y para que esta lucha continúe en medio de la mas espantosa confusion, recuerdo los favores recibidos por el conde de la Fé, su proteccion sin límites, sus consejos, que en otro tiempo me llenaban de júbilo y que hoy me horrorizan, porque me hacen comprender hasta dónde llega la maldad del hombre.

—Por eso, querido Daniel, debes desconfiar del hombre que con astucia infernal te empujaba á la perdicion.

—Es que ese hombre acaba de esplicarme satisfactoriamente su conducta.

—Su conducta no tiene esplicacion posible.

—¡Ah! si tú le hubieras escuchado, si tú hubieras visto su frente serena, su mirada tranquila, si hubieras oido su voz segura, reposada, te hubieras como yo convencido de que es menos criminal de lo que habíamos creido.

—Pero bien, ¿qué te ha dicho?—preguntó con impaciencia Julio.

—Me ha recordado la conducta del general Lostan para con mi madre, para conmigo, para con el doctor Samuel, conducta que demostraba claramente, que no se hallaba dispuesto á reconocerme por hijo, sino que, por el contrario, ponia de su parte todos los medios para borrar por completo las huellas que con el tiempo pudieran conducirme al descubrimiento de la verdad.

—¿Pero el conde ignoraba que tú eras hijo del general Lostan?

—No.

—¿Entonces por qué no te lo reveló?

—Porque habia hecho un juramento.

—Y aunque así fuese, si ese juramento era tan sagrado, tan grande, tan inquebrantable, que le ponia en el caso de condenar á la orfandad á un hombre inocente, ¿por qué en vez de apartarte de Clotilde te empujaba hácia ella?

—Para que llegara por ese medio el dia en que el general Lostan, abriéndome sus brazos, me llamara su hijo.

—No comprendo lo que me dices,—añadió Julio con asombro.

—Tampoco lo comprendia yo, Julio; tambien al oir las esplicaciones del conde de la Fé, dudé, vacilé y temí que nuevamente pretendiera tenderme una celada. El plan del conde, sin embargo, es preciso confesar que, aunque estraño, podia dar grandes resultados en favor mio, porque el general, al ver el gran peligro que corria su hija, no hubiera podido menos de esclamar: «Ese casamiento es sacrílego, porque son hermanos.»

—¿Pero y si hubiera llegado tarde para evitarlo?

—El conde tenia tomadas todas sus medidas para que esto no sucediera.

—Daniel, no me preguntes las razones; pero, créeme, desconfia de ese hombre.

—¡Ah! ¡desgraciadamente comienzo á desconfiar de todos!

—¡De todos!...—repitió Julio.

—Sí, de todos, Julio, de todos; esceptuando tres séres, á quienes amo con toda mi vida: á Clotilde, á tí y al doctor Samuel. Vosotros no podeis nunca inspirarme desconfianza, y yo seria altamente injusto si desconociera lo que valeis y lo que me amais. Para vosotros mi gratitud será eterna.

—Pues bien; Clotilde será para tí el ángel intercesor que ha de redimir de sus pasadas culpas al general Lostan. Confia en ella como se confia en la Providencia.

—¡Quién sabe!...—repuso Daniel, haciendo un movimiento con los hombros.—Existe una mujer dominada por el orgullo, la cual aborrece de muerte al general Lostan, y esa mujer será siempre un obstáculo terrible para nuestra felicidad.

—¿Hablas de la marquesa del Radio, de la madre de Clotilde?

—Sí, ella no puede transigir con la vergüenza que la vindicacion de mi madre arrojaria sobre el nombre del general Lostan.

Y Daniel, estrechando cariñosamente contra su pecho una de las manos de su amigo Julio, añadió con sentida entonacion:

—Julio, este drama de familia en que me ha tocado en suerte uno de los principales papeles, debe tener una víctima por desenlace: ¿quién será esta víctima? Dios sólo lo sabe.

Y Daniel dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho.

Un momento despues, la barca atracaba en el pequeño desembarcadero del palacio de Diodati.

Los dos amigos saltaron á tierra, dirigiéndose por una calle de árboles hácia el palacio.

Como si un profundo pesar embargara sus almas, caminaban en silencio y con la mirada fija en el suelo.

CAPÍTULO VI

NI UN PASO ATRÁS

La marquesa del Radio habia mandado disponer una habitacion en el palacio de Diodati, precisamente al estremo opuesto de la que ocupaba su esposo el general Lostan.

La terrible escena que habia tenido lugar á los pocos momentos de su llegada al lago Leman, habia enconado, por decirlo así, la honda y antigua herida abierta en el corazon de la marquesa.

Nuestros lectores recordarán, que al oir la intemperancia de doña Beatriz, el general abandonó su lecho, y como un espectro evocado de las tumbas, se presentó pálido y descompuesto á preguntarle si venia por su vida, cayendo como herido por un rayo sobre el pavimento de la habitacion despues de pronunciar algunas palabras.

El general fué conducido á su lecho, y la marquesa entonces, sin importarle lo que pudiera suceder á su esposo, se retiró con doña Mercedes á una de las habitaciones mas apartadas del palacio.

Allí permaneció encerrada durante las primeras veinticuatro horas, sin permitir la entrada á nadie, esceptuando á la buena anciana que la habia acompañado desde España.

Pero aquel retraimiento, aquella soledad, no podia prolongarse mucho, y repuesto un tanto el agitado espíritu con el silencio y la calma, doña Beatriz comprendió que era preciso tener una esplicacion con su hija, á quien el dia antes le habia por dos veces negado la entrada en la habitacion.

Hay caractéres que antes de doblegarse á las circunstancias prefieren romperse. Hay criaturas que, dominadas por el orgullo, lo sacrifican todo antes que ceder un paso ni retroceder en el camino que se han propuesto seguir.

Doña Beatriz, olvidándolo todo, habia corrido á Suiza sin otro objeto que evitar un reconocimiento que hacia muchos años la preocupaba. Al llegar al palacio de Diodati, al ver á Clotilde y á Daniel juntos, el despecho, la rabia se apoderaron de su corazon, y dejándose llevar por la impetuosidad de su carácter, se habia olvidado hasta de los deberes que la sociedad impone á las almas bien nacidas.

Por otra parte, como madre sentia un profundo resentimiento hácia Clotilde, porque al ver al general desvanecido en el suelo habia corrido á prestarle sus auxilios,

olvidándose de que ella, su madre, no los necesitaba menos.

Por eso cuando Clotilde, algo mas tranquila, buscó á la marquesa por el palacio y supo que se habia refugiado en una de las habitaciones con doña Mercedes, quiso verla, la marquesa, que aun se sentia dominada por el despecho, no quiso recibirla.

Pero pasó la noche, y la marquesa, aunque nerviosa y agitada, logró por fin dormir dos horas, y la luz del nuevo dia pareció tranquilizar un poco su agitado espíritu.

Al abrir la ventana, el sol comenzaba á elevarse majestuosamente desde el fondo del lago. El cielo, de un azul purísimo, sonreia por todas partes, y la brisa de la mañana fué á orear la ardorosa frente de la marquesa del Radio.

La poesía, los encantos de un paisaje, influyen de una manera viva y directa en el estado de nuestro espíritu.

El lago Leman se presentaba á los ojos de la marquesa del Radio con toda su esplendorosa hermosura, con todos sus irresistibles encantos.

Doña Beatriz, apoyada en el cancel de la ventana, exhaló un suspiro, porque el poético panorama que tenia ante los ojos le recordaba un tiempo mas dichoso.

Ella tambien, veinte años antes, durante ese encantador período de la luna de miel, habia acudido á Suiza llevando por único testigo de su felicidad al hombre con quien acababa de unirse en España: al general Lostan.

La vida de los recuerdos es uno de los dones mas preciosos que concede el Hacedor á la criatura.

La marquesa se entregó durante algunos minutos á esa vida en que se recuerdan los mas pequeños detalles, y haciéndonos exhalar un suspiro del fondo del alma, los labios murmuran estas palabras:

—El tiempo pasa para no volver jamás.

Doña Mercedes, que conocia profundamente á la marquesa, respetó durante una hora aquel silencio, y viendo que algunas lágrimas asomaban á sus ojos, se dispuso á ser la intercesora entre la madre y la hija, entre la esposa y el esposo.

Aquella buena anciana, que hacia mas de veinticinco años se hallaba al servicio de la casa, era una de estas naturalezas dulces, tranquilas, condescendientes; no comprendia la vida sin la perfecta paz del alma, y llena de fé religiosa, todas las noches dirigia su plegaria á Dios para que pusiese fin á aquella lucha doméstica, que causaba la desgracia de sus amos.

Acercóse poco á poco hácia la ventana, y despues de un momento de vacilacion porque la marquesa le inspiraba un gran respeto, se resolvió á dirigirle la palabra de este modo:

—Señora, usted sufre y me aflige en verdad ese sufrimiento, que si yo no comprendiera la poderosa causa que lo motiva, me lo revelaran esas lágrimas que brotan de sus ojos. Inútil es oponerse á los fallos de la Providencia; bendigamos, pues, al que todo lo puede, porque sin su voluntad no se mueve ni una sola hoja de los árboles.

Usted, señora, cumpliendo con sus deberes de madre, abandonó á España sin otro objeto que salvar de una gran desgracia á su hija; Dios ha querido que llegase usted á tiempo para evitar esa gran desgracia: lo demás debe importarle poco.

La marquesa abandonó la ventana, fué á sentarse en una butaca, y fijando una mirada sombría en doña Mercedes, contestó:

—Sí, dice usted bien; hemos llegado á tiempo de evitar una gran desgracia, una desgracia que hubiera sido horriblemente espantosa; pero no por eso nos hallamos libres de la vergüenza, del oprobio, del escarnio de las gentes. Daniel sabe, segun sospecho, la historia de su nacimiento, y si el general y Clotilde le han reconocido, si ese jóven reclama los derechos que legítimamente le corresponden, ¡oh! entonces... entonces...

La marquesa exhaló un rugido, se cubrió el rostro con las manos, y continuó llorando.

—Yo conozco, señora, que es una desgracia todo lo que nos sucede; pero ¿qué culpa tiene de ello la señorita Clotilde?—dijo doña Mercedes.—La pobre necesita tambien de consuelos y escuchar palabras cariñosas que tranquilicen su espíritu. Dos veces ha venido esta noche con los ojos llenos de lágrimas á ver á su madre; pero su madre no ha querido recibirla, y yo, que conozco toda la ternura, toda la bondad que se alberga en el corazon de la señorita Clotilde, sé que habrá sufrido mucho viéndose rechazada por aquella que tanto ama.

—¡No, no, Clotilde ama mucho mas á su padre que á

su madre!—esclamó la marquesa.—¿Recuerda usted lo que sucedió á nuestra llegada á esta casa?

—Señora marquesa, Clotilde, como todas las almas sensibles, y dejándose llevar por los impulsos de su generoso corazon, acudió á socorrer al mas desgraciado, al que necesitaba mas de sus auxilios, y se arrojó llena de pena y de dolor en brazos de su padre, á quien creia muerto; luego usted abandonó precipitadamente la habitacion. Ella ha querido ver á su madre, pero su madre le ha cerrado las puertas y no le ha permitido la entrada.

—¿Eso es una reconvencion?—preguntó la marquesa.

—¡Líbreme Dios de semejante atrevimiento! La gratitud que me inspira toda la familia, el deseo de que suene la hora de la verdadera reconciliacion, me hace muchas veces traspasar los límites que me impone mi modesta situacion; pero yo ruego á la señora marquesa que me perdone, y no olvide que durante muchos años he sido el aya de la señorita Clotilde, y la quiero como á una hija.

En este momento llamaron suavemente á la puerta.

La marquesa se estremeció, fijó una mirada en doña Mercedes, que sonriéndose de un modo bondadoso, dijo:

—Es ella, señora; es Clotilde que viene por tercera vez á preguntar por su madre. ¿Qué le digo?

Doña Beatriz guardó silencio.

Aquella tenacidad le hacia daño, le despedazaba el corazon, y sin embargo, creyéndose ofendida por su hija queria prolongar por mas tiempo una entrevista que anhelaba con toda su alma.

Segunda vez llamaron á la puerta.

—Vamos, señora,—añadió con acento suplicante doña Mercedes,—la pobrecita espera en la puerta, deseando reconciliarse con su madre, á la que, despues de todo, no ha ofendido.

Doña Beatriz se pasó la mano por la frente, enjugó sus ojos, y dijo con acento severo:

—¡Que pase!

Doña Mercedes exhaló un grito y corrió hácia la puerta con mas ligereza de la que podia esperarse de sus largos años.

CAPÍTULO VII

UN CARÁCTER ENÉRGICO

Mercedes y Clotilde, pues esta era la que llamaba, cambiaron algunas palabras en voz baja, y Clotilde entró, llegando precipitadamente á donde estaba su madre y arrodillándose á sus piés.

La marquesa indicó á Mercedes que se retirara, y luego dijo á su hija, procurando dominar la emocion que sentia:

—Clotilde, levántate y siéntate á mi lado. Tenemos que hablar de cosas muy sérias, porque yo pienso mañana mismo regresar á España.

—¡Cómo, madre mia!...—contestó Clotilde.—¿Marcharse antes de que se restablezca el general?

—Sí,—contestó secamente la marquesa.

—¿Y si por desgracia se muere?...—repuso Clotilde.

Doña Beatriz se encogió de hombros.

—¿Voy á quedarme sola en un país estranjero?

—Puedes venir conmigo si quieres.

—¡Pero entonces abandono á mi padre!

—¡Abandonar á tu padre!—repitió la marquesa.—¿Olvidas que queda á su lado otro hijo, cuyos derechos son tan legítimos como los tuyos?

Clotilde exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—No pretendo violentarte,—volvió á decir la marquesa con un acento seco é impropio de las circunstancias.—Sé lo que amas al general; puedes venir conmigo ó quedarte á su lado; pero yo no puedo permanecer en esta casa, á no ser que la abandone el hijo de Angela.

—¡Madre mia! ¿olvida usted que Daniel es un huérfano? Esperemos á que el general se restablezca, y luego, sin escándalo, él decidirá la marcha que debe seguir nuestra familia.

—¡Esperar!—murmuró la marquesa, sonriendo de un modo sarcástico.—Hace quince años, hija mia, que oculto al mundo ese secreto que pesaba sobre mi corazon como una losa de plomo; hace quince años que nada de comun existe entre el general Lostan y la marquesa del Radio. ¡Tú no puedes comprender lo que he sufrido, las horas de amargura, las noches de insomnio que he pasado!... Y todo ¿para qué? Para que ese jóven te usurpe todos los derechos, para que se alce soberbio y amenazador ante nosotros, é imponga sus condiciones, tal vez vergonzosas, tal vez inaceptables.

—Madre mia,—añadió Clotilde,—si usted conociera á Daniel, no le juzgaria de ese modo.

—¿Vas á hacerme la defensa de ese hombre,—es-

clamó doña Beatriz,—que ha venido á matar con un solo golpe la paz de nuestra casa, esa paz que todos hemos codiciado tanto tiempo, y que apenas comenzábamos á disfrutar vuelve á desaparecer para siempre?... Te prevengo, hija mia, que es muy imprudente convertirse en defensora de un hombre que apenas se conoce hace tres meses.

—La bondad del corazon, la belleza del alma, se manifiestan pronto en la criatura. Yo sé de lo que es capaz Daniel, y estoy tranquila.

—¿Y crees tú que ese jóven es capaz de llevar á cabo un rasgo de sublime abnegacion, de sacrificarse por tí, por la marquesa del Radio y por el general Lostan?

—Lo creo capaz de llevar á cabo las acciones mas nobles.

—Clotilde, te ciega la pasion.

—No, madre mia; tengo el profundo convencimiento, arraigado en el alma, de que Daniel por ahorrarme una sola lágrima seria capaz de darme su vida.

—Ha pasado el tiempo del heroismo,—añadió sonriéndose desdeñosamente la marquesa:—Daniel es jóven, y tendrá ambicion; por otra parte, resentido por la conducta que con su madre observó el general, se creerá con el derecho de exigir una ámplia y completa satisfaccion, y ya comprenderás, Clotilde, que no soy yo la que debo arrodillarme á los piés de ese jóven para pedirle clemencia; nada le debo, nada, pues, quiero que me conceda. Mañana mismo, vuelvo á repetírtelo, abandonaré esta casa; puedes venir conmigo ó quedarte con tu padre; si se libra de la muerte; si Dios,

queriendo castigar sus culpas con el remordimiento eterno, prolonga su vida, hoy amenazada, tanto peor para él; en Madrid le espero, en donde entablaré mi divorcio, para que nada en el resto de mis dias haya de comun entre el general Lostan y la marquesa del Radio.

Clotilde se arrojó á los piés de su madre, se apoderó de una de sus manos, y cubriéndolas de besos y lágrimas, esclamó con acento suplicante:

—¡No, madre mia, no; usted no hará eso: usted, que tanto tiempo se ha sacrificado viviendo retirada del mundo para librar de la vergüenza y el oprobio á su hija, no puede hoy promover un escándalo en nuestro hogar doméstico! ¡Todas las heridas que la maledicencia abra en la honra del general, vendrán de rechazo á herir la nuestra; es preciso salvarle, aunque no sea mas que por egoismo!

—¿Y cómo, desventurada, cómo puede suceder eso, cuando el secreto de Angela no lo es ni para el doctor Samuel, ni para Julio de Monforte, ni para tí, ni para Daniel, ni para el conde de la Fé? ¿Crees tú que todos van á ponerse una mordaza para salvar al general de la vergüenza? ¡Ah! eres demasiado niña; ni conoces á los hombres ni á la sociedad en que vives.

—¿Y si todos guardaran silencio?

—¡Imposible!... Nunca un secreto ha podido serlo, depositado en la confianza de tanta gente.

—¡Pues bien, madre mia; publíquenlo en buen hora todos los que lo saben: ningun derecho tenemos para imponerles silencio, para condenarlos al mutismo; pero

no seamos nosotras las primeras en arrojar la piedra del escándalo! ¡Que otros publiquen nuestra vergüenza; pero nuestros labios deben permanecer cerrados con el impenetrable silencio de la muerte! Yo soy una pobre mujer, casi una niña, que ni conoce á los hombres ni las falsedades del mundo; pero siento en el fondo de mi alma una voz que me dice: «Tu deber consiste en salvar á tu padre,» y yo le salvaré, madre mia, yo le salvaré, aunque tenga necesidad para ello de sacrificar mi fortuna, mi amor propio, mi vida. Si usted se halla resuelta á abandonarnos, mi dolor será profundo, porque me veré precisada á privarme de mi madre, porque mi puesto es al lado del general Lostan.

—¿Estás resuelta á no abandonarle?

—Sí, madre mia.

—Pues yo estoy resuelta á abandonar esta casa tan pronto como asome por el Oriente la luz de la nueva aurora.

—Yo espero que mi madre meditará con calma en las horas que aun le quedan de permanecer en esta casa, tan estrema resolucion.

—¡Estoy decidida!

—Entonces, madre mia, que Dios tenga piedad de nosotros.

Clotilde se levantó, se enjugó los ojos, y encaminóse pausadamente hácia la puerta.

Conocia el carácter terco y enérgico de su madre, y estaba convencida de que en aquellos momentos todas las súplicas serian vanas.

Sin embargo, un resto de esperanza se albergaba en su

corazon, y al cruzar los dinteles de la puerta se dijo hablando consigo misma:

—Volveré esta noche á suplicarla por la última vez.

Doña Beatriz permaneció algunos minutos inmóvil, con la mirada fija en el suelo, los ojos enrojecidos, pero sin lágrimas, y el rostro pálido y meditabundo.

Por fin, levantó la frente como si hubiera tomado una firme resolucion, agitó la cabeza y murmuró en voz baja:

—¡Es preciso!... Yo seria aquí un estorbo: mi carácter y el justo resentimiento que arde en mi pecho, no son los mas á propósito para una reconciliacion. Yo debo esperar en mi casa sin ceder ni un solo paso. Todo el derecho, toda la razon, toda la justicia, están de mi parte. Mi frente debe permanecer serena y levantada; ¡que se humille el culpable! ¡que suplique el delincuente! ¡que llore el criminal! pero yo debo permanecer serena, y así será.

Y estendiendo la mano, tiró con firmeza del llamador de la campanilla.

Pocos segundos despues aparecia en el gabinete doña Mercedes.

—Mañana en cuanto nazca el dia,—dijo la marquesa, —partiremos para España.

—¡Bien sabe Dios que lo deseo con toda el alma!—contestó con marcadas muestras de regocijo la anciana. —A mi edad, solo calienta el sol de la patria.

Y como la marquesa quedara silenciosa, doña Mercedes añadió:

—Supongo que partiremos todos.

—Supone usted mal.

—¡Cómo!

—El general y Clotilde se quedan en esta casa.

—¿La señorita Clotilde no viene con nosotras?

—Se queda al lado de su padre hasta que se restablezca.

Y como la marquesa comprendiera que doña Mercedes iba á oponer algun obstáculo sobre aquella resolucion, añadió:

—Quiero estar sola: tenga usted dispuesto el equipaje para mañana al amanecer, y no permita usted que entre nadie á molestarme bajo ningun pretesto.

Doña Mercedes exhaló un suspiro, y salió del gabinete murmurando en voz baja:

—¡De qué le sirve su inmensa fortuna, si su carácter la hace la mujer mas desgraciada de la tierra!... Yo veré á Clotilde, y ella tal vez consiga lo que yo no me atrevo ni aun á indicar.

CAPÍTULO VIII

VACILACION

Clotilde procuró borrar de su rostro las huellas del llanto.

Aquella hermosa jóven, para quien el mundo, pocos meses antes, no era otra cosa que un paraíso sonriente poetizado con un horizonte de color de rosa, veia estenderse de pronto delante de ella un porvenir de lágrimas y de amargura.

Con una madre resignada y tolerante, hubiera aun podido abrigar la esperanza en su alma juvenil de ver renacer la paz en su hogar doméstico; pero la marquesa se habia propuesto una guerra á cuchillo sin cuartel, y esta conducta sobresaltaba el apasionado corazon de Clotilde.

Por un momento concibió la esperanza de que ella podria ser la cariñosa intercesora que se presentara en medio de aquella lucha doméstica con el laurel de la paz en la mano.

Pero las últimas palabras de su madre, la firme resolucion de abandonar aquella casa al dia siguiente, le habian hecho comprender que era bastante difícil realizar su hermoso pensamiento.

Antes de entrar en la habitacion que ocupaba su padre se detuvo, porque tenia necesidad de serenarse.

Despues penetró en la sala resueltamente. Allí estaba el doctor Samuel.

—¿Cómo sigue el general?—preguntó Clotilde al médico.

—Bastante bien, hija mia: hace dos horas que goza de un sueño reparador, y este sueño es para mí una gran esperanza.

Y como Clotilde dirigiera una mirada en derredor suyo, como buscando algo, el médico añadió sonriéndose:

—Daniel y Julio han salido hace poco á dar un paseo por el jardin.

Clotilde fué á sentarse en una butaca junto á la ventana.

El doctor continuó paseándose.

Trascurrió un cuarto de hora, durante el cual reinó el mas profundo silencio.

De vez en cuando Clotilde dirigia una mirada al jardin, á través de los cristales de la ventana.

Por una calle de hermosos y rectos chopos carolinos se paseaban, manteniendo al parecer una animada conversacion, Daniel y Julio.

Clotilde hubiera deseado oir lo que se decian su

hermano y su amigo; pero esto era imposible, atendida la distancia á que se encontraban.

Trascurrieron algunos minutos.

La jóven permanecia muda, inmóvil y con la mirada fija en el poético horizonte que se distinguia á través de su ventana.

El doctor continuaba sus paseos.

Por fin, un suspiro prolongado, una especie de gemido doloroso se oyó en el fondo de la alcoba, y una voz débil dijo:

—Tengo sed.

El general se habia despertado.

Clotilde y el doctor corrieron á la alcoba.

—¡Ah! ¿estás tú ahí, hija mia? ¡Pobre Clotilde! ¡Yo queria hacerte la mas venturosa de las mujeres, y quién sabe si te haré la mas desgraciada!

Clotilde, por única respuesta, depositó un cariñoso beso en la frente de su padre.

—Los besos de los hijos son un gran consuelo para los padres que sufren,—añadió el general.

Y luego, procurando sonreirse, dijo:

—¿No es verdad, doctor?

—El hombre, señor general, se complace con frecuencia en aumentar sus sufrimientos. Yo ruego á usted que no torture la imaginacion, que procure tranquilizarse, porque lo mas importante es restablecer la salud.

—Hubiera sido preferible cien veces la muerte,—repuso el general,—á sufrir lo que sufro. Ustedes han visto entrar en esta casa á la marquesa del Radio,

altiva y amenazadora. Su intemperancia estuvo á punto de costarme la existencia; no se condolió del pobre enfermo, fué despiadada conmigo, y luego han trascurrido los dias sin que se haya dignado enviarme un recado de atencion, sin que se tome el menor interés por el hombre que, despues de todo, es el padre de su hija.

Y el general, exhalando un suspiro y colocando la mano derecha sobre la cabeza de su hija, añadió:

—Yo creia que este ángel de consuelo que Dios me ha concedido, seria la cariñosa intercesora, que redimiendo mis pasadas culpas, borraria de la memoria de la marquesa los resentimientos, logrando establecer en nuestro hogar doméstico la envidiable paz de la familia. Clotilde calla, llora y oculta la frente entre sus manos, y ese silencio y esas lágrimas me anuncian que no ha podido enternecer el corazon de su madre. ¿No es verdad, Clotilde?

Clotilde guardó silencio.

Una sonrisa profundamente triste asomó á los labios del general.

—Sí, su carácter es de acero,—añadió;—yo he sido muy culpable, pero he sido tambien muy desgraciado, porque me he unido á una mujer, que ni conoce el perdon, ni la clemencia.

—El tiempo, señor general, aplaca los ódios y borra los resentimientos. Es preciso esperar; no todas las mujeres tienen un corazon tan noble, tan hermoso como aquella mártir cuyas cenizas descansan en el fondo de una tumba.

—¡Es verdad!—murmuró el general, cerrando los ojos y exhalando un suspiro.

Y como trascurrieran algunos segundos y Clotilde permaneciera llorando, el general añadió:

—Es indudable, hija mia, que tienes que decirme algo.

Clotilde inclinó la frente y continuó guardando silencio.

Entonces el general dirigió una mirada al doctor, y este, comprendiendo que aquella mirada era una súplica para que le dejara solo con su hija, salió de la alcoba y se dirigió al jardin á reunirse con Daniel y Julio.

—Habla, hija mia,—añadió el general despues de una pausa;—¿qué podrias decirme que añadiera nuevos dolores á mi corazon? ¡he sufrido mucho!... No temas, pues, revelarme esa pena que aflige tu alma y que me indica la tristeza de tus ojos.

Clotilde levantó lentamente la cabeza, fijó una mirada llena de melancolía en su padre, y dijo:

—He tenido una entrevista con mi madre. Tú conoces su carácter inflexible, y está resuelta á partir hoy mismo.

Clotilde suspiró, y como el general guardara silencio, volvió á decir:

—¡Vanos han sido mis ruegos!... ¡inútiles mis súplicas! Formada su resolucion, mi madre partirá, y es triste pensar que nunca el sol de la paz y la ventura embellecerá con sus hermosos rayos nuestro hogar doméstico.

—¡Pero para tomar una resolucion tan extrema,—añadió el general,—qué causas alega?...

—Dice que no quiere vivir bajo el mismo techo que Daniel.

—Pues bien; que parta, que rompa de una vez todos los lazos que aún nos unen, que sea la trompeta del escándalo, puesto que así lo quiere; pero que tenga entendido que yo, ni puedo ni quiero arrojar á mi hijo de mi casa.

. . . . . .

. . . . . .

Una hora despues, Clotilde, viendo que el general cerraba dulcemente los ojos, comprendió que se sentia fatigado y que deseaba descansar.

Entonces salió de la alcoba y fué á colocarse triste y silenciosa junto á la ventana, desde donde se distinguia todo el hermoso panorama del lago.

Nunca el sol habia brillado con mas radiante esplendor.

Las brisas primaverales llevaban hasta Clotilde el aroma que habian robado á las flores, y permaneciendo en dulce éxtasis se entregó á la interesante vida de los recuerdos.

Existen puntos de vista, que al contemplarlos, el alma se dilata y convidan á la meditacion.

La hija del general Lostan se hallaba verdaderamente preocupada por sus recuerdos.

La terrible lucha, esa lucha abrumadora en que toma una parte activa el alma, y en que todos lo golpes van directamente al corazon, habia hecho que la

hermosa jóven perdiera en parte su carácter alegre y risueño.

Ella, como el ángel de paz y bienandanza, habia concebido por un momento la esperanza de ser la intercesora en el seno de su familia.

Pero esta esperanza comenzaba á abandonar su virginal pecho, y una profunda tristeza se apoderaba de su espíritu.

Por eso allí, apoyada en el cancel de la ventana y con la mirada tristemente fija en el hermoso horizonte que se extendia ante sus ojos, pedia en vano á su fatigada imaginacion un recuerdo salvador que uniera para siempre con los dulces lazos de la familia á todos aquellos séres que tanto amaba.

Ni ella misma hubiera podido explicarse el tiempo que pasó junto á la ventana, cuando de pronto, exhalando un grito, que mas bien parecia uno de esos dolorosos lamentos que brotan del corazon, llevóse las manos á los ojos como si no diera crédito á lo que veia, y arrancándose, por decirlo así, del sitio donde se hallaba, cruzó rápidamente algunas habitaciones, llegó al jardin, y una vez allí continuó corriendo con increible rapidez hácia el pequeño embarcadero del lago.

Antes de llegar, vió con espanto una pequeña embarcacion, que con su vela latina desplegada, iba alejándose de la orilla empujada por la brisa.

Entonces Clotilde comprendió que le faltaban las fuerzas, y extendiendo los brazos en ademan suplicante dijo con uno de esos gritos que nacen del fondo del alma:

¡Madre mia... vuelve á reunirte conmigo, ó me arrojo al lago!

—¡Madre, madre mia!...

En el banquillo de popa de la barca iban dos mujeres vestidas de negro.

Una de ellas se puso en pié, y agitando un pañuelo blanco en señal de despedida, dijo con acento claro y vibrante:

—¡Todo ha concluido entre nosotras!... ¡Adios para siempre!...

Eran la marquesa del Radio y la anciana doña Mercedes, que abandonaban el palacio de Diodati.

La barca continuó alejándose de la orilla.

Clotilde hizo un esfuerzo desesperado. Comprendia que aquella separacion iba á ser eterna, y una resolucion desesperada cruzó por su mente.

Llegó á la orilla, volvió de nuevo á extender los brazos en ademan suplicante hácia la barca, y con acento desesperado exclamó:

—¡Madre mia!... ¡O vuelves á reunirte conmigo, ó me arrojo al lago!

Entonces Clotilde se sintió cogida por la cintura, y una voz dulce, cariñosa, le dijo al oido:

—Déjala partir: ¿á qué hacer el sacrificio de una vida que tu padre y tu hermano necesitan?

Clotilde volvió la cabeza. Se encontraba en los brazos de Daniel. Exhaló un grito, y cayó desmayada.

LIBRO SEGUNDO

CONTINUA LA LECTURA

CAPÍTULO PRIMERO

RECUERDOS

Daniel condujo en brazos á Clotilde hasta un cenador.

Aquel desvanecimiento duró poco. Algunos minutos despues la hermosa jóven abrió los ojos, y llevándose la mano á la frente, fijó una mirada cariñosa en su hermano, enviándole una sonrisa triste como el dolor que sentia en su alma.

—¡Gracias, Daniel!—le dijo.—Acabas de salvarme la vida: se habia apoderado de mí un vértigo, del que te confieso con ingenuidad que estoy afrentada; pero la repentina ausencia de mi madre me aturdió, porque me anuncia nuevas desgracias.

Daniel escuchó en silencio aquellas disculpas casi

incoherentes que le daba su hermana, y estrechando cariñosamente sus manos, le dijo con un acento dulce y apasionado:

—La marquesa del Radio es altamente injusta con el hijo de aquella pobre mártir, que tuvo bastante abnegacion para sacrificar por ella su honra y su porvenir.

Y sonriéndose de un modo triste, añadió:

—Recuerdo que en las sentidas páginas del manuscrito de mi madre, hay un párrafo que describe la escena que tuvo lugar una noche en el pueblo de Horche, entre mi madre y la marquesa del Radio. Precisamente es el punto donde interrumpimos la lectura, y han quedado tan grabados en mi imaginacion algunos episodios, que no es fácil se borren nunca. «Yo no podré olvidar nunca tanta abnegacion, tanta generosidad. Usted es un ángel, y será para mí un gran consuelo que me honre permitiéndome que la llamase hermana.» Esto dijo una noche tu madre á la mia, y hoy, olvidando lo que nunca deben olvidar las personas bien nacidas, para permanecer aquí junto á su esposo enfermo, al lado de su desconsolada hija, se atreve á imponerte la condicion de que abandone este palacio el hijo de Ángela.

—¡Luego tú sabes!...—preguntó sobresaltada Clotilde.

—Sí, hermana mia: sé las condiciones que te ha impuesto la marquesa, y siento en verdad que no las hayas aceptado.

—¡Ah! ¡Nunca, nunca!... ¡Tú eres mi hermano, tú

tienes sobre la fortuna y los títulos del general mas derechos que yo!

—Querida hermana,—añadió Daniel cambiando de entonacion y estrechándola cariñosamente contra su pecho,—no hablemos ahora de derechos, que nunca he pensado reclamar. Nuestro deber consiste en ver pronto restablecido al general. Si te inspiro alguna confianza, vive tranquila; el tiempo te demostrará que no has sembrado tu cariño en el corazon de un ingrato. Confio tambien que la marquesa del Radio vuelva á reunirse con nosotros, persuadida de que á nada conduce su terquedad. Y ahora voy á pedirte un favor.

—Qne yo no sabré negarte.

—En eso confio.

—Habla.

—Los acontecimientos desagradables que han tenido lugar en derredor nuestro durante dos dias, han sido la causa de que el manuscrito de mi madre, cuya lectura interrumpimos para correr á salvar al general, se halla olvidado. Nuestro padre, afortunadamente continúa restableciéndose, aunque muy poco á poco, y yo quisiera que mañana al despertar el alba, solos y sin mas testigos que ese pobre barquero que no entiende el español, diéramos un paseo por el lago y continuáramos la lectura del manuscrito. Segun por los fólios que aun nos faltan que leer, sospecho que mi madre tiene aun que decirnos muchas cosas, que yo no debo ignorar.

—Mañana al rayar el dia me encontrarás junto al embarcadero,—contestó Clotilde.

—¡Gracias, hermana mia! Ahora permite que te acompañe hasta tu habitacion. Te sientes fatigada, y necesitas algunas horas de reposo. Yo mientras tanto iré á colocarme junto al lecho de nuestro padre.

—Vamos, pues.

Daniel condujo á su hermana hasta su gabinete, y luego se dirigió á la habitacion del general, en donde se hallaban el doctor Samuel y Julio de Monforte.

Daniel saludó á sus amigos y penetró en la alcoba. Sentóse en una butaca que se hallaba junto á la cabecera, guardando el mayor silencio.

El general, que tenia los ojos cerrados, se apercibió sin duda de que alguien entraba en la alcoba, los abrió, y fijando una mirada en Daniel, dijo en voz baja:

—¡Ah! ¿Eres tú, hijo mio? ¿Es verdad que la marquesa nos ha abandonado?

—Sí, general... A estas horas se halla cruzando el lago en direccion á Ginebra,—contestó friamente Daniel.

—Tiene un carácter inflexible: me ha hecho sufrir mucho; pero seria en vano que yo me declarase en guerra abierta con mi destino,—murmuró el general en voz baja.—Además, ¿qué me importa á mí esa mujer? En otro tiempo acataba sus órdenes, porque temia que se descubriera mi secreto. Hoy es muy distinto: mi situacion ha cambiado, y la voz de la naturaleza se levanta en el fondo de mi pecho, indicándome el camino que debo seguir. Tú y Clotilde sereis el consuelo de mi vejez, y una nueva era comenzará para nosotros.

Y como Daniel guardara silencio, el general añadió con triste y sentida entonacion:

—Conozco, hijo mio, que no puedo exigirte nada; solo el tiempo podrá borrar de tu memoria tristes recuerdos; pero tu alma generosa, si no por mí, por Clotilde, llegará á interesarse en la ventura del hombre que tanto daño ha causado á tu madre.

—¡General!—contestó Daniel con acento solemne,—la pobre mártir que bajó á la tumba guardando el secreto, cuya revelacion hubiera sido para usted la deshonra y la infamia, me aconseja el perdon; y yo, acostumbrado á respetarla y á venerarla, sabré obedecerla. Si la señora marquesa del Radio no me profesara un ódio tan implacable como injusto, aun podríamos abrigar la esperanza de una reconciliacion en la familia; pero ella huye de nosotros: Clotilde la ha ofrecido el ramo de oliva, símbolo de la paz, y lo ha rechazado, porque la marquesa, juzgando á los demás por ella misma, no comprende hasta dónde puede llegar la abnegacion y el desprendimiento del hijo de la pobre Ángela. Pero no es este el momento oportuno para tratar una cuestion que puede afectar á usted; tiempo ha de quedarnos, cuando usted se halle restablecido, para arreglar nuestras cuestiones de familia.

—Solo pido á Dios fuerzas para que llegue esa hora suprema de la reconciliacion.

—Llegará, padre mio.

—¡Ah! pero tú siempre recordarás...

—Yo solo espero y confío.

—¡Qué bueno eres!

—¡No, padre mio!... Diga usted mas bien que Clotilde es un ángel.

Y como el general hizo un movimiento indicando que iba á tomar la palabra, Daniel le interrumpió diciéndole:

—Ni una palabra mas, padre mio: es preciso obedecer las órdenes del médico.

Y despues de esto salió de la alcoba.

CAPÍTULO II

CORRESPONDENCIA

Aquella misma noche, Julio de Monforte, á quien tocaba de guardia para asistir al general, tan pronto como se quedó solo y persuadido de que nadie vendria á interrumpirle hasta el próximo dia, cerró la puerta del gabinete, y despues de dirigir una mirada hácia la alcoba en donde dormia el enfermo, fué á sentarse junto á una mesa.

La ancha pantalla del quinqué recogia la luz, dejando en las mas profundas tinieblas los ámbitos de la habitacion.

Julio permaneció algunos momentos con los codos apoyados sobre la mesa y la frente hundida en las palmas de las manos.

Si al novelista le es permitido leer en el corazon de los personajes que pone en juego para el desenvolvimiento de su fábula, diremos, sin temor de que se nos

tache de indiscretos, que Julio de Monforte mantenia consigo mismo una de esas luchas propias de la juventud y de las almas generosas.

Clotilde habia sido para el hermano de Bianca el ángel de salvacion; le debia el bienestar y tal vez la vida de su madre, y el agradecimiento, al echar profundas raíces en su corazon, habia acabado por convertirse en la pasion mas bella de la criatura: el amor.

Pero este amor era triste, melancólico, porque brotaba en su alma sin llevar ese purísimo gérmen que lo embellece todo y que se llama esperanza.

Desde el primer momento en que comprendió que amaba á Clotilde, se propuso el inútil empeño de ahogar aquel amor naciente, porque lo conceptuaba tan absurdo como imposible.

¿Quién era él, pobre desheredado, para fijar sus ojos en la rica heredera de un título? Tanto atrevimiento le avergonzaba, y se hubiera cien veces dado la muerte antes que revelar á Clotilde el secreto de su alma.

El tiempo trascurrió, y Julio procuró con heróico empeño ocultar el estado de su espíritu.

Pero una mujer, como él desgraciada, y que como él sentia un alma capaz de todo lo bello, adivinó este amor; porque, como Julio, amaba tambien sin esperanza. Esta mujer era Blanca, su hermana.

Mútuamente se confiaron su secreto; y sin temor ni recelo abrieron sus nobles y puros corazones, siendo muy pronto el uno depositario del otro.

Una circunstancia imprevista vino á hacer mas su-

blime, mas grande, mas santo, el amor que inflamaba el pecho de los dos hermanos.

Julio amaba á Clotilde, Blanca amaba á Daniel; y por una combinacion fatal y muy comun en la vida, Clotilde confió un dia á Blanca que amaba y era amada de Daniel, y Daniel depositó en el corazon de su íntimo amigo Julio el profundo amor que sentia por la hija del general y la inmensa felicidad en que rebosaba su alma viendo que aquel amor era correspondido.

Desde este momento, los dos hermanos, en la soledad silenciosa de la noche, dulcemente abrazados, lloraron la muerte de su amor, ó por mejor decir, la muerte de la esperanza, perfumada flor de la juventud, que mientras ella no nos abandona, poetiza hasta las tétricas tintas de la miseria.

Julio y Blanca tenian la fortuna de poseer dos corazones dispuestos siempre á abrigar los pensamientos mas generosos, porque latian al dulce y noble calor de la gratitud, y desde aquel momento se convirtieron en protectores de un amor que causaba su desgracia, que mataba su felicidad.

Ni un solo pensamiento mezquino cruzó por aquellas imaginaciones privilegiadas; olvidaron su felicidad por ocuparse de la de Clotilde y Daniel, y esta sublime epopeya de la abnegacion y el agradecimiento era mas grande, porque carecia de espectadores que pudieran aplaudirla.

Así trascurrió el tiempo, siendo Blanca y Julio los leales protectores del amor que unia las almas de Daniel y Clotilde.

De repente, un acontecimiento inesperado les sobrecogió, dando cabida en sus almas á la esperanza. Clotilde y Daniel eran hermanos, y Julio entonces, comprendiendo que su amor era imposible, solo se ocupó en salvarle del gran peligro que corria.

Abandonó á España, y llegó á Suiza afortunadamente á tiempo para evitar una gran desgracia.

Nuestros lectores saben todo lo que ocurrió, y ahora, aunque se nos tache de indiscretos, vamos á colocarnos detrás de la silla de Julio, para ir leyendo la carta que le escribe á su hermana Blanca, aprovechando el silencio y la soledad de la noche.

«Querida Blanca: Quisiera poseer ese don divino que Dios ha concedido á algunos poetas para describirte las impresiones que experimento desde que mis plantas se posan en estas encantadoras orillas del lago Leman.

»Muchas veces, sobre todo en los momentos de soledad, cuando el ruido de los hombres no turba mis oidos, cuando me entrego con toda mi alma á esa vida del pensamiento, cuando sueño despierto, mi único deseo se reduce á tenerte á mi lado para comunicarte todas mis impresiones.

»Porque yo, querida Blanca, puedo conceptuarme solo, aunque me hallo en medio de una familia, triste y abatida por los acontecimientos terribles que la abruman.

»Afortunadamente llegamos á tiempo para salvar á Clotilde y Daniel de una gran desgracia; hoy saben que son hermanos y lloran juntos las culpas de su padre.

»Si yo fuera egoista, si no sintiera en el fondo de mi

alma, viva y poderosa siempre, la gratitud, deberia estar contento por todo lo que ha sucedido, porque una esperanza aunque remota y tal vez irrealizable, nace en mi corazon, viendo el parentesco que une á nuestros buenos amigos.

»Sin embargo, ellos están tristes, y buscan la soledad como si estuvieran pesarosos del cambio de afecto que han esperimentado sus almas.

»Algunas veces suelo encontrar á Clotilde sentada ó paseándose sola por el hermoso jardin de esta quinta; triste, llorosa, preocupada, ni siquiera se apercibe de que me hallo cerca de ella, contemplándola con amoroso interés.

»En estos casos, prefiero alejarme sin hacer ruido para no interrumpir sus meditaciones.

»Yo creo que tu presencia en este caso seria un gran consuelo para Clotilde; pero eso es imposible, porque nuestra madre te necesita.

»Por otra parte, nuestra permanencia aquí creo que no será larga, pues tan pronto como el general se restablezca partiremos para España, y Dios solo sabe con cuánto placer os estrecharé contra mi corazon.

»Ignoro aun la resolucion que tomará Daniel; pero supongo que es bastante generoso para sacrificarse por su hermana.

»El general ha sido muy culpable, pero verdaderamente es digno de compasion. El pobre sufre mucho, porque siente su pecho destrozado por los remordimientos.

»Hasta el buen doctor Samuel que tanto le odia, comienza á compadecerle, á todos inspira interés, menos á su esposa la marquesa del Radio, cuya presencia en esta casa puede ser fatal para el enfermo.

»Afortunadamente, hoy se ha marchado sin despedirse de nadie. Tiene un carácter de hierro, y no quiere por ningun concepto reconciliarse con el hombre que la ha engañado.

»Clotilde, cuando supo la resolucion de su madre de regresar á España sin ver al general ni esperar que se hallara restablecido, le rogó mucho para que se quedara; pero todo fué en vano, y la marquesa partió esta mañana, dejando á su hija sumida en el mayor desconsuelo.

»Es en vano que yo forme deducciones sobre el resultado de la lucha doméstica que está manteniendo esta familia. Mucho temo que no lleguen nunca á una avenencia, y ese temor me entristece y desconsuela. Les debemos tanto, que deseo sean felices.

»Despues de contarte todo lo que aquí sucede, se me ocurre escribirte hasta mis poéticos sueños; pero tú que amas, y que amas como yo sin esperanza, comprenderás todo lo que siente bajo el hermoso cielo de Suiza, tu hermano que desea abrazarte,

»JULIO.»

Terminada la carta, Julio la leyó de nuevo con detencion, y sin duda quedó satisfecho de su contenido, pues doblándola la puso en un sobre, guardándola en el bolsillo del pecho de la levita.

Luego se levantó, fué de puntillas hasta la alcoba del general, y como este continuaba dormido, se dirigió hácia la ventana que daba al jardin.

La luna brillaba con todo su esplendor, iluminando con su dulce y grata luz el inmenso panorama de aquellas riberas.

Julio se apoyó en la terrapisa de la ventana, dejó caer la frente sobre la palma de las manos, y se quedó inmóvil.

De vez en cuando se entreabrian sus labios para dar paso á un suspiro, y levantando la frente extendia una mirada por el hermoso lago Leman, soñando despierto en una felicidad que él veia lejana, por no decir irrealizable.

CAPÍTULO II

EL CREPÚSCULO ORIENTAL

Indudablemente voy llegando á viejo con demasiada rapidez. El invierno me parece horrible, esceptuando en esos pocos dias en que se estiende por un cielo sin nubes un sol que irradia sobre la tierra, recordándonos la primavera.

Mi eterno pensamiento, mi sueño constante son las golondrinas. La primera que veo revolotear sobre los árboles de mi retiro, proyectando mil caprichosos giros en el aire, me llena el corazon de alegría, y la saludo como á una mensajera del buen tiempo, como á la infalible avanzada de las flores, del ambiente templado, de las noches apacibles, de la vida de los campos y de las codornices.

Hace algunos años que soy el incansable defensor del verano, aborrezco el invierno aun en los dias del Carnaval, y despues de todo no dejo de tener razon, digan lo

que quieran los partidarios de los hielos y las nieves, porque el calor es la vida y el frio es la muerte.

No he visto ningun cadáver que esté ni siquiera tíbio á los pocos minutos de haber dejado de existir.

Cuando cuestiono en el seno de mi familia sobre el invierno y el verano, mi hija suele decirme: «Te gusta el verano, porque te vuelves viejo.»

Indudablemente tiene razon; yo me doy por vencido, pero espero que trascurran algunos meses. Llega la semana «codornicera,» como dicen los cazadores, es decir á últimos de abril; nuestro modesto jardin se llena de flores, las paredes se cubren de madre-selva, jazmines y pasionarias, y mi hija bate las palmas bendiciendo á la primavera, y colocándome todas las mañanas dos ramos hechos por su mano sobre mi mesa-escritorio, aspira con delicia el perfume que exhalan, mientras yo le recuerdo el árido invierno cubierto con un sudario de hielo como la muerte.

¡Oh! ¡bendita seas una y mil veces, hermosa primavera!... ¡Tu cielo sin nubes, tus noches serenas, tu ambiente perfumado, llena de alegría mi corazon!...

Bajo la sombra protectora de tus árboles, mi alma se dilata y la sonrisa de la felicidad se estremece en el fondo de mi alma.

Yo envidio esas aves emigradoras, reinas del espacio, señoras del universo, que vagan errantes buscando siempre el clima que se halla mas en armonía con su naturaleza y con sus deseos.

Pero soy hombre, y doblo la frente ante mi pequeñez

y las necesidades que me creó la educacion que recibí de mis mayores.

¿Qué felicidad podria compararse á la de la inocente tórtola, si el hombre cruel no fuera á molestarla y darla la muerte en su flotante tienda de hojas, donde arrulla al amor, á la felicidad y á la ternura maternal?

Ella busca siempre el mediodía, huye del frio, y vive tan feliz en España como en Asia y Africa.

El calor es la vida, las ramas del árbol son su hogar y la flor del lentisco su alimento, unido á una gota de agua para refrescar su garganta.

¡Ah! ¡el hombre comparado con la golondrina, es bien poca cosa; con el rabiahorcado, es un pigmeo!

Y sin embargo, llamándose rey de la creacion, vive devorado por su orgullo, por su soberbia, por su avaricia, por su impotencia, y nunca llega á disfrutar lo que no falta á ninguna de las aves: la felicidad.

Pero basta de digresiones, para decir que la luz del alba, en una hermosa mañana de primavera, comenzaba á estenderse por el lago Leman, cuando Clotilde, abandonando el palacio de Diodati, se dirigia con ligereza hácia el desembarcadero.

Allí la esperaba Daniel, sentado en el banquillo de popa de una barca.

Al ver á su hermana, se puso en pié para ofrecerle la mano.

—¿Hace mucho que me esperas?—le preguntó Clotilde.

—No, acabo de llegar.

—Estoy á tus órdenes.

Daniel hizo una seña al barquero, y este, con ayuda de un niño de doce años estendió la vela, y la barca comenzó á alejarse suavemente de la orilla.

Daniel y Clotilde, durante algunos minutos, guardaron el mas profundo silencio, sentados en el banquillo de popa y embebidos en la dulce contemplacion de aquella alborada, que como una sonrisa del cielo comenzaba á iluminar el estenso y poético horizonte del lago.

Por fin, Daniel rompió el silencio, y dijo de este modo:

—Antes de abandonar el palacio, he pasado por la habitacion del general á enterarme de su salud; Julio me ha dicho que nuestro padre ha disfrutado esta noche de un sueño dulce y reparador. Si el enfermo continúa mejorando, antes de mucho regresaremos á España.

Entonces Clotilde, apoderándose cariñosamente de la mano de Daniel, le miró con una ternura infinita, y le dijo:

—¿Y qué será de nosotros cuando regresemos á España?

—Dios solo lo sabe, hermana mia; pero tranquiliza tu espíritu; me interesa demasiado tu felicidad para que dé abrigo en mi corazon á una idea egoista.

—Mi felicidad, ¿no es por ventura la tuya?—repuso Clotilde, dejando asomar dos hermosas lágrimas á sus ojos.—¿Podria yo ser dichosa viéndote á tí desgraciado? No, hermano mio, no. Desde el momento que el ángel de nuestra guarda, con su infinita bondad, dispuso

que el secreto de tu nacimiento no lo fuera para mí, he resuelto que nuestra suerte vaya unida; somos hermanos, y yo debo interesarme tanto por tu ventura como por la mia.

Daniel, que indudablemente no queria continuar por aquel camino, dando un giro á la conversacion, repuso:

—Contempla, hermana mia, con qué majestad se remontan los rayos del sol sobre esas libres y poéticas montañas que aprisionan este lago entre sus brazos como una madre cariñosa. ¡Dichosos mil veces los sencillos y modestos habitantes de estas riberas hospitalarias, que nacen y mueren sin traspasar nunca el horizonte que distinguen desde las puertas de sus cabañas! Para nosotros el lago Leman tendrá siempre recuerdos tristes y melancólicos, porque junto á sus orillas sentimos crecer y dilatarse el inmenso amor de nuestros corazones, amor que bastó una palabra para que templase su fuego vivificante, convirtiéndole en el dulce cariño de la fraternidad.

Clotilde inclinó melancólicamente la frente sobre el pecho.

Daniel acababa de recordarle aquellas noches de encantadora inquietud, en que sola en la azotea del palacio de Diodati, mientras dejaba vagar una triste mirada por el lago Leman, entregaba dulcemente su imaginacion á la vida de los recuerdos.

El amor que profesaba á Daniel se habia visto precisado á cambiar repentinamente de sensaciones.

Una hermana puede dar por su hermano la vida,

puede dar la fortuna, y hasta la última gota de sangre de sus venas; pero el amor de una hermana carece de ese fuego sublime que inflamaba el corazon de Julieta, inmortalizando su nombre.

Daniel, embebido tambien en sus recuerdos, guardó silencio, y mientras tanto la ligera barca cortaba con su esbelta quilla las tranquilas aguas del lago, navegando sin rumbo cierto á merced de la apacible brisa.

De repente, Daniel levantó la cabeza y dijo:

—Veo, hermana mia, que olvidamos el motivo de nuestra escursion. Es preciso concluir la lectura del manuscrito de mi madre.

—Sí, es preciso,—murmuró en voz baja Clotilde.

Daniel habia dejado una gran cartera de tafilete debajo del asiento que ocupaba, la sacó, y estrayendo de ella algunos cuadernos, volvió á decir:

—¿Recuerdas bien el punto en donde interrumpimos la lectura?

—¡Ah! ¡si lo recuerdo! No temas que olvide ni una sola de esas sentidas páginas que escribió aquella pobre mártir, á quien debiste el sér. Recuerdo que quedamos cuando la marquesa del Radio y el general Lostan fueron á visitarla á su modesta casa de Horche, y tu madre, siempre buena, siempre generosa, ofreció salvar la honra del general, guardando el mas profundo silencio. Recuerdo tambien que las últimas palabras que me leiste fueron cuando tu madre, al quedarse sola, se dirigió á la alcoba en donde tú dormias tranquilamente, sonriendo en tu sueño de ángel y sin sospechar el terrible drama de familia que te rodeaba.

—Sí, esas fueron sus últimas palabras. Voy, pues, hermana mia, á continuar la lectura de esas páginas, que tantos dolores levantan en mi corazon, que tantas lágrimas arrancan á nuestros ojos.

Y Daniel, abriendo el manuscrito, se puso á leer en voz baja lo que sigue.

CAPÍTULO III

DONDE SE REANUDA LA INTERRUMPIDA LECTURA DEL MANUSCRITO

I

«El dia me sorprendió en mi triste y profunda oracion, y cuando tú abriste los ojos estendiendo hácia mí con la sonrisa en la boca tus cariñosos brazos, yo te estreché con toda la ternura de mi amante corazon contra mi pecho, llenando de besos y lágrimas tu rostro.

—¿Qué tienes, madre mia?—me preguntaste.—¿Por qué lloras? ¿quién te ha hecho daño?

Pero yo no podia contestar á esta pregunta que oprimia mi alma, y redoblé el llanto y los sollozos.

La infancia tiene una curiosidad abrumadora, y como yo para satisfacer la tuya no empleaba ni siquiera una palabra, tú, cogiéndome el rostro con tus pe-

queñas manos, te empeñaste en saber la causa de mi tristeza.

¡Dichosa edad, en que las penas no se envejecen en el corazon, en que las lágrimas no se eternizan en los ojos!

Hoy, al recordar aquella triste noche, aunque han trascurrido quince años, se me oprime el pecho y las lágrimas inundan mis ojos.»

II

«Trascurrió el tiempo sin que ocurriera otra novedad en mi modesta vivienda, que el tranquilo, pero profundo dolor que me rodeaba.

De vez en cuando recibia una carta del general ó de la marquesa, dándome gracias por mi sublime abnegacion.

Pero esta abnegacion debia tener un término.

Por entonces vino á establecerse á nuestro pueblo un verdadero hombre de bien, un sábio: el doctor Samuel.

Yo no bendeciré nunca bastante á Dios por la inmensa felicidad que me proporcionó, haciéndome conocer á un hombre á quien desde los primeros dias respeté y amé como á un padre, siendo amada de él como una hija.

Tú no sabes, Daniel mio, los beneficios que tu madre ha recibido del doctor Samuel; tú no sabes de lo que es capaz su generoso y noble corazon, y seria in-

terrumpir el relato doloroso de mis desgracias si consignara en estas páginas, uno por uno, todos los favores que ha hecho á tu madre.

Por otra parte, yo conozco al doctor, y sé que ofenderia su modestia dedicando en estas páginas elogios á la belleza de su alma.

Tú le conoces tambien; á él le debes la educacion que has recibido, y mas de una vez, mientras tu padre me tenia en el mayor abandono, debíamos á su generosidad el pan que llevábamos á nuestra boca.»

III

«Una mañana, con gran asombro mio, oí detenerse una silla de posta junto á mi puerta.

Un hombre bajó de ella, entró en mi casa, preguntó por mí, y me entregó precipitadamente una carta.

Aquel hombre me dijo que esperaba contestacion. Rompí el sobre de la carta, y me puse á leer. Era de la marquesa del Radio. Decia así:

«Angela: Acaba de suceder una gran desgracia. El conde de la Fé está gravemente herido. Ha tenido un lance de esos que los hombres llaman de honor, con el general Lostan. El conde vive solo, sin familia, rodeado solamente de sus criados, y yo temo que por efecto de la calentura ó de la desesperacion, revele el fatal secreto que á todos nos ha hecho tan desgraciados. Es preciso, pues, que abandone usted su modesto retiro,

su tranquilo hogar; que venga usted á Madrid, é instalándose como enfermera junto al lecho del conde, evite que este cometa una imprudencia, que puede destrozar la honra del general.

»Angela, usted es buena, usted es una santa: salve usted al padre de su hijo, y cuente con el eterno reconocimiento de

» La Marquesa del Radio.

»Postdata. Puede usted venirse en el mismo carruaje que le envio. El portador de esta carta es un hombre de mi mayor confianza. Yo espero á usted en mi finca de Hortaleza, en donde vivo hace tiempo separada de mi esposo.»

IV

«La lectura de esta carta me afectó notablemente.

Vacilé algunos segundos; pero por fin me resolví á salvar, si me era posible, al hombre que tanto habia amado, que tanto amaba á pesar mio.

El conde de la Fé, en otro tiempo me habia dado el dulce nombre de hermana; nada, pues, tenia de particular que yo, para hacerme acreedora de ese nombre, viéndole en peligro y sin familia, corriera á su lado para prodigarle todos esos tiernos cuidados que son propios de la mano de una mujer.

Resolví el viaje: te dejé al cuidado de una anciana criada, de la buena Mónica, y partí inmediatamente.»

V

«Cuando me encontré sola en la silla de posta caminando hácia Madrid, reflexioné un momento, temiendo haber cometido alguna imprudencia; pues dejándome llevar por la generosidad de mi corazon, ni siquiera reflexioné los peligros á que podia esponerte dejándote solo.

Poco á poco fuí tranquilizándome.

El hombre portador de la carta, y que viajaba á mi lado, era casi un anciano, y tenia cierta bondad en el semblante que tranquilizaba mi espíritu.

Durante el camino, nos detuvimos una vez para cambiar el tiro.

A la caida de la tarde llegamos á Hortaleza, y fuí introducida en una habitacion, en donde se hallaba la marquesa del Radio.

Al verme se arrojó en mis brazos, y esclamó con un entusiasmo algo impropio de su carácter:

—¡Gracias, Ángela, gracias, amiga mia; es usted muy buena!»

VI

«La marquesa me condujo hasta un sofá, y sin soltarme las manos, que estrechaba cariñosamente entre las suyas, y mirándome con ademan suplicante, añadió:

—Si la noche que tuve la fortuna de conocerla por

la vez primera en su humilde retiro, no me hubiera convencido de que era usted la mujer mas buena del mundo, hoy viéndola entrar por las puertas de mi casa, lo hubiera proclamado con todo el entusiasmo de un alma agradecida.

—Señora marquesa,—le contesté,—yo hice el sacrificio de mi felicidad y estoy resuelta á llevarle á cabo. Si no tuviera un hijo, cuyo porvenir me exige que defienda sus derechos, yo procuraria borrar un nombre de mi memoria y mi corazon, y todo habria concluido entre nosotras. Pero soy madre, y si bien deseo salvar la honra del general guardando su secreto en lo mas profundo de mi pecho, no puedo olvidar á la inocente criatura que dí vida con la sangre de mis venas.

—»¡Es verdad, es verdad!—murmuró en voz baja la marquesa, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Y como si mis palabras le hubieran producido un gran efecto, guardó silencio durante algunos segundos.»

VII

«Yo estaba entonces muy léjos de creer, hijo de mi alma, hasta dónde llegaba el egoismo grosero de algunos séres.

Todas las palabras de cariño de la marquesa, todas sus lágrimas, todas sus súplicas, no eran otra cosa que una falsa máscara para ocultarme el dominante orgullo de su corazon.

Yo, revelando mi secreto, haciendo valer mis justos

y legítimos derechos, inutilizaba su matrimonio con el general Lostan, y el escándalo y la vergüenza caian sobre ella.

Sin embargo, no la acrimino, no la culpo; ella era madre como yo, ¿y qué no hace una madre por un hijo?

Clotilde, tan inocente como tú, estaba amenazada de ser una víctima, y la marquesa, por salvarla, violentando su carácter, suplicaba á otra madre á quien aborrecia con toda su alma.

Yo entonces, creyendo profundo y verdadero el dolor de la marquesa, compadecida ante sus lágrimas y dejándome llevar por las impresiones de mi noble corazon, la estreché contra mi pecho, y la dije:

—»Tranquilícese usted, señora. ¿Qué puedo hacer para salvar al hombre que tan desgraciadas nos ha hecho á las dos?

—»¡Oh! sí, muy desgraciadas,—murmuró;—pero es preciso salvarle, porque hoy, desterrado de España, gracias á la volubilidad de la política , si su crímen se descubriera, el odio de sus enemigos caeria con una saña implacable sobre él.

—»¿Desterrado el general?—pregunté con algun sobresalto.

—»Sí, ayer mismo, en el momento en que esperaba ser llamado de palacio, recibió la órden de salir de Madrid.»

VIII

«Confieso que esta noticia me entristeció, y desde aquel momento resolví sacrificarme, si bien es verdad que reservándome el derecho de reclamar cuando lo tuviere por conveniente, á nombre de mi hijo.

La marquesa volvió á repetirme que en aquellos momentos el escándalo seria terrible para el general, que ya nunca podria rehabilitarse á los ojos de la sociedad, porque sus enemigos políticos le hundirian para siempre.

Yo estaba muy acostumbrada á representar el papel de mártir, y por otra parte, lo confieso, tuve una idea egoista, pensando que, cuanto mas grande y mas poderoso fuera el general Lostan, mas brillante porvenir podia esperar para su hijo; para tí, querido Daniel, que siempre has sido mi única alegría, mi constante afan.»

IX

—«¿Qué puedo hacer por usted, señora?—le dije despues de un momento de vacilacion.

—El conde de la Fé se halla gravemente herido.

—Lo he leido en la carta que usted ha tenido la bondad de enviarme.

—El conde, que vive sin familia, que no se halla rodeado mas que de sus numerosos criados, necesita

una persona que se instale junto á la cabecera de su cama, sirviéndole de enfermera.

—¿Pero me dejarán á mí desempeñar esa plaza?

—Es preciso á toda costa conseguirlo. El conde podria en sus momentos de delirio ó de desesperacion hacer revelaciones imprudentes, que nos perderian.

—Pero ¿cómo logro yo que se me admita de enfermera?

—Tengo un medio.

—¿Cuál?

—Un carruaje mio la conducirá á usted hasta la casa del conde; preguntará usted por el secretario particular del conde, señor Castro, y le entregará esta carta.

Y como yo mostrara alguna estrañeza al oir estas instrucciones, doña Beatriz desdobló la carta, diciendo:

—No tema usted que siguiendo mi plan padezca en lo mas mínimo su honor. Va usted á oir lo que digo en esta carta.

Recuerdo palabra por palabra el contenido de aquella carta. Decia así:

«Señor Castro: La dadora de la presente es persona de mi mayor confianza, y á la cual el señor conde de la Fé dió en otro tiempo el dulce nombre de hermana.

»Deseando corresponder al puro afecto que siempre le ha profesado, hoy, al saber su desgracia, se apresura á ofrecerle sus servicios en calidad de enfermera.

»Confio, pues, que no habrá ningun inconveniente

en que preste tan señalado servicio al pobre herido, por cuya vida y pronto restablecimiento me quedo rogando á Dios.

Beatriz.»

X

«Guardé la carta, me despedí de la marquesa, y fuí conducida á casa del conde de la Fé.

La noche habia cerrado.»

CAPÍTULO IV

DONDE CONTINUA LA LECTURA DEL MANUSCRITO

Daniel, á quien la lectura de aquellas páginas que le escribia su madre, de aquella historia llena de lágrimas y de abnegacion tanto le afectaba, dejó el cuaderno sobre sus rodillas, y exhaló un profundo suspiro.

—Valor, hermano mio,—le dijo Clotilde con dulce y melancólica voz;—es preciso apurar hasta lo último el cáliz de la amargura; es preciso llegar á la última palabra que tu madre escribió con trémula mano al despedirse de la vida.

—Sí, es preciso terminar; pero el corazon se me oprime,—repuso Daniel,—viendo la santa abnegacion de la pobre mártir que ya no existe.

Y como si en aquel momento sintiera un arranque de despecho en el corazon, añadió con trémulo y nervioso acento:

—Parece increible que la marquesa del Radio

guarde tan pocas consideraciones al hijo de aquella mujer, que todo lo sacrificó por salvarla.

—¡Daniel!... ¡la marquesa es mi madre!...

Clotilde, con esta frase, dirigia una súplica á su hermano, que este comprendió perfectamente, y agitando la cabeza con triste espresion, añadió:

—¡Ah! ¡si no fuera tu madre!...

Estas palabras tenian toda la elocuencia propia del estado del espíritu de Daniel.

Clotilde rogó á su hermano que continuara la lectura del manuscrito, y Daniel volvió á coger el cuaderno, leyendo lo que sigue:

I

«Acostumbrada á la tranquila paz de mi retiro, viviendo siempre léjos del bullicio de las grandes ciudades, yo obedecia los deseos de la marquesa sin darme cuenta de mi conducta.

Al llegar á casa del conde de la Fé fuí introducida en una lujosa habitacion, en donde un criado me suplicó esperara algunos momentos.

Entonces, lo confieso, hijo mio, ni siquiera se me ocurrió que la maledicencia pudiera cebarse en mi honra; iba á ejercer una obra de caridad y á salvar á tu padre, y esperé, sin que se turbara ni un solo instante la pureza de mi alma.

Poco despues ví entrar en la habitacion donde me hallaba á un hombre, que me dijo ser el señor Castro, secretario del conde de la Fé.

Le dije que venia de parte de la marquesa del Radio y le entregué la carta, que leyó con gran detenimiento, mirándome tres ó cuatro veces durante su lectura.

—»Por desgracia, señora,—me dijo al terminarla,—el señor conde se halla en un estado tan grave, que no puede por sí dar á usted las gracias por los generosos y nobles servicios que le ofrece, y que yo, en su nombre, acepto con la mayor satisfaccion. Usted será, pues, desde este momento la piadosa enfermera que se encargue del pobre herido, y el corazon me dice, que eso ha de servirle para que sea mas rápido su restablecimiento, pues los delicados desvelos de una mujer son de gran utilidad en estos casos.

—»Puede usted contar, caballero,—respondí con alguna turbacion,—que yo haré todo cuanto esté de mi parte para ser útil al señor conde, demostrándole con mis asíduos afanes que no me dió en balde en otro tiempo el nombre de hermana.

—»Una palabra, señora. ¿Se llama usted Ángela Cantero?

Le contesté que sí con un movimiento de cabeza, y entonces añadió:

—»Ahora me complazco doblemente en acceder á sus súplicas, porque siempre he oido pronunciar al señor conde con veneracion y respeto el nombre de usted. Tenga usted la bondad de seguirme, y luego dispondré que preparen una habitacion cerca de la que ocupa el herido, para cuando usted tenga necesidad de entregarse al descanso. Además, dispondré que venga

una hermana de la Caridad, para que puedan ustedes reemplazarse en el santo servicio de cuidar al enfermo.»

II

«Cuando aquel hombre me dijo que habia oido mi nombre pronunciado por el conde de la Fé, sentí algun sobresalto, temiendo que hubiese cometido alguna imprudencia.

Pero este temor se desvaneció en mi mente tan pronto como fuí introducida en la alcoba del herido.

No era posible que el conde me reconociese. Su situacion era grave; ni hablaba, ni veia; estaba anonadado en el lecho, como el enfermo á quien quedan pocas probabilidades de salvar la existencia.

Yo me sobrecogí al verle. Aquella palidez, aquella inmovilidad, aquella mirada sin luz, tenian algo de la muerte.

Yo entonces creí que era imposible que se salvara el conde; pero algunas horas despues, cuando vino el médico de cabecera, comenzó á infundirme alguna esperanza.

Desde este dia quedé encargada de cuidar al enfermo, y bien sabe Dios que lo hice con el esmero y el interés de una hermana.

La marquesa me escribia con frecuencia cartas, en las que podia notarse cierto sobresalto al preguntarme por la salud del enfermo.

Yo le contestaba siempre tranquilizándola y diciéndole

que el conde, si bien iba poco á poco restableciéndose, no conocia á nadie, y afortunadamente sus labios no habian pronunciado una palabra imprudente.

Todas estas cartas, hijo mio, las encontrarás cuidadosamente atadas en el cofrecillo, juntas con las del general, y ellas te demostrarán que tu madre en estos momentos que te escribe, próxima á rendir cuentas ante el juez supremo, no emplea otras palabras que las de la verdad.»

III

«Así trascurrieron unos veinte dias.

Yo tenia una gran impaciencia por verte, pero diariamente recibia noticias tuyas, calmando mi inquietud al saber que te hallabas perfectamente bien y preguntando por tu madre, cuya ausencia no podias esplicarte.

¡Dichosa edad la tuya entonces, en que ni la mas pequeña nube empaña la felicidad!

Llegó por fin un dia en que notamos un gran cambio en el enfermo. Desapareció la sequedad en la mirada del conde; profundos suspiros se escapaban de su pecho como el que retorna á la vida, y el médico, que contemplaba estos síntomas favorables, me dijo sonriéndose:

—»El peligro ha pasado; dentro de poco nuestro enfermo entrará en la convalecencia, y no han de pa-

sarse muchas horas sin que recobre por completo la razon, de la que ha estado privado durante tanto tiempo. Al terminar la calentura recuperará la memoria, como el que despierta despues de una terrible pesadilla.

Y cambiando de entonacion, añadió:

—»Preciso es que sepa el conde que no es á usted á quien menos debe la vida.

El médico se despidió, ofreciendo volver aquella misma tarde, porque, segun sus cálculos, aquel dia debia hacer la gran crísis la enfermedad.»

IV

«Me quedé sola, y ocupando una silla junto á la cabecera de la cama, esperé impaciente el instante en que el conde recobrara el conocimiento.

Era un dia hermoso de invierno.

El sol penetraba á través de los cristales del balcon en el gabinete.

Yo no apartaba los ojos del enfermo, que al parecer se hallaba profundamente dormido.

De pronto se llevó las manos á la frente y abrió poco á poco los ojos, dirigiendo en derredor suyo una mirada indefinida, vaga.

Al verme fijó los ojos en mí durante un segundo, como si dudara de lo que veia.

Yo no me atreví á interrumpir aquella especie de asombro que notaba en su fisonomía.

El conde, creyendo sin duda que todo aquello era un sueño, se restregó los ojos y volvió á mirarme con mas tenacidad, con mas fijeza.

Entonces, como para ayudar á su memoria, le dije sonriéndome:

—Sin duda el señor conde no se acuerda de aquella infeliz mujer que conoció por vez primera en Mohernando.

El enfermo no contestó á mis palabras inmediatamente; vaciló aun algunos segundos, pero sin apartar nunca de mí su mirada, hasta que por fin me dijo con acento admirado:

—»¡Usted aquí!

—»Me precio de agradecida, señor conde, y al saber que estaba usted herido, me presenté en esta casa suplicando me concediesen la plaza de enfermera.»

V

«Entonces el conde me tendió una mano, y estrechándomela con la espresion del agradecimiento, murmuró con débil voz:

—»¡Siempre he creido que era usted un ángel! ¡Gracias, señora!

—»Usted me ofreció un dia ser mi hermano, y yo he querido demostrarle que no hizo en balde el ofrecimiento. Justo es, señor conde, que hoy acepte los cuidados de una hermana.

—»Es usted muy buena, Ángela, es usted muy bue-

na,—volvió á decir el conde; y luego, exhalando un profundo suspiro, guardó silencio.»

VI

«Desde este dia el restablecimiento del conde marchó rápidamente.

Con frecuencia me demostraba respetuosamente su agradecimiento, y con una delicadeza que yo le agradecia, no pronunció jamás el nombre del general Lostan.

Llegó el momento en que el médico creyó oportuno que el conde abandonara el lecho. Habia entrado en la convalecencia, y yo debia conceptuarme de mas en aquella casa.

Entonces le indiqué el pensamiento de regresar á mi pueblo, y recuerdo las palabras que me dijo.

—»Yo quisiera demostrar á usted mi agradecimiento; soy rico, y solo en el mundo; poseo una gran fortuna. ¿Qué puedo hacer por usted y por su inocente hijo?

—»Tengo que pedir á usted dos favores antes de separarnos,—le contesté.

—»Yo no puedo negar á usted nada.

—»Así lo espero.

—»La escucho á usted con interés.

—»En primer lugar, señor conde,—repuse con alguna turbacion,—deseo que borre usted de su memoria que el general Lostan es el padre de mi hijo Daniel;

YO QUISIERA DEMOSTRAR Á USTED MI AGRADECIMIENTO

que no revele usted á nadie la historia que me une con ese hombre.

—»Se lo he ofrecido á usted,—añadió suspirando,—y aunque me cueste un gran sacrificio, no se abrirán mis labios para denunciar su crímen.

—»Y en segundo lugar,—repuse,—que no se tome usted la molestia de pensar en Ángela, pues no volveremos á vernos jamás.

—»Ese es otro sacrificio, señora, y tal vez mas penoso para mí que el primero, pues me obliga á ser ingrato con usted, á quien tal vez debo la vida.

—»Será un sacrificio, pero indispensable para mi tranquilidad,—añadí.—Voy á retirarme á un pueblo, donde estoy resuelta á vivir ignorada con mi hijo hasta que el general Lostan decida de mi suerte.

—»Pero ese hombre no merece tan noble y grande sacrificio,—repuso el conde con marcado desprecio.

—»Dios juzga mi conducta; Dios juzgará la de Pedro. Si el destino me reserva una vida de soledad y de amargura, sabré soportarla con resignacion; pero si en mi última hora usted vive y mi hijo no ha encontrado un padre amoroso que le proteja y cuide de su porvenir, Ángela no vacilará en relevar al conde de la Fé de los juramentos que ahora le exige, y recomendándole á su hijo, morirá tranquila confiando en su generosidad.»

VII

«El conde, al oir estas palabras, que le demostraban claramente la gran abnegacion de mi alma y el sacri-

ficio que me hallaba resuelta á hacer, hizo un gesto de despecho, y fijando en mí una mirada compasiva, añadió:

—»Ángela, es verdaderamente admirable tanta abnegacion; pero á ciertos hombres les persigue una fortuna loca, y es inútil oponerse al destino. Dueña es usted de hacer lo que guste; yo respeto su determinacion y acato sus órdenes, jurándole de nuevo que cumpliré mi promesa. Pero, vuelvo á repetirlo, si usted es bastante fuerte para despreciar la maledicencia y la calumnia, que suele á veces cebarse impía hasta en las honras mas inmaculadas, no abandone esta casa; seremos hermanos del corazon, y nuestro mútuo y único desvelo será la educacion y el porvenir de Daniel. Solo estoy en el mundo y poseo una fortuna considerable. ¿Qué falta hace, pues, á ese pobre niño la proteccion de un padre que hace tanto tiempo le tiene abandonado?

¡Ah, Daniel de mi vida! ¡con cuánta amargura copio de mi memoria estas palabras, pronunciadas por el conde con un acento enérgico!

Pero me he propuesto decirte la verdad, y no desisto de mi empeño, aun al describirte aquellos puntos en que la verdad me arranca lágrimas de sangre.

Yo supliqué al conde que no continuara dirigiendo inculpaciones á un hombre mas desgraciado que criminal, y á quien habia dado el nombre de esposa al pié de los altares.

Además, desde el dia en que las primeras lágrimas brotaron de mis ojos, víctima espiatoria de un delito

que yo no habia cometido, escribí en el santuario de mi alma esta palabra: «perdon.»

Yo amaba á mi esposo, al padre de mi único hijo, y puesta la fe en Dios, esperaba llena de resignacion el instante en que Pedro volviera arrepentido, y arrojándose á mis piés me pidiera perdon de todo el daño que me habia hecho.

Porque yo, hijo mio, no he sabido nunca odiar á nadie, y mucho menos á aquel único amor de mi alma á quien entregué desde el primer momento toda la ternura, toda la pureza de mi corazon.

Por otra parte, yo tenia la tranquilidad serena de la justicia, la firme confianza del derecho.

Porque ¿quién podia disputarme á mi esposo?

Habia legitimado nuestra union un sacerdote, y una palabra mia hubiera bastado para colocarme en el sitio que me correspondia.

Sin ambicion, sin afan de figurar y teniendo el inmenso consuelo de tus caricias, supliqué al conde que deseaba partir aquel mismo dia, y mandó disponer una silla de posta que me condujera al pueblo.»

CAPÍTULO V

DONDE ANGELA VUELVE Á REUNIRSE CON SU HIJO

I

«Conociendo que mi presencia era siempre un tormento para la marquesa, y deseando participarle mi salida de Madrid, la escribí una carta, concebida en estos términos:

«Señora marquesa: Parto dentro de algunos instantes á reunirme con mi querido hijo, del que he estado separada, á pesar mio, cuarenta dias; cuarenta dias que me han parecido un siglo, una eternidad.

»Yo no tengo sobre la tierra otro consuelo que sus caricias, y al verme privada de ellas durante tanto tiempo, muchas veces he sentido un gran desconsuelo dentro del pecho, como si me arrancaran las fibras mas sensibles del corazon.

»Parto, pues, llena de alegría, porque voy á reunirme con Daniel, con el alma de mi alma.

»El conde se halla completamente restablecido, y

me ha dado su palabra de honor, á la que no faltará por nadie ni por nada, de que no revelará mientras yo exista nuestro secreto.

»Viva usted, pues, tranquila, señora; pero la ruego que no olvide que ha de llegar un dia en que Daniel sea hombre y me pregunte por su padre.

»Yo entonces me veré en un apurado trance, del cual solo la prudencia y el cariño maternal podrán sacarme, revelando la verdad.

»Soy de usted, como siempre, su atenta y segura servidora,

Angela.»

II

«A esta carta tuve dos dias despues una contestacion.

Partí en un carruaje del conde, y llegué á Horche á la caida de la tarde.

Inmensa fué mi alegría al volverte á estrechar entre mis brazos.

¿Cómo no recordar tus preguntas? ¿Cómo olvidar tus caricias?

¡Hermosa edad la tuya!... Tenias siete años.

Yo aparté los hermosos cabellos, que flotaban en desórden sobre tu frente, para verte mejor, y como una madre no se cansa nunca de ver á su hijo, permanecí mucho tiempo en un dulce éstasis.

Todo lo olvidé en aquel instante. La dolorosa ausen-

cia que me habia tenido separada de tí, mis amarguras, mis dolores. Sentado sobre mis rodillas, mientras tú con tus pequeñas manos me cogias la cara, yo depositaba mil amantes besos en tu cabeza, llenándote de lágrimas y de caricias.

¡Qué dulces momentos fueron aquellos para mí! No los he olvidado nunca, y hoy, al consignarlos sobre este papel, siento los precipitados latidos de mi corazon y noto que mis ojos se humedecen.

Porque te he amado siempre tanto, Daniel, que si Dios hubiera borrado tu nombre del gran libro de los vivos, estoy segura que no hubiera podido soportar la larga ausencia de la eternidad, y hubiera muerto tambien.

Yo sé que en el mundo existen muchas madres que su felicidad no consiste solamente en el amor que dan y reciben de sus hijos; pero yo me hallaba en una situacion especial, y todos mis afanes, todas mis esperanzas, todo mi amor, se reconcentraban en mi hijo Daniel. ¿Qué estraño, pues, que en aquel instante para mí no existiera en el mundo otra cosa que aquel trozo querido de mis entrañas, que tenia sobre las rodillas?»

III

«Por fin, comprendí que podia fatigarte con mis besos y con mis caricias.

Levanté la cabeza, y ví entonces junto á mí al doctor Samuel, que me contemplaba verdaderamente enternecido.

¡El doctor Samuel! ¿Cómo encontrar palabras para describir la generosidad de este leal amigo, que Dios sin duda colocó á mi lado para que fuera el constante consuelo de mis amarguras y el noble y generoso apoyo del tierno vástago que crecia á mi lado?

¡Tú no puedes imaginarte, Daniel mio, cuánto debemos á ese generoso anciano, y los desvelos que ha pasado por mi salud y por tu educacion!

Fué un gran bien para nosotros el que el doctor Samuel se estableciese en el pueblo.

Con el tiempo llegó á ser el depositario de todas mis amarguras, y en él solo cifro la esperanza de que un dia haga brillar sobre tu frente el sol de la justicia.»

IV

«Al dia siguiente de mi llegada á Horche, recibí esta carta de la marquesa:

«Mi buena Angela: Se ha marchado usted sin concederme la inmensa dicha de que le demuestre mi agradecimiento; pero nada me estraña tratándose de un corazon tan noble y tan generoso como el de usted.

»Yo tambien, como usted, vivo en un desierto, sin mas compañía en mi profunda soledad que mis lágrimas y mis recuerdos.

»No olvido, sin embargo, á su inocente hijo, de cuya educacion tendremos que ocuparnos muy en breve.

»Yo comprendo todos los derechos que usted tiene,

y acataré resignada mi suerte el dia en que usted, acosada por las exigencias de su hijo, rompa en pedazos con una sola palabra la honra del general y la mia.

»De usted siempre agradecida amiga

Beatriz.»

V

«Me siento tan débil, que temo me sorprenda la muerte antes de terminar estas páginas, en que te revelo toda mi historia, sin ocultarte nada.

El doctor Samuel, que viene á visitarme tres ó cuatro veces al dia y que pasa la mayor parte de la velada con nosotros, me reprende porque sabe que escribo todas las noches dos horas.

¡Dos horas!... ¡Pobre doctor!... ¡cómo le engaño! ¡Algunas noches me sorprende el dia con la pluma en la mano! ¡Es tan dulce entregarse á la vida de los recuerdos cuando se ve una amenazada por la muerte, cuando se pierde la esperanza de vivir!

Por otra parte, yo escribo y velo tu sueño, siempre dulce, siempre tranquilo.

Algunas noches, muy pocas, sueles despertarte, y viéndome sentada junto á la mesa, me preguntas: «¿Qué haces? ¿por qué no te acuestas?»

Entonces te obedezco, temerosa de que tu infantil curiosidad me dirija nuevas preguntas.»

VI

«Así trascurria el tiempo.

Una tarde nos hallábamos en la huerta. Tú acababas de venir de la escuela; me diste un beso, y de repente me preguntaste:

—»Díme, madre mia, ¿tengo yo padre como los demás muchachos que van á la escuela?

Yo me quedé turbada, y tú entonces me miraste con una fijeza impropia de tu edad, repitiéndome:

—»Díme, ¿le tengo?

Era preciso contestarte algo. Habia llegado el momento que yo temia, y te contesté:

—»Sí, hijo mio, le tienes, y te ama mucho.

—»Entonces, ¿por qué no está con nosotros?—añadiste.

—»Porque sus ocupaciones le tienen muy léjos de este pueblo.

—»¡Léjos! ¿y adónde?

—»En una gran ciudad.

—»¿Y cuándo vendrá?

—»Espero que muy pronto, hijo mio.

—»¿Y por dónde ha de venir?

Mi turbacion aumentaba, y maquinalmente estendí el brazo en direccion á la carretera de Zaragoza, diciendo:

—»Por allí.

Tú te quedaste con la mirada fija durante algunos minutos en aquel camino desierto.

Yo me violentaba para contener las lágrimas, que pugnaban para asomar á mis ojos.

—»¿Por aquel camino?—repetiste.—Ahora ya sé por dónde ha de venir, y todas las mañanas me colocaré en este sitio á ver si viene; porque él vendrá, ¿no es verdad?

Yo no recuerdo lo que te contesté; pero sí que abandoné la huerta y fuí á encerrarme en mi cuarto, en donde lloré mucho.»

VII

«Yo no tenia mas recursos que la modesta huerta, que no era por cierto suficiente para sufragar nuestros gastos.

Cada tres meses recibia del general, bien por una letra que cobraba en Guadalajara, ó bien por mano de su ayuda de cámara Santiago, una cantidad suficiente para cubrir nuestras necesidades.

Cuando el general me escribia, alentaba siempre mi fé, dándome esperanzas; pero estas esperanzas me convencí mas tarde de que no se realizarian nunca.

Con frecuencia me veia atormentada por tus preguntas, que mostrabas un afan incansable en conocer á tu padre. Esto me hacia sufrir mucho.

Desde esta época es fácil que recuerdes todo lo que sucedió.

A los doce años, como nada podia enseñarte ya el maestro del lugar ni el doctor Samuel, este me indicó

que seria preciso enviarte á Madrid para seguir una carrera literaria.

Tú querias ser abogado, y yo no quise contrariar tu gusto.

Partíste, pues, acompañado por el doctor, y yo quedé sumida en el mayor desconsuelo.

¡Qué tristes fueron para mí desde entonces los inviernos! ¡Qué largas sus veladas!

Cuando llegaba la época de las vacaciones, parecia que mi corazon recobraba nueva vida.

¡Con qué inmenso placer te iba á esperar hasta la mitad del camino de Guadalajara el dia de tu regreso!

Durante muchos dias no me cansaba, ni de mirarte, ni de abrazarte, ni de besarte.

Mi alma, como las flores de verano, temia la aproximacion del otoño, porque era la época en que debias volver á tus estudios, dejando con tu ausencia la muerte en mi corazon.

Asi trascurrieron seis años, y yo notaba que á manera que ibas formándote y siendo un hombre, preguntabas menos por tu padre, cuya interminable ausencia preocupaba tu imaginacion.

Pero ¡ay! tu padre apenas se dignaba escribirme de tarde en tarde alguna carta, y aquel desvío incomprensible despedazaba mi corazon.»

CAPÍTULO VI

LAS DOS CARTAS

Daniel se vió precisado á suspender la lectura por segunda vez, porque aquellas páginas, escritas con lágrimas, oprimian horriblemente su corazon.

—¡Ah! solamente aquí, en medio de este lago, respirando estos aires puros, pueden leerse estas páginas sin que uno se ahogue.

—Ya falta poco, Daniel; ¡ánimo! terminemos,—repuso Clotilde.—Es preciso leer las últimas palabras de tu madre, es preciso apurar hasta las heces la copa de la amargura.

—Sí, dices bien, continuemos.

Y Daniel volvió á leer lo que sigue:

I

«He llegado á un punto, hijo mio, en que tiembla mi mano al revelarte la verdad.

Tu padre, no solamente no me escribia, sino que hasta se olvidaba de mandarme con exactitud la pension que por tus estudios en Madrid me era indispensable, y algunas veces, á no ser por la generosidad del doctor Samuel, hubiéramos carecido de lo necesario.

Entonces le escribí una carta muy lacónica. Estaba justamente resentida con el hombre á quien lo sacrificaba todo.

Hé aquí mi carta:

«Pedro: Estoy enferma, mi vida no será larga; pronto se romperán los lazos que á mí te unen, y podrás respirar libremente.

»No te pido que te acuerdes de mí, sé que es inútil. Hace muchos años que tengo la triste y profunda conviccion en el alma de que no me amas. Pero acuérdate de tu hijo, que el próximo invierno no podrá continuar su carrera por falta de recursos, y no olvides que la desesperacion de una madre puede arriesgarlo todo, y rompiendo el silencio que enmudece mis labios, arranque la máscara que encubre tu rostro.

»ANGELA.»

II

«Cuatro dias despues recibí una carta en la que se me incluia una letra.

La carta era del general y estaba concebida en estos términos:

«Angela: Perdona mi silencio, motivado por causas

bien ajenas á mi voluntad: yo no os olvido nunca, pero soy muy desgraciado, y bien á pesar mio, me veo en la dolorosa necesidad de ahogar las afecciones de mi corazon, y pasar á tus ojos por un hombre cruel é ingrato.

»¡Ah! ¡si tú supieras lo que sufro!... Contínuamente escucho las amenazas de la marquesa, que me obligan á emplear con vosotros una conducta que despedaza mi corazon.

»Espera, pobre mártir, y sálvame. Hoy mas que nunca necesito de tu compasion y de tu silencio. Si tú revelases mi secreto, una hora despues habria puesto fin á mi existencia.

»Dia llegará en que yo pueda recompensarte todos tus grandes sacrificios, en que Daniel ocupe el lugar que le corresponde.

»PEDRO.»

Esta carta me hizo derramar abundantes lágrimas. Pedro era desgraciado, y yo me resolví á no aumentar su desgracia con una imprudencia.

III

Por esta época comencé á sentirme gravemente enferma, de esta enfermedad que me aflige, y que indudablemente me conducirá en breve al sepulcro.

El doctor Samuel, siempre bueno, siempre cariñoso conmigo, procuró tranquilizarme; pero yo adivinaba

en la inquietud de sus miradas el peligro que me amenazaba.

Entonces me resolví á escribirte estas memorias, que debian serte de mucha utilidad, revelándote en ellas la historia de tu nacimiento.

Tantas penalidades habian empobrecido mi naturaleza, y los primeros ataques de asfixia me indicaron que los hielos del invierno debian serme fatales.

Sucedia esto en el mes de junio. Yo quise aprovechar el tiempo, y una tarde que tú no te hallabas en casa y el doctor trataba de tranquilizarme con respecto á mi mal, le dije estrechándole una mano cariñosamente:

—«Amigo mio, hace usted mal en ocultarme la verdad. Yo me siento enferma, muy enferma; veo la muerte aproximarse hácia mí, y antes de que llegue el trance fatal necesito tiempo para disponer mis asuntos y asegurar el porvenir de mi hijo. Una excesiva confianza podria perderme, y usted, que no ignora ni mis sufrimientos, ni mi secreto, no debe desconocer que el tiempo es para esta pobre enferma muy precioso.

—»Pues bien, señora: yo, como médico, como amigo, como hombre sério, aconsejo á usted que disponga todos sus asuntos; aunque tengo la esperanza de combatir el mal que la agobia.»

IV

«Yo comprendí que aquello no eran mas que palabras de consuelo, y quise aprovechar los instantes, y entonces,

indicándole un cofrecillo de ébano que se hallaba sobre la mesa, le dije:

—«Usted, amigo mio, me inspira bastante confianza para hacerle depositario de ese cofrecillo, en donde encontrará despues de mi muerte todos los documentos que acrediten los derechos de mi hijo. Antes de entablar una demanda ruidosa con el general Lostan, le escribiré una carta, de la que será portador mi hijo Daniel. Si esta carta no diere resultado alguno, si, como no espero, el general cerrara las puertas de su casa á mi hijo, entonces usted, sin consideracion de ningun género, hará valer los derechos de Daniel; pero solo cuando tenga la seguridad de que el general Lostan falta á sus grandes deberes de padre.»

El doctor juró solemnemente seguir mis instrucciones y ser para tí un padre cariñoso.

Yo besé agradecida sus manos, cubriéndolas de lágrimas.

V

Aquella noche escribí la última carta á tu padre el general Lostan. Carta que yo creia suficiente para reconciliaros despues de mi muerte, y que tenia prisa en ver escrita, porque ella debia ser la intercesora entre el padre y el hijo.

Esta carta debias tú entregarla al general, cerrada, sin saber su contenido.

Decia así:

«Pedro, esposo mio: Te he cumplido la palabra y tu

secreto baja conmigo á la tumba, que miro abierta á mis piés, y de cuyo fondo se levanta la muerte alargándome los brazos.

»Voy á morir, y aprovecho los pocos instantes de vida que me quedan para escribirte recomendándote á mi querido Daniel, que tantas y tantas veces me ha preguntado por tí, mientras que yo, ocultándole tu nombre, sentia romperse en pedazos mi corazon.

»En estos instantes en que mi mano tiembla desfallecida y mi espíritu se reconcentra pensando en la eternidad, yo no tengo mas que ideas de perdon en el alma, porque perdon necesito tambien para mis culpas, de las que muy en breve me pedirá cuenta el juez supremo.

»Mucho siento exhalar el último suspiro sin verte á mi lado, sin poder decirte que muero amándote como siempre, y recomendarte de palabra nuestro hijo.

»Pero es imposible que tú no le abras tus brazos, que no le estreches contra tu pecho, dándole el dulce nombre de hijo y asegurando su porvenir.

»Porque tú, Pedro mio, eres bueno, y solo la fatalidad se ha interpuesto entre los dos para hacernos desgraciados.

»¡Bendita seas una y mil veces, muerte querida, porque tú, al separar el espíritu del frágil barro que le contiene, rompes unos lazos que eran causa de que un padre y un hijo vivieran separados!

»¿Qué temor puede sobrecogerte cuando yo no exista? Ninguno. Daniel es bueno, muy bueno, y confio que con el tiempo te ame tanto como amó á su madre.

»¡Pedro! ¡Pedro de mi alma! salva á nuestro hijo; hé aquí lo único que te pide una pobre mujer moribunda, que te bendice al exhalar el último aliento.

»ANGELA.»

VI

«Despues de terminar esta carta, derramé abundantes lágrimas y me sobrecogió un gran temor.

Procuré buscar algun descanso en el lecho y me acosté, logrando dormirme despues de grandes fatigas.

Pero aquella noche tuve un sueño terrible, desconsolador. Soñé que tu padre te habia arrojado de su casa desoyendo mis justas y sentidas quejas, y temerosa de que este sueño se convirtiera en una realidad, abandoné el lecho al nacer el alba, y escribí al conde de la Fé una carta concebida en estos términos:

V

«Señor conde de la Fé: Próxima á exhalar el último suspiro, agobiada bajo el peso de una enfermedad moltal, y luchando entre la vida y la muerte, escribo á usted estas líneas, con la esperanza de que, si no ha olvidado mi nombre, acogerá á mi pobre Daniel, al hijo querido de mis entrañas, á la mitad de mi vida, que huérfano y abandonado despues de mi muerte, solo

usted puede hacerle menos amarga y triste su vida, prestándole su generosa y noble proteccion.

»Escribo tambien al general Lostan recomendándole á mi hijo, pero dudo mucho que mi súplica sea atendida. Mas ¿quién sabe? tal vez me engaño, y Dios, apiadado de mis sufrimientos, proteja á mi hijo haciendo nacer las fuentes de la ternura y la compasion en el pecho de los hombres á quienes le recomiendo.

»Cuando esta carta llegue á las manos de usted, señor conde, será una prueba evidente de que el general Lostan ha cerrado las puertas de su casa á mi hijo. Sea usted, pues, su protector, su consejero, su ángel bueno, y yo desde la ignorada mansion de los justos, donde espero que por mis dolores y sufrimientos se eleve mi alma, rogaré á Dios para que derrame sobre usted todas las felicidades.

»Bendito sea usted, señor conde, si el pobre huérfano que le recomiendo encuentra en el conde de la Fé un hombre bueno y generoso que le sirva de padre, ya que ha tenido la desgracia de no conocer á aquel á quien debe la existencia.

»Su respetuosa amiga,

Ángela Cantero.»

CAPÍTULO VII

LA ÚLTIMA PALABRA

—¡Pobre mártir!—murmuró Daniel, suspendiendo la lectura del manuscrito.

—¡Sí, pobre mártir!—repuso Clotilde, enjugando las abundantes lágrimas que derramaban sus ojos.—¡Digna fué de mejor suerte; pero los espíritus sublimes tienen la recompensa en el cielo! ¡Dichosa ella, que al terminar las penalidades de la vida dejó marcadas sobre el polvo de la tierra las huellas de un ángel, que nunca se olvidan, y su alma generosa voló á la mansion eterna á ocupar un sitio entre los bienaventurados.

Daniel, con la frente hundida en las manos, lloraba amargamente.

El viejo marino y su grumete contemplaban en silencio desde la proa de la barca el dolor de los jóvenes extranjeros, cuya causa no podian adivinar, porque ignoraban su idioma.

El sol, mientras tanto, que no se detiene nunca ante las penalidades de la criatura, continuaba su majestuosa marcha, inundando de luz y de alegría los dilatados ámbitos del lago.

De repente Daniel levantó la cabeza. Su rostro estaba pálido como el de un cadáver, sus labios temblaban agitados por un movimiento nervioso.

—Es preciso acabar,—dijo con entereza;—es preciso leer la última palabra de la pobre mártir. ¡Oh! parece increible que existan en el mundo corazones bastante duros para no enternecerse ante la lectura de una carta escrita por la mano de una madre moribunda.

Clotilde exhaló un gemido.

Aquella terrible reconvencion que Daniel arrojaba al rostro de su padre, le hacia mucho daño.

Mas ¿cómo encontrar palabras para defenderle? La conducta del general Lostan era inexplicable; su causa no tenia defensa.

Daniel continuó de este modo la lectura:

I

«Terminada la carta del conde de la Fé, me sentí mas tranquila, hijo mio, porque tenia la seguridad de recomendarte á un generoso protector, en el caso de que tu padre te cerrara las puertas de su casa.

Trascurrió el verano.

Mi cuerpo iba debilitándose poco á poco, y un tris-

te presentimiento me anunciaba que los primeros vientos otoñales vendrian á arrebatarme la existencia.

Tú, mientras tanto, encerrado en un profundo silencio, hacia mucho tiempo que no me preguntabas por tu padre.

Llegó por fin una tarde del mes de Octubre. Yo tenia la evidencia de que mi salvacion era imposible.

Recuerdo, hijo mio, que yo me hallaba sentada en mi sillon junto á la ventana.

El sol comenzaba á hundirse triste y sin fuerza tras las altas montañas que cerraban el horizonte.

Tú, sentado en un taburete á mis piés, me contemplabas tristemente, como presintiendo la aproximacion de mi última hora.

Una á una, recuerdo tus palabras y las mias en aquella tarde.

Coloqué una mano sobre tu adorada frente, y te dije:

—Daniel, ¿piensas mucho en tu padre? ¿Te acuerdas de él? ¿Deseas verle?

Tú te estremeciste; pero procurando ocultarme sin duda las emociones de tu corazon, te encogiste de hombros y me contestaste con gran naturalidad:

—Pienso en él, alguna que otra vez; pero mi corazon está tan lleno del amor que te profeso, que aunque algun dia venga á reunirse con nosotros, yo siempre te amaré á tí mas que á todos los del mundo.»

II

«Estas palabras, que llenaban de alegría y de entusiasmo mi corazon, envolvian, sin embargo, un resentimiento hácia tu padre, del que yo queria verte libre.

Deseando, pues, inclinarte en favor suyo y que desecharas de tu alma toda la amargura que tan larga ausencia podia haberte causado, acaricié con ternura tus hermosos cabellos, y te dije:

—Sin embargo, hijo mio, si él se presenta, si abriéndote sus brazos te estrecha contra su corazon, si él te dice: «Hijo mio, yo me he privado del placer de verte por espacio de muchos años, porque la fatalidad ha colocado entre los dos una valla insuperable,» ¡oh! si esto sucede, forzoso será que le ames.

—Pues bien; ¿por qué no viene?

Esta pregunta tan sencilla, como si hubiera brotado de los labios de un niño de seis años; esta pregunta, que para mí encerraba un poema de amargas reconvenciones, penetró en mi alma como la acerada punta de una espada.

¡Ah! hijo mio, mi corazon sencillo nunca ha abrigado el ódio, ni el rencor; dispuesto se halla siempre á la clemencia y al perdon, y yo no queria morirme sin disipar antes las terribles dudas, que indudablemente encerrabas en tu pecho.

—No le reconvengas, Daniel,—te dije;—es tu padre, y si bien pasan los años y los años sin que tenga-

mos la inmensa dicha de verle entrar por nuestras puertas, si hoy se halla separado de nosotros, culpa es de la fatalidad y no suya.

III

«Al oir mis palabras, una sonrisa de amarga incredulidad asomó á tus labios, y tu boca pronunció esta reconvencion, que resonó en el fondo de mi alma como un eco de muerte:

—¡Oh! yo no he visto nunca á mi padre, yo no le conozco, y es muy triste, en verdad, madre mia, vivir alimentando una esperanza que no se realiza jamás. ¡Ay del dia que esta esperanza desaparezca, que quede convertida en cenizas en el fondo de mi pecho!

Por un momento quedé aterrada al oir aquella especie de amenaza que pronunciaba tu boca.

Tú habias cumplido diez y ocho años, eras un hombre; la edad de la razon comenzaba á crear nuevas ideas en tu mente, y temiendo al morir dejar en tu alma la amargura y el ódio, te estreché contra mi amante pecho, y añadí:

—Los jóvenes como tú, no deben perder jamás ni la fe que da fuerza y vigor al espíritu, ni la esperanza que es la hermosa flor que lo perfuma y embellece todo. Tu padre vendrá, yo te lo aseguro.»

IV

«Recuerdo todo lo que sucedió aquella tarde, y al

consignarlo en estas páginas mi pluma corre, porque el alma me dicta una por una tus palabras y mis palabras, tus impresiones y mis impresiones.

Al oir que mis labios te afirmaban el próximo regreso de tu padre, tú me miraste con una expresion de duda que heló mi sangre, y luego con una pausa impropia de tus años, dijiste:

—»Madre mia, desde que en mis oidos las palabras tuvieron una aplicacion razonable, me estás diciendo siempre lo mismo: «tu padre vendrá:» hé aquí un poema del que solamente he podido leer el título. Algunas veces, cuando me hallo trabajando en nuestro pequeño huerto al lado del viejo Tomás, y veo venir por la carretera algun carruaje en direccion al pueblo, me digo: ¿si vendrá ahí mi padre? Pero el coche continúa su camino, y los dias, los meses y los años trascurren sin que sienta sobre mi frente el suave calor del beso paternal, que penetrando en el alma, perfuma la existencia de los hijos.»

V

«Una lágrima asomó á tus ojos. Aquella lágrima era tal vez la última esperanza que se escapaba de tu pecho juvenil, y yo, pobre y moribunda, enferma, cogí entre mis débiles manos tu cabeza, y la besé tiernamente, diciéndote:

—»Escucha, Daniel, escucha, hijo mio; yo ignoro

el porvenir que el destino te reserva... mi salud se halla bastante quebrantada, y una madre debe pensar en todo... La vida, frágil como el cristal, se rompe al menor golpe... Cuando el soplo de la muerte cierre mis párpados, cuando la última chispa del fuego vital se escape de mi cuerpo, tú, hijo de mi alma, te quedarás solo en el mundo, porque yo ignoro en este momento el paradero de tu padre.

Las lágrimas inundaron mis ojos. Te mentia, te engañaba en aquel momento; pero era porque estaba resuelta á morir sin que mis labios pronunciaran el fatal secreto.

Queria probar el corazon de tu padre con este rasgo de sublime abnegacion, y si él era bastante inhumano para rechazarte despues de leer mi carta, confiaba en que el doctor Samuel sabria vengarnos á todos.

Como tú guardabas silencio y como yo á cada momento que trascurria me sentia mas débil y próxima á la muerte, volví á decirte:

—Aunque mis palabras te aflijan en extremo, hijo de mi alma, yo debo darte algunas instrucciones antes de morir.

—¡Morir! ¡Morir!—exclamaste tú.—¿Quién piensa en eso? ¿Qué va á ser de mí si tú te mueres?

Y como si temieras perderme, me cogiste ambas manos, cubriéndolas de lágrimas y de besos.

VI

«Yo procuré tranquilizarte, y acariciando tu cabeza contra mi pecho, volví á decirte:

—Escucha, Daniel, y no me interrumpas. Despues de mi muerte, encontrarás en el pequeño cajon de la mesa de noche de mi alcoba dos cartas. En ellas te recomiendo á dos antiguos amigos, que tal vez pueden serte de gran utilidad. No olvides que yo espero mucho de esas cartas, que siento en el fondo de mi alma una voz que me dice: «ellas salvarán á tu hijo.»

Quiero, pues, que las entregues á las personas cuyos nombres y domicilio se hallan consignados en el sobrescrito; viven en Madrid, y no te será difícil encontrarlas. Si por desgracia no surtieran el efecto que yo espero, entonces volverás al pueblo á participarle al doctor Samuel el resultado de tu entrevista con esos señores: júrame que cumplirás exactamente mi última voluntad.

—Lo juro, madre mia,—me contestaste.—Haré todo cuanto acabas de indicarme; pero te suplico que no hablemos de muerte, porque me disgusta y me aflige que pienses en morir.

Yo estaba bien segura de mi estado. Para mí no habia remedio humano, y disimulando la honda pena de mi pecho, hize un esfuerzo supremo para sonreirme, y te dije:

—Sí, dices bien, tal vez tengas razon: no hablemos ni nos ocupemos mas de la muerte; ella vendrá por su presa cuando le plazca.

Pero como si en este momento mi padecida y moribunda naturaleza quisiera desmentir mis palabras, un sudor copioso y frio asomó á mi frente; sentí que se helaba mi corazon, se escapó un gemido de mi pecho, se oscureció la luz de mis ojos, y perdí el conocimiento.

Solo recuerdo, como en la vaguedad de un confuso sueño, que oí una voz querida que pronunciaba en mi oido esta palabra:

—¡Madre! ¡madre mia!

Aquella voz era la tuya; la tuya, Daniel querido, que al creerme muerta, me demostraba el profundo dolor de tu corazon.»

VII

«Ignoro, hijo mio, el tiempo que permanecí desvanecida; pero al recobrar el conocimiento, al abrir los ojos, al tornar á la vida, te ví arrodillado á mis piés besándome las manos.

¡Ah, yo creia no volverte á ver mas, y fué inmenso mi placer, el que Dios me concediera algunos momentos de vida para contemplarte por la última vez.

Entonces, aprovechando algunos momentos en que me quedé sola, pues tú partiste en busca de un médico de Madrid que casualmente se hallaba en el pueblo, yo hice que Mónica acercara mi escritorio al sillon, mandándole que fuera en busca de un sacerdote, pues preveia muy cercano mi fin.

¡Adios, hijo mio! ¡adios para siempre! Mi mano apenas se siente con fuerzas para sostener la pluma. El nuevo sol no alumbrará para mí. Tu madre moribunda, al escribir la última palabra en este manuscrito en donde deja consignada su triste historia, te ruega que cuando llegue el dia de la reconciliacion con tu padre, no abrigues en tu alma otra cosa que el perdon, el olvido y la tolerancia.

Angela.»

CAPÍTULO VIII

UNA PRUEBA MAS

Al terminar la lectura del manuscrito, reinaron unos breves instantes de silencio entre los dos hermanos.

Las últimas páginas de las memorias de Angela les habian impresionado fuertemente, y ellas trajeron á la memoria á Daniel las últimas horas de su querida madre, que murió en sus brazos.

La historia de Angela habia terminado. Necesitaba, sin embargo, un epílogo, que solo podia narrar el doctor Samuel.

De repente, Daniel, por cuyo cerebro cruzó un recuerdo, una idea, cogió con precipitacion el manuscrito que habia dejado sobre el banco, y dijo despues de examinar su última página:

—Aquí falta algo; se ha arrancado una hoja á este manuscrito, porque recuerdo perfectamente que en la carta que nuestro padre escribió al enviarte las memo-

rias de mi madre, te decia: «En la última página del manuscrito de Angela encontrarás algunas líneas escritas por mí, que debeis tener tú y Daniel como la última súplica que á sus hijos dirige un padre desgraciado.»

Y Daniel fijando una mirada investigadora en su hermana, que parecia turbarse, añadió:

—Clotilde, ¿eres tú la que has arrancado la hoja escrita por el general Lostan, como un codicilo al sagrado testamento de mi madre?

—Yo soy, Daniel; pero mi padre vive, y cuando la escribió pensaba en la muerte.

—Yo necesito leer esas páginas.

—¡Imposible!

—¿Tan grave es lo que en ellas me decia, que te opones de ese modo á que lo lea?

—Mi padre las escribió indudablemente atormentado por el temor de un fin próximo. Esperemos á que se restablezca, y si él me manda que te las entregue yo las pondré en tus manos.

—No comprendo tu tenacidad en ocultarme esa providencia de mi padre; pero la respeto y esperaré, porque resuelto estoy á sufrirlo todo.

—¡Ah, Daniel!... Nada seria tan doloroso para mí como el que tú sospecharas que una idea egoista motive la ocultacion de esas páginas, que mi padre escribió en un momento de delirio. Puedes juzgarme como te plazca, sin temor de que yo me ofenda. El tiempo te probará que soy digna de llamarme tu hermana, y que mi única ambicion se reduce á verte feliz.

Daniel guardó silencio.

No dudaba de Clotilde; pero tampoco queria emplear sus súplicas para que le devolviera aquellas páginas escritas por la febril mano de su padre.

Durante algunos minutos, los dos hermanos permanecieron tristes y silenciosos.

—Creo que ya deberíamos regresar á casa,—dijo por fin Clotilde.—Va siendo tarde, y nuestra ausencia puede inspirar algun sobresalto á los amigos que en ella nos esperan.

—Como gustes,—contestó Daniel.

Y dió la órden al barquero para que dirigiera la proa hácia tierra.

Media hora despues, la barca atracaba en el desembarcadero del palacio de Diodati.

Daniel y Clotilde saltaron á tierra, dirigiéndose silenciosos hácia el palacio.

Clotilde entró en la habitacion de su padre. Daniel se dirigió á la suya, y colocando el manuscrito en el cofrecillo de ébano, dejóse caer en una butaca, murmurando en voz baja:

—¡Dios mio! ¡dame bastante grandeza de alma para no vengar á la pobre mártir que ya no existe!

Daniel permaneció encerrado en su habitacion todo el dia.

Estrañando su ausencia el doctor Samuel, fué á buscarle.

Tan embebido, tan profundamente abismado se encontraba, que no se apercibió de que su anciano protector habia entrado en la habitacion, é inmóvil junto

á él con la mirada fija, le contemplaba con grandes muestras de curiosidad.

Los ojos del doctor se fijaban tan pronto en la inmóvil y meditabunda figura de Daniel, como en el cofrecillo de ébano que se hallaba sobre la mesa.

Los acontecimientos se habian sucedido en el palacio de Diodati con tal rapidez, que Daniel no habia tenido aun tiempo de cambiar con el doctor ni una sola palabra perteneciente al cofrecillo de ébano, que tan en peligro habia puesto su existencia.

Por otra parte, el doctor nada sabia del modo como habia llegado á manos de Daniel aquel cofrecillo, que le arrebataron en una noche aciaga.

Por fin, rompiendo aquel silencio, el doctor colocó cariñosamente una mano sobre la espalda de Daniel y le preguntó:

—¿Qué tienes hijo, mio?

Daniel se estremeció, y levantando la cabeza, fijó sus enrojecidos ojos en el doctor.

—¡Ah! ¿es usted, amigo mio? Me alegro infinito de que venga á verme, y sobre todo de que podamos hablar sin testigos.

Y Daniel, levantándose, fué á cerrar la puerta.

Luego volvió á sentarse, y fijando de nuevo sus ojos en el doctor, añadió:

—Acabo de terminar la lectura de las memorias que escribió mi pobre madre; sé toda su heróica abnegacion, conozco todos sus nobles sacrificios, y mi espíritu se halla en uno de esos estados de lucha terrible, cuyo des-

enlace no es fácil augurar. Por la narracion de mi madre, he sabido lo mucho que á usted le debo, y doy á usted las gracias por su incansable generosidad para con aquella infeliz que ya no existe, y para conmigo.

—Bien, bien, no hablemos de eso,—contestó el doctor;—yo me porto siempre como debo, con lo cual no creo hacer nada de mas; pero desde que he entrado en esta habitacion, desde que mis ojos se fijaron en ese cofrecillo, tengo una viva curiosidad por saber cómo ha llegado á tus manos.

Daniel refirió al doctor todo lo que ya saben nuestros lectores; es decir, que el general Lostan habia mandado entregar aquel cofrecillo á su hija Clotilde, para que con su lectura comprendiera el parentesco que le unia con Daniel, y que esta resolucion desesperada la tomó el general, creyendo que cuando Clotilde fijase los ojos en el manuscrito, él habria dejado de existir.

—¡Ah!—esclamó el doctor cuando Daniel hubo concluido su relato,—ahora veo que mis sospechas eran perfectamente fundadas; porque tú ignoras, hijo mio, que ese cofrecillo, que depositó en mis manos tu madre, me fué robado la misma noche que ella dejó de existir.

—¿Luego aquellos enmascarados que atentaron á la vida de usted?...

—Eran, ni mas ni menos, que emisarios del general Lostan, encargados de robarme las memorias de tu madre; arma poderosa en mis manos para hacer valer tus derechos; pero afortunadamente ellos, al herirme,

creyeron que estaba perfectamente muerto, contentándose con llevarse el cofrecillo y dejar mi cuerpo, que para nada les servia, exánime en medio de un charco de sangre.

Daniel se llevó las manos á la frente y se apretó las sienes, como si esta nueva revelacion, este nuevo crímen de su padre le hubiera causado un inmenso dolor en el cráneo.

—La Providencia, hijo mio,—añadió el doctor,—es siempre tan buena como previsora. Los miserables emisarios del general Lostan se contentaron, como he dicho, con descargar un arma de fuego sobre mi frente y llevarse el cofrecillo. Pero yo, poco antes de que penetraran por mi ventana, habia encontrado entre los papeles de tu madre una partida de casamiento, y calculando que este documento era importante para tí, lo doblé cuidadosamente y lo puse debajo del inmenso arenillero de bronce de mi mesa de despacho, que tantas veces, siendo tú niño, ha sido causa de tus juegos y de mis reprensiones. Los asesinos ignoraban esta circunstancia, y se dejaron por consiguiente olvidada la partida de casamiento. Cuando yo recobré la salud y con ella la memoria, fuí á buscar el escrito que probaba los legítimos derechos de tu madre, y con gran alegría lo encontré en el mismo sitio donde lo habia dejado.

—¡Y ese documento!... ese documento, ¿dónde está?

—¡Oh! lo tengo yo en mi cartera, hijo mio. Hay papeles que se cuidan tanto como los diamantes.

—¡Doctor! ¡doctor! yo necesito leer ese documento,

y luego es preciso que los dos convengamos con la serenidad del justo si ha llegado la hora de la justicia ó del perdon.

—Bien, convendremos todo lo que tú quieras. Toma y lee este documento.

Y el doctor sacó de su cartera un papel amarillento, que puso en las manos de Daniel.

Este leyó con acento conmovido lo que sigue:

«Don Faustino Nogueras, cura párroco de Humanes, provincia de Guadalajara, arzobispado de Toledo.

»Certifico: Que en el libro corriente de matrimonios de esta parroquia, al fólio 428, se halla la siguiente partida, en el dia 16 de setiembre de 184...Yo don Faustino Nogueras, cura propio de Humanes, precedidas que fueron las tres públicas amonestaciones que manda el santo Concilio de Trento, las que tuvieron lugar al ofertorio de las misas mayores de los dias 22 de agosto y 1.° y 8 de setiembre del presente, en que ocurrieron las Dominicas XV y XVI y la Natividad de Nuestra Señora, sin haber ocurrido impedimento alguno en esta parroquia, á pesar de haber trascurrido el tiempo oportuno, examinados y aprobados en doctrina cristiana, confesados y comulgados sacramentalmente y demás requisitos legales, «desposé» por palabra de presente y en acto seguido «velé in facie Ecclesia,» á don Pedro Lostan, soltero, natural y vecino de Madrid, hijo legítimo de don Alfonso Lostan y de doña Juana Rodriguez, con doña Angela Cantero, tambien soltera, natural de Sevilla y de esta vecindad, hija legítima de don Ramon Cantero y doña Gertrudis

Samper.—Fueron testigos don Dionisio Gomez y don Romualdo Vinajeras, de esta vecindad, y lo firmo. Fecha «ut supra.»—Faustino Nogueras.»

Al terminar la lectura del documento, Daniel exhaló un grito de gozo.

—Ahora, mi querido protector,—añadió,—hablemos.

El doctor ocupó una silla junto á la de Daniel.

—Pues bien, hablemos. En verdad que no deseo otra cosa, porque me disgusta verte triste y preocupado.

CAPÍTULO VIII

UN EMISARIO DEL CONDE DE LA FÉ

Daniel, despues de una pausa, volvió á continuar la interrumpida conversacion de este modo:

—Querido doctor, yo he leido una por una todas las páginas de la santa relacion que para mí escribió mi madre pocos dias antes de morir. He comprendido por su relato el mar de lágrimas, las infinitas amarguras, los prolongados dolores que sufrió la pobre mártir. Buena como los ángeles, en las páginas de su diario me recomienda el perdon y procura disculpar al hombre que hizo pedazos su alma. Usted tambien, mi noble amigo, ha sufrido mucho en este drama de familia, cuyo desenlace no es fácil adivinar.

—Hijo mio,—repuso el doctor con tranquilo acento,—el desenlace de este drama de familia, cuya historia se halla encerrada en el fondo de ese cofrecillo de ébano, debe basarse en la tolerancia y el perdon. Yo, por mi

parte, debo decirte, que todo el odio, toda la mala voluntad que sentia hácia el general Lostan cuando este, robusto y poderoso, amenazaba mi vida para imponerme silencio, hoy, al verle enfermo y acobardado por el remordimiento, ha desaparecido; lástima, compasion me inspira, y tengo un vivo interés en verle restablecido, confiando en que el arrepentimiento le haga reparar en gran parte el mal que ha hecho.

—Pero el general, segun he podido comprender, se halla subyugado por la marquesa...

—Esa es su disculpa, si disculpa pueden tener los actos de debilidad que cometen los hombres. Doña Beatriz ha defendido siempre con sobrado egoismo lo que ella llamaba sus legítimos derechos. Mientras Angela vivió, tuvo miedo que se descubriera el secreto de su casamiento con el general, y la sociedad la señalara como una querida de aquel á quien llamaba su esposo. Este miedo la hizo doblegar su altiva frente, y dominando su orgullo, suplicó con lágrimas en los ojos á la misma que odiaba con toda su alma. Tenemos, pues, en este asunto un verdadero enemigo á quien combatir: la marquesa del Radio. Pero tranquiliza tu espíritu; no han de faltarnos ni armas ni palabras para salir vencedores. La razon está de nuestra parte, y la haremos valer.

—Pero ¿y Clotilde, y Clotilde?—esclamó Daniel, recordando que al hacer valer sus derechos causaba un perjuicio á su hermana.—Ella es inocente como yo, y estoy resuelto á sacrificarme por su felicidad.

—Eso es muy noble, Daniel; pero te prevengo que

nada debe resolverse en esta cuestion hasta que el general se halle completamente restablecido. No tortures tu imaginacion, no agobies tu espíritu. Confia y espera. Y ahora, alegra un poco ese semblante y vamos á ver á tu padre, á quien no has visitado desde anoche.

. . . . . .

. . . . . .

Aquella misma noche, el conde de la Fé, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada en el suelo, se paseaba meditabundo por la habitacion de su casa de las orillas del lago, que ya conocen nuestros lectores.

De vez en cuando se detenia para fijar una mirada de impaciencia en la esfera de un reloj, que se hallaba colocado sobre el mármol de la chimenea.

Trascurrió así mucho tiempo, mas de una hora, y ya las saetas marcaban las diez, cuando se oyeron pasos en la antesala, y el conde dirigió una mirada hácia la puerta.

No tardó mucho en presentarse Lorenzo, el hombre de confianza del conde que le habia seguido desde España sin otro objeto que el de ayudarle en sus planes de venganza.

Lorenzo vestia un traje de montar, botas de charol, espuelas bastante finas, pantalon colán, y una cazadora de pana negra.

Llevaba el traje cubierto de polvo, y al entrar se quitó el sombrero, enjugándose el sudor que inundaba su frente.

—¡Gracias al diablo!—esclamó don Fernando al verle;—creia que no pensabas volver mas.

—Veo que el diablo es el sér á quien el señor conde

invoca siempre con mayor fervor,—contestó Lorenzo sonriéndose.—Yo me felicito por ello, pues tambien tengo alguna aficion á ese personaje, que nunca he visto, y del que todo el mundo habla con frecuencia.

—Has partido esta mañana antes de amanecer,—dijo el conde,—y vuelves á media noche. Llevabas un buen caballo; eres un escelente jinete. No me esplico, pues, tu tardanza.

—Ante todo comenzaré por decir al señor conde que aun faltan dos horas para que sea la media noche. Sin embargo, admito la reconvencion, la creo justa, y voy á dar mis disculpas.

—Lo importante, lo que yo deseo saber,—repuso el conde,—es si has visto á la marquesa.

—El señor conde me habia encargado que viera á esa señora, y yo cumplo siempre con gran exactitud los encargos que me hacen, hasta tal punto, que me hallaba resuelto al salir de esta casa á seguir hasta Madrid á la marquesa del Radio.

—Afortunadamente,—añadió el conde,—creo que no habrá usted tenido necesidad de ir tan léjos.

El conde, en los momentos de irritacion, cuando alguna idea le preocupaba, cuando se sentia inquieto y devorado por la impaciencia, hablaba de «tú» y de «usted» alternativamente á su leal y fiel Lorenzo.

Lorenzo, por su parte, no daba importancia á la volubilidad del conde, porque el viejo escéptico aristócrata no era para él otra cosa que el rico filon de una mina que esplotaba á sus anchas.

—No, señor; he tenido la fortuna de encontrarla en Ginebra.

—Entonces, vuelvo á repetir que no me esplico la tardanza,—repuso el conde, haciendo un movimiento con los hombros.

—Pues yo voy á tener el honor de esplicársela al señor conde. En primer lugar, aunque crucé el camino que nos separa de Ginebra á galope, sin detenerme en las cinco leguas, cuando llegué á la fonda, sin ocuparme de mi natural cansancio, empleé todos los medios, y pude por fin, dando una buena propina al camarero, ver á doña Mercedes. Una vez conseguido esto, la supliqué que me hiciera el obsequio de decirla á su ama, que una persona deseaba verla para tratar con ella un asunto de la mayor importancia.

—¿Y la marquesa?—preguntó el conde con impaciencia.

—Doña Mercedes me contestó con mucha finura, que su ama no habia dormido la noche anterior, que acababa de acostarse, y que le habia encargado eficazmente que no la despertara hasta dos horas antes de partir el tren de Francia; es decir, el tiempo suficiente para comer y trasladarse á la estacion. No quiero molestar al señor conde refiriéndole las súplicas que empleé para convencer á aquella buena señora á que interrumpiera el sueño de su ama. Todo fué inútil, y temiendo que mi viaje se malograse, tomé el cuarto inmediato al que ocupaba la marquesa, y esperé mejor ocasion; ocasion que, segun mis cálculos, no debia hacerse esperar mucho.

El conde hizo un gesto de impaciencia, y Lorenzo, haciendo un ademan con la mano, volvió á decir:

—Mi cuarto se separaba del de la marquesa por un simple tabique. A las cinco de la tarde creí notar ciertos síntomas en la habitacion de mi vecina, los cuales me indicaban que la marquesa se habia levantado. Entonces abandoné mi alcoba, salí al corredor, y logré, aunque no con mucha facilidad, que doña Mercedes pasara recado á su ama de que yo deseaba verla.

—¡Ah, por fin!...—murmuró el conde en voz baja.

—Sí, por fin fuí introducido en la habitacion de la marquesa. Se hallaba vestida de negro, con la mirada friamente fija en la puerta, sentada en una butaca, y su fisonomía, grave y pálida, confieso que me impuso, porque no inspira su seriedad la menor confianza.

—Beatriz ha sufrido mucho, y pocas veces se ha asomado la sonrisa á sus labios desde el dia en que descubrió el terrible secreto de su marido. Continúa tu relato.

—Avancé algunos pasos hácia la marquesa. Ella tenia en mí clavados los ojos, como si quisiera adivinar, antes que hablara, el objeto de aquella mision y la causa de la tenacidad que habia mostrado en verla.

—«Me ha dicho doña Mercedes,—repuso la marquesa con un acento frio y pausado,—que desde esta mañana muestra usted un gran empeño en verme; pero como no me ha entrado, como es costumbre, una tarjeta, usted me permitirá que le pregunte ante todo... ¿quién es usted?

—»Yo, señora, soy,—añadí,—un hombre que se honra con la confianza del conde de la Fé.

—»¿Y viene usted en su nombre?

—»Sí, señora.

»Aquí hubo una pausa.

»La marquesa parecia como que desconfiaba de mis palabras, y sin apartar de mí aquella mirada que penetraba hasta al fondo de mi alma, añadió:

—»Segun he oido decir, el conde de la Fé se halla instalado en una casa de campo á las orillas del lago Leman.

—»Esa es la verdad, señora.

—»¿Y hace mucho tiempo que se halla el conde aquí?

—»Hace aproximadamente veinte dias.

—»¡Vino antes que yo!—murmuró en voz baja.

»Y luego, levantando la voz, volvió á decir:

—»¿Piensa permanecer mucho tiempo visitando el lago?

—»Eso depende de las circunstancias, señora.

—»¡Ah!...

»Aquí hubo otro momento de silencio, y luego preguntó:

—»¿Sabe usted por qué ha venido á esta tierra el señor conde?

»Y al decirme esto, me miró de un modo que hubiera desorientado á otro menos sereno que yo.

—»Ha venido,—le respondí con mucha calma,—á restablecer su quebrantada salud.

—»¿Y á nada mas?

—»A nada mas, señora,—le contesté.

»Entonces la marquesa hizo un gesto de indiferencia, y añadió:

—»En fin, ¿qué es lo que usted quiere?

—»No soy yo, señora; es el conde el que me envia.

—»Bien, me es igual; ¿qué quiere el conde?

—»Tener una entrevista sin testigos con la señora marquesa del Radio.

—»Mucha confianza debe tener el conde con usted, cuando le hace portador de semejante mision.

—»Yo soy mudo, ciego y sordo, siempre que al señor conde le conviene que así sea.

—»¿Y cómo no le ha dado á usted el conde para mí ninguna carta?

—»Ninguna, señora.

—»¡Es estraño!

—»Solo me dijo: «Lorenzo, tú me inspiras una gran confianza; sé que la marquesa del Radio se halla en el palacio de Diodati. No ignoro que en estos momentos su ilustre familia está resolviendo un problema muy difícil, que yo tal vez puedo resolver satisfactoriamente. Siempre he tenido en mucha estima la amistad de doña Beatriz. Coge el mejor caballo que tengamos, procura ver á la marquesa; si no está en el palacio de Diodati, vete á Ginebra; si no está en Ginebra, vete á España. Es preciso, es indispensable que la encuentres, que la veas y que la digas que yo necesito tener una entrevista con ella.» He cumplido mi mision, señora, y espero que usted me indicará lo que debo contestar al señor conde.

Don Fernando escuchaba con vivo interés el relato de Lorenzo. No se atrevia á interrumpirle; pero al llegar á este punto no pudo menos de preguntarle:

—¿Y qué te respondió?

—La señora marquesa permaneció algunos segundos indecisa. Por último dijo:

—»He resuelto mi viaje á España para dentro de algunas horas. Dígale usted al señor conde, que mi mision en el lago Leman ha concluido, como creo que ha concluido la suya; pero que en Madrid podrá verme cuando guste.

—Pero tú debiste insistir,—esclamó el conde al oir las últimas palabras de Lorenzo.

—No es posible insistir cuando se lucha con un carácter como el de la señora marquesa. Iba á replicar; cuando, estendiendo la mano con ademan altivo, añadió señalando la puerta:

—»Queda poco tiempo, y tengo que prepararme para el viaje. Puede usted participarle al señor conde lo que acabo de decirle.

—¡Oh! si yo no supiera que esa mujer odia al general Lostan tanto como yo, hoy mismo me vengaria de todos ellos.

Y exhalando un rugido, esclamó:

—¡Lorenzo, disponlo todo: al nacer el dia es preciso que partamos!

—¿A dónde, señor?

—A España.

—Calma, señor conde, calma y prudencia. Nosotros somos la sombra negra del general Lostan, y la

sombra, sabido es que sigue al cuerpo. Mientras el general permanezca aquí, aquí debemos permanecer nosotros. Tiempo nos queda para regresar á España y tener todas cuantas entrevistas sean necesarias con la marquesa del Radio.

El conde exhaló un rugido, y se dejó caer en una butaca.

LIBRO TERCERO

LA CONVALECENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

DONDE SE DEMUESTRA QUE EL GENERAL LOSTAN NO OLVIDA Á SUS ENEMIGOS

El doctor Samuel habia prohibido á Clotilde y á Daniel que hablaran, ni permitieran hablar al general, de asuntos de familia.

—Hieren de un modo tan directo su ánimo, ejercen tanta influencia en su espíritu, sobre todo en el período de la convalecencia, en que la debilidad de los enfermos es estrema, que si continúa afectándose diariamente, nos será costoso, si no imposible, su restablecimiento.

Esto decia el doctor Samuel todas las mañanas á los dos hermanos, como temeroso de que faltaran á lo que le habian ofrecido.

Por eso Clotilde y Daniel, que deseaban ante todo el restablecimiento de su padre, esquivaban siempre todas las conversaciones que pudieran recordarle al general el pasado.

Por su parte don Pedro, comprendiendo la delica-

deza de sus hijos, tampoco les decia ni una palabra hablando de todas esas superfluidades de familia.

Pero este silencio sobre un punto tan importante, no podia prolongarse mucho.

El general avanzaba en su restablecimiento, y el médico mandó que abandonase la cama.

Vestido el general, y sentado junto á la ventana desde donde se distinguia el grandioso y poético panorama del lago Leman, exhaló un profundo suspiro, y estrechando la mano de Daniel y de Clotilde á un tiempo dijo:

—Mucho os debo hijos mios... mucho. Vuestro tierno interés, vuestros constantes desvelos, me han devuelto la vida, me han arrancado de los brazos de la muerte. A veces, en mis largas horas de soledad, juzgo que no soy acreedor á tanto cariño; pero el corazon me dice que Dios os pagará todo lo que yo os quedo á deber en esta tierra.

Y como sus ojos se fijaran en aquel momento en el doctor Samuel, que se hallaba de pié á su lado, soltó la mano de Clotilde, y estrechando la del médico, añadió:

—Tambien á usted le debo mucho, doctor. Pocos hombres habrá en el mundo tan generosos como usted.

—Señor general,—repuso el doctor, sonriéndose con benevolencia,—Dios ha escrito en el corazon de los hombres esta palabra santa: «perdon». La naturaleza, al marcar las cavidades que en el cerebro debia ocupar la memoria, dejó un pequeño hueco para que en él pudiera albergarse el olvido, bálsamo consolador de todas nuestras amarguras.

Samuel sintió que la mano del general se estremecia entre las suyas.

—Lo importante, padre mio,—dijo Clotilde,—es recobrar del todo la salud y el vigor. Vamos á ver, señor médico, ¿qué dia podrá mi padre salir á dar un paseo?

—Si es dócil y sigue mis consejos, ese dia no está muy lejano.

—Dispense usted, doctor; pero eso es no decir nada.

—Debo advertir á usted, Clotilde,—añadió riéndose Samuel,—que los médicos, para contestar á ciertas preguntas, empleamos un lenguaje que se llama el arte de hablar sin decir nada.

—¿Como acaba usted de hacer ahora?

—Precisamente.

—Pues bien; si en algo tiene usted mi amistad, le ruego que precise la cuestion, y que me diga el dia en que mi padre podrá salir á paseo.

—Del jueves al viernes.

—Es decir, ¿dentro de cuatro dias?

—Dentro de cuatro dias, siempre que el general nos ayude.

—Ya lo oyes, padre mio: es preciso ser dócil, porque si te he de hablar con franqueza, tengo ya muchas ganas de ver el hermoso sol de Madrid.

—¡Madrid!...—murmuró el general, inclinando la frente sobre el pecho.—¡Quién sabe lo que allí nos aguarda!... ¡quién sabe!

—Comienzo por prohibirte que continúes por ese

terreno. Viviendo al lado de tus hijos, no puede esperarte otra cosa que la felicidad.

—Sí, dices bien, la felicidad, porque solo vosotros podeis dármela; pero recuerda que tu madre la marquesa del Radio...

—Ya lo ve usted, doctor, es incorregible; como los niños tercos, hace siempre aquello que se le prohibe, y no se puede tener una conversacion con él sin que se afane y torture por conducirla precisamente al punto donde no debia llegar nunca. En castigo, pues, de su inobediencia, vamos á dejarle solo; pero para que se tranquilice y no se aburra, podrá vernos desde la ventana, porque voy al jardin á hacerle un ramo.

Y Clotilde, dando un beso en la frente á su padre, salió de la habitacion seguida de Daniel y del doctor.

El general se quedó solo.

Tristes, melancólicos pensamientos se agruparon en su mente, y su actitud grave y taciturna demostraba el estado de su espíritu.

Tal vez en aquel instante todo el tempestuoso pasado de su vida pasaba con los vivos colores de la verdad por los ojos de su inteligencia.

Para el general, habia sonado la hora del arrepentimiento. Su único afan, su idea constante, era reconciliarse con aquellos á quienes tanto daño habia hecho.

Pocos hombres en el mundo se habian encontrado en una situacion mas difícil y mas anómala que la que atravesaba el general.

Por dos veces habia atentado de una manera inhu-

mana á la vida del doctor Samuel. La Providencia le habia salvado, y la casualidad, madre de lo absurdo, de lo inverosímil, de lo imprevisto, habia hecho que al llegar el doctor Samuel desde lejanas tierras, en vez de pedir una terrible satisfaccion por sus crímenes, se convirtiera en su ángel salvador, y colocado junto á la cabecera de su lecho de muerte, le devolviera la vida, sin dirigirle ni una sola palabra de reconvencion.

Por otra parte, su hijo, el hijo de aquella infeliz mártir, de aquella mujer sublime que habia bajado á la tumba sin revelar su secreto ni hacer valer sus derechos; aquel hijo que por espacio de tantos años habia tenido abandonado, contentándose con señalarle una limosna mensual, se hallaba tambien allí prodigándole sus consuelos, velando por su existencia, y sin que ni una sola palabra asomara á sus labios para demostrarle su justo resentimiento.

La nobleza de aquellos á quienes hemos ofendido injustamente, la generosidad de los que miramos como enemigos irreconciliables, abruma mucho mas con su peso, que la ira y el despecho del que desea vengar los agravios.

El general no ignoraba que aquel silencio, aquellos desvelos y aquella ternura que le prodigaban debia tener un término, y pensando en el dia de las revelaciones, pasaba noches de angustia y de indefinible tormento.

Tampoco el general podia olvidar al conde de la Fé, á quien se habia propuesto hacer pagar caras todas sus maquinaciones.

Pero fijemos nuestras miradas hácia la puerta, por

donde acaba de penetrar silenciosamente el ayuda de cámara del general Lostan.

Santiago, antes de avanzar hácia donde estaba su amo, dirigió una mirada en derredor suyo, temiendo sin duda que no se encontraran solos.

Persuadido de que nadie podia oirles, avanzó algunos pasos y volvió á detenerse para contemplar con dolorosa espresion al general, que inmóvil y con la frente entre las manos, parecia la estatua de la meditacion.

—¡Señor!—dijo por fin Santiago, avanzando dos pasos mas.

El general levantó la cabeza.

—¡Ah! ¿eres tú, Santiago? Supongo que vendrás á darme cuenta del encargo que te he dado. Para resolver mis asuntos privados,—continuó el general sonriéndose amargamente,—nadie me inspira tanta confianza como tú. Supongo que habrás visto al conde de la Fé.

—Le he visto, señor,—contestó con su acostumbrada gravedad Santiago.

—¿Acepta mis proposiciones?

—No las acepta.

—¡Cómo! ¿será bastante cobarde para rechazarlas?

—Dice que tiene dadas pruebas de valor al señor general.

—Sí, sí, se ha batido tres veces conmigo; pero yo necesito que se bata la cuarta, porque quiero matarle.

Al pronunciar la última palabra, el semblante del general se descompuso; tomó un tinte sombrío, ame-

nazador, y sus ojos, poco antes dulces y tranquilos, despidieron miradas de cólera.

—No basta decir, «yo no quiero batirme,» cuando se comete una villanía, una infamia, casi un crímen; es preciso batirse, y á muerte. Supongo que tú le habrás espresado bien mi deseo.

—Yo le dije que el señor general se hallaba convaleciente, que dentro de unos dias tendria fuerzas para sostener un arma, y que habia llegado el caso de que el último duelo, pero á muerte, se efectuara entre los dos. El conde escuchó estas palabras con la sonrisa en los labios, y cuando hube concluido me contestó con mucha calma:

—»Dígale usted al señor general, que á mi edad no se rompen lanzas por ciertas quimeras como en la juventud; que yo no estoy, gracias á Dios, tan desesperado para cometer locuras, convirtiéndome en un Quijote ridículo; pero que si él, acosado por la desesperacion, tiene la audacia de turbar la paz de mi retiro, yo entonces me veré precisado á publicar en los periódicos una relacion, esplicando las causas que motivaron nuestro primer desafío y las que han dado pretesto para proponerme el cuarto. El señor general no quedará en muy buen lugar en este relato, y culpa será suya y no mia de todo lo que sobrevenga.

Y el conde, al terminar estas palabras me indicó la puerta con un ademan altivo, añadiendo:

—»Nada mas tengo que decir á usted. Puede retirarse.

Yo creí inútil insistir.

—¡Oh! es preciso que yo mate á ese hombre,—murmuró en voz baja el general.

Y hundiendo la frente entre las manos, repuso:

—Retírate, Santiago. Quiero estar solo.

El ayuda de cámara obedeció.

CAPÍTULO II

UNA ESCENA ÍNTIMA

A manera que el general iba restableciéndose, volvia á afianzarse en su corazon ese espíritu de ódio irreconciliable que de muy antiguo sentia hácia el conde de la Fé.

En las circunstancias especiales en que se encontraba el marqués del Radio, el conde de la Fé era un enemigo temible, á quien era preciso exterminar.

Por eso su pensamiento fijo, su constante idea desde el momento en que la razon volvia á afianzarse en su cerebro, fué inutilizar aquel enemigo que, siempre amenazador, le perseguia por todas partes.

El conde, sin embargo, con el pretesto de su ancianidad, escusaba las provocaciones del general, como acabamos de ver.

Solo, encerrado consigo mismo y viendo pasar ante los ojos de su imaginacion toda la historia de lágrimas,

en la que habia sido protagonista la infeliz Angela, el general buscaba en vano el recurso salvador, la idea conciliadora que devolviera la paz á su espíritu, salvando al mismo tiempo su honra amenazada y la felicidad de sus hijos.

Nada podia esperar del conde; nada tampoco esperaba de la marquesa del Radio. Solo sus hijos, los mas interesados en aquel drama doméstico, parecian estar dispuestos á aceptar el sacrificio que se les impusiera.

A pesar de esto, no dejaba de preocupar al general la respetuosa reserva en que se habia encerrado Daniel.

Adonde quiera que dirigia los ojos aquel hombre, encontraba ocasion para avergonzarse de sí mismo.

Daniel, cariñoso y resignado, le recordaba los sufrimientos de su madre, mientras que el doctor Samuel, que con tanto afan habia empleado los recursos de su ciencia para devolverle la salud, traia á su memoria todas sus criminales emboscadas para encerrar en el silencio de la muerte el secreto que el noble anciano poseia.

La noche del dia que nos ocupa, el general, aprovechando una ocasion en que su hija Clotilde se hallaba sola con él, la dijo en voz baja:

—Hija mia, el doctor lleva con demasiada lentitud mi restablecimiento; me tiene prohibido que salga de esta habitacion, y yo tengo para mí que he de restablecer mas prontamente mis fuerzas, respirando ese puro y saludable aire que á través de mi ventana viene anunciándome la primavera. Quisiera, pues, dar contigo algunos paseos por las mañanas.

—¿Y no crees tú que eso podria ser una imprudencia? —contestó Clotilde.

—¡Imprudencia llamas á respirar el purísimo ambiente de las montañas!

—Sin embargo, cuando el doctor prohibe que salgas de esta habitacion...

—Los médicos, hija mia, suelen ser exagerados á fuerza de precavidos.

—Pues bien; consultemos con el doctor Samuel tu deseo.

—No, no, porque temo que me prohiba lo que será indudablemente para mí un placer inefable: pasear solo contigo por las orillas del lago, oir de los labios de mi encantadora Clotilde dulces palabras de cariño que fortalezcan mi abatido espíritu...

—Temo cometer una imprudencia accediendo á tus deseos.

—Pues bien; entonces iré yo solo, ya que te niegas á acompañarme.

—¡Oh, Dios mio! ¡yo no me niego á complacerte! Bien sabe Dios que nada deseo tanto como tu restablecimiento; pero has sufrido mucho, estás aun muy débil y temo perder lo ganado cometiendo alguna imprudencia.

El general agitó tristemente la cabeza, y fijando una mirada llena de ternura en su hija, repuso de este modo:

—Veo, Clotilde, que me amas mucho mas de lo que yo merezco.

—No se ama nunca demasiado á un padre.

—Cuando los hijos son tan buenos como tú...

—Y como Daniel, que está igualmente interesado en tu restablecimiento.

—¡Daniel!—murmuró el general con espresion de profunda tristeza;—Daniel es un remordimiento vivo que Dios ha querido colocar á mi lado, para recordarme siempre la historia de la desgraciada Angela. El profundo silencio que guarda siempre ese jóven, su resignacion, el no asomar nunca á sus labios una palabra de reconvencion desde el dia en que supo por la lectura del manuscrito la historia de su madre, son para mí un terrible castigo y una acusacion abrumadora. ¡Ah! si me arrojara al rostro mis faltas, me causaria menos daño que con su silencio.

Y el general, exhalando un suspiro, añadió:

—Ya comprendes, hija mia, que esta situacion no puede prolongarse mucho. Yo agradezco con toda mi alma vuestra prudencia, vuestra abnegacion; pero es preciso que llegue el dia en que cada uno de nosotros ocupe el sitio que le corresponde. Para restablecer á los ojos del mundo una felicidad en nuestra familia, aunque no sea mas que aparente, es preciso que antes venzamos grandes y poderosos obstáculos. Tu madre nos ha abandonado, rechazando toda reconciliacion. El conde de la Fe, poseedor de mi secreto y enemigo irreconciliable, no debe tampoco inspirarnos gran confianza. Pero vosotros sois mi único consuelo, y todo lo espero de vuestro amor y vuestra abnegacion.

Y entonces, como el general viese asomar dos lágrimas á los hermosos ojos de Clotilde, apoderándose de una

de sus manos, y estrechándola con cariño contra su pecho, volvió á decir:

—Mucho temo, hija mia, que la felicidad no vuelva á aposentarse en el santuario de tu corazon; lo propio temo que le suceda á Daniel. Vosotros os habeis amado con toda la ternura, con toda la vehemencia que es propia á ese primer amor, que conserva el alma en la primavera de la vida, y al saber el fatal secreto, al descubrir que el amor de amantes os estaba vedado, es indudable que habeis visto desvanecerse vuestros queridos sueños, sintiendo en el fondo de vuestras almas las frias cenizas del cadáver de vuestro amor.

—Yo amaré siempre á Daniel,—repuso Clotilde,—y Daniel me amará á su vez toda la vida.

—Sí, es verdad, hija mia, os amareis siempre; pero ese amor ha cambiado por completo, y ese cambio temo que sea causa de vuestra desgracia.

Y el general dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho, como el reo devorado por los remordimientos en presencia de su víctima.

Clotilde no interrumpió durante algunos segundos aquel silencio.

Abundantes lágrimas derramaban sus ojos, y de vez en cuando sus purísimos labios se abrian para exhalar tristes suspiros.

Las palabras de su padre acababan de herir las fibras mas delicadas de su corazon.

Su amor, que habia nacido en su alma inocente á impulsos de las simpatías; su amor hácia Daniel, acrecentado

en su corazon por las contrariedades y las prohibiciones; aquel amor que habia poetizado sus sueños bajo el hermoso cielo de Madrid y en las pintorescas orillas del lago Leman, habia huido de su pecho, exhalando un lamento de agonía desde el instante en que sus ojos se fijaron en las primeras páginas del manuscrito de Angela.

Momento sublime y doloroso fué aquel para la enamorada jóven. Daniel no podia ser para ella el amante, el esposo, el pensamiento vivo, el deseo incesante de su corazon, la mitad de su alma; y este amor grande, sublime como el que inmortalizó á Julieta, como el que hizo inolvidable á Safo, le costaba muchas lágrimas, muchas noches de insomnio por la gran metamórfosis que habia sufrido.

Daniel era su hermano; era preciso, pues, amarle como á tal y olvidar que le habia amado como amante.

Pero para efectuarse este cambio de sentimientos, el corazon necesita tiempo, el espíritu fuerza, la voluntad energía, y solo de una manera podia Clotilde arrancar de su alma la última raiz de su primer amor: amando á otro hombre; remota esperanza que abrigaba tal vez en su pecho.

Esta pausa dolorosa fué interrumpida por el general, que depositando un beso en la frente de su hija, repuso de este modo:

—Bien á pesar mio te he entristecido, evocando dolorosos recuerdos.

—Y faltando á los preceptos del doctor Samuel.—contestó Clotilde esforzándose por sonreir,—que para que

se efectúe rápidamente tu restablecimiento, tiene mandado que no se fatigue tu imaginacion en lo mas mínimo.

—Sí, pero el doctor al hacer esos encargos se olvida de que la imaginacion es la vida, y que el pensamiento, como esa arteria que trasmite la sangre al corazon, no puede detenerse. Ofréceme, sin embargo, que mañana temprano me complacerás, dando conmigo un paseo por las orillas del lago, y daremos fin á esta conversacion, que á ambos nos afecta.

Clotilde no supo resistir por mas tiempo á las súplicas de su padre.

—Pues bien; vendré á buscarte, ya que lo deseas.

—Ya verás qué perfectamente me sienta el paseo. Te prometo que almorzaré á nuestro regreso con el mayor apetito.

Y como en este momento entraran en la habitacion el doctor Samuel y Julio de Monforte, el general añadió en voz baja:

—Silencio: es preciso que nadie sepa el propósito de nuestra escursion matinal, porque seria capaz el doctor de privarme de ese gran placer.

CAPÍTULO III

EL EMISARIO DEL CONDE DE LA FÉ

Mientras tenia lugar la escena que acabamos de referir, Daniel, á quien el ruido de los hombres comenzaba á molestar mas que el silencio religioso de los campos, se paseaba solo y meditabundo por la falda de una montaña próxima al palacio de Diodati.

Desde que la lectura del manuscrito de su madre habia conmovido tan fuertemente el espírítu del jóven, aprovechaba todas las ocasiones en que, sin ser muy notado, podia entregarse á la soledad y á sus pensamientos.

Distraido y pensativo salió á la caida de la tarde del palacio de Diodati, y en vez de emprender su paseo por las orillas del lago, se dirigió hácia el monte, siguiendo un camino vecinal que bordeaba su falda.

Ni él mismo se hubiera dado cuenta de aquel paseo. Como hemos dicho, necesitaba la soledad, el retraimiento.

Su mente, preocupada por tristes pensamientos, necesitaba no verse molestada por el ruido de las palabras, por la presencia de aquellos que podian dirigirle preguntas, á las que él no se hallaba dispuesto á contestar. Por otra parte, recordaba que, al terminar la lectura del manuscrito de su madre, y echando de menos las páginas escritas por mano del general Lostan, Clotilde se habia negado á entregarle aquella especie de testamento escrito por su padre, contentándose con decirle estas palabras, que habian quedado grabadas en la memoria de Daniel: «Esperemos á que se restablezca, y si él me manda que te las entregue, yo las pondré en tus manos. El tiempo te probará que soy digna de llamarme tu hermana, y que mi única ambicion se reduce á verte feliz.»

¿Qué podia haber escrito su padre? ¿Por qué lo ocultaba con tanto afan Clotilde?

Hay momentos en que la duda se aferra en nuestro corazon hincándonos sus aceradas garras, y entonces el recelo, la desconfianza, nos dominan por completo.

¡Quién sabe!... Tal vez durante aquel paseo solitario la imaginacion de Daniel hizo la grave ofensa á Clotilde de dudar de ella.

En el tropel de confusas y encontradísimas ideas que bullian en su mente, no podia esplicarse por qué se empeñaba su hermana en no dejarle leer aquellas páginas escritas por el general, y que constituian, por decirlo así, el desenlace del manuscrito de su madre.

Embebido en estas reflexiones, caminaba distraido, sin fijarse en la tierra que pisaba, porque hay momen-

tos en la vida en que solo se existe para la idea que absorbe por completo nuestra imaginacion.

El sol, mientras tanto, comenzaba á inclinar su radiosa frente hácia el ocaso, llenando de encanto y majestad con la poética luz de la tarde el grandioso panorama de aquellos sitios.

Pero ¿qué le importaban á Daniel los caprichosos cambiantes de aquellas nubes, precursoras de la callada noche que se estendian por el dilatado espacio?

Su alma, abismada consigo misma, no podia entregarse á esos inefables goces de la contemplacion.

El mundo para él, se reducia á la idea que le dominaba.

Por eso, con los brazos cruzados en la espalda, la mirada tristemente fija en el suelo, seguia la angosta vereda practicada en la falda del monte, sin ocuparse siquiera adonde podria conducirle. Por eso, sin duda, no se apercibió de un hombre, que, vestido con el traje de los aldeanos de aquel país, se acercaba hácia él por la misma vereda.

Cuando el desconocido caminante se encontró á pocos pasos de Daniel, como era preciso que uno de los dos se apartase para dejar paso al otro, se apartó del camino, y al fijar en el meditabundo jóven una mirada, no pudo contener una esclamacion de asombro, á la cual siguieron estas palabras:

—¡Diablo! preciso será que dé gracias á la casualidad, pues ella me concede la inmensa dicha de encontrar á usted en este camino.

Al oir estas palabras, Daniel levantó la cabeza y

fijó una mirada en el desconocido, el cual, soltando una ruidosa carcajada, añadió:

—Debo estar bien disfrazado, cuando el señorito Daniel no ha conocido á su antiguo y leal servidor Lorenzo.

Efectivamente, Lorenzo iba perfectamente disfrazado, y Daniel le reconoció, mas bien por sus palabras y por su voz, que por su rostro, admirablemente trasformado.

—¿Usted aquí y con ese traje?—le preguntó Daniel.

—¡Ah! todo esto y mucho mas se necesita para penetrar en casa del general Lostan.

—¡Cómo! ¿iba usted al palacio de Diodati?

—Sí.

—¿En busca del general?

—No, iba en busca de su hijo el señorito Daniel.

—¿De parte del conde de la Fé?

—Precisamente.

—¿Qué ocurre?—preguntó con marcado sobresalto Daniel.

—Ocurre que el general Lostan, y pido á usted antes perdon para calificarle de este modo, es un hombre incorregible.

—Ruego á usted, Lorenzo, que me esplique esas palabras.

—Con esa intencion iba á buscarle á usted al palacio de Diodati. El general Lostan ha enviado esta mañana al conde de la Fé un cartel de desafío, y el conde, que ha rechazado esa proposicion por creerla tan inconve-

niente como ridícula, consecuente en su manera de pensar en todo aquello que puede serle útil á su hijo adoptivo, me ha dado una carta para que se la entregue á usted. Hé aquí el motivo de este disfraz, del que he creido oportuno servirme para no ser reconocido en el palacio de Diodati por el general, ó por su ayuda de cámara Santiago.

Y Lorenzo, al decir esto, entregó una carta á Daniel, que rompiendo el sobre, se puso á leer precipitadamente en voz baja.

Decia así:

«Hijo mio: Hoy tu padre me ha enviado una provocacion insultante, y para que la humillacion dirigida á mi persona fuera mayor, ha elegido uno de sus criados para proponerme el cuarto desafío.

»Hace muchos años, que esclavo de mi palabra, como debe serlo todo caballero, encierro prudentemente en mi corazon todo el odio y el desprecio que me inspira el hombre que mató las ilusiones de mi juventud y causó la prematura muerte de una mujer, ángel de la tierra, á quien yo daba el dulce nombre de hermana.

»Muerta Angela y libre del juramento que á ella le hice, tú te presentaste exigiéndome un nuevo sacrificio, y yo volví á cerrar mis labios, dejando dormir en el fondo de mi alma todo el odio que sentia hácia el general Lostan.

»Pero ¿de qué servirán, hijo mio, todos estos sacrificios? Presumo que de nada, puesto que el general, apenas restablecido de su penosa enfermedad, en vez

de implorar la compasion de aquellos que pueden perderle, se levanta airado como en otro tiempo, y deseando esterminar á todos los que poseen su fatal secreto, empieza por proponerme á mí, pobre anciano, un duelo á muerte, persuadido sin duda como está de su victoria y de que nadie guarda mejor los secretos que la tumba.

»Pero no me aflige á mí, querido Daniel, la provocacion, el insulto, la amenaza que acaba de arrojarme al rostro: me aflige la idea de pensar que el general es un hombre incorregible, y que despues de concluir conmigo, procurará librarse tambien del doctor Samuel, como en otro tiempo, que en tan grave peligro puso su vida; y Dios quiera que tú, hijo mio, no seas para ese hombre desalmado un obstáculo que trate algun dia de hacer pedazos.

»Al escribir estas palabras me tiembla la mano; el corazon vacila, porque cuando se han cumplido los setenta años, la naturaleza, empobrecida por la vejez, se torna débil, y el corazon, falto del calor de las pasiones, nada ambiciona sino la paz para terminar tranquilamente los dias que Dios quiera concedernos de vida.

»He vacilado mucho antes de escribirte esta carta, porque comprendo el terrible efecto que causará su lectura á tu alma impresionable; pero temiendo un atropello por parte del general Lostan hácia mi persona, y dejándome llevar por el egoismo natural del que no se halla exento ni el hombre mas generoso, te ruego vengas á verme para buscar la manera de librarme de las asechanzas que indudablemente me tiende tu padre;

pues de lo contrario, me veré en el caso de regresar inmediatamente á España y dar cuenta á los tribunales de los hechos del general Lostan, para que venguen á la sociedad ofendida.

»Ven, pues, á verme esta noche, si te es posible, y no olvides que yo siempre seré para tí tu padre adoptivo.

»Fernando.»

Daniel, al terminar la carta, se hallaba verdaderamente afectado. La conducta de su padre le parecia inconveniente, pues como habia dicho el conde de la Fé, en vez de implorar el perdon y la clemencia, se volvia iracundo contra aquellos á quienes tanto daño habia causado.

—Dígale usted al señor conde de la Fé que esta noche iré á verle; que me espere.

—¿A qué hora?—preguntó Lorenzo, que habia estudiado detenidamente el efecto que la carta causara á Daniel.

—Lo ignoro, pero sospecho que será despues de las doce.

—Está bien,—repuso Lorenzo;—¿no tiene usted nada mas que decirme?

—Tan solo que le participe usted al señor conde que puede vivir tranquilo, pues no volverá á batirse nunca con el general Lostan.

Despues de esto, Daniel volvió la espalda bruscamente á Lorenzo, y se encaminó con precipitacion al palacio de Diodati.

El emisario del conde de la Fé permaneció inmóvil en el mismo sitio, siguiéndole con la mirada, y cuando el cuerpo de Daniel se perdió en una de las revueltas de la vereda, haciendo un movimiento con los hombros y sonriéndose de una manera sarcástica, murmuró en voz baja:

—¡Pobre muchacho! Al fin y al cabo caerá en las redes como un inocente pajarillo. La buena fe es una especie de imbecilidad que reside en el corazon humano, obligándole á cometer multitud de tonterías. Pero ¿qué seria de los astutos si no existieran los inocentes?

Y Lorenzo, girando sobre sus talones con la gravedad de un veterano, se encaminó á buen paso por el camino opuesto al que seguia Daniel.

CAPÍTULO IV

LA CARTA DE BLANCA

Cuando Daniel llegó al palacio de Diodati, era completamente de noche.

Como el estado de agitacion en que se encontraba su espíritu era grande, deseando la soledad, se dirigió á la habitacion que ocupaba en el piso bajo.

Esta habitacion, una de las mas grandes del palacio, era tambien la de Julio de Monforte, que la habitaba con objeto de acompañar á su amigo.

Daniel encontró encendida la lámpara sobre la mesa, y se dejó caer en una butaca.

Durante algunos minutos permaneció inmóvil, con los codos apoyados sobre la mesa y la frente hundida entre las manos.

La carta del conde de la Fé habia contribuido á ennegrecer mas los tristes y sombríos pensamientos que cruzaban por su mente.

El general era verdaderamente incorregible, y á manera que su cuerpo recobraba la salud y la fuerza, parecia disponerse para la lucha, como si todos los que poseian su secreto le estorbaran en el mundo.

Nunca sintió Daniel como en aquellos momentos de soledad tantos deseos de saber lo que su padre habia escrito en las últimas páginas del manuscrito, el dia que pensando morir, se habia despedido de su hija.

—Sí,—se decia hablando consigo mismo,—mi padre entonces escribió lo que le dictaba su conciencia, porque pensaba en la muerte; pero hoy pensará de distinto modo. Clotilde me oculta esa confesion, que es preciso que yo lea á toda costa, aunque para ello me vea precisado á tomar las silenciosas precauciones del ladron y registrar todo el palacio.

Daniel estendió maquinalmente un brazo sobre la mesa, y su mano fué á caer sobre una carta, cuyo sobre roto tenia el sello de España.

Hay momentos en la vida en que se apoderan de nuestro corazon deseos tan vehementes como inesplicables.

Daniel fijó con marcada curiosidad los ojos en aquel sobre, escrito al parecer por una mano femenina, y que decia: «Sr. D. Julio de Monforte—Lago Leman—Palacio de Diodati—Ginebra.»

La curiosidad es madre de grandes imprudencias. Daniel, ó distraido ó curioso, cogió aquella carta, que aquella misma mañana habia recibido de España Julio de Monforte, y como el sobre estaba roto, fijó los ojos con distraccion en las primeras líneas.

Indudablemente debieron llamarle mucho la atencion, pues su fisonomía sufrió un cambio notable, y continuó leyendo con marcado interés.

Al llegar á la mitad de la carta, por nada del mundo hubiera Daniel dejado de terminar su lectura.

La casualidad le revelaba un secreto para él de la mayor importancia, y aquella imprudencia debia ser altamente provechosa para su amigo Julio, á quien amaba como á un hermano.

Veamos nosotros el contenido de la carta; pero espliquemos antes cómo se encontraba sobre la mesa un escrito que para Julio debia ser causa de la mayor reserva.

Julio habia recibido aquella carta, que era de su hermana, por la tarde; la habia leido solo en su habitacion, y dejándola sobre la mesa despues de enterarse de su contenido, se disponia á contestarle, cuando asomándose á la ventana, vió á Clotilde que se paseaba sola por el jardin. La saludó á tiempo que Clotilde le decia:

—¿Está usted muy ocupado?

—Mi ocupacion se reduce á no hacer nada,—contestó Julio.

—Entonces me atrevo á suplicarle que baje usted á ayudarme á coger algunas flores, pues quiero renovar los ramos de la habitacion de mi padre, y mi hermano Daniel debe haberse marchado á pasear por el lago, puesto que no se le encuentra en toda la casa.

Julio no esperó á que le repitieran la súplica: ama-

ba á Clotilde con toda su alma, y por ella lo olvidaba todo.

Salió, pues, precipitadamente de su habitacion, dejando la carta olvidada sobre la mesa.

Esta circunstancia hizo poseedor á Daniel de un secreto, que estaba muy léjos de sospechar.

Ahora, veamos el contenido de la carta. Decia así:

«Hermano mio: Siempre que recibo alguna carta tuya se inundan de lágrimas mis ojos, y yo misma no puedo esplicarme si estas lágrimas son hijas del placer ó del dolor.

»¡Dichoso tú, que vives bajo el mismo cielo de la mujer que amas! ¡Triste de mí, que respiro léjos de aquel á cuyo recuerdo he levantado un santuario en el recinto mas cariñoso de mi alma!

»Muchas veces, hermano mio, pienso que nuestra desgracia seria inmensamente mayor, si no tuviéramos la inmensa dicha de comunicarnos nuestros mútuos pensamientos, nuestras íntimas impresiones; porque es siempre un gran consuelo para los tristes depositar en el corazon que se interesa por ellos, todos los melancólicos pensamientos que abrigan en sus mentes.

»Cuando recibo alguna de tus cartas, se apodera de mí un vivo deseo de encontrarme sola, y aprovechando la primera ocasion, me cierro en mi gabinete para leer y llorar, persuadida de que en tu escrito he de encontrar el nombre de aquel á quien tanto amo, y me has de hablar largamente de aquella á quien rindes respetuosa adoracion desde el dia en que se presentó en nuestra casa para ser nuestro ángel salvador.

»Yo comprendo que tu amor, como el mio, no son otra cosa que un sueño, del que no despertaremos nunca, y que nunca podrá convertirse en realidad; pero es un sueño tan dulce, que estoy resignada á soñar toda mi vida.

»Nuestra buena madre y yo continuamos rogando todas las noches por el pronto restablecimiento del general, y hay en este ruego algo de egoismo, pues calculo que cuando el marqués se halle completamente bueno regresareis á Madrid, y yo podré entonces ver al que tanto amo, si bien es verdad que tú verás menos á la que tanto adoras.

»Escríbeme con frecuencia y háblame mucho de ellos. Yo bendigo á Dios porque os ha permitido llegar á tiempo para salvar á Clotilde y á Daniel, y confio que tú, obedeciendo á los impulsos y á los deberes de la gratitud sabrás sacrificarte por nuestra hermosa protectora, sin que jamás una palabra imprudente le revele el secreto de tu alma.

»Somos pobres, Julio, muy pobres, y si cometiéramos una imprudencia, podrian apreciarse mal los nobles impulsos de nuestros corazones. Nuestro destino es sufrir y callar, y dichosos nosotros si sacrificándonos podemos alcanzar algun dia que Clotilde y Daniel nos den el dulce nombre de hermanos.

Las almas elevadas para amar, no necesitan ser correspondidas; amemos, pues, en silencio.

»Tuya,

«Blanca.»

Daniel dobló la carta cuidadosamente, y la colocó en el sobre, dejándola en el mismo sitio.

La pasion de Julio no era un secreto para él.

Este descubrimiento le preocupó durante algunos momentos. Despues, haciendo un movimiento con los hombros, murmuró en voz baja:

—¡Quién sabe! ¡Tal vez lleguen á ser felices! ¡tal vez ella le ame con el tiempo! ¡Pero Blanca!...

Y Daniel, pasándose la mano por la frente, se puso en pié, murmurando:

—¡No, no! ¡solo se ama una vez en la vida!

Y comenzó á dar paseos por la habitacion.

Poco despues Julio de Monforte entraba en la estancia, y al ver á su amigo esclamó:

—¡Oh! ¡gracias á Dios que te encuentro!

—¿Me buscabas?—preguntó distraidamente Daniel.

—Sí.

—¿Qué quieres?

—¿Olvidas que han dado ya las nueve de la noche?

—No me habia ocupado de ello.

Julio se acercó á su amigo, colocó familiarmente una mano sobre su espalda, y mirándole con marcado interés añadió:

—Daniel, ¿qué tienes? ¿Por qué huyes de nosotros? ¿Por qué buscas la soledad? ¿No te inspira ya confianza tu amigo Julio?

Daniel estrechó espresivamente la mano de Julio, y dijo:

—Tus palabras envuelven una reconvencion que no merezco, pues jamás he tenido secretos para tí. Tú sa-

bes la difícil situacion en que me encuentro: no deben estrañarte, por consiguiente, ni mi retraimiento, ni mi falta de alegría.

Y Daniel, sonriéndose tristemente y dirigiendo una mirada hácia la mesa, añadió:

—Yo, sin embargo, podria reconvenirte. Acabo de leer la carta que desde España te ha escrito tu hermana Blanca.

Al oir estas palabras, Julio retrocedió dos pasos, demostrando en su semblante el mayor asombro.

La sonrisa que poco antes habia asomado á los labios de Daniel se acentuó mas, y tendiéndole una mano á su amigo, repuso:

—Yo te ruego que perdones una imprudencia, que ni yo mismo me esplico; imprudencia que estoy contento de haber cometido, pues ella me ha revelado el secreto de tu corazon.

Julio se llevó la mano á la frente como si sintiera desvanecerse sus ideas, y luego, faltándole las fuerzas, se dejó caer en una silla, murmurando:

—¡Qué has hecho, Daniel! ¡qué has hecho!

—Tú amas á Clotilde, y ese amor no debe avergonzarte.

—Sí, pero ese amor, que yo he conceptuado siempre como un imposible, desde el momento que no es un secreto para tí, me obliga á abandonar esta casa, y mañana al nacer el dia partiré para España.

Y Julio al pronunciar estas palabras estaba pálido como un cadáver.

—No partirás, Julio, no partirás; porque yo no quiero que partas, porque yo necesito que continues á mi lado.

Y como Julio permaneciera con la cara oculta entre las manos, Daniel, despues de contemplarle con cariñoso interés, le dijo:

—Hablemos.

Y colocando una silla junto á su amigo, se sentó.

CAPÍTULO V

UN ALMA GENEROSA

—Yo bendigo, querido Julio, el momento dichoso,—añadió Daniel,—que al caer distraida mi mirada sobre esa carta, sentí, sin poder esplicarme la causa, vehementes deseos de leerla. Amar no es un crímen, sobre todo cuando se tiene un corazon tan noble, tan generoso como el tuyo. Levanta la frente, y recuerda que muchas veces nos hemos dado el dulce nombre de hermanos.

Esta introduccion, llena de ternura y de cariño, reanimó á Julio, que arrojándose en los brazos de su amigo, esclamó verdaderamente conmovido:

—Eres el mejor de los amigos, Daniel; tus palabras llenan de felicidad mi alma.

—Serénate y tratemos con calma este asunto, del que indudablemente se halla pendiente tu felicidad.

—A tí no trato de negártelo: amo á Clotilde con todo mi corazon, desde el primer dia que, ángel de bon-

dad, aseguró con sus mercedes el porvenir de mi madre y de mi hermana, séres queridos que yo veia languidecer en el seno triste de la miseria; pero ese amor es una locura imposible; yo le guardaba avaro en el fondo de mi alma.

—¿Y por qué ha de ser una locura?—repuso Daniel, sonriéndose bondadosamente.—Demos tiempo al tiempo, querido Julio, y permite que te reprenda por tu silencio. Nadie á mis ojos será nunca mas digno del amor de Clotilde que tú; tú, que la amas en silencio y que has tenido bastante grandeza de alma para sacrificar ese amor, no solamente cuando creias que yo era el amante de Clotilde, sino hoy que sabes que soy su hermano. Tanta delicadeza merece ser recompensada, y puedes contar conmigo para conseguir el logro de tus deseos.

—No, Daniel, no,—contestó Julio con un acento de profunda tristeza;—mi amor es un sueño, un imposible. Clotilde pertenece á una clase elevada de la sociedad; yo soy un pobre abogado, sin mas patrimonio que mi carrera, que aun no me ha producido nada. Si despues de los favores que he recibido del general Lostan, tuviera la audacia de solicitar la mano de su hija, la sociedad tendria razon para juzgarme de un modo poco ventajoso. Yo te agradezco tus generosas intenciones, tus nobles deseos; pero te ruego que no alimentes mis ilusiones y que dejes dormir eternamente en el fondo de mi alma ese amor, que es mi único tesoro y mi único sueño de felicidad.

—Bien, como quieras,—contestó Daniel, comprendien-

do que no era aquel momento el mas á propósito para convencer á su amigo;—guarda el secreto de tu amor, pues que así lo deseas; sacrifícate, violéntate para que no salga nunca de tus labios; pero yo soy tu amigo verdadero y sé lo que debo hacer.

—¿Qué es lo que intentas?—preguntó con sobresalto Julio.

—Devolverte uno por uno todos los servicios que me prestaste en otro tiempo; sondear el corazon de mi hermana, y no cesar ni un solo instante hasta que llegue un dia en que pueda contribuir á que se realicen tus sueños de felicidad.

—¿Pero no consideras que si Clotilde rechaza mi amor, yo me veré precisado á huir de esta casa y á no sentir la inmensa dicha de verla? Yo suplico á tu amistad que guarde mi secreto.

—Es que yo deseo demostrarte el interés que me inspira tu porvenir,—repuso Daniel,—y no tenemos tienpo que perder, porque tal vez antes de quince dias las circunstancias me obliguen á separarme de mi padre para siempre.

—¡Qué dices!

Daniel dirigió una mirada en derredor suyo, y apoderándose de una de las manos de su amigo, añadió:

—Escucha, Julio: cada dia que trascurre, mi situacion es mas difícil. Para entrar en legítima posesion de mis derechos, es preciso que arrebate á Clotilde los suyos y arroje una mancha sobre la honra de mi padre. La felicidad de mi familia es imposible, porque ante ella se

levanta el indomable orgullo de la marquesa del Radio; está escrito que algunas criaturas sean desgraciadas desde la cuna al sepulcro. Mi madre fué una de ellas, yo tambien lo seré, me lo dice el corazon, y por eso, huyendo de las gentes, busco la soledad.

—Pero tú eres jóven, y un brillante porvenir se abre ante tu paso.

—Ese porvenir solo podria conseguirlo á costa de la vergüenza de mi padre, de la humillacion de mi hermana, y no quiero conseguirlo á tanto precio. El amor, que todo lo embellece y que trueca en encantado palacio la cabaña, podria devolverme la felicidad que en otro tiempo creí muy próxima de poder realizar; pero el amor ha huido de mi corazon, dejando un vacío que va poco á poco llenándose de un inmenso desconsuelo. Necesito la soledad, y pronto iré á encerrarme con mi dolor en la retirada mansion donde trascurrió mi infancia, bajo el modesto techo de aquella casa donde he pasado las horas mas felices de mi vida, recibiendo las caricias de una madre, que hoy desgraciadamente no existe.

—Veo, querido Daniel, que te hallas en uno de esos momentos de desesperacion en que la mente se ofusca y se complace en estender ante los ojos un horizonte cargado de sombrías nubes...

Daniel se sonrió tristemente.

—Pero la amistad,—añadió Julio,—me impone el deber de recordarte, que si tomas una resolucion tan desesperada, si abandonas esta casa, tu pobre hermana, que tanto te ama, sufrirá mucho.

—Por ella, solamente por ella, quiero sacrificarme. No creas que mi resolucion es hija de la ligereza y de los pocos años: he meditado mucho el caso en que me encuentro. Mi presencia en Madrid, mi instalacion en casa del marqués del Radio, tal como por mis derechos me corresponde, puede ser altamente humillante para Clotilde. El dia que yo sea reconocido ante la sociedad por hijo legítimo del general Lostan, será preciso poner de manifiesto á todo el mundo, que la marquesa del Radio no ha sido otra cosa que la querida del general, y Clotilde se verá cubierta con la infamadora mancha de las hijas naturales. Una mujer jóven, acostumbrada al lujo y á las consideraciones que son inherentes á una gran fortuna, siente mucho descender de su elevada categoría. Clotilde necesita, por consiguiente, mas que yo continuar perteneciendo á la clase que le tocó en suerte desde el dia de su nacimiento: pasar á los ojos de todos aquellos que la conocen y la tratan, por la hija legítima y única de los marqueses del Radio. Yo, por el contrario, acostumbrado á vivir en el seno de la modestia, casi de la pobreza; yo que he pasado veinte años de mi vida sin conocer á mi padre, y á quien todos indudablemente creen hijo natural; yo que ni tengo grandes aspiraciones, ni me seduce el fausto de la riqueza, porque tengo la seguridad de que todo el oro del universo no podria darme la felicidad que ambiciono, no me sacrifico gran cosa cediendo el puesto á mi hermana, ni trates de persuadirme de lo contrario, porque seria en vano. No hablemos, por consiguiente, de semejante asunto; tengo

formado mi plan, y no retrocederé por nada ni por nadie. Ocupémonos de tu felicidad y de la de Clotilde. Los desgraciados, cuando tienen un corazon grande y generoso, se gozan tambien en la dicha de sus prójimos.

—¿Y crees tú que Clotilde, tan buena, tan cariñosa, podrá consentir que su hermano se sacrifique, pasando una vida de soledad y privaciones, mientras ella disfruta de los privilegios y comodidades de una gran fortuna? ¿Crees tú que Clotilde podrá ser feliz viviendo en medio del lujo y de la ostentacion, mientras tú, su hermano, á quien ella tanto ama, viva encerrado en la miserable casa de una aldea? ¡Ah! no lo esperes: el noble corazon de Clotilde se sublevará ante tan heróico sacrificio, y la creo muy capaz de decirle á esa sociedad, que la admira por su hermosura, por su talento y por su fortuna: «No me admireis: todo este lujo que os deslumbra, todos estos títulos que os fascinan, no me pertenecen, son de un hombre generoso, que sacrificándose por mí ha ido á ocultar su virtud y sus derechos á una pobre aldea.» No lo dudes, Daniel; Clotilde prefiere tu felicidad, tu aprecio y el verte á su lado, á todas las necias vanidades del mundo.

Daniel, agradecido ante esta ardorosa y noble defensa que Julio hacia de su hermana, le tendió una mano con cariño, diciéndole:

—¡Gracias, Julio, gracias por el elevado concepto que te inspira mi hermana; no desconozco sus virtudes; pero tendrá que aceptar mi sacrificio, que, por otra parte, es tan voluntario, tan de mi gusto, que no ha de costarme

mortificacion alguna llevarlo á cabo! Mientras tanto, si yo tengo alguna influencia con Clotilde, no dudes que la emplearé para que logres con el tiempo ser correspondido, y llegue el dia que te dé el dulce nombre de esposo.

Y como Julio demostrara con un gesto que no creia llegase nunca á realizarse aquella encantadora esperanza, Daniel añadió, sin dar tiempo á su amigo á que pronunciase una palabra:

—No te opongas á mis deseos. Sabedor de tu secreto, sé lo que me toca hacer. En cuanto á tu hermana Blanca...

Daniel se detuvo, y Julio se estremeció, porque en aquella acalorada discusion habia olvidado, que al sorprender su amigo su secreto con la lectura de la carta, habia sorprendido asimismo el de su hermana Blanca.

—¡Quiera Dios que con el tiempo,—añadió Daniel,—u h ermana, que es un ángel de la tierra, encuentre á un hombre que llene por completo todas las aspiraciones de su alma virginal!

—Puesto que hemos llegado á este punto,—añadió con cierta solemnidad Julio,—seria en vano ocultarte lo que tú no ignoras desde que leiste la carta de mi hermana, que en mal hora dejé olvidada sobre la mesa. Blanca te ama desde mucho tiempo antes que Clotilde se presentara en mi casa para ser la providencia de mi familia; pero Blanca, como yo, ha hecho el sacrificio de su amor, y nada espera; porque como ella dice al final de la imprudente carta que cayó en tus manos: «Para amar, no es preciso ser correspondido.» Olvida, pues, esa revela-

cion de un alma sencilla, hecha por una niña inocente á su hermano. Si Blanca supiese que tú has leido su carta, no lo dudes, Daniel, se moriria de vergüenza.

—¡Dios solo lee en el porvenir! ¡A Dios solo le es dado saber anticipadamente los pasos que ha de dar la criatura! ¡La inmaculada pureza de tu hermana nada ha perdido ante mis ojos, porque ese dulce gemido de su alma haya llegado á mis oidos! ¡Vive, pues, tranquilo, Julio, y estrecha sin turbacion y sin el menor sobresalto la mano de tu amigo, de tu hermano del corazon!

—Pero antes,—repuso Julio que no podia ocultar la emocion que sentia,—júrame que no revelarás á Clotilde ni una sola palabra que pueda hacerle comprender el inmenso amor que por ella siento.

—Esa es una promesa bastante difícil de cumplir, cuando yo trato de allanarte el camino que ha de conducirte á la felicidad.

—Piensa que esa felicidad es imposible, porque la marquesa del Radio con su orgullo, y el general con sus preocupaciones, no han de permitir nunca que el pobre, que el modesto Julio de Monforte forme parte de su familia.

—Si Clotilde te ama, me sobra á mí poder para allanar todos esos obstáculos.

Y Daniel, recordando que aquella noche tenia aun que acudir á la cita del conde de la Fé, añadió:

—Ahora vamos á separarnos. Confia en tu amigo, confia en tu hermano.

Julio quiso detener á Daniel para rogarle nuevamente

que no cometiera ninguna imprudencia; pero este, indicándole con un movimiento de cabeza que se tranquilizara, salió precipitadamente de la habitacion.

CAPITULO VI

LAS PÁGINAS DEL GENERAL LOSTAN

Cuando Daniel llegó á la antesala, se detuvo, se llevó una mano al pecho, respiró con fuerza, y se dijo hablando consigo mismo:

—Es preciso poner término á esta situacion: las vacilaciones son altamente perjudiciales en estos casos. Adelante, y valor.

Y volvió á emprender su marcha por un corredor que conducia á la habitacion de su hermana.

La carta del conde de la Fé y la de Blanca, habian contribuido á que Daniel tomara una resolucion, que muy pronto le veremos poner en práctica.

Como le habia dicho poco antes á Julio, su situacion era especial y verdaderamente abrumadora.

Si en el corazon de Daniel hubiera existido un átomo de egoismo, el problema de su porvenir se hallaba resuelto; pero no anhelando otra cosa que la felicidad

de Clotilde, comprendió que era preciso para conseguirla tomar una enérgica resolucion.

Solo le detenia una cosa: el deseo vehemente de leer las páginas que el general Lostan habia escrito en las memorias de Angela.

Serian las once de la noche. Habia ofrecido ir á ver al conde de la Fé; pero antes se encaminó á la habitacion de su hermana, resuelto á buscar las páginas que Clotilde habia arrancado del manuscrito. Del contenido de estas páginas dependia la marcha que debia trazarse para lo venidero Daniel.

Cogió una bujía, la encendió, y se dirigió resueltamente al gabinete de su hermana.

—Si está Clotilde en su habitacion,—se dijo,—le obligaré á que me enseñe ese documento escrito por mi padre; si no, le buscaré hasta encontrarle.

Daniel penetró, con el sigilo del que va á cometer una mala accion, en el dormitorio de su hermana; pero Clotilde estaba allí, sentada junto á la mesa escribiendo.

La presencia de su hermano, á quien no habia visto desde por la mañana, sorprendió á la jóven agradablemente.

—¡Ah! no esperaba yo menos de tí. ¿Vienes á darme las buenas noches y á disculparte de tu conducta de hoy?

—No, Clotilde, venia con otra intencion; creia no encontrarte, pero me felicito al verte aquí.

Daniel pronunció estas palabras con una entonacion que causó mal efecto á Clotilde.

Esta le miró con fijeza, diciendo:

—Daniel, sospecho que voy perdiendo tu confianza.

—Es que hay momentos en que llego á dudar de todo, hasta de mí mismo.

—¡Oh Dios mío! algo te sucede. Siéntate y no me ocultes nada.

—Sí, dices bien, Clotilde, no debo ocultarte nada; la situacion difícil en que me hallo, no es posible prolongarla por mas tiempo. Vengo, pues, á exigirte que me entregues las páginas que escribió tu padre al final de las memorias de mi madre.

—¡A exigirme!—repitió Clotilde con asombro.

—Sí, puesto que mis súplicas no han sido bastantes para obligarte á que me concedas ese pequeño favor.

Dos lágrimas asomaron á los ojos de Clotilde.

—Tus palabras,—dijo,—envuelven una acusacion á mi persona, que no merezco. Dudas, y esa duda me ofende.

—Perdona, Clotilde; pero cuando un hombre se halla en la situacion en que yo me encuentro, terribles luchas agitan su corazon, y en su mente se abrigan pensamientos que le causan terribles angustias. Yo esperaba tranquilo la resolucion de este drama de familia, que tanto nos interesa; pero me he convencido de que tu padre es incorregible y de que se presentan tantos obstáculos para nuestra felicidad, que estoy resuelto á desenlazar por mí mismo este drama, pues me importa poco ser yo la sola víctima.

—No te comprendo.

—Ni yo podria darte mas esplicaciones.

—¿Dices que mi padre es incorregible?—preguntó Clotilde.

—Sí, puesto que acaba de proponer un desafío á muerte al conde de la Fé, poseedor de su secreto.

—¡Dios mio!

—No temas, ese desafío no se efectuará. Al general le molestan todos aquellos que pueden arrojarle al rostro su historia pasada. Puede vivir tranquilo. Mientras yo exista, nadie mancillará su nombre, y mi hermana Clotilde de Lostan ocupará en la sociedad el lugar que le corresponde. Pero para eso, vuelvo á repetírtelo, necesito que me entregues ahora mismo esas páginas que escribió mi padre, y que tú con tanto afan me ocultas.

—Pero esas páginas no tienen valor ninguno, desde el momento en que la vida de mi padre no corre peligro; fueron escritas en un momento de desesperacion, porque ellas...

Clotilde se detuvo, llevóse las manos á los ojos, y esclamó con desesperacion:

—¡No, jamás, jamás te las entregaré!

Esta negativa enérgica aumentó los recelos, acrecentó las sospechas, afianzó la duda en el corazon de Daniel.

—Está bien; no insisto mas, pero desde este momento vamos á separarnos para siempre.

—¡Qué dices!

—Yo no puedo vivir bajo el mismo techo en que vive el general Lostan, asesino de mi madre; en que

vives tú, que te empeñas en ocultarme un escrito que á mí fué dirigido en un instante de arrepentimiento, y cuyo escrito puede resolver la difícil situacion en que me encuentro. Para conseguir lo que deseo, no esperes que emplee la violencia, ni que recurra á los tribunales; pero tampoco esperes que permanezca ni una hora mas en esta casa, en donde solo existen corazones egoistas, qne desprecian mi dolor y mi desesperacion.

—¡Daniel, Daniel, acabas de hacerme una terrible ofensa! ¿dudas de mí? ¿quieres leer las páginas que escribió mi padre, y que yo he procurado ocultarte, porque las creia tan egoistas como injustas? Pues bien, léelas, y ellas sean el castigo de tu desconfianza, que acaba de herir de muerte mi corazon.

Clotilde entró precipitadamente en su alcoba, abrió un armario, sacó de su escritorio de viaje unas hojas de papel, y arrojándolas sobre la mesa, añadió:

—Lee, y no vuelvas nunca á dudar de tu hermana Clotilde, que te ama con toda su alma.

Clotilde se dejó caer fatigada en un sofá, y cubriéndose el rostro con ambas manos, lloró amargamente.

Daniel, olvidando el profundo dolor de su hermana, comenzó á leer lo que sigue:

«Daniel, hijo mio: comprendo el estado de tu espíritu al terminar la lectura de las tristes y dolorosas páginas del manuscrito de tu madre. Mucho debes odiarme, mucho necesito para alcanzar tu perdon; pero el mayor castigo que podria imponer la Providencia á mis culpas, es el que mis hijos lean mi historia pasada, es-

crita sin pasion, sin encono, con la templanza del que perdona y se compadece, como lo ha hecho Angela, la mas inocente de mis víctimas.

»No esperes, pues, que en estas páginas yo trate de disculparme, merezco tu desprecio, y avergonzado de mí mismo, escribo estas líneas con el objeto de que mañana, cuando caigan en tus manos, cuando fijes en ellas tus ojos, te inspire compasion el que tanto daño te ha causado, porque mañana habré dejado de existir.

»Quiero, sin embargo, obedeciendo á una idea, que tú podrás juzgar de egoista, al despedirme de tí, recomendarte á tu hermana, á mi querida Clotilde, inocente de toda culpa. Sé cuánto la amas, y sé tambien que todos los generosos instintos del corazon de tu madre se hallan inculcados en el tuyo, voy, pues, á exigirte un gran sacrificio, porque de este sacrificio depende el porvenir de Clotilde. Yo he adquirido una fortuna bastante considerable, que es del todo independiente de la fortuna de la marquesa del Radio.

»Si alguna influencia ejercen en tí las palabras de un padre que va á morir, aunque este padre reconozca que ha sido muy ingrato contigo, yo me atrevo á suplicarte que no hagas valer los derechos legítimos que tienes para que te se reconozca como hijo primogénito del general Lostan. Déjale esos derechos á tu hermana, que como mujer los necesita mas que tú, para que la maledicencia no se cebe en su honra, y quédate tú en cambio toda la fortuna exclusivamente mia, que yo te cedo en pago de tu silencio y tu resignacion.»

Daniel al llegar aquí suspendió la lectura, exhaló un gemido, porque aquella proposicion humillante le hacia daño.

Y luego, dirigiendo una mirada hácia su hermana, que continuaba llorando, agitó tristemente la cabeza, y murmuró en voz baja:

—Apuremos el cáliz de la amargura.

Daniel continuó leyendo:

«No por mí, que ningun derecho tengo para exigirte nada; por tu hermana es por la que te ruego y suplico.

»Dentro de pocas horas, un hombre temible, que sabe mi secreto y que ha trabajado mucho por perderme y perderte, dejará de existir, porque yo estoy resuelto á sacrificarlo todo por la honra de mi hija. Este es un egoismo de padre, que, aunque tú no comprendas, espero que me disculpes.

»Cuando el conde de la Fé baje al sepulcro, mi secreto no correrá peligro de divulgarse, porque todos aquellos que lo saben tendrán buen cuidado de que no asome nunca á sus labios: la marquesa del Radio por su orgullo, Clotilde por mi honra, tú por la dignidad de Clotilde, y el doctor Samuel, porque solo hará aquello que tú le aconsejes.

»Medita con detencion esta súplica que te dirijo; salva á Clotilde y perdona á tu padre.

»Hija mia, querida Clotilde: al despedirme de tí para siempre, te encargo como mi última voluntad, que si tu hermano Daniel se resuelve á llevar á cabo el sacrificio que le exijo, no te opongas á tan noble accion.

olvidando que al oponerte peligra tu reputacion.—Rogad á Dios por vuestro padre,

»Pedro de Lostan.»

Aquí terminaba la lectura.

Daniel dirigió una mirada á su hermana, que continuaba llorando en el sofá.

—Perdona, Clotilde,—la dijo,—si he dudado de tí por un momento. Hacias bien en ocultarme estas páginas, que por otra parte tengo una gran satisfaccion en haber leido.

Y como Clotilde guardara silencio, continuando en su actitud dolorosa, Daniel añadió:

—Era inútil que el general me recomendara un nuevo sacrificio; pero desgraciadamente los hombres juzgan el corazon humano por sí mismos, y suelen equivocarse muchas veces, creyendo que nadie es capaz de llevar á cabo una accion noble.

Y luego murmuró en voz baja, pero tan baja, que no pudo oir Clotilde sus palabras:

—Yo sélo que debo hacer. Mi madre se sacrificó por su esposo, por un hombre que era indigno de tan noble sacrificio; justo es que yo me sacrifique por la mas noble y cariñosa de las hermanas.

Y Daniel, despues de dirigir una mirada llena de ternura á Clotilde, que casi desvanecida en el sofá permanecia con el rostro oculto entre las manos, salió del gabinete sin meter ruido, diciendo para sí:

—Las lágrimas son un gran consuelo para el corazon; la soledad es un bien para los que sufren. El conde de la Fé me espera. Terminemos pronto.

Algunos minutos despues, Daniel sacaba sigilosamente de la cuadra su caballo, conduciéndolo de la brida hasta la puerta del jardin.

Una vez allí, montó con ligereza, y se dirigió á galope por el camino del monte que conducia á la casa del conde de la Fé.

CAPÍTULO VII

LA IMPACIENCIA DEL QUE ESPERA

La venganza brutal, esa venganza que consiste en hundir un cuchillo en el corazon del sér que se odia, ó hacerle apurar una pócima que le produzca la muerte, no era la venganza que codiciaba el conde de la Fé.

Lo que el viejo aristócrata queria, era humillar, deshonrar á su enemigo, al hombre que mas odiaba en el mundo.

Desbaratado su maquiavélico plan, perdida en gran parte la confianza de Daniel, el conde pensaba, en su desesperacion, que no le quedaba otro medio para vengarse que recurrir á un escándalo vulgar.

Esto no satisfacia sus deseos, ni era digno del hombre de talento y de elevada jerarquía.

Meditó, pues, con detenimiento un nuevo plan de venganza, consultando siempre con el astuto Lorenzo, que era hombre de su completa confianza.

—Publicar en los periódicos,—le decia á su leal servid or,—la historia del general; decirle al público y á sus amigos todo lo que ese hombre ha hecho, es verdaderamente fácil, y no habia de faltar un periódico que se tomara ese trabajo, dándole yo los datos, respondiendo de la verdad y retribuyéndole bien. Esta conducta,—continuaba el conde,—le hundiria para siempre; pero tan certero golpe colocaria de su parte á sus hijos, y tal vez á la orgullosa marquesa del Radio. En la situacion en que hoy se halla el general, el cariño de sus hijos seria para él un gran consuelo, y esto me mortificaria bastante.

—Comprendo,—le contestaba sonriéndose Lorenzo;—lo que el señor conde quiere no es el escándalo, sino hacer sufrir al general todos los dolores, todas las amarguras que proporcionan á una conciencia sobresaltada las luchas secretas de la familia.

—Efectivamente, Lorenzo, eso es lo que yo deseo.

—Pues no creo que sea muy difícil conseguirlo.

—Sin embargo, hace algunos dias que pienso en ello, y no encuentro el medio.

—Si pudiera el señor conde ganarse de nuevo el cariño y la confianza del señorito Daniel...

—Eso no es tan fácil, porque Daniel desconfia de mí, á pesar de lo perfectamente que supe disculpar mi conducta.

—Nada se pierde con intentarlo.

El conde meditó mucho durante aquella noche sobre lo que le habia dicho su consejero Lorenzo.

Adquiriendo de nuevo la confianza de Daniel, lo-

grando que este abandonara á su padre, la inquietud, el malestar del general aumentarian.

Era preciso ver á Daniel, llevar á su ánimo la persuasion de que su padre nunca lo amaria como á un hijo, y que si alguna vez le daba pruebas de cariño, estas no eran sino fingidas, juzgando el abandono en que á él y á su madre los habia tenido durante veinte años.

Conseguir esto no dejaba el conde de conocer que era bastante difícil, ó por lo menos se necesitaba esperar una ocasion oportuna para abordar tan delicada cuestion.

Esta ocasion se presentó, precisamente cuando el conde menos la esperaba.

Presentóse Santiago, el ayuda de cámara del general, á proponerle un desafío á muerte de parte de su amo, y el conde necesitó de toda su prudencia y toda su fuerza de voluntad para disimular la alegría que aquel reto intempestivo le causaba.

Fingió gran sorpresa y mucha humildad delante de Santiago, rechazando la provocacion del general, y cuando se quedó solo, cuando libre de la presencia de Santiago vió asomar por la puerta de escape de su alcoba la maliciosa cabeza de Lorenzo, le dijo:

—Estoy de enhorabuena, Lorenzo; el general acaba de proponerme un duelo á muerte.

—¡Diantre!—repuso Lorenzo un tanto sobresaltado,—¿y á eso llama usted estar de enhorabuena?

—¿Quién lo duda, puesto que ese desafío que me propone el general, y que yo no acepto porque ha pasado para mí el tiempo de las calaveradas, me da motivo

para escribirle una carta á Daniel en estilo lacrimoso pidiéndole que venga á verme?

—¡Ah! vamos... ya comprendo.

—Daniel vendrá, no lo dude usted, porque esta nueva quijotada de su padre le demostrará, por lo menos, que es un hombre incorregible, y que todas sus lágrimas y suspiros son mas bien refinada hipocresía para engañarle, que verdadero arrepentimiento; y una vez que esté aquí y me oiga, creo que no me será muy difícil persuadirle que debe abandonar para siempre la compañía de ese mónstruo, que si consiente en llamarle hijo, es porque se halla enfermo y no puede hacer de las suyas.

—Confieso, señor conde,—añadió Lorenzo, inclinándose respetuosamente,—que es usted un hombre de clara inteligencia y grandes recursos.

—¡Bah! dejemos los elogios por otra ocasion, y procure usted disfrazarse un poco para que no le conozcan en el palacio de Diodati, adonde irá usted á llevar una carta mia á Daniel.

Nuestros lectores ya conocen la carta del conde, y cómo se disfrazó Lorenzo.

El reloj acababa de dar las doce campanadas de la media noche.

El conde se paseaba distraido por su habitacion del piso bajo, y de vez en cuando se detenia para escuchar con el interés del que espera con impaciencia.

Lorenzo, inmóvil y silencioso, apoyado en el hueco de la ventana, que se hallaba abierta, seguia con indiferente mirada los paseos que daba su amo.

El silencio era profundo.

La luna iluminaba á intervalos la inmensidad del lago y las cimas de las montañas, ocultándose de vez en cuando detrás de las nubes que salpicaban el cielo.

—Las doce,—dijo el conde deteniéndose y dirigiendo una mirada á Lorenzo.

—Me dijo que vendria despues de las doce.

—Tal vez habrá cambiado de parecer, y no venga.

—O tal vez espere que se retiren todos en el palacio para venir sin que nadie lo sepa.

—Tambien puede ser eso.

Y el conde continuó su paseo, y volvió á establecerse el silencio entre los dos interlocutores.

Trascurrieron quince minutos. El reloj marcó las doce y cuarto, y el conde, asomándose á la ventana, dirigió una mirada investigadora por el lago.

No se veia por aquellas inmediaciones ninguna barquilla.

—Tal vez vendrá por tierra,—dijo Lorenzo.

—Sin embargo, el camino es mas corto por el lago,—contestó el conde.

—Supongo que no vendrá á pié, y si lleva un buen caballo, puede llegar en tres cuartos de hora.

—Si es preciso esperar, puesto que él te dijo que vendria despues de las doce, debia haberte precisado una hora.

—Me dijo que no le era fácil.

El conde hizo un movimiento con los hombros, y volvió á pasear, diciendo:

—Todo se reduce á pasar una noche mas en vela; ¡he pasado tantas!...

El tiempo iba trascurriendo.

El reloj marcó las doce y media; luego la una menos cuarto.

El conde comenzaba á sentir la impaciencia del que espera.

Sentóse junto á la mesa, cogió un libro y se puso á leer.

Trascurrió media hora mas.

—Indudablemente no viene esta noche,—dijo.

—Pues yo, señor, no pierdo las esperanzas, porque en el supuesto que habrá salido del palacio de Diodati despues de las doce, debe correr mucho para llegar á la una ycuarto.

El conde nada dijo, y continuó leyendo; por fin, á las dos menos cuarto se oyó el lejano galope de un caballo.

—¿Oye usted?—dijo Lorenzo.

—Sí,—contestó el conde, levantándose y aplicando el oido hácia el hueco de la ventana;—creo que es un caballo que galopa.

—Y se acerca hácia aquí.

—¿Será él?

—Es probable.

—Vaya usted á enterarse, y si efectivamente es Daniel, condúzcale aquí al instante.

—¿Y si fuera el general?

Esta pregunta causó una viva sorpresa en el conde, que repitió:

—El general!

—No lo creo, señor; pero es preciso precaverlo todo. Hombre resuelto y valiente, el general, al oir la negativa de su amenaza, podia...

—Es verdad,—contestó el conde. Si es el general, le prohibe usted la entrada.

—¿Y si se empeña en entrar?

—Entonces le descerraja usted un tiro á boca de jarro, porque nadie tiene derecho en Suiza á allanar la morada de un ciudadano, que al amparo de las leyes republicanas vive pacíficamente en las orillas del lago Leman.

—Está bien,—contestó Lorenzo;—cumpliré las órdenes, y el general juro á usted que no entrará.

Lorenzo salió.

El galope del caballo se oia mas claro, mas cerca, como á unos doscientos pasos.

Ya no podia tardar, fuere quien fuere.

El conde se sentó en el sillon que se hallaba junto á la mesa, no sin tener antes la precaucion de cerrar la ventana.

CAPÍTULO VIII

DONDE DANIEL SE DESPIDE DEL CONDE

Trascurrieron algunos minutos.

El conde, con el oido atento, continuaba escuchando el galope del caballo que cada vez se oia mas cerca, hasta que por fin se detuvo junto á la puerta de su casa.

Luego se escucharon pasos en la antesala.

El conde, como una medida de prevencion, entreabrió uno de los cajones de la mesa, en donde tenia un revolver; pero en aquel momento se presentó Daniel en la puerta de la habitacion.

El viejo aristócrata exhaló una esclamacion de gozo, y corrió al encuentro de su ahijado con los brazos abiertos.

Daniel recibió aquel entusiasmo con bastante frialdad; pero el conde, ó no se apercibió, ó no quiso apercibirse de ello.

—No puedes pensarte con cuánta impaciencia te

he esperado; bien es verdad que yo no puedo olvidar que por espacio de algunos meses me he estado haciendo la ilusion de que eras mi hijo. La soledad me aburre, me cansa. Ven, siéntate á mi lado y hablemos... Pero ¿qué tienes? De tu rostro ha desaparecido la encantadora alegría de la juventud. ¿Tal vez la carta que te he escrito es causa de esa gravedad que observo en tu semblante?

Y como Daniel guardase silencio, el conde repuso con una entonacion afectada:

—¡Ah! bien sabe Dios que me ha costado alguna violencia escribírtela; pero ha sido preciso, porque yo tengo un deber sagrado que cumplir, y ese deber consiste en velar por tu vida, por tu felicidad, acatando los deseos de tu buena y santa madre, que á mí te recomendó en la hora de su muerte.

—Agradezco á usted, señor conde,—dijo con pausado acento Daniel,—el interés que se toma por mi persona. No tengo para qué ocultarle que la lectura de su carta me ha impresionado vivamente; por ella he visto con dolor que, como usted me dice, mi padre es incorregible, y vengo á esta casa, no solamente satisfaciendo los deseos de usted, sino los mios, porque quiero revelarle la resolucion que he tomado.

—¿Y qué resolucion es esa, hijo mio?—preguntó el conde con fingida candidez.

—Separarme para siempre del general Lostan.

Estas palabras causaron una inmensa alegría al conde.

—¡Separarte del general!—esclamó.—¡Bendito sea

Dios, que tocándote en el corazon, te ha hecho concebir ese pensamiento!

Y el conde, apoderándose de una de las manos de Daniel, que estrechó cariñosamente contra su pecho, y mirándole con vivo interés, añadió en voz baja:

—Tú no puedes pensarte, hijo mio, los sobresaltos, las inquietudes que esperimento desde el dia en que, abandonando esta casa, fuiste á instalarte en la del general Lostan. Estos recelos, estos sobresaltos han aumentado de una manera grande desde esta mañana, cuando el insolente ayuda de cámara de ese hombre vino á proponerme un desafío de parte de su amo. ¿Dónde está el arrepentimiento del general? ¿Dónde el deseo de reconciliacion para que la paz y la calma renazcan entre la familia, y ocupe cada uno el puesto que le corresponde? ¡Ah! créeme, Daniel: el general es incorregible. Apenas restablecido de su enfermedad, cuando comienza á sentir algun vigor en su cuerpo, su corazon perverso se rebela y la idea del mal se apodera de su mente, y en vez de venir aquí, á esta casa, con la humildad del delincuente á darme las gracias por mi silencio, por mi noble conducta para con él, comienza por proponerme un duelo á muerte, olvidándose de mis canas, de la debilidad de mi brazo.

El conde se detuvo para tomar aliento. Daniel continuaba encerrado en su mutismo.

—¿Qué nos dice esta conducta?—añadió el conde.—Que en vez del arrepentimiento, es el odio implacable el que agita su alma; que su deseo constante, apenas

vuelto á la vida, se reduce á esterminar á todos aquellos, que llenos de nobleza y abnegacion, si no por él, por la infortunada Angela, han guardado su secreto en el fondo de su alma. Hoy amenaza mi vida con un desafío; mañana, cuando se vea libre del conde de la Fé, le estorbará el doctor Samuel, y luego, quién sabe si arrostrando por todo fijará sus ojos en tí, en su hijo, en el gran obstáculo que él necesita romper para que cesen sus temores y no peligre su soberbio orgullo.

Daniel exhaló un gemido. Aquellas palabras, pronunciadas con una entonacion dulce, tímida, penetraban en su pecho como la acerada punta de una espada.

El conde, comprendiendo que no debia desaprovechar las predisposiciones en que se encontraba Daniel, continuó de este modo:

—Créelo, hijo mio: grandes, terribles peligros nos amenazan; es preciso, pues, vivir prevenidos; es preciso evitar los golpes que la traicion nos prepara para anonadarnos. El hombre es hijo de sus acciones; recuerda el pasado, piensa en la inconcebible soledad en que vivió tu madre, en el abandono en que la dejó tu padre; no olvides que miserables emisarios del general Lostan penetraron una noche en la pacífica morada del doctor Samuel para arrancarle la vida con el manuscrito de Angela, que era el único documento para acreditar tus derechos. No olvides tampoco, que mas tarde, nuevas emboscadas, nuevos peligros, amenazaron la vida del generoso doctor, mientras que tú eras arrojado con una crueldad inaudita de la casa de tu padre.

Daniel estaba pálido, trémulo. Todos los recuerdos que evocaba el conde eran terriblemente verdaderos.

Ni uno solo se podia rechazar por exagerado, por injusto, y sin embargo, le hacia mucho daño oirlos.

—Por otra parte,—repuso el anciano,—no es tu único peligro el general Lostan; tienes otro enemigo tan irreconciliable, tan rencoroso, tan terrible como él: la marquesa del Radio. El orgullo indomable de esa mujer no puede transigir nunca con el hijo de Angela, que le roba todos sus derechos, que la coloca en la vergonzosa situacion de la querida del general Lostan, y que hace de su hija una bastarda.

—No olvido nada, no desconozco nada,—contestó Daniel con una voz trémula que demostraba lo agitado de su espíritu.—Dios sin duda ha querido colocar entre la marquesa del Radio, el general Lostan y mi persona un ángel de bondad para salvarlos: Clotilde. Por ella me siento con fuerza para llevar á cabo toda clase de sacrificios; por ella no he arrancado la careta y he hecho pedazos la honra del verdugo de mi madre. No son los peligros que puedan amenazarme los que me detienen, no; es la mirada suplicante de mi hermana, que penetrando en mi alma, me presta fuerzas para llevar á cabo todo género de sacrificios. Por eso he comprendido que yo no puedo permanecer por mas tiempo bajo el mismo techo que el general Lostan y la marquesa del Radio; por eso he formado la invariable, la firme resolucion de abandonar su casa.

—Y esa resolucion, hijo mio, llena de júbilo mi pecho, porque yo supongo que volverás á vivir conmigo, permi-

tiéndome que, como en otro tiempo, te dé el dulce nombre de hijo.

—¡Quién sabe! tal vez con el tiempo aceptaré tan generoso ofrecimiento; pero hoy no puedo.

—¡Cómo!—esclamó con asombro el conde;—¿piensas abandonar la casa del general Lostan, y no aceptas la mia? ¿Dónde, pues, vas á ir?

—He resuelto vivir por algun tiempo retirado en la modesta casa donde murió mi madre. Necesito de la soledad y del retraimiento.

—Pero tú eres pobre, y además, sienta muy mal el pacífico retiro de un pueblo á un jóven de tu edad. Desiste de tu empeño, hijo mio, y partamos, si te place, mañana mismo á Madrid. ¿Para qué quiero yo mi fortuna sino para que tú disfrutes de ella?

—Gracias, señor conde; yo no podia nunca olvidar lo que á usted debo; pero el estado de mi espíritu se encuentra de un modo tal, que me seria insufrible el bullicio de Madrid. Necesito, pues, el retraimiento, la soledad, derramar algunas lágrimas sobre la solitaria tumba de mi madre, y pedirle fuerzas para llevar á cabo mi sacrificio. ¡Quién sabe! tal vez con el tiempo cambien mis pensamientos, y entonces, aceptando las ofertas que usted me hace, volveré, como en otro tiempo, á llamar á la puerta de mi bienhechor, para pedirle su hospitalidad y su proteccion.

El conde comprendió que no era aquel el momento oportuno para persuadirle á que desistiera de su empeño. Lo importante para él se reducia á que Daniel se separara

de su padre, porque esta separacion establecia una tirantez, que debia causar muchos recelos al general Lostan.

Al mismo tiempo, el conde pensaba que, viviendo Daniel en Horche, no le seria difícil visitarle con frecuencia, esperando con el tiempo convencerle de que abandonara su retiro y fuera á establecerse con él en Madrid.

—Puesto que tan firme es tu resolucion,—añadió el conde, exhalando un suspiro, como para demostrar el sentimiento que le causaba vivir separado de él,—no seré yo el que me oponga á tus deseos. Conozco que has sufrido mucho y que necesitas una temporada de reposo. La quietud religiosa de los campos te será provechosa. Yo solo, hijo mio, voy á pedirte un favor; que me escribas con frecuencia y que me permitas que de vez en cuando vaya á visitarte.

—De usted, señor conde, depende que yo siga amándole como á un padre y de que continúen nuestras relaciones en la armonía que deseo.

—¿De mí? ¿Y qué debo hacer para conseguirlo?

—Guardar el mas profundo silencio sobre la historia de mi infortunada madre.

—Le dí á ella mi palabra y la he cumplido; pero no olvides que las imprudencias del general Lostan podrian hacerme romper mi juramento.

—El general Lostan no volverá nunca á provocar al conde de la Fé.

—¿Y quién podrá sujetar la soberbia de ese hombre?

—Yo, señor conde.

—¡Tú!

—Algo vale el sacrificio que voy á hacer por él.

—Creo que confias demasiado olvidándote del indomable carácter del general. Pero, en fin, ya que así lo deseas, así será. Ahora voy á pedirte yo á mi vez un favor: que aceptes durante tu permanencia en el pueblo una pension mensual para que puedas vivir con algun desahogo.

—Gracias, señor conde. Estoy acostumbrado á vivir en la modestia, y la pequeña propiedad que me dejó mi madre me da lo suficiente para vivir, aunque con pobreza.

—Daniel, ¿es el orgullo, ó la modestia la que te obliga á rechazar mi ofrecimiento?

—Lo rechazo, señor conde, porque lo creo innecesario. Recuerde usted que no hace mucho tiempo vivia en casa del conde de la Fé como su hijo, y que si entonces acepté su proteccion, no la rechazaré hoy por orgullo, sino por innecesaria.

—Está bien. ¿Cuándo piensas partir?

—Tal vez mañana.

—Si pudieras indicarme un dia fijo, yo partiria contigo.

—Yo ruego á usted, señor conde, que me deje partir solo.

—¿Tienes dinero para el viaje?

—Poseo aun lo necesario para llegar á España. Es un resto de mi pasada opulencia. Ahora vamos á separarnos.

—¿No volveremos á vernos mas?

—En España, señor conde; en Horche.

—Dame, pues, un abrazo, y que Dios te preste la fuerza necesaria para llevar á cabo tu pensamiento.

El conde y Daniel se abrazaron.

—¡Ah! ¡cuánto siento que no hagamos el viaje juntos! —murmuró el anciano;—pero, en fin, no quiero contradecirte en nada.

El conde acompañó á Daniel hasta la puerta.

Allí se hallaba Lorenzo cuidando del caballo.

—¡Adios, hijo mio, y buen viaje!

—Adios, señor conde, y no olvide usted su juramento.

—Vé tranquilo.

Daniel saludó con la mano, y puso el caballo á galope en direccion al palacio de Diodati.

El conde permaneció un momento con la mirada fija hácia el camino que seguia Daniel; luego entró en la casa seguido de Lorenzo, diciendo:

—Tenga usted dispuesto nuestro equipaje, porque es muy probable que antes de algunas horas salgamos para España.

—¿Hay novedades segun eso?—preguntó Lorenzo.

—Sí, Daniel abandona la casa de su padre.

—¡Ah, entonces!...

—Amigo Lorenzo, no olvide usted que quiero partir de Ginebra alguna hora despues que Daniel.

—Entonces, si el señor conde no me necesita, mañana haré uso del disfraz para espiar el palacio de Diodati.

—Acepto la idea.

—Entonces partiremos en el tren inmediato al que le lleve al señorito Daniel.

—Perfectamente; la cosa marcha como vulgarmente

se dice. Pero es muy tarde y conviene darle al cuerpo el natural descanso. Buenas noches.

—Buenas noches, señor conde.

Y el conde se dirigió hácia su dormitorio, satisfecho del buen giro que comenzaban á tomar sus negocios.

CAPÍTULO IX

ENCUENTRO INESPERADO

Cuando Daniel se encontró como á un cuarto de hora distante de la casa del conde de la Fe, detuvo el galope de su caballo y lo puso al paso.

Aunque firmemente resuelto á abandonar el palacio de Diodati, temia, sin embargo, las impresiones que iban á causar á su alma la hora de su partida.

Era preciso dejar al general completamente libre del mal efecto que en su ánimo ejercia su presencia.

Daniel pensaba no despedirse de nadie; pero antes de tomar tan extrema resolucion, era preciso escribir varias cartas, y para esto se necesitaba algun tiempo.

En la soledad de aquella noche apacible y serena, aspirando las embalsamadas brisas que le enviaban aquellas libres montañas, Daniel dedicó un recuerdo á su pasado, decidiendo con firme resolucion su porvenir.

Cuando llegó al palacio de Diodati, los primeros albores del dia comenzaban á levantarse del fondo del lago.

Cuando iba á penetrar en el jardin se detuvo, creyendo distinguir entre las sombras del crepúsculo dos bultos que se movian en direccion al lago.

Echó pié á tierra, y despues de atar el caballo á uno de los hierros de la verja, entró en el jardin.

No se habia engañado; un hombre y una mujer caminaban por la recta y ancha calle de tilos que conducia al desembarcadero.

Iban muy despacio, y el hombre se apoyaba en el brazo de la mujer.

Daniel no tardó mucho en reconocerlos. Eran el general Lostan y su hija Clotilde.

Aquel paseo matutino le sorprendia, recordando las prescripciones del médico hechas el dia anterior.

¿Qué podia obligar al general á desobedecer las órdenes de un médico respetable? ¿Por qué Clotilde se hacia cómplice de aquel abuso?

En la situacion en que se encontraba Daniel, rodeado de desconfianzas y de recelos, todo le sobresaltaba.

Observó que el general caminaba con mucha fatiga, como si le faltaran las fuerzas, y luego vió que se sentaron en uno de los sofás rústicos colocados á la mitad del paseo.

Daniel les seguia con la vista, oculto detrás del corpulento tronco de un árbol.

Cinco minutos trascurrieron, y el general y Clotilde,

levantándose del sofá, volvieron á continuar su paseo en direccion al lago.

Tan embebido se encontraba Daniel en sus observaciones, que no se fijó en un hombre, que saliendo del palacio de Diodati, se dirigia hácia el embarcadero.

Este hombre era el doctor Samuel, que al ir á hacer al enfermo su primera visita y encontrar el lecho vacío, sospechó todo lo que habia sucedido.

No menos sorprendido quedó el doctor al ver á Daniel oculto detrás de un árbol, espiando al general y á Clotilde.

—¡Hola! ¡hola!—le dijo en voz baja, colocando una mano familiarmente sobre la espalda de Daniel;—veo que en esta casa le ha dado á todo el mundo la monomanía de madrugar, y esto, que será muy conveniente para los que están sanos, puede ser muy perjudicial para los que están enfermos.

Y el doctor Samuel, estendiendo el brazo en direccion hácia el general y Clotilde, que ya se hallaban bastante léjos, añadió:

—Tu padre es incorregible, ya lo ves. Y lo peor no es eso, sino que encuentra cómplices que le ayuden á llevar á cabo sus calaveradas.

—¿Dónde irán?—preguntó en voz baja y con acento distraido Daniel.

—¡Toma!... ¿Dónde han de ir? A realizar un deseo que ya indicó ayer el general: á dar un paseo por las orillas del lago, á respirar, como él dice, el puro ambiente de la mañana, sin ocuparse de que ese maldito lago tiene á estas horas una espesa neblina que oculta por

completo sus aguas, y que esa neblina es suficientemente húmeda para hacerle daño.

—Entonces es preciso no consentirle mas.

—¡Bah! ¡no consentirle mas! Estoy harto de encargarle la prudencia; pero el general, no solamente es incorregible, sino que me cree exagerado. A quien espero reprender con toda la severidad de mi carácter, es á Clotilde, pues si ella no accediera á los deseos de su padre, estoy seguro que él no se atreveria á abandonar solo su habitacion. Pero en fin, este mundo no es otra cosa que una inmensa jaula de locos, donde los que se llaman cuerdos cometen con gran frecuencia infinitas tonterías.

Y el médico, cogiéndose del brazo de Daniel, añadió:

—Bueno será que no les perdamos de vista, por si podemos serles útiles.

Despues de esto, el doctor y Daniel se dirigieron hácia las orillas del lago, siguiendo la ruta marcada por el general y Clotilde.

Apenas habrian caminado veinte pasos, cuando el doctor, como si en aquel momento recordase una cosa importante, se volvió bruscamente para mirar á Daniel, y deteniéndose dijo:

—Tambien á tí tengo que reprenderte.

—¿A mí?

—Y con doble razon que al general.

—No comprendo...

—El general es dueño de hacer, como vulgarmente se dice, de su capa un sayo, porque ni soy su amigo ni tengo sobre él ningun derecho; le presto mis auxilios de

médico, porque así me lo aconseja el deber. Pero á tí te quiero como á un hijo: te he probado este amor muchas veces, y por consiguiente, tengo el derecho de reprenderte cuando hagas alguna cosa mal.

Daniel miró al doctor sonriéndose, como si no comprendiera sus palabras.

—Vamos á ver. ¿Qué diablo has hecho ayer en todo el dia? ¿dónde has pasado la noche? Lo menos he ido á buscarte cinco veces á tu habitacion. A todo el mundo ha extrañado tu ausencia, y yo no puedo consentir ese retraimiento en que vives, sin una esplicacion que me satisfaga.

Daniel inclinó la frente sobre el pecho, y suspiró.

Este suspiro hizo que el doctor agitara la cabeza en señal de disgusto, y volviera á decir:

—Querido Daniel, cuando uno ha adquirido á fuerza de desengaños algun conocimiento práctico de la vida; cuando el frio de las canas templa las pasiones del corazon, dejando la vez á la razon y la esperiencia, sábese sin ningun género de duda que á los veintiun años, edad de la alegría, de las ilusiones y de los sueños de color de rosa, no se suspira impunemente, ni huye uno como un medroso conejo del trato de la sociedad. Yo bien conozco, hijo mio, que tienes sobrados motivos para no reirte como un imbécil, ni bailar como un hortera feliz en los dias de fiesta; pero tampoco creo que tengas muchos motivos para vivir retraido, buscando siempre la soledad, y poner el rostro triste y taciturno como el de

Jeremías; porque despues de todo, no es tan malo el porvenir que se abre ante tu paso.

—¡El porvenir! hé ahí una esperanza, hija tan solo del cariño que usted me profesa,—repuso Daniel, sonriendo tristemente.—Mi porvenir, querido doctor, es bien poco halagüeño.

—¡Poco halagüeño!—repuso el médico con admirado acento;—el hijo del general Lostan, el heredero presunto de su gran fortuna... ¡oh! ¡en verdad que no te creia tan ambicioso!

—Está usted en un error, amigo mio,—añadió Daniel con una calma y una severidad impropias de sus años; —yo, ni soy el hijo del general Lostan, ni el heredero de su fortuna.

—¿Cómo? ¿cómo? ¿qué es lo que dices?—esclamó el doctor sobresaltado.

—Lo que he dicho lo he dicho mal; pero voy á repetirlo con una ligera correccion. Ni quiero ser el hijo del general Lostan, ni necesito para nada su inmensa fortuna.

—¡Daniel! ¿te has vuelto loco?—repuso el doctor, mirándole con sobresalto.

—Nunca he tenido mas firme el juicio ni mas sana la razon.

—Esplícame entonces tus palabras.

—Tienen una esplicacion muy sencilla. Mi madre se sacrificó por salvar la honra de su esposo, y yo estoy resuelto á sacrificarme por salvar el decoro de mi hermana.

—¡Imposible! ¡imposible!—añadió el doctor;—tú

no puedes perder tus derechos, tú no debes sacrificar tu porvenir.

—Seré franco con usted, querido doctor: no es solamente la bondad y la abnegacion las que me inducen á eso que usted cree un sacrificio. Toma en este asunto una gran parte mi amor propio, mi orgullo ofendido. El general me ha tenido olvidado por espacio de veinte años, y hoy, al verme bajo su mismo techo, me cree un gran peligro para su hija, á quien ama con todo su corazon, con toda su alma. Todas las concesiones que á mi favor haga no serán hijas del cariño paternal, sino del temor y del sobresalto en que vive, y yo, que miro con desprecio las fortunas de la tierra; yo, que nada ambiciono, porque creo que se han cerrado para mí las hermosas páginas del libro de la felicidad, estoy resuelto á abandonar esta casa é ir á esperar mejores tiempos en la modesta vivienda donde exhaló su último suspiro mi querida madre.

—¿Y es firme tu resolucion?—le preguntó el doctor, fijando en él una mirada escudriñadora.

—Firme como esas montañas que aprisionan el poético lago Leman.

—¿Y sabe Clotilde lo que acabas de confiarme?

—No, porque si Clotilde lo supiera, se opondria con todas las fuerzas de su espíritu á que lo realizara.

—¿Y si el general te amara? ¿Y si la santa voz de la naturaleza se hubiese despertado en su corazon?

—Esa voz, querido doctor, permanece aun dormida en el fondo del alma del general. Tengo pruebas para no dudar en las apreciaciones que acabo de hacer.

—Pues bien; para convencerme de que es justa, de que es digna, de que es necesaria tu resolucion, yo te exijo en el nombre de tu madre que me hagas ver esas pruebas.

Entonces Daniel le refirió una por una todas las frases escritas por la mano del general Lostan en la última página del manuscrito de la pobre Angela.

—Mi padre,—añadió,—al disponerse para morir no tuvo otro pensamiento que el de recomendarme á mi hermana, ni otra duda que la de si yo tendria bastante abnegacion para sacrificarme por ella. Clotilde generosa y buena, quiso ocultarme esta especie de confesion ó súplica que me dirigia su padre; pero yo la obligué á que me la enseñara, infiriéndole un grave insulto con mis dudas, con mis recelos. Entre el general Lostan y su hijo, se levanta un muro invencible, la marquesa del Radio; y yo juro á usted que si he de lograr mi fortuna y mi rehabilitacion á costa de una sola lágrima de Clotilde, ni la quiero, ni la aceptaré en mi vida.

—Reflexiona, hijo mio, que para todo hombre llega el dia del arrepentimiento, y que el general, arrepentido, avergonzado de su pasada conducta...

—Ni una palabra mas, querido doctor. Usted lo acaba de decir hace poco, el general es incorregible: yo me atrevo á creer que su arrepentimiento ni es verdadero, ni durable.

Y Daniel, fijando los ojos con energía en el doctor, añadió:

—Mañana, cuando las sombras de la noche reem-

placen á la hermosa claridad del sol, sin que nadie se aperciba de ello, yo abandonaré para siempre el palacio de Diodati.

—Pues bien; yo partiré contigo, hijo mio.

—No, doctor, no; usted debe permanecer al lado del enfermo y acompañarle en su regreso á España.

—Pero yo no quiero separarme de tí.

—Esta separacion será corta, amigo mio, porque restablecido el general y efectuado su regreso á España, yo supongo que vendrá usted á reunirse conmigo á nuestro modesto y tranquilo pueblo de Horche. Además, ¿quién sabe si usted podria serme útil despues de mi ausencia? Ahora le ruego que no revele á nadie ni una sola palabra de la confianza que acabo de hacerle; á nadie, ni aun á Julio de Monforte, por cuya felicidad me intereso aun mas que por la mia.

—Bien, bien; haré todo cuanto quieras, puesto que no es posible otra cosa.

—Y ahora, mi querido protector, mi leal amigo, olvidémonos de mis asuntos, y recordemos que el general, débil aun, ha cometido la imprudencia de abandonar su lecho.

—Sí, sí, vamos en su busca.

CAPÍTULO X

EN LAS ORILLAS DEL LAGO

—¿Lo ves, padre mio, lo ves? Te fatigas mucho, estás muy débil, y yo no debia de modo alguno haber accedido á tus deseos.

—Tranquilízate, hija mia; este paseo matinal no puede hacerme daño alguno. La brisa es pura, saludable; ella nos trae el perfume de los montes, y muy pronto los rayos vivificadores del sol, disipando las nieblas del lago, embellecerán con su hermosa claridad estas poéticas riberas.

—Pero supongo que no nos alejaremos mas del palacio,—añadió Clotilde, que al notar cierta fatiga en su padre comenzaba á sobresaltarse.

—No muy léjos de este sitio, siguiendo esta orilla del lago, recuerdo que existe un sitio encantador. Quiero llegar hasta allí. La naturaleza, siempre caprichosa,

ha colocado una roca, que suspendida sobre el lago, ofrece á los viajeros entusiastas un delicioso balcon para contemplar á su placer la inmensidad del agua y los nevados montes que se estienden ante su vista. Sobre esta roca y formando un martillo, se halla otra que sirve de cómodo banco al viajero, y para librarle de los calurosos rayos del sol en los dias de verano, la naturaleza, siempre previsora, quiso que crecieran allí dos corpulentos álamos negros y varias plantas trepadoras, que forman sobre el banco un flotante y áspero toldo de verdes y olorosas hojas. Allí, pues, quiero llegar, allí donde tantas veces he pasado horas de soledad pensando en tí, hija mia, en tí que eres el afan constante de mi vida, el eterno sueño de mis noches.

—Pues bien; vamos, padre mio; pero temo mucho que tu fatiga, tu cansancio, aumenten al regresar de ese sitio.

—Si eso sucede, llamaremos al primer barquero que pase, y él nos conducirá á nuestra morada.

Algunos minutos despues, llegaron al sitio que habia indicado el general.

El sol comenzaba á disipar la neblina del lago, y sus rayos luminosos irradiaban sobre la tersa superficie de las tranquilas aguas.

El general se sentó sobre la roca, y despues de aspirar con satisfaccion el puro ambiente de la mañana, dirigió una mirada hácia el dilatado horizonte, y murmuró en voz baja:

—¡Qué bien se está aquí!

Clotilde se sentó en el suelo á los piés de su padre,

y apoyando sus codos en las rodillas del general, se quedó contemplándole con verdadero éstasis.

Don Pedro acarició en silencio aquella hermosa cabeza, que amaba con toda su alma, y despues de un momento de pausa, añadió:

—Tengo remordimientos, hija mia, porque te he hecho derrama abundantes lágrimas, y esas lágrimas, hijas del dolor, han caido sobre mi corazon para castigar mis culpas.

—¿Me has traido á este sitio para contemplar el hermoso panorama que desde aquí se distingue, ó para dirigirte inculpaciones que yo te he prohibido?

—Te he traido á este sitio porque yo estaba hambriento de tener contigo algunos momentos de espansion, sin enojosos testigos que coartaran mi voluntad. Aquí estamos solos, y esta soledad dilata mi corazon... me hace mucho bien.

Y el general respiraba con placer la brisa que desde el lago iba á orear su frente.

Durante algunos minutos, ambos permanecieron en silencio.

Clotilde contemplaba al general, en cuyo rostro se veia pintada la mas profunda tristeza.

Parecia como si tuviera miedo de volver á reanudar una conversacion que acababa de cortar un suspiro.

Por fin, el general, agitando la cabeza, dijo:

—Esta situacion es preciso que termine, hija mia. Dentro de algunos dias, cuando me halle completamente restablecido, regresaremos á España, en donde nuevas luchas y nuevos disgustos nos esperan.

Clotilde contemplaba al general

—Yo no anhelo otra cosa que tu felicidad, y estoy resuelta por conseguirla á sacrificarme.

—Lo sé, hija mia; pero desgraciadamente no consiste en que tú lo desees: todas tus buenas intenciones, que yo te agradezco con el alma, se estrellarán ante las exigencias de tu madre y las reclamaciones de tu hermano.

Aquí el general inclinó la cabeza sobre el pecho, y volvió á guardar silencio.

En este momento el doctor Samuel y Daniel llegaron al sitio donde se encontraban el general y Clotilde, y distinguiéndolos á través de las ásperas ramas, se detuvieron á muy corta distancia; porque una palabra de Clotilde, llamando vivamente la atencion de Daniel, le hizo comprender que debia escuchar lo que allí se hablaba.

Hizo, pues, una seña al doctor, y ambos permanecieron inmóviles, procurando ocultarse de modo que no fuesen vistos.

—Daniel es bueno, padre mio, y el corazon me dice que hará todo cuanto yo quiera. No debe, pues, inspirarte ningun recelo mi hermano, que por otra parte, yo estoy resuelta á que no se sacrifique solo. Él tiene mas derechos que yo, y justo es que esos derechos le coloquen en el sitio que le corresponde.

—¡Es verdad! ¡es verdad!... Pero considera, hija mia, que al reconocer públicamente á Daniel, al nombrarle mi primogénito, tú pierdes tanto, que me horroriza solamente pensarlo.

—Padre mio, conozco todo lo que puede sobreve-

nirme; pero para defender y rechazar la maledicencia del mundo, me basta mi conciencia y mi honra; para ser feliz me sobra con el amor de mi padre y el cariño de mi hermano. Nunca he dado cabida en mi pecho al egoismo, esa pequeña pasion que empequeñece á la criatura. Daniel tiene pensamientos elevados, una inteligencia poco comun, y sabrá llevar con honra el nombre de su padre. Vuelvo á repetírtelo, nada ambiciono sino vuestra felicidad.

—Pero ¿y tu madre? ¿y tu madre?

—Cuando se trata de entronizar la justicia, nada debe detenernos, padre mio. Conozco el carácter de la marquesa: defenderá sus derechos y los mios con desesperacion; pero sé tambien que no ha de llevar á los tribunales un asunto, que puede poner en duda su honra; sé que romperemos con ella para siempre, pero yo, su hija, tengo la obligacion de interceder en este asunto, y seré infatigable hasta lograr mi objeto.

—Escucha, Clotilde,—volvió á decir el general, despues de un momento de vacilacion;—tú dices que Daniel es bueno y generoso, y aseguras que te inspira mucha confianza la bondad de su corazon.

—¡Oh! completa.

—Pues bien; tenemos otro camino para arreglar nuestro asunto.

—¿Cuál?

—Yo soy bastante rico para señalarle á Daniel una pension que sufrague con esplendidez todas sus necesidades, todos sus gastos. Puesto que tú tienes bastante confianza en él, es preciso que acepte esta pension, y

que siga viviendo del modo que mejor le cuadre, sin revelar á nadie su secreto.

—¡Imposible, padre mio! Eso seria imponerle un sacrificio que no merece. Además, ¿qué importa que la sociedad lo ignore, cuando yo lo sé? Daniel es el primogénito, Daniel tiene mas derecho que yo á la fortuna y á los títulos de su padre, y él será el heredero. Yo, por mi parte, viviré muy feliz viéndole dichoso y siendo por él protegida.

Y observando Clotilde la palidez del rostro de su padre y la profunda tristeza que se dibujaba en su frente, añadió:

—Pero no quiero prolongar por mas tiempo esta conversacion. Estás aun muy débil para que te dediques á estas luchas del alma, que tanto daño te hacen. Regresemos á casa.

El general no se opuso. Se levantó, apoyándose en su hija, y ambos se dirigieron pausadamente hácia el palacio de Diodati.

Daniel se apoyó en el tronco de uno de los árboles que le habian ocultado, y detrás de los cuales habia oido los generosos y nobles impulsos del corazon de su hermana.

—¡Clotilde es un ángel!—murmuró el doctor despues de una ligera pausa.

—Sí, un ángel, y es preciso que tenga una recompensa, y la tendrá,—contestó Daniel.

—¿Qué piensas hacer?—preguntó el doctor con recelo.

—Lo que tengo resuelto hace algunos dias: partir

á España, é ir á sepultarme en mi pobre retiro de Horche.

—¿Qué porvenir va á ser entonces el tuyo?

—¡Dios lo sabe! Yo no pienso ocuparme de él.

—Pero ¿y tus derechos?

—Los cedo todos á Clotilde, porque Clotilde vale mas que yo.

—Piénsalo bien, Daniel, piénsalo bien. No te dejes llevar por los impulsos generosos de tu alma, porque tal vez algun dia el arrepentimiento llame á las puertas de tu corazon.

—Estoy resuelto, y mañana mismo partiré de esta tierra.

—Pues bien; yo no quiero, yo no debo abandonarte. Partiré contigo.

—No, querido doctor, no; usted me hará el último favor, permaneciendo al lado del enfermo, porque aun puede serle útil. Cuando se halle completamente restablecido, regresará usted á Horche, en donde yo le estaré esperando con el afan y el cariño de un hijo. Pero volvamos al palacio: tengo aun que escribir unas cartas antes de ausentarme de estas riberas.

El doctor, adivinando el generoso sacrificio de Daniel, comprendió que seria inútil todo cuanto le dijera para convencerle de que desistiese de su pensamiento.

Por otra parte, Samuel, conocedor del mundo, esperaba que el tiempo haria cambiar el pensamiento de su jóven ahijado.

Por eso guardó silencio, y ambos á dos, sin desplegar los labios, se dirigieron hácia el palacio de Diodati,

pero por distinto camino del que llevaban el general y Clotilde.

Daniel iba á sacrificarlo todo por su hermana, como su madre lo habia sacrificado todo por el general.

Existen séres que están destinados á ser siempre las víctimas.

CAPÍTULO XI

ADIOS PARA SIEMPRE

Aquella misma noche, Daniel se retiró temprano á su habitacion.

Estaba firmemente resuelto á llevar á cabo su plan. No queria despedirse, ni de Clotilde, ni del general; pero era preciso escribirles dos cartas dándoles parte de su resolucion.

Solo el doctor Samuel y Julio sabian su partida dispuesta para la mañana siguiente.

Daniel lo habia ocultado á todos los demás.

Solo en su habitacion, y despues de algunos momentos de profunda y triste meditacion, cogió la pluma y comenzó á escribir la primera carta.

Decia así:

«Señor general: Cuando reciba usted esta carta, me hallaré á algunas leguas del palacio de Diodati, caminando hácia España.

»La resolucion que me obliga á emprender este viaje es tan firme, que para que nadie me violente con sus súplicas ó con sus órdenes, parto sin despedirme.

»Hay males tan antiguos, que en vano se procura buscar remedio para ellos; yo tengo la íntima conviccion de que usted, que no me ha profesado el cariño de padre desde niño, no puede hoy sentirlo tal y como yo lo necesito.

»Por eso mismo me ausento, esquivando una despedida, siempre violenta para los dos.

»A pesar de las líneas que llevo escritas, no es el resentimiento el que guia mi pluma. Estoy resignado á todo, y cedo á mi hermana Clotilde mis derechos, porque humilde nací, humilde he vivido, y humilde pienso terminar mis dias.

»Las pompas mundanas jamás me han seducido. La pobreza no es estraña á mis costumbres, porque mi santa madre me acostumbró á ella.

»No tema usted, pues, que un arranque de vanidad y de soberbia me obligue á presentarme jamás en el palacio del general Lostan á reclamarle lo que tan legítimamente me corresponde.

»Nada tema usted, pues, general; yo no he de imponerle nunca el amor de padre, esa ternura del corazon, esa necesidad del alma que comienza en la cuna y concluye en el sepulcro.

»Mi santa madre me enseñó desde niño á tener resignacion, y mi dignidad me aconseja esta separacion.

»Viva usted tranquilo, mientras yo pido á Dios le conceda la paz del espíritu, de que tanto necesita.

»Dos hombres saben nuestro secreto, fuera de nuestra familia; esos dos hombres son, el doctor Samuel y el conde de la Fé, y ellos guardarán el mas profundo silencio, yo respondo de ello, porque la felicidad de mi hermana Clotilde, que me interesa mas que la mia propia, así lo exige.

»Ni es el odio ni el despecho los que me dictan esta carta, los que me hacen tomar una resolucion que á usted tal vez le parecerá estraña: es el profundo convencimiento que tengo de que esta y no otra debe ser mi conducta. Por eso desisto de una lucha que conozco haria pedazos mi corazon.

»El egoismo no cabe en mi alma, y haciendo el sacrificio de la necia vanidad del mundo, cedo á Clotilde todos mis derechos, y desisto de una lucha que solo serviria para hacer la desgracia de todos.

»Solo tengo que dirigir á usted una súplica, es la última: que no intente disuadirme de lo que yo estoy firmemente decidido á llevar á cabo. Borre usted mi nombre de su memoria; figúrese usted que no existo, que no he existido jamás. Clotilde es mas digna que yo de ser feliz: todo para ella, para mí el olvido eterno.

Daniel.»

Aquí dejó la pluma, volvió á leer detenidamente la carta, y encerrándola en un sobre, escribió: «Señor general Lostan.»

Daniel acababa de hacer un gran sacrificio: permaneció algunos momentos inmóvil y meditabundo, y luego, como el que se resuelve á llevar á cabo una empre-

sa heróica, movió con cierta energía la cabeza, y dijo:

—Continuemos este penoso calvario que me he impuesto.

Y cogiendo otra vez la pluma, comenzó á escribir de este modo:

«Clotilde, hermana mia: mi mano tiembla, mi espíritu se oprime y mi corazon late con violencia, porque comprendo la dolorosa impresion que va á causarte la lectura de esta carta.

»Voy á partir, voy á separarme de tu lado quizás para siempre, y para que ni tus lágrimas, ni tus súplicas debiliten mi ánimo, parto sin despedirme, sin darte el ósculo fraternal, sin estrecharte antes entre mis brazos.

»Vivir juntos es imposible sin poner de manifiesto ante la sociedad los sagrados lazos que nos unen, y esta revelacion, hermana mia, ni quiero, ni puedo, ni debo hacerla, porque te causaria graves perjuicios, que tu alma generosa no ha cometido el egoismo de meditarlos.

»Nuestra separacion, por consiguiente, es inevitable; pero la ausencia no enfriará el amor que te profeso.

»Tú sabes que no soy amado por mi padre, que mi presencia es para él una nube que empaña el sol de su felicidad, un remordimiento vivo que perturba su espíritu.

»Si tú, que eres la mujer mas buena y mas generosa del mundo, no existieras, yo entonces, despreciando al hombre á quien debo el sér, reclamaria mis derechos.

»En la imposibilidad de luchar con tu padre, me resigno, y tendré bastante valor para olvidar que el general lo es mio.

»Cuando recibas esta carta yo me hallaré léjos del lago Leman. Estoy resuelto á vivir solo é ignorado en el modesto pueblo donde descansan las cenizas de mi madre, de aquella madre modelo de virtud y de abnegacion que tanto me amó en vida, y á la que yo no puedo olvidar despues de su muerte, porque su recuerdo está vivo en mi alma.

»Tú, hermana mia, eres tan generosa que has pretendido ocultarme con estrema delicadeza todo aquello que pudiera herir mi susceptibilidad. Yo sé lo que vales y sé lo que debo hacer por tí.

»Si tu conducta para conmigo no me lo hubiera demostrado, tendria además dos pruebas irrecusables de tu gran desprendimiento y del amor que me profesas. Recuerda si no las páginas que escribió el general Lostan en el manuscrito de mi madre, y la conversacion que tuviste esta mañana con él en la orilla del lago.

»Yo lo he oido todo. La casualidad me condujo á aquel sitio, y bendigo una y mil veces esa casualidad, porque ella ha venido á darme una prueba mas de lo mucho que vales.

»No temas que la ausencia deposite el olvido en mi corazon; yo viviré siempre pensando en tí, amándote siempre.

»Si el ser tu hermano y el haber nacido antes me conceden algun derecho para que me obedezcas, yo te

ruego, querida Clotilde, que no te opongas á mi voluntad.

»Necesito vivir solo, fortalecer mi espíritu, que algunas veces, á pesar mio, siento desfallecer.

»Ahora te ruego medites con calma lo que voy á decirte.

»Tú eres la hija legítima y única heredera de los marqueses del Rádio; has nacido en un palacio, y estás acostumbrada á todo este lujo y esplendidez que proporcionan las grandes fortunas á los hijos privilegiados de los ricos.

»Todas las jóvenes que se hallan en tus circunstancias, tienen adoradores y enemigos, y las es terriblemente doloroso descender, aunque no sea mas que un solo escalon, de la alta posicion que ocupan.

»Yo, por el contrario, estoy acostumbrado á vivir en la mayor modestia, casi en la pobreza. Todo el mundo me cree huérfano, y ni tengo enemigos, ni inspiro envidia.

»Ningun sacrificio, por lo tanto, me cuesta continuar viviendo como he vivido siempre.

»Lo que mas amo en este mundo eres tú. Si alguno se atreviera á ofenderte con una sola palabra, le arrancaria la lengua; y no lo dudes, Clotilde, la sociedad, por mas inocente, por mas pura, por mas virtuosa que seas, se complaceria en despedazar tu inmaculada honra tan pronto como supiera que el casamiento del general Lostan y la marquesa del Radio, tus padres, era nulo y sacrílego.

»Revelar mi secreto, presentarme como tu hermano

ante esa sociedad que te admira y te envidia, seria hacerte mucho daño, y yo rechazaria el brillo deslumbrador de una corona si te costaba una sola lágrima adquirirla.

»Despues de manifestarte mi firme resolucion, y dirigirte en esta carta mi adios de despedida, permite, hermana mia, que te dé un consejo.

»No interpongas nunca tu influencia con tu madre para que acceda al reconocimiento de mis derechos, porque serian vanas todas tus súplicas. Yo nada quiero, nada reclamo, sino que me guardes un recuerdo cariñoso en el fondo de tu alma.

»Voy, pues, á concluir esta carta, haciéndote la confianza de un secreto que he sorprendido, porque siempre es un consuelo persuadirse en los momentos de afliccion y de dolor, de que hay corazones generosos, almas elevadas en el mundo.

»Lo que voy á decirte, hermana mia, te causará indudablemente tanta sorpresa como me ha causado á mí.

»Hace dos noches, sin que yo mismo pueda explicarme el móvil que me impulsó á cometer una imprudencia, leí una carta que la casualidad colocaba ante mis ojos.

»Esta carta estaba escrita y firmada por una mujer, modelo de virtudes y de hermosura á quien tú profesas el cariño de hermana: ya supongo que habrás adivinado que te estoy hablando de Blanca de Monforte.

»Pues bien, hermana mia: esa carta, escrita por Blanca á su hermano Julio, y que yo me encontré ca-

sualmente, me reveló en mal hora el secreto de sus corazones; porque si yo pudiera amar á otra mujer que á mi hermana Clotilde, aseguro que esa mujer seria Blanca de Monforte.

»Figúrate, pues, el asombro que me causaria al descubrir por la lectura de la citada carta, que Julio te ama en silencio desde el momento que te conoció, y que á pesar de este inmenso amor que llena su alma, noble, generoso, lleno de gratitud y desprendimiento, con una abnegacion heróica, ha sabido encerrar este amor en el fondo de su corazon, siendo, como tú no ignoras, nuestro leal y generoso amigo.

»Blanca, por su parte, tan fuerte como su hermano, amaba tambien en secreto.

»El amor que ambos sienten, y que comprenden que es un amor sin esperanza, vive en el fondo de sus almas, sin que jamás asome á sus labios.

»Yo no podria describirte el asombro, la inquietud que se apoderó de Julio, cuando le dije que habia descubierto su secreto, y necesité de toda la influencia que ejerzo sobre él para obligarle á que permaneciera en el palacio de Diodati, pues queria abandonarle en aquel mismo momento, huyendo avergonzado de la mujer que tanto ama.

»Para lograr que no llevara á cabo una resolucion tan extrema, tuve que ofrecerle que no te revelaria su secreto; y si he faltado á mi palabra, ha sido solamente para suplicarte, que tengas un poco de compasion á mi amigo Julio de Monforte, pues ya sabes que le profeso un cariño fraternal.

»Adios, querida Clotilde; sé feliz, y no olvides á tu hermano, que te ama con todo su corazon,

Daniel.»

Al terminar la carta se sentia tan agitado, que tuvo necesidad de reclinar la frente sobre la mesa.

CAPÍTULO XII

LA PARTIDA

Daniel lo habia dispuesto todo para partir aquella misma noche.

A las dos de la madrugada, el barquero debia esperarle para conducirle á Ginebra.

Concluidas las cartas arregló su equipaje, y luego, tendiéndose en un sofá, esperó la hora.

A las doce debian reunirse en aquella habitacion el doctor y Julio con Daniel.

La convalecencia del general permitia que todo el mundo se acostase á las doce.

Nadie, pues, se quedaba á velarle, exceptuando su leal mayordomo Santiago, que se habia colocado una cama en un cuarto contíguo á la alcoba del general.

Daniel estaba impaciente; hubiera querido reconciliarse con el sueño, descansar algunos momentos, pero le fué imposible.

Las horas trascurrian con insoportable lentitud. Temia que le faltara el valor, que se presentara en aquella habitacion su hermana Clotilde, y que con sus lágrimas y con sus súplicas le hiciera desistir de su propósito.

Por fin, el reloj dió la media noche, y Julio entró en la habitacion.

Como la ancha pantalla del quinqué dejaba casi en tinieblas los ángulos de la sala, Julio buscó con una mirada á su amigo; pero la voz de este le indicó el sitio donde se hallaba.

—¿Y el doctor?—preguntó Daniel.

—Vendrá ahora mismo; se ha quedado hablando con el general.

—¿Y Clotilde?...

—Acaba de retirarse á su habitacion.

Y como Daniel, despues de estas dos preguntas guardase silencio, Julio añadió:

—¿No desistes de tu empeño?

—No.

—¿Luego estás resuelto á partir?

—Dentro de poco abandonaré esta casa para siempre.

—Conozco que seria inútil oponerme... pero tu partida causará un profundo pesar á Clotilde,—añadió Julio.

—Lo sé; pero no puedo hacer otra cosa,—contestó Daniel exhalando un suspiro.

—Creo, querido Daniel, que te complaces en ver las cosas por el lado mas negro.

Daniel agitó la cabeza en señal negativa, y sonriéndose tristemente, añadió:

—Te engañas, Julio; lo veo, lo medito, lo examino todo con gran frialdad. Mi padre no me ama; tengo el profundo convencimiento de lo que te digo. ¿A qué, pues, atormentarle con mi presencia? Que viva feliz con su hija, puesto que yo solo ambiciono la dicha de mi hermana.

—¡Ah, Daniel, creo que no lo conseguirás por los medios que te propones!

—Julio, te suplico que no trates de persuadirme, porque seria en vano. Mi resolucion es firme, inquebrantable; mi dignidad así lo exige.

Estas palabras pronunciadas con acento firme, demostraron á Julio que nada conseguiria.

Afortunadamente, en este instante entró el doctor Samuel.

Julio, que veia en el doctor un buen aliado, le dirigió la palabra de este modo:

—Llega usted á tiempo, doctor; Daniel, que se ha vuelto incorregible, acaba de prohibirme que le dirija mas palabra sobre su proyectado viaje.

Con gran asombro de Julio, el doctor hizo una mueca de indiferencia con los labios, y contestó:

—Daniel hace perfectamente en marcharse. Yo en su lugar haria lo mismo. Solo siento que no me permita acompañarle; pero esta separacion será corta porque dentro de unos dias el general no necesitará de médicos.

—No insisto mas,—repuso Julio, encogiéndose de

hombros,—ya que ustedes dos opinan del mismo modo. Pero yo, que no soy necesario en esta casa, creo que deberia partir con Daniel, puesto que por él he venido.

—Tú debes quedarte hasta el dia que el doctor abandone esta casa; entonces regresarás con él á España.

—No comprendo las razones que te obligan á imponerme ese retraso en mi viaje.

—Yo te ruego que me obedezcas. Con el doctor Samuel saliste de Madrid, con él debes volver. Y ahora, amigos mios, no perdamos el tiempo. La barca estará esperando; mi equipaje es pequeño, y como yo supongo que ustedes me acompañarán hasta el embarcadero, no hay necesidad de llamar á ningun criado para que se entere de mi partida.

Y diciendo esto, Daniel sacó las dos cartas que habia escrito poco antes y que guardaba en su bolsillo, y entregándolas al doctor, añadió:

—La una es para Clotilde, la otra para el general; pero conviene que no lleguen á sus manos hasta mañana al mediodía, porque á esa hora me hallaré viajando hácia España algunas leguas distante de estos lugares.

—Se cumplirán tus deseos.

—Ahora en marcha, amigos mios, en marcha, y con el mayor sigilo; pues no quisiera que nadie de la casa se apercibiera de este viaje.

Julio cogió otra maleta que le indicó su amigo Daniel, y pocos momentos despues se hallaban en el embarcadero.

Daniel arrojó su equipaje dentro de la barca, y volviéndose con resolucion, exclamó:

—Las despedidas entre personas que se aprecian, deben ser cortas, rápidas.

Y estrechando á un tiempo la mano del doctor y de Julio, añadió:

—Hasta muy pronto, amigos mios. Cuidad á Clotilde y disculpad mi conducta ante sus ojos.

Y saltando con ligereza á la barca, gritó al barquero:

—¡A Ginebra!

El marinero empujó la orilla con el remo. La barca se separó algunas brazas del pequeño embarcadero, y pronto el empuje de los remos y la fresca brisa que hinchaba su sola vela latina, hicieron deslizar con rapidez á la frágil embarcacion por las serenas aguas del lago Leman.

El doctor y Julio, mudos, silenciosos, inmóviles como si estuvieran clavados en aquel sitio, siguieron con las miradas la débil barquilla, que se alejaba con rapidez de aquella ribera.

Cuando las sombras de la noche le ocultaron, el doctor llevándose una mano á los ojos para enjugarse las lágrimas, murmuró en voz baja:

—¡Desgraciado como su madre, y noble y generoso como ella! ¡Pobre Daniel! . . . . . .

. . . . . .

Al dia siguiente, á eso de las diez de la mañana, el doctor Samuel, con el rostro mas grave que de costumbre, entró en la habitacion de don Pedro.

El general acababa de levantarse, y sentado junto á una ventana, parecia embebido en sus tristes meditaciones.

No se apercibió de la llegada del doctor hasta que le tuvo á su lado; le dirigió una sonrisa, y le dijo:

—Desde que voy recobrando la vida, que mis hijos me visitan menos.

—Esa reconvencion es injusta,—contestó el doctor,—á lo menos por la parte que toca á la señorita Clotilde.

—Es verdad; pero en cambio hace dos dias que no veo á Daniel.

—Señor general,—añadió el doctor,—acaba usted de pronunciar un nombre, que me recuerda un encargo bastante enojoso que tengo que cumplir.

—¿De mi hijo?...—preguntó el general con interés.

—Precisamente.

—¿Pues qué ocurre?

Samuel vaciló un instante.

Aunque el general no le era muy simpático, le habia visto sufrir tanto, que le causaba alguna violencia darle una mala nueva.

—¡Oh!... me tiene usted impaciente, y le ruego que me diga pronto lo que ocurre.

—Un contratiempo que yo no he podido evitar por mas que lo he procurado.

—¡Acabe usted pronto!

—Daniel ha partido esta noche pasada para España.

—¡Imposible!—exclamó el general, estremeciéndose.

—Desgraciadamente es verdad, general, porque yo le ví partir.

—¡Sin decirme adios!...—murmuró el general con profundo sentimiento.

—Pero ha escrito para usted una carta de despedida.

—¿Y dónde está esa carta?

—Yo la tengo,—contestó el doctor Samuel, entregándosela.

El general rompió el sobre precipitadamente, y se puso á leer en voz baja.

El doctor calculó el efecto que causaba la lectura al general, porque su rostro se descomponia y las lágrimas asomaban á sus ojos.

Al terminar la lectura guardó la carta en el bolsillo de la bata, y murmuró en voz baja:

—No puedo quejarme; todo cuanto me dice es justo. Él vale mas que yo... La sangre de la madre circula por sus venas.

Y despues de un momento de pausa, fijando una mirada en el doctor, añadió:

—¿Ha leido usted la carta?

—No, general.

—Ni le ha dicho á usted Daniel su contenido.

—Tampoco.

El general pareció vacilar; pero por fin, sacando la carta del bolsillo, se la entregó al médico, diciéndole:

—Lea usted, para que sepa lo desgraciado que soy.

El doctor leyó la carta con gran impasibilidad.

La resolucion de Daniel echaba por tierra los planes del doctor de hacer valer los derechos de la difunta Angela; pero creyéndola hija de un arranque generoso del corazon, pensó que el tiempo le haria cambiar de parecer.

Dobló la carta, y l entregó al general sin decir ni una palabra.

—Daniel tiene un corazon noble...—dijo el general en voz baja.—Dios no puede olvidarle.

Y como Samuel guardara silencio, volvió á decir:

—¿Cuándo cree usted que me hallaré en disposicion de emprender mi regreso á España, doctor?

—Dentro de cuatro ó seis dias, si continúa la convalecencia y no tenemos alguna recaida.

—Procuraré que no suceda eso.

Y dejando caer la frente sobre el pecho, guardó silencio.

El doctor permanecia de pié, inmóvil y sin desplegar los labios.

Trascurrieron algunos minutos, el mutismo continuaba, pero vino á interrumpirlo la presencia de Clotilde, que entró en la habitacion.

Clotilde estaba pálida y con todas las señales en el rostro del llanto; habia leido la carta de Daniel, y su corazon sensible habia recibido un terrible golpe.

—¡Padre mio!—dijo al entrar,—mi hermano nos ha abandonado; huye de nosotros, y se halla camino de España: cree que no le amamos, que su presencia es un obstáculo para nuestra felicidad, y esto no es cierto, padre mio... ¡ah! no es posible que sea cierto.

El general, que habia levantado la cabeza al oir la voz de su hija, al verla trémula, pálida y llorosa, esclamó:

—Hija mia, tranquiliza tu espíritu, porque antes de mucho podremos probarle á Daniel que le amamos con todo nuestro corazon.

Y Clotilde, como si al oir las palabras de su padre hubiera perdido toda su fuerza vital, se dejó caer en una butaca, exhalando un suspiro.

LIBRO CUARTO

EN MADRID

CAPITULO PRIMERO

EL TIO DE INDIAS

Apenas existirá en el Universo un hombre tronado que no sueñe con un tio de Indias, que ha de venir para ser la Panacea de todos sus males.

Este sueño se realiza pocas veces; pero es una esperanza viva que alimenta en su corazon, y le ayuda á soportar todas sus miserias, dando fuerza para esperar mejores tiempos.

Ernesto de Fontan, baron de Labra, á quien indudablemente no habrán olvidado nuestros lectores, despues de comerse y malgastar la fortuna que le habian dejado sus padres, cuando se vió pobre y sin otro patrimonio que su título y su audacia, sintió brotar en su mente una idea y un recuerdo.

Su idea era casarse con una mujer rica que le sacara á flote de en medio de sus acreedores; el recuerdo un tio, hermano de su padre, hombre muy raro, muy ex-

travagante, que siendo él niño se habia marchado á California cuando la explotacion de las ricas minas de oro de aquel privilegiado país puso en conmocion á todos los ambiciosos de Europa.

El tio partió, y pasaron veinte años.

Durante este tiempo Ernesto se quedó huérfano, se gastó la herencia que le habia dejado su padre, y entonces un dia se dijo:

—Diantre, mi situacion es insostenible... estoy viviendo de crédito y sitiado por los ingleses. Si no me caso con una mujer rica ó no viene á salvarme mi tio Joaquin, no me queda otro remedio que pegarme un tiro, porque yo no sirvo para otra cosa que para gastar dinero.

Hasta entonces Ernesto no se habia acordado de su tio Joaquin, y soltando una carcajada como si le hubiera hecho gracia aquella «reminiscencia» de su memoria añadió:

—No me disgustaria que mi tio regresara á España rico como un bajá de tres colas, soltero y achacoso, porque así se moriria mas pronto, dejándome heredero de sus bienes.

Desde entonces empezó á acariciar esta idea, que acabó por ser una esperanza y un pretexto que detenia la impaciencia de sus acreedores.

¿Pero dónde estaba el tio Joaquin?... ¿en qué punto de América habia echado raíces?... ¿dónde se hallaban sentados sus reales?...

Este era un problema que Ernesto no podia resolver; pero un criado suyo, llamado Gorrion, «gatera» ma-

drileño tan listo como su apodo, le indicó un medio para intentarlo.

Bien es verdad que Gorrion era un «chaval» tan agudo de ingenio como desmedrado de cuerpo, y que antes de entrar al servicio del tronado baron habia demostrado muchas veces la viveza de su imaginacion y la ligereza de sus dedos, con gran disgusto de algunos incautos.

Gorrion aconsejó á su amo que escribiera una carta sentida, apasionada, á su señor tio, una de esas cartas que conmueven el corazon de un pariente, y que luego hiciera cincuenta copias de la misma carta y las remitiera á cincuenta poblaciones de América, con lo cual era indudable que una ú otra llegara á manos del señor don Joaquin de Fontana, si es que aun vivia.

Ernesto aceptó la idea, puso manos á la obra, y dos dias despues envió á su ingenioso criado al correo con las cincuenta cartas.

Luego trascurrieron algunos meses.

El baron de Labra vivió como pudo, ó como vulgarmente se dice, trampeando.

Entonces fué cuando se puso al servicio del conde de la Fé, sin otro objeto que el de dar celos á Daniel, de lo que resultó, como recordarán nuestros lectores, un desafío.

Una mañana, y precisamente cuando la situacion de Ernesto comenzaba á ser desesperada, Gorrion entró en la alcoba de su amo con una carta en la mano.

—¿Qué es eso?—le preguntó Ernesto.

—Una carta que acaba de traer un hombre.

—Pues bien; si espera contestacion, le dices que ni tengo gana de leer, ni de escribir.

Y Ernesto se volvió de espaldas.

—El que ha traido esta carta la ha dejado y se ha marchado; pero aquí en el sobre veo que dice arriba: «Urgente.»

Ernesto extendió la mano, cogió la carta y rompió el sobre con marcado disgusto; pero apenas habia fijado sus ojos en la firma, lanzó un grito y de un salto se levantó de la cama, como si estuvieran ardiendo los colchones.

Gorrion retrocedió dos pasos, espantado de aquel brusco movimiento de su señor.

—¿Qué ocurre?—le preguntó.

Ernesto fué tambaleándose hasta una butaca, se dejó caer en ella, y juntando las manos como si se dispusiera á entonar una oracion, alzó una mirada melancólica hácia el techo, exclamando al mismo tiempo:

—¡Hossana! ¡Aleluya! Mi tio Joaquin ha llegado.

Gorrion se conmovió como el pájaro de su nombre al preludiar la primavera, y apenas tuvo valor para dirigir esta pregunta:

—¿Viene pobre ó viene rico?

—Rico ¡oh! inmensamente rico.

—Pues entonces, ¡viva la Pepa!

Y Gorrion, olvidando el respeto que todo doméstico debe á su amo, se puso á dar saltos por la habitacion como un loco.

Despues de algunos momentos de alegría, Ernesto, con cómica solemnidad, añadió:

—Oye lo que me dice mi tio, y muérete de gusto, pues por la lectura de este carta preveo que han concluido para nosotros las privaciones y los ingleses.

Y el baron leyó lo que á continuacion copiamos:

«Querido sobrino: Acabo de llegar. Si tienes apetito y tiempo de sobra, te espero á las doce en el hotel de Paris, en donde almorzaremos juntos.

»Te participo que continúo soltero, que he hecho una fortuna en California de alguna consideracion, y que espero darme en Madrid una vida de príncipe.

»Tu ocurrencia de escribirme á todos los puntos de América, me ha hecho mucha gracia, y me reí de veras al recibir cartas tuyas de Méjico, de Veracruz, de Tejas, de California, etc., hasta doce, que me fueron remitiendo algunos de mis corresponsales.

»Yo, segun la opinion de la gente que me conoce, continúo siendo como antes, un verdadero tipo, y mi aficion á aculatar pipas dicen que ya llega á la monomanía. Así es, que he reunido una coleccion de mil trescientas setenta y dos pipas, entre las que poseo verdaderas obras de arte y caprichosas esculturas.

»No te he escrito desde San Francisco de California, donde recibí tu primera carta, porque ya entonces estaba resuelto á regresar á España, y pensaba darte esta sorpresa.

»Tú has perdido á tus padres, yo no tengo hijos: ven á verme, nos entenderemos, y me ayudarás en los ratos de ócio á aculatar pipas.

»Tu tio que desea darte un abrazo,

»Joaquin.»

Gorrion hubiera deseado desmayarse al concluir la lectura de la carta. Tal era el placer que su contenido le causaba.

—¡Ah, señorito!—exclamó el «gatera» madrileño, poniendo los ojos en blanco, moviendo la cabeza y juntando las manos con beatitud.—La llegada del tio de California es verdaderamente providencial, y desde ahora le ofrezco dos velas de á libra á la Vírgen de la Paloma.

—Ofrécele otras dos por mí, y serán cuatro,—añadió Ernesto riéndose.

—Créame usted, señorito; con todos estos ofrecimientos nos quedamos cortos, porque un tio millonario que llega con tanta oportunidad, no tiene precio.

—Yo juro en este momento solemne, si se muere pronto mi tio y me deja su fortuna, poner su retrato de cuerpo entero en mi gabinete.

—Yo ofrezco que si me caso y tengo hijos, le pondré al primero, si es varon, Joaquin, y si es hembra, Joaquina.

—Pero no quiero perder el tiempo; mi querido tio me está esperando.

—Diga usted mas bien su providencia, puesto que trae dinero y se halla dispuesto, segun parece, á socorrer nuestras necesidades.

Ernesto se afeitó, dió órdenes á Gorrion de que cepillara su ropa, vistióse con el mismo esmero del elegante que tiene una cita amorosa con una mujer á la moda, y á las once y media, henchido el corazon de risueñas esperanzas, se presentó en el hotel de París, y

entregando una tarjeta á uno de los camareros, fué introducido poco despues en la elegante habitacion que en el piso principal ocupaba don Joaquin de Fontana.

Como hemos dicho poco antes, el tio de Ernesto hacia mas de veinte años que faltaba de España; de modo que sin la tarjeta que poco antes acababa de entrar el camarero, ni don Joaquin hubiera conocido á Ernesto, ni el sobrino á su tio.

Pero aquel trozo de cartulina, especie de fe de bautismo inventada por los modernos para evitar enojosas vacilaciones, fué lo suficiente para que don Joaquin corriera con los brazos abiertos hácia la puerta, exclamando con cierto regocijo:

—¡Ah pícaro! estás hecho un hombre: ya tenia ganas de verte.

En cuanto á Ernesto, amoldándose al entusiasmo de don Joaquin, le estrechó contra su pecho verdaderamente enternecido, exclamando al mismo tiempo:

—¡Tio de mi alma!

Don Joaquin no se hallaba solo en la habitacion. Habia allí un negro fornido como un atleta, de enorme cabeza y una anchura colosal de hombros, pecho levantado y fuerte; aquel negro debia tener unos pulmones de toro, y precisamente por esto se hallaba al servicio de don Joaquin de Fontana y era muy considerado por su amo.

El negro, que desde ahora le conoceremos con el nombre de Zulma, tenia una enorme pipa en la boca, y de vez en cuando despedia inmensas bocanadas de

humo, arrojándolas de una manera ruidosa y especial contra el cubo de su pipa.

Diremos de paso, que Zulma era un afamado aculatador de pipas.

El negro contempló con marcada indiferencia el estrecho abrazo del tio y el sobrino, y continuó fumando.

En aquella habitacion habia un humo insoportable; pero Ernesto, que indudablemente tenia buenos pulmones, no se apercibió de ello.

CAPÍTULO II

EL TIO Y EL SOBRINO

Don Joaquin de Fontan era un hombre de sesenta años, alto, flaco, con el cabello completamente blanco y la barba perfectamente rasurada.

El color de su rostro tenia esa entonacion que produce la leche con el café mezclados. Su dentadura era hermosa, igual, blanca, unida. Era lo que se llama una verdadera obra de arte, construida por un aleman y propiedad de la boca de don Joaquin, gracias á nuevecientos duros mejicanos que habia dado por ella.

En uno de los ángulos de la habitacion se veian dos grandes cajas de nogal.

Una de ellas estaba llena de tabacos, la otra de pipas.

Sobre el mármol de la chimenea se veia un pipero de plata, especie de gradería que terminaba en espiral,

y en la que se hallaban colocadas multitud de pipas y boquillas de ámbar, de espuma de mar, de oro y de maderas preciosas.

Aquellas pipas eran las del uso diario de don Joaquin. Su preciosa coleccion se hallaba, como hemos dicho, en el arca de nogal.

Cuando terminó el abrazo de don Joaquin, condujo á Ernesto hasta una butaca, y ocupando él otra, comenzó el diálogo del modo siguiente.

Mientras tanto, Zulma el negro continuaba fumando en un estremo de la habitacion. Para aquel atleta de color de tinta, la vida no era otra cosa que una bocanada de humo.

—¡Ah, querido tio!... No puede usted figurarse cuántas veces me he hecho esta pregunta: ¿dónde estará? Pero ya, por fin, no puedo menos de bendecir á Dios, que me ha concedido la dicha de abrazarle y de verle.

—Querido Ernesto, desde que me separé de vosotros, he dado muchas vueltas por el mundo y he aculatado muchas pipas. ¿No es verdad, Zulma?

El negro abrió su enorme boca, despidió una bocanada de humo, y soltando una ruidosa carcajada, contestó:

—¡Oh! muchas, muchas, señor.

—Pues sí,—volvió á decir don Joaquin;—desde Madrid me trasladé á Méjico, como quien dice, ahí á la vuelta de la calle. Era pobre, y te confieso francamente que tenia muchas ganas de hacerme rico. Comprendí que en España eso era bastante difícil; me conocian todos, y mi

posicion social, los rancios pergaminos de mi familia, me imponian ridículos deberes que cumplir, que son siempre un obstáculo para hacer fortuna; mientras que en América, completamente desconocido, podia dedicarme á cualquiera profesion lucrativa sin ningun recelo; y aquí donde me ves, querido sobrino, te confieso hasta con orgullo que yo, hijo de un título, hermano de un baron, indivíduo de la aristocracia y sintiendo por las venas eso que llaman sangre azul, he sido esportillero en las minas de California, he recogido abundante cosecha de pepitas de oro, base de la fortuna que hoy poseo y que asegura mi porvenir.

—¡Pobre tio de mi alma!—esclamó Ernesto con fingida entonacion.—¿Con que ha llegado usted á vivir del sudor de su frente con el cuerpo encorvado hácia la tierra y el tosco azadon en las manos?

—Sí, y me enorgullezco de contarlo; porque tú, sobrino mio, no puedes figurarte el atractivo que tiene el oro; donde se comprende perfectamente es en América, allí bajo aquel sol abrasador, en aquellas tierras fértiles, en aquellos bosques impenetrables. He visto yo trabajar al lado mio muchísimos caballeros de frac, que de todos los países del mundo acudian sedientos de buscar el rey de los metales. ¡Zulma!... ¡pon un cigarro en mi pipa favorita número 719, y tráela!

Mientras el negro obedecia las órdenes de su amo, don Joaquin dirigió la palabra á su sobrino, diciendo:

—¿Eres aficionado tú á fumar?

—¡Oh! sí, señor.

—Pues bien; ahí tienes pipas: elige una, y Zulma te dará un cigarro.

Ernesto dirigió la mirada hácia donde su tio estendia la mano, y entonces vió el elegante y rico pipero que se hallaba sobre la chimenea.

—¡Hermosa boquilla!—dijo, cogiendo una de ámbar con adornos de oro.

—¡Oh! las tengo mucho mejores que esas. Cuando me establezca en mi casa, cuando arregle mi habitacion de fumar, yo te aseguro que has de asombrarte al ver mi coleccion de pipas. Desafio á que tenga otra igual ningun monarca de la tierra.

Zulma se acercó á Ernesto con una bandeja de plata en la mano, en la que se veian multitud de cigarros de todos tamaños.

El baron cogió un Lóndres pequeño, lo puso en la boquilla, y lo encendió.

—Vamos á ver, ¿cómo estás tú?...—le preguntó don Joaquin.

—De salud perfectamente, querido tio; pero de fortuna...

—Mal, ¿no es verdad?—volvió á decir el tio, interrumpiéndole.

—¿Para qué negarlo? estoy todo lo mal que puede estar un noble arruinado. No tengo ni siquiera un caballejo de silla para pasear por la Castellana mi título de baron, y si yo tuviera la perseverancia, la fuerza de voluntad que usted, desde mañana me marchaba á California á cavar la tierra en busca de pepitas de oro.

—Seria ya inútil; hoy ya no se hacen ricos los espor-

tilleros de las minas. El número de buscadores de oro ha aumentado de un modo tan colosal en pocos años, que en vez de hacerse ricos, se mueren de hambre. No hay que pensar en ello; además, yo poseo una bonita fortuna, y no tengo en el mundo mas parientes que tú... Pero si te parece, continuaremos la conversacion en la mesa. Zulma, dí que nos sirvan el almuerzo.

Ernesto estaba encantado del carácter jovial y franco de su tio. Sintiendo una viva curiosidad por saber á cuánto ascendia su fortuna, pero pareciéndole esta pregunta algo indiscreta, la guardó para mejor ocasion.

—¿Sabe usted, querido tio,—añadió el baron,—que es un rico Lóndres este que estoy fumando?

—Hice escala en la Habana tan solo por proveerme de buenos tabacos; me precio de ser un fumador de buen gusto. Bien es verdad que no tengo otro vicio, lo cual es muy poco para un hombre rico.

—Sin embargo, cuando se fuman buenos cigarros y se fuma mucho, el vicio no sale barato.

—Yo vengo gastando hace tiempo unos ocho mil duros en humo,—contestó riéndose don Joaquin;—bien es verdad que ese bárbaro de Zulma, que tiene una garganta de hierro, unos pulmones de bronce y un estómago de avestruz, no se quita nunca el cigarro de la boca. Su oficio, su única ocupacion, se reduce á fumar: es el primer aculatador del Universo.

Ernesto iba poco á poco sabiendo algo de lo que deseaba. Su tio gastaba ocho mil duros en humo; debia, por consiguiente, ser muy rico.

Zulma entró á decirles que podian pasar al comedor.

Don Joaquin se cogió del brazo de su sobrino, y le dijo:

—Vamos al comedor.

Don Joaquin apenas desplegó los labios durante el almuerzo; comia con un apetito envidiable y saboreaba los manjares como un verdadero gastrónomo.

Ernesto sospechó que su tio, no solo poseia el vicio del cigarro, sino el pecado de la gula.

Concluido el almuerzo, durante el cual apenas cambiaron algunas palabras sin importancia, don Joaquin mandó que les entraran el café á su cuarto, y cogiéndose del brazo de su sobrino, salió del comedor.

Sentados en la habitacion en dos butacas, junto á un velador de nogal mate, encendieron los cigarros, y don Joaquin comenzó la conversacion de esta manera:

—¿Con que estás arruinado, querido sobrino?

—Por completo, querido tio.

—Eso sucede á muchos hijos de familia tan pronto como sus padres cometen la tontería de morirse y dejarles su fortuna.

—Sin que sea esto ofender á mi buen padre,—añadió el baron con hipócrita entonacion,—no me dejó al morir sus cuentas muy corrientes, y siempre me he visto desgraciadamente entre las uñas de los acreedores.

—¡Cómo! ¿mi noble hermano se volvió calavera á la vejez?...—preguntó don Joaquin con asombro.

—No diré tanto; pero sus negocios no fueron bien; creo que tuvo una gran pérdida en la Bolsa...

—Entonces no sigas adelante; en una mala juga-

da de Bolsa puede arruinarse aun el mismo Rotschild.

--No pretendo santificarme á los ojos de usted, y confieso que tambien por mi parte he gastado en lo supérfluo lo que hoy me falta para lo necesario. Estoy verdaderamente arrepentido.

—La juventud es poco previsora; disfruta todo cuanto puede del presente, sin ocuparse jamás del porvenir; pero no temas que yo te moleste con mis reprensiones y con mis consejos. Nada me parece tan ridículo como los viejos, que olvidando lo que hicieron y lo que se debe á los años, se convierten en predicadores de moral cuando hablan á los jóvenes. Así pues, querido sobrino, olvidemos lo pasado.

—¡Ah! es usted el mejor de los tios, y creo que voy á quererle como á mi padre.

—No deseo otra cosa. Cuando la cabeza se cubre de canas y la sangre comienza á enfriarse, el amor de los hijos da calor al corazon, y pues yo no los tengo, te adopto á tí, y asunto concluido.

Ernesto cogió con entusiasmo la mano de su tio, y la besó repetidas veces. Habia encontrado una verdadera mina sin ir á California.

—Como yo pienso acabar mis dias en Madrid,—repuso don Joaquin,—comenzaremos por buscar una bonita casa, que compraré.

Este nuevo dato perteneciente á la fortuna del tio, hizo saltar de gozo el corazon del sobrino.

—He leido en los periódicos que se han construido muchos elegantes palacios en el paseo de la Castellana.

—La Castellana está completamente desconocida de

veinte años á esta parte: es un barrio de moda, que habita la gente que tiene coche.

—Nosotros lo tendremos tambien,—contestó don Joaquin con naturalidad.

Ernesto sintió un vivo estremecimiento en el corazon.

—Y si encontráramos uno de esos bonitos palacios de venta, lo compraríamos.

—Debo advertir á usted, querido tio, que en la Castellana hay palacios que cuestan muchos millones.

—¿Sobre cuántos?—preguntó riéndose don Joaquin.

—Algunos han costado mas de ocho millones.

—¡Ocho millones!—añadió el viejo, haciendo una mueca de desprecio con los labios;—eso es una miseria.

Ernesto estuvo á punto de desmayarse.

—Compraremos un palacio en la Castellana; procura enterarte si venden alguno.

—Lo haré con mucho gusto, querido tio,—contestó Ernesto, que comenzaba á mirar á su tio como á un semidios.

—Antes me has dicho que no tenias ni un mal caballo de silla,—añadió don Joaquin:—pues bien; yo te compraré dos, dejándolos á tu eleccion; solo te exijo que sean buenos, los mejores que se paseen por el Prado, si es posible.

—Pero, querido tio, usted se ha propuesto que yo me vuelva loco de felicidad...

—¡Qué diantre! ¿no eres mi sobrino, el hijo de mi querido hermano? ¿No soy yo rico, inmensamente rico,

y sin mas herederos que tú? ¿Qué diablo quieres que haga de mi fortuna, si tú no me ayudas á gastarla? A eso he venido á España; porque ya puedes calcular que aculatando pipas en compañía de mi fornido y leal Zulma, no me he de gastar ciento treinta millones de reales que he traido de California.

Ernesto sintió un vértigo que le desvanecia la cabeza, perdió la luz de los ojos, y tuvo necesidad de llevarse la mano al pecho, temeroso de que se le rompiera el corazon.

Don Joaquin decia todas estas cosas con gran naturalidad y riéndose del asombro que causaba á su sobrino.

—Debo advertirte, querido Ernesto,—añadió el californiano,—que yo profeso el principio democrático que dice: «El hijo debe ser libre dentro de la familia libre.» Vivirás, pues, con entera independencia; tendrás tu habitacion de soltero, tus carruajes y tus criados; pues de este modo te será mas grata mi compañía.

Ernesto hubiera querido llorar para demostrarle á su tio su agradecimiento.

—Almorzaremos á las once, comeremos á las siete,—añadió don Joaquin;—el dia que quieras comerás conmigo, el que no con tus amigos. Espero darle á la juventud lo que le corresponda.

—¡Ah! ¡querido tio!...

—Pero te daré un consejo,—prosiguió don Joaquin:—que no pierdas el tiempo bulliciosamente, porque los dias que se van no vuelven mas. Cuenta, pues,

con mi proteccion para todo, y procura que seamos buenos amigos.

Ernesto cayó de rodillas á los piés de su tio, y besándole las manos, le hizo mil juramentos de lealtad y de cariño.

CAPÍTULO III

DONDE ERNESTO Y SU CRIADO GORRION ESTUVIERON A PUNTO DE MORIR DE FELICIDAD

Encontrar un tio que viene de América con una fortuna de ciento treinta millones de reales, cuando uno se halla próximo á coger la pistola del suicida para librarse de los acreedores y de la miseria, es una suerte casi fabulosa.

Pero nada tan inverosímil como la vida real, en donde suceden cosas que es imposible referirlas, porque nadie las creeria.

Ernesto salió á la caida de la tarde de la fonda de Paris. Buscó un pretesto para separarse de su tio, porque tenia necesidad de respirar el aire libre, no solo por el humo de las siempre encendidas pipas de don Joaquin y Zulma, sino porque todo lo que le sucedia le ahogaba de felicidad.

Cuando se encontró en la calle, comenzó á caminar

sin direccion fija, con la mirada en el suelo y las manos metidas en el fondo de los bolsillos del pantalon.

—Esto no puede ser cierto... yo estoy soñando,—se decia.

Pero como al mismo tiempo el estremo de los dedos de la mano derecha tocaban algunas onzas que le habia dado su tio, haciendo sonar el precioso metal, añadia:

—No, no, es cierto y bien cierto. Se acabó la miseria, se acabó la escasez.

Despues de dos horas de recorrer las calles, se acordó de pronto que tal vez su criado Gorrion estaria esperándole en casa, ansioso de saber el resultado de la entrevista del tio y del sobrino.

Por otra parte, Ernesto creyó que era altamente justo calmar la impaciencia de Gorrion, puesto que á su ingenioso pensamiento de escribir cincuenta cartas debia el que su tio le hubiera buscado á su llegada á Madrid.

Se dirigió, pues, á su casa, y efectivamente Gorrion le esperaba impaciente, inquieto, y lo que era peor, muerto de hambre, pues no se habia desayunado esperando á su amo.

—¡Gorrion, nos hemos salvado!...—esclamó Ernesto, entrando en su desmantelado gabinete.—Mi tio es un mónstruo de fortuna. ¡Asómbrate, estremécete, horrorízate! ¡posee nada menos que ciento treinta millones de reales!

Gorrion, al oir esta enorme suma, fué tal la emocion que esperimentó, que no tuvo fuerza para decir

ni una palabra; pero abriendo la boca todo cuanto pudo y cerrando los ojos y pestañeando repetidas veces, exhaló un gruñido sordo.

Ernesto, que se habia sentado en una silla desfallecido, añadió:

—Pero, hombre, ¿no me das la enhorabuena?

—¡Ciento treinta millones de reales!...—repitió Gorrion como si soñara;—¿y hay en el mundo un hombre que posea tanto dinero?

—Mi tio,—contestó secamente Ernesto.

—Pues, señorito, tiene usted un gran tio,—repuso Gorrion, poniendo los ojos en blanco.

—¡Ah! ¡si supieras con qué amabilidad me ha recibido, con cuánto cariño!

Y Ernesto, introduciendo la mano derecha en el bolsillo del pantalon, sacó una onza y se la dió á Gorrion, diciendo:

—Toma trescientos veinte reales para que celebres el feliz encuentro de mi tio el indiano.

Aquella onza indicó á Gorrion el brillante porvenir que esperaba á su amo el baron de Labra.

—Y diga usted, señorito: ¿y ese señor tio que se permite tener ciento treinta millones, es casado?...

—En esa pregunta reconozco tu ingenio... pero tranquilízate; es soltero y sin hijos.

—¿De modo, que no tiene en el mundo mas heredero que usted?

—Yo solo.

—Bien puede decirse que en el universo no existen dos tios como don Joaquin.

—Dí mas bien que no hay otro que el mio. ¡Ah! si hubieras presenciado la entrevista,—añadió Ernesto con entonacion cómica,—de seguro que tu alma hubiera derramado lágrimas de gratitud.

—¡Oh! ¡quién lo duda! ¡un tio que da onzas de oro á un sobrino pobre, hace llorar á las piedras!

—Además, el interés con que me preguntó por mi posicion social, las mil preguntas cariñosas que me dirigió y las palabras paternales que brotaron de sus labios, no podria repetírtelas sin enternecerme. Porque has de saber que mi tio me ha encargado que le compre un palacio en la Castellana y el tren que necesite un millonario de su fuerza.

—Estoy verdaderamente enternecido, oyendo los generosos rasgos de su tio don Joaquin.

—De modo, que antes de mucho abandonaremos este horrible palacio, en donde vivimos careciendo de lo necesario, para ir á habitar un palacio donde ha de sobrarnos hasta lo supérfluo, pues nadaremos en la mayor abundancia.

En este momento, Gorrion se dió una palmada en la frente, como si recordara alguna cosa importante.

—Tengo una idea, señorito,—dijo.

—Desde ahora aseguro que será buena,—contestó Ernesto sonriéndose.

—Usted tiene bastantes acreedores.

—Dí mas bien que muchos.

—Y es natural que estos acreedores...

—Quieran cobrar, ¿no es verdad?—añadió el baron interrumpiéndole.

—Justo.

—¿Pero por qué me diriges esa pregunta?

—Porque como los acreedores, desde algun tiempo á esta parte, han perdido la esperanza de cobrar, y además llevan rotos ya varios pares de botas subiendo la escalera de esta casa; recordando tambien que el otro dia don Ruperto, que tiene dos pagarés del señorito, me dijo: «Buen negocio he hecho con tu amo, me debe ocho mil reales;» yo creo que este crédito, que iba juzgando incobrable, podria darlo por la tercera parte...

—¿Pero á qué viene eso?

—Permítame que continúe en el uso de la palabra.

—Habla todo cuanto quieras.

—Pues como iba diciendo, los acreedores tienen pocas esperanzas de cobrar el capital que prestaron, y mucho menos los réditos, aunque estos suben tanto como el capital que prestaron, y no seria nada difícil comprarles esos créditos por un pedazo de pan.

—¿Pero quién quieres tú que se encargue de comprar esos créditos?

—¡Bah! ¿le faltará al señorito, ahora que ya puede dar de comer, un amigo que se encargue de eso?

—No me disgusta la idea.

—Además, seria muy conveniente citar á todos los acreedores y decirles: «Señores, ustedes no ignoran que el baron de Labra se halla completamente arruinado, y como ustedes han hecho con él mal negocio, vamos á entendernos, para que no lo pierdan ustedes todo.»

—Acepto tu plan, y buscaré un amigo que se encargue de este negocio.

—Usted, segun mis cálculos, debe mas de doscientos mil reales.

—Sí, un poco mas.

—Pues vamos á ver si se recobran todos los pagarés por cincuenta mil reales, y de ese modo, el noble tio de usted tendrá que desembolsar menos dinero.

—En fin, querido Gorrion, mañana hablaremos de eso; ahora vamos á celebrar el feliz arribo de mi querido tio. Esta noche no se duerme en casa; ¡viva la libertad!

Y amo y criado tiraron los sombreros por el aire en señal de alegría.

Una hora despues, Gorrion, que no habia comido y tenia buen apetito, se hallaba sentado junto á una mesa en la fonda de Botin, dispuesto á probar las cavidades de su estómago.

Ernesto, por su parte, se dirigió al Casino, deseoso de celebrar la llegada de su tio Joaquin, jugando unas carambolas con alguno de los antiguos amigos que le habian ayudado á devorar su fortuna.

CAPÍTULO IV

EN EL CAFÉ IMPERIAL

—Decididamente, para llenar el estómago por poco dinero, no hay fonda como la de Botin.

Esto se dijo Gorrion saliendo del antiguo y acreditado establecimiento de la Plazuela de Herradores, en donde por diez reales habia comido como un príncipe.

Desde allí se dirigió al café Imperial, porque estaba dispuesto á obsequiarse con una taza de café y una copa de ron, celebrando con esplendidez la nunca bien ponderada y oportuna aparicion del espléndido y millonario tio californiano.

El café Imperial es un establecimiento verdaderamente alegre. Allí todo sonrie: los parroquianos son generalmente gente de buen humor.

Colocado en un admirable punto de cita, nunca

faltan en el citado establecimiento prójimos que esperan y prójimas que buscan.

Con frecuencia se ven rostros tristes y trasnochados, semblantes pálidos, fisonomías famélicas.

Pero estos, afortunadamente, no constituyen la gran masa de los concurrentes. Son alguno que otro cómico sin ajuste, jugadores que han perdido la última peseta, ó hijos de familia que han echado una cana al aire burlando la vigilancia paterna.

La concurrencia del café Imperial tiene poco de homogénea, porque allí acuden todas las clases de la sociedad, y nunca faltan toreros, cómicos, entretenidas, agentes de negocios, cesantes que hablan de crísis para entretener el hambre, militares de reemplazo, y todo lo que constituye esa sociedad que bulle, que habla, que da puñetazos en la mesa y pasa horas y horas en el café, olvidando aquel sábio precepto inglés que dice: «El tiempo es oro.»

Tambien concurren á este establecimiento media docena de usureros, que prestan á dos reales por duro al mes con garantía, sin que por esto se les indigeste el café, ni vean turbada la dulce tranquilidad de su envidiable sueño.

Cuando Gorrion entró en el Imperial, serian las ocho de la noche.

La casualidad le deparó una mesa vacía, no muy léjos de la que ocupaban los prestamistas. Se sentó, llamó al mozo, y con el tono imperativo del que tiene dinero, le pidió café, una copa de ron y media docena de tabacos habanos.

Un caballero que con otros dos se hallaba en la mesa inmediata, volvió la cabeza, y al ver á Gorrion, se dijo como si hablara consigo mismo:

—¡Ah, diantre! parece que está muy rico el criado del baron de Labra, y este es un buen síntoma para mí.

Y levantando la voz, añadió:

—Con permiso de ustedes, señores, me ha caido que hacer en la mesa inmediata.

Los amigos del que acababa de hablar tenian la costumbre de no asombrarse por nada; eran prestamistas, y por consiguiente sabian que para hacer negocio se necesita aprovechar la ocasion.

El caballero que nos ocupa se llamaba el señor Ruiz. Era un hombre de estatura mediana, de rostro sano y fisonomía viva. Su edad frisaria en los cincuenta años.

Cogió una silla y se sentó al lado de Gorrion, el cual levantó la cabeza, y al encontrarse al lado de uno de los mas tenaces acreedores de su amo, se sonrió de un modo seráfico, y esclamó:

—¡Hola, señor Ruiz!...

—Buenas noches, Ventura.

Este era el nombre de pila de Gorrion.

—¿Quiere usted tomar café conmigo, señor Ruiz?—añadió Gorrion.

—¡Hombre, lo he tomado con mis amigos!—contestó Ruiz.

Y sonriéndose de un modo significativo, añadió:

—Me complace en estremo el convite que acabas

de ofrecerme, porque eso me indica que te hallas en fondos.

Gorrion hizo una mueca, al mismo tiempo que saboreaba una cucharada de café, y añadió:

—Efectivamente, señor Ruiz: hoy podria convidarle á usted, porque en busca de usted he venido á este café.

—¿De veras?—añadió Ruiz, dirigiendo una mirada de desconfianza á Gorrion.

—Tengo que proponer á usted un negocio.

—¿Necesita tu amo dinero? Pues te prevengo que llega en mala ocasion.

—¡Bah! no se trata de mi amo, se trata de mí.

—¿Eres tú el que lo necesitas?

—Tampoco.

—Esplícate entonces.

—Pero tome usted algo; por lo menos una copa y un buen tabaco; eso no se desprecia nunca.

—En fin, como quieras,—contestó el señor Ruiz, cogiendo un cigarro del canastillo que se hallaba sobre la mesa, y pidiendo al mozo una copa de curasao.

—Usted, señor Ruiz,—añadió Gorrion,—es un hombre de negocios, y casi me atreveria á jurar que está curado de espanto y no le asustan las proposiciones que se le hagan.

—Efectivamente, porque cuando no me convienen, no las acepto.

—Yo, por mi parte, comienzo por decir á usted, que me va cansando mi larga carrera de doméstico, y como he encontrado una persona que trata de prote-

germe, quiero como usted dedicarme á hacer negocios.

—¡Hola! ¡hola! ¿con que has encontrado un protector? Pues te prevengo, querido Ventura, que no hay hombre sin hombre, y te doy la enhorabuena por ese hallazgo.

—Pues sí, tengo una persona que me ha dicho: «Si necesitas dinero para hacer algun negocio que te convenga, cuenta conmigo.» Y yo pienso, desde mañana, dedicarme á comprar todos los créditos que tiene mi amo.

—¿Estás loco? ¿Sabes tú á lo que suben los pagarés firmados por el baron de Labra?

—Sí, señor; lo sé perfectamente. Hace mas de dos meses que mi única ocupacion se reduce á recibir á sus acreedores, y calculo que mi amo debe de diez y seis á veinte mil duros.

—Sí, esa es aproximadamente la cantidad. A mí solo me debe ciento diez mil reales. Es verdad, que soy el acreedor mas fuerte del baron. Pero hablemos con franqueza, Ventura. Cuando tú te decides á comprar los créditos de tu amo, es indudable que ves en perspectiva la rehabilitacion de la fortuna del señorito Ernesto.

—¿Quién lo duda? De otro modo no daria tres pesetas por todos los pagarés que ha firmado mi amo.

Los ojos del señor Ruiz se reanimaron, porque no hay prestamista á quien no se le alegre el alma cuando ve un buen negocio al alcance de sus uñas.

—Si tú fueras franco conmigo, ¡quién sabe! tal vez me decidiria á ser tu sócio. Habla, pues, con toda con-

fianza; díme lo que ocurre, que yo te juro que no has de tener motivo de arrepentirte de todas cuantas confianzas me hagas.

—Pues bien, señor Ruiz; aquí lo importante es recoger todos los pagarés de mi amo, dando por ellos la tercera parte de su valor. Casi todos los acreedores han perdido la confianza de cobrar; saben que el baron de Labra no tiene una peseta y que á sus reclamaciones contesta con una carcajada desesperante.

—Sí, sí, todo eso es muy cierto; pero en cuanto los acreedores se aperciban de que la posicion de Ernesto se halla próxima á cambiar favorablemente...

—Es que es preciso que no se aperciban de semejante cosa, y para ello conviene no perder el tiempo.

—¿Quieres decirme, con treinta mil de á caballo, lo que ocurre? Porque ya comprenderás que yo no puedo tomarme con mucho interés el negocio que me propones, mientras no tenga una seguridad completa de salir airoso.

—Pues bien, señor Ruiz,—añadió Ventura, despues de algunos instantes de vacilacion;—voy á confesarle á usted todo lo que ocurre, pero antes tengo que hacerle una advertencia.

—Hazla y acaba.

—El negocio que he venido á proponerle, puede darnos en dos dias ocho ó diez mil duros de ganancias, si usted sabe manejarlo con cierto tacto, y yo quiero la mitad de las ganancias.

—Es muy justo.

—Pero si se me engaña, si se abusa de mi buena

fe, le prevengo á usted que al que cometa conmigo semejante villanía, le probaré que no se burla nadie de mí.

—Bien, hombre, bien; no tengas ningun miedo, ni emplees la amenaza para convencerme. Yo soy un hombre que me gusta hacer negocios; pero por nada del mundo falto á mi palabra; saco al capital todo el rédito que puedo, exijo las mas sólidas garantías, pero una palabra mia tiene la fuerza de una escritura pública. Así pues, yo te aseguro que aunque no firmemos nada, te cumpliré con religiosidad y exactitud lo que te ofrezco.

—Estamos conformes, y ya sin reserva voy á revelar á usted lo que ocurre, para que hagamos el negocio á medias. El tio de Indias, que usted y todos los demás acreedores tomaban á broma, acaba de llegar con una fortuna de ciento treinta millones.

—¡Qué es lo que me dices!—preguntó con asombro el señor Ruiz.

—Lo que acaba usted de oir. Don Joaquin de Labra, tio carnal de mi señorito Ernesto, ha llegado esta mañana de California, y se halla hospedado en el hotel de París. Es soltero y viejo; no tiene mas herederos que á su sobrino, á quien mandó llamar apenas llegó á Madrid, para decirle que todas sus penalidades y escaseces habian concluido.

Y como el prestamista, absorto ante aquella inesperada nueva, no tenia ni aun valor para pronunciar una palabra, Gorrion continuó de este modo:

—Ya ve usted, señor Ruiz, que el asunto vale la

pena de que nos ocupemos de él con algun detenimiento.

—Sí, sí, ¡diantre! ¡vale la pena, ya lo creo! Y ahora comprendo que seria un buen negocio comprar todos los créditos que tiene el baron, porque su tio, siendo tan rico, no ha de consentir que el sobrino esté entrampado hasta los ojos.

—De ninguna manera: don Joaquin, despues de abrazar con paternal cariño á su sobrino, se ha enterado con gran interés del estado de su fortuna, y al saber que no le quedaba otra cosa que deudas, le contestó riéndose: «No te apures, yo pagaré á tus acreedores, y asunto concluido.»

El señor Ruiz era receloso y desconfiado como buen prestamista, y sospechó si todo aquello seria un cebo que Gorrion le echaba para obligarle á que le hiciera otro préstamo al baron.

—Puede hacerse en realidad un buen negocio,—dijo despues de una corta pausa,—si el tio es efectivamente rico y se halla dispuesto á pagar las deudas de su sobrino, porque los acreedores tienen tan poca confianza en cobrar, que venderian baratos sus pagarés.

—Me ofenderia esa duda, señor Ruiz, si no comprendiera que los hombres de negocios como usted deben asegurarse bien antes de soltar el dinero; pero para tranquilizarle, le diré que esta mañana cuando mi amo recibió la carta de su tio noticiándole su inesperada llegada é invitándole á almorzar con él, dudábamos como usted mi amo y yo, de que aquella suerte

fuera verdad; pero mi amo se presentó en la fonda, almorzó con su tio, y regresó á la caida de la tarde con los bolsillos llenos de oro, y dándome una onza para que yo celebrara tan fausto acontecimiento; despues de referirme que su tio le habia ofrecido nombrarle su heredero y pagar sus deudas, se despidió de mí, concediéndome libertad hasta la una de la noche.

El señor Ruiz comenzó á creer que Gorrion no le engañaba, y como no hay prestamista á quien no se le alegre el alma ante la idea de un buen negocio, dirigiendo á su interlocutor una sonrisa verdaderamente protectora y dándole unas palmaditas cariñosas en la espalda, le dijo:

—Querido Ventura, yo soy hombre práctico, y tengo mucho mundo; conozco mas que otros lo que vale un duro, y sé por esperiencia que al hombre pobre todos le desprecian. Tú eres listo y tienes buen entendimiento. Lo difícil es adquirir los primeros mil duros; luego con un poco de tacto, los negocios se van presentando con facilidad. En Madrid nunca faltan hijos de familia que necesitan dinero, y á estos, como no les duelen prendas, se les puede apretar la mano. Si te portas bien y eres leal para conmigo, pronto un nuevo porvenir se abrirá ante tu paso, y en vez de ser criado tendrás quien te sirva.

Y el señor Ruiz, bajando la voz añadió:

—Si tú quieres, podemos esplotar grandemente al baron y á su señor tio.

—¿Que si quiero?... No deseo otra cosa.

—Hace poco me has dicho que la fortuna del tio

del baron de Labra llegaba á la cifra fabulosa de ciento treinta millones.

—Así lo dijo mi amo.

—Pues bien, aunque de esa cifra quitemos el cincuenta por ciento, le quedarán á ese señor sesenta y cinco millones; una fortuna que podríamos llamar de príncipe. Tambien me dijiste, si mal no recuerdo, que trataba de comprar un palacio en la Castellana.

—Es la verdad.

—Entre mis muchos clientes que tienen coches y lacayos con librea, se cuenta un señor que, no bastándole una fortuna de doce millones, se metió en la Bolsa en tan mal hora y con tan mal cálculo, que hoy se halla, como vulgarmente suele decirse, con el agua al cuello. Este señor tiene un bonito palacio en la Castellana, y trata de venderle con muebles, carruajes y todo lo que contiene. Si tú lograras que yo tomase parte en esta venta y compra, podíamos tener una prima regular, que serviria de base á tu naciente fortuna. No lo eches en olvido, mientras yo procuro reunir los pagarés de tu amo con el mayor descuento que pueda. Así pues, mañana á las dos de la tarde te espero en este mismo café.

—No faltaré.

—Ahora, con tu permiso, voy á reunirme con mis amigos.

El señor Ruiz estrechó la mano de Ventura, y este, despues de pagar al mozo, salió del café Imperial con el aire de un conquistador, y diciéndose para su capote:

—La venta del palacio y el cobro de los pagarés,

pueden producirme algunos miles de duros. Con esta base y un maestro como el señor Ruiz, creceré como la espuma, y un hombre que tiene por delante tan bonito porvenir y un puñado de duros en el bolsillo, bien puede permitirse ir al teatro de los Bufos á ver las pantorrillas de las suripantas.

Y Gorrion, alegre como un colegial en dia festivo, se dirigió á buen paso al teatro de Arderíus.

CAPÍTULO V

¡DINERO! ¡DINERO! ¡DINERO!

El dinero tiene el poder mágico de allanar grandes dificultades y destruir obstáculos, por poderosos, por invencibles que parezcan, y no en balde se dice, que pocas puertas resisten á una llave de oro.

El dinero es el dios del siglo, á quien la sociedad rinde una adoracion, que tiene tanto de vértigo como fanatismo.

El hombre rico adquiere entre sus semejantes una fuerza moral superlativa, porque el oro todo lo embellece, todo lo hermosea, menos el alma y las deformidades del corazon humano.

Pero ¿quién ve el alma, quién ve el corazon á través de los diamantes, de la seda y del paño de Sedan?

La vista se fascina, el espíritu se aturde, y se rinde adoracion juzgando desgraciadamente por el esterior.

Cuando la corteza es de oro, muy pocos son los que se fijan en que el fondo puede ser de cieno.

Ejemplos mil nos presenta la sociedad, de hombres y mujeres, que despreciaríamos si no se hallaran encumbrados sobre el becerro de oro.

El que posee una gran fortuna y no le duele gastarla; el que se ha enriquecido aunque sea á costa de las lágrimas de la desgracia, si es espléndido y dadivoso, la sociedad pequeña y rastrera le rinde adoracion, porque el espíritu de independencia y de puritanismo va siendo un mito en el siglo del vapor y del telégrafo eléctrico.

Poseer mucho oro, es poseer una varita de virtudes, que, como los polvos de la madre Celestina, el anillo del marqués de Villena, la pata de Cabra y otros mil amuletos soñados por los poetas, lo consigue todo, y es, por decirlo así, dócil esclavo del deseo.

Solo dos cosas no puede adquirir el rico, cuando ha hecho su fortuna de un modo infame: la tranquilidad del sueño y la paz de la conciencia. Si muchos ricos pudieran comprar el olvido, darian por él la mitad de su fortuna; pero Dios, que así lo ha dispuesto, es un juez á quien los poderosos de la tierra no han podido sobornar nunca desde el dia que brotó la luz ante el poder de su palabra, ni sobornarán jamás hasta el terrible instante anunciado por San Juan en el Apocalipsis.

Pero dejando á los ricos con sus conciencias mas ó menos sobresaltadas, y sin entrometernos en buscar el orígen de algunas grandes fortunas, diremos de paso, que la que trajo de California don Joaquin de Labra,

tio de Ernesto, era bien adquirida, pues tenia su base en el santo y noble trabajo.

Don Joaquin deseaba establecerse en Madrid en una casa propia, y como los ricos pueden realizar la mayor parte de sus deseos, á los tres dias de su llegada, gracias á la actividad del señor Ruiz, habia adquirido un hermoso palacio en la Castellana de reciente y elegante construccion, y amueblado con todo el gusto y las exigencias de la época.

Compró tambien tres carruajes y dos troncos de caballos, y gracias á trescientos cincuenta y nueve mil duros, pudo llamarse dueño de aquella elegante y preciosa finca.

Inmediatamente el tio y el sobrino se instalaron en el palacio de la Castellana.

Gorrion siguió á su amo con el empleo de ayuda de cámara. El tio pagó todas las deudas del sobrino, y el señor Ruiz hizo con esto un buen negocio, entregando una tercera parte de las ganancias al nuevo ayuda de cámara, que tanto le habia ayudado.

Gorrion, viéndose desde este instante poseedor de seis mil duros, pensó como la mayor parte de los españoles, en crearse una renta comprando papel del Estado, y así lo hizo.

Sin embargo, ocultó á su amo su modesta fortuna, y continuó desempeñando su plaza de ayuda de cámara, procurando olvidar el pasado y dedicándose con fe al desempeño de las nuevas funciones de su presente.

Mientras tanto, pasaban los dias.

Ernesto habitaba el piso bajo del palacio; don Joa-

quin el principal, y la mayor armonía reinaba entre el tio y el sobrino.

En cuanto á Zulma el negro, escusado es decir que no se entrometia en ninguno de los asuntos de la casa. Su verdadera ocupacion era fumar, aculotar las pipas de su amo, y tenerlas siempre limpias y brillantes.

Don Joaquin habia elegido con gran detenimiento la pieza de fumar. Era un pequeño gabinete con vistas al jardin. Tenia una chimenea de mármol negro de Bélgica, y como daba la circunstancia de que estaba escayolada de blanco, solia decirle sonriéndose á su leal criado Zulma:

—Hombre, me gustaria poder aculotar esta habitacion. Tentado estoy por ponerle unos filetes de ámbar y mandar que me hagan unos medallones de escultura de espuma de mar, y luego colocamos un braserillo de plata en mitad de la habitacion, y á fuerza de quemar tabaco, quién sabe si lograríamos tener «culotte» las paredes y el techo.

A Zulma le pareció esto un gran pensamiento, y don Joaquin, como era rico y podia permitirse todos los caprichos, escribió á París pidiendo lo que necesitaba para realizar su pensamiento.

Mientras tanto, se entretuvo en arreglar todas sus pipas y todas sus boquillas. Aquel gabinete tomó el carácter de un museo: sus mil setecientas setenta y dos pipas, ó boquillas, fueron colocadas por la habitacion de un modo tan artístico como caprichoso.

Don Joaquin estaba loco de contento: se creia el sér mas feliz de la tierra. Sentia la satisfaccion del hombre

que despues de ímprobos trabajos y penosos esfuerzos, llega á un punto donde nadie ha llegado; y por eso cuando entraba en su cuarto de fumar, solia decirse, respirando con gozo:

—Nadie posee una coleccion tan rica y variada de pipas como yo; soy el rey de las pipas. Si otro hombre tuviese mas aficion y mas gusto en esta materia, seria para mí un desengaño terrible, y quién sabe si la desesperacion me conduciria al suicidio. Pero no, no; estoy seguro que nadie raya donde yo rayo.

Y soltando una ruidosa carcajada, dirigió en derredor suyo una mirada de gozo, preguntándole al negro:

—¿No es verdad, Zulma, que yo soy el rey de las pipas?

—¡Ah! ¡quién lo duda!—contestaba el negro, despidiendo una bocanada de humo y riéndose con la misma entonacion de su amo.

¡Pobre don Joaquin! Él ignoraba que en Madrid existe un escritor, que sin haberse enriquecido en las minas de California y sin mas patrimonio que su pluma y su talento, podia disputarle el glorioso título de rey de las pipas.

Este escritor se llama Eduardo Lustonó, y apenas trascurre una semana sin que enriquezca su coleccion de boquillas con un nuevo producto de espuma de mar y de ámbar, debido al ingenio caprichoso de algun artífice estranjero.

Cuando Lustonó se presenta en nuestra mesa del café Suizo ocho dias seguidos con una misma pipa en la boca, nos causa una verdadera admiracion, y todos

nos decimos: «Mañana, lo mas tarde, traerá otra nueva.»

Y efectivamente, así sucede: trascurren veinticuatro horas, y Lustonó entra por el Suizo con una pipa nueva, siempre caprichosa, siempre elegante, y nos hace exhalar un grito de admiracion, y pasa de mano en mano para ser examinada.

¡Ah! indudablemente don Joaquin de Labra no conocia á mi amigo Lustonó, porque se hubiera muerto de envidia ó de desesperacion, á no ser que, siguiendo el ejemplo de los ricos caprichosos, le hubiera propuesto comprarle las pipas, lo que le hubiera costado bastante caro, porque Lustonó es un buen aficionado, y prefiere sus pipas al dinero que en realidad valen, puesto que las compra precisamente porque tiene gusto en ello.

Perdona, querido Eduardo, si te hago tomar parte, aunque ligeramente, en estas páginas, que escribo para entretener el ocio de mis lectores; pero tu nombre en mi libro no supone otra cosa que una prueba del cariño que te profeso.

Pero volvamos á reanudar la interrumpida narracion de nuestra historia.

Ernesto entró en el cuarto de fumar de su tio, en donde don Joaquin y Zulma, convertidos en dos chimeneas, se hallaban sentados uno enfrente del otro, y fumando á duo de un modo verdaderamente democrático.

—¿Almuerzas hoy conmigo?—preguntó don Joaquin á Ernesto.

—Sí, querido tio, y por cierto que tengo buen apetito, porque he madrugado mucho.

—¿Tenias que hacer?

—He ido á ver un caballo; ¡precioso animal!

—¿Lo has comprado?

—Quisiera que lo viese usted antes.

—¡Bah! gustándote á tí...—contestó don Joaquin haciendo al mismo tiempo un movimiento con los hombros.

—Sin embargo, como es un caballo de precio, árabe de raza pura, piden veinticuatro mil reales.

—Pues bien; si te gusta que vengan á cobrar, y asunto concluido.

—Es usted el mejor de los tios.

Y Ernesto, introduciendo la mano derecha en el bolsillo del pecho de su levita, sacó un elegante estuche de tafilete, y dijo sonriéndose:

—He comprado esta boquilla para usted...

—¡Una boquilla! ¿á ver?—añadió don Joaquin extendiendo la mano y abriendo los ojos como si hubiera visto á sus piés una mina de oro.—¡Diantre! ¡sabes que es preciosa!... ¡y de muy buena calidad! ¡te habrá costado cara!

—Ochocientos reales.

—En América hubiera costado doscientos pesos; tengo una bastante parecida á esa.

—Celebro mucho que sea del gusto de usted.

—Zulma, toma esta pipa y comienza á aculotarla; pero te encargo tengas cuidado, pues ya ves que es muy delicada.

La boquilla era un verdadero capricho, delicadamente ejecutado.

Consistia en un trozo de ámbar opaco, cuyo rema-

te era una mano perfectamente modelada, de ámbar tambien, y esta mano sostenia la cabeza de una mujer, tan encantadora como provocativa, de cuyo gracioso sombrerito caia un velo que la llegaba hasta la boca.

Este velo estaba hecho tan delicadamente, que á través de él se veian todas las facciones de aquella magistral escultura.

Don Joaquin abrazó á su sobrino en agradecimiento del regalo, y cogiéndole del brazo, añadió:

—Vamos á almorzar; Zulma, vuelvo á recomendarte la pipa que acaba de regalarme mi sobrino; á tu maestría poco comun la confio. Hasta luego.

Ernesto nada dijo; pero pensaba para su capote, que no era poca fortuna la suya el que su tio Joaquin hubiese venido de California con ciento treinta millones de reales, dispuesto á aculotar pipas mientras él gastaba su dinero.

CAPÍTULO VI

LOS VIVOS Y LOS MUERTOS

Instalado en Madrid con casa propia y todo el tren que correspondia á su fortuna, don Joaquin creyó muy conveniente pasar una esquela de invitacion á sus amigos de antaño.

Pero al concebir esta idea, se le ocurrió otra, á saber, que muchos de sus amigos, ó habrian muerto, ó cambiado de residencia.

Cogió la pluma y un pliego de papel, y comenzó á escribir nombres de antiguos amigos, esperando que su sobrino, que no se habia movido de Madrid, le indicaria los fallecidos y los ausentes.

Cuando llegó al conde de la Fe, se dijo:

—Este sí que sentiria que se hubiera muerto. Nos queríamos como hermanos, y hemos corrido mas de una aventura juntos.

Aquella misma tarde, cuando fué á comer Ernesto, don Joaquin le dijo:

—¿Sabes que se me ha ocurrido ofrecer mi casa á todos mis antiguos amigos?

—Me parece bien, querido tio. Esa es una costumbre á la que no debe faltarse nunca.

—Pero sospecho que en mas de veinte años que hace que no les veo, muchos de ellos habrán emprendido el camino de la eternidad.

—Eso es muy probable,—contestó sonriéndose Ernesto.

—¡Ah! ¡y tan probable, querido sobrino! Cuando uno tiene la fortuna de pasar de los sesenta, vuelve los ojos en derredor suyo, pasa una revista por su memoria, y ve con sentimiento que muchos le precedieron, abandonando el mundo de los vivos, y esto es un aviso que nos grita al oido: «Pronto te tocará á tí la vez.»

—¿Y qué remedio? Todo lo que nace muere, y es preciso resignarse.

—Sí, sí, diablo, ya lo sé; tambien me resigno yo, y no esperes que por eso pierda mi apetito y mi buen humor. Así pues, invitaremos á los que vivan, y no me desagradará ver reunidos una noche á la semana en mi casa, tomando una taza de café y fumando un buen tabaco, á mis antiguos camaradas. Pero tú, que no te has movido de Madrid, tal vez conozcas á muchos de ellos, y podrás darme alguna noticia que me ahorre el trabajo de enviarles esquela de invitacion. Comienzo, pues, por preguntarte por el mejor de mis amigos, por el mas íntimo, por el conde de la Fe.

Al oir este nombre, Ernesto no pudo contener un movimiento, porque el conde de la Fe le recordaba una

época de su vida, durante la cual su conducta no habia sido muy digna.

Nuestros lectores recordarán, que necesitando el conde de la Fé un jóven que inspirara celos á Daniel, habia buscado al baron de Labra, pagándole generosamente su trabajo.

Esta farsa habia dado por resultado un desafío, cuyas condiciones arregló tambien por dinero el conde de la Fé.

En aquella ocasion, Ernesto no habia sido otra cosa que un don Juan Tenorio alquilado para representar una farsa; y Ernesto, que deseaba pasar á los ojos de su tio por un jóven digno y acreedor á ser su heredero, temia que el conde de la Fé revelara algunas particularidades de su vida, no muy santa, á don Joaquin.

Pero, por otra parte, siendo el conde de la Fé una persona muy conocida en Madrid, no podia ocultarle, sin grave riesgo de ser desmentido, que existia y disfrutaba de cabal salud.

Así pues, se resolvió á decir la verdad, si bien reservándose el derecho de parar el golpe haciendo una visita al conde de la Fé antes de que este tuviera la primera entrevista con su tio don Joaquin.

—Empieza usted bien el catálogo de sus amigos,—dijo Ernesto, procurando sonreirse.—El conde de la Fé vive sano y bueno.

—¿De veras? Me das una gran noticia, y me alegro infinito. ¿Supongo que tiene su residencia en Madrid?

—En la calle del Arenal.

—Entonces iré á verle mañana mismo. Estoy seguro

que se alegrará tanto como yo, de darme un abrazo.

—No se moleste usted, querido tio, porque el conde de la Fé se marchó hace dos meses al estranjero, y creo que aun no ha vuelto.

—Pues bien; procuras enterarte si ha regresado.

—Esta misma noche iré á su casa.

Don Joaquin continuó haciendo preguntas á su sobrino, y este satisfacia la curiosidad natural de su tio, contestando lacónicamente: «muerto, vivo.»

Por último, el americano, dándose una palmada en la frente, como si le acudiera en aquel momento á la memoria algun nombre importante, volvió á preguntar:

—¿Hombre, sabes tú qué se ha hecho de un coronel muy dado á los pronunciamientos, tan valiente como buen mozo, y que no dejaba de figurar en nuestra sociedad? Se llamaba Pedro Lostan.

—¡Ah! don Pedro Lostan vive tambien, y es hoy nada menos que general y marqués, posee una gran fortuna, y es padre de una hermosa jóven, que forma todos sus encantos y reasume todas sus ambiciones.

—¿Con que vive, y es general y marqués? No me estraña en verdad su encumbramiento. Pedro era ambicioso y tenaz, y yo siempre he creido que si no le mataba una bala llegaria á general.

Indudablemente cruzó alguna idea por la imaginacion de Ernesto, y preguntó á su tio:

—¿Es usted muy amigo del general Lostan?

—Hombre, lo he sido mucho en otro tiempo, cuando

solo tenia su espada y su empleo de coronel; hace mas de veinte años que no le veo, pero supongo que no rechazará mi amistad, pues si él es general y marqués, yo soy millonario, y váyase lo uno por lo otro.

—Pues bien, querido tio; anticipadamente, y por si llega usted á tener alguna influencia con el general, voy á decirle que no me disgustaria casarme con su encantadora hija.

—¡Hola, hola! ¿comienzas á tener pensamientos de hombre formal? En verdad que no me disgusta que ya pienses en tomar estado; pero esa es una cuestion grave, que conviene meditarla mucho.

Ernesto no olvidaba la frialdad con que Clotilde habia recibido sus galanterías. Su amor propio, pues, se hallaba resentido, pero las cosas habian cambiado mucho con la presencia inesperada de su tio en Madrid.

Un protector que posee ciento treinta millones puede hacer milagros, y á Ernesto se le ocurrió rápidamente la idea de emplear el apoyo de su tio, para conseguir lo que por él solo, y siendo pobre, no hubiera logrado jamás: la mano de Clotilde.

Por otra parte, este deseo repentino de matrimonio, no era todo amor. Ernesto, que se habia visto casi abrumado por la pobreza, perseguido por sus acreedores, y con un porvenir negro como una noche de tempestad, temia que por uno de esos caprichos tan propios de la vejez, se le escapara de las manos la inmensa fortuna de su tio.

Estos temores de Ernesto eran lógicos.

Don Joaquin, á pesar de sus sesenta años, se ha-

llaba fuerte, sano y ágil: era, como suele decirse, un viejo fresco, á quien no le faltaba ni un diente, ni una muela, y estos viejos son temibles, sobre todo cuando han permanecido solteros toda su vida.

Si á don Joaquin se le ocurria la idea de casarse con una muchacha jóven, Ernesto podia contarse perdido, y si de este matrimonio resultaba un hijo, entonces el baron de Labra quedaba arruinado.

Ernesto calculó que ante todo, y sin pérdida de tiempo, era preciso asegurar su porvenir, crearse una fortuna propia, obligar á su tio á que le diera algunos millones que le pusieran al abrigo de todas las eventualidades de la vida por los caprichos de un viejo.

Si lograba su propósito, es decir, si con la influencia y los millones de su tio conseguia casarse con Clotilde, además del gran dote de la novia, era lógico esperar otro dote de parte de su tio, y una vez dueño de doce ó veinte millones, su mision sobre la tierra consistia en tener contento á don Joaquin, esperando tranquilo la hora de su muerte para apoderarse entonces del resto de su fortuna.

Concebido este plan, se propuso realizarle, aunque le parecia habia de encontrar bastantes dificultades.

—Tengo la seguridad, querido tio,—añadió Ernesto, reanudando la conversacion,—de que cuando usted conozca á la hija del general Lostan, me va á tener por hombre de muy buen gusto en materia de mujeres.

—No lo dudo; pero yo, que siempre he tenido un miedo espantoso al matrimonio; yo, que he sabido librarme con heroismo de todas las tentaciones femeninas; yo, que

soy tu tio y debo ejercer contigo las funciones de padre, puesto que el tuyo tuvo el mal gusto de morirse, te diré que no basta que una mujer tenga bonito el rostro y elegante el cuerpo; pues necesita otras condiciones, sin las cuales es imposible que haga la felicidad del hombre que se una con ella.

—Es que la hija del general Lostan posee esas condiciones, querido tio.

—Allá lo veremos. Un casamiento no es escopetazo de pícaro; pero cuenta conmigo, si esa muchacha es tal y cual tú dices. Pero no te olvides esta noche de enterarte si el conde de la Fé está en Madrid, pues quisiera visitarle mañana.

CAPÍTULO VII

DONDE ERNESTO VISITA Á SU ANTIGUO PROTECTOR

Serian las nueve de la noche del dia que nos ocupa, cuando una berlina, tirada por dos hermosas yeguas castañas, se detuvo ante el lujoso portal de la casa del conde de la Fé.

De esta berlina bajó un jóven elegantemente vestido. Era el baron de Labra.

Entró resueltamente en el portal, y sin tomarse la molestia de saludar al portero, que se habia quitado la gorra para saludarle, le preguntó:

—¿Ha llegado el señor conde?

—Sí, señor baron,—contestó el portero inclinándose; —ha llegado esta mañana.

Ernesto subió la escalera tarareando un aire de «La Favorita,» y llegó al piso principal, que era el que ocupaba el conde.

Un criado de librea se hallaba á la puerta, tieso, inmóvil y como impidiéndole el paso.

—Anúncieme usted al señor conde,—le dijo.—Tengo precision de verle en el acto.

—Dispense usted, caballero,—contestó el criado;—el señor conde no recibe hoy á nadie.

—¡Bah! eso no reza conmigo. Dígale usted que quiere verle el baron de Labra, porque tiene que hablarle de cosas tan urgentes como importantes.

—Sin embargo, caballero, yo tengo la órden...

—Si sabremos aquí lo que son esas órdenes. Le digo á usted que me anuncie, y acabemos esta cuestion.

Ernesto pronunció estas palabras con tal imperio, con tal entonacion de mando, que el criado, aturdido, no se atrevió á desobedecerle.

Un momento despues, Ernesto era introducido en el despacho del conde de la Fé.

El viejo aristócrata, sentado junto á una mesa, se entretenia en tomar café y leer un periódico.

Una riquísima lámpara, cuya ancha pantalla recogia todo el foco de luz, vertiéndolo sobre la mesa y dejando casi en tinieblas los ángulos de la habitacion, ocultaba por completo al conde, hundido en una butaca.

Ernesto avanzó hasta colocarse á dos pasos de distancia del conde, y este entonces, levantando la cabeza, le preguntó con gran naturalidad:

—¿Qué diablo ocurre, que así obliga usted á mis criados á que falten á la consigna que les doy?

Ernesto, despues de dirigir una mirada en derredor suyo, y persuadido de que se hallaban solos, cogió una silla, la colocó junto á la butaca del conde, y dijo:

—Ocurren, señor conde, cosas fabulosas, dignas de figurar en una comedia de magia, y como usted ha sido siempre mi protector, mi noble amigo y mi leal consejero, yo tan pronto como he sabido su regreso, me presento, á fuer de hombre agradecido, á darle á usted cuenta de todo lo que sucede.

—Hablemos pues; pero tomando café si á usted le parece,—contestó el conde.

—El café y el tabaco nunca se desairan,—añadió Ernesto, sirviéndose una taza.

Y despues de encender un tabaco, añadió:

—En primer lugar, debo decirle á usted, señor conde, que mi situacion ha cambiado notablemente.

—De lo que me alegro infinito,—contestó el conde sonriéndose.

—Hace algunos dias me hallaba amenazado por el hambre, la desesperacion y el suicidio; no tenia adonde caerme muerto, y hoy, gracias á las combinaciones absurdas de la casualidad, veo en lontananza una fortuna de mas de cien millones de reales.

—¡Diantre!... ¿sabe usted, baron, que el cambio es verdaderamente notable?...

—Ya he tenido el honor de decir á usted, que se trataba de un asunto prodigioso, casi mágico.

—Me tiene usted con grande curiosidad, y le ruego que no la demore mucho tiempo.

—Pues todo ello se reduce á que acaba de llegar de California un tio carnal, que trae consigo una fortuna insolente, nada menos que ciento treinta millones.

—¿Sabe usted, baron, que es un gran tio el tio de usted?—repuso el conde riéndose.

—Creo que es el mas grande y el mas oportuno de la creacion, y dudo que se encuentre otro que posea las condiciones que él.

—Opino lo mismo; pero adelante con la historia.

—En primer lugar, mi tio, no solamente se ha enriquecido á fuerza de trabajar, sino que tuvo la gran virtud de permanecer soltero, sin duda porque el ángel de mi guarda así se lo aconsejó, para que con el tiempo pudiera nombrarme su heredero universal, pues soy su único pariente.

—Comprendo que ha sido para usted fortuna, y no poca, la inesperada vuelta de su señor tio...

—A quien usted conoce.

—¿Yo?

—Pues él, á pesar de sus millones y sus largos años de ausencia, me ha hablado de su antiguo amigo el conde de la Fé.

—Sí, efectivamente; ahora recuerdo que fuí amigo de un hermano del padre de usted, que se marchó á América hace mas de veinte años.

—Pues bien; mi tio Joaquin es el que acaba de llegar convertido en millonario, y yo, cumpliendo sus deseos, vengo á aunciarle á usted que mañana recibirá su visita.

—Con mucho gusto, baron, porque Joaquin y yo hemos sido buenos amigos en nuestras mocedades.

—Ahora, señor conde, que he cumplido el encargo de mi tio, si usted me lo permíte, voy á hablarle por

cuenta propia. Entre nosotros seria inútil andar con rodeos y palabras ambiguas; nos conocemos perfectamente, y no debemos emplear mas que un lenguaje franco y abierto. Usted sabe, señor conde, que yo estoy arruinado, y que mi ruina es hija, no de la desgracia, sino de los vicios, de mi mala conducta, de mi cabeza ligera.

Y Ernesto sonriéndose, añadió:

—Ya ve usted que me trato con una severidad digna de elogio.

—Efectivamente, y le aconsejo que continúe por ese camino, que es el mejor.

—Mi tio ha llegado á Madrid con una oportunidad que yo no me cansaré nunca de elogiar. Espléndido y cariñoso conmigo, al saber el mal estado de mi fortuna pagó mis deudas, y abriéndome los brazos como un padre me obligó á que me fuera á vivir con él; y efectivamente, me hallo instalado en su hermoso palacio de la Castellana, viviendo con todas las comodidades y disfrutando de todas las prerogativas y ventajas del hijo único de un millonario. Mi tio se ha portado con tal delicadeza, que aun no se ha tomado siquiera la molestia de averiguar la causa de mi ruina. Ahora bien, señor conde: como mi historia tiene algunos puntos negros, algunas manchas que no me honran mucho, espero de la bondad de usted, que cuando mañana se presente aquí mi tio á ofrecerle su casa, si se habla de mi persona, la enaltezca usted á sus ojos, pues yo sé que han de ser las apreciaciones de usted de mucho peso para mi querido tio.

—Comprendo perfectamente lo que usted quiere,

Ernesto; que disculpe su ruina, y eso es un deber en mí, aunque no sea mas que por los buenos servicios que en otras ocasiones me ha prestado.

—Y que estoy dispuesto á prestar siempre, aunque no sea mas que como una prueba de mi agradecimiento. Yo he cometido, señor conde, muchas tonterías; he hecho bastantes locuras, pero como he cumplido los treinta años, al verme instalado cómodamente en el piso bajo del palacio de mi generoso tio, he hecho tambien propósito de enmienda, y quiero que comience para mí una vida nueva. El porvenir me sonrie por todas partes; seria un insensato si le dejara escapar, cometiendo nuevas imprudencias; pienso, pues, aprovechar el tiempo y ganar lo perdido. Nada ocultaré á usted, á quien estoy acostumbrado á mirar como á mi generoso protector. Pienso casarme.

El conde hizo un brusco movimiento, como para espresar la sorpresa que le causaba la inesperada salida de Ernesto.

—Sí, pienso casarme, señor conde, y diré á usted las causas por que me hallo resuelto á llevar á cabo tan temeraria empresa, confiando en que usted, despues de oirlas, me dará un buen consejo.

El conde guardó silencio, y Ernesto, despues de saborear un par de sorbos de café, volvió á decir:

—El hombre que nace rico, que hereda de sus padres una fortuna decente, que se acostumbra desde niño á vivir con cierto lujo, y luego, perdiendo hasta la última peseta, llega á conocer las enojosas é insoportables privaciones de la pobreza, aprende mucho en esta

vida, porque nada hay tan horriblemente feo como la miseria. La experiencia, pues, señor conde, me ha enseñado que hoy que vuelve á sonreirme la fortuna, debo obrar con gran prudencia, y aprovecharme de ella.

—¿Y por eso quiere usted casarse?

—Sí, por eso. Pero aún no lo he dicho todo. Mi buen tio don Joaquin ha cumplido los sesenta años, y permanece aun solterito. Hoy por hoy, supongo que está muy léjos de su mente la idea del matrimonio; pero la casualidad, madre de los grandes acontecimientos de la vida, podia presentarle mañana delante de su paso una de esas mujeres que fascinan, que enloquecen, y como ciento treinta millones de fortuna lo rejuvenecen y embellecen todo, podria suceder que á mi tio se le ocurriese casarse.

—Veo que es usted un hombre precavido,—repuso el conde sonriéndose.

—La desgracia enseña mucho. Y volviendo á mi relato, diré, que si á mi tio le ocurriese la locura de casarse, este matrimonio podia ser fatal para mí.

—¡Quién lo duda!

—Por lo mismo he tenido el pensamiento de casarme yo antes, y de este modo, con el dote mi mujer y la cantidad que dé mi tio para mi emancipacion, puedo reunir una fortuna mia independiente, puesta al abrigo de los caprichos de la vejez. Y esto, señor conde, deseo realizarlo pronto, hoy mejor que mañana, porque hoy mi tio se halla dispuesto á concedérmelo todo, y mañana tal vez cambie de parecer y no quiera concederme nada.

—No es malo el plan; pero ¿ha pensado usted que para casarse y para realizar el pensamiento que desea, se necesita encontrar una mujer rica? Porque supongo que usted no querrá contraer matrimonio con una pobre.

—¡Oh! nada de eso, me asusta la pobreza.

—Entonces tendrá usted elegida la mujer que reasuma todos sus deseos?...

—Sí, señor.

—Veo que tiene usted adelantado el negocio.

—No tanto como usted cree, señor conde.

—No comprendo...

—Yo he elegido la mujer que me conviene, la que llenaria por completo mis deseos y ambicion, la que dejaria satisfecho mi amor propio; pero dudo si yo le convendré á ella, y para conseguir eso necesito la proteccion de usted.

—Sepamos ante todo el nombre de la agraciada.

—Se llama Clotilde de Lostan.

—¡Ah, diablo! no tiene usted mal gusto, querido baron.

—Recuerde usted, señor conde, que usted fué el que me hizo fijar la mirada en esa jóven.

—Es cierto, y usted recordará que puse de mi parte todo cuanto pude para que lograra una victoria completa.

—La que no conseguí, gracias á su ahijado de usted Daniel; la que no conseguiré nunca, si usted continúa protegiendo al audaz lugareño que se atrevió á cruzar su espada con la mia.

—¡Oh! en cuanto á ese rival, debe inspirarle á us-

ted poco miedo,—contestó el conde sonriéndose.—Clotilde no será nunca su esposa, yo lo juro.

—Entonces concibo la esperanza de vencer los frios desdenes de esa encantadora muchacha. Con los millones de mi tio y la proteccion del conde de la Fé, el triunfo será mio.

El conde demostró cierta reserva con Ernesto: á nada absolutamente se comprometió, porque en aquel instante ignoraba si podia utilizar en provecho de su querida venganza las pretensiones del baron de Labra.

Ernesto permaneció media hora mas en el despacho del conde, el cual le dió su palabra formal de no revelar á su tio sus calaveradas inconvenientes.

Luego se despidieron.

Cuando el conde se quedó solo, permaneció algunos instantes inmóvil, meditabundo, y por fin agitando la cabeza, se dijo hablando consigo mismo:

—¡Quién sabe! tal vez podrá convenirme que Ernesto pida la mano de Clotilde. Allá veremos.

Y continuó leyendo su periódico.

CAPÍTULO VIII

LOS RECUERDOS DE UN VIEJO ALEGRE

Ernesto, completamente tranquilo y seguro de que el conde de la Fé no revelaria á su tio ciertas particularidades de su vida privada que le honraban poco, regresó al palacio de la Castellana.

Don Joaquin y Zulma el negro se hallaban jugando una partida de ajedrez, y la jugada debia ser tan difícil como grave; pues ambos, con los codos apoyados sobre la mesa, las barbas en las palmas de las manos y las miradas fijas en los peones, parecian dos estátuas de piedra.

Jamás general alguno fijó los ojos sobre un mapa la víspera de una gran batalla, con mas profunda atencion que don Joaquin y Zulma sobre el tablero que tenian delante.

Ernesto sabia que para un jugador de ajedrez ganar un juego es una cuestion de honra, y nada existe para él, ni la familia ni la patria, ni aun el

peligro de muerte, cuando se presenta una de esas jugadas difíciles que deciden la partida.

Por no enojar á su tio, permaneció sin meter ruido junto á la puerta esperando que tornara á la vida y á la animacion su cuerpo.

Interrumpirle en aquel momento grave hubiera sido una imprudencia, y Ernesto no queria disgustar á su tio.

Permaneció, pues, mas de veinte minutos sin moverse del mismo sitio, reflexionando en silencio hasta dónde llega la reconcentracion de un jugador de ajedrez.

Por fin notó una sonrisa de satisfaccion en los labios de su tio, y un gesto de disgusto en el semblante del negro.

Aquella sonrisa le indicaba que don Joaquin habia resuelto el problema de la jugada.

La fisonomía del millonario iba cambiando rápidamente, y sus ojos dirigian una mirada de triunfo á Zulma.

—Estás perdido, pobre Zulma,—esclamó por fin don Joaquin;—la jugada es mia, y todos tus esfuerzos solo servirán para quebrarte la cabeza. No hay escape, no hay salvacion; convéncete de ello, y no seas terco.

El negro buscó durante algunos segundos un recurso salvador; pero convencido de su impotencia, dijo exhalando un suspiro:

—¡Es imposible ganar, y me rindo á discrecion!

Ernesto aprovechó este momento que le pareció muy oportuno, para avanzar hácia su tio.

—¡Hola! ¿eres tú?

—El mismo en cuerpo y alma.

—¿Cómo te retiras tan temprano? ¿Estás enfermo?

—No, señor, gracias á Dios.

—Entonces...

—Es que tengo que darle á usted una buena noticia, y no he querido retardarla. Vengo de casa del conde de la Fé.

—¡Ah! ¿y qué dice Fernando?

—Ha llegado esta mañana, y tiene muchos deseos de dar á usted un abrazo. Yo me he tomado la libertad de anunciarle la visita de usted para mañana.

—No faltaré. Tengo yo tambien grandes deseos de verle, de darle un apretado abrazo y recordarle nuestras mocedades. ¡Oh! tú aun eres jóven, hijo mio; para tí no ha llegado todavía la vida de los recuerdos, poema encantador de la vejez, que se recita con frecuencia junto al hogar en las veladas de invierno.

—Tambien los jóvenes tenemos recuerdos, querido tio.

—Sí, sí, pero el calor del presente enfria el pasado. ¿No es verdad, Zulma?

El negro, á quien consultaba con frecuencia su amo, nunca se habia tomado la libertad de contradecirle; así es que contestó como siempre.

—¡Oh! ¿quién lo duda?

Y como los peones se hallaban ya formados sobre el tablero, Zulma se permitió dirigir esta pregunta á su amo:

—¿Jugamos otra partida?

—¡Hola! ¿quieres la revancha? Con tu permiso, Ernesto, con tu permiso, voy á darle una leccion á este moreno.

El baron de Labra, comprendiendo que se aburria menos en otra parte que viendo jugar á su tio, le dejó con su ajedrez y con su negro, y salió de la habitacion.

. . . . . .

Don Joaquin de Labra tenia la buena costumbre de madrugar, y como es sabido que los viejos tienen muchas particularidades de los niños, se levantó á las ocho de la mañana y comenzó á sentir una viva impaciencia y un gran deseo de abrazar á su antiguo y querido amigo el conde de la Fé.

Lo primero que se le ocurrió fué coger la pluma y escribir esta carta:

«Querido conde: cuando dos amigos como nosotros, despues de veinte años de ausencia, vuelven á encontrarse, tienen sobrado motivo para echar una cana al aire y brindar por los tiempos pasados con una copa de buen vino de Borgoña en la mano, de ese vino que calienta la sangre de los viejos y alegra el corazon.

»¿Quieres almorzar conmigo? ¿Quieres que vaya yo á almorzar contigo? Te ruego que contestes á estas preguntas, y espero con impaciencia tu contestacion.

»Tu antiguo amigo, que desea abrazarte,

»Joaquin de Labra.»

Don Joaquin llamó á un criado, le entregó la carta, y esperó.

Una hora despues recibia esta contestacion:

»Querido Joaquin: Hoy te daré yo de almorzar; me siento á la mesa á las doce en punto. Te espero. Y mañana me devolverás este almuerzo en tu palacio de la Castellana.

»Tengo, como tú, grandes deseos de verte y abrazarte.

»Te quiere de veras tu amigo,

»El conde de la Fé.»

Esta carta llenó de alegría el corazon de don Joaquin.

Pidió el coche para las once en punto, y comenzó á vestirse con el mismo esmero que si se tratara de una cita de amor.

—Quiero que mi amigo Fernando me encuentre jóven, me tenga envidia por lo bien que he sabido conservarme,—se decia.

A las diez y media habia concluido su «toilette,» y como el tiempo no corria con bastante precipitacion, bajó al cuarto de Ernesto por ver si queria acompañarle á casa del conde.

Ernesto se hallaba aun en la cama. Recibió á su tio medio incorporado sobre las almohadas y con el sueño suspendido sobre los párpados.

—¿Supongo que no querrás acompañarme?—le preguntó don Joaquin.

—¿Adónde, querido tio?

—A casa del conde de la Fé. Me ha convidado á almorzar.

—Seria yo un imprudente si interrumpiera con mi

presencia la primera entrevista de dos antiguos amigos, que es indudable tendrán muchas cosas que contarse.

—Dices bien.

—Me quedo, por consiguiente, en la cama, y cuanto mas, me permitiré ir á tomar con ustedes una taza de café.

—Como quieras.

—¿A qué hora es el almuerzo?

—A las doce en punto.

—Pues entonces yo iré á las tres á buscarle á usted, para que vayamos juntos á ver el caballo que tengo en ajuste.

—Te espero.

—Buen apetito y buena digestion, querido tio.

—Hé ahí dos cosas que no he perdido nunca, á pesar de mis años.

—No olvide usted que el hombre que las posee vive un siglo.

—Dios te oiga, y duerme un poco, porque te se cierran los ojos, por mas que haces esfuerzos para tenerlos abiertos.

Y don Joaquin salió riéndose de la habitacion de su sobrino.

Ernesto dió una vuelta en su lecho, se acomodó bien, y se dispuso á reconciliarse con el sueño.

A las doce menos cuarto, don Joaquin, verdaderamente conmovido, entraba en el gabinete del conde de la Fé, y este, saliéndole al encuentro, le recibió con los brazos abiertos.

—¡Querido Joaquin!

—¡Querido Fernando!

—¡Estás hecho un pollo!—repuso el conde, contemplando con verdadera satisfaccion á su amigo.

—Es que la vida del campo, querido Fernando, rejuvenece notablemente; mientras los que vivís aquí respirando el aire envenenado de las ciudades, haciendo de la noche dia y del dia noche, acabais por reñir con la salud y adquirir algun padecimiento crónico, que llena de achaques vuestra vejez.

—Dices bien, querido Joaquin, dices bien; pero cuando se conoce esta equivocacion, es por desgracia demasiado tarde. Tú estás mucho mas jóven, mucho mas fuerte que yo, y te felicito por ello.

—Allá en California hacia una vida verdaderamente salvaje. He trabajado mucho, es cierto; pero vencidas las primeras dificultades y lograda la base de mi fortuna, comencé á darme buena vida.

—Pero segun me ha dicho tu sobrino Ernesto, has traido á España una fortuna colosal.

—Sí, soy rico, inmensamente rico; ¡qué quieres! en esa pícara América se encuentra el oro á espuertas, y yo llegué con tal oportunidad, que apenas tuve que hacer otra cosa que encorvar mi cuerpo sobre las minas y cogerle á manos llenas. Y mientras otros lo gastaban comprando las caricias de las entretenidas que nos enviaban los especuladores europeos, yo lo guardaba, porque al salir de España habia hecho una cruz á las mujeres como al diablo.

—Sin embargo, recuerdo que en otro tiempo ad-

quiriste entre nosotros la fama de pirata callejero.

—Fama que me costó muchos disgustos, algunos lances desagradables y la modesta fortuna que me dejaron mis padres.

—En particular, tu conquista mas cara fué aquella célebre bailarina...

—¡Ah! sí, Gissela, la célebre Gissela, la de los cabellos de oro, como la llamaban los periodistas. Era una verdadera preciosidad: bailaba como una ondina, y se bebia una docena de botellas de Champagne cada dos dias. Gissela fué el cachetero de mi fortuna. No he vuelto á oir hablar de ella, de lo que me alegro infinitamente.

Y don Joaquin soltó una ruidosa carcajada.

—¿Te acuerdas,—añadió el conde,—de aquella muchacha modesta, pudorosa, que era hija de un médico?

—¡Ah, sí! con la que estuve á punto de casarme; pero afortunadamente me libró de esta desgracia un comisionista francés, que se escapó una noche con la ruborosa Dorotea, dejándome á mí con un palmo de narices y á sus padres derramando un mar de lágrimas. ¡Oh! aquella aventura fué verdaderamente cómica, y apenas puedo recordarla sin soltar una carcajada. Yo amaba á Dorotea con todo el entusiasmo de mi apasionado corazon, me hallaba dispuesto á hacerle el sacrificio de mi independencia, me disponia á reunir los papeles necesarios para casarme, cuando una noche al llegar á su casa lleno de amor y de entusiasmo, me encuentro la familia desolada, con los ojos arrasados en lágrimas, y me dicen de buenas á primeras que la ino-

cente Dorotea se habia fugado con un comisionista. En aquel momento, creo que si cojo al pícaro seductor lo estrangulo entre mis manos; pero luego hubiera querido tener su retrato para encenderle dos luces como al ángel de mi guarda, porque, chico, si me llego á casar con Dorotea, creo que me hubieran sucedido cosas muy graves.

Y don Joaquin continuó riéndose de una manera espansiva.

—Tú tambien, segun parece, te has librado de la pesada cruz del matrimonio.

—Sí, permanezco soltero,—contestó el conde.

—Sin embargo, recuerdo que pocos dias antes de marcharme te preocupaba la idea del matrimonio, y tenias relaciones con una jóven de la aristocracia.

—Esa jóven me olvidó para casarse con otro. Estas inconsecuencias son muy peculiares en la mujer; pero vamos á almorzar, y allí, en derredor de la mesa, continuaremos hablando de nuestros recuerdos.

—Sí, sí, vamos, porque tengo buen apetito, y espero hacer honor al cocinero de mi anfitrion.

Y el conde y don Joaquin, cogidos del brazo, se dirigieron hácia el comedor.

CAPITULO IX

DONDE CONTINÚA LA CONVERSACION DE LOS DOS VIEJOS

—Almorzaremos solos; yo tambien, como tú, carezco de familia: no tengo ni siquiera un sobrino que se siente á mi mesa y me dé un poco de conversacion,—dijo el conde, apoderándose de una silla.

—¡Ah, querido Fernando! Algunas veces se echa de menos la familia,—contestó don Joaquin.

—Yo nunca: me he acostumbrado á la soledad, al silencio; vivo encerrado en mi concha y rodeado de libros; el ruido me molesta.

—¡Quién sabe!... Tal vez tengas razon.

Y como don Joaquin pronunció estas palabras con triste acento, el conde esclamó:

—Almorcemos sin ocuparnos de cosas tristes.

—Sí, almorcemos; en la mesa debe reinar la alegría.

Los dos amigos comenzaron á almorzar alegremente.

Apenas trascurrian dos minutos sin que se dirigieran una pregunta, que les recordaba su juventud.

—El hombre, querido Fernando, no deberia envejecer nunca,—dijo don Joaquin.—Trabaja, se afana por enriquecerse, y cuando logra su deseo, cuando ve satisfecha su ambicion, entonces se encuentra que ya no puede disfrutar de la vida, porque es un pobre anciano: eso precisamente me sucede á mí.

—Te quejas sin motivo,—añadió el conde,—pues te encuentras aun fuerte y sano.

—La naturaleza, por muy fuerte, por muy vigorosa que sea, comienza á descomponerse á los sesenta y cuatro años, y esa es mi edad; antes de mucho, no podré beber Borgoña, ni tomar café ni fumar un buen tabaco.

—¿Pero hoy aun no te privas de esas tres cosas?

—No, gracias á Dios; aun tengo la felicidad de hacer buenas digestiones; esto alegra un tanto mi espíritu y me da fuerzas para esperar la época de los achaques.

—Te veo, amigo Joaquin, inclinado á los dulces goces de la familia, y nada me estrañaria que se te ocurriera casarte el dia menos pensado.

—Líbreme Dios á mis años de semejante pensamiento: mi sobrino es el que, segun parece, desea tomar estado; y á propósito, tú debes conocer á la señora de sus pensamientos.

—¿A la hija del general Lostan?

—La misma; ¿qué opinas tú de esa muchacha?

—Es un buen partido.

—Mi sobrino asegura que es la perfeccion misma

bajo todos puntos de vista; pero no debe darse crédito á las apreciaciones de los enamorados. Todo lo exageran de un modo lastimoso. ¿Qué enamorado cree que su amada es un demonio? Ninguno.

—Sin embargo, preciso es hacerle justicia en esta ocasion á Ernesto, porque Clotilde Lostan es una jóven perfecta.

—En fin, lo creo porque tú me lo dices, y pediré con mucho gusto al general Lostan la mano de su hija para mi sobrino.

—¿Conoces tú á Lostan?

—Fuimos amigos en otro tiempo, cuando era teniente coronel y no tenia mas fortuna que su espada y su audacia.

—Hoy es marqués y rico. Cuando vayas á visitarle, probablemente le encontrarás bastante cambiado.

—¿Se ha enorgullecido?

—Un poco.

—Tanto peor para él, porque los hombres orgullosos tienen pocos amigos.

El almuerzo continuó, y los dos amigos hablaron de muchas cosas, que nada tienen que ver con la presente historia.

Además, ciertos recuerdos de don Joaquin eran de un verde tan subido, que al referirlos en estas páginas podrian causar repugnancia á nuestros lectores.

Un viejo alegre y solteron que se entrega á los recuerdos despues de almorzar, con una copa de «Champagne» en la mano, es temible, sobre todo para los oidos castos.

El conde hablaba poco, pero se reia de los relatos de su amigo.

Bien es verdad que el conde, cuyo corazon habian secado los desengaños, y que á nadie amaba en el mundo, mientras su amigo referia sus pasadas aventuras, él meditaba el partido que podria sacar de las pretensiones de Ernesto á la mano de Clotilde.

El conde, á pesar de su escepticismo, tenia una buena condicion: no faltaba nunca á sus juramentos, ni á sus promesas.

Nada ambicionaba tanto como la venganza; por satisfacerla á su gusto, hubiera dado la mitad de los dias que le quedaban de vida; pero habia jurado no revelar á nadie el crímen del general, y aunque aquel secreto le ahogaba, no salia á sus labios.

Desbaratados sus planes, tal vez por la Providencia, en la que el conde no creia, aconsejado por la rabia y la desesperacion, tuvo un momento allá en las orillas del lago Leman, que pensó publicar en los periódicos la criminal historia de Lostan.

Pero afortunadamente supo contenerse, y volvió de nuevo á meditar otro plan de venganza.

Daniel y Clotilde, precisamente la misma noche que debian casarse matando á su padre de desesperacion y de vergüenza, se habian reconocido como hermanos.

Este golpe le aturdió; pero no tardó mucho en renacer la calma en su frio corazon, y se dijo:

—Buscaré otro camino que me conduzca á la venganza que anhelo.

El tiempo, sin embargo, pasaba, y el conde no hallaba el modo de vengarse sin faltar á su palabra.

Cuando Ernesto le manifestó su pensamiento de casarse con Clotilde con el poderoso auxilio de los millones de su tio, concibió la idea de que aquel libertino, malgastador y vicioso, le sirviera de instrumento para su venganza.

—En último resultado,—se dijo,—las pretensiones de Ernesto causarán alguna molestia á Lostan, que ni él ni Clotilde, ni la orgullosa marquesa, recibirán con gusto al baron pretendiente, cuyos vicios conoce todo Madrid, excepto su tio, que es á quien mas le interesaria saberlo.

Terminado el almuerzo, el conde mandó que les sirvieran el café en su despacho, adonde se dirigió dándole el brazo á su amigo.

Sabido es que el conde tenia la costumbre de tomar una copa de ron quemado despues del café, y que la calavera de Margarita servia para esta operacion.

Un criado lo dispuso todo: llenó de ron la taza de plata que coronaba el cráneo de Margarita, y le pegó fuego.

A don Joaquin le hizo gracia aquella copa de tan estraña como tétrica forma, y dijo:

—Es un verdadero capricho; mandaré hacer una copa de esa forma.

—No la he mandado hacer yo, querido Joaquin,—contestó el conde.

—¿Pues quién?

—El gran Artífice del mundo. La Naturaleza.

—¡Ah, diablo! es una calavera de veras.

—Sí.

—¡Un cráneo insepulto y blanqueado por los años!

—Sí, un cráneo humano, como lo será tu cabeza y la mia dentro de algunos años.

—Pues permite que te diga que ahora me parece mas raro el capricho; ¿pero quién te proporcionó esa calavera?

—La compré cuando aun se hallaba sujeta á los hombros de una mujer, y la mandé separar del tronco como un recuerdo.

—¿Luego tú la has conocido cuando la reanimaba un alma y la embellecia la vida y la carne?

—Sí, fué amiga mia,—contestó el conde sonriéndose.

—Desde ahora apuesto doble contra sencillo, que esa calavera tiene su historia.

—Y muy dramática, amigo mio.

—Entonces, reclamo que me cuentes esa historia mientras tomamos café.

—¡Ah! no haré semejante cosa, porque la digestion de mis huéspedes es para mí sagrada, y la historia de la mujer á quien perteneció ese cráneo levanta el estómago.

—Tus palabras promueven y escitan mi curiosidad; pero no insisto, pues comprendo que te causa una violencia referirla.

Y como en este momento un criado anunció al baron de Labra, el conde, dirigiendo una mirada hácia la puerta, dijo:

—Llega usted á tiempo de tomar café, Ernesto.

Ernesto estrechó las manos del conde y de su tio, y sentándose junto al velador, dijo:

—Acepto con mucho gusto, si es que no interrumpo con mi presencia la vida de los recuerdos de dos antiguos amigos.

—Las historias se acabaron,—contestó el conde;—tomemos café.

LIBRO QUINTO

ABNEGACION

CAPÍTULO PRIMERO

UN ALMA GENEROSA

Daniel llegó á Madrid, y fué á hospedarse modestamente en su antigua casa de huéspedes de la calle Ancha de San Bernardo.

La señora Aquilina le vió entrar por las puertas de su casa con gran regocijo de su corazon, porque amaba á su buen huésped Daniel como si fuera su hijo.

—¿Usted por aquí, señorito Daniel? ¡Ah, cuánto me alegro!

—Sí, amiga mia; vengo de hacer un viaje por el estranjero, pienso permanecer pocos dias en Madrid, y quisiera que usted me concediese hospitalidad.

—¡Pues es claro que se la concedo á usted! ¡no faltaba otra cosa! aunque tuviera que echar á la calle á todos mis huéspedes. Porque usted es el amo, y con esto basta. Pero afortunadamente no hay necesidad de eso, pues tengo desalquilado el gabinete y la sala.

Y dirigiéndose á los mozos del ferro-carril, que llevaban el equipaje, añadió:

—A ver, entren ustedes por aquí las maletas. ¡Vaya, vaya, y cuánto me alegro de ver á usted por esta casa!

Daniel conocia á su patrona doña Aquilina, y sabia que en soltando la sin hueso, no sabia hacer nunca punto final.

Jamás lengua femenina se movió con tanta facilidad dentro de la boca, como la lengua de doña Aquilina.

Por eso Daniel, cuando vió en la alcoba el equipaje, pagó á los mozos y dijo:

—Doña Aquilina, ya sabe usted mi costumbre: almorzaré á las once y comeré á las siete, y en cuanto á la comida, lo mismo que siempre. Ahora, con su permiso, voy á lavarme y á vestirme, pues tengo que hacer algunas visitas.

Y dicho esto, volvió la espalda á la patrona y entró en su gabinete, cerrando la puerta y dejándose caer en una butaca.

Daniel habia hecho el viaje de Ginebra á Madrid sin detenerse en ninguna parte; pero á los veintiun años se resiste la fatiga y se duerme bien, viajando en ferro-carril y en coche de primera.

Al dejarse caer en la butaca, mas que el cansancio del cuerpo, era el del espíritu el que le abrumaba.

Durante el viaje habia meditado mucho su situacion, y habia leido varias veces el manuscrito de su madre.

Su resolucion era firme, inquebrantable; iba á re-

tirarse á su modesto pueblo de Horche, y estaba dispuesto á salvar á Clotilde sacrificando su porvenir.

Para asegurar la felicidad de su hermana y la paz del espíritu de su padre, Daniel estaba decidido á llevar á cabo una entrevista con la marquesa del Rádio.

Esta entrevista le causaba gran violencia, era para él un sacrificio inmenso. Pero era preciso, indispensable y en ella debia demostrar á la orgullosa dama toda la grandeza de su alma, toda su generosidad, todo su heróico desprendimiento.

Antes de partir para Horche, pensaba tambien hacer una visita á Blanca y á su madre. A Blanca, cuyo amor secreto habia sorprendido, y por la que hubiera dado su vida, pero á la que no podia darle su corazon.

Daniel permaneció durante treinta minutos inmóvil en la butaca; pero por fin, levantando la cabeza, dijo hablando consigo mismo:

—Es preciso, y quiero terminar cuanto antes; tengo ya deseos de instalarme en mi retiro. Allí, al menos, nadie verá mis lágrimas ni oirá mis sollozos, porque los buenos y antiguos criados que allí me esperan son ciegos y sordos, que es como los necesito en este período de dolor y de amargura.

Y sonriéndose tristemente, añadió:

—No me faltará valor; se trata de la felicidad de mi hermana, y por mis venas circula la generosa sangre de mi madre.

Daniel comenzó á vestirse con gran esmero y casi de rigurosa etiqueta, solo que en vez del frac se puso una levita negra.

Tenia un magnífico y rico equipaje, y se habia acostumbrado á llevar la ropa con gran distincion y elegante soltura.

Jamás se habia mirado al espejo con tanto cuidado, nunca habia sentido como en aquel momento el deseo de parecer bien á la señora marquesa, á quien iba á visitar.

Cuando doña Aquilina le vió salir del gabinete, no pudo menos de mirarle con cierta satisfaccion, porque un huésped de aquel porte honraba la casa.

—¿Pues qué, no almuerza usted antes de salir?—le preguntó.

—No tengo absolutamente gana de nada. Sin duda esta inapetencia será porque me he desayunado esta mañana, no recuerdo en qué fonda del camino de hierro; pero pierda usted cuidado, que esta tarde comeré con buen apetito.

—En fin, como usted guste; pero el almuerzo estaba dispuesto, y que hubiera sido indudablemente del gusto de usted: tenia preparado un bistek, huevos, frutas, y como extraordinario por su llegada, una langosta á la mayonesa.

—Mucho siento haberla hecho trabajar tanto; pero luego comeré la langosta.

Y como Aquilina se disponia á tomar la palabra, Daniel se dirigió hácia la puerta, diciendo:

—Hasta luego. Volveré á las cinco de la tarde.

Y salió de la casa.

Daniel tomó un coche de plaza en el primer punto que halló á su paso, miró el reloj, eran las doce y me-

dia, dió al cochero las señas de la casa del general Lostan, y entró en el carruaje.

Algunos minutos despues, el coche se detenia delante del lujoso palacio del marqués del Rádio.

Daniel bajó y preguntó al portero por la señora marquesa.

—La señora marquesa no está en casa,—contestó el portero.

—¿Y tendria usted la bondad de indicarme á qué hora tendré el honor de poder verla?

—En Madrid es bastante difícil.

—Pues qué, ¿no ha regresado ya de su viaje?

—Sí, señor, hace unos dias.

—¿Pues entonces?...

—Es que la marquesa, apenas llegó, volvió á marcharse á su quinta de Chamartin, donde puede usted verla, si es que le interesa y ella se digna recibirle.

Era un contratiempo para Daniel; pero no le arredró.

—¿Tendria usted la bondad de indicarme las señas de la quinta de la señora marquesa?

Y Daniel, para interesar mas al portero, añadió:

—Acabo de llegar de Ginebra, y traigo un encargo para la señora marquesa de parte del general y de la señorita Clotilde.

—La quinta se halla situada como á cien metros del pueblo por el camino de Madrid; no tiene pierde: verá usted una gran verja que la rodea, y dentro de la verja una muralla de alibuste del Japon y madreselva, para evitar las miradas de los curiosos.

—Gracias, amigo mio,—repuso Daniel saludando.

Y luego, dirigiéndose al cochero, añadió:

—¿Tiene usted inconveniente en llevarme á Chamartin?

—Ninguno, si se me paga bien; pues ya sabe usted que Chamartin se halla fuera del rádio de la tarifa.

—Pagaré á usted las horas á precio de tarifa, y luego daré á usted cinco duros de propina.

—Ya estamos andando, señorito. Afortunadamente hace media hora que he remudado el caballo, y es un buen animal; llegaremos pronto.

—Eso es lo que deseo.

Daniel subió al coche, que tomó al trote por el Prado el camino de Chamartin.

CAPÍTULO II

UNA ESCENA DIFICIL

Una hora despues, el coche se detenia ante la puerta de hierro de la quinta de la marquesa del Rádio.

Daniel bajó del coche, y como la verja estaba cerrada dirigió una mirada á través de los hierros, buscando á quién preguntar.

Por fin, vió venir por una ancha y hermosa calle de cinamomos á un hombre con unas enormes tijeras en la mano, que debia ser jardinero por su traje campesino.

Daniel le llamó, y el hombre de las tijeras se detuvo, miró hácia la verja, y dijo desde lejos:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¿Vive en esta quinta la señora marquesa del Rádio? —preguntó Daniel.

—Sí, señor.

—Pues tenga usted la bondad de abrir la verja, pues deseo verla.

—Eso no es fácil, porque la señora recibe á pocas personas, y como yo no tengo el gusto de conocer á usted...

—Dice usted bien; pero supongo no tendrá usted inconveniente en pasarle una tarjeta.

—Bien, se la entregaré á una de sus doncellas.

Daniel escribió en el dorso de la tarjeta: «Ruego á la señora marquesa conceda algunos minutos de audiencia á su seguro y respetuoso servidor.»

Daniel entregó la tarjeta al jardinero por entre los hierros de la verja, y aunque le disgustaba aquella falta de consideracion, hija mas bien de la desconfianza del jardinero que de las órdenes de la marquesa, se puso á dar paseos por delante de la puerta.

Algunos minutos despues, vió venir hácia la puerta por la calle de cinamomos al hombre de las tijeras. Caminaba de prisa, lo cual indicó á Daniel que se le iba á permitir la entrada.

Y efectivamente, el jardinero abrió la verja, y quitándose la gorra con cierto respeto, dijo:

—Entre usted, caballero.

Daniel y el jardinero se dirigieron hácia la casa, que se hallaba al estremo de la calle de cinamomos.

Allí, junto á la puerta, se hallaba esperando una señora anciana: era doña Remedios, que al ver á Daniel le dijo:

—La señora marquesa espera á usted; tenga la bondad de seguirme.

Daniel siguió á doña Remedios sin hablar una palabra.

Subieron al piso principal, cruzaron la antesala y varias habitaciones, hasta llegar á un gabinete, amueblado con tanto lujo como severidad.

—Ruego á usted que espere algunos instantes,—dijo doña Remedios;—voy á avisar á la señora marquesa.

Daniel se quedó solo. Dirigió una mirada en derredor suyo, y se estremeció; sus ojos se habian fijado en un retrato de medio cuerpo, pintado al óleo; era el de Clotilde. El pincel del pintor habia sido diestro al trasladar al lienzo la hermosa cabeza de su hermana.

Era una verdadera obra de arte aquel retrato, verdad, delicadeza de dibujo, arte, todo lo poseia aquel lienzo.

Daniel permaneció algunos segundos verdaderamente estasiado ante aquel retrato, hecho indudablemente algunos años atrás, pues Clotilde allí apenas representaria de doce á trece años.

Cuando Daniel hubo contemplado con cierta adoracion el retrato, exhaló un suspiro, y apartando los ojos del cuadro, dirigió maquinalmente una mirada en derredor suyo.

Aquel gabinete estaba amueblado con una severidad muy en carácter con la marquesa del Rádio.

Su alfombra era de rico paño antiguo de Granada, fondo verde oscuro; las paredes, forradas de papel paño del mismo color de la alfombra, con las escocias color corinto; la sillería de terciopelo, verde tambien, con molduras de roble oscuro, y un precioso piano de Pleyer, de madera de ébano.

Una lámpara de cristal opaco, color violeta con pequeñas estrellas blancas, colgaba del techo.

La chimenea era de mármol negro de Bélgica, y el reloj y los candelabros de bronce antiguo.

No podia darse nada mas elegante, mas rico, mas severo.

Apenas habia reconocido todos estos objetos con la vista Daniel, cuando oyó una lijera tos, que le hizo volver la cabeza hácia la puerta, y vió á la marquesa del Rádio, que acababa de entrar en el gabinete.

Doña Beatriz vestia un traje completamente negro, que aumentaba la severidad de su pálido y triste semblante.

En la mirada de aquella mujer, dominada siempre por el orgullo, se notaba cierta dureza, que hacia huir de ella las simpatías.

Doña Beatriz avanzó con la frente altiva hácia donde se hallaba Daniel, pasó por su lado saludándole con un ligero movimiento de cabeza, y despues de sentarse en un sillon con la majestad que pudiera hacerlo una reina, dijo con seca y fria entonacion:

—Dispense usted, caballero, si le he hecho esperar.

—Yo soy el que debo pedirle á usted perdon, señora marquesa, por la molestia que puede causarle mi visita; pero la he creido necesaria, no para mí, porque bien sabe Dios que me ocupo poco de lo que conviene á mi persona.

La marquesa fijó una mirada penetrante en Daniel, una de esas miradas que parecen tener empeño en leer hasta en el fondo mas recóndito de la conciencia.

Daniel permaneció sereno, tranquilo y digno.

Se habia revestido de antemano de toda la energía, de toda la fuerza de voluntad que aquella entrevista reclamaba, y además poseia armas poderosas para hacer en último resultado, que se doblara ante él la orgullosa frente de la marquesa.

—Acabo de recibir una tarjeta, en la que me pide usted algunos minutos de audiencia. Usted dirá, pues, caballero, qué es lo que de mí desea; pero le ruego me haga el obsequio de tomar asiento.

Daniel ocupó una silla á una distancia respetuosa de la marquesa, y despues de una ligera pausa, habló de esta manera:

—Vuelvo á suplicar á usted, señora, me dispense el atrevimiento de venir á molestarla en su retiro. La entrevista que he solicitado, y que usted con tanta bondad me concede, la creo indispensable para asegurar, como yo deseo, el porvenir de Clotilde.

—Mi hija, caballero, no necesita para asegurar su porvenir mas que de su madre.

Y doña Beatriz, al pronunciar estas palabras, dirigió una mirada tan dura como severa á Daniel, que necesitó de todas sus fuerzas de voluntad para contenerse.

—Pido perdon á la señora marquesa,—dijo,—si la he ofendido con mis palabras; no ha sido ese mi ánimo.

—Puede usted continuar.

—Sabe usted, señora, que yo, pobre huérfano, sin bienes de fortuna y sin conocer el nombre de mi padre,

tuve el atrevimiento de alzar desde mi pobreza los ojos para fijarlos en la rica heredera de los marqueses del Radio. Multitud de circunstancias, que no recordaré por no causar á usted con ello una molestia, vinieron á favorecer mis absurdas pretensiones, y llegó un momento en que creí que iban á realizarse todos mis queridos sueños; pero afortunadamente la Providencia, siempre protectora de las almas puras, vino con su auxilio á evitar una gran desgracia, y precisamente la misma noche en que yo, loco de alegría, iba á dar á Clotilde el nombre de esposa, supe que era su hermano. Esta revelacion produjo en mí un efecto que no me seria posible describir; pero estrechando á mi querida hermana contra mi pecho y con los ojos llenos de lágrimas, bendije á Dios por habernos librado de un gran crímen.

Daniel se detuvo.

La marquesa le escuchaba inmóvil, silenciosa. Parecia una estatua de mármol.

Daniel, despues de una ligera pausa, y viendo que doña Beatriz no le dirigia la palabra, continuó de este modo:

—Usted sabe, señora, que Clotilde y yo estuvimos próximos á cometer, siendo inocentes, un crímen repugnante, que hubiera emponzoñado nuestras almas, envenenado nuestros corazones, haciéndonos arrastrar una existencia vergonzosa y desesperada. Sin embargo, nosotros éramos inocentes: toda la culpa, toda la vergüenza hubiera caido sobre aquellos que, conociendo el secreto de mi nacimiento, habian sido bastante infa-

mes para guardar un silencio causa de nuestra desgracia.

—Jóven, ¿ha venido usted á esta casa á reprenderme?

—¡Ah, señora! ¡si usted me conociera!... ¡si usted pudiera leer en el fondo de mi alma, veria las nobles intenciones que me conducen á esta casa; el móvil generoso que agita mi pecho, el deseo del bien que conmueve mi espíritu! Yo le ruego, por lo tanto, que me escuche con tranquilidad y me perdone si me veo precisado á evocar recuerdos dolorosos. No vengo aquí á reclamar mis derechos y con la tea de la discordia en la mano; vengo con la rama de olivo, símbolo de la paz.

—Está bien; puesto que usted lo desea y lo pide con humilde entonacion, escucharé resignada todo cuanto quiera decirme.

—Doy á usted las gracias, señora marquesa, por su bondad para conmigo, y continúo. Mi buena y santa madre escribió en los últimos dias de su vida una sentida y sencilla relacion de su vida, la cual debia entregárseme despues de su muerte, en el caso de que el general Lostan desatendiera la última súplica que en una carta le dirigia, pidiéndole para mí un poco de proteccion. Usted no ignora que el general, con una crueldad inaudita, increible, me arrojó de su casa, ahogando la voz de la naturaleza y desoyendo las súplicas de la pobre mártir que todo lo habia sacrificado por él.

—Sí, sí, nada de eso ignoro; pero no olvide usted que yo no soy responsable de la conducta del general.

Daniel fijó una mirada melancólicamente expresiva en la marquesa, y añadió:

—He leido con detencion muchas veces el manuscrito de mi madre, las memorias de aquella mujer generosa que ya no existe, y de quien tanto abusaron los mismos que debieran compadecerla y respetarla. Yo no vengo á acusar á usted, señora marquesa; pero bueno es que no olvide usted que Angela sacrificó su honra para salvar la de la marquesa del Radio, y que las almas generosas no deben olvidar nunca, ni los sacrificios que por ellas hicieron, ni los favores que reciben. Si mi madre hubiera querido arrancar la careta con que encubria su crímen el general Lostan, la sociedad le hubiera escupido al rostro su desprecio, y este desprecio indudablemente hubiera manchado la honra de otros séres inocentes.

La marquesa se conmovió. Habia en la entonacion de Daniel tal dignidad, tanta nobleza, que comenzaba á dominar el orgullo de aquella mujer.

Daniel continuó de este modo:

—Ya he dicho á usted, señora, que á fuerza de leer el manuscrito de mi madre, lo he aprendido de memoria, y para darle á usted una prueba de ello, voy á recitarle una carta que una mañana recibió la pobre Angela en el solitario albergue en que vivia, sin mas consuelo que sus lágrimas y los besos de su hijo.

Un carruaje se detuvo á la puerta de nuestra casa; de este carruaje bajó un hombre portador de la carta que entregó á mi madre, y decia así:

«Angela: acaba de suceder una gran desgracia. El

conde de la Fé está gravemente herido. Ha tenido un lance de esos que los hombres llaman de honor con el general Lostan.

»El conde vive solo, sin familia, rodeado solamente de sus criados, y yo temo que por efecto de la calentura ó la desesperacion revele el fatal secreto que á todos nos ha hecho tan desgraciados.

»Es preciso, pues, que abandone usted su modesto retiro, su tranquilo hogar; que venga á Madrid, é instalándose como enfermera junto al lecho del conde, evite que este cometa una imprudencia que puede destrozar la honra del general.

»Angela, usted es buena, usted es una santa; salve usted al padre de su hijo, y cuente con el eterno reconocimiento de

»La Marquesa del Radio.»

Doña Beatriz se llevó una mano á la frente como si sintiera algun desvanecimiento.

CAPITULO III

AMOR FRATERNAL

Daniel contempló en silencio un breve instante la turbacion de aquella mujer, y luego repuso de este modo:

—La pobre Angela, al terminar la lectura de aquella carta, en la cual se la pedian nuevas pruebas de abnegacion y de humildad, dió un beso en la frente á su hijo que dormia en su cama, y abandonó el pueblo para salvar al hombre que tanto daño le habia hecho. Los deseos del general Lostan y la marquesa del Radio quedaron satisfechos. Angela permaneció cerca de un mes junto al herido, sirviéndole de enfermera. El secreto permaneció oculto, porque Angela supo arrancarle al conde de la Fé un juramento solemne, y entonces, siempre delicada, siempre noble, como si temiera humillar con su presencia á los mismos que habian despedazado

su corazon, escribió esta carta, que usted no debe haber olvidado, señora:

«Parto dentro de algunos instantes,—decia Angela, —á reunirme con mi querido hijo, del que he estado separada, á pesar mio, cuarenta dias; cuarenta dias, que me han parecido un siglo, una eternidad.

»Yo no tengo sobre la tierra otro consuelo que sus caricias, y al verme privada de ellas durante tanto tiempo, muchas veces he sentido un gran desconsuelo dentro del pecho, como si me arrancaran las fibras mas sensibles del corazon.

»Parto, pues, llena de alegría, porque voy á reunirme con Daniel, con el alma de mi alma.

»El conde se halla completamente restablecido, y me ha dado su palabra de honor, á la que no faltará por nadie ni por nada, de que no revelará, mientras yo exista, nuestro secreto.

»Viva usted, pues, tranquila, señora; pero le ruego que no olvide que ha de llegar un dia en que Daniel sea hombre y me pregunte por su padre.

»Yo entonces me veré en un apurado trance, del cual solo la prudencia y el cariño maternal podrán sacarme, revelando la verdad.

»Soy de usted, como siempre, su atenta y segura servidora,

»Angela.»

Estos recuerdos despedazaban el corazon de la marquesa, porque le arrojaban al rostro su ingratitud.

La pobre Angela se habia sacrificado por ella, y ella no habia tenido ni una sonrisa, ni una palabra de cariño para su hijo.

¡A! ¡si Clotilde no se hubiese levantado en medio de aquella familia como el ángel del perdon y de la clemencia, qué horriblemente hubiera podido vengarse Daniel!

—Mi buena madre,—añadió el huérfano,—creia que todos sus sacrificios serian recompensados en favor de su hijo. Era la pobre tan confiada y tan sencilla de corazon, que hasta en la última hora de su vida abrigó esa esperanza en el fondo de su alma. Escritas ya sus memorias, que debian en el último caso revelarme toda la verdad, aun confiaba que su esposo, dejándose guiar por la voz de la natuleza, abriria los brazos para recibir en ellos á su hijo. ¡Pobre mártir! ¡cuán poco conocia el corazon humano y la perversidad de los hombres! Por eso sin duda, con mano temblorosa, escribió esta carta, que yo llevo grabada en mi memoria, y que es preciso que usted conozca, señora marquesa, para que comprenda la grandeza de mi abnegacion y el inmenso amor que siento por Clotilde. La carta que nos ocupa, escrita á las puertas del sepulcro y dirigida al general Lostan, decia así. Oígala usted bien:

«Pedro, esposo mio: Te he cumplido la palabra, y tu secreto baja conmigo á la tumba, que miro abierta á mis piés, y de cuyo fondo se levanta la muerte, tendiéndome los brazos.

»Voy á morir, y aprovecho los pocos instantes de vida que me quedan para escribirte, recomendándote á mi hijo, á mi querido Daniel, que tantas y tantas ve-

ces me ha preguntado por tí, mientras que yo, ocultándole tu nombre, sentia romperse en pedazos mi corazon.

»En estos instantes en que mi mano tiembla desfallecida y mi espíritu se reconcentra pensando en la eternidad, yo no tengo mas que ideas de perdon en el alma, porque perdon necesito tambien para mis culpas, de las que muy en breve me pedirá cuenta el Juez Supremo.

»Mucho siento exhalar el último suspiro sin verte á mi lado, sin poder decirte que muero amándote como siempre, y recomendarte de palabra nuestro hijo.

»Pero imposible que tú no le abras tus brazos, que no le estreches contra tu pecho, dándole el dulce nombre de hijo y asegurando su porvenir.

»Porqué tú, Pedro mio, eres bueno, y solo la fatalidad se ha interpuesto entre los dos para hacernos desgraciados.

»¡Bendita seas una y mil veces, muerte querida! ¡porque tú, al separar el espíritu del frágil barro que le contiene, rompes unos lazos que eran causa de que un padre y un hijo vivieran separados!

»¿Qué temor puede sobrecogerte cuando yo no exista? Ninguno. Daniel es bueno, muy bueno, y confio que con el tiempo te ame tanto como amó á su madre.

»¡Pedro! ¡Pedro de mi alma! salva á nuestro hijo: hé aquí lo único que te pide una pobre mujer moribunda, que te bendice al exhalar el último aliento,

»Angela.»

Daniel, al concluir de recitar la carta, fijó una mirada en la marquesa, que trémula y pálida tenia la vista fija en el suelo.

—Parece increible, señora,—dijo,—que el corazon de un padre permaneciera cerrado á la ternura, oyendo las súplicas de una esposa moribunda. El general, sin embargo, me arrojó de su casa y...

Daniel se pasó la mano por la frente.

Una sonrisa de profunda tristeza y amargura asomó á sus labios, y cambiando de entonacion, volvió á decir:

—Pero ¿á qué recordar lo que usted no ignora? Esto solo sirve para atormentar á entrambos. La conducta del general para con su esposa y para con su hijo, ni tiene disculpa ni esplicacion decente. El proceder de usted, señora marquesa, en este drama de familia, tiene ya una esplicacion lógica, porque usted, villanamente engañada, defendia los derechos de una hija querida: usted era madre, y estaba en su derecho haciendo todo lo que hizo. No abrigo, por lo tanto, ningun rencor á la marquesa del Radio; pero vengo en nombre de la infortunada Angela y en el mio, á dirigirle una súplica.

—¿Y qué súplica es esa, caballero?—preguntó la marquesa con trémulo acento.

—Clotilde es desgraciada y yo deseo su felicidad. Por lo mismo, estoy resuelto á cederle todos mis derechos; nunca, yo lo juro, reclamaré el título de hijo que me corresponde. Voy á vivir retirado del mundo; la soledad es lo único que ambiciono; pero confio que

la señora marquesa, abandonando este retiro, viva en Madrid con su hija y con su esposo, porque ese es el deseo constante de Clotilde.

—¡Vivir con mi esposo! ¡oh, imposible!

—Perdon y olvido: hé aquí las dos grandes palabras que es preciso que asomen á los labios de usted, señora. Por una hija debe sacrificarse todo: el amor propio y el orgullo no caben en el corazon de una madre, cuando se trata de la felicidad de sus hijos.

—¿Pero usted ignora el daño que me ha hecho el general Lostan?

—No ignoro nada; pero aquí no se trata del general Lostan; se trata solamente de Clotilde, y ella necesita vivir bajo la respetable proteccion de su madre.

Y Daniel, dando á su acento una expresion de infinita amargura, añadió:

—¿Cree usted, señora marquesa, que si el general Lostan no fuese padre de Clotilde yo abdicaria todos mis derechos, yendo á sepultarme para siempre en el modesto pueblo de Horche? ¡Error grave! Clotilde es el ángel de la guarda del general Lostan; la Providencia le ha colocado en mi camino, y yo, inclinando la frente ante sus fallos, me siento con sobrada fuerza para llevar á cabo el sacrificio.

—¿Pero está usted resuelto á no reclamar nunca sus derechos?

—Jamás, señora. Pero necesito que usted olvide sus agravios. El general y Clotilde deben regresar muy pronto á Madrid, y es preciso que la encuentren á usted tan alegre, tan risueña, tan condescendiente como

aquel dia en que esclamó usted llena de gozo: «¡soy madre!»

—¡Pero usted me impone un sacrificio tal vez superior á mis fuerzas!

—Nunca ha existido un sacrificio superior á las fuerzas de una madre, cuando se trata de la felicidad de su hija. Medite usted, señora marquesa, el que yo me impongo, y esto le dará fuerzas para llevar á cabo el suyo.

—¡Ah, Daniel! ¡es usted un jóven generoso,—esclamó la marquesa sin poder contener las lágrimas, que bien á pesar suyo asomaban á sus ojos.—Lleva usted en las venas la noble sangre de la infortunada Angela, y sus palabras resuenan en mi corazon endulzando mi amargura.

Daniel se levantó.

—¿Va usted á abandonarme tan pronto?—le preguntó la marquesa con una entonacion impropia de su carácter.

—Pienso salir de Madrid antes de que regresen Clotilde y el general, y yo creo, señora, que usted ha comprendido mis intenciones y que tendrá valor para llevar á cabo mis deseos y mi pensamiento; y no en son de amenazas, sino de consejo, diré á usted antes de que nos separemos para siempre, que yo solo faltaré á mi promesa, solo reclamaré mis derechos, sin que me detenga la vergüenza que puede caer sobre el general y sobre la marquesa del Radio, si llego á saber que Clotilde no es feliz porque continúa la guerra en el seno de su hogar. No lo olvide usted, señora: nada hay tan bello

como el perdon; sea usted bastante grande para perdonar al padre, aunque no sea mas que por amor á la hija.

Y Daniel, saludando respetuosamente, salió de la habitacion.

—¡Ah! ¡la nobleza de ese jóven me ha humillado! ¿Tendré yo bastante valor para arrancar el orgullo de mi corazon y sacrificarlo todo por mi hija?

Y la marquesa, dejando caer la frente entre las manos, se quedó inmóvil.

CAPÍTULO IV

DESPRENDIMIENTO

De repente la marquesa se levantó del sofá, como obedeciendo á un pensamiento superior á su voluntad, y llevándose una mano al pecho, esclamó, derramando al mismo tiempo abundantes lágrimas:

—¡Fuera de aquí, despótico orgullo!... ¡Sal de mi corazon, soberbia maldita!... Es preciso ante todo ser madre, y demostrar á ese jóven generoso, que aun hay nobleza en el alma de la marquesa del Radio.

Y corriendo hácia el balcon, lo abrió precipitadamente, y dirigió una mirada afanosa hácia el jardin.

Daniel se dirigia, con la frente inclinada sobre el pecho, en busca de su carruaje.

Doña Beatriz le llamó. El jóven se detuvo, levantó la frente, y miró hácia el balcon.

—¡Daniel!!... ruego á usted que me haga el favor de subir.

Daniel retrocedió lo andado, y algunos minutos des-

pues se hallaba de nuevo en la habitacion de doña Beatriz.

La marquesa le salió al encuentro, y cogiéndole una mano cariñosamente, le condujo hasta un sofá, hizo que se sentara, y ocupó ella un sitio á su lado.

—Hijo mio,—le dijo la marquesa,—las palabras de usted han levantado dulces ecos en mi alma. He sentido dentro de mi sér afectos desconocidos, gratas emociones, que hace muchos años se hallaban adormecidas en mi corazon. ¿Y para qué negarlo? sintiéndome humillada por su generosidad, he corrido al balcon, le he llamado, para suplicarle que no me abandone tan pronto, porque seria en mí una ingratitud, que ya que usted piensa en mi hija, no me ocupara yo del hijo de Angela.

—Bien sabe Dios, señora, que solo ambiciono la felicidad de mi hermana, y eso no se realizará nunca mientras su madre permanezca en este solitario retiro. Es preciso, pues, que cuando ella regrese de Suiza encuentre en Madrid á su madre. Hé aquí todo el favor que yo espero de la marquesa del Radio.

—¿Y nada mas Daniel?—preguntó doña Beatriz, fijando en el jóven una mirada.

—Nada mas, señora.

—Usted acaba de afear mi orgullo, aunque empleando palabras comedidas y respetuosas; no me ponga usted á mí en el caso de hacer lo mismo.

—Jamás he conocido el orgullo, señora; en el modesto hogar donde trascurrió mi infancia, no ha existido nunca.

—Sin embargo, usted es pobre.

—Estoy acostumbrado á la pobreza.

—Aunque así sea, usted no tiene rentas para sufragar las necesidades de la vida, y creo que debe aceptar, sin que se crea ofendido, una pension de su padre.

—Nada necesito, señora,—contestó Daniel, comprendiendo por qué le habia llamado la marquesa.—Poseo una casa y una pequeña huerta en el pueblo de Horche; con eso tengo lo suficiente, hasta el dia que Dios me indique el camino que debo seguir.

—¿Pero cree usted, Daniel, que su hermana Clotilde, que el general, que yo, hemos de consentir vivir en la opulencia, mientras usted?...

Daniel se sonrió tristemente, y contestó:

—No puedo aceptar nada, señora. Si el general Lostan, si mi hermana, si usted se empeñasen en señalarme una renta, me creeria ofendido, porque no es una renta, sino un sacrificio el que me impongo. Aceptar una cantidad por mi silencio, seria para mí vergonzoso. Ruego á usted que no hablemos mas de este asunto.

Y Daniel, levantándose, añadió:

—Pido permiso á la señora marquesa para retirarme, y vuelvo á suplicarle que se traslade lo mas pronto que le sea posible á Madrid.

Doña Beatriz comprendió que no era aquel el momento mas oportuno para insistir en su pensamiento, y estrechando una de las manos del jóven, repuso:

—No insisto; parta usted, Daniel, y pues que así lo quiere, vaya á ocultarse léjos de nosotros en su mo-

desto hogar, que allí llegarán nuestras bendiciones y nuestro agradecimiento. Mañana me trasladaré á Madrid, donde esperaré á mi hija y á mi esposo. ¡Que Dios nos ilumine á todos!

Daniel saludó respetuosamente, y salió de la habitacion.

Al llegar á la puerta del jardin, donde le esperaba su carruaje, vió venir por el camino de Madrid en direccion á la quinta de la marquesa un elegante cabriolé.

Daniel subió en su vieja berlina precipitadamente, temeroso sin duda de que le vieran.

El cabriolé se detuvo delante de la puerta de hierro, y Daniel reconoció en el elegante jóven que le guiaba al baron de Labra, á su rival, al hombre con quien se habia batido por Clotilde.

—¿A qué vendrá el baron á la quinta de la marquesa?—se preguntó maquinalmente Daniel.

Y luego, haciendo un movimiento característico de hombros, añadió:

—¿Qué me importa á mí?

Dejemos á Daniel caminando hácia Madrid, y sigamos al baron de Labra, que entregando las riendas de su caballo á su lacayo, saltó con ligereza desde el carruaje al suelo, y entró en el jardin con su natural desembarazo, tárareando un aire de la «Sonámbula.»

Ernesto se hallaba completamente trasformado.

El elegante mas exigente no hubiera tenido motivo para afearle un detalle de mal gusto en todo su traje.

Por otra parte, el baron era un hombre de facciones

distinguidas, de fisonomía simpática, de carácter franco y despejado, si bien la crápula y la orgía habian hecho asomar á su frente alguna arruga prematura, anunciando una vejez anticipada.

Ernesto cruzó el jardin, y llegó á la puerta de la quinta. Allí un criado le interceptó el paso.

—¿La señora marquesa del Radio?—preguntó Ernesto.

—No sé si recibe, caballero.

—Supongo que sí. Tenga usted la bondad de entregarle esta tarjeta.

Y Ernesto, volviendo la espalda al criado, se puso á contemplar unas hermosas plantas de rododendros, que colocadas en preciosas macetas de porcelana, se hallaban á derecha é izquierda del portal.

Trascurrieron unos ocho minutos.

Ernesto no demostraba la menor impaciencia. Sabia que una señora que vive en el campo, no siempre se halla vestida convenientemente para recibir á un amigo.

Por fin vió bajar por la escalera á la antigua y enlutada ama de gobierno de la casa.

Doña Mercedes se acercó al baron, saludándole, y le dijo:

—Caballero, la señora marquesa me envia para suplicarle á usted la dispense si no puede recibirle. Se halla un tanto indispuesta.

—Lo siento en el alma, señora, y yo me atreveria á suplicarle á usted, aun pasando á sus ojos por importuno, volviera á decirle á la marquesa de mi parte, que dejando toda etiqueta, me conceda algunos minutos de

audiencia, pues deseo hablar con ella de un asunto de la mayor importancia.

—Pasaré el recado, aunque mucho temo que la señora marquesa no pueda complacer á usted en esta ocasion.

Doña Mercedes volvió á subir la escalera, y Ernesto se quedó dando paseos por el portal.

Esta vez trascurrieron quince minutos, lo cual indicó á Ernesto que su segunda súplica habia sido atendida.

Y efectivamente, volvió de nuevo á aparecer doña Mercedes, diciendo:

—La señora marquesa accede á la súplica de usted. Puede usted seguirme, caballero.

Ernesto saludó respetuosamente á doña Mercedes, y comenzó á subir la escalera.

Al llegar á la puerta del gabinete donde se encontraba doña Beatriz, dijo doña Mercedes en voz alta, levantando el portier:

—¡El señor baron de Labra!

Ernesto entró en el gabinete.

La marquesa, sentada en un sofá, vestida de luto, pálida y con los ojos enrojecidos por el llanto, recibió á Ernesto, saludándole con un ligero movimiento de cabeza.

—Ruego á usted que me perdone, señora marquesa,—dijo el baron inclinándose,—si terco como un aragonés, he suplicado de nuevo para que me conceda usted esta entrevista. Pero yo procuraré molestar á usted lo menos posible, porque la palidez de su rostro me

demuestra que no goza usted desgraciadamente de una salud muy perfecta.

—Hace algunos años que padezco terribles dolores de cabeza. Hoy es uno de esos dias en que me siento atacada de mi enfermedad; pero no importa, tome usted asiento, pues no es justo que cuando un amigo viene de Madrid á vernos en este destierro, se le cierre la puerta.

—Gracias, señora,—contestó Ernesto, sentándose en una silla junto al sofá.—No puede usted pensarse lo que le agradezco su condescendencia para conmigo; y yo hubiera sentido con toda mi alma prolongar un dia mas esta entrevista, porque del resultado de ella depende tal vez la felicidad de toda mi vida.

Ernesto era un buen cómico, y sabia darle una espresion á su semblante en armonía con sus palabras.

—La marquesa le escucha á usted con el mayor interés.

—Ante todo, comenzaré por decir á usted, señora, que yo no vengo á santificarme á los ojos de usted. Como todos los jóvenes que se han encontrado en mis circunstancias, he cometido algunas locuras propias de la edad, que me han valido la reputacion, no sé si justa, de calavera; pero el tiempo pasa, se llega á la edad de treinta años, la espuma del cerebro se desvanece, se templan las pasiones del corazon, y comienza el hombre á arrepentirse de todas las locuras que ha cometido durante su vida.

Y Ernesto sonriéndose, añadió:

—Ruego á usted, señora marquesa, me dispense

esta introduccion, pues como he dicho antes, vengo á hablar de un asunto de la mayor importancia para mí, y bueno es que usted sepa que si he sido calavera, que si mi conducta durante el espacio de ocho años no ha sido la mas santa, hoy me encuentro arrepentido y dispuesto firmemente á cambiar de vida.

—Permita usted que le diga, señor baron, que yo no comprendo...

—Confiando en su excesiva bondad, iré esplicándome, y usted concluirá por comprenderme.

La marquesa hizo un signo de aprobacion con la cabeza, y Ernesto repuso de este modo:

—Al morir mis padres me dejaron una fortuna decente, que bien administrada, hubiera bastado para vivir con lujo, asegurando el porvenir de mis hijos, en el caso que yo los hubiera tenido. Pero yo, señora marquesa, quedé huérfano á los diez y ocho años, sin esperiencia alguna del mundo; comencé á gastar alegremente mi dinero, y entre malos amigos y peores administradores, cuando quise recordarlo, mi fortuna se hallaba en un estado lastimoso. Esto sucede generalmente á muchos jóvenes, para quienes llega siempre tarde la hora del arrepentimiento.

La marquesa escuchaba á Ernesto sin interrumpirle, y debemos decir que esta señora, casi siempre viviendo retirada de la sociedad, ignoraba muchas particularidades de la vida del baron de Labra, que era uno de los jóvenes mas pervertidos de Madrid.

Entre los jóvenes de la aristocracia, entre esa familia feliz que no conoce el valor de un duro, porque no lo ha

ganado nunca, sucede con frecuencia que se arruinan casi sin darse cuenta de ello.

Esto no podia causar ninguna admiracion á la marquesa.

Un casamiento ventajoso remedia muchas veces el lastimoso estado de la fortuna de un aristócrata; pero estos casamientos, que proporciona el lujo y la ostentacion, generalmente no dan nunca la felicidad; es un contrato que se reduce á estas dos cláusulas: yo te doy mi nombre; tú me das tu dinero.

La marquesa sabia perfectamente todo esto, y por lo mismo no le estrañaba nada de cuanto habia dicho el baron.

—Usted recordará, señora,—añadió Ernesto,—que en un tiempo, no muy lejano, fijé los ojos en su encantadora hija de usted, Clotilde.

Aquí la conversacion comenzaba á tener mas interés para la marquesa.

—La imprudencia de un jóven, cuyo nombre no recuerdo, fué causa de un pequeño escándalo, que concluyó con un lance desagradable. Nos batimos, fuí mas diestro que él, y le suministré una estocada, bien á pesar mio. Este desafío me hizo reflexionar sobre lo absurdo de mis pretensiones. Clotilde era rica, hermosa, hija de una de las mujeres mas distinguidas de la aristocracia, y yo me hallaba arruinado. La maledicencia, pues, tenia sobrada razon para decir que no era el amor, sino el interés, el que guiaba mi corazon. Así pensé entonces, desistiendo de mi empeño, aunque amando siempre con toda mi alma á Clotilde. Ha trascurrido algun tiem-

po; he encerrado mi amor en el fondo de mi pecho, y hoy que mi posicion ha cambiado notablemente, recordando aquel refran que dice, «que por la peana se adora al santo,» antes de dirigir una mirada ni una palabra á Clotilde, vengo á ver á usted, señora marquesa, para pedirle su aprobacion y su proteccion, porque yo amo á Clotilde.

Doña Beatriz fijó una mirada fija é investigadora en el rostro de Ernesto, diciendo con gran calma:

—Segun lo que he podido deducir de sus palabras, viene usted á pedirme la mano de Clotilde.

—Sí, señora marquesa; pero aun no he concluido, pues tengo una advertencia importante que hacer.

—Le escucho á usted.

—Las circunstancias, como he dicho antes, han sido para mí tan favorables, que, reanimando en mi corazon el amor que profeso á Clotilde, han venido á depositar una esperanza en el fondo de mi alma. Yo estaba arruinado, y hubiera sido un rasgo de egoismo y de avaricia pretender la mano de la hija de los marqueses del Radio, única heredera de sus cuantiosos bienes. Comprendí que este enlace era tan desigual y tan ventajoso para mí, que solo un demente hubiera abrigado la esperanza de realizarle. Acallé, pues, la voz de mi pasion, creyéndola un imposible. Pero hé aquí, señora, que de repente, y cuando menos lo esperaba, recibo una carta que me participa la llegada á Madrid de un tio, hermano de mi padre, que vuelve de California con una fortuna de ciento treinta millones, y que no tiene en el mundo mas heredero que yo. Corro loco de alegría á su en-

cuentro; me estrecha cariñosamente entre sus brazos; me nombra su heredero, y con la rapidez con que se cambia en el teatro una decoracion de mágia, me encuentro hecho un millonario. Esta metamórfosis me hace concebir de nuevo la esperanza de que aun puedo aspirar á la mano de Clotilde. Pero antes de dirigirle á ella ni una sola palabra. antes de que mi tio se presente á pedir su mano, como es costumbre, yo vengo á ver á la marquesa del Radio, para suplicarla me acoja bajo su amparo y me preste su poderoso apoyo. Si usted, señora, rechaza mis aspiraciones, yo desistiré de mi empresa, porque prefiero á la felicidad de mi alma, al deseo constante de mi corazon, el consentimiento voluntario de usted.

La marquesa del Radio estaba muy léjos de esperar que el baron de Labra le pidiera la mano de su hija. Le halagaba, sin embargo, el delicado paso que acababa de dar el pretendiente; pero las circunstancias especiales en que se encontraba su familia no le permitian resolver por ella misma.

—Todo lo que usted acaba de decirme, tiene un fondo de delicadeza que le honra; pero yo, señor baron, nada puedo resolver hasta que mi esposo y mi hija regresen de Suiza, en donde se hallan en la actualidad.

—¡Ah, señora! usted lo puede todo, y mi victoria seria completa si pudiera contarla por aliada.

—No olvide usted, señor baron, que serviria de poco mi influencia si Clotilde no le amase á usted.

—Ofrézcame usted ser mi protectora, y yo le juro que haré méritos para que Clotilde me ame.

—Pues bien; haga usted esos méritos y demos tiempo al tiempo.

Ernesto exhaló un grito de gozo, y cogiendo una de las dos manos de la marquesa, la besó respetuosamente.

CAPÍTULO V

LA CARTA DE SUIZA

Blanca de Monforte pasaba los dias ocupada en las labores domésticas, y las noches pensando en su ideal, porque despues de su madre, en aquella lejana tierra se hallaba todo lo que mas queria.

Niña inocente, pura y enamorada, entregábase con frecuencia en las horas de dulce soledad á ese poético freno de las jóvenes, que deposita sus besos en el corazon, haciéndoles olvidar la prosa de la vida.

El dia que nos ocupa, precisamente el mismo que Daniel fué á visitar á la marquesa del Radio, Blanca se hallaba sola, cosiendo junto á la ventana de su gabinete.

Doña Amparo, su madre, habia salido á compras, y Blanca podia contar con dos ó tres horas de dulce meditacion, sin que nadie le interrumpiera.

Antes de partir su hermano Julio, le habia dicho:

—Como yo espero que me escribas con frecuencia,

quiero que me compres un libro de viajes que hable de Francia, Suiza é Italia; de este modo, yo iré siguiendo tus pasos desde mi gabinete.

Julio le compró á su hermana una traduccion de viajes ilustrados, «La vuelta al mundo,» y de este modo Blanca podia tener al Universo sobre su mesa de noche.

Siempre que Julio le escribia, buscaba la capital ó el pueblo donde estaba fechada la carta, y con frecuencia Blanca sabia mas desde su modesta habitacion de la calle de la Magdalena de los puntos que recorria su hermano, que él mismo.

Hay libros que se leen con un interés vivo, que absorben la imaginacion por completo, y este interés no es siempre hijo de la importancia de la obra, sino del estado de nuestro espíritu.

De modo, que lectura que haria dormir á unos, hace pasar la noche de claro en claro á otros.

Blanca, como antes hemos indicado, se hallaba sola y pensando en su hermano, en Clotilde y en Daniel, cuando oyó una voz, que desde la puerta del gabinete le decia:

—¿Da usted permiso, señorita?

Blanca volvió la cabeza, y se encontró á la criada con una carta en la mano.

Nada tuvo que decirle; se oyó un grito y cogió la carta: el corazon le decia que era de su hermano.

Dijo á la criada que podia retirarse; se quedó sola, rompió el sobre, y se puso á leer agitada y alegre á la vez.

Nosotros vamos á cometer la indiscrecion de leerla al mismo tiempo que Blanca.

Decia así la carta:

«Hermana mia querida: Probablemente al mismo tiempo que esta carta, llegará á Madrid nuestro amigo Daniel...»

Blanca se detuvo, se llevó las manos á los ojos como si dudara de lo que acababa de leer, y despues de un segundo de vacilacion, continuó la lectura:

«En vano han sido mis ruegos para detenerle, mucho le he suplicado para que permaneciera con nosotros, y lo mismo ha hecho el doctor Samuel, sin conseguir nada.

»A mis súplicas, me ha contestado siempre: «Mi »padre no me ama: soy un estorbo para la felicidad de »la familia, y en particular para mi hermana Clotilde; »no debo, pues, permanecer en esta casa ni un solo dia »mas.»

»Despues de esto ha partido, y segun me dijo, desea ocultarse del mundo, vivir en su pueblo completamente retirado de la sociedad.

»Nosotros, es decir, el doctor Samuel y yo, partiremos para esa muy en breve, tan pronto como el general se restablezca, porque así lo desea Daniel y Clotilde.

»Ignoro si Daniel, al pasar por Madrid, antes de dirigirse á su pueblo te hará una visita, y por si así sucediera, debo confesarte una cosa que me tiene inquieto y que no ha de sobresaltarte á tí menos.

»Es una imprudencia que he cometido, y que espe-

ro que me perdones. Pero como yo no tengo secretos para tí, aunque te cueste algunas lágrimas, voy á revelártela.

»Tu última carta, querida Blanca, la carta en la que hablaba tu alma con singular sencillez, sin que yo pueda esplicarme cómo padecí semejante distraccion, la dejé olvidada sobre la mesa, en donde desgraciadamente la encontró Daniel, y la ha leido...»

Blanca no pudo contener un grito. Su rostro se cubrió de mortal palidez, y dos lágrimas asomaron á sus ojos.

Su amor, de lo que se mostraba tan avara, no era un secreto para el hombre que amaba con toda su alma, y su imprudente revelacion la sobresaltaba.

Se enjugó los ojos, y continuó la lectura despues de serenarse un poco:

«Daniel sabe que tú le amas, y no ignora que yo amo á su hermana; pero yo no tendria palabras para describirte las cariñosas y consoladoras frases que me ha dedicado para tranquilizarme.

»Entre ellas, me dijo estrechándome las manos: «Siempre nos hemos querido como dos hermanos; cuen»ta conmigo para todo, seré vuestro protector, é influiré »para que se realicen tus deseos.»

»De tí nada me dijo, sin duda por no sobresaltarme; yo tampoco le dije nada: de modo que si, como creo, os visita, debes demostrar que ignoras que él sabe tu pasion.

»Perdona, hermana mia, esta imprudencia involuntaria, que de seguro sobresaltará tu sencillo cora-

zon, y no ames por eso menos á tu hermano que te quiere,

»Julio.»

Despues de esta carta, Blanca leyó otra dirigida á su madre, en la que Julio le decia que esperaba muy pronto darle un abrazo; pues el general se hallaba casi restablecido, y pensaban regresar todos á España muy en breve.

Blanca guardó la carta dirigida á ella y puso la de su madre sobre la mesa, para dársela tan pronto como llegara.

Durante mas de un cuarto de hora permaneció profundamente abismada, con los ojos llenos de lágrimas y fijos en el suelo.

La imprudencia de su hermano habia sido grande. Avara de su secreto, levantándole un santuario oculto y profundo en el fondo de su corazon, este secreto habia dejado de serlo, y precisamente para el hombre á quien mas deseaba ocultarlo.

A Blanca solo la tranquilizaba la idea de no ver á Daniel, y juntando las manos en ademan suplicante, levantó los ojos al cielo y murmuró en voz baja:

—¡Dios mio! ¡haz que no le vea!...

Como si esta invocacion hubiese de producir un efecto contrario, llamaron en aquel instante á la puerta.

Blanca se estremeció como si hubiera sentido sobre su cabeza una descarga eléctrica.

Sin podérselo esplicar ella misma, se puso de pié y se dirigió hácia la puerta del gabinete para cerrarla pero

en aquel momento pensó que seria su madre, y enjugándose los ojos para no infundir inquietudes á la que la habia llevado en las entrañas y tanto le amaba, volvió á sentarse en la silla y cogió la labor.

—¡Ah!—se dijo hablando consigo misma,—si mi madre me viera llorando, querria saber la causa de mis lágrimas; yo no sabria mentir, y entonces...

Blanca se llevó la mano á la frente y sintió en ella un acerbo dolor.

—Debo tener el rostro demudado,—volvió á decirse; —será en vano el fingimiento... mi corazon late como si fuera á desaparecer dentro de mi pecho.

Blanca levantó la cabeza bruscamente.

Habia oido pasos en la puerta; era la criada, que entró con el semblante alegre.

—¿Es mi madre la que ha llamado?—preguntó Blanca con miedo.

—No, señora; estoy segura de que no es usted capaz de acertar quién está esperando en la sala.

Blanca hizo un esfuerzo para dominarse, y repuso:

—¡Quién es capaz!...

—Pues bien; es nada menos que el amigo íntimo del señorito Julio.

—¡Daniel!—esclamó Blanca.

—El mismo en cuerpo y alma.

—¡Dios mio! ¡qué hacer!—murmuró en voz baja Blanca.

—Yo le he dicho que la señora mayor no estaba en casa; pero que si queria ver á usted, que se encontraba en su gabinete, que podia pasar.

—¿Y qué te ha contestado?

Se sentó en una silla, dejó el sombrero en otra, y me dijo:

—Pásele usted recado, y si no puede recibirme, volveré á otra hora cuando esté doña Amparo en casa. Dígale usted que por mí que no se violente.

Y como Blanca guardara silencio, la criada añadió:

—¿Qué le digo?

Daniel estaba acostumbrado á entrar en casa de Blanca con la franqueza de hermano. Era un amigo íntimo á quién hablaban de tú, y él daba á doña Amparo el nombre de madre y á Blanca el de hermana.

No recibirle, era infundir sospechas; esto comprendió Blanca, temiendo al mismo tiempo que su madre se ofendiese al saber que se habia tratado á Daniel con tanta frialdad.

—Dígale usted que pase; mi madre no puede tardar.

Blanca tomó esta resolucion rápidamente, procuró tranquilizarse, y levantándose de su silla, se dirigió hácia la puerta para salir al encuentro de Daniel.

CAPÍTULO VI

UNA COMISION DOLOROSA

—¡Daniel!

—¡Blanca!

Estos dos nombres fueron pronunciados á un mismo tiempo.

—¡Pero qué esto, Dios mio! ¿Tú aquí sin que te acompañe mi hermano?—preguntó Blanca.

—Tu hermano se ha quedado en las orillas del lago Leman, cuidando á mi padre, con Clotilde y el doctor Samuel.

—Confieso que tu presencia me ha sobresaltado,—añadió Blanca, dejándose caer en una silla,—porque al verte entrar solo, temí que le hubiera sucedido alguna desgracia á mi hermano.

—Puedes tranquilizarte: Julio está bueno, y pronto tendrá la inmensa dicha de estrecharte contra su corazon.

—¡Gracias, Daniel, gracias por las palabras de consuelo que acabas de dirigirme, pues te confieso que al verte entrar solo, temí que hubiera sucedido alguna desgracia!

Y cambiando de entonacion, añadió:

—¿Sabes que me admira tu regreso sin verte acompañado de tu familia?...

Daniel se sonrió tristemente, y agitando la cabeza, repitió:

—¡Mi familia! ¿la tengo yo por ventura, Blanca?

Daniel pronunció estas palabras de un modo tan doloroso, que Blanca se quedó mirándole.

—¡Que no tienes familia!—repuso Blanca.—¿No es Clotilde tu hermana? ¿no es el general Lostan tu padre?

—Sí, Clotilde es mi hermana, y tengo la seguridad que me ama con ternura verdaderamente fraternal. Ella es pura y generosa como tú, y sé que mi ausencia le habrá costado muchas lágrimas. En cuanto al general, ya es distinto; ese no me ama, Blanca.

—¿Qué es lo que dices, Daniel?

—La verdad, aunque me sea muy doloroso pronunciarla.

—¿Y no será esa sospecha hija de tu excesiva delicadeza?

—No.

—Perdona, Daniel, si no doy entero crédito á tus palabras.

—Yo tambien, como tú, he dudado durante algun tiempo.

—¿Puede un padre no querer á su hijo?

—Esa misma pregunta me he dirigido muchas veces, y al fin he podido contestarme sin ningun género de vacilaciones: sí.

—¡Pobre Daniel!... ¡debes haber sufrido mucho!—añadió Blanca con triste acento.

—Convencido hasta la evidencia de que yo soy para el general Lostan un vivo remordimiento y una amenaza constante, estoy resuelto á ceder todos mis derechos en favor de Clotilde y pasar mis dias en el ignorado retiro donde murió mi madre. El recuerdo de aquella santa mujer, me dará fuerzas para llevar á cabo mi pensamiento.

—Pero lo que te propones es muy difícil, Daniel. Apenas cuentas veintidos años de edad, y la juventud no es muy á propósito para el retraimiento y el retiro.

—Estoy acostumbrado á ello.

—Considera tambien, que Clotilde no ha de consentirlo, que ella reconoce tus derechos, y te ama demasiado para ser indiferente al sacrificio que vas á imponerte.

—Pero tú, que tantas veces me has dado el dulce nombre de hermano; tú, que tienes sobre el corazon de Clotilde alguna influencia, me prestarás en esta ocasion un gran servicio; ¿no es verdad, Blanca?

—¿Oh! ¡yo haré todo lo que tú quieras; pero es preciso que tú hagas tambien algo de lo que yo deseo!

Blanca pronunció estas palabras con toda su alma. Sus hermosos ojos, humedecidos por las lágrimas, tenian

una espresion de infinita ternura, y una sonrisa triste y melancólica, como el gemido de un moribundo, entreabria sus labios. Daniel fijó una mirada en el rostro encantador de aquella jóven, y despues de exhalar un profundo suspiro, añadió de este modo:

—Escucha Blanca: voy á hablarte en la seguridad de que tú comprenderás mas que nadie el estado de mi espíritu. Hay séres que nacen para sufrir; la delicadeza de sus almas, la ternura de sus sentimientos, no pueden sobreponerse al grosero materialismo de esta sociedad corrompida. Mi madre, que educó mi alma con exquisita ternura, me hizo comprender que la felicidad no existe en la tierra sin amar y ser amado. Cuando allá en las orillas del lago Leman supe el orígen de mi nacimiento; cuando Clotilde, arrojándose en mis brazos, me dió el dulce nombre de hermano, yo experimenté dentro de mi sér algo desconocido, y una esperanza, risueña y poética como la luz de la alborada, brotó en el fondo de mi corazon. Mientras con mis besos enjugaba las lágrimas que brotaban de los ojos de Clotilde, me decia para mí: «He perdido á mi amada, pero encuentro á mi hermana; solo vivia en el mundo; y tengo una familia;» y esta idea me causó un gran consuelo.

Daniel se detuvo, respiró con fuerza, llevóse la mano á la frente, y volvió á decir:

—Mi primer error fué juzgar á los hombres por mí mismo. Yo no podia creer que un padre mirase con indiferencia á su hijo, y aunque tenia grandes motivos de queja con el general Lostan, amaba tanto á Clotilde,

que solo esperaba el momento de ver á mi padre para arrojarme en sus brazos y olvidarlo todo. Pero esto era solamente una ilusion, hija de mi inexperiencia. Llegó el momento deseado, y el general Lostan me recibió con una frialdad inexplicable. Comprendí entonces que yo era una planta exótica en aquella casa; un sér extraño, que iba á establecer la frialdad en el seno de la familia: yo era para el general y para la marquesa una amenaza, para Clotilde un peligro; para todos un escándalo. Si me hubiera dejado llevar por el egoismo, hubiera podido humillar la frente de los soberbios; mis derechos eran indiscutibles y sagrados; pude imponer condiciones como el vencedor, pero estas condiciones hubieran herido de muerte á Clotilde.

Y Daniel, cogiendo una de las manos de la hermosa jóven, que le escuchaba sin pronunciar una palabra y con los ojos llenos de lágrimas, añadió:

—Desde que mis labios aprendieron á pronunciar el nombre de mi madre, yo siempre he vivido en el seno de la modestia. Acostumbrado estoy á ella, y no ha de serme muy penoso el sacrificio que me impongo. Tú tal vez no comprendas muchas cosas de las que voy diciéndote; la virginidad de tu alma no sabe aun, afortunadamente, hasta dónde llega la perversidad de los hombres. Si algun dia sabes por qué cedo todos mis derechos á Clotilde, y abandonando el bullicio de la córte me decido á vivir en el ignorado rincon de mi pueblo, estoy seguro que tú, que eres buena y generosa, me bendecirás, diciendo: «Yo hubiera hecho lo mismo.»

Y como Blanca continuara guardando silencio, Daniel repuso de este modo:

—Es indudable que cuando Clotilde regrese á Madrid que será muy en breve, pretenda disuadirme de mi propósito, y yo espero que tú la convenzas á ella á la vez á que viva tranquila, como antes de conocerme, en el palacio de la marquesa del Rádio.

—¡Ah! no, no; Clotilde no aceptará ese sacrificio: lo sé, Daniel, porque la conozco demasiado,—esclamó Blanca por fin, rompiendo su silencio.—¿Como es posible que ella se decida á vivir rodeada de fausto, de lujo, de ostentacion, mientras que tú, su hermano, á quien ama con toda su alma, carezcas tal vez de lo necesario en el humilde pueblo que te has señalado por destierro!

—Es preciso que así sea, y así será. No se trata aquí de las mas ó menos comodidades que yo pueda disfrutar; sino de la honra de Clotilde.

—No te comprendo.

—Ni yo puedo esplicarme mas. Créeme Blanca, es preciso que le aconsejes que acepte mi sacrificio. Tal vez mañana ella misma te explique la causa de mi resolucion.

Blanca, que no comprendia el motivo del voluntario destierro de Daniel, dejándose llevar por un arranque de su alma, esclamó:

—¡Pero, ¡Dios mio! no es posible que tú nos abandones para siempre!

Aquella esclamacion acababa de venderla.

Daniel se estremeció, y comprendiendo que prolon-

gar aquella entrevista hubiera sido harto doloroso para los dos, ya se disponia á despedirse de Blanca, cuando oyó que llamaban á la puerta.

—¡Es mi madre!—dijo la jóven, corriendo á abrir ella misma.

Poco despues entraba precipitadamente en el gabinete doña Amparo, diciendo con acento conmovido:

—¿Dónde está? ¿dónde está?

Daniel abrazó á la madre de su amigo Julio, y doña Amparo le dió un beso en la frente, preguntándole al mismo tiempo:

—Pero ¿y mi hijo?

—Dentro de muy pocos dias le tendrá usted á su lado. Se halla bueno, y se dispone á regresar á España en compañía del general y de Clotilde.

—¡Tengo tantas ganas de verle! A una madre le hacen tanta falta los hijos, que creo que ha trascurrido un siglo desde el dia que se marchó.

A estas palabras siguieron algunas lágrimas; pero doña Amparo, enjugándose los ojos y haciendo un esfuerzo para serenarse, añadió:

—Supongo, Daniel, que comerás con nosotros.

—Es imposible, señora; parto esta misma noche.

—¡Esta misma noche! ¿Pues adónde vas?

—A mi pueblo.

—¿A Horche?

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer en aquel lugaron?

—Reclaman mi presencia algunos asuntos de familia.

—Pero yo creo que lo mismo será que te vayas mañana.

—No; tengo precision de partir esta noche. Yo ruego á usted me dispense si no puedo acceder á sus deseos; pero no tardaremos mucho en vernos, y entonces aceptaré sus ofrecimientos.

—En fin, como quieras; pero tanto Blanca como yo, hubiéramos tenido mucho gusto en que te quedaras á comer con nosotras.

Daniel volvió á escusarse. Acababa de cumplir una dolorosa comision: ver á Blanca y hablarle de su hermano; ver á Blanca tan hermosa, tan pura, tan sencilla; saber que era amado de ella, y sin embargo, no poderla decir: «¡Yo te amo tambien!»

Y era que en el corazon de Daniel no podia caber por entonces otro amor que el de Clotilde, y su alma era tan noble, tan elevada, que hubiera preferido cien veces la muerte antes de engañar con promesas fingidas á aquel ángel de bondad, á quien llamaba por simpatía su hermana.

Daniel se despidió de la familia de Julio, bajando precipitadamente la escalera; cuando llegó á la calle respiró con fuerza, como si hiciera falta á sus pulmones el aire puro.

CAPÍTULO VII

OTRA VEZ EN HORCHE

El viejo Tomás, hortelano y criado antiguo de la infortunada Angela Cantero, madre de Daniel, á pesar de sus sesenta y cuatro años, era en él tan inveterada la costumbre de madrugar y trabajar, que apenas asomaban los primeros rayos de la aurora por el Oriente, abandonaba su lecho y se dirigia á la huerta con el azadon al hombro.

Mónica, antigua criada de la casa, tan vieja como Tomás, y habituada tambien al trabajo, desde la muerte de su buena señora y la ausencia de su querido señorito, la pobre vieja se aburria, porque todas sus ocupaciones se reducian á guisar las patatas y las judías, cotidiano alimento del viejo hortelano y de ella.

Muchas veces Mónica solia exclamar:

—En esta casa ha concluido la alegría. Como el señorito no disponga pronto de nosotros, creo que va-

mos á morir de tristeza. Yo no sé cómo algunos pueden vivir en el mundo sin hacer nada. El señor Tomás, al menos pasa el dia en la huerta entretenido entre las coles, las lechugas y las cebollas; pero yo, exceptuando las horas que me dedico á rezar por el eterno descanso de mi ama y por la prosperidad de mi señorito, despues no sé qué hacerme.

Esta holganza forzosa agriaba soberanamente el carácter de aquella mujer, acostumbrada toda la vida al trabajo.

El señor Tomás, que era mas alegre, solia decirle:

—Pues bien, Mónica; coja usted un azadon, y ayúdeme á enterrar la escarola para que blanquee.

Pero la verdad del caso es, que aquellos dos pobres viejos veian pasar los dias y los dias, y las semanas y las semanas, viviendo del producto de la modesta huerta y esperando el regreso de su señorito, que solo les habia escrito dos veces para mandarles algun dinero, conociendo los pocos recursos que les habia dejado al partir.

Pero Mónica y Tomás eran tan honrados, amaban tanto aquella casa que llamaban suya, que á pesar de la libertad que les habia dejado Daniel, ellos no se habian permitido nunca ni el mas pequeño despilfarro, viviendo con unas economías verdaderamente maravillosas.

Una mañana, la señora Mónica se hallaba arrodillada junto al hogar echando un polvito de sal al guiso de patatas, cuando oyó una voz alegre y vibrante que decia detrás de ella:

—Señora Mónica, ¡carta de Madrid!

—¡Bendito sea Dios! ¿Será de Daniel?

Y Mónica se levantó tan precipitadamente, que puso en grave peligro el equilibrio del puchero de patatas que cocia á la lumbre.

Cogió la carta, rebuscó por todos los rincones de sus bolsillos hasta encontrar dos ochavos morunos, los entregó al cartero, y luego fué á buscar sus antiparras, que se hallaban dentro de una taza en el vasar, sitio predilecto de donde solo salian en los casos graves, es decir, cuando Mónica tenia que leer, porque Mónica sabia leer, aunque bastante mal.

Pareciéndole la cocina un sitio demasiado oscuro para el estado de su vista, con las gafas y la carta se dirigió á la puerta de la huerta, y allí, á la luz del sol, que es la mas clara que se conoce, sentada en un rústico banco de madera, colocóse las gafas sobre la nariz, rompió el sobre de la carta, y con tantas penas como fatigas, leyó lo siguiente:

«Querida Mónica: díle á mi buen Tomás, que mañana á las nueve y media se halle en la estacion de Guadalajara con el caballejo de la noria, si es que aun vive el pobre animal; y si ha muerto, lo que sentiria mucho, aunque no sea mas que por los malos ratos que le he dado en esta vida, que me busque una caballería cualquiera que pueda llevarme desde Guadalajara á Horche, en donde mañana mismo tendré el gusto de abrazaros, pues voy á pasar con vosotros una temporada.

»Vuestro siempre,

»Daniel.»

Mónica estaba á punto de desmayarse de alegría.

Daniel regresaba al pueblo, iba á vivir con ellos, iba á tenerle á su lado, y esto para aquella anciana era la mayor de las felicidades, porque nada hay tan sublime, tan admirable, como el amor que los criados antiguos en una casa sienten por el hijo de sus amos, que han visto nacer, que han adormecido sobre sus rodillas y que han sufrido con resignacion todas sus impertinencias.

La pobre Mónica, que no habia disfrutado nunca las delicias de Himeneo, que habia visto nacer á Daniel y que le amaba como á un hijo, hubiera llenado todos los deseos de su alma dando la vida por su señorito.

Al terminar la lectura de la carta comenzó á dar unos gritos tan estemporáneos, que el viejo Tomás, que se hallaba cavando al extremo de la huerta, levantó la cabeza, y apoyada la mano izquierda en el azadon, se puso la derecha sobre la frente en forma de pantalla para ver mejor, y se dijo para sí mismo:

—¿Qué víbora le habrá picado á la buena Mónica?

Mónica, mientras tanto, continuaba exhalando gritos y llorando como una Magdalena. Su pecho tenia necesidad de aquella expansion para no romperse. Iba á ver á Daniel, iba á tener á su lado á lo que mas amaba en el mundo.

El viejo Tomás era un buen hombre, y al ver que continuaban las lamentaciones y los movimientos de brazos de la señora Mónica, temió que á la pobre vieja la hubiera acometido la enfermedad del baile de San Vito, y se dirigió hácia ella con precipitados pasos.

—¡Señor Tomás, señor Tomás!—gritó Mónica;—¡qué alegría tan grande! ¡si parece que se me quiere salir el corazon del pecho! ¡qué bueno es Dios! ¡qué buena es la Vírgen María!

—¿Pero qué pasa, señora Mónica? ¿Se ha vuelto usted loca? ¿Le ha picado á usted la tarántula?

—¡Sí loca, sí tarántula! ¡buenas y gordas! Estoy mejor que nunca, porque va á venir...

—¿Pero quién?—preguntó Tomás.

—¡Porque llega mañana!

—¿Pero quién?—repitió el hortelano.

—¡Porque tiene usted que ir á Guadalajara con el caballo de la noria!

—¿Pero, señora, quiere usted decirme, por los mártires de Zaragoza, quién llega mañana?

—¡Pero, hombre, quién ha de ser! El señorito Daniel, nuestro señorito Daniel.

Este nombre, repetido dos veces, produjo un efecto mágico á Tomás; se le cayó el azadon de las manos, abrió los ojos, dilatándolos hasta tomar el tamaño de dos medios duros, luego la boca, retrocedió un paso, y dijo:

—¡Ah! vamos, ya comprendo. ¿Con que viene el señorito Daniel? ¿con que por fin se acuerda de nosotros?

Y Tomás se puso tan alegre como Mónica, y estuvo á punto de dar un viva; pero como no habia tenido tiempo de afiliarse aun á ningun partido político, despues de vacilar un momento entre aclamar al rey ó la república, acabó por decir un ¡gracias á Dios! nacido de lo mas profundo del corazon.

Desde este momento, en aquella casa solo se pensó en el señorito Daniel.

Tomás se dedicó á arreglar los aparejos del caballo, que se hallaban lastimosamente abandonados, y á limpiar al pobre animal, que no habia tenido relaciones íntimas con la almohaza durante tres meses.

En cuanto á Mónica, barrió, limpió, sacudió la habitacion de Daniel, hizo la cama, mudó los visillos de los cristales de la alcoba, perfumando la sala y disponiéndolo todo como si se tratara de recibir á una novia.

Estas operaciones les ocuparon cuatro horas, y cuando la pobre Mónica se dirigió á la cocina fatigada y cansada, se encontró que se habia concluido el caldo de las patatas y se habian quemado.

Este contratiempo dejó sin comer á los pobres viejos, que se contentaron con un poco de ensalada, otro poco de pan y algunos rábanos.

Pero ¿qué era para ellos un dia de vigilia, de abstinencia, ante la inmensa felicidad de ver á su lado á su querido Daniel, á aquel niño alegre y revoltoso hecho hombre, que era para ellos tan necesario como el aire que daba vida á sus pulmones, como el sol que calentaba sus viejos cuerpos?

Además, ni Mónica ni Tomás conocian la inmensa y sibarítica nomenclatura de la cocina francesa. Ellos no habian comido nunca en casa de Fornos, ni habian probado jamás la carne de tortuga ni las trufas.

Comian para no morirse; no vivian para comer. ¿Qué les importaba, pues, un plato de patatas mas ó menos?

Mónica, sin embargo, quiso reparar este descuido, y condimentó unas judías estofadas, un tanto cargadas de pimenton y con dos soberanas cabezas de ajo.

Cenaron, pues, si no con el lujo, con el apetito de Lúculo, y despues de encomendarse á Dios, cada cual se retiró á su modesto dormitorio á reponer un tanto las fuerzas y á esperar el nuevo dia, que debia ser para ellos uno de los mas felices de su vida.

A la una de la noche, Tomás abandonó su lecho; encendió un candil, y se dirigió á la cuadra.

Era preciso darle un buen pienso al caballo para que tuviera fuerza y soportara con valor la jornada, llevando sobre sus hombros al señorito Daniel.

A las tres de la mañana, Mónica se habia levantado tambien, y abriendo la puerta para que saliera el señor Tomás con el caballo, le dijo:

—¡Por la Vírgen María, señor Tomás, que no llegue usted tarde!

—Pierda usted cuidado, señora; estaré en la estacion dos horas antes de la llegada del tren.

—Oiga usted: que mire usted con cuidado á todos los que bajen del tren, no sea cosa que no se vean ustedes y tenga que venir á pié.

—¡Calle usted por Dios, señora! ¡ni que fuera yo tan ciego como la mujer del sacristan!

—Y en cuanto usted le vea, le llama.

—Sí, sí, ¡ya sé yo lo que he de hacer!—contestó Tomás, rodeándose las bridas del caballo en el brazo derecho y dirigiéndose hácia el camino.

—¿Va usted á ir á pié todo el camino?

—No, señora. Subiré cuando salga á la carretera de Zaragoza.

—Sí, sí, suba usted, porque si no, no va usted á llegar en todo el dia.

—¡Bah! hasta la vuelta.

—Buen viaje, señor Tomás.

Mónica entró en la casa y cerró la puerta, mientras Tomás perdíase en las sombras de la noche.

CAPÍTULO VIII

LA PRIMERA VISITA

Tomás llegó á la estacion de Guadalajara cuando comenzaba á amanecer: tenia, por consiguiente, que esperar tres horas.

Los temores de Mónica de que llegase tarde, no se realizaron.

Tomás ató el caballo á una de las empalizadas del ferro-carril, y se dispuso á esperar.

Tres emociones esperimentó, que hicieron latir su corazon: la llegada del tren correo de Zaragoza, la de otro de mercancías y la de una máquina piloto.

Siempre que oia el silbato de la locomotora, esclamaba lleno de gozo:

—¡Ahí está!

Pero no tardaba mucho en convencerse de que se habia engañado, y revistiéndose de paciencia, volvia á emprender sus paseos por delante de la puerta de salida de la estacion, sin perder de vista su caballo.

Tomás estaba cansado; pero temió sentarse y quedarse dormido.

Hizo, pues, todo cuanto un hombre puede hacer en sus circunstancias para matar el tiempo, que es bien poco por cierto, hasta que al fin quiso su buena suerte que oyese por cuarta vez la locomotora; se detuvo un tren de pasajeros, y vió saltar con gran regocijo de un coche á su señorito Daniel.

—Aquí estoy, aquí estoy,—le gritó desde la verja.

Daniel fué al encuentro de su antiguo criado.

—¡Ah! mi buen Tomás,—le dijo;—¡qué ganas tenia de verte!

—Pues yo, señorito...—contestó el viejo sin poder contener las lágrimas.

—¿Cómo está Mónica?

—Buena y campechana, gracias á Dios.

—Mira, toma el talon para sacar mi equipaje.

—Bien, señorito.

—Vienen tres bultos; es decir, dos maletas y una sombrerera de cuero; y busca uua caballería ó un carro que vaya á Horche, y lo traes.

—Se hará como usted desea, señorito.

—¿Supongo que habrás traido el caballo?

—Está esperando desde el alba.

—Entonces adios, Tomás, y hasta luego.

—Pues qué, ¿se va usted solo?

—Sí, hombre; ¿temes que no sepa el camino?

—¡Es verdad!—contestó riéndose Tomás.

Algunos minutos despues, Daniel, montado en su

modesta caballería, se encaminaba tomando el atajo hácia Horche.

A manera que iba acercándose al pueblo en donde habia pasado su infancia y muerto su madre, Daniel parecia mas profundamente triste.

De vez en cuando, apoyándose en los estribos, dirigia una mirada hácia delante, ansioso sin duda de ver el campanario de su pueblo.

Cuando despues de haber vivido en las grandes ciudades, pisando las ricas alfombras de los palacios y haciendo esa vida de los ricos que mata el corazon y envejece el cuerpo antes de tiempo, se regresa á la aldea donde hemos pasado las dulces y tranquilas horas de la infancia al lado de una madre solícita y cariñosa, se siente un inmenso consuelo en el alma, y dulces lágrimas asoman á los ojos.

Daniel, al divisar la torre de la iglesia, al ver los pardos y desiguales tejados con sus blancas chimeneas, y allá á lo léjos cerrado el horizonte por las montañas, exhaló un suspiro y murmuró en voz baja:

—¡Ah! ¡si mi madre viviera!... ¡solo ella sabria consolarme... solo ella devolveria la paz á mi espíritu!... pero cumplió la mision del sér que nace... ¡bajó á la fosa! ¡ya no volveré á verla más! ¡Pobre madre mia!

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Daniel, que con la frente inclinada sobre el pecho, continuó su camino, sin impacientar el paso de su viejo caballo.

Cuando llegó á la cruz de piedra situada á quinientos metros del pueblo se detuvo, y quitándose el sombrero,

saludó al sagrado símbolo que inmortalizó Jesús en la cumbre del Gólgota.

Allí se habia despedido al partir para Madrid de sus amigos. La cruz solitaria permanecia en el mismo sitio, con los brazos estendidos, como esperando á los pecadores que quisieran acogerse á ella; pero ¿qué se habian hecho sus ilusiones, sus esperanzas? ¡Habian huido como el humo, se habian desvanecido como un sueño!

Despues de un momento de detencion, continuó su camino, llegando poco despues á la entrada del pueblo.

Pero Daniel caminaba tan abstraido, que no vió á la buena Mónica, que sentada sobre una piedra en una era, le estaba esperando.

Un grito de gozo de aquella criada, hizo comprender á Daniel que alguno le habia reconocido.

Entonces dirigió la vista hácia el sitio donde habia oido la esclamacion acompañada de su nombre, y vió á Mónica.

Bajó del caballo precipitadamente, y corrió á abrazar á la criada, que le recibió llena de júbilo entre sus brazos.

En cuanto al caballo, al ver que le dejaban solo, como hacia muchas horas que no habia probado bocado, se dirigió pacíficamente hácia la cuadra, atraido sin duda por el olorcillo del pienso.

Bien es verdad, que el caballo de Daniel sabia de memoria el pueblo y sus alrededores.

—¡Bendito sea Dios!...—esclamó Mónica,—¡que me deja que te abrace antes de morir!...

—Querida Mónica, yo tambien tenia muchas ganas de verte, y prueba de que no te he olvidado, es que te traigo un regalo á tí y otro á Tomás.

—¿Con que te has acordado de mí, Daniel?—preguntó Mónica, mirándole con los ojos llenos de lágrimas, y con una infinita expresion de ternura.

—Puedo asegurarte, querida Mónica, que te he echado de menos en todas partes; ¡tenia tanta costumbre de verte!

—Yo te agradezco que me digas todas esas cosas, porque me haces mucho bien; pero vamos á casa; te he preparado un almuerzo, te he hecho aquellos huevos rellenos que te gustaban tanto, y una perdiz escabechada, que huele á gloria.

—Eres siempre buena y cariñosa. ¡Ah! ¡qué bien decia mi madre! ama á Mónica como amarias á tu abuela, y no te separes nunca de su lado.

—¿Y piensas cumplir ese encargo de tu madre, Daniel?

—Pienso permanecer mucho tiempo en el pueblo.

—¿Y si te vas algun dia?

—¡Entonces te llevaré conmigo! Yo te lo prometo.

—¡Bendito seas! Pero vamos á casa...

Y entonces Mónica, echando de menos el caballo, dijo:

—Calla, el pícaro «Gilito» (este era el nombre del penco) nos ha abandonado.

—Se habrá ido á casa en busca del pienso,—añadió Daniel.

—Pues vamos nosotros por el almuerzo.

—Antes, querida Mónica, deseo hacer una visita, á la que espero que no te opongas.

—De ninguna manera; pero no tardes, pues te estaré esperando con la mesa puesta.

—Hasta dentro de pocos minutos.

—Anda con Dios, hijo mio; pero no olvides que te estoy esperando.

Mónica se dirigió hácia la casa; Daniel, sin entrar en el pueblo, encaminóse por los arrabales hácia un grupo de árboles que se divisaba no muy lejos.

Era el campo santo: la casa de los muertos.

CAPÍTULO IX

AL PIÉ DE LA TUMBA

La puerta del cementerio estaba abierta.

Daniel penetró en el silencioso recinto de la muerte con la cabeza inclinada sobre el pecho.

El dia estaba radiante, hermoso. El cielo, sin una nube, ostentaba su limpio azul convidando á contemplarle.

Hácia el estremo del primer patio del cementerio se veian dos cedros de odora, prestando su sombra á una lápida de mármol negro, sobre la cual se veia escrito en letras de oro este nombre: «Angela.»

Daniel llegó junto aquel sepulcro modesto, y cayó de rodillas.

Debajo del frio mármol descansaban las cenizas de su madre, de aquella santa mujer que le habia dado la vida y le habia enviado el último suspiro.

De aquel cuerpo amado, que habia perfeccionado su alma con el ejemplo, sólo le separaba una losa de mármol

y un puñado de tierra, y sin embargo, esto era la eternidad, lo imposible, lo desconocido.

—¡Madre mia!...—dijo Daniel con acento conmovido, como si Angela pudiera oirle.—¡Ya lo ves!... ¡tu hijo no te olvida, y al regresar al pueblo, es para tí su primera visita. Para tí, la mejor de las madres, á quien no he olvidado nunca, á quien no podré olvidar jamás! Porque ¡cómo puede olvidar un hijo á una madre como tú, sin ser el hombre mas infame de la tierra!...

Las lágrimas corrian en abundancia por las mejillas de Daniel, y hondos gemidos se escapaban de su pecho.

Guardó silencio por algunos segundos, y luego volvió á decir:

—Tú bajaste á la fosa creyendo en la buena fé de tus verdugos. Tus últimas palabras fueron para perdonarles todo el daño que te habian hecho. Y ellos, no conociendo el inmenso sacrificio de tu maternal corazon, supieron tu muerte sin derramar ni una lágrima á tu memoria. ¡Descansa en paz, madre mia!... Tu santa abnegacion te ha abierto las puer tas del paraíso, y tu alma, tan pura como hermosa, sentada se halla en sitio preferente. Tus dolores, tus sufrimientos, serán el castigo de los culpables. Yo, como tú, puedo hundirlos, y les salvo. Yo como tú, puedo arrancarles la hipócrita máscara con que se encubren á los ojos de la sociedad, y les perdono.

Por segunda vez suspendió Daniel su monólogo.

Las lágrimas le ahogaban.

En este momento el enterrador, que salia de su ca-

sa con el azadon al hombro, pues tenia que abrir una sepultura, vió á un hombre arrodillado junto á los cedros de odora, y no reconociéndole al pronto, se acercó hácia él.

—¿Qué hace usted ahí, buen amigo?—le dijo.

Daniel levantó la cabeza disgustado de que le interrumpiera aquel importuno, y contestó:

—Ya lo ve usted... estoy rezando junto á los restos de mi querida madre.

Entonces le reconoció el sepulturero; pero como Daniel habia vuelto á inclinar la frente sobre el pecho, no se atrevió á dirigirle la palabra, y continuó su camino, diciéndose para sí:

—Es Daniel, el hijo de doña Angela: debe haber hecho fortuna, pues gasta una ropa muy buena.

Y calculando que la llegada de Daniel era un acontecimiento del que debia dar parte al cura, salió del cementerio y se dirigió á buen paso á casa del párroco.

—Padre Macario,—le dijo:—¿á que no adivina su merced á quién he visto en el cementerio?

El padre Macario, que estaba leyendo en su libro de oraciones, se encogió de hombros y contestó:

—¡Quién es capaz de adivinar!... pero dímelo tú, y lo sabré yo.

—Tambien eso es verdad, y va por descubierto; pues al que he visto rezando junto al sepulcro de doña Angela es á su hijo Daniel.

—¡Imposible!... Me dijo ayer la señora Mónica que Daniel se hallaba en Suiza, una tierra que está muy lejos de España.

—Todo eso será verdad, pero cierto es como que yo me he de morir y se ha de morir su merced, que yo le he visto en el cementerio.

El padre Macario era uno de esos curas que tienen mas bondad en el corazon que inteligencia en el cerebro. Clase que abunda mucho, y que da por resultado en España un clero poco ilustrado.

Sabido es que estos buenos sacerdotes suelen tener algo de San Vicente de Paul y muy poco de lo que sobraba á Salomon.

—Hombre, si tú estuvieras cierto de que el que has visto en el cementerio era Daniel, iria á verle.

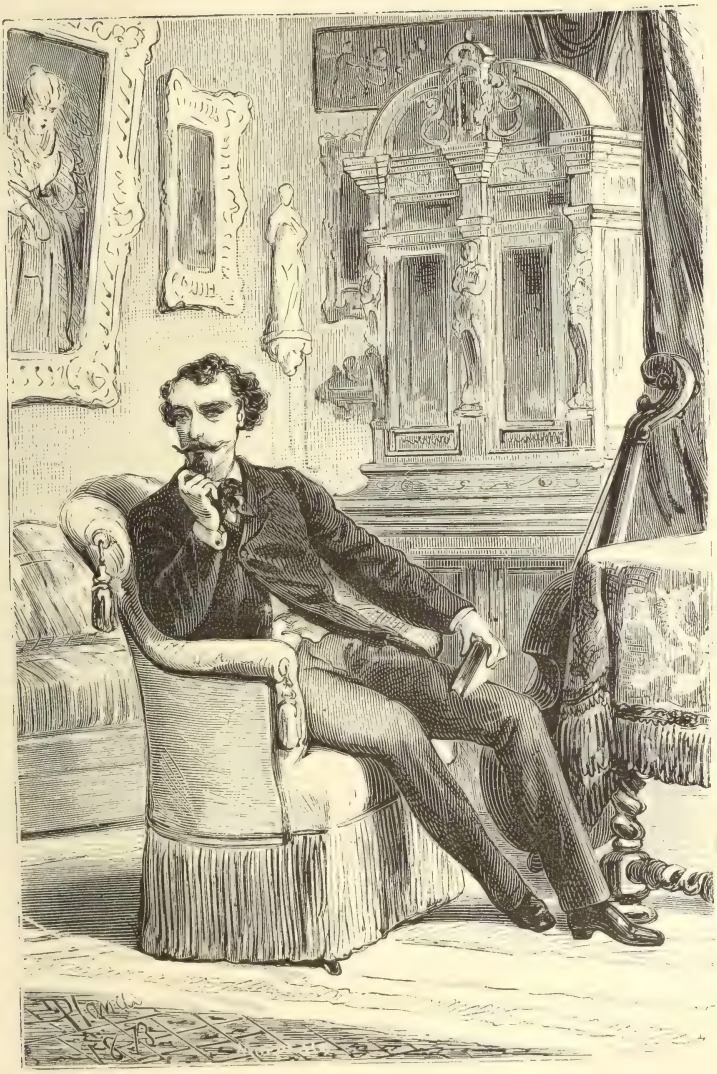
—Pues lo estoy,—contestó con fuerza el enterrador.

—En fin, iré, porque á la verdad que ya tengo ganas de verle; pero cuenta con que si me engañas, si es una torpeza de tus ojos, y me haces salir de casa sin motivo...

El cura, no encontrando con facilidad el castigo que deseaba imponer al sepulturero en el caso de no ser cierto lo que decia, se contentó con unos puntos suspensivos, que sin decir nada, creia él que decian mucho.

Se puso el manteo y el sombrero de teja, y salió de su casa acompañado del sepulturero.

Cuando llegaron á la puerta del cementerio, el enterrador, apenas habian entrado en el primer patio, dirigió una mirada hácia el sitio donde se hallaba la sepultura de Angela, y viendo á Daniel, que aun permanecia arrodillado, dijo:



El duque de San Plácido

—Allí le tiene su merced.

—Bien, véte á tu trabajo.

El padre Macario se dirigió hácia donde estaba Daniel.

Cnando llegó á tres pasos de distancia, se detuvo, se quitó el sombrero y se puso á rezar en voz baja.

Era tal la abstraccion del jóven, que el sacerdote hubiera creido un sacrilegio interrumpirle.

Inmóviles los dos y los dos rezando, trascurrieron quince minutos.

Por fin, Daniel levantó la cabeza, y en voz alta dijo:

—He cumplido como bueno, derramando amargas lágrimas sobre tu sepulcro. No me olvides desde el cielo, madre mia, y ruega á Dios que me dé fuerzas para soportar las penalidades de la vida.

Daniel se levantó, á cuyo tiempo el sacerdote dió algunos pasos y le dijo:

—Bien venido seas, hijo mio: el que honra la memoria de sus padres, abierto tiene el camino del cielo.

Daniel abrazó al padre Macario, y dejando caer la frente sobre el pecho del sacerdote, prorumpió en un amargo llanto.

El sacerdote puso una mano sobre la cabeza de Daniel, y le dejó llorar.

El llanto es un consuelo... Dichosos de los que lloran, porque es que hay algo noble y hermoso en sus almas: el sentimiento, la ternura.

. . . . . .

. . . . . .

Algunos minutos despues, Daniel y el sacerdote salian de la mansion de los muertos.

El padre Macario, aunque no era un gran orador, dirigia palabras de consuelo y de resignacion al jóven.

Daniel le oia sin desplegar los lábios.

Cuando llegaron delante de la puerta de la casa de Daniel, se detuvieron.

—No olvides, hijo mio, que Dios, eterno remediador de todos los males, ha puesto en el corazon de la criatura la fuente del olvido, para que pueda soportar las penalidades de la vida. Resignacion y calma es lo que te pide; Dios lo ha dispuesto así.

Daniel besó la mano del sacerdote y entró en su casa.

El padre Macario se dirigió hácia la plaza á hacerle la media hora de tertulia al boticario, como tenia por costumbre todos los dias.

CAPÍTULO X

LOS RECUERDOS DE LA INFANCIA

Daniel encontró la mesa puesta, con los manteles limpios y el pan tierno, amasado aquella mañana por Mónica; porque segun la buena mujer habia dicho á los vecinos, queria obsequiar *á su ojito derecho.*

La emocion que habia esperimentado junto á la tumba de su madre, le quitaba el apetito; pero Daniel, haciendo un esfuerzo, se sentó en la silla que le tenia preparada Mónica, y sonriéndose, dijo:

—¡Ah! ¡cuántas veces he echado de menos en mis viajes este modesto hogar, esta mesa y tus buenos deseos en complacerme, querida Mónica; pero me hallo tan conmovido al verme en mi casa, que no tengo ganas de probar bocado!

—¡Bah! comiendo viene la gana, hijo mio; porque los manjares que te he dispuesto abren el apetito.

Daniel comprendió que causaria un gran disgusto á

Mónica no comiendo, y se decidió á hacer honor á la cocinera, aunque le causaba alguna violencia.

Si posible nos fuera preguntar uno por uno á todos esos hombres que desde una cuna humilde se han elevado á grandes alturas, todos ellos estarian conformes en que no se olvida nunca el hogar que les sirvió de albergue en la infancia, por pobre que sea; y esto sucede con mas frecuencia en aquellos que nacieron en un pueblo de corto vecindario, porque en las grandes ciudades se muda con frecuencia de domicilio, y por consiguiente, se tiene poco cariño á las paredes de la casa.

La niñez tiene generalmente la imaginacion de cera, y se imprimen en ella con facilidad los acontecimientos.

Los encantadores detalles de la infancia no se olvidan nunca, porque todos ellos están llenos de poesía.

Volver al pueblo donde nacimos despues de treinta años de ausencia, y volver rico y con una posicion social, produce un placer tan grande, que embarga el alma.

¡Cuántos hombres ilustres disfrutan de esta dicha, y fueron la providencia de sus pueblos, por cuyas calles corrieron descalzos, como Murillo; pidieron un pedazo de pan, como Colon para matar el hambre, ó soñaron en la gloria como Franklin!...

Si quisiéramos nombrarlos, llenaríamos muchas páginas con solo hacer un catálogo de sus nombres.

Y luego, ¿puede olvidarse nunca el recuerdo de una madre? Porque no es posible que exista una madre que

no nos haya hecho en la niñez alguna golosina que formó nuestras delicias, y cuyo grato sabor no se disipa nunca de nuestro paladar.

En vano, cuando se llega á hombre, cuando la fortuna nos eleva y se pasa de la cabaña al palacio, de la miseria á la opulencia, convirtiendo en un festin cada comida, apurando los placeres de la gula, viendo la mesa cubierta de los interminables manjares de la cocina francesa, se pretende olvidar. Siempre salta á nuestra memoria tal ó cual plato que condimentaba nuestra madre, muy superior á todos aquellos platos que humean ante nuestros ojos.

No hace muchos dias, nos hallábamos en el despacho de un general grande de España y millonario, esperando la hora de la comida y hablando de política, que es el vicio de todos los españoles, cuando entró el jefe de la cocina con una lista de los platos que iban á servirnos.

El general fijó con desden una mirada en aquel tratado sublime del arte culinario, y haciendo un gesto propio del hombre que sabe comer, lo que es muy raro en el mundo, dijo:

—Bien, monsieur R... creo que comeremos bien, y que mis amigos llamarán al autor al final; pero mi buena y pobre madre, que no conocia la nomenclatura de la cocina francesa, que jamás comió sopa de rabo de buey, ni trufas, ni cabeza de tortuga, ni tomó helados entre la comida, me hacia todas las semanas, una vez lo menos, un guisado de lentejas, tan casero, tan sustancioso, tan perfectamente bien condimentado, que

cuando lo colocaba sobre los blancos manteles en la misma cazuela donde lo guisaba, mis hermanos y yo bailábamos de gusto. ¡Ah! ¡si usted supiera hacer el guisado con lentejas de mi madre, yo le daria á usted cuatro mil reales de sueldo!

Y el general, exhalando un suspiro, añadió:

—Pero mi madre ha muerto, y se llevó la receta del guisado al otro mundo; nadie lo hará como ella.

¡Ah! ¡qué hermoso es tener madre!...

¡Quién nos cuida como ella! ¡Pobres mártires del hogar!... que solo piden en pago á todos sus grandes y sublimes sacrificios, un poco de ternura, una sonrisa al levantarnos, y un beso al darles las buenas noches.

Daniel, al verse en su casa de Horche sentado junto á la misma mesa que tantas veces bendijo su querida madre al comenzar la comida, no pudo contener las lágrimas.

Mónica lloraba tambien, pero al mismo tiempo procuraba tranquilizarle, temerosa de que los recuerdos tristes le quitaran el apetito.

Durante la comida no se habló de otra cosa que de Angela.

Aquella misma tarde fueron á ver y abrazar á Daniel algunos amigos de la niñez, y hablaron mucho de sus viajes y de sus recuerdos de la infancia.

Llegó la noche; esas horas de silencio y de meditacion tan amigas de las almas tristes.

Daniel se encerró en la habitacion donde habia muerto su madre, pues en ella queria vivir para tener mas presente su recuerdo.

Angela habia sido tan pobre y tan desgraciada, que no habia dejado un retrato á su hijo.

Pasó la vida en un pueblo, sola con su dolor, con Daniel y con sus recuerdos, y nunca se le ocurrió que su imágen se fotografiara en otro sitio que en el corazon de su hijo.

¿Pero qué falta le hacia á Daniel el retrato de Angela, cuando le llevaba grabado indeleblemente en el alma?

La habitacion que habia elegido se hallaba llena de recuerdos, todos muy queridos para él.

Allí estaba el viejo sillon de vaqueta donde habia muerto su madre; la mesa de pino pintada de color de caoba sobre la cual habia escrito su memorias, y el antiguo tintero de bronce, con las mismas plumas de que se habia servido para referirle su amarga historia, todo el doloroso poema de su vida.

Daniel cerró la puerta, tenia necesidad de estar solo: y arrodillándose junto al viejo sillon, lloró amargamente.

¿Cuánto tiempo permaneció en aquella dolorosa actitud?... No lo supo nunca, porque aquella noche fué una noche de recuerdos dolorosos, en que no existió mas que entregado al ayer.

Por fin se levantó, y enjugándose los ojos, se dijo:

—Solo se sabe lo que vale una madre despues que se ha perdido para siempre; y entonces, cuando ya es tarde, recordamos las lágrimas que la hemos hecho verter, y se siente un gran dolor en el corazon y el remordimiento terrible en nuestra conciencia.

Daniel se paseó con la frente inclinada sobre el pecho por la habitacion, sin ocuparse en la hora que se encontraba.

Luego, cuando cansado de los prolongados paseos, entró en la alcoba para acostarse, vió sobre el lecho una imágen de Cristo enclavado en el sublime madero.

Todas las noches, su madre besaba respetuosamente los piés del Cristo, recomendándole á Daniel.

En la mesa de noche se encontraba el devocionario de su madre, y suspendida de un clavo una pequeña pila de agua bendita de porcelana, que terminaba con la figura de un ángel con las alas extendidas.

Aquel ángel le recordó las palabras que su madre le decia todas las noches:

—Daniel, este es el Angel de la Guarda que vela el sueño de los hijos que son buenos; procura no ofenderle nunca, para que siempre te proteja.

Daniel fatigado por tantas emociones, besó los piés del Cristo y se acostó.

Durante una hora, el sueño le fué rebelde; pero por fin sus párpados se cerraron dulcemente, y comenzó para él la muerte diaria, que da fuerza y vigor al cuerpo.

Aquella noche, Daniel vió en sueños á su madre, que sentada bajo un dosel de resplandeciente luz en el Paraíso, le miraba sonriéndose y le decia:

—Dios no olvida á los buenos.

¡Ah! ¡el sueño! ¡dulce consuelo de las almas que no se han visto nunca turbadas por las terribles inquietudes de los remordimientos! ¡El sueño! ¡terrible ex-

piacion de las conciencias envenenadas por el crímen!

Los lábios de Daniel se entreabrian dulcemente durante aquellas horas de reparadora tranquilidad, porque su conducta habia sido noble, porque su corazon latia tranquilamente satisfecho de la obra que acababa de llevar á cabo.

La pompa mundana, la ambicion que perturba, la vanidad de la tierra, habian sido vencidas por los generosos impulsos de su alma; su sueño, pues, era tranquilo y reparador como el del justo.

LIBRO SEXTO

EL SOBRINO DEL MILLONARIO

CAPÍTULO PRIMERO

DONDE SE DA CUENTA DE UNA EMBAJADA

El conde de la Fé habia aceptado la invitacion que para comer le habia hecho su antiguo amigo don Joaquin de Labra.

El reloj acababa de dar las seis de la tarde, y Ernesto no parecia.

—Los jóvenes no tienen nunca prisa,—decia don Joaquin, como queriendo disculparse con su amigo, pues le habia dicho que comerian á las seis.

—Querido Joaquin,—añadió el conde,—es preciso que tengas presente, que tu sobrino ha ido nada menos que á Chamartin á hacer una visita á su futura suegra.

—Sí, sí; pero desde las dos que salió de casa, y llevando un buen caballo en el cabriolé...

—Calma tu impaciencia, porque te prevengo que me es completamente igual comer una hora mas tar-

de. Además, he pasado el tiempo muy entretenido viendo tu coleccion de pipas.

—¡Oh! en cuanto á eso estoy orgulloso, y me atreveria á apostar algo que nadie me gana.

—Con seguridad ganarias,—añadió el conde riéndose, —porque solo un loco como tú se gasta tanto dinero en esos apéndices del cigarro, que para nada sirven.

—Veo que eres un profano, y por eso no me ofendo.

—Mas vale así.

—¿Sabes, querido Fernando, que siento haberte convidado á comer?—repuso don Joaquin cambiando de tono.

—¿Y por qué?

—Porque es un mal dia.

—No comprendo.

—Figúrate por un momento que la marquesa del Radio no acepte á mi sobrino por yerno.

—¿Qué razones tienes para creer eso?

—Ninguna, pero la desconfianza es en mí muy natural.

—Tu sobrino se presenta bajo la proteccion tuya, que posees una gran fortuna, y el dinero es el soberano poder del siglo.

—No tengo herederos, y si Ernesto se porta bien, no le olvidaré en la hora de la muerte.

—Aunque no sea mas que por gratitud, creo que se desvivirá en complacerte.

—Tanto mejor para él en ese caso.

En este momento se abrió la puerta de la habitacion donde se hallaban los dos amigos, y se presentó Ernesto.

Bastaba verle el rostro para adivinar que venia contento.

Abrazó á su tio, dió la mano al conde, y sentándose en una butaca con el abandono del que se halla fatigado, dijo:

—Pido á ustedes perdon por mi retraso; pero debo decir que la culpa no es mia.

—¿Y qué tal la señora marquesa?...—preguntó don Joaquin con marcado interés.

—La señora marquesa me ha recibido con mucha amabilidad, y aunque le ha causado una gran sorpresa el motivo de mi visita, tengo la esperanza que se convierta con el tiempo en mi protectora.

—Pero eso es muy ambiguo,—repuso el conde.

—Sí, muy ambiguo,—añadió don Joaquin;—debia haberte dicho que sí ó que no.

—Querido tio, tengo la esperanza que me concedan la mano de Clotilde.

—Sí, en buen hora,—contestó don Joaquin interrumpiéndole;—cuando un sobrino de un millonario que se halla en tus condiciones pide la mano de una muchacha, debe la mamá de la niña contestar resueltamente que sí, porque todos los dias no se halla un marido rico, ni para un remedio.

—La marquesa, querido tio, como he dicho hace poco, me recibió con mucha amabilidad, y al dirigirle mi peticion, despues de algunos instantes de medita-

cion, me dijo que estaba decidida á secundar mis deseos; pero que nada podia decirme en definitiva hasta que su hija no volviera de Ginebra, pues no quiere violentarla en lo mas mínimo.

—De lo que se deduce,—repuso el conde, tomando parte en la conversacion,—que la madre se halla en buenas disposiciones; pero reservada y prudente, no quiere soltar prendas.

—Por lo que será preciso esperar la llegada de Clotilde.

—Indispensablemente.

—Pues entonces vamos á comer, que es lo mas importante.

Don Joaquin se cogió del brazo del conde, para conducirle al comedor.

Ernesto les siguió:

Cuando el camarero sirvió la sopa, don Joaquin dijo:

—Pues, señor, sigo no esplicándome el matrimonio. ¡Es tan hermosa la libertad de soltero!... ¿No es verdad, conde?...

—Sin embargo, Ernesto piensa de distinto modo, y es preciso respetar sus resoluciones,—contestó el conde.

—¡Ah, querido tio, si usted conociera á la hija del general Lostan!—añadió Ernesto.

—Sí, sí, ya supongo que será una preciosidad en cuerpo y alma, una hurí, una mujer sin tacha, todo lo que quieras; pero la cruz del matrimonio es verdaderamente abrumadora.

—Cuando el amor une á dos almas, llevan la cruz juntas, y apenas se siente su peso.

—Yo me alegraré que así suceda; pero en tu lugar no venderia por nada del mundo mi libertad de soltero.

—Querido tio, la vida de soltero me ha arruinado y me ha hecho apurar el amargo cáliz de los desengaños. Estoy harto de tratar á mujeres sin corazon, que venden su amor y aman con mas ó menos vehemencia, segun lo desprendido ó dadivoso que es el amante. Deseo, pues, entrar en esa vida dulce y pacífica del matrimonio, de la familia, de la calma. Si Clotilde me ama, si acepta mi mano, no hay remedio, me caso, si usted no se opone á ello.

—¡Oponerme! De ninguna manera. Solo os exijo que no me abandoneis, que vivais conmigo, comiendo á mi mesa un par de veces todas las semanas.

—Acepto la imposicion con mucho gusto.

—¿Pero tú no dices nada sobre el matrimonio?—añadió don Joaquin dirigiéndole la palabra á su amigo.

—¡Qué quieres que diga sobre el matrimonio un soltero, sin profanar con inexactitudes el tálamo nupcial, que no conoce! ¡Ah, querido Joaquin, á mí no me gusta hacer como aquella poetisa medrosa y enferma que se puso á escribir las batallas de Napoleon sin contar con sus nervios, y una noche cayó desde el techo una araña microscópica sobre el papel donde escribia, y se desmayó de susto! Así pues, como no entiendo una palabra de la vida íntima del matrimonio, porque nunca he sido casado, prefiero comer y oir; pues

de este modo satisfago las necesidades del estómago, y aprendo algo con vuestra conversacion.

—Eso no es otra cosa mas que un recurso, ó por mejor decir, un pretexto para no dar tu voto en esta materia,—añadió don Joaquin.—Generalmente saben mas los solteros que los casados de la vida del matrimonio, pues ellos son la mayor parte de las veces causa de esos dramas íntimos que tienen por escenario el hogar doméstico,

—Te prevengo, querido Joaquin, que es algo inconveniente hablar de cosas dramáticas cuando se come, porque se puede tener una mala digestion.

—Sí, sí, el conde dice bien; comamos,—repuso Ernesto.

—Comamos enhorabuena; pero propongo un brindis á los postres en favor de los solteros que han tenido bastante valor para librarse de esa vulgaridad tiránica, llamada matrimonio.

—Querido tio,—añadió Ernesto,—yo espero que usted me dispensará de ese brindis, porque está en contraposicion de mis ideas.

—Quedas dispensado.

—Cuando el amor embarga el pensamiento de los jóvenes, la idea del matrimonio no cesa de dar vueltas por dentro del cráneo,—dijo el conde.—Dejemos, pues, á Ernesto que piense en la luna de miel, porque no hay nada tan odioso como la tiranía doméstica.

—Forzoso será que me declare vencido, puesto que sois dos contra mí,—añadió don Joaquin.—Conste, pues, que cedo ante la fuerza, no ante la razon.

La comida continuó alegremente.

A los postres, don Joaquin, con una copa de Champagne en la mano, brindó contra el matrimonio, que, segun sus teorías, era la mayor de las calamidades.

Ernesto aplaudió el brindis de su tio, y en contraposicion de sus palabras pronunció un discurso para enaltecer el amor purísimo de las esposas y la santa abnegacion de las madres.

A las diez de la noche el conde de la Fé pidió el carruaje.

Don Joaquin dió un abrazo de despedida á su antiguo amigo, y Ernesto fué á acompañar al conde.

Cuando el millonario se quedó solo, llamó al negro Zulma, y ambos se pusieron á jugar una partida de ajedrez.

CAPITULO II

CORRESPONDENCIA

El apoderado general de los marqueses del Radio vivia en Madrid en la misma casa de sus señores, y fué grande su sorpresa al recibir las dos cartas que á continuacion copiamos:

«Mañana salimos de París en el tren-correo; mande usted, pues, un carruaje á la estacion del Norte á la hora de llegada.

»El general,

»Lostan.»

La otra decia así:

«Esta tarde me trasladaré á Madrid; que estén dispuestas mis habitaciones.

»La marquesa del Radio»

Don Andrés (pues este era el nombre de pila del apoderado) llamó al jefe de la caballeriza, y leyó la carta del general, añadiendo:

—Creo que no tengo nada mas que decir á usted; ya sabe usted que al señor general le gusta que le sirvan con exactitud; estará usted en la estacion con una carretela una hora antes de la llegada del tren.

Don Andrés despidió al cochero jefe, y llamó á doña Marta, encargada de la ropa y del aseo de la casa.

—La señora marquesa,—le dijo,—llega esta tarde; que no falte nada en sus habitaciones.

—Pues qué, ¿va á pasar el invierno en Madrid la señora?—preguntó Marta.

—Solo sé que se viene; pero ignoro el tiempo que permanecerá aquí.

Y don Andrés, que era hombre de pocas palabras, indicó con la mano á doña Marta que podia retirarse.

El anuncio de la repentina llegada de la marquesa causó alguna inquietud á don Andrés, pues conociendo el carácter de su señora, pensó que no habian de faltarle disgustos al general.

A las cinco de la tarde llegó la marquesa, acompañada de doña Mercedes y una doncella.

Don Andrés la acompañó hasta sus habitaciones, y despues de los primeros cumplidos y decirle que podia cuando gustase pedir la comida, la dijo que habia recibido aquella misma mañana carta del general, que desde París le decia que llegaba á Madrid al dia siguiente, encargándole le mandara un carruaje á la estacion.

—Está bien,—contestó la marquesa;—avíseme usted á la hora: quiero yo tambien ir á recibir á mi hija.

Don Andrés se retiró, y la marquesa se quedó sola con doña Mercedes.

—Ya lo ve usted,—dijo la marquesa;—mi hija no se ha dignado escribirme anunciándome su llegada.

La aya de Clotilde guardó silencio, porque creyó justa la reconvencion de su ama.

Pero como si estas palabras hubiesen tenido el poder de un talisman, la voz de una doncella se dejó oir en la puerta, pidiendo permiso para entrar.

—Adelante,—dijo doña Beatriz;—¿qué ocurre?

—Un hombre acaba de llegar de Chamartin, y trae una carta para la señora marquesa.

Y la doncella la entregó á su señora.

—¡Ah!—dijo doña Beatriz,—es de mi hija. Me alegro infinito engañarme al creerla olvidadiza.

Y rompiendo el sobre, se puso á leer para sí lo que sigue:

«Madre mia: por fin partimos mañana para España, y muy en breve tendré la inmensa dicha de estrechar á usted sobre mi corazon.

»Mi padre se halla completamente restablecido, si bien se ha apoderado de él una tristeza, que me inspira sérios temores.

»¡Ah!... Si usted fuera tan buena, que olvidando pasados resentimientos, abandonara su retiro de Chamartin para vivir con nosotros...

»Hace á una hija tanta falta su madre, que me desconsuela y entristece la idea de vivir separada de aquella á quien debo el sér.

»La causa que impuso á usted un destiero volun-

tario, puede decirse que no existe. Un poco de valor, madre mia, y la felicidad tornará de nuevo á brillar en nuestro hogar doméstico.

»Mi mayor ventura será verla á usted á mi llegada á Madrid.

»La ama á usted con todo su corazon, su hija,

»Clotilde.»

La marquesa dominó la emocion que la lectura de la carta la habia causado, y notando el gran interés con que la miraba doña Mercedes, la dijo:

—Es de Clotilde... puede usted leerla.

Doña Mercedes leyó la carta, y á la tercera línea tenia los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah! ¡qué alegría para la señorita!—esclamó doña Mercedes;—¡qué alegría tan grande cuando vea á la señora marquesa en la estacion, y sepa que está resuelta á vivir en Madrid. Porque, despues de todo, de nada de lo que ha sucedido tiene la culpa la señorita Clotilde.

La marquesa, que se habia sentado en una butaca, dejó caer la frente sobre el pecho, y guardó silencio.

Doña Mercedes creyó prudente no interrumpirla; calló tambien, y fué en silencio á sentarse á uno de los estremos de la habitacion y á esperar desde allí las órdenes de la señora.

. . . . . .

. . . . . .

Al dia siguiente la marquesa se despertó cuando el

alba comenzaba á nacer por el Oriente. Tiró del llamador de la campanilla y se presentó doña Mercedes.

Al ver entrar á aquella noble y buena anciana, le dijo:

—Pues qué, ¿no se ha acostado usted esta noche?...

—Sí, señora; pero como no podia dormir, me levanté á esperar el dia,—contestó Mercedes.

—¿Ama usted mucho á Clotilde, no es verdad?

—La amo con todo mi corazon.

—¿Y temia usted llegar tarde al ferro-carril?

Doña Mercedes se sonrió.

—Diga usted,—añadió la marquesa,—á mi doncella que entre á vestirme, disponga usted que me entren una taza de té y que enganchen mi carretela para las siete menos cuarto. Usted me acompañará á recibir á Clotilde.

Doña Mercedes salió, pensando que su ama habia cambiado notablemente de carácter desde la tarde que el señorito Daniel fué á hacerle una visita.

Mientras esto tenia lugar, el tren «exprés» se acercaba á Madrid.

En un departamento de un coche de primera, se hallaban cuatro personas conocidas de nuestros lectores: el general Lostan, Clotilde, el doctor Samuel y Julio de Monforte.

En el mismo tren, pero en otro departamento, iban Santiago y la doncella de Clotilde.

El general apenas desplegaba los labios. Trataba de estarse recatado en uno de los rincones del coche, fingia dormir por no tomarse la molestia de hablar, y esto

era un obstáculo para el buen humor de los demás viajeros; bien es verdad que todos ellos tenian hartos motivos para no estar alegres.

La situacion era molesta para todos, y tenian gran deseo de llegar al término de su viaje.

A manera que el tren se iba aproximando á Madrid, era mas sombrío el silencio del general.

Clotilde le dirigia frecuentes miradas de ternura, á las que el general solia contestar con una sonrisa imperceptible.

Cuando llegaron á Pozuelo, estacion que precede á la de Madrid, el general exhaló un profundo suspiro, y Clotilde, que se hallaba á su lado, le dijo en voz baja:

—¡Valor, padre mio!

—¡No ha de faltarme, Clotilde, yo te lo juro!

El general y Clotilde estaban muy lejos de sospechar que la marquesa les esperaba en la estacion.

Conocido el carácter de doña Beatriz, si alguno les hubiera dado tan buena noticia, no le hubieran creido.

Cuando la locomotora silbó anunciando que iba á entrar en la estacion de Madrid, el doctor Samuel le dijo:

—Señor general, ya hemos llegado á Madrid, y como es probable que hoy mismo parta para mi pueblo, me despido de ustedes desde este momento, y ofrezco á ustedes mis servicios en Horche, adonde pienso vivir retirado hasta que Dios me llame para juzgarme.

—Pues qué, ¿no quiere usted descansar algunos dias en mi casa, doctor?—le preguntó el general.

—Usted se halla restablecido, no necesita afortu-

nadamente de médicos ni boticas; yo tengo mucha prisa por llegar á mi casa.

—Pues bien, doctor; aunque parta usted esta misma noche, yo le ruego que descanse en mi casa algunas horas.

—Imposible, general; iré á casa del doctor Mendez, á quien tengo precision de ver antes de partir para el pueblo.

—Como usted guste, doctor,—contestó el general, un tanto ofendido por la negativa.

En este momento el tren llegó á la estacion, y Clotilde, que se habia asomado á la ventanilla, no pudo contener un grito de gozo.

—¿Qué es eso?—preguntó el general.

—¡Ah, mi madre ha venido á recibirnos!—esclamó Clotilde.

—¡La marquesa!—repuso el general.

—¡Sí, ella, ella!... ¡allí está!

Y Clotilde, bajando precipitadamente del coche, fué á arrojarse loca de alegría en los brazos de su madre.

El general estaba pálido como un cadáver, temblaba, y ni podia darse cuenta de la emocion que sentia.

Se acercó á su esposa, que besaba llorando á su hija y la saludó respetuosamente.

Doña Beatriz le tendió una mano, diciendo:

—Buenos dias, general.

Y antes de darle tiempo para reponerse de la sorpresa que aquel recibimiento le causaba, añadió:

—Vamos, el coche espera.

Y cogida de la cintura de su hija, la condujo hasta el coche.

El general caminaba detrás.

Cuando subieron al coche, Clotilde, que estaba loca de alegría, volvió á arrojarse en los brazos de su madre llorando.

—¡A casa!... ¡á casa!...—dijo doña Beatriz al lacayo, que esperaba órdenes junto á la portezuela.

Los caballos partieron al trote.

El general guardaba silencio; pero se sentia vivamente conmovido, sin poderse esplicar el notable cambio de su esposa.

De repente Clotilde se acordó de Julio, de quien no se habia despedido, y asomó la cabeza por la portezuela; pero no viéndolo, volvió á ocuparse de su madre, cuya conducta la tenia encantada.

CAPITULO III

NUEVAS DIFICULTADES

Una hora despues, Clotilde y la marquesa se hallaban solas en un gabinete, sentadas en un mismo sofá y con las manos cogidas.

El general que se sentia algo molestado por el viaje, se habia retirado á sus habitaciones.

—¡Ah!... yo quisiera demostrar á usted, madre mia, el placer que esperimento en este instante,—esclamó Clotilde, mirando á la marquesa con los ojos llenos de lágrimas;—á manera que iba acercándome á Madrid, se iba entristeciendo mi corazon y oprimiéndose mi espíritu; pero al verla á usted en el anden, mi alegría fué inmensa, porque la presencia de usted era la prueba de la reconciliacion que tanto he deseado.

—No me agradezcas á mí sola el paso que he dado,—contestó doña Beatriz sonriéndose,—pues no me gusta recibir los aplausos que merecen otros.

—¿No comprendo á usted?—añadió Clotilde con ingenuidad.

—Por mí sola, tal vez me encontraria á estas horas en Chamartin, sin haber tenido el gusto de abrazarte.

Y como Clotilde se quedase mirando á su madre, esta añadió:

—Hace dos dias, vino á hacerme una visita á mi destierro de Chamartin, un jóven por el que tú te interesas mucho.

—¡Ah, era Daniel!... ¿no es verdad, madre mia?...

—Sí, Daniel fué, y seria muy injusta si no reconociera las bellas cualidades de ese jóven.

—¿Y por qué no dice usted de mi hermano?

—Tienes razon, puesto que le pertenece por parte de padre ese nombre.

—Estoy segura, madre mia... estoy plenamente convencida, de que en cuanto tratase usted á Daniel, acabaria usted por amarle como á un hijo. Difícilmente se encontrará en el mundo un jóven mas generoso y que abrigue en el alma mas bellos sentimientos. Pero si usted se ha reconciliado con él, ¿por qué no se hallaba en la estacion á mi llegada?

—Porque Daniel, segun creo, salió de Madrid la misma noche del dia que vino á visitarme.

—No ha querido esperarme... se marchó de Suiza sin despedirse... Hé ahí una delicadeza que le reprenderé cuando tenga ocasion de verle.

Y Clotilde, besando una de las manos de su madre, añadió:

—¿Seria una imprudencia saber lo que dijo Daniel?

—No, hija mia; porque en todas sus palabras habia tanta nobleza, que logró convencerme. El pobre muchacho nada quiere para él, pero para tí lo desea todo: fortuna, felicidad, consideraciones: confieso francamente que sus súplicas me conmovieron. Yo pensaba continuar viviendo en mi destierro de Chamartin, pero Daniel me recordó que era madre, y que mi hija necesitaba verme á su lado. ¡Ah, si le hubieras oido!... Me convenció por fin; vine á recibirte, á olvidarlo todo por tí.

Clotilde se arrojó al cuello de su madre, y la besó repetidas veces, derramando abundantes lágrimas.

—¡Daniel tiene un corazon de oro!—esclamó Clotilde; —y nosotros no podemos consentir que viva, pobre y solitario, lejos de Madrid.

—Hija mia, conozco que con dificultad podria encontrarse un jóven de sus bellas condiciones; su nobleza de carácter, su generoso sacrificio, han cautivado mi corazon; deploro tanto como tú el voluntario destierro que se ha impuesto; pero él mismo lo ha dicho: «Yo no puedo permanecer al lado de Clotilde.»

—¡Pero la mitad de la fortuna de mi padre le pertenece!... ¡Él es mi hermano!...

La marquesa cogió entre las suyas las manos de Clotilde, las estrechó contra su pecho, fijó en ella una mirada de ternura, y dijo:

—Escucha, hija mia; yo debo decírtelo, para que no lo ignores y comprendas la situacion de tu madre; esta esplicacion será muy dolorosa para las dos, lo conozco, pero no hay otro remedio; despues de oirme, tú elegirás

el camino que debemos emprender. Cuando un hombre comete la infamia de casarse con dos mujeres, la ley tiene castigos y penas para el culpable, y concediendo todos los derechos, todas las prerogativas á la primera á quien dió el nombre de esposa al pié de los altares, le dice á la segunda, á pesar de su inocencia: «Tú no eres mas que una manceba, una querida de ese miserable que te ha engañado.»

Clotilde lanzó un grito, y cubriéndose el rostro con las manos, esclamó:

—¡Pobre madre mia!

—Veo que comprendes mi situacion,—añadió la marquesa con acento conmovido;—ante la ley, yo no soy mas que la querida del general Lostan, y tú su hija natural: Daniel lo ha comprendido así, y generoso hasta lo inverosímil, se sacrifica cediéndote todos sus derechos. Su presencia en este palacio, es mi deshonra y la tuya. Si él viviera con nosotros, seria preciso ir diciendo á todo el mundo la terrible verdad que tanto daño nos causaria á nosotros, y mas que á nosotros al general, ó mentir humillando á Daniel. De dos males, es prudente aceptar el que lo sea menos. Eso mismo ha comprendido tu hermano, y por eso se ha decidido á vivir retirado en su modesta casa de Horche. Ahora, hija mia, elige entre dejar las cosas tal y como están, ó manchar mi frente, la tuya y la del general con la vergüenza y el oprobio.

Clotilde guardó silencio. Las lágrimas, los sollozos la ahogaban. Comprendia la terrible situacion, pero no encontrando manera de resolverla, lloraba.

Así permanecieron algunos minutos.

Pero el alma generosa de Clotilde no podia aceptar el sacrificio de Daniel.

Un pensamiento cruzó por la mente de Clotilde: visitar á su hermano en su destierro de Horche, y convencerle á que regresara á Madrid.

—Comprendo, madre mia,—dijo Clotilde despues de algunos minutos de pausa,—que la situacion de nuestra familia es verdaderamente excepcional. Para salvar á la marquesa del Radio, al general Lostan y á su hija, es preciso que Daniel se sacrifique, y él se sacrificará; pero nosotros, por nuestra parte, debemos procurar que este sacrificio sea lo menos penoso posible, y yo creo que mi madre no se opondrá a que vaya á Horche á visitar á mi hermano.

—Hija mia, eso seria una imprudencia,—contestó sobresaltada la marquesa.

—¡Imprudencia!... ¿Y por qué, madre mia?

—¿Con qué pretexto irias á visitar á un jóven que vive en un pueblo, y á quien todo el mundo conoce en Madrid por el protegido del conde de la Fé y el pretendiente de la hija del general Lostan? Recuerda, Clotilde, que Daniel te persiguió no hace mucho por todas partes, que pretendió tu mano, que se batió por tí con otro hombre, y que loco, enamorado, te persiguió hasta Suiza; no olvides Clotilde, que nosotros vivimos en el seno de una sociedad que juzga nuestras acciones muchas veces con harta ligereza, y que tu honra seria el pasto de la calumnia y la maledicencia.

—¿Y qué me importa á mí lo que puedan decir los

desocupados? Mi conciencia está tranquila: no debe, pues, detenerme nada cuando sigo los impulsos generosos de mi corazon. Daniel es pobre, madre mia, y quién sabe si mientras yo vivo aquí en la opulencia, rodeada de lujo y ostentacion, él, solo y abandonado en Horche, carecerá de lo mas necesario. Yo bien conozco que la honra de mis padres, que el buen nombre de mi familia, necesita un gran sacrificio por parte de mi hermano. Daniel dobla la cabeza con humildad, y acepta ese sacrificio; pero yo no debo abandonarle.

—Pues bien; personas de confianza tenemos en casa que puedan ir á verle, y darle todo aquello que necesite.

—Mi hermano no aceptará nada de nadie.

—¿Le crees tan orgulloso?

—No, madre mia; le creo digno, y fuera humillarle el que otro que su hermana le hiciera proposiciones que habian de herir las mas delicadas fibras de su corazon. Así pues, estoy resuelta á verle y hablarle, á enjugar sus lágrimas, á fortalecer su espíritu. Él se separó de mí sin despedirse: temia que mis ruegos debilitaran su fuerza de voluntad, y abandonó las poéticas orillas del lago Leman sin darme un adios. ¿Qué disculpa podria dar á mi silencio? Ninguna, madre mia, ninguna. Daniel tendria sobrados motivos para creerme una mujer desnaturalizada, y yo prefiero la muerte á merecer á mi hermano un concepto tan poco ventajoso.

—Pues bien, ¿quién te lo impide? escríbele, manten con él una correspondencia diaria si te place.

—¡Ah! no, no; la palabra escrita no tiene nunca la fuerza de la palabra hablada. En los pensamientos que la pluma deja sobre el papel, hay siempre algo de arte, que está muy léjos de tener la expresion de unos labios que suplican trémulos y cariñosos, de unos ojos humedecidos por las lágrimas, que dirigen miradas llenas de ternura. Daniel leeria mis cartas conmovido, lo sé, madre mia; mas cogiendo la pluma contestaria á mis ofertas con agradecidas excusas: pero si él me ve arrodillada á sus piés, si siente mis trémulas manos entre las suyas, si oye mi voz suplicante penetrando en su alma, ¡oh! entonces estoy segura de convencerle, tengo la evidencia de que aceptará todo cuanto yo le proponga, porque él no ha de tener valor para negarme nada, porque él sabe que yo no puedo ser dichosa mientras él sea desgraciado.

—¿Tanto le amas, Clotilde?—preguntó doña Beatriz, agitando tristemente la cabeza.

—¡Que si le amo! No pretendo ocultarlo, madre mia: desde el momento en que le ví por primera vez, desde aquel dia que mi padre, cometiendo una injusticia incalificable, le despidió cruelmente de su casa, yo sentí por Daniel algo desconocido en mi corazon, una secreta emocion que entonces no pude definir, pero que no pasó mucho tiempo sin que adivinara que era hija del inmenso amor que brotaba en mi alma. Si el ángel de mi guarda no me hubiera revelado tan oportunamente el orígen del nacimiento de Daniel, á pesar de mi padre, á pesar del mundo entero, á pesar de la diferencia de posiciones, hoy seria su esposa. Mi padre

así lo comprendió, y puso en mis manos el manuscrito de aquella pobre mártir, que habia bajado á la tumba llevándose su fatal secreto. La lectura de aquellas páginas me causaron una impresion que yo no podia esplicar: era una mezcla de dolor y de alegría á un tiempo, era un aturdimiento, que llenando mis ojos de lágrimas, sobresaltaba mi espíritu; yo, embebida en la lectura de aquellas dolorosas páginas, olvidé que aquella misma noche Daniel debia venir por mí para conducirme al altar, en donde habia jurado darle el nombre de esposa. Daniel llegó efectivamente á la hora convenida, y yo al verle á mi lado exhalé un grito de gozo, dándole el dulce nombre de hermano. La Providencia nos habia salvado, y juntos la bendijimos aquella noche, cuyo recuerdo nunca se borrará de mi memoria. Un dia mas de silencio, y el crímen se hubiera consumado; y entonces, madre mia, la vergüenza y el dolor hubieran sido causa de mi muerte. Bendije á Dios por haberme salvado, y Dios me aconseja que no abandone á mi hermano.

La marquesa, no encontrando palabras con que convencer á su hija, comprendiendo al mismo tiempo que era justo y natural el deseo de Clotilde, añadió de este modo:

—Pues bien, hija mia, habla con tu padre, y esplícale tu pensamiento, que tiene tanto de generoso como de expuesto.

Clotilde besó cariñosamente una de las manos de su madre, contestando en voz baja:

—Es que no solamente necesito el consentimiento

del general Lostan, sino el de la marquesa del Radio, mi madre: soy hija de familia, apenas he cumplido veinte años, y no puedo viajar sola.

La marquesa guardó silencio.

La escena que acababa de tener con su hija, la habia fatigado. Clotilde así lo comprendió, y dijo:

—Voy á ver á mi padre: cuando él me dé su consentimiento, vendré por el de usted, madre mia.

CAPÍTULO IV

DONDE EL MILLONARIO DESEMPEÑA SU COMISION

Mientras tenia lugar esta escena, el baron de Labra, que estaba dispuesto á no perder el tiempo, tan pronto como supo la llegada del general y Clotilde á Madrid, suplicó á su tio don Joaquin que pidiese la mano de Clotilde al general.

—En verdad, hijo mio, que no comprendo tu impaciencia,—le habia contestado el millonario.

—¡Oh! en este mundo, querido tio, es preciso ser oportuno. Clotilde acaba de llegar de Suiza, y segun todas las probabilidades, esa muchacha se encuentra hoy, como vulgarmente se dice, sin compromiso. Para salir victoriosos de nuestra empresa, tenemos dos grandes ventajas: primera, el ser usted mi tio, mi padre y mi padrino á la vez, y siempre se oyen con gusto las pretensiones de un hombre que tiene ciento treinta millones de capital; y segunda, una carta del conde de la Fé, que, segun él me ha dicho, escribió anoche al ge-

neral Lostan, y que, aunque yo ignoro su contenido, debe ejercer gran influencia en la voluntad del padre de Clotilde. Así pues, yo le ruego por los mártires de Zaragoza, que pida usted hoy la mano de Clotilde á su padre, y si, como espero, nos da su consentimiento, se habrán llenado por completo todas mis aspiraciones.

—¿Pero tú tienes la seguridad de que la muchacha te quiere?—le habia contestado don Joaquin.

—Yo le diré á usted: ella no ignora que yo la amo con delirio; por ella me batí hace algunos meses con un hombre sin posicion y sin títulos, que se atrevió á hacerle el amor, y no creo del todo imposible que acepte mi mano, si tenemos para lograrlo el apoyo de sus padres.

—Bien, bien; haré lo que deseas, aunque la comision no es para mí muy agradable.

—Sin embargo, usted en otro tiempo fué amigo de don Pedro de Lostan.

—Sí, fuimos amigos; pero no tuvimos gran intimidad. Pero esto no tiene nada que ver con tu asunto.

Y don Joaquin, que era excesivamente bueno y que comenzaba á amar á su sobrino como á un hijo, pidió un coche, se vistió con todo el esmero que requerian las circunstancias, y dando un abrazo á Ernesto, dirigióse á casa del general Lostan.

Anticipémonos nosotros algunas horas.

El general Lostan se hallaba en la cama á eso de las nueve de la mañana, cuando vió entrar á su leal ayuda de cámara Santiago, que llevaba en una pequeña bandeja de plata una carta.

—¿Qué es eso, Santiago?—le preguntó el general.

—Una carta urgente que acaba de traer un criado del conde de la Fé.

Al oir este nombre, el general se incorporó bruscamente, demostrando con un gesto el asombro que le causaba.

—¿Del conde de la Fé?—repitió.

—Tambien á mí me ha estrañado que el señor conde escribiese una carta al señor general.

—Dame la bata y abre el balcon.

Un momento despues, el general, sentado en una butaca, leia para sí lo que á continuacion copiamos:

«Señor general Lostan.

»Muy señor mio: Tengo la evidencia de que, al fijar usted los ojos en estas líneas, le causará suma estrañeza el que el conde de la Fé le dirija á usted una carta. Pero esta estrañeza será corta, porque los hombres de mundo como usted, no ignoran que nada hay tan inverosímil como los acontecimientos de la vida real.

»Despues de este corto preámbulo, voy á entrar de lleno en la causa que motiva esta carta.

»Yo sé positivamente, que en las circunstancias en que los dos nos encontramos, usted no se atreverá á negarme el favor que voy á pedirle; porque su negativa seria tal vez el preludio de graves y terribles acontecimientos. Vamos al hecho.

»El jóven y elegante baron de Labra continúa, como antes, perdidamente enamorado de su hija de usted Clotilde. Este amor, en cuya realizacion cifra toda su felicidad, hubiera permanecido oculto en el fondo de su al-

ma, si una circunstancia verdaderamente inesperada no hubiera venido á reanimarle.

»Y es el caso, señor general, que el baron de Labra se hallaba poco menos que arruinado, cuando de repente ha visto llegar á Madrid á un tio carnal, que regresa de California con una fortuna de ciento treinta millones, y que no tiene otros parientes ni herederos que á Ernesto.

»Este tio prodigioso, á quien usted conocerá indudablemente tan pronto como le vea, está encargado de pedir al general Lostan la mano de su hija Clotilde para su sobrino el baron de Labra.

»Como quiera que Ernesto es el único heredero de los ciento treinta millones de su tio, como está perdidamente enamorado de Clotilde, yo me tomo la libertad de escribir á usted la presente carta para inclinarle en favor de mi recomendado Ernesto, y espero que acepte usted las proposiciones de su tio.

»Ahora bien, señor general; entre amigos antiguos como nosotros, debe reinar la mayor franqueza. Si usted rechaza á Ernesto y no le concede la mano de su hija, si usted se empeña en cerrarle las puertas de su casa como se las cerró á mi ahijado Daniel, entonces creeré que no quiere usted reconciliarse conmigo, y libre del juramento que hice á Angela, lo que hasta ahora ha sido un secreto pasará al dominio del público, adquiriendo una publicidad que no ha de hacer mucha honra al señor general Lostan.

»Creo que hoy se presentará el señor don Joaquin de Labra, tia del baron del mismo apellido, á pedirle á usted

para su sobrino la mano de Clotilde, y confio que usted ha de ser tan amable que acceda á esta peticion, que va apoyada por un tio que posee ciento treinta millones, y el que esta carta suscribe, que ha sido, es y será siempre su atento seguro servidor,

»El conde de la Fé.»

Al terminar la lectura de la carta, el general la estrujó con rabia entre sus manos.

Estaba pálido y convulso.

Aquella carta era un insulto y una amenaza á la vez.

Si el general se hubiera dejado llevar por los impulsos de la ira que sentia en su corazon, hubiera devuelto al conde de la Fé aquella carta envuelta en una bala.

Pero la esperiencia y los largos sufrimientos le habian demostrado, que cuando un hombre comete un crímen, aunque se escape de las penas marcadas en el Código y de la severidad de los jueces, no siempre se libra de las consecuencias que trae consigo este mismo crímen.

Hacia aproximadamente diez y siete años, que el general, perdiendo la paz de su conciencia, se veia siempre amenazado por todas partes.

Apenas salvaba un obstáculo, se le presentaba otro; y lo mas triste, lo mas doloroso, lo mas abrumador, era pensar que despues de tanto sacrificio y tantas noches de insomnio, la vergüenza, el oprobio tarde ó temprano, deberian caer sobre su frente.

El general no ignoraba que el baron de Labra era uno de esos jóvenes de la aristocracia, que habia malgastado en poco tiempo una bonita fortuna. Sabia, en parte, algo de la vida privada de aquel jóven; pero temeroso del escándalo, como siempre, fué tranquilizando su espíritu, y comenzó á buscar en su imaginacion un recurso para salvar el nuevo escollo que la peticion del conde de la Fé le presentaba.

Todo debia temerlo de aquel amigo, tan antiguo como irreconciliable.

Era preciso, pues, ser un poco diplomático en aquel asunto.

A las once le anunciaron la visita del señor don Joaquin de Labra.

Dió órden para que le introdujeran en su despacho, y poco despues se hallaba frente á frente del rico californiano.

Don Joaquin de Labra era un hombre sencillo, y en quien los años no habian podido ausentar la alegría de su corazon.

Saludó al general con la sonrisa en los labios, dirigiéndole al mismo tiempo estas palabras:

—Estoy seguro que ya no se acuerda usted de mí, general.

Y como el general hizo un movimiento de fisonomía que podia tomarse por una contestacion, don Joaquin añadió:

—No es estraño; hace mas de treinta años que no tengo el gusto de ver á usted: desde que nos reuníamos en la Fontana de Oro. Usted era entonces comandante,

si mal no recuerdo, y yo un jóven sin otro patrimonio que mis ilusiones.

—Sí, sí, recuerdo ahora perfectamente: usted era hermano del conde de Labra.

—El mismo en cuerpo y alma.

—¿Y en dónde ha estado usted durante tanto tiempo? —preguntó el general, haciéndose el desentendido.

—En América, en busca de un poco de oro para cubrir las necesidades de la vejez.

—¿Y lo ha conseguido usted?—volvió á preguntar don Pedro.

—Sí, general; he logrado á fuerza de trabajos y de economías reunir una bonita fortuna, y usted me permitirá, atendido el asunto que á esta casa me dirige, le diga que poseo ciento treinta millones y que tengo un sobrino á quien espero nombrar mi heredero universal.

Y como el general demostrara con una mirada el asombro que le causara el giro que iba tomando la conversacion, don Joaquin soltó una ruidosa carcajada añadiendo:

—Usted dirá, con sobrada razon: ¿pero qué diablo me importa á mí que este señor tenga un sobrino y quiera nombrarle heredero de cienta treinta millones? Pues le importa á usted mucho, querido general, porque aquí donde usted me ve, yo, despues de haber tenido la honra de estrechar su mano, vengo nada menos que como embajador de una de las cuestiones mas graves de la vida.

—¿Pero de qué se trata?—preguntó el general, dominando su impaciencia y sonriéndose á la vez.

—Cosas de la juventud, mi querido general, cosas de la juventud. Mi sobrino el baron de Labra, está perdidamente enamorado de su hija de usted.

—¿De Clotilde?

—Sí, de Clotilde, á quien no tengo el gusto de conocer. Y como el amor, cuando es puro y verdadero, sueña con las dulzuras de Himeneo, aquí me tiene usted á mí, que solteron incorregible, vengo nada menos que á pedir para mi sobrino la mano de su hija de usted.

—Permítame usted que me sorprenda esta inesperada peticion.

—Sí, sí, puede usted sorprenderse todo lo que quiera. Nada hay tan natural en estos casos como el asombro. Yo soy el embajador, y estoy asombrado del papel que represento.

—Pero, ¿usted sabe si Clotilde ama á Ernesto?

—¡Hombre! cuando Ernesto me da esta comision, prueba dos cosas: primero, que para él lo mas importante es tener el consentimiento de sus padres; y segundo, que alguna esperanza ha de tener cuando se atreve á pedirla en casamiento. En cuanto á la cuestion de intereses, hablando con la franqueza que me es propia, diré á usted que yo estoy dispuesto á dar á mi sobrino, por el pronto, una docenita de millones. Y andando el tiempo, cuando á Dios se le ocurra borrar mi nombre del libro de los vivos, que desearé sea lo mas tarde posible, le nombraré, como he dicho, heredero universal de todos mis bienes.

—El caso es grave,—añadió el general,—y nada puedo resolver sin hablar antes con mi esposa y con mi hija.

—En cuanto á la señora marquesa,—repuso don Joaquin,—creo que no ha de tener ningun inconveniente; porque ya mi sobrino fué á verla á su quinta de Chamartin, y la encontró, segun me dijo, con muy buenas disposiciones en favor suyo.

—¡Ah! ¿con que Ernesto ha visto á mi esposa?—dijo el general.

—Pues qué, ¿no le ha dicho á usted nada la marquesa?

—No debe á usted estrañarle, porque hace muy poco tiempo que me hallo en Madrid.

—Sí, sí, ya sé que estaba usted viajando por Suiza. Con que vamos á ver, señor general, ¿acepta usted mi proposicion, ó no la acepta?

—Ya he dicho á usted, que nada puedo resolver en el acto.

—Sí, sí, ya comprendo que esta es una cuestion para tratarla en familia reservadamente; pero sin embargo, seria muy grato para mí contar con el apoyo del jefe.

—Pues bien, señor de Labra; si Clotilde ama á Ernesto, yo no pondré ningun obstáculo á esa boda, porque no tengo mas voluntad que la de mi hija en esas cuestiones en que está interesada el alma.

—¡Bravo!... ¡bravo!... estas palabras llenarán de alegría el corazon de mi sobrino. No quiero, pues, retardar ni un solo segundo tan buenas nuevas; y crea usted,

señor general, que será para mí una alta honra y gran satisfaccion el que no quede desairada mi solicitud.

Pocos momentos despues, don Joaquin, cómodamente arrellanado en su coche, se dirigia á su palacio de la Fuente Castellana.

CAPITULO V

SIN APELACION

El general, despues de despedir á don Joaquin, volvió á sentarse en una butaca, permaneciendo inmóvil y reflexivo.

Don Pedro amaba demasiado á su hija para violentarla en una cuestion tan grave, y nunca se hubiera impuesto en un asunto tan delicado.

Despues de los terribles remordimientos de esas luchas del corazon, que tanto le habian hecho sufrir, el general estaba resuelto á dejar á su hija la libre eleccion del hombre que debia con el tiempo llamarse su esposo.

Don Pedro no pensaba, pues, mezclarse en un asunto tan delicado, asunto en que el alma toma una parte tan activa, y del que depende la felicidad de toda la vida.

Sin embargo, las proposiciones que acababa de hacerle don Joaquin, no le parecian del todo despreciables.

Ernesto era rico, noble; podia llevar en matrimonio una fortuna de doce millones, y estas son circunstancias que deben tenerse en cuenta y meditarse con detenimiento.

Bien es verdad, que la conducta del baron de Labra no habia sido durante algunos años de las mas santas; pero ¿qué hombre no comete locuras durante el período efervescente de la juventud?

El general no ignoraba que era preciso ser tolerante con los jóvenes que tienen la fortuna de nacer ricos. Cuando el dinero y el tiempo están de sobra, los vicios se dan la enhorabuena.

Por otra parte, no es una regla fija el que un calavera continúe siéndolo despues de casarse.

El dulce cariño del hogar, el amor tranquilo de una esposa y el de los hijos, hacen sufrir al hombre cambios notables, y acontece con frecuencia en la vida real, que aquel que fué un Tenorio desde los veinte á los treinta, se casa y acaba por ser un modelo de maridos, lo que se llama en lenguaje vulgar un padrazo.

Para probar la influencia tranquilizadora del matrimonio, podria yo citar en esta página cien nombres propios; pero no me atrevo á hacerlo, pues no estoy autorizado para ello.

Estas y otras muchas reflexiones cruzaban por la mente del general Lostan, cuando sintió un beso cariñoso sobre su frente. Era su hija, era Clotilde, que ha-

bia entrado sin que él la sintiera, y que al verle triste y reflexivo, le dijo:

—Ya no hay motivo para estar de mal humor.

—No lo estoy yo por cierto, hija mia.

—Entonces, ¿por qué te encuentro triste, con la cabeza inclinada sobre el pecho?

—Porque estaba reflexionando sobre una cuestion muy grave.

—¿Y qué es ello?

—Figúrate que hace un momento ha venido á visitarme un antiguo amigo.

—No veo en eso nada de particular.

—Es que este amigo tiene nada menos que ciento treinta millones de capital.

—Bien, adelante; es un amigo millonario.

—Pero ese amigo tiene un sobrino, á quien piensa nombrar su heredero universal.

—Debe querer mucho á su tio,—dijo Clotilde,—sobre todo si pertenece á esa raza de hombres que no tienen mas Dios que el dinero. A mí nunca me ha gustado el dinero.

—Sin embargo, el dinero, hija mia, es una necesidad. Pero volvamos, si te parece, á la historia interrumpida.

—¿Qué historia?

—La del amigo millonario.

—¡Ah! sí, y el sobrino heredero.

—Pues precisamente el tio millonario ha venido á pedirme tu mano para el sobrino heredero.

—¡Mi mano! ¿Quiere casarse conmigo?

—Segun mi amigo, su sobrino está perdidamente enamorado de tí.

—Permíteme que lo dude.

—¿Por qué?

—Porque cuando se ama, antes de hablar de dinero se procura conseguir las simpatías de la mujer que se desea, y como á mí nadie me ha dicho nada... Bien es verdad, que el siglo está metalizado, y ciertos hombres creen que para casarse no hay que arreglar otra cuestion que la de números.

—Debo advertirte, querida Clotilde, que el hombre que solicita tu mano, no te es del todo desconocido.

—¿Cómo se llama?—preguntó con bastante indiferencia Clotilde.

—Es el baron de Labra.

Al oir este nombre, Clotilde hizo un movimiento de disgusto.

—¡El baron de Labra!—repitió;—yo no seré nunca la esposa de un nécio presuntuoso, que sin haberme dirigido la palabra nunca, sin haberle concedido ni una sonrisa, ni una mirada, tuvo la insolencia de decir por todas partes que yo acabaria por amarle.

—Es que desde entonces hasta ahora, hija mia, han cambiado mucho las cosas. Entonces Ernesto era un noble arruinado; hoy, el inesperado regreso de su tio le coloca en una posicion ventajosa.

—Aunque así sea, padre mio, yo no podré olvidar que mi hermano Daniel estuvo á punto de ser víctima de ese baron hablador, que nunca me ha sido simpático. Así pues, te ruego que no hablemos mas de ese

hombre: tenemos que tratar de otro asunto mas importante; tenemos que hablar de Daniel, de mi querido hermano, que sacrificándose por todos, ha ido á sepultarse á su pobre casa de Horche.

—Sí, dices bien; es preciso convencerle á que deje su retraimiento, y hoy mismo le escribiré una carta.

—No basta una carta, padre mio; es preciso ir á verle, es indispensable que me concedas tu permiso para que yo vaya á buscarle.

—Eso seria una imprudencia.

—¡Imprudencia!... ¿no es mi hermano? ¿quién con mas legítimos derechos que yo puede ir á consolarle en su amargura, cuando su padre cree que bastará una carta para convencerle?

Habia en estas palabras algo de reconvencion, que no pasó desapercibido para el general.

—Pues bien; si se niega á mis súplicas,—añadió don Pedro,—yo te prometo que iremos á buscarle. Yo no tengo mas voluntad que la tuya; pero no olvides tampoco, que la presencia de Daniel en este palacio puede ser causa de grandes disgustos para toda la familia.

—¡Oh! sí, sí; yo bien conozco, padre mio, que para arreglar los asuntos de nuestra familia seria preciso que todos tuviesen la abnegacion de Daniel; pero eso es pedir un imposible.

Y Clotilde, mirando á su padre con fijeza y dando á su acento una entonacion casi amenazadora, repuso:

—Padre mio, si antes de seis dias Daniel no ha dejado su retiro, yo iré á buscarle.

Y diciendo esto, y como si temiera la respuesta que su enérgica resolucion pudiese inspirar al general, salió del gabinete.

Don Pedro, por su parte, no tuvo valor ni aun para detenerla con una palabra, con un gesto, con un movimiento.

De todos los inmensos disgustos que habia sufrido desde el dia en que su crímen dejó de ser un secreto para la marquesa del Radio, lo que mas le espantaba, lo que le causaba mas profundo dolor, era la idea de perder el cariño de su hija.

Todo lo habia sacrificado por ella. Amaba á Clotilde con toda su alma, y las palabras que acababa de dirigirle resonaban en el fondo de su corazon de un modo doloroso.

Clotilde, por la primera vez de su vida le dirigia una amenaza. La inocente, la tímida doncella, la cariñosa hija, se levantaba altiva ante su padre pidiéndole justicia.

Don Pedro se persuadió en aquel instante, y mas que nunca, de que la felicidad completa era para él imposible.

Aun no se habia repuesto del asombro que las últitimas palabras de su hija le habian causado, cuando una doncella entró á decirle que la señora marquesa queria hablarle.

El general se apresuró á pasar al gabinete de su esposa.

Hacia mucho tiempo que la marquesa miraba á su esposo con indiferencia, ó por decir mejor, con despre-

cio. Aquel hombre la habia humillado en lo que ella mas queria, en su orgullo, en su amor propio, y las circunstancias la obligaban á vivir bajo el mismo techo del hombre que tan villanamente habia abusado de su buena fe.

Por eso el general encontraba siempre á la marquesa grave, fria, severa.

Saludó á su esposa respetuosamente, y la dijo:

—Estoy á las órdenes de usted, señora.

—He creido necesario, caballero,—dijo doña Beatriz,—llamar á usted, para que tengamos una corta conferencia. Tenga usted la amabilidad de tomar asiento.

El general ocupó una silla cerca del sitio donde se hallaba la marquesa.

Doña Beatriz volvió á decir:

—Usted sin duda, caballero, á su regreso de Suiza, no esperaba encontrarme en esta casa.

—Lo confieso, señora, y ha sido grande mi placer viendo que me he equivocado. Doy á usted por su condescendencia las mas expresivas gracias.

—No me las dé usted á mí, general; no soy yo la que las merezco: corresponde á su hijo de usted Daniel, á ese noble jóven que ha sabido darnos á todos una leccion de generosidad y desprendimiento, á esa alma sencilla que se sacrifica por no arrancar la hipócrita máscara que encubre el rostro de su padre.

—Señora...—murmuró el general, haciendo un movimiento como para levantarse.

—Perdone usted si he empleado una frase algo du-

ra,—añadió doña Beatriz;—no es esta la ocasion de recordar dolorosas historias: se trata del presente, no del pasado. La sociedad es bastante estúpida para creernos felices, viendo que nos albergamos en una misma casa. No es á nosotros á quienes nos toca librar de ese error á la sociedad; dejémosla, pues, en su engaño, y tratemos solo de asegurar el porvenir de nuestra hija. Yo no sé si usted sabe que el baron de Labra pretende su mano.

—Lo sé, señora, pues hoy mismo ha venido á pedírmela el tio del baron.

—¿Y qué piensa usted sobre ese particular?—preguntó doña Beatriz.

—Que no violentaré nunca las inclinaciones de Clotilde.

—Las jóvenes están casi siempre muy léjos de saber lo que les conviene.

—Clotilde no ama al baron.

—El baron es jóven, elegante, ha recibido una educacion distinguida, y si á eso se añaden los millones de su tio, bien puede asegurarse que es uno de los mejores partidos de Madrid.

—Sin embargo, si Clotilde no le ama...

—Le amará con el tiempo, caballero. La mayor parte de las jóvenes de la alta clase que contraen matrimonio, al pronunciar el «sí» á los piés del altar, no podrian definirse de una manera sólida si aman ó no aman al hombre con quien van á unirse para toda su vida; pero luego, el tiempo, el comportamiento del esposo, la dignidad del nombre y los desvelos maternales, van formando

poco á poco en el fondo del alma una cantidad de amor conyugal, que constituye la felicidad de la familia.

—¿Y si eso no sucediese así, señora? ¿y si nosotros, en vez de asegurar la felicidad de Clotilde, la hiciéramos desgraciada?

—Entonces, culpa seria de ellos y no nuestra,—dijo doña Beatriz.

—No pensamos del mismo modo,—repuso el general; —yo jamás impondré á mi hija un marido que no sea de su agrado.

—Pero bien; para saber lo que podemos esperar, es preciso hablarla.

—No hace mucho le hablé de ese asunto, y me ha contestado con una negativa enérgica. Puede usted creer, señora, que por mi parte no pondria obstáculo alguno á esa boda. Además, hay una poderosa razon para que yo apoye las pretensiones del baron de Labra, y esta razon se basa en una carta que he recibido del conde de la Fé, en la que me recomienda de una manera eficaz y casi amenazadora á Ernesto de Fontan.

—¡Cómo! ¿el conde de la Fé se atreve á amenazar al general Lostan?—esclamó indignada doña Beatriz.

—El conde de la Fé se atreve á todo, porque me odia de muerte. El conde de la Fé, cansado de guardar mi secreto y de cumplir su palabra, está resuelto á producir un escándalo que arroje sobre mi rostro la vergüenza y el desprecio.

—Sí, dice usted bien; el conde es un enemigo ter-

rible, y será preciso, pues tener en cuenta su recomendacion.

—Nunca, señora; no sacrificaré jamás la felicidad de mi hija ante las exigencias de ese hombre. Si él sigue en su empeño, si persiste en recomendarme á Ernesto, si me impone este matrimonio en pago de su silencio, yo le haré comprender que nadie calla tanto como una tumba. Clotilde será libre para elegir esposo, y si sus ojos se fijan en un hombre, aunque este sea de la clase mas ínfima de la sociedad, puede contar con mi consentimiento.

—¿Y el mio, caballero?

—No desconozco los sagrados derechos de una madre, y yo ruego á usted, señora, que me ayude á convencer á Clotilde. No olvide usted, que no soy yo el que rechaza al baron de Labra, sino Clotilde. Ella hoy no tiene otro deseo, otro anhelo, que el de correr en busca de su hermano; y mucho temo, señora, que todos nuestros sacrificios sean inútiles para ocultar á la sociedad lo que tantos disgustos nos ha costado. Hoy mismo escribiré una carta al tio del baron, manifestándole las pocas simpatías que siente Clotilde por su sobrino, y aconsejándole al mismo tiempo, que procure inclinar á Ernesto para hacer méritos que logren captarle las simpatías de Clotilde. Francas tendrá el baron de Labra las puertas de mi casa, y Dios quiera que con el tiempo podamos asegurar la felicidad de Clotilde.

—Está bien, caballero, escriba usted esa carta, y no olvide que la mision de una jóven en este mundo, se

reduce á unirse con un hombre digno de ella, que asegure su porvenir y que le sirva de protector.

El general, que procuraba hacer siempre todo lo mas cortas posibles las entrevistas con su esposa, la pidió permiso para retirarse.

CAPÍTULO VI

LA ESPERANZA Y LA DUDA

Al dia siguiente, el tio de Ernesto recibió una carta del general Lostan. Decia así:

»Señor don Joaquin de Labra.

»Muy señor mio y apreciable amigo: He tenido una conferencia con mi hija, y nada bueno puedo decirle de ella. Clotilde se resiste por ahora á contraer compromiso formal con su sobrino de usted, el señor baron de Labra. Dice que no piensa casarse, que es muy jóven y quiere permanecer soltera.

»Estas son generalmente las escusas de una jóven cuando se las habla formalmente de matrimonio, y se les propone un hombre, á quien verdaderamente ni aman ni aborrecen, por el poco trato que han tenido con él.

»Como tuve el honor de indicarle en nuestra entrevista no es mi ánimo violentar en manera alguna á Clotilde. Ella es dueña de su mano, como de su corazon.

»Como padre, la daré un consejo; pero nunca la impondria un marido.

»Esto sin embargo, no es cerrarle las puertas por completo al baron de Labra. Es hablarle á usted con la sinceridad de mi carácter. Las puertas de mi casa, abiertas están para usted y para Ernesto. Pueden ustedes visitarnos siempre que gusten, formar parte de nuestros amigos íntimos, y quién sabe si el tiempo y el trato harán sufrir un notable cambio en el modo de pensar de Clotilde.

»Si así sucediera, puede usted creer que seria muy grato para mí.

»Se repite de usted como siempre, suyo seguro servidor y amigo,

»Pedro de Lostan.»

Don Joaquin leyó la carta, se sonrió, se encogió de hombros, y se dijo hablando consigo mismo:

—Esto es una negativa, revestida con todas las buenas formas de la educacion. Creo que mi sobrino se ha precipitado un poco; nunca se debe pedir la mano de una muchacha, sin tener la seguridad de salir airoso en la peticion.

Don Joaquin tiró del llamador de la campanilla, y preguntó á un criado:

—¿Está el señorito Ernesto en casa?

—Sí, señor. Acaba de pedir el carruaje; pues segun parece, se va á almorzar con algunos amigos.

—Dígale usted que antes de marcharse tenga la bondad de pasar á verme. Necesito hablarle.

Pocos momentos despues, Ernesto entraba en la habitacion de su tio.

—¿Qué ocurre?—le dijo con su natural desenvoltura.

—Una mala noticia, querido sobrino,—contestó riéndose don Joaquin.

—¡Diablo, lo siento! porque hoy estaba dispuesto á divertirme mucho. Estoy invitado á almorzar en casa del duque de San Plácido, uno de los jóvenes mas originales de Madrid; pero es preciso decirlo, uno de los hombres que mejor saben comer en el mundo. El duque llegó anoche de Alemania, y ha invitado á sus amigos para darles un almuerzo y hacerles oir á los postres unos trozos de la ópera que ha compuesto, y que se ha estrenado con gran éxito en un teatro de Berlin. Pero sepamos la mala noticia, querido tio, y Dios quiera que no me quite el apetito.

—Despues de todo, no sé si es buena ó mala la noticia que voy á darte; se reduce á una carta que he recibido del general Lostan.

—¡Ah, de mi futuro suegro! ¿y qué dice el general?

—Toma lee tú mismo.

Ernesto leyó para sí la carta, y cuando hubo terminado la devolvió á su tio, diciendo:

—Si el general quiere que yo haga méritos para conseguir la mano de su hija, dispuesto estoy á hacerlos;

porque confieso á usted, querido tio, que amo muy de veras á Clotilde.

—Sí, pero segun lo que yo deduzco por el contenido de esa carta, Clotilde no te ama á tí.

—Me amará, querido tio, me amará. Demos tiempo al tiempo. ¡Oh! si con tantos elementos no lograra conquistar el corazon de esa esquiva doncella, bien podia tenerme por el hombre mas desventurado del mundo.

—Mucho confias.

—¿Y cómo no confiar cuando cuento con la proteccion de usted, de la marquesa del Rádio, del general Lostan y del conde de la Fé?

—En fin, siempre es bueno tener una esperanza,—añadió don Joaquin encogiéndose de hombros.

—La esperanza, querido tio, es hija predilecta del amor, y ella ha de prestarme bríos para salir airoso en mi empresa.

Y Ernesto, abrazando á don Joaquin, añadió:

—Créame usted, querido tio; no hay ninguna mujer que resista á un protector de la fuerza de este que estoy estrechando entre mis brazos. El general nos abre las puertas de su casa, nos indica el camino de llegar hasta el corazon de su hija: pues bien; yo juro á usted que Clotilde será mia. Hasta la noche, querido tio.

Don Joaquin siguió con la vista á su sobrino, y agitando la cabeza tristemente, se dijo para sí tan pronto como desapareció:

—En la creacion no existe un animal mas terco que

el hombre. Se empeña muchas veces en que una mujer le ame; la conduce al pié del altar sin tener seguridad de que es amado, y al poco tiempo el diablo, sonriéndose, apunta en las hojas de su libro verde: «Un matrimonio mas que me pertenece.» Verdaderamente, yo soy un sabio, puesto que he permanecido soltero. Pero vamos á fumar un cigarro y á ver en qué estado lleva mi leal Zulma la última pipa.

Cuando Ernesto llegó á la escalera, se le ocurrió de pronto la idea de participar al conde de la Fé el contenido de la carta que habia recibido su tio.

Estaba citado para almorzar á las once y media: eran las once menos cuarto. Dió órden al cochero de que le llevara lo mas pronto posible á casa del conde de la Fé.

Diez minutos despues, Ernesto entraba en la biblioteca del viejo aristócrata, y le decia:

—Vengo á anunciarle á usted, señor conde, que á pesar de su carta de recomendacion y de los millones de mi tio, Clotilde no acepta mi mano.

—Pero y el general, ¿qué dice?

—El general ha escrito una carta á mi tio, en la que casi me atrevo á ver una esperanza para lo porvenir; pero en la que dice que está resuelto á no violentar en manera alguna á su hija.

—¡Bah! el general hará lo que yo quiera, querido baron.

—Dice usted eso con tal seguridad, que me tranquiliza.

—Puede usted estar tranquilo; venceremos en esta

empresa, y usted será el esposo de Clotilde de Lostan.

—No confio yo tanto como usted, señor conde.

—Hace usted mal, porque cuando uno es jóven no debe perder nunca las esperanzas.

—Señor conde, si no temiera pasar á los ojos de usted por imprudente, le suplicaria me revelara el motivo que le da tanta seguridad en esta empresa.

—¡Oh! entonces sabria usted tanto como yo, jóven.

—¡Quién lo duda! Pero permítame usted que me estrañe, y que le hable con franqueza. Yo he oido decir en otro tiempo, que el general Lostan y el conde de la Fé se batieron tres veces.

—Efectivamente, tres desafíos, en los cuales salió siempre el general Lostan vencedor, y precisamente por esos tres desafíos es por lo que creo tener una influencia tan grande sobre el general, que no se atreva á negarme nada.

—No quiero ser indiscreto insistiendo mas,—dijo Ernesto.

—Seria inútil, baron, porque yo tengo la costumbre de no decir nunca mas que aquello que quiero decir.

El baron pareció quedarse algo pensativo: las últimas palabras del conde de la Fé le habian hecho daño. Conocia lo bastante á aquel viejo escéptico, para no creerle capaz de ninguna accion noble y generosa. Además, Ernesto no podia olvidar, que en otro tiempo, no muy lejano, el conde de la Fé le habia tenido, por decirlo así, á su servicio, pagándole los celos que le

inspiró á Daniel y la estocada que le suministró en el lance que con él tuvo.

A Ernesto, hasta en aquel momento, no se le habia ocurrido dirigirse esta pregunta:

—¿Qué se habrá hecho aquel jóven á quien llamaba su hijo el conde de la Fé, y cuyos amores con Clotilde indudablemente protegia, como trata de proteger los mios?

El baron de Labra, indudablemente sintió grandes deseos de tener una esplicacion franca y clara con el conde de la Fé; pero sus ojos se fijaron en el magnífico péndulo de la biblioteca, y vió que marcaban sus saetas las once y cinco. No tenia tiempo que perder. Le esperaban el duque de San Plácido y sus amigos. Así es que se contentó con decir:

—Señor conde, desearia que me permitiese usted volver esta noche. Quiero tener con usted una conferencia, que es para mí de la mayor importancia.

—Ya sabe usted que salgo poco de casa.

—Entonces vendré á tomar café con usted á las ocho. Tengo que reunirme á las once y media con unos amigos, y no quiero pasar entre ellos plaza de informal.

—Espero á usted esta noche.

—No faltaré.

El conde vió salir al baron, y sonriéndose de un modo malicioso, murmuró en voz baja:

—Parece que á este muchacho le han acometido de pronto algunos escrúpulos. ¡Mentecato! si yo no tuviera la completa seguridad de que la única pasion que

conmueve el alma del general Lostan es su hija, y de que el baron de Labra hace la desgracia de cualquier mujer que le dé su mano, ¿cómo es posible que yo le protegiera? ¡Ah! si Clotilde y Ernesto se casan, creo que habré logrado una parte de mi venganza.

Y el conde continuó la lectura del libro, que poco antes habia dejado para recibir á Ernesto.

CAPÍTULO VII

LAS DOS AMIGAS

Blanca y Julio habian tenido una conferencia tan larga como sentida, y Blanca, alma pura y candorosa, sentia al mismo tiempo vivísimos deseos de abrazar á su hermana Clotilde, y un gran temor de encontrarse en su presencia.

Aquella carta que imprudentemente habia caido en manos de Daniel, aquella carta indiscreta, reveladora del secreto de su corazon, conturbaba su espíritu, la tenia inquieta; su amor no era un secreto, ni para Clotilde ni para Daniel, y temia presentarse ante su generosa protectora, porque no la reprendiera.

—¡Ah! nunca te perdonaré, querido Julio,—le decia Blanca,—semejante imprudencia. Clotilde puede juzgarme una presuntuosa, porque me atrevo á amar á su hermano.

—Tú no conoces á Clotilde, Blanca. Clotilde es uno de estos séres privilegiados que rechazan con desprecio

las miserias de la vida. Clotilde sabe lo que tú vales, y no te inferirá nunca la ofensa de creerte egoista, ambiciosa. Yo tambien, como tú, he tenido grandes recelos, terribles temores; sé que el secreto de mi amor no lo es para Clotilde, que ella sabe que la amo, y sin embargo, hemos hecho un viaje largo juntos, y la he encontrado siempre cariñosa, siempre buena para conmigo. Cuando llegamos á Madrid, estrechó mi mano y me dijo:

—«No olvide usted decirle á mi hermana Blanca, que tengo vehementes deseos de darle un beso;» y tú, sin embargo, acobardada por tus escrúpulos, por tus infundados temores, aun no has ido á verla.

—Lo confieso, Julio; me da una gran vergüenza presentarme ante Clotilde, y tengo al mismo tiempo vehementes deseos de estrecharla contra mi corazon.

—Pero ya comprenderás, hermana mia, que esta situacion no puede prolongarse, que es preciso que vayas á ver á tu amiga.

—Sí, sí, ya lo comprendo, y será preciso hacer un esfuerzo.

Y como si estas palabras hubieran tenido el poder de un amuleto, llamaron á la puerta, y la criada anunció á doña Mercedes, aya de la hija del general Lostan.

—¿Lo ves?—esclamó Julio;—indudablemente viene á buscarte.

Los dos hermanos salieron al encuentro de aquella venerable señora, que les recibió, como siempre, con la

sonrisa en los labios, y entregando una carta á Blanca dijo:

—Esto me ha dado para usted la señorita Clotilde.

Blanca pidió permiso para leer aquella carta, que decia así:

«¿Estás enferma, Blanca? ¿Cómo no estándolo podrás disculpar conmigo tu conducta? Hace mas de cuarenta y ocho horas que me hallo en Madrid, y sin embargo, no has venido á verme, á darme el abrazo de bienvenida.

»Tu conducta merece un castigo, y te lo impongo mandándote á mi buena doña Mercedes para que te traiga consigo á mi casa.

»Comeremos juntas, y hablaremos de cosas importantes.

»Tu hermano Julio puede venir por tí esta noche á las once.

»Da de mi parte un beso á tu santa madre, á quien amo con toda mi alma.

»Te espera con impaciencia, tu hermana,

»Clotilde.»

Blanca se sintió conmovida. Abundantes lágrimas brotaron á sus ojos, y la carta se desprendió de sus manos.

Julio la cogió y la leyó en voz alta á su madre, que no cesaba de murmurar en voz baja estas palabras:

—¡Es un ángel la señorita Clotilde!

Blanca, autorizada por su madre para ir á comer con su amiga, se vistió precipitadamente con su acos-

tumbrada sencillez; porque sus cabellos rubios como el oro, su semblante blanco como la nieve y sonrosado como la adelfa, sus ojos de ese purísimo azul de los cielos, no necesitaban afeites ni composturas.

Blanca, que apenas podia contener la alegría de su corazon, abrazó á su hermano, besó á su madre, y salió seguida de doña Mercedes.

Un coche las esperaba á la puerta, que las condujo en pocos minutos á casa del general Lostan.

Blanca fué introducida por doña Mercedes al gabinete de Clotilde.

Las melodiosas notas del órgano espresivo guiaron á Blanca hasta los brazos de su amiga.

—¡Ah! deberia estar muy enfadada contigo,—dijo Clotilde, cubriendo de besos la blanca frente de su amiga;—pero te quiero lo bastante para perdonarte tu ingratitud.

—¡A! sí, sí; dices bien, Clotilde, he sido muy ingrata contigo, lo reconozco, y te pido perdon.

—Pues bien, ya estás perdonada. Pero vamos á sentarnos en aquel sofá, la una al lado de la otra, como en otro tiempo, cuando yo te hablaba de Daniel; de Daniel, que entonces era mi novio, y que hoy es mi hermano.

Las mejillas de Blanca se tiñeron con las hermosas tintas del rubor.

Doña Mercedes se habia retirado, dejando solas á las dos amigas.

—¿Qué es eso? ¿por qué te vuelves colorada como una guinda al pronunciar el nombre de mi hermano?

Blanca era una verdadera sensitiva.

Conmovida ante la pregunta intencionada de su amiga, se arrojó en sus brazos y fué á ocultar su vergüenza en el casto pecho de Clotilde.

—¡Pues estoy aviada!—dijo Clotilde, dando á sus palabras una espresion á propósito para tranquilizar el conmovido espíritu de su amiga.

Y luego, cogiendo con sus hermosas manos la encantadora cabeza de Blanca, la separó un poco de su pecho, y se quedó contemplándola y sonriéndose.

—¿Pero á qué vienen esas lágrimas?

—¿Lo sé yo por ventura? Tengo muchas ganas de llorar.

—Pues bien, llora, hija mia, llora,—repuso Clotilde, —y cuando concluyas hablaremos; yo no tengo ninguna prisa.

—¡Ah! ¡qué buena eres, Clotilde! ¿Qué he hecho yo para que me quieras tanto?

—¿Qué has hecho? Demostrarme que tú y tu hermano teneis dos almas tan bellas, como no es posible que las tenga nadie en el mundo.

—¿Olvidas la tuya?

—¡Oh! la mia no es del todo fea. Tengo bastante poca modestia para reconocerlo; pero no es tan bonita como la tuya. Y ahora que ya comienzas á tranquilizarte, vamos á hablar formalmente. Tengo tantas cosas que contarte, que á la verdad, no sé por dónde empezar.

Blanca pagó con una sonrisa las cariñosas palabras de su amiga, y dijo:

—Yo no tengo mas voluntad que la tuya; hablemos de lo que quieras.

—En primer lugar, y para enseñarte á tener confianza con los que bien te quieren, comenzaré por decirte que Daniel y yo hemos descubierto el secreto que tan avara guardas en tu corazon.

—¡Ah!... si continúas por ese camino, estoy segura que me muero de vergüenza.

—Cuidado con lo que dices, Blanca, porque yo creo que ninguna muchacha debe avergonzarse de amar á un jóven como Daniel.

—De ninguna manera; pero como Daniel no puede amarme...—añadió ingenuamente Blanca.

—¡Que no puede amarte!... ¿Y por qué razon?...—preguntó Clotilde.

—Porque yo no soy digna de su amor; por eso le amo en secreto, y Dios solo sabe las lágrimas que me ha costado la imprudencia de mi hermano.

—Querida Blanca, la historia esta llena de pasajes en que las pastoras llegaron á reinas.

—Aquellos tiempos pasaron,—contestó sonriéndose Blanca.

—Es verdad; pero Daniel no es rey.

—Sin embargo, mereceria serlo.

—Si estuviera en nuestras manos darle una corona... pero nos separamos de la cuestion: tú amas á Daniel, y Daniel lo sabe; del mismo modo que yo no ignoro que tu hermano Julio me ama. A pesar de ese amor, que es de suponer que inflame vuestros corazones, os habeis

portado con una nobleza digna de todo elogio; de esto hemos hablado mucho mi hermano y yo, admirando vuestro comportamiento.

—¡Por Dios, Clotilde!...

—Sí, voy á hablar de otra cosa; pues veo que te molesto. Voy á hablarte de un proyecto de viaje.

—¡Cómo!... ¡separarnos otra vez!...

—No, querida, porque quiero que me acompañes.

—¿Y adónde?

—No muy lejos de Madrid.

—Si mi madre lo consiente...

—No creo que me niegue ese favor, cuando yo se lo pida.

—Mi madre no puede negarte nada.

—Pues como iba diciendo, haremos el viaje juntas; pero como nuestros pocos años y nuestro estado de solteras reclama ciertas precauciones, nos acompañará la buena de doña Mercedes.

—¡Pero, Dios mio! ¿dónde quieres que vayamos?—preguntó algo inquieta Blanca.

—Ya suponia que lo habias adivinado; iremos á buscar á Daniel.

—¿A Horche?

—Precisamente.

—Pero tienes una gran necesidad de que yo te acompañe.

—Ya lo creo.

—¿No seré un estorbo para vosotros?...

—¡Estás loca! yo te necesito para que me ayudes á convencerle á que deje el destierro voluntario que se ha impuesto.

—Bien, bien; yo haré lo que tú quieras, lo que tú me mandes.

—Todo lo tengo dispuesto,—añadió Clotilde, acariciando una de las manos de su amiga.—Tomaremos un departamento reservado en uno de los coches de primera, y de este modo llegaremos hasta Guadalajara sin que nadie nos moleste. Como desde Guadalajara á Horche creo que hay tres leguas, dos dias antes de nuestra salida de Madrid mandaré un coche de casa para que nos espere en la estacion. De este modo iremos perfectamente: ¿qué te parece mi plan?

—Que está admirablemente combinado.

—Nada pienso decirle á Daniel, y su sorpresa va á ser grande cuando nos vea entrar por las puertas de su retiro. Quedamos, pues, convenidas en que tú me acompañarás.

—Yo haré lo que tú quieras.

Y como Clotilde observara que las manos de su amiga se estremecian entre las suyas, añadió:

—¡Pero, Dios mio! ¡estás temblando!... Vamos, tranquilízate: aún no estamos en presencia de Daniel.

Y Clotilde, como si quisiera dar alguna tregua al intranquilo espíritu de su amiga, se levantó del sofá, fué á sentarse en el taburete del piano, y dijo:

—Vamos á ver, siéntate al órgano, y toquemos á duo el «Ave María» de Gounod.

Aquella ocurrencia de Clotilde fué, por decirlo así, un respiro para la tímida Blanca.

La música sublime del maestro aleman reem-

plazó á las emociones del tímido amor de Blanca.

Pero Blanca, conmovida con la conversacion que acababa de tener con su amiga, estaba torpe, lo que hizo reir á Clotilde.

—¡Qué mal tocas hoy, Blanca!—le dijo.

—Sí, estoy muy torpe.

—Busquemos, si te parece, otra música menos sentida, menos precisa que «El Ave Maria.»

—No, no; yo procuraré afinarme.

—Vamos á verlo.

Y volvieron á comenzar la sublime melodía religiosa de Gounod.

— Alli esta.

CAPITULO VIII

UN DEMÓCRATA DE SANGRE AZUL

La revolucion francesa, el año mil setecientos noventa y tres, tuvo una razon de ser; porque en Francia, la nobleza y el clero disfrutaban de privilegios irritantes, que barrió con sangriento empuje la idea democrática.

España, por el contrario, ha sido siempre el país democrático por esencia; pues apenas se encontrará un noble que no tenga por amigos íntimos á los artistas y á los toreros.

El espíritu de libertad y de franqueza flota en nuestra atmósfera, y si los gobiernos no fueran siempre tan malos como ineptos, y tan ineptos como antipatrióticos y egoistas, España seria el país mas dichoso del Universo.

Una nacion que hace cien años que se halla devorada por la guerra civil, por las terribles luchas de partido;

un pueblo que se mata diariamente buscando el bello ideal, y que á pesar de tanta sangre vertida y tanta ruina el proletario come pan blanco y nunca se oye decir que se ha muerto de hambre un pobre, tiene indudablemente condiciones para ser feliz, y si no lo es, la culpa no es del pueblo, tan bueno como sufrido, sino de sus gobernantes, que desconocen por completo la abnegacion y el patriotismo.

El incorruptible Robespierre hubiera tratado á la mayor parte de los políticos españoles de pequeños ambiciosos, y encogiéndose de hombros, hubiera dicho:

—El hombre que no posterga su ambicion á la idea que germina en su mente, no sirve para hacer una revolucion. El enemigo que puede comprarse con oro, no es temible. Yo fuí dueño de Francia, y continué siendo huésped de un pobre carpintero, sin tener cien francos mios.

Pero, en fin, la naturaleza ha querido que así seamos, y así anda ello.

Volvamos, pues, á la democracia de la gente de sangre azul de nuestra tierra.

El duque de San Plácido, á quien indudablemente no habrán olvidado nuestros lectores, era un noble que tenia la democracia encarnada en el corazon.

Franco, afectuoso, modesto, amante de las artes, mas orgulloso con su credencial de sócio de la Academia de Santa Cecilia de Roma que con su título de duque, recorria el mundo buscando un poco de gloria para satisfacer sus aspiraciones de artista.

El duque de San Plácido habia compuesto una ópe-

ra. Esta ópera habia tenido un gran éxito en un teatro de los principales de Berlin, y se la habian pedido en el de la Scala de Milan. Y toda la ambicion, todas las aspiraciones del aristócrata artista, se hallaban satisfechas.

El sol de la patria no se olvida nunca; se ama siempre, y nos parece el mas bello, el mas hermoso; por eso el duque, antes de ir á Italia á pasar el invierno para poner en escena su ópera, creyó muy del caso hacer una visita á Madrid.

Jóven, rico y con un carácter desprendido y simpático, todos codiciaban su amistad.

El mismo dia de su llegada á Madrid invitó á algunos amigos á almorzar, y nosotros vamos á encontrarlos en un elegante comedor, reunidos en torno de una mesa, alegres y felices.

Entre los convidados del duque, se hallaba Ernesto.

El duque, que si mal no recordamos, se llamaba por nombre de pila Alvaro, presidia la mesa.

Sus convidados eran veinte.

Todos jóvenes, y sin preocuparse por el porvenir que sus padres se habian tomado el trabajo de asegurarles, comian con buen apetito, entre las carcajadas y los epígramas.

Cuando llegaron los postres y con los vinos generosos creció la animacion, el duque de San Plácido cogió una copa, y levantándose, brindó por el universal y divino arte de Mozart, gran maestro, á quien él colocaba en el número de las divinidades.

—Señores,—dijo Alvaro, dirigiendo en derredor suyo

su mirada inteligente y levantando la copa,—yo brindo por la divina música, por ese arte de los sonidos que sabe conmover el alma, que nos arranca gritos de entusiasmo y hace asomar á nuestros ojos lágrimas de ternura. Yo no comprendo otra nobleza que la del génio. Si todos vosotros, hijos predilectos de la fortuna, comprendierais la inmensa satisfaccion que produce un momento de gloria, estoy seguro que trocaríais vuestros pergaminos por la corona del poeta, del músico, del pintor, del artista.

—La corona del génio, querido duque,—dijo uno de los convidados,—suele ser muchas veces de espinas; yo tengo la epidermis de la frente muy delicada.

—Porque tú, querido marqués,—añadió el duque,—¡no has sentido nunca inflamarse tu alma por el fuego de la inspiracion!

—Prefiero que se inflame por el fuego del amor.

—¡Que calle el profano!—gritó otro convidado.

—¿Quién me manda callar?—añadió el marqués;—aquí nos hallamos reunidos en una asamblea de hombres libres, y se pueden emitir todas las opiniones, hasta las mas absurdas, puesto que ya los vapores del vino inflaman nuestra mente. Para mí la verdadera felicidad consiste en no hacer nada. La amiga mas predilecta y mas querida de mi corazon, mi verdadera musa es la pereza.

Algunos convidados brindaron con el marqués; otros, capitaneados por el duque, rechazaron el brindis, soltando una ruidosa carcajada.

—¡Pido la palabra!—esclamó Alvaro.

—La tiene nuestro anfitrion,—contestaron algunas voces.

—Señores,—repuso el duque,—mi amigo el marqués acaba de demostrarnos la decadencia de su noble prosapia, abrazándose casi desfallecido á la soñolienta pereza. Vedle; apenas hace veinticinco años que se inscribió en un libro parroquial su fe de bautismo, y ya el cansancio de la vejez se posa en sus ojos y las arrugas de la ancianidad cruzan su frente. Compadecedle; se encorva sobre la tierra en busca de la sepultura en que para siempre se ha de enterrar su cuerpo; porque nada hace vivir tan de prisa á los hombres como la pereza, ni nada consume tanto como la inaccion.

—¡Protesto!—esclamó el marqués bostezando.

—No he concluido.

—El darnos de comer no te autoriza para monopolizar la palabra.

—Cierto, pero los estómagos deben ser agradecidos. Continúo, pues, mi discurso, que terminaré en breves palabras, dándote un buen consejo. Ahí tienes á Ernesto de Labra, procura imitarle. Indudablemente ha descubierto el célebre elixir de Richelieu; pues al volver de Alemania lo he encontrado mas jóven, mas rejuvenecido, y hasta mas hermoso que como le dejé al salir de Madrid.

—¡Ah! querido duque; tú, á pesar de ser autor de una ópera, que te dará fama inmortal, parece ser que desconoces que el oro rejuvenece y hermosea al indivíduo que lo posee, y el baron de Labra está amenazado

en la actualidad de ser uno de los hombres mas ricos de España.

—He celebrado siempre la prosperidad de mis amigos, y con los derechos de la amistad y de la franqueza del Champagne, me atrevo á preguntar á Ernesto: ¿en qué consiste la gran metamorfósis que ha sufrido tu fortuna?

—Sencillamente, querido duque, en que ha llegado un tio que tenia en Indias.

—Y ese tio,—añadió el marqués,—se ha tomado la molestia de reunir una fortuna colosal, y como no tiene mas herederos que á Ernesto, y además su tio es muy viejo y solo en el mundo, el dia menos pensado os encontrareis agradablemente sorprendidos de que el baron de Labra os convida á un gran almuerzo para celebrar la muerte de su tio.

—Querido marqués, si yo no tuviera la costumbre de concederle al Champagne lo que le pertenece, casi tendria el derecho á enfadarme por tus palabras.

—Harias muy mal,—añadió el marqués, encogiéndose de hombros;—porque tu enfado solo podria proporcionarnos un disgusto á los dos y un mal rato á nuestros amigos.

—Dices muy bien; á los postres de un buen almuerzo, no debe uno ser susceptible.

—Y mucho mas cuando nos conocemos,—repuso maliciosamente el duque de San Plácido.

—Tengo que daros otra noticia. Alguno de vosotros tal vez la sepa; pero, en fin, yo la doy para los que la ignoren,—añadió el marqués.

—¿Y qué es ello?—preguntó uno de los convidados.

—El próximo casamiento de nuestro querido amigo el baron de Labra con la encantadora hija del general Lostan.

—¡Cómo! ¿qué es eso? ¿se casa Clotilde?—preguntó el duque.

—Puesto que el marqués, gracias al Champagne, se propone hoy contar lo suyo y lo ajeno,—repuso Ernesto,—yo diré con la franqueza que me caracteriza, que he pedido la mano de Clotilde, y espero que á fuerza de merecimientos se me crea digno de ella y se me conceda.

—Y para entonces,—volvió á decir el marqués,—nuestro amigo Ernesto abrirá á la elegante sociedad de Madrid sus salones, teniendo nosotros los desocupados un nido mas donde refugiarnos durante las largas veladas del invierno.

—¡Quién lo duda! No es mi ánimo casarme para huir de la sociedad y entregarme de lleno á las delicias de Himeneo.

—Querido baron,—dijo el duque,—cuando se reunen en derredor de una mesa algunos amigos como nosotros, debe reinar la mayor franqueza, y yo, á propósito de ese casamiento en proyecto, aunque acabo de llegar del extranjero y no he tenido el gusto de ver á la marquesita del Radio, creo que no es fácil que se realice.

—Hola, ¿tienes tú pretensiones á la mano de esa jóven? —preguntó el marqués.

—No, pero me precio de ser un leal amigo suyo, y

si mal no recuerdo, estaba enamorada de un jóven tan modesto como simpático.

—Esos amores concluyeron, querido duque. La noble y orgullosa marquesa del Radio no hubiera consentido nunca en dar la mano de su hija á un jóven, que además de ser pobre, ignoraba hasta los nombres de sus padres.

—Sin embargo, ¿quién ignora que el amor hace milagros?

—Es que aquellos amores concluyeron, como he dicho antes.

—¿Tiene usted completa seguridad en lo que dice, baron?

—Completísima.

—Entonces no cuestiono, y digo como el célebre autor de «La vida es sueño:» demos tiempo al tiempo.

La conversacion de aquellos alegres jóvenes continuó en un sentido tan vivo, tan animado, que no seria prudente consignarlo en estas páginas.

Cuando la juventud almuerza bien y bebe mejor, el vino de los postres derrama una alegría, que no es siempre conveniente ocuparse de ella en un libro.

Terminado el incidente de Clotilde de Lostan, se habló de dos ó tres señoras del gran mundo, cuyas historias amorosas corrieron de boca en boca amenizadas con chistes de subido color.

Algunos amigos indicaron al duque el deseo de oir algo de su última obra musical; pero el duque, que sabia que no se hallaba entre una reunion de artistas que pudieran apreciar su trabajo, se escusó diciendo que el

estado de su cabeza no era el mas á propósito para sentarse al piano.

—Eso es un modo ingenioso de llamarnos borrachos, —dijo el marqués.

—Hace bien el duque,—añadió Ernesto;—no están vuestras cabezas para oir música séria.

—Entonces ruego á mi amigo el vizconde del Cisne que cante algo bufo de lo que le enseñó en sus ratos de ocio su querida la suripanta Marieta.

—He tronado con ella, y he olvidado todas las malas cosas que tenia la costumbre de enseñarme,—contestó un jóven flaco é imberbe que fumaba un inmenso tabaco habano, indolentemente reclinada la cabeza en una butaca.

. . . . . .

. . . . . .

A la caida de la tarde, todos aquellos alegres y desocupados jóvenes se despidieron de su anfitrion, ofreciéndole asistir á la primera representacion de su ópera, y aplaudirla con estrépito.

Cuando el duque se quedó solo, una sonrisa de desprecio asomó á sus labios, y murmuró en voz baja estas palabras:

—Son tan superficiales como siempre. Ofrecen aplaudir mi obra sin conocerla, como si á mí me satisfaciera un éxito concedido, mas que á mi talento artístico, á la habilidad de mi cocinero.

Y recordando entonces lo que se habia dicho respecto al proyectado casamiento del baron, añadió:

—Es imposible que Clotilde acepte la mano de Er-

nesto. Ella tiene un alma demasiado artística, demasiado elevada, para que acepte la union con un hombre tan pervertido como el baron de Labra; pero como la mujer es un problema que no se define tan fácilmente, bueno será que yo, que me precio de ser un leal amigo de Clotilde, la prevenga á tiempo de los peligros que puede correr si se realiza su union con Ernesto.

Y el duque, tirando del llamador de la campanilla, dijo á su ayuda de cámara:

—Cándido, vamos á mi gabinete; tengo que hacer una visita, y me ayudarás á vestirme.

CAPÍTULO IX

UNA AGRADABLE SORPRESA

El duque de San Plácido, como hemos dicho otras veces, tenia una verdadera alma de artista. Para él, los pergaminos y la riqueza eran muy poca cosa al lado del genio.

Su corazon latia por el arte y para el arte, y estrechaba la mano con mas placer á un músico, á un pintor ó á un poeta, que á un príncipe, como el príncipe no fuera un hombre de talento.

En su viaje á Alemania, no habia olvidado á una mujer tan hermosa como modesta, á quien él tenia la costumbre de llamar la musa de la música. Esta mujer era Blanca de Monforte, cuya inspiracion y ternura musical habia admirado mas de una vez el duque de San Plácido.

Nuestros lectores no habrán olvidado, que el duque habia conocido á Blanca en casa del general Lostan, sintiendo por ella grandes simpatías.

A Blanca, por su parte, le agradaba la conversacion del duque, porque era tan músico como ella, y es imposible que dos almas, verdaderamente apasionadas por la ritmopea, al aproximarse no simpaticen.

El duque solia decirse para sí:

—Cuando Blanca de Monforte se sienta al órgano, yo creo adivinar algo en su hermoso semblante que no pertenece á la tierra, que es puramente del cielo; algo que está sobre la prosa de la vida, sobre el materialismo de la humanidad. Su inspiracion es tan poderosa, su ternura y sus sentimientos son tan elevados, que el órgano bajo la presion de sus dedos trasmite al alma sensaciones inesplicables, muy parecidas á las que debieran sentir los dioses oyendo al divino Orfeo. ¿Qué maestro ha enseñado á Blanca? Su genio, su corazon. Su alma nació templada para sentir y hacer sentir. Ella es como los ruiseñores, que exhalan torrentes de armonía sin darse cuenta de ello, porque Dios, en su infinita bondad, quiso que así sucediera.

El duque habia tributado muchos elogios á Blanca oyéndola tocar el órgano, y Blanca oia estos elogios con la sonrisa de la modestia en los labios y el rubor en la frente.

El duque se vistió el dia que nos ocupa, con mas esmero de lo que tenia por costumbre.

Aunque jóven y rico, no rendia un gran culto á la moda; pero su mismo abandono le hacia parecer mas elegante.

Terminado su «toilette,» cogió dos ejemplares de su ópera para canto y piano, lujosamente encuadernados;

escribió en la primera página de uno de ellos: «A Blanca de Monforte, como un recuerdo de amistad y aprecio, dedica este ejemplar,—El Autor.»

Y puso en el otro: «A Clotilde de Lostan, su leal amigo,—Alvaro.»

Luego mandó á su ayuda de cámara que llevase el ejemplar que habia firmado para Blanca á su casa, y cogiendo él el de Clotilde, salió de su habitacion.

El duque habia mandado que enganchasen un coche, y pocos momentos despues se hallaba en casa del general Lostan.

Preguntó por la marquesa del Radio, y fué introducido en su habitacion.

Le hizo una visita corta, verdadera visita de cumplido. Habló un poco de Alemania, otro poco de música, y pidió permiso á la marquesa para ver á Clotilde y darle el ejemplar de su ópera.

La marquesa mandó una doncella á enterarse si Clotilde podia recibir al duque.

Clotilde se hallaba con Blanca y doña Mercedes.

La marquesa le dijo:

—Como supongo que ustedes tendrán que hablar mucho de música, y yo soy muy profana en esa materia, luego iré á reunirme con ustedes.

Y luego añadió, dirigiéndose á su doncella:

—Acompañe usted al señor duque al gabinete de mi hija.

Cuando Alvaro llegó junto al portier de la habitacion de Clotilde se detuvo, demostrando el verdadero asombro que sentia.

Allí, detrás de aquella cortina de terciopelo, se oian los acordes y melodiosas notas de un piano y un órgano.

Esto indudablemente no hubiera llamado la atencion del duque; pero lo que sí le causaba tanto asombro como alegría, era que aquel órgano y aquel piano tocaban con admirable maestría una serenata del segundo acto de su ópera, que se habia aplaudido con estrépito en Alemania.

Clotilde y Blanca estaban allí. Ellas indudablemente eran las que ejecutaban la inspirada composicion del duque de San Plácido.

La doncella iba á estender el brazo para levantar el portier y anunciar al duque, cuando este la detuvo, indicándole con un gesto que no interrumpiera á las dos profesoras.

En la vida se disfrutan tan pocos momentos de placer, que cuando se llega á conseguir alguno, el hombre sabio debe prolongarlo.

En aquel momento, el duque de San Plácido esperimentaba un gozo inefable. Su música habia llegado á España, y los aficionados al arte de Beethowen no se habian mostrado, al parecer, indiferentes ante la inspiracion del aristocrático autor.

Pocos momentos antes de terminar la serenata, en una de las frases mas brillantes de la composicion musical, que ejecutaron con gran maestría Clotilde y Blanca, el duque no pudo contenerse, y se aplaudió á sí mismo, batiendo las palmas y pronunciando algunos ¡bravos! con toda la fuerza de sus pulmones.

Cuando entró en el gabinete, sin esperar que lo

anunciaran, Clotilde se reia á carcajadas, Blanca se sonreia tímidamente, y doña Mercedes, sentada en una silla, permanecia impasible.

—No puedo menos de aplaudir,—dijo el duque,—la agradable sorpresa que ustedes me han preparado. Confieso que tengo todas las debilidades de un artista, y me ha sorprendido oir mi serenata en España, cuando yo creia que mi ópera no era conocida en mi patria.

—Pues ahí verá usted, señor duque,—repuso Clotilde, como el hombre está sujeto por desgracia á grandes errores. Yo leí en los periódicos que la ópera titulada «El Monte Sinaí,» escrita por el duque de San Plácido, habia tenido un gran éxito en Berlin, y como me honraba con la amistad de su autor, encargué que se me remitiese el primer ejemplar, y aquí lo tengo sobre mi piano hace algunos dias. Esta mañana ha venido á verme mi amiga Blanca, hemos repasado juntas la partitura, y verdaderamente impresionadas con la serenata del segundo acto, nos hemos puesto á tocarla de repente. Cuando ya comenzábamos á leerla con alguna facilidad, se nos interrumpió para anunciarnos que el duque de San Plácido deseaba vernos, y entonces dije: «Pues bien: le recibiremos tocando la serenata de su ópera.» Hemos rendido, pues, un corto tributo al genio y á la amistad del autor.

—Yo confieso, que al oir tan admirablemente interpretada la serenata de mi ópera, he esperimentado uno de los momentos de placer mas grandes de mi vida.

—Nosotras, sin embargo, deberíamos estar altamente

ofendidas con el autor de la ópera «El Monte Sinaí,»—añadió Clotilde.

—No comprendo la causa de ese enojo.

—Porque debió remitirnos el primer ejemplar de su partitura.

—He querido ser yo mismo el portador de ella, y hé aquí una prueba irrecusable.

Y el duque puso en las manos de Clotilde el ejemplar.

—¡Ah, está elegantemente encuadernado! Doy á usted las gracias, señor duque, por su galantería, y reclamo otro para mi amiga Blanca.

—Siento haberme anticipado á los deseos de usted,—repuso Alvaro sonriéndose.

—¿Cómo?

—Porque he remitido un ejemplar exactamente igual á este, á casa de la señorita Blanca, con mi ayuda de cámara.

—Me confieso vencida, y conozco que es muy difícil encontrarle á usted en una falta de amistad. Hablemos, pues, un poco de música y otro poco de Alemania, de ese país de las tradiciones, de las baladas y de los hombres formales.

—Si yo no fuera español, me gustaria ser aleman.

—Hé ahí un rasgo de patriotismo exagerado, que haria reir á los graves compatriotas de Goethe.

—Es que es preciso tener en cuenta, amiga Clotilde, que en el mundo, los que hablan peor de España son los españoles; pero usted tambien ha estado en Suiza, segun acaba de decirme la marquesa.

—Sí, he permanecido una corta temporada en las orillas del lago Leman.

—¿Y estaba muy animada aquella colonia de estranjeros?

—¡Ah, duque, si supiera usted que vida tan retirada y tan pacífica he hecho en Suiza! Mi padre tuvo el capricho de alquilar el famoso palacio de Diodati, y allí hemos vivido entre las brumas del lago y los recuerdos de lord Byron.

Durante este diálogo, Blanca no habia pronunciado ni una sola palabra.

Oia con la sonrisa en los labios las que pronunciaban sus amigos.

—Vamos á ver, duque, ¿quedó usted satisfecho de la ejecucion de su ópera?

—Completamente satisfecho. Dí mi partitura con bastante miedo: creia una ópera, un trabajo de demasiada importancia para mis fuerzas. La leí, y consulté con cierto temor á algunos amigos inteligentes, y se empeñaron en ponerla en escena. Dentro de algunos dias partiré para Italia, pues se está ensayando mi partitura en el teatro de la Scala de Milan. Pero ¿no cree usted, Clotilde, que me he vuelto muy egoista?

—Egoista; ¿y por qué, duque?

—Porque desde que he entrado en este gabinete no he hecho otra cosa que ocuparme de mi persona, y yo desearia que habláramos un poco de ustedes. Durante mi viaje me he acordado tantas veces de nuestros modestos conciertos.

—Nosotras tambien, por nuestra parte, hemos re-

cordado esos conciertos, echando de menos á nuestro ilustrado compañero el duque de San Plácido.

—Clotilde, ¿me cree usted un buen amigo suyo?—dijo Alvaro.

—¡Oh! ¿quién lo duda?

—¿Un hombre franco?...

—¿Pero á qué viene esa pregunta?

—Porque me han dado una noticia, que no he querido creer.

—¿Y qué noticia es esa?

—Dicen los desocupados de Madrid que la encantadora Clotilde de Lostan se casa con el baron de Labra.

—En esa noticia hay tanto de verdad como de mentira.

—A ver, á ver; esplíqueme usted ese contrasentido.

—Hay de verdad, que el baron de Labra ha pedido formalmente mi mano; pero es cierto tambien, que yo formalmente se la he negado.

—Entonces, con la franqueza que me caracteriza, doy á usted la mas cordial enhorabuena.

—¡Ah! si le oyera á usted el baron, tendria motivos para ofenderse.

—Le conozco hace mucho tiempo, y sé que es un jóven poco escrupuloso. Precisamente hoy hemos almorzado juntos, y siguiendo un impulso de mi corazon, he asegurado que usted no le concederia su mano.

Y el duque, bajando la voz, añadió:

—Porque recordaba á otro pretendiente.

—¡Ah! sí, á Daniel,—añadió Clotilde, sin impor-

tarle nada pronunciar este nombre en voz alta;—Daniel ya no es mi amante, es...

Clotilde se detuvo, y dirigiendo una mirada á su amiga añadió, sonriéndose tristemente:

—Es... mi hermano del corazon, mi amigo íntimo: un hombre que no será nunca mi esposo, que ha dejado de ser mi amante; pero á quien amo con toda mi alma.

Y como Clotilde observase el asombro marcado en el semblante del duque, añadió precipitadamente:

—Esta es una historia, que tal vez algun dia pueda referir á usted, amigo mio. Hoy el deber cierra mis labios.

Y Clotilde, en cuyos ojos asomó una lágrima, se volvió rápidamente hácia Blanca, y añadió:

—Pero tú no dices nada, cuando hace poco tributabas mil elogios al autor de la serenata que hemos tenido la honra de ejecutar juntas. Pero bien es verdad, que yo me lo hablo todo, y no te he dejado aun la vez.

El duque comprendió que las palabras de Clotilde envolvian algun misterio; pero era demasiado discreto para dirigirle una pregunta inconveniente.

No habló nada, pues, de Daniel, dejando para otra ocasion mas propicia que Clotilde le revelase el misterioso sentido de sus palabras.

—Si no temiera que me tacharan ustedes de vanidoso, les suplicaria que me hicieran oir otra vez la serenata de mi ópera.

Este giro que el duque daba á la conversacion, lo encontró Clotilde muy discreto.

—Ya lo oyes, Blanca; es preciso complacer al autor.

Blanca se sentó al órgano, Clotilde al piano.

El duque, de pié y apoyados los brazos en el respaldo de una butaca, se dispuso á oir la serenata, fijando los ojos en la hermana de Julio, que nunca le habia parecido tan bella como en aquel instante.

CAPITULO X

UN PENSAMIENTO

El duque de San Plácido permaneció en casa de Clotilde hasta las nueve de la noche.

Durante su larga visita, de mas de cuatro horas, aquellas tres organizaciones privilegiadas no habian hablado de otra cosa que de música.

Al separarse de Blanca, al estrechar su mano, Alvaro sintió algo nuevo en su corazon; un estremecimiento dulce, grato; una felicidad inmensa.

Llegó á su casa verdaderamente distraido, pensando en lo que nunca habia pensado: en casarse.

Cuando á un hombre se le ocurre por la primera vez la idea del matrimonio, cuando esa especie de vértigo universal, hijo de las simpatías que brotan del corazon, cruza por la mente de los jóvenes, el hombre mas aturdido, mas superficial, entra en un período de gravedad que ni él mismo puede esplicarse.

Alvaro llegó á su casa, se encerró en su gabinete, se dejó caer en un sofá, y se puso á meditar.

Tenia veintiocho años, y era además inmensamente rico.

Solo y sin parientes en primer grado, su vida habia trascurrido como la de la golondrina emigradora.

Cuando se encontró solo, con el cigarro en la boca y la mirada en el dorado techo de su gabinete, comenzó á reflexionar de esta manera:

—Todos los hombres tienen una época en que hablan mal del matrimonio y echan pestes contra esa institucion, que forma el lazo de las familias. El tiempo trascurre, y las impresiones y los pensamientos cambian, y los mismos que se burlaban del amor conyugal caen de rodillas á los piés de Himeneo, y le piden con palabras suplicantes que derrame sobre sus frentes alguna de las esencias que constituyen el bálsamo de su purísimo amor.

Alvaro despedia una bocanada de humo, y volvia á decirse:

—Blanca es pobre, pero tiene un alma tan rica en virtudes, que es el mejor de los tesoros. Si yo me decidiera á casarme, creo que Blanca es la única mujer que me convenia.

Y apenas habia acabado de formular este pensamiento en su mente, volvió á decirse:

—¿Y quién se opone á que yo me case? ¿Tengo yo que dar cuenta á nadie por ventura? Me llaman escéntrico, algunos me creen loco; pues bien, para que tengan una razon para juzgarme de ese modo, creo que deberia

casarme así, como se dice vulgarmente, de golpe y porrazo.

Y luego, como si esta idea que acababa de cruzar por su mente le agradase en grado superlativo, añadió:

—Blanca seria mi musa, mi genio, mi inspiracion; podria consultarle todos mis pensamientos; pasaríamos la vida recorriendo el mundo; nuestra existencia seria un canto armonioso muy parecido al que sin duda alguna entonan los ángeles en el Paraíso.

Álvaro comenzaba á soñar; pero con ese sueño que trae mas fatales consecuencias cuando se está despierto. Le habian bastado algunas horas para entrar en el período de la poesía y de ese amor que ciega, porque se halla rodeado de una aureola de color de rosa.

Si en aquel momento Blanca le hubiera dicho que «sí» y se hubiera encontrado delante de un sacerdote, el duque hubiera caido de rodillas, diciendo:

—Haga usted el favor de casarme.

Pero desgraciadamente, para casarse se necesita escribir algunos pliegos de papel y correr algunas diligencias; para esto se emplean dias, semanas y á veces meses, y en este tiempo se deshacen muchos proyectados matrimonios, quitándole al diablo el placer de reirse el dia de la boda.

Álvaro permaneció algunas horas entregado á todas las combinaciones y planes del hombre á quien se le ocurre por la primera vez casarse, y como era partidario de realizar con rapidez los pensamientos que cruzaban por su mente, se levantó del sofá, cogió una

pluma, y dejando correr su imaginacion, escribió la siguiente carta:

«Blanca: esta tarde, cuando oculto detrás del portier escuchaba la serenata de mi ópera ejecutada por usted y Clotilde, tuve un pensamiento que me hizo reir.

»Luego entré en el gabinete donde ustedes se hallaban, la ví á usted tan hermosa y tan modesta como siempre, y el mismo pensamiento que poco antes me habia hecho reir, volvió á cruzar por mi imaginacion; pero mas acentuado, mas firme que la primera vez.

»Durante las deliciosas horas que hemos permanecido juntos, ese pensamiento de que estoy hablándole á usted, ha estado fijo en mi imaginacion.

»Cuando nos separamos, cuando estreché la mano de usted con la mia, el pensamiento continuaba preocupándome; pero ya no me reia, y salí de casa de Clotilde acariciándole dulcemente en mi alma.

»En este instante que escribo á usted, las saetas de mi reloj marcan las doce de la noche, y puedo asegurarla, que en mi vida se ha apoderado de mi imaginacion un pensamiento tan tenaz y que mas deseos trasmita á mi corazon de convertirlo en un hecho real.

»Este pensamiento es que la amo á usted.

»Usted dirá que esta carta tiene todo lo estrambótico, todo lo escéntrico, todo lo raro del carácter de su autor; pero esta rareza tiene un gran fondo de lógica. Yo creo que el hombre no debe buscar por compañera de toda su vida, sino á la mujer que sepa conmover su alma.

»Yo he sentido junto á usted afectos tan dulces como

desconocidos; emociones tan dulces, que me he visto precisado á llevarme disimuladamente la mano sobre el pecho, para contener los latidos de mi corazon.

»Si esta carta no la hace á usted reir, como me hizo reir á mí el pensamiento que la motiva, yo ruego á su buena amistad se digne contestarme dos líneas, para saber qué es lo que debo esperar de esta solicitud que á usted dirijo.

»Si usted acepta el amor que le ofrezco, si usted quiere honrarme llevando mi apellido, yo me apresuraré á pedir en toda regla su mano á su señora madre, creyéndome el hombre mas feliz de la tierra el dia en que un sacerdote bendiga nuestra union.

»Alvaro.»

El duque, al terminar la carta, la leyó con detenimiento, é indudablemente debió parecerle bien, pues la cerró dentro de un sobre, metiéndola luego en el bolsillo.

—Indudablemente,—se dijo hablando consigo mismo, —esta carta va á causar una gran sorpresa á Blanca. Ella está muy léjos de sospechar una declaracion á boca de jarro, y sin que se me crea vanidoso, bien puedo tener la esperanza de que mis proposiciones serán aceptadas.

Despues de esto, el duque se acostó tranquilamente, como el hombre que está seguro del triunfo.

Al dia siguiente, á eso de las nueve de la mañana, llamó á su ayuda de cámara.

—Tengo que encargarte una comision delicada, Cándido,—le dijo.

—Ya sabe el señor duque, que siempre trato de complacerle.

—Lo sé: toma esta carta; es preciso que llegue de un modo reservado á manos de una jóven que tú conoces.

Cándido se sonrió con toda la gráfica espresion de su nombre.

—Esa jóven es la señorita Blanca de Monforte.

—¡Ah!

—¿Por qué dices ¡ah!

—Digo ¡ah! porque la conozco.

—Ya sabes que no me gusta que se hagan interpretaciones maliciosas con las personas que aprecio.

—Puedo asegurar al señor duque, que no ha sido mi ánimo...

—Está bien. Procurarás entregar esta carta á la señorita Blanca.

—Sí, señor.

—Sin que ni su madre ni su hermano se enteren de semejante cosa.

—Sí, señor.

—Puedes valerte de la criada, buscar el pretesto que mejor te cuadre. Tú no eres tonto, y yo sé que saldrás airoso de esta comision.

—Así lo espero.

—Si te parece, coge alguna pieza de música de las que hemos traido de Alemania, y esto puede servirte de escusa para ir á su casa. Si encuentras en ella al

señorito Julio, díle de mi parte que yo tendré mucho gusto que almorcemos juntos el dia que él lo tenga por conveniente. No tengo mas que decirte.

Y el duque hizo una seña á Cándido para que se marchase; volvióse de espaldas á la luz, y cerró los ojos, pensando sin duda que le seria fácil reconciliarse con el sueño.

Trascurrieron quince minutos; luego otros quince, y por fin una hora. El duque no habia logrado dormirse; pero en cambio oyó pasos en el gabinete, que se dirigian á la alcoba.

Era Cándido, que regresaba de su importante comision.

Bastaba ver el semblante del ayuda de cámara, para comprender que todo habia salido satisfactoriamente.

Aquel semblante tenia toda la satisfaccion de la victoria, todas las líneas que emplearia un pintor para dibujar á un hombre completamente satisfecho de sí mismo.

—Leo en tu rostro que el asunto ha salido bien,—le dijo el duque.

—Sí, señor; la carta se halla en poder de la señorita Blanca, sin que se haya enterado ni aun la criada de semejante cosa.

—Cuéntame el hecho.

—Llegué á su casa y llamé á la puerta.

—Adelante.

—Y quiso mi ángel bueno que me abriera la señorita Blanca en persona la puerta. Se la entregué en

propia mano, giré en redondo sobre mis talones, y asunto concluido.

—Todo lo que me cuentas, me parece que va á ser de muy buen agüero para mí.

—¡Dios lo quiera!

—Dame la bata y dí que me sirvan el almuerzo. Tengo mucho apetito.

—Al momento, señorito.

Y Cándido salió satisfecho de sí mismo, por haber desempeñado su comision tan á gusto de su amo.

LIBRO SEPTIMO

EL DESTERRADO VOLUNTARIO

CAPÍTULO PRIMERO

EFECTOS DE UNA DECLARACION DE AMOR

Alvaro no se habia equivocado al creer que su carta iba á producir un gran efecto á Blanca.

La leyó trémula, conmovida, sin darse cuenta de lo que veian sus ojos. Aquella declaracion inesperada le parecia, mas que una realidad, un sueño. No queria convencerse de que estaba despierta.

El duque de San Plácido era un partido demasiado ventajoso para ella, pobre y modesta jóven, que no poseia mas bienes que su virtud y su cuerpo.

Aquella declaracion era para ella un dolor y un placer. Un placer, porque un hombre tan distinguido como el duque de San Plácido fijaba en ella sus ojos, ofreciéndole su mano, para llamarla su esposa. Un dolor, porque ella no podia amarle, porque el recuerdo de Daniel llenaba por completo su alma, y este amor, del que no esperaba ser correspondida, le obligaba, sin em-

bargo, á no poder aceptar los ofrecimientos de un hombre tan digno como Alvaro.

El corazon de Blanca era demasiado puro, demasiado noble, para apagar sus dulces latidos de amor por los halagos del vil interés.

El duque, no obstante, le era un hombre simpático. Se hubiera atrevido á ofrecerle el cariño de una hermana, pero hubiera creido engañarle al jurarle el de esposa.

Nadie, sin embargo, podria reprenderle su imbecilidad, nadie podria arrojarle en cara su falta de firmeza, porque el amor que sentia por Daniel, en su alma habia nacido, y en el santuario de su alma le guardaba como su mas rico tesoro.

Encerrada en su gabinete, leyendo la carta una y cien veces, abundantes lágrimas corrian de sus ojos, y una lucha sorda y dolorosa agitaba su corazon.

Aceptando la mano del duque de San Plácido, podia rodear á su madre de grandes comodidades, asegurar la vejez de aquella santa mujer que tanto habia sufrido, ser la protectora de su hermano, el ángel bienhechor de toda la familia.

Pero para conseguir todo esto era preciso que en aras del interés sacrificara la pureza de su amor, que dirigiera palabras de fingida ternura á un hombre que no amaba, que compartiese el lecho nupcial con un esposo que no habia conmovido con sus miradas su corazon.

Daniel, por el contrario, habia sido el primer sueño de amor de su juventud; estaba acostumbrada á ver-

le y á amarle, sin que sus labios hubieran pronunciado jamás una palabra para revelarle el secreto de su alma.

Por otra parte, Daniel era pobre, y lleno de altiva nobleza abdicaba sus derechos en favor de una hermana, yéndose á vivir al rincon de un modesto pueblo, en donde indudablemente debia pasar horas de amargura infinita, y Blanca le amaba mas desde que sabia que era desgraciado.

Como si Daniel hubiese caido á sus piés declarándole su amor, como si entre ellos mediara un juramento y una promesa de pertenecerse el uno al otro para toda la vida, Blanca, dejándose llevar de la pureza de sus sentimientos, se decia:

—Es una infamia dejar á Daniel porque es pobre, y casarse con el duque porque es rico, y yo no haré eso jamás.

Nunca jóven alguna se habia encontrado en mejores condiciones que ella, para aceptar los ofrecimientos de un pretendiente.

Nadie podia tacharla de perjura, porque ella no habia jurado amor á nadie, y sin embargo, ella ni un solo instante pensó aceptar los ofrecimientos del duque.

Otro caso le apuraba grandemente, y era cómo contestaria al duque una negativa sin ofenderle.

Jamás habia escrito á ningun hombre, esceptuando á su hermano, y le parecia muy difícil semejante empresa.

Poco avezada á tener aventuras amorosas, buscaba en su imaginacion la manera de contestar á la carta,

sin que su negativa le hiciera perder la amistad de Alvaro, que ella tenia en mucho.

Despues de dos horas de tortura, su imaginacion no resolvió nada, esclamando en voz alta, como si tuviera delante al mismo autor de la carta:

—¡Pero, Dios mio, esto es muy difícil!...

Precisamente en este momento entraba Julio á dar los buenos dias á su hermana, y como oyó la esclamacion de Blanca, le preguntó:

—¿El qué, hermana mia?...

Blanca no pudo contener un grito.

Aquella voz, por muy querida que le fuese, que interrumpia sus meditaciones, la sobresaltó.

Por su parte, Julio no se sentia mas tranquilo, pues el rostro de su hermana estaba pálido y tenia los ojos llenos de lágrimas.

Además, Blanca tenia un papel en la mano, una carta al parecer.

Era indudable que le sucedia algo, y Julio amaba demasiado á su hermana para no querer saber la causa de todo aquello.

—¡Blanca hermana mia!—le dijo, cogiéndola cariñosamente por la cintura;—¿qué tienes? Algo te sucede, y supongo que no me harás el agravio de ocultarme tus penas.

Blanca miró á su hermano con la ternura, con el interés con que el náufrago mira la tabla salvadora, y estendiendo la mano, le entregó la carta del duque de San Plácido, diciéndole:

—Toma y lee.

No causó á Julio menos sorpresa la lectura de aquella carta.

¿Y por qué no decirlo? En la fisonomía de Julio resplandeció la inmensa alegría que brotaba en su corazon.

Amaba á su hermana con delirio, y admirado de su hermosura y de sus virtudes, la creyó digna de ser la esposa de un rey.

El duque de San Plácido, á los ojos de Julio, en aquel instante era el hombre de mas talento y de mejor gusto de la creacion.

—Te doy la mas cordial enhorabuena, querida hermana,—dijo sin poder disimular su alegría,—y nuestra buena madre se pondrá loca de contento cuando sepa que nada menos que un duque, jóven, hermoso, con talento y relevantes condiciones morales, te pide la mano de esposa.

—Es que nuestra madre no sabrá nada de eso, Julio, —contestó con calma Blanca.

—¡Qué dices!—añadió Julio, retrocediendo un paso con asombro.

Blanca se sonrió.

—No puedo, ó por mejor decir, no debo aceptar la proposicion que me hace el duque de San Plácido.

—¡Pero estás loca!... El duque de San Plácido es uno de los hombres mas distinguidos de España.

—Lo sé.

—¿Y á pesar de eso insistes en rechazar su mano?...

—¡Ah, Julio!... ¿Olvidas que amo á Daniel, y que Daniel es tan pobre como nosotros?...

Estas palabras presentaron á los ojos de Julio todo un poema de ternura y de desprendimiento.

Entonces vió claramente la belleza inmaculada del alma de su hermana, y estrechándola dulcemente contra su pecho, añadió:

—Dices bien; el oro no debe cegarnos. Tú amas á Daniel; no violentes, pues, tu corazon. Pero es preciso contestar al señor duque.

—¡Oh! está claro, y precisamente eso me tiene preocupada hace dos horas.

—Comprendo que es bastante difícil.

—Yo no encuentro modo; ¡si tú me indicaras lo que he de escribirle!...

—No creas que tengo mucha confianza de encontrar la fórmula de la respuesta.

—¡Inténtalo al menos! ¡Haz algo por tu hermana para sacarla de este trance en que se halla!

Julio se sentó junto á una mesa, y cogiendo la pluma, dijo:

—Probaré.

Luego permaneció algunos minutos pensativo.

Por fin comenzó á escribir, y Blanca se sonrió con el placer del que resuelve un problema que le tiene preocupado.

Julio escribió tres cartas, rompió las dos primeras, y por último, algo mas satisfecho de la última, dijo á su hermana:

—Voy á leértela, y dime con franqueza si te complace.

Y luego, encogiéndose de hombros, añadió:

—Esto se llama tirar algunos millones por el balcon. Escucha.

La carta, que Julio leyó con voz segura, decia así:

«Señor duque de San Plácido: Nada tan difícil para mí en este momento, como demostrarle la gran admiracion y la inmensa gratitud que he sentido al leer su carta.

»Cuando un hombre tan noble, tan elevado, tan distinguido, fija sus ojos en una pobre muchacha como yo, es natural que su conducta le cause admiracion, y que sienta su espíritu tan turbado, que apenas sepa cómo demostrar su agradecimiento.

»Voy, pues, á hablarle á usted con la sencilla franqueza que me dicta mi corazon honrado, y pido á Dios desde el fondo de mi alma, que me conserve la amistad y el aprecio del duque de San Plácido, mientras dure mi existencia.

»Ser la esposa de usted, seria para mí una honra, á la que no me creo merecedora. Sin embargo, no es la gran diferencia de posiciones lo que me detiene, lo confieso con ingenuidad. Voy á revelarle á usted, señor duque, un secreto que oculto llevo hace muchos años en mi corazon, desde el dia en que, niña aun, sentí en mi virginal pecho las primeras emociones de un amor naciente.

»Yo amo á un hombre, señor duque, á un hombre que es desgraciado y pobre, á un hombre que sufre, que vive sin la esperanza halagüeña del porvenir; y este hombre, que tal vez ignora la grandeza del amor que le profeso, y que no sé si me amará el dia que lo sepa,

es el dueño absoluto de mi alma. Yo le he hecho donacion de ella sin que él lo sepa, y como en el fondo de mi conciencia me dice una voz que ya no me pertenece, creeria ser perjura, si á los piés de un sacerdote ofrecia entregar á otro lo que no es mio.

»Sé que estoy escribiéndole á un caballero, y que apreciará, sin ofenderse conmigo, lo cual me causaria profunda pena, la estrema delicadeza de mi proceder.

»Yo estimo al duque de San Plácido como al mejor de mis amigos; seria para mí tan hermoso como grato, que me permitiera llamarle mi hermano; me causaria una satisfaccion inmensa continuar estrechando su mano, y hacerle confidente de mis alegrías y de mis pesares; y como tengo en tanto su leal amistad, me causaria un profundo dolor que al leer esta carta me privara, con su indiferencia ó con su enojo, de seguir llamándole el primero de mis amigos, mi hermano del corazon.

»Yo conozco que mi conducta haria reir á muchas jóvenes, que solo ven, en lo que ellas llaman profanamente amor, un negocio, y en el matrimonio un seguro contra la miseria; pero yo me he criado bajo el humilde manto de la pobreza, y solo ambiciono la paz de mi espíritu, la tranquilidad de mi conciencia.

»Yo espero que usted me perdone. Le amo á usted demasiado para engañarle, ofreciéndole un amor que he dedicado á otro; pero me tranquiliza el pensar que dirijo esta carta á un hombre de gran entendimiento, que no pertenece á la vulgaridad, y que él sabrá com-

prender lo que callo y lo que pasa por el claro cristal de mi conciencia.

»Blanca.»

—¡Ah! ¡gracias, hermano mio, gracias!—esclamó la jóven, arrojándose al cuello de Julio;—has interpretado admirablemente mis deseos. Dame, voy á copiar la carta, y tú te encargarás de que llegue á manos del duque de San Plácido.

CAPÍTULO II

LA AMISTAD VERDADERA

Aquel mismo dia, á la caida de la tarde, el duque de San Plácido se hallaba acabando de comer, cuando un criado le presentó una carta del correo interior.

Rompió el sobre, saboreando al mismo tiempo un trozo de digestivo queso de Rochefort, y buscó maquinalmente la firma.

Cuando sus ojos se encontraron con el nombre de Blanca, se olvidó de los postres, y se puso á leer la carta con gran interés.

A las primeras líneas, Álvaro frunció el ceño, previendo una negativa; pero á manera que avanzaba en la lectura, iba apareciendo en su rostro la mayor admiracion.

Un hombre mas fatuo que el duque, hubiera arrojado léjos de sí aquella carta, creyéndola un desaire á sus millones y á su título; pero Álvaro tenia talento,

y el contenido de aquella carta llamó vivamente su interés.

Leyó la carta tres veces con gran detencion, estudiando todos sus párrafos con mucha calma, y por último esclamó:

—Decididamente, mi eleccion habia sido buena. Blanca es una mujer sin pasion, y pues tengo la desgracia de que no me admita por esposo y la fortuna de que solicite ser mi hermana, es preciso que yo me haga acreedor á semejante título.

El duque pidió café, y continuó sus reflexiones, mientras saboreaba á pequeños sorbos el rico moka:

—Una mujer vulgar me hubiera contestado, si no por mí, por mis millones y mi elevada posicion: «Hable usted con mi madre, caballero.» Blanca, cuya alma se eleva sobre el fango de la tierra, me dice sencillamente: «Le quiero á usted como amigo, como hermano, estoy orgullosa de su amistad; pero no puedo ser su esposa, porque yo no comprendo el matrimonio sin darle al marido el alma y el corazon: yo amo á otro hombre.» Esta conducta es admirable. Yo la respeto, y sabré consolidar el aprecio que esa honrada jóven me profesa.

Álvaro encendió un tabaco, y volvió á decirse:

—Verdaderamente es admirable esa muchacha; ama á un hombre sin que él lo sepa, y sin esperanza de que llegue el dia que su amor sea recompensado. De manera que podria considerarse libre, y le basta sin embargo su conciencia para rechazar las proposiciones ventajosas del duque de San Plácido.

Y Álvaro, dejándose llevar de uno de esos arranques hijos de su generoso corazon, esclamó:

—¡Tanta virtud!... ¡tanta abnegacion!... Tu heróico sacrificio no debe quedar sin recompensa. Yo buscaré á ese hombre, que indudablemente es digno de ella cuando ella le ama; le diré lo que ocurre, y si es pobre como me indica su carta, ¡qué diablo! yo soy rico, y además dicen que tengo algun talento para componer música: les daré la mitad de mi fortuna, y podré entonces con razon llamar á Blanca mi hermana.

Despues de este arranque de generosidad, que pareció dejar satisfecho al duque, quedóse un momento pensativo, y volvió á decirse:

—Pero ¿quién diablos podrá decirme dónde he de encontrar al autor de ese amor platónico de Blanca? Ella se negará, de seguro, á nombrarme á su Adonis.

Y el duque, dándose una palmada en la frente, repuso:

—Clotilde es su amiga predilecta, su protectora; tal vez ella sepa...

Y el duque, levantándose de la silla, añadió:

—Pronto saldré de dudas.

. . . . . .

Aquella misma noche se abrian al público las puertas del teatro de la Ópera.

La Patti cantaba «La Sonámbula,» y se contaban cosas fabulosas del subido precio á que habian llegado algunas localidades.

Decíase, que un título que no habia podido lograr un

abono de palco, habia dado cuarenta mil reales por que le traspasaran el abono de un agente de negocios.

Pero estos son disgustos que solo sufren los ricos, en cambio de los que sufren los pobres, y que ellos no conocen.

El duque de San Plácido, preocupado con la lectura de la carta, habia olvidado el estreno de la Patti; pero como estaba abonado á butaca, cuando llegó á casa de la marquesa del Rádio y le dijeron que se hallaban en el teatro, recordó «La Sonámbula,» y dijo al cochero:

—Al teatro Real.

Entonces, aun se llamaba el coliseo de la plaza de Oriente teatro Real. Hoy, cometiendo un contrasentido, se titula «Teatro Nacional de la Ópera.» Y como la ópera que allí se canta es italiana, no se esplica el título.

Pero seria trabajo ímprobo y largo lograr que en España se aplicara á las cosas su verdadero nombre, y los españoles no tenemos hoy el tiempo de sobra para semejante trabajo, porque lo necesitamos para ocuparnos de la política y salvar á la patria, como dicen algunos patriotas farsantes, para quienes el patriotismo se reduce á vivir del presupuesto.

Pero continuemos la narracion de esta historia.

Álvaro llegó al teatro Real cuando el primer acto de «La Sonámbula» estaba finalizando. Esperó, pues, á la entrada del pasillo de las butacas que cayera el telon, dirigiendo los gemelos al palco del general Lostan. Allí estaba Clotilde.

Cuando terminó el acto subió al palco. Estaban la marquesa y Clotilde solas.

Álvaro comprendió que no era aquel el momento oportuno para manifestar á Clotilde el asunto que allí le conducia.

Comenzó por hablar de la Patti, preguntó por el general, que no habia ido al teatro porque tenia aquella noche una junta, y últimamente, dirigiendo la palabra á Clotilde, dijo:

—Es estraño que á un acontecimiento como el estreno de la Patti, no haya venido su amiga de usted Blanca.

—Lo que siento infinito; pero me ha escrito una carta diciéndome que se sentia un poco indispuesta.

—A propósito de carta,—añadió Álvaro, bajando un tanto la voz,—tambien he recibido yo una de Blanca.

—¡Cómo! ¿tiene usted correspondencia con mi amiga, y nada me habia dicho?

—Es una correspondencia que empezó ayer, y creo que concluirá hoy.

—A ver á ver, esplíqueme usted eso.

Álvaro bajó mas la voz, y dijo acercándose á Clotilde:

—Tenemos que hablar de un asunto de la mayor importancia para Blanca.

—Me asusta usted, duque. ¿Amenaza algun peligro á mi amiga?

—No, pero podemos nosotros contribuir á su felicidad.

—Entonces cuente usted conmigo.

—De ayer á hoy han sucedido muchas cosas que usted ignora, y que yo deseo que sepa.

—Pues bien, comience usted á contármelas al instante.

—Temeria cometer una imprudencia,—repuso el duque, indicando con una mirada á la marquesa.

—No importa; hable usted con confianza.

El duque iba á comenzar su revelacion, cuando se presentó en el palco el baron de Labra.

Clotilde hizo un gesto de disgusto, que no pasó desapercibido para Ernesto; pero el baron no era hombre que se desorientaba fácilmente. Se habia propuesto hacer méritos para conseguir la mano de Clotilde, y tenia bastante fuerza de voluntad, bastante descaro, para disimular y continuar impávido su empresa.

Saludó á todos con gran naturalidad y aplomo, y como observase que Clotilde continuara hablando con el duque, se puso á conversar con ella del acontecimiento de la noche.

Por entonces fué de todo punto imposible que Alvaro comenzara su relacion, porque era un secreto del que solo queria hacer partícipe á Clotilde.

Durante el entreacto, Clotilde aprovechó una oportunidad para decir:

—Duque, he encontrado algunas dificultades en el cuarteto del tercer acto de la ópera de usted, y si no temiera aparecer á los ojos de usted por demasiado exigente, le suplicaria que mañana despues de almorzar fuera á verme.

El duque comprendió que esto era una cita, y dijo:

—No faltaré, pues acostumbro á ser exacto siempre que se trata de cuestiones musicales.

Cuando poco despues Alvaro y Ernesto salieron del palco de la marquesa del Radio para dirigirse á las butacas, el duque dijo:

—Pido á usted perdon, amigo mio, si mi presencia en el palco de Clotilde le ha sido molesta.

—Nada de eso, querido duque: Clotilde, como usted habrá observado, está bastante desdeñosa conmigo; pero como tengo de mi parte á toda la familia, espero que con el tiempo se resuelva en favor mio el refran que dice: «pobre importuno, etc., etc.»

—¡Ah! ¿con que usted sigue en sus trece?—preguntó maliciosamente el duque.

—Y espero continuar hasta que logre lo que deseo.

—Mucha perseverancia es esa, querido baron.

—La fe hace milagros, querido duque.

—¡Oh! quién lo duda; pero el tiempo de los milagros ha pasado, amigo mio, porque ya no nos encontramos en la época de Abraham, en que los ángeles se tomaban la molestia de bajar á la tierra. Pero con el permiso de usted, la orquesta comienza, y yo no quiero perder ni una sola nota del segundo acto de «La Sonámbula.»

—Un momento,—dijo Ernesto, deteniendo al duque, —ó por mejor decir, una pregunta; porque, segun lo que usted me conteste, tendré mas ó menos fe en la realizacion de mis deseos.

—¿Y qué pregunta es esa?

—Sentiria que usted se ofendiese por la franqueza que voy á demostrarle.

—Esa advertencia quita á la pregunta toda interpretacion torcida. Hable usted en confianza.

—¿Ama usted á Clotilde?

—La amo hasta los últimos límites de la amistad.

—Cuidado, señor duque, porque en los últimos límites de la amistad hay una línea donde comienza el amor.

—Pues bien; yo no he llegado aun á esa línea, ni creo que llegue nunca, porque pienso permanecer soltero toda mi vida. Así pues, querido amigo, puede usted continuar tranquilamente su conquista, como Dios y su genio se lo diere á entender, con la firme inteligencia de que, cuando yo me hallo sentado junto á Clotilde, no le hablo de otra cosa que de música.

—Gracias, señor duque. Y ahora que me siento libre del temor de tenerle á usted por rival, en cuyo caso me creeria derrotado, voy á continuar mi empresa con doble valor.

—Pues buena suerte, señor baron.

—Confio tenerla, señor duque.

El segundo acto de «La Sonámbula» comenzaba.

CAPÍTULO III

DONDE ALVARO SABE LO QUE DESEA

Clotilde estaba impaciente por saber la importante revelacion que le habia indicado Alvaro.

Mas de una vez pensó en ello durante la noche, y nunca le habia parecido tan larga la mañana como aquel dia.

Despues de almorzar se dirigió á su gabinete, diciendo antes á doña Mercedes:

—El duque de San Plácido vendrá á verme esta tarde; tenemos que hablar mucho de música; quiero aprender á la perfeccion el último acto de su ópera. Vamos, pues, á esperarle á mi gabinete.

Doña Mercedes estaba acostumbrada á dormirse oyendo las dulces armonías del piano, y como la digestion tiene gran simpatía con el sueño, á los ocho minutos de hallarse sentada la honrada aya en la butaca oyendo las escalas que Clotilde ejecutaba al piano, se quedó profundamente dormida.

Clotilde seguia tocando, y al descuido dirigia de vez en cuando miradas á doña Mercedes, pensando para sí que aquel testigo no debia molestarles mucho.

A las dos menos cuarto, una doncella anunció al duque de San Plácido.

Doña Mercedes hizo un esfuerzo para abrir los ojos, y solo tuvo tiempo para hacer un ligero saludo con la cabeza al duque. Luego volvió á quedarse dormida.

—Ya estamos solos como usted deseaba,—dijo Clotilde, que trataba al duque con la mayor franqueza.

Alvaro, acercando una silla al taburete que ocupaba su amiga, repuso en voz baja, indicando al mismo tiempo á doña Mercedes:

—¿Pero y?...

—No hay cuidado,—contestó sonriéndose Clotilde; —disfruta el sueño de los justos, y no hay cuidado que nos interrumpa. ¡Sepamos qué asunto es ese de tanta importancia para Blanca!

—Voy á comenzar mi relato haciendo á usted una confesion. Luego de esta confesion, le indicaré el plan que me propongo, y espero que me ayude á realizarlo.

—Con mucho gusto. Comience usted.

—Siempre he sentido grandes simpatías por Blanca.

—Se las merece, porque es un ángel.

—Así la he juzgado; por eso, sin duda, antes de ayer por la noche me sentí de improviso acometido de unos grandes deseos de casarme.

Clotilde manifestó gran asombro al oir este principio, y ya iba á soltar una carcajada, cuando el duque añadió:

—No se ria usted; le ruego que me escuche con calma.

—Haré todo lo posible por complacer á usted,—dijo Clotilde.

—Pues como iba diciendo, sentí vehementes deseos de casarme. Nunca me habia parecido tan horrible la soledad en que vivo. Medité por espacio de una hora si debia ó no dar tan atrevido paso; ví pasar por mi mente multitud de cosas muy bonitas, que sonreian incitándome al matrimonio. Me resolví por fin, cogí la pluma, y escribí una declaracion de amor á Blanca ofreciéndole mi mano.

—Pero, amigo mio, todo lo que usted me está diciendo me asusta.

—No, no, tranquilízase usted; tengo aun el juicio cabal. No me he vuelto loco todavía.

—¿Pero llegó usted á mandarle la carta á Blanca?

—¡Oh! sí; no desisto yo tan fácilmente de mis empeños. Le mandé la carta, y lo que es mas, recibí contestacion el mismo dia.

—¿Y acepta Blanca el ofrecimiento que usted le hace?

—Esa es mi desesperacion, ó por mejor decir, mi asombro, mi inesplicable asombro; porque Blanca me ha contestado una de esas cartas que afectan vivamente, si el hombre á quien van dirigidas es honrado.

—Pero, Dios mio, todo eso ha sucedido sin saber yo nada. ¡Oh! en cuanto vea á Blanca, yo le echaré en cara su falta de amistad para conmigo.

—No la culpe usted sin leer antes su carta; es un

secreto que yo rompo, confiado en que usted no ha de revelarlo á nadie, y que ademas me ayudará á llevar á cabo lo que me propongo.

Y el duque entregó la carta á Clotilde, que esta leyó para sí con gran interés.

Al terminar la lectura, dos lágrimas resbalaban de los ojos de Clotilde, y esta esclamacion se escapaba de su pecho:

—¡Ah, es un ángel! ¡merece ser feliz!

—Eso precisamente es lo que yo me he dicho. Una mujer capaz de semejante abnegacion; una mujer que sacrifica su porvenir y la elevada posicion que yo podia darle, á un amor que tal vez no sea nunca mas que un sueño, merece que nosotros la protejamos, que procuremos por todos los medios hacer la felicidad de Blanca.

Y como Clotilde se hubiese quedado triste y pensativa con la frente inclinada sobre el pecho, Alvaro añadió:

—Usted, Clotilde, es la amiga íntima, la hermana del corazon de Blanca. Para usted, me consta que ella jamás ha tenido secretos. Yo necesito, por lo tanto, que usted me revele el nombre de ese mortal que ella ama con toda la pureza de su alma. Yo quiero conocerle, quiero que sepa por quién y cómo es amado. Si es pobre, yo soy bastante rico para asegurarle una fortuna; si es rico, yo, con mi patrimonio, puesto que Blanca me ha dado el dulce nombre de hermano, haré que lleve un dote digno de mi hermana.

Clotilde juntó las manos con infinita espresion de

gozo, y fijando en el duque sus ojos llenos de lágrimas, esclamó con acento conmovido:

—Dios sin duda, compadecido de los séres que sufren en la tierra, hace que de vez en cuando nazcan almas nobles y generosas para que sean el consuelo de la humanidad que llora, y es indudable que Dios ha hecho que brotara en el corazon de usted un repentino amor hácia Blanca, para que ella escribiera la carta que tan generosas y sublimes palabras acaba de poner en los labios de usted. Sí, Alvaro, sí; hay Providencia, y el corazon me dice que usted va á ejercer una mision santa.

El duque, ni comprendia aquellas palabras, ni comprendia aquel entusiasmo.

—Conozco al hombre á quien ama Blanca en secreto, —añadió Clotilde.

—¡Ah! lo habia sospechado: ¿es pobre? ¿es rico?

—Es pobre.

—Tanto mejor; ¿vive en Madrid?

—Hace algun tiempo, muy pocos dias, se retiró á un modesto pueblo de la provincia de Guadalajara.

—¿Tiene usted inconveniente en decirme qué pueblo es ese?

—Ninguno; pues desde este momento me uno á usted para conseguir la felicidad de mi amiga Blanca. ¡Oh! estoy muy interesada en ello, y yo confio que mi amigo el duque de San Plácido me ayudará á llevar á feliz término mi deseo.

—Cuente usted conmigo para todo.

—Gracias, en nombre de mi amiga.

—Sepamos el pueblo donde vive el feliz mortal á quien ama Blanca.

—En Horche; un pueblecillo situado á corta distancia de Guadalajara.

—Sí, sí, le he oido nombrar. Le apuntaré en mi cartera.

Y el duque, sacando del bolsillo de la levita una cartera, apuntó el nombre del pueblo.

Clotilde dirigió una mirada y una sonrisa á Alvaro, y añadió:

—Debo decir tambien, que usted conoce al jóven que nos ocupa.

—¿Yo?

—Sí, usted; pues si no estoy mal enterada, le prestó usted un servicio del que solo suelen encargarse los amigos íntimos, ó por lo menos las personas muy simpáticas.

—¿Sabe usted, Clotilde, que todo esto me va interesando vivamente?

—Pues yo, confiando en la caballerosidad y en la hidalguía del duque de San Plácido, espero decirle cosas que le interesen mucho mas.

—Deseo oirlas con impaciencia.

—Comenzaré por pronunciar el nombre del jóven á quien ama Blanca en secreto: se llama Daniel,—dijo la jóven.

—¡Daniel!—repitió el duque verdaderamente asombrado, y como si quisiera recordar aquel nombre.—Ese Daniel, ¿es por ventura el mismo que hace poco tiempo vivia en casa del conde de la Fé?

—El mismo,—contestó sonriéndose Clotilde.

—¡Pero ese jóven amaba á usted, y aun creo que era correspondido!

—Sí, duque.

—Entonces, permítame usted que le diga que no entiendo una palabra de todo esto, y mucho temo que me sea mas difícil arreglar este asunto que escribir una ópera.

—Pues yo creo que el asunto le parecerá á usted lo mas sencillo del mundo, tan pronto como le revele algo de lo que usted ignora.

—¡Oh! crea usted, Clotilde, que estoy deseando que haga usted alguna luz que aclare un poco mi imaginacion.

—Es imposible, amigo Alvaro, sospechar siquiera hasta dónde llega la delicadeza del alma de Blanca. Yo voy á revelar á usted cosas que van á asombrarle, y esta revelacion, que hecha á otro seria una verdadera imprudencia, tratándose del duque de San Plácido servirá para que se una conmigo y salvemos á dos séres verdaderamente dignos de todo elogio.

—Vuelvo á repetirle, que escucho con el mayor interés.

—Pues bien, Alvaro; prepárese usted á oir una historia sencilla que van á narrar mis labios, no sin el temor de que una imprudencia haga público un secreto en el que estriba la honra de mi familia. Pero vuelvo á repetirlo: usted me inspira completa confianza; y como yo no podria esplicar á sus ojos mi pasado y mi presente sin revelarle toda la verdad, apartando de mí necias preocupaciones, se lo revelaré á usted todo.

Y dirigiendo una mirada en derredor suyo, volvió á decir:

—Afortunadamente, nadie podrá oirnos. Voy, pues, á comenzar mi relato.

CAPÍTULO IV

CONTINUACION DEL ANTERIOR

El franco y varonil semblante del duque de San Plácido, demostraba el mas vivo interés en aquel instante.

Clotilde, despues de una ligera pausa, que sirvió para coordinar sus ideas, bajando la voz todo cuanto pudo, comenzó á hablar de esta manera:

—Voy á revelar á usted, amigo mio, una historia que me ha hecho derramar abundantes lágrimas y ha cubierto con una nube tétrica y sombría mi hogar doméstico. Yo confio que este secreto, que desde el fondo de mi alma voy á depositar en el corazon de usted, no asomará nunca á sus labios hasta que yo le autorice para ello. Esta prueba de confianza le demostrará el aprecio que le profeso. Comenzaré, pues, por la gran abnegacion de Blanca, de ese ángel de la tierra, que comprende como nadie la sublimidad de un sacrificio, y que hoy, trémula é inquieta, ve turbada la paz de su sueño, cuando

su conciencia es blanca y pura como la nieve que corona la cima de los Alpes.

Clotilde se detuvo.

Era para ella tan dolorosa la relacion que se hallaba resuelta á hacer, que tenia necesidad de respirar con mas frecuencia.

Hay relatos que oprimen el espíritu y hacen latir con violencia el corazon; porque al pronunciarlos, nuestros labios nos recuerdan épocas dolorosas, que arrancan lágrimas á nuestros ojos.

Clotilde repuso de este modo:

—«Blanca conoció á Daniel algunos años antes que yo. Modesto estudiante en Madrid, era condiscípulo de Julio de Monforte, y frecuentaba su casa con bastante confianza, llegando hasta el punto de llamar madre á la madre de Blanca.

»Blanca comenzó, por lo tanto, á sentir una viva simpatía por el amigo de su hermano; pero ambos eran aun muy niños, y Daniel no se ocupaba de otra cosa que de sus libros.

»Así pasó el tiempo. Blanca cumplió diez y siete años; Daniel diez y nueve. Las vacaciones llegaron, y el jóven estudiante tuvo que regresar á Horche, donde vivia su pobre madre, que era una santa.

»Luego trascurrió un año sin que Daniel y Blanca se vieran.

»Durante este tiempo murió la madre de Daniel, sin que le dejara otro patrimonio que una modesta casa en el pueblo de Horche y dos cartas de recomendacion; una

de ellas para el conde de la Fé, otra para mi padre el general Lostan.

»Mientras tanto, la familia de Blanca vivia en el seno de las mayores privaciones. Yo logré de mi padre que sacara un destino para Julio, y el agradecimiento condujo á Blanca hasta mi casa, conociendo entonces todos los tesoros de virtud y de talento que posee.

»Desde el primer dia, desde el instante que nos vimos, nos amamos. Ella era una profesora de música, á quien la desgracia habia hecho vender hasta su piano, é insensiblemente, como venia todas las tardes á verme y tocábamos á duo algunas piezas, concluimos por amarnos como dos hermanas.

»Así se hallaban las cosas, cuando Daniel se presentó en mi casa con la carta de recomendacion que su madre le habia dejado al morir. Yo le conocí aquel dia y le amé. Este amor encontró por parte de mis padres una gran oposicion; y yo no podia esplicarme cómo, siendo siempre conmigo tan condescendientes, se oponian con tal tenacidad á que yo realizara las aspiraciones de mi alma. Y sin embargo, su conducta era fundada, tenian una gran razon para ello.

Clotilde se llevó el pañuelo á los ojos para enjugarse las lágrimas.

—Veo que este relato le conmueve á usted vivamente, —dijo el duque,—y siento...

—No, no; es preciso que yo concluya, es indispensable que usted lo sepa todo. La felicidad de Daniel y de Blanca así lo exigen.

Alvaro hizo un signo de aprobacion con la cabeza, porque se sentia vivamente afectado. Nunca habia visto llorar á Clotilde, cuyo carácter alegre le era estremadamente simpático. Respetaba, pues, aquellas lágrimas sin podérselas esplicar.

Clotilde volvió á decir:

—Usted recordará que Daniel, protegido por el conde de la Fé, me seguia por todas partes. Yo le amaba, y á pesar de las prohibiciones de mis padres, sentia una verdadera satisfaccion en la tenacidad de Daniel.

»Un hombre se interpuso entre los dos. El baron de Labra.

»Quiso aparentar lo que no existia, y usted recordará el escándalo que tuvo lugar en la embajada inglesa, de lo que resultó un desafío entre Daniel y Ernesto.

»El baron de Labra fué entonces para mí un hombre muy funesto. Hoy, alentado por la fortuna de su tio, vuelve á tener pretensiones á mi mano; pero yo no seré nunca su esposa, porque no le he amado jamás.

»Daniel quedó herido en aquel desafío, y yo cometí la imprudencia de ir á casa del conde de la Fé á verle. Mi padre lo supo; temió sin duda alguna imprudencia propia de la juventud, y entonces rápidamente dispuso un viaje, y me llevó á Suiza.

»Durante todo el tiempo en que el amor que sentia por Daniel fué contrariado por mis padres, Blanca fué mi verdadera amiga, mi hermana del corazon, y ella, que tal vez le amaba mas que yo, obedeciendo á los impulsos de su alma generosa, ocultó su amor en el fondo de su pecho, y fué para nosotros el ángel protector.

Nunca mujer alguna se ha portado con mas abnegacion que Blanca en aquellos momentos. ¡Oh, cuán léjos estaba yo de sospechar la grandeza de su conducta! Se necesita tener un corazon tan grande como generoso para hacer lo que Blanca hizo conmigo.

»Confidente de Daniel y mia, como no podíamos vernos, á ella acudíamos mútuamente para comunicarnos las emociones de nuestras almas.

»Por fin, mi padre me arrancó de Madrid, y yo, despechada ante aquella violencia, juré no ser de otro que de Daniel, que tan pronto como se vió restablecido de su herida, se puso en mi seguimiento, viniendo á encontrarme en las orillas del lago Leman.

»¡Oh! me espanta la idea de pensar la gran desgracia que pudo sucedernos cuando nos encontramos en Suiza; pero Dios sin duda no quiso que la vergüenza y el dolor nos mataran, y nos reveló á tiempo el terrible secreto de mi familia.»

Clotilde se detuvo.

Abundantes lágrimas corrian de sus ojos, y una agitacion nerviosa hacia estremecer su cuerpo.

Porque Clotilde no podia recordar sin espanto aquella noche, en que un sacerdote debia unirla con Daniel para toda su vida; union sacrílega, union infame que estuvo á punto de realizarse, y que hubiera llenado de desesperacion sus almas, de vergüenza y oprobio sus frentes.

Ellos hubieran podido decir: «La inocencia escuda nuestro crímen.» Pero la sociedad, al compadecerles, no hubiera podido librarles del desprecio y del oprobio.

El duque no se atrevió á interrumpir aquella pausa que colocaba Clotilde en medio de su relacion. Comenzaba á adivinar un drama de familia á través de aquellas lágrimas y bajo la hermosa frente de Clotilde, que se inclinaba sobre el pecho como avergonzada.

Cuando la hija del general Lostan hubo tomado un poco de aliento; hubo repuesto, por decirlo así, sus fuerzas, levantó poco á poco la frente, y fijando una mirada dolorosa en el duque, continuó de este modo:

—Daniel supo encontrarme: me amaba con toda su alma, con toda la vehemencia del primer amor, y una noche que yo, solitaria, desterrada en las orillas del lago Leman, me entregaba á esa dulce y dolorosa vida de los recuerdos, sentí que un hombre, un pobre barquero que guiaba nuestra barca por el lago, introducia en una de mis manos un papel. A su contacto se estremeció mi corazon, y comprendí que no podia ser de otro que de Daniel. Era suyo; me anunciaba su llegada y me pedia una cita para poner fin á nuestra violenta situacion. ¿Qué podia yo hacer, pobre enamorada, sino concedérsela? Además, leia en la hermosa alma de Daniel como en la mia, y no me inspiraba ninguna desconfianza.

Nos vimos, y convinimos la manera de romper esos lazos que violentaban nuestras voluntades.

Daniel me propuso que un sacerdote nos uniera para siempre. El conde de la Fé era nuestro protector, le habia nombrado su heredero, y por consiguiente Daniel era mas rico que yo.

Además, tenia la confianza de que mi padre perdonaria aquella falta de obediencia.

Acepté las proposiciones, y convinimos en que al dia siguiente, á las doce de la noche, él me esperaria á la entrada del bosque, en donde debia hallarse tambien un carruaje para conducirnos hasta la iglesia católica de un pueblo inmediato, en donde un sacerdote debia bendecir nuestra union.

—Afortunadamente,—continuó Clotilde ahogando un suspiro,—mi padre supo todo esto, y asombrado de nuestro empeño y temiendo la gran desgracia que iba á caer sobre nosotros, se decidió á revelarme el fatal secreto que le obligaba á no dar su consentimiento.

Entonces colocó sobre mi mesa de noche un manuscrito que iba á revelármelo todo.

Apenas mis ojos se fijaron en la primera página, un estremecimiento general, una emocion desconocida, agitó mi cuerpo; me quedé aterrada, porque la lectura de aquellas páginas me revelaba que Daniel era mi hermano.

El asombro se pintó en los ojos del duque.

—¡Su hermano!—murmuró en voz baja.

—Sí, mi hermano. La tenacidad de mi padre quedaba esplicada. A las doce en punto, Daniel acudió á la cita, y yo, embebida en la lectura de aquellas páginas, habia olvidado la hora.

Daniel, cansado de esperarme y temiendo que me hubiese sucedido alguna desgracia, entró en la casa resueltamente á buscarme. Nadie se opuso. Las puertas estaban abiertas de par en par. Preguntó con audacia

por mí á los criados, y todos, que sin duda habian recibido órdenes de mi padre, le indicaron que yo me hallaba en mis habitaciones.

Daniel llegó por fin hasta donde yo estaba. Me encontró leyendo el manuscrito, y yo al verle me arrojé en sus brazos, diciéndole: ¡Hermano mio! ¡Dios ha querido salvarnos! ¡Lee y llora!

Clotilde, anegada por las lágrimas, tuvo que suspender su relato.

El duque se sentia verdaderamente absorto ante aquella revelacion inesperada.

Verdaderamente, era providencial que Clotilde y Daniel se hubiesen salvado.

La pureza de su amor, la sublime castidad de sus almas, les habia evitado un crímen; un crímen cuya vergüenza solo debia caer sobre la frente del general Lostan, pero que es indudable que los hubiera alcanzado á ellos.

—Serénese usted, Clotilde; está usted afectada.

—¡Oh! no, no; estas lágrimas que vierto me hacen mucho bien. Al recordar el peligro con espanto, al ver el hondo abismo sobre el que hemos tenido colocados nuestros piés, y al pensar que nos hemos salvado, mi alegría es inmensa. Porque, no le quepa á usted duda alguna, señor duque, si hubiéramos llegado á consumar el crímen, ni Daniel ni yo hubiéramos podido soportar tanta vergüenza, y hubiéramos puesto fin á nuestra existencia.

—Pero cuando Daniel supo que era hijo del general Lostan, ¿qué dijo?—preguntó Álvaro.

—La narracion que yo puse en sus manos, el manuscrito que le revelaba el orígen de su nacimiento, estaba escrito por su madre. Sus páginas respiraban la ternura y el perdon. Era el relato de una mártir que de antemano habia hecho el sacrificio de su vida y de sus derechos. Yo ví primero las lágrimas en los ojos de Daniel, como un tributo de ternura filial dedicado á su madre; luego apareció en su frente una nube sombría, que poco á poco fué disipándose para dejar su puesto á la dignidad y al decoro, y estas palabras se escaparon de sus labios: «Mi padre me olvidó en mi infancia, me cerró luego las puertas de su casa: el corazon me dice que no me ama; yo no debo, pues, con mi presencia turbar la paz de tu hogar, querida Clotilde, y como me siento por tí dispuesto á sacrificar hasta la existencia, yo sé lo que debo hacer.»

Aquí Clotilde no pudo continuar.

Se le oprimió el corazon; cerráronse sus ojos, y el duque, observando que su cuerpo se inclinaba sin fuerzas sobre el piano, se apresuró á sostenerla, diciendo al mismo tiempo:

—Doña Mercedes, Clotilde se pone mala.

Doña Mercedes se despertó sobresaltada, y como viera al duque de San Plácido que sostenia el desfallecido cuerpo de Clotilde, esclamó:

—¡Pero Dios mio! ¿qué es lo que sucede?

—No se sobresalte usted, señora, es un ligero desmayo,—contestó el duque, que no estaba menos aturdido que el ama de gobierno.

Afortunadamente, antes que doña Mercedes albo-

rotara la casa con sus lamentos, retornó Clotilde de su desmayo, abrió los ojos, y exhalando un profundo suspiro, dijo con acento vacilante:

—No es nada; un ligero desvanecimiento y nada mas.

Estas palabras tranquilizaron á doña Mercedes, y entre ella y el duque condujeron á Clotilde hasta un sofá.

Una sonrisa que asomó á los labios de la hija del general, volvió, por decirlo así, el alma al cuerpo á doña Mercedes, que volviendo á ocupar su sillon, completamente tranquila, se dispuso á reanudar su interrumpido sueño.

Mientras tanto, Clotilde dijo en voz baja al duque:

—Amigo mio, pido á usted perdon por el susto que le he dado, y vuelvo á recomendarle al pobre desterrado que está en Horche.

—Ofrezco á usted tratarle como á un hermano; tengo un gran interés en asegurar su felicidad.

—¡Ah! es usted el primero de mis amigos.

—Solo deseo que me dé usted mucho tiempo ese nombre.

—¡Quién sabe! tal vez con el tiempo podré llamar á usted mi hermano del corazon.

—Yo por mi parte procuraré hacer méritos para conquistarme ese dulce nombre.

—¿Cuándo piensa usted partir?

—Probablemente mañana.

—Escuso decir á usted, que Daniel debe ignorar el secreto que le he revelado.

—Lo guardaré en lo mas profundo de mi corazon.

—No olvide usted que espero con impaciencia el resultado de su entrevista con Daniel.

—No lo olvidaré.

Y el duque se despidió de Clotilde, estrechando fraternalmente su mano.

LIBRO OCTAVO

IMPOSICIONES

CAPÍTULO PRIMERO

LOS NUEVOS PLANES DEL CONDE DE LA FÉ

El conde de la Fé, desde su regreso de Suiza, contaba con dos servidores dispuestos á secundar todos sus pensamientos, sin que les detuvieran ni los peligros ni la responsabilidad en que pudieran incurrir.

Bien es verdad que tenian un buen padrino, porque el conde, inmensamente rico y dominado por la idea de venganza que germinaba en su corazon, estaba dispuesto siempre á sacar adelante á sus cómplices.

El dia que nos ocupa, el conde de la Fé se hallaba en su biblioteca, especie de jaula donde iba á encerrarse en las horas de mal humor, cuando oyó la voz de Lorenzo, que le pedia permiso para entrar.

Lorenzo habia reemplazado á Castro en ciertas funciones, porque el conde, que hacia un profundo estudio de todos aquellos que tenia bajo sus órdenes, habia reconocido en Lorenzo una actividad y una energía muy

propias para utilizarlas en pro de su soñada venganza.

Además, Lorenzo era un hombre dispuesto para todo, con un corazon entero, un alma resuelta, y cuyo brazo no hubiera vacilado en hundir un puñal en el pecho de un hombre.

Por otra parte, conociendo el conde que era un pobre mortal sujeto á todas las eventualidades de la vida, comenzaba ya á tener impaciencia por ver realizada su venganza, que iba prolongándose de una manera desesperadora.

Dejándose llevar por la maldad de sus sentimientos, se habia propuesto atormentar incesantemente al general proporcionándole frecuentes disgustos de familia, hasta que llegara el dia en que, sin faltar á su juramento, pudiera poner de manifiesto á los ojos de la sociedad las infamias de su enemigo.

Las pretensiones del baron de Labra habian venido á ser un nuevo pretesto para zaherir el amor propio del general.

El conde no ignoraba las condiciones morales de Ernesto, y que introduciéndole en la familia del general, no habian de faltarles disgustos.

Por eso, nombrándose voluntariamente su padrino, se habia propuesto casarle con Clotilde.

Lorenzo era el encargado de proteger esta intriga: por eso, al verle asomar por la puerta de la biblioteca, dejó el libro que tenia en las manos sobre la mesa, y acomodándose lo mejor que pudo en el sillon como el que se dispone á oir cosas que han de serle agradables, dijo:

—¡Ah! ¿eres tú, Lorenzo? Supongo que me traerás buenas nuevas.

—Al contrario, señor conde, las traigo muy malas.

—¿Con que muy malas, eh?—volvió á preguntar el conde, sonriéndose de un modo mefistofélico;—habla, hombre, habla, y sepamos lo que sucede.

—He tenido una entrevista con la doncella de la señorita Clotilde.

—Bien me parece. ¿Y qué dice esa muchacha?

—Que su ama está resuelta á no dar la mano al baron de Labra.

—Pero yo confio que su padre la obligue á aceptar por esposo á mi recomendado.

—Mucho dudo, señor conde, que el general logre el consentimiento de su hija.

—Tambien cuento con el apoyo de la marquesa del Radio.

—A pesar de eso, señor, creo que no conseguiremos nada.

—¿Y por qué razon?

—Porque la niña se empeña en no aceptar el novio que le proponen.

—Eso, querido Lorenzo, entre la gente de la aristocracia no es un obstáculo. Con frecuencia se ven casamientos de conveniencia entre dos individuos que se odian cordialmente.

—No es esa la causa por que yo creo que no se realizará ese casamiento.

—¿Pues por qué? ¿Te parece á tí que el general

Lostan arrojará por la ventana un título de vizconde y una buena cantidad de millones?

—¡Quién lo duda! Siempre que encuentre un título de duque y doble cantidad de millones para su hija.

—¡Cómo! esplícate; á ver,—repuso el conde con interés.

—Usted mismo acaba de decirme que en la aristocracia se contratan muchos casamientos de conveniencia.

—Es claro.

—Supongamos por un momento que un duque inmensamente rico, con un alma noble y generosa y una inteligencia poco comun, se ha presentado á pedir la mano de Clotilde poco despues que la hubiera solicitado el baron de Labra. Nada tendria, pues, de particular que el general aceptara las proposiciones del duque, rehusando las del baron.

—Pero ¿crees tú que un duque solicite la mano de Clotilde?

—Al menos, todas las circunstancias me lo hacen sospechar.

—¿Y quién es ese duque?

—El de San Plácido.

—¡Hola! Ese es un título á quien no podria poner una tacha el noble mas encopetado. Pero sepamos los motivos que tienes para que sospeches que tenemos en plaza un nuevo adalid.

—En primer lugar, hace muy pocos dias, en un almuerzo al que asistió el baron de Labra, le dijo el mismo duque en persona que era tiempo perdido el

que empleara en la conquista de Clotilde, porque Clotilde, ni le amaria nunca, ni consentiria jamás en darle la mano de esposa.

—¡Oh! hé ahí una impertinencia, que en mis tiempos hubiera sido motivo de desafío.

—Pues el baron de Labra no ha tenido por conveniente cruzar su espada con el duque de San Plácido.

—Adelante: me has dicho el primer motivo, y supongo que tendrás algo mas que referirme.

—Sí; he sabido por la doncella de la señorita Clotilde, que el duque pasa la mayor parte del dia en aquella casa, que la acompaña por las noches al teatro, y otra porcion de particularidades que me hacen sospechar que el duque se halla en ese período encantador del pretendiente bien recibido.

—Si todo eso es cierto, es verdaderamente un gran obstáculo para mis planes.

—¡Oh! y muy grande, señor.

—Vamos á ver, Lorenzo,—añadió el conde, despues de algunos segundos de meditacion;—¿qué opinas tú que se debe hacer para lograr que el baron de Labra sea el esposo de Clotilde de Lostan?

—Ante todo, señor, convendria mucho no perder tiempo.

—Creo lo mismo.

—Usted, segun me ha dicho muchas veces, tiene una terrible arma suspendida sobre la cabeza del general Lostan y de la marquesa del Radio, y que no se atreverian, por miedo de que esa arma les hiriese de muerte, á negarle nada de cuanto les pidiera.

—Y es la verdad.

—Pues bien; creo que ha llegado el momento de que obre usted con energía; de que imponga usted condiciones, fijando un plazo para herir de muerte, si no son aceptadas. Y si el general tiene el atrevimiento de venir como otras veces á proponer un ridículo duelo á muerte, entonces yo, que tanto tengo que agradecer al señor conde, sabré librarle de todos los peligros que le amenacen.

—Gracias, Lorenzo; sé que eres un servidor leal, y no lo echaré en olvido; y pues me has aconsejado que no debe perderse el tiempo, voy á escribir una carta, que tú mismo llevarás en el acto al general Lostan, y que no será otra cosa que una enérgica declaracion de guerra. Puedes fumar un cigarro mientras tanto; no tardaré mucho en concluir.

El conde cogió papel y pluma, y escribió lo que á continuacion copiamos:

«Señor general: Hace mas de diez y seis años que guardo un secreto en el fondo de mi corazon, que es para usted la muerte civil, la deshonra, el oprobio.

»Hace diez y seis años que, esclavo de mi palabra, permanecen mis labios cerrados, á pesar de los insultos y los desprecios que usted me ha hecho.

»La paciencia, señor general, tiene sus límites, y á todo sufrimiento le llega la hora de su término.

»Sé que usted y la señora marquesa contestan con evasivas á las justas pretensiones de mi recomendado el baron de Labra.

»Voy á dirigirme á usted por la última vez; voy á

fijarle á usted un plazo para que se realicen mis deseos. Si este termina sin conseguir lo que anhelo, entonces, general, no será mia la culpa si olvido mi juramento y vuelve á establecerse entre los dos una guerra sin cuartel, una guerra á cuchillo.

»Si en el término de un mes, á contar desde hoy dia de la fecha, su hija de usted Clotilde no es la esposa del baron de Labra, yo entonces, arrancándole á usted la máscara, diré á todos aquellos que hoy se envanecen al estrechar su mano: «No le toqueis; su contacto mancha »como el de un leproso; ese hombre es un infame, que »no merece vuestra amistad.»

»Sé que estas palabras son muy duras; pero usted me obliga á escribirlas.

»Será inútil que venga á proponerme un desafío como en otro tiempo. Mi brazo no tiene fuerza para empuñar una espada; pero rey de mi casa, aun conservo la suficiente energía para disparar un arma de fuego sobre el pecho del villano que venga á ella á insultarme.

»Yo deseo la paz: si usted prefiere la guerra, ¡guerra á muerte!

»El conde de la Fé.»

»8 de Setiembre de 186...»

El conde leyó para sí la carta, se sonrió, encontrando su estilo bastante insultante, y luego, doblándola y metiéndola en un sobre, dijo á Lorenzo:

—Toma; procura entregarla al general Lostan lo mas pronto posible.

—Antes de una hora, si se halla en su casa, estará en su poder.

Lorenzo salió.

El conde, al quedarse solo, cogió el libro que poco antes habia dejado sobre la mesa, y sonriéndose de una manera satánica, murmuró en voz baja:

—Hoy tendrá un mal dia el pobre general, y al pensar el efecto que va á producirle la lectura de mi carta, parece que siento refrescarse mi alma.

CAPITULO II

MATAR Ó MORIR

Serian las cuatro de la tarde.

El general habia pedido un caballo, pues deseaba dar un paseo, cuando Santiago, su ayuda de cámara, entró con una carta, cuyo sobrescrito tenia arriba la palabra *urgente.*

El general, creyendo que aquella carta seria de alguno de sus amigos políticos que le consultaria algo grave, rompió el sobre y se puso á leer con interés.

Al terminar la primera línea, su rostro estaba descompuesto; buscó la firma, y dijo:

—¡Ah! ¡es del conde de la Fé!... ¡debia haberlo sospechado!... Está visto, ese hombre se ha propuesto que yo le mate.

Y dejándose caer en una silla, continuó leyendo con bastante agitacion.

Santiago le contemplaba en silencio, sospechando que algo grave le decian al general en aquella carta.

El semblante de don Pedro se trasformaba mas y mas á manera que avanzaba la lectura de la carta, pasando con rapidez increible del rojo amapola á la lividez de la muerte.

Cuando terminó la lectura, un rugido espantoso se escapó de su pecho; estrujó la carta con rabia, y dos lágrimas ardientes como el fuego brotaron á sus ojos.

—¡Infame!... ¡cobarde!...—esclamó el general;—¡me propones una guerra á muerte!... ¡sin cuartel!... ¡á cuchillo!... ¡y para librar el cuerpo de las heridas que pueda hacerte mi espada, dices que tu brazo es viejo y débil para sostener un arma!... ¡Ah, lo vamos á ver muy pronto!... ¡sí... muy pronto; yo te lo aseguro!...

Y el general, levantando con orgullo la frente como si se dispusiera á desafiar los peligros que le amenazaban, añadió:

—¡Dices que el rey de tu casa aun conserva suficiente energía para disparar un arma de fuego sobre el pecho del villano que vaya á insultarte!... Pues bien; yo te juro que ese á quien tú llamas villano, porque se ha sabido conquistar con su valor los títulos nobiliarios de su escudo, te arrancará el corazon, y luego se complacerá en morderle.

Santiago permanecia inmóvil, sin atreverse á dirigirle la palabra; tal era el estado de furor en que se encontraba su amo.

Don Pedro descargó un terrible puñetazo sobre su misma rodilla, se levantó y se puso á dar paseos precipitadamente.

Santiago fué á colocarse á un estremo de la habitacion, esperando órdenes.

—¡Ah!... ¡parece increible que existan séres tan perversos sobre la tierra!—volvió á decir el general, como si hablara consigo mismo;—¡impotente para luchar conmigo, dirige sus flechas emponzoñadas sobre el corazon de mi hija, que ningun daño le ha hecho... Y ese hombre se llama noble y está orgulloso de los pergaminos que le dejaron sus antepasados, rojos de vergüenza en sus tumbas, si es que saben su miserable proceder!...

El general se detuvo; cruzó los brazos sobre el pecho, agitó la cabeza y guardó silencio.

Entonces Santiago se decidió á perder su inmovilidad, y adelantando algunos pasos, colocóse junto á su amo y dijo con acento pausado:

—Señor, hace muchos años que me hallo al servicio de esta casa; desde el primer dia que tuve esa honra, comencé á recibir grandes beneficios, que no puede olvidar un alma agradecida. Si el sacrificio de mi vida es bastante á ahorrar al señor general una sola de las lágrimas que queman sus ojos, dispuesto estoy á dársela.

A manera que el ayuda de cámara hablaba, el general iba calmando su agitacion.

Cuando Santiago concluyó, don Pedro levantó la cabeza, exhaló un suspiro, y tendiéndole una mano á su leal criado, dijo:

—Gracias, Santiago. Sé lo que vales, lo que me quieres, y conozco tu nunca desmentida lealtad; pero

se trata de una cuestion puramente personal; á no ser así, aceptaria tu ofrecimiento. Ya sospecharás que se trata del conde de la Fé.

—Lo he sospechado, señor.

—Ese viejo infame se ha propuesto acibarar los últimos dias de mi existencia, y quiere imponerme por yerno al baron de Labra.

—Pero la señorita Clotilde tengo entendido que no ama al baron.

—Le aborrece; pero el conde quiere casarles,—añadió el general sonriéndose de un modo doloroso,—en el término de un mes ó de lo contrario, afirma que se vengará de mí de un modo sangriento.

—¿Quiere, pues, ese hombre la infelicidad de la señorita?—preguntó Santiago, frunciendo el semblante de un modo amenazador.

—Quiere atormentar mi existencia.

—Entonces será preciso hacerle morder la tierra por la cuarta vez.

—Rechaza toda provocacion, todo lance, con el pretesto de que es muy viejo.

—El que es atrevido para insultar y amenazar, no debe ser viejo para batirse.

—Eso mismo pienso demostrarle antes de mucho.

—No olvide usted, general, que mi brazo está á las órdenes de usted.

—Vuelvo á darte las gracias; pero esta, como te he dicho, es una cuestion puramente mia. Si el conde de la Fé se ha propuesto darme un mal dia, puede estar

satisfecho de haberlo logrado. Da órden de que desensillen mi caballo, y díle á la marquesa que tengo precision de verla.

Santiago saludó, y salió de la habitacion.

El general se dejó caer en una butaca; desdobló la arrugada carta, que aun conservaba en la mano, y comenzó á leerla de nuevo.

—Parece imposible que exista un hombre tan audaz.

Y el general leyó en voz alta el siguiente párrafo de la carta:

«Si en el término de un mes, á contar desde hoy dia de la fecha, su hija de usted Clotilde no es la esposa del baron de Labra, yo entonces, arrancándole la máscara, diré á todos aquellos que hoy se envanecen al estrechar su mano: «¡No le toqueis, su contacto mancha como el de un leproso!... ese hombre es un infame que no merece vuestra amistad!...»

Una sonrisa, que parecia respirar sangre, asomó á los labios del general.

—Es preciso que yo mate á ese hombre. Mientras respire, mientras viva... su único afan será vengarse. Este problema está resuelto: ¡matar ó morir!... Yo he cometido un crímen, que he espiado moralmente de una manera terrible. Todos mis sacrificios, todos mis sufrimientos, no han sido bastantes para lograr mi objeto. Mi secreto ha dejado de serlo; lo conocen otros que el conde de la Fé, si bien estos están interesados en no revelarlo. Pero el conde es el mas terrible de todos mis enemigos.

El general se pasó la mano por la frente.

Habia llegado para él el instante de la reflexion; instante sublime, que muchas veces salva á los hombres de grandes peligros.

La ira es el peor consejero. La calma, la meditacion, la frialdad, suelen vencer grandes obstáculos.

El general, despues de exhalar la esplosion de rabia que le habia producido la lectura de la carta, comenzaba á serenarse.

Él mismo lo habia dicho: el conde era un enemigo terrible; era preciso, pues, atacarle con la astucia de la zorra, y no con la bravura del leon.

Hay enemigos que se matan con el puñal, y nunca con la espada: se les ataca por la espalda, y jamás por el pecho.

El carácter impetuoso del general, su bravura valiente, y acostumbrado á afrontar los peligros cara á cara, rechazaban la conducta hipócrita y traidora de los cobardes.

Su inmensa alegría, su inconcebible placer, hubiera consistido en ver al conde de la Fé delante de él con una espada en la mano, y luchar con él noblemente hasta morir ó matar; pero esto era imposible, y por consiguiente comprendió que necesitaba tomar otro camino mas artero para librarse de tan terrible enemigo.

—Sí, es preciso, aunque me cueste suma violencia arrastrarme como la culebra, hasta que llegue el momento que pueda enroscarme por su cuello y estrangularle,—se dijo hablando consigo mismo;—él me pone un mes de plazo; yo lo acepto, y aun me parece muy largo.

Santiago volvió á entrar y dijo:

—La señora marquesa espera al general en su gabinete.

—Está bien, Santiago; puedes retirarte, ó por mejor decir, espérame aquí; porque despues de la conferencia que voy á tener con la marquesa, probablemente te necesitaré.

—Estoy, como siempre, á las órdenes del señor general.

Don Pedro se levantó, arregló un tanto su traje, dobló cuidadosamente la carta que habia estrujado poco antes, y salió de la habitacion diciendo para sí:

—Poco ó nada debo esperar de la marquesa; pero es preciso que sepa los peligros que me amenazan y á lo que estoy resuelto.

CAPÍTULO III

LA CALMA DESPUES DE LA TEMPESTAD

La marquesa del Rádio, aunque habia accedido á vivir bajo el mismo techo que el hombre á quien mas odiaba en el mundo, solo le veia á la hora de comer.

Doña Beatriz pasaba las demás horas del dia encerrada en sus habitaciones, procurando disimular, por consideracion á su hija, el desprecio que le inspiraba su esposo.

La marquesa calculó que algo grave debia suceder cuando el general se atrevia á pedirle permiso para visitarla, y se dispuso á recibirle con la gravedad de siempre.

Las escenas entre el general y doña Beatriz hacia mucho tiempo que eran tan violentas como desagradables; así es, que la marquesa, con su traje negro, su rostro pálido y grave, tomó asiento en un sillon y esperó á su esposo.

Cuando el general entró en el gabinete, recibió el

mal efecto de la fria y severa mirada de la marquesa, que inmóvil como una estátua ni siquiera se dignó dedicarle un ligero saludo con la cabeza.

El general avanzó tambien con gravedad hasta colocarse á tres pasos de distancia de doña Beatriz, y despues de saludarla, inclinando un poco la frente, la dijo:

—Ya supondrá usted, señora, que cuando me atrevo á molestarla despues de habérseme prohibido traspasar los dinteles de esta habitacion, es porque tendré algo importante que comunicarle.

La marquesa del Radio afirmó las palabras del general con un imperceptible seco movimiento de cabeza.

—Usted sabe, señora,—añadió don Pedro,—el ódio, hijo de su impotencia, que hace años me profesa el conde de la Fe; su único placer consiste en exasperarme, en turbar la paz de mi hogar, y falto de valor para luchar conmigo frente á frente, me hiere á traicion, porque me teme.

El general se detuvo. La marquesa continuó guardando silencio.

—Primero,—volvió á decir don Pedro,—sabedor por una rara casualidad de mi secreto, se complacia en despedazar el corazon de usted. Luego, sabiendo el sagrado parentesco que unia á Clotilde y Daniel, alimentó las pretensiones de este, hasta tal punto, que faltó poco para que sucediera una gran desgracia; y últimamente, ha venido con exigencias, pidiendo la mano de nuestra hija para su ahijado el baron de Labra, á quien él conoce perfectamente, y sabe que no es hom-

bre para hacer la felicidad de la mujer que con él se una.

Aquí hubo otra corta pausa, y como la marquesa nada dijo, el general continuó de este modo:

—Tres veces me he batido con ese hombre despreciable, y las tres veces he salido victorioso; hoy deploro mi generosidad de entonces, porque si al verle tendido á mis piés le hubiera aplastado como á una víbora venenosa, muchos serian los disgustos que me hubiera evitado.

—Recuerde, general,—dijo por fin doña Beatriz,—que me está usted refiriendo una historia que hace tiempo procuro olvidar.

—Cierto, señora,—contestó don Pedro, inclinándose y disimulando el mal efecto que aquellas palabras le causaban.—Recuerdo á usted una historia que sabe, historia del pasado, que sirve de introduccion á una carta que acabo de recibir hoy del conde de la Fe, y cuyo contenido es para mí de la mayor gravedad.

—¡Para usted!... ¿Qué me importan á mí los asuntos personales de usted, general?...—preguntó con marcado desden la marquesa.

—Si la cuestion fuera mia exclusivamente,—añadió el general, procurando dominarse,—no hubiera venido á molestar á usted, señora. Sé que entre nosotros dos hay un abismo que nos separa. Pero algunas veces, ese abismo se estrecha, se hace practicable, y lo salvamos mútuamente para unirnos; si no por nosotros, por nuestra hija.

Doña Beatriz fijó una mirada en su esposo, que revelaba un principio de curiosidad.

—¿Importa esta entrevista á mi hija Clotilde?—preguntó.

—Mucho, señora.

—Entonces debia usted haberse ahorrado hablar de otra cosa.

La marquesa no perdia jamás la ocasion de herir la susceptibilidad del general; pero este creia tan legítimo el ódio que le profesaba, que sabia dominar su carácter.

Sacó pausadamente la carta del bolsillo, la entregó á la marquesa, y dijo:

—En esta carta verá usted, señora, lo que el conde de la Fe me exige, y la forma que emplea; y luego, si es usted justa, conociendo mi carácter, comprenderá cuánto habré tenido que violentarme para no haberle enviado ya esa carta envuelta en una bala.

La marquesa leyó la carta sin que ni un solo músculo de su rostro se descompusiera. Aquella impasibilidad, tan admirable como incomprensible, terminó de repente al leer las últimas palabras.

—Efectivamente, caballero,—dijo,—esta carta es infame. El conde podia vengar sus agravios con usted; pero no con mi inocente hija: ¿qué piensa usted hacer?...

—Matar á ese hombre,—contestó el general con resolucion.

—Eso no es tan fácil como usted supone. Aquí acabo de leer un párrafo, el cual me indica que el con-

de está preparado para cualquier acto de violencia que usted intente cometer... téngalo usted presente, general; dice así: «Será inútil que venga usted á proponerme un desafío como en otro tiempo. Mi brazo no tiene fuerza para empuñar una espada; pero rey de mi casa...»

—Sí, sí, recuerdo ese párrafo como toda la carta; sé que el conde es bastante cobarde para escribirla; pero ya que él ha empleado la astucia para herirme, yo, violentando mi carácter, la emplearé tambien para exterminarle.

Y el general, fijando una mirada fria y penetrante en su esposa, añadió cambiando de tono:

—Yo supongo que por esta vez la señora marquesa se unirá conmigo para salvar el honor de la familia, gravemente amenazado.

—No comprendo lo que usted quiere proponerme,—dijo la marquesa.

—Yo procuraré esplicarme.

—Hable usted, caballero.

—El conde de la Fe, poseedor de mi secreto y enemigo irreconciliable, hace muchos años que abriga y acaricia en el fondo de su corazon la idea de la venganza. Viejo y achacoso, teme morir sin realizar su bello ideal. Un juramento, al que no podia faltar como caballero, le imponia silencio; buscó, pues, otro camino para vengarse de un modo mas cruel, mas terrible que hiriendo mi cuerpo, y usted recordará, señora, toda la espantosa intriga cuyo desenlace tuvo lugar en las orillas del lago Leman.

—Sí, sí, lo recuerdo, y aun me espanta el gran peligro que corrió mi pobre hija.

—El conde volvió á jurar de nuevo que guardaria el mayor secreto, que sus labios no se abririan para denunciar mi falta; pero la idea de su venganza habia echado profundas raíces en su pecho, y aunque se vió derrotado, no desistió de su empeño. Astuto y maquinador, cuando regresó á España continuó buscando el modo de vengarse; y así como en otro tiempo se habia servido del baron de Labra para inspirar celos á Daniel, hoy vuelve á fijar sus ojos en ese jóven, tan pervertido como degradado, y sabiendo que nuestra hija le odia, supone que esta boda seria un elemento de disgustos para nuestra familia, y quiere imponérnosla.

—Pero yo no violentaré jamás la voluntad de mi hija.

—Ni yo tampoco, señora; pero es preciso obrar con mucha prudencia, porque el conde podria revelar al baron de Labra nuestro secreto, y entonces...

El general se estremeció, y pasándose la mano por la frente como si quisiera desechar tristes pensamientos, añadió:

—Me concede un mes de tiempo para decidirme. Sé que seria inútil proponerle un duelo á muerte; duelo que yo aceptaria con mucho placer, dejándole al conde la eleccion de las condiciones. Porque si él tenia la suerte de matarme, su venganza quedaba satisfecha, y usted y su hija podrian vivir tranquilas el resto de sus dias; y si yo le mataba, me habria librado de un enemigo temible, porque es traidor y cobarde.

—¿Olvida usted, caballero, que ese secreto que tanto pesa sobre su conciencia, no lo sabe solamente el conde de la Fé?

—Desgraciadamente eso es verdad, señora; pero lo es tambien, que aquellos que lo saben tienen gran interés en que no se divulgue, y que el único hombre temible es el conde de la Fé, á quien es preciso poner fuera de combate con la astucia.

—No comprendo.

—Solo trato de ganar tiempo, y para eso es preciso que el conde conciba la esperanza de que accedemos á sus imposiciones.

Y como la marquesa hiciera un movimiento de disgusto, el general añadió:

—No trato de ocultar á usted mi plan; necesito ganar tiempo, inspirar alguna confianza al conde para obligarle á que se bata conmigo á muerte, y es preciso que usted me ayude.

—¿Trata usted de proponerme algun infamia?

—Trato de asegurar la felicidad de mi hija á costa de mi vida, cuyo peso me abruma; trato de librarla de un enemigo temible, y si no por mí, por ella es preciso que usted acceda á mis deseos.

—¿Y qué debo hacer?

—Muy poco, señora: recibir con amabilidad al baron de Labra si viene á visitar á usted, haciéndole concebir la esperanza de que no será difícil que un dia llegue á ser el esposo de Clotilde.

La marquesa guardó silencio durante algunos segundos.

Habia comprendido el plan de su esposo, y meditaba el camino que debia seguir.

—¿Me propone usted que represente una farsa?...

—Ya he dicho á usted que solo trato de la felicidad de mi hija, que me cansa la vida, y que quiero librarle de un enemigo terrible. Necesito, pues, emplear la astucia para lograr mis deseos. Yo soy el único culpable aquí; justo es que yo cumpla como debo, librando á ustedes de mi odiosa presencia.

En las palabras, en el tono con que las pronunciaba el general, se notaba la profunda conviccion del hombre que está dispuesto á sacrificarse.

—¿Cuánto tiempo ha de durar el papel que usted quiere que yo represente?

—Menos de treinta dias.

—¿Y luego quedará asegurada la felicidad de mi hija?

—Yo lo juro. Clotilde nada tendrá que temer, porque Daniel ha dado pruebas de ser tan generoso con ella, que no debe inspirarle el menor recelo.

—No me inspira Daniel ningun recelo, porque tiene un alma tan bella, que seria difícil encontrar otra que le superara.

—Veo, marquesa, que es usted justa con ese pobre y desgraciado jóven.

—Solo por él vivo bajo el mismo techo del hombre que mas desprecio en la tierra.

El general ahogó un suspiro, y dijo:

—¿Puedo confiar en que secundará usted mis deseos?

—Lo haré por mi hija, caballero.

—Doy á usted las gracias, marquesa.

—Cuando Ernesto se presente será bien recibido.

—Solo eso deseo.

—Pero Clotilde...

—Pienso verla en este mismo momento, y pedirle igual sacrificio. Se trata de la honra de su padre, y creo que no me negará esa pequeña violencia, que despues de todo, á nada la compromete.

Y el general, saludando respetuosamente á la marquesa, salió de la habitacion.

CAPÍTULO IV

UNA GOTA DE BÁLSAMO

El general se dirigió al gabinete de su hija.

Clotilde estaba sola, escribiendo una carta á su hermano Daniel.

La voz de su padre la distrajo de aquella dulce ocupacion.

Levantó la cabeza, fijó en el general una mirada risueña; pero comprendiendo que algo grave sucedia por la seriedad y la palidez de su semblante, se levantó y corrió al encuentro de su padre.

—¿Qué tienes? ¿estás malo?—le dijo dándole un beso.

El general estrechó á Clotilde contra su pecho, la devolvió el beso en la frente, y despues de contemplarla un momento con paternal ternura, la dijo:

—Bendita seas tú, hija mia, que olvidando el daño que te ha causado tu padre, le amas siempre.

Y el general condujo á su hija hasta un sofá, donde se sentaron los dos.

—Te prohibo que vengas á entristecerme con historias pasadas. Ahora precisamente estaba escribiéndole á mi hermano, dándole muy buenas noticias. Espera, te leeré lo que llevo escrito.

Y Clotilde corrió á su mesa, cogió la carta, y volvió á sentarse al lado de su padre.

El general no apartaba los ojos de su hija, como si el contemplarla le causara un dolor infinito.

Clotilde comenzó á leer con dulce y sentida entonacion:

«Mi querido Daniel: La ausencia no es el olvido, pues tu recuerdo, vivo está en mi corazon. Para verte, me basta cerrar los ojos. Pero tú quieres vivir separado de mí; yo me resigno, aunque lo siento con toda el alma, esperando que con el tiempo se desvanecerá el error en que vives, pues todos aquí te amamos, lo mismo yo, que el general y la marquesa, pues seria injusto se desconociera lo hermoso de tu corazon.»

Clotilde se detuvo, miró á su padre, y dijo:

—¿Tienes algo que decir de este párrafo?

—No, hija mia, no: continúa; la lectura de esa carta me hace bien.

Clotilde continuó:

«Hoy estoy contenta, muy contenta, Daniel mio, porque abrigo la esperanza de que mi padre me concederá permiso para que vaya á verte, acompañada de mi hermana del corazon Blanca y mi querida aya doña Mercedes.

»Además, tengo que darte una buena noticia. El duque de San Plácido, que es tan bueno y tan generoso como siempre, al regresar de su viaje de Alemania me preguntó por tí con mucho interés, y diciéndole que te habias desterrado á Horche voluntariamente, me ha ofrecido hacerte una visita, y lleva la esperanza de persuadirte que vuelvas á Madrid.

»Seguramente te hablará el duque de un asunto que debe causarte gran admiracion, perteneciente á mi querida amiga Blanca de Monforte. No quiero anticiparme, diciéndote lo que el duque tendrá un placer en referirte.

»Yo me rio anticipadamente de pensar la admiracion y los comentarios que harán las señoritas de ese pueblo, cuando vean llegar á dos muchachas como Blanca y yo, y que se instalan en tu casa.

»De seguro que no formarán muy buena opinion de nosotras; pero ¡qué me importa! á mí me basta con que tú sepas que yo puedo besar tu frente sin perder la pureza de mi corazon.

»Yo te agradeceria con toda mi alma, que cuando me escribas dedicaras en tus cartas algun párrafo á mis padres, que no te olvidan; pues tu sublime generosidad, no solo lo ha sacrificado todo por mí, sino que ha contribuido á que vivamos todos bajo un mismo techo; ¡todos, menos tú, que es nuestro gran dolor!...»

Clotilde volvió á suspender la lectura, y el general le dijo enjugándose las lágrimas:

—Continúa, hija mia.

—No he escrito mas; tu llegada interrumpió mi es-

critura; pero luego la concluiré; falta poco y me queda tiempo.

El general cogió una de las manos de su hija, y mirándola al rostro con fijeza, la preguntó:

—Clotilde, respóndeme la verdad: ¿me amas lo mismo que antes de que conocieras á Daniel?...

—Te amo mas, padre mio; porque entonces era yo una muchacha loca y aturdida, y hoy sé que eres desgraciado y necesitas mas que antes del cariño y del amor de tu hija.

El general abrazó á Clotilde y comenzó á llorar.

—¿Pero á qué vienen estas lágrimas?...

—Son lágrimas de placer, porque hace mucho tiempo que no he disfrutado un momento mas feliz que este; tú, hija mia, eres mi único consuelo... ¡Bendita seas!

Y el general continuó exhalando sollozos y derramando lágrimas.

Clotilde enjugó con tierna solicitud los ojos de su padre.

Estaba verdaderamente conmovida, porque las lágrimas en los ojos de un hombre como el general Lostan, que tantas pruebas habia dado de valor, causan mas profundo efecto que en los de una débil mujer.

Cuando logró tranquilizarle con sus cariñosas y consoladoras palabras, volvió á continuar del modo siguiente el diálogo interrumpido:

—Hija mia,—la dijo,—acabo de tener una entrevista con tu madre, porque de ella y de tí necesito el auxilio en estos momentos. El conde de la Fé, sin otro

objeto que el de turbar mi paz doméstica, me exige que conceda tu mano al baron de Labra.

Clotilde hizo un brusco movimiento.

—Tranquilízate,—se apresuró á decir el general;—sé que no le amas, y yo no violentaré nunca tu voluntad; pero necesito engañar al conde algunos dias, hacerle concebir la esperanza de que se realizarán sus exigencias, y espero que, aun causándote alguna violencia, secundes mis planes.

—Padre mio, tú sabes que yo no sé fingir. Ernesto de Labra me inspira una gran repugnancia; él puso en grave peligro la vida de Daniel con sus atrevidas pretensiones á mi mano, sin que yo le haya dado la menor confianza.

—Sí, sí, lo sé, querida Clotilde; pero si no por él, por mí, yo te suplico que te resignes á soportar este pequeño sacrificio que te impongo.

—Pero bien; ¿qué quieres que yo haga?...

—Tú no ignoras, hija mia, que el conde de la Fé es un enemigo irreconciliable mio, que posee mi secreto, y que puede hacerme mucho daño.

—¡Ah! ¡el conde de la Fé debe ser un hombre muy malo!...

—Y tanto, Clotilde, que es preciso evitar que descargue sobre mí el terrible golpe con que me amenaza.

—¡Dios mio! ¡un nuevo peligro!...

—Escucha, hija mia: tú sabes que el conde de la Fé, aunque sabia el parentesco que te unia con Daniel, alentó su desgraciada pasion, y que faltó poco para haceros terriblemente desgraciados. El conde es, por lo

tanto, un enemigo temible, que nos conviene tener de nuestra parte. Yo te ruego, que si Ernesto te importuna con sus galanterías, no le muestres un marcado desvío. Te lo suplico. Este martirio que te impongo no será largo. Nada mas puedo decirte.

Clotilde, aunque con algun pesar, prometió á su padre complacerle.

El general, contento de su hija, cuya condescendencia le permitia llevar á cabo su plan, la besó en la frente, despidiéndose de ella.

Clotilde se quedó pensativa, sin adivinar el pensamiento de su padre.

CAPÍTULO V

FINGIMIENTO

El general volvió á su gabinete, y dejándose caer en una butaca, murmuró en voz baja:

—Esta farsa me costará un gran sacrificio; pero mi venganza será terrible. ¡Sí, es preciso... la lucha se ha prolongado durante mucho tiempo, y debe concluir, y concluirá!...

El general permaneció algunos minutos pensativo. Parecia como si no se resolviera á tomar la resolucion que germinaba en su mente.

Su carácter impetuoso é irascible se amoldaba mal con el disimulo y el fingimiento; pero conociendo que era preciso emplearle para conducir al conde al terreno que deseaba, se decidió por fin, y tiró del llamador de la campanilla.

Santiago se presentó.

—Manda que enganchen mi coche; voy á hacer una visita al conde de la Fé.

Santiago miró con algun recelo á su amo.

—Tranquilízate,—añadió el general sonriendo;—jamás mi antiguo amigo el conde de la Fé habrá visto al general Lostan mas inofensivo, mas humilde, que va á verle esta tarde.

Y suspirando, añadió:

—La hora del combate á muerte no ha llegado aun; á esta calma seguirá la tempestad... ¡Que enganchen el coche!

Una hora despues, el conde de la Fé, que se hallaba aun en su biblioteca, recibió una tarjeta del general Lostan, en la que le suplicaba le concediera una entrevista en el acto.

El conde se estremeció, porque conociendo el carácter del general y no olvidando la carta que pocas horas antes le habia enviado, nada bueno le auguraba aquella visita.

Lorenzo, de pié, delante del conde, esperaba una respuesta.

El conde hizo un gesto de disgusto, y dijo:

—No me parece muy prudente recibir á ese perro rabioso; despues de la carta que le he enviado, debe estar hecho una furia.

—Por el contrario, señor; jamás me ha parecido el general tan humilde, tan abatido...—contestó Lorenzo.

—¿Has recibido tú al general?...

—Sí, yo en persona.

—¿Y dices que está abatido?

—Creí notar en su semblante síntomas de un gran decaimiento. Me preguntó con mucha calma por el señor, y le dije que, aunque estaba en casa, ignoraba si recibia; y entonces me dijo:

—Tenga usted la bondad de enterarse si puede recibirme; me urge mucho verle: deseo terminar con él un asunto de la mayor importancia, antes de emprender mi viaje á América.

—¿Se marcha á América?

—Así me lo dijo.

—¿Y dices que no demostraba ningun síntoma de cólera?

—Ninguno

—Sin embargo, no me fio mucho.

—El señor conde no debe abrigar el menor recelo, puesto que yo no le perderé de vista, y me tendrá á su lado para defenderle tan pronto como me necesite.

—Pues bien; condúcele á mi gabinete, y luego te ocultas en la alcoba. En mi mesa de noche hallarás un par de pistolas; ármate con ellas por si es necesario. El general no es un enemigo despreciable, y no debo fiarme mucho de su calma despues de la carta que le he escrito.

Lorenzo salió.

Poco despues, el general Lostan esperaba al conde de la Fé en su gabinete.

El conde, á pesar de la confianza que le inspiraba Lorenzo, sacó de uno de los cajones de la mesa de la biblioteca un pequeño revolver de bolsillo de seis tiros, le

examinó con detencion y lo guardó en uno de los bolsillos del pantalon.

Luego se dirigió al encuentro del general, no sin sentir alguna inquietud.

Al entrar en el gabinete, el general, que le esperaba de pié, le saludó con una ligera inclinacion de cabeza.

—Ruego á usted me perdone,—dijo el conde, saludándole á su vez,—si le he hecho esperar.

—Nada de eso, caballero; pues el asunto que aquí me conduce es tan importante, que le agradezco me haya concedido la honra de recibirme, pues de este modo le terminaremos pronto.

Y como el conde hiciera otro movimiento de cabeza como afirmando sus palabras, el general añadió:

—Ya supondrá usted, que me conduce á su casa la carta que hoy me ha escrito.

—Sí lo supongo, general, como asimismo supongo que vendrá usted á proponerme un desafío,—añadió el conde, que continuaba bastante sobresaltado.

—Supone usted muy mal, caballero. A pesar del estilo insultante de la carta, y contra mi costumbre, vengo de paz.

—¡De paz!... me parece muy estraño, general,—dijo el conde.

—Los años, señor conde, no pasan en vano.

Y sonriéndose de un modo que demostraba una perfecta tranquilidad, añadió:

—En otro tiempo, la carta que usted me ha escrito hubiera sido suficiente motivo para exigirle á usted una

satisfaccion con las armas en la mano; pero hoy pienso de otro modo, y vengo con la rama de oliva en la mano como los antiguos galos; es decir, de paz.

El conde no apartaba sus ojos del rostro del general, estudiando todos sus movimientos.

Notábase en la fisonomía del viejo aristócrata una gran desconfianza, que no pasaba desapercibida para el general.

—No me admira que le sea á usted estraña mi calma y mi frialdad,—añadió don Pedro.—Confieso que algunos párrafos de la carta, al pronto escitaron mi ira; pero luego reflexioné, y comprendí mi verdadera situacion. Por otra parte, dejando á un lado la forma de la epístola, la proposicion que encierra no deja de ser ventajosa: Ernesto es jóven, lleva un apellido ilustre, y será con el tiempo inmensamente rico. Conozco que mi hija no le ama con tanta pasion como amó Eloisa á Abelardo; pero de estos matrimonios, que podemos llamar indiferentes, se ven muchos en estos tiempos.

—¿De modo, señor general, que usted acepta mis proposiciones?...

—Sí, las acepto, y procuraré inclinar el ánimo de mi hija en favor del baron de Labra, esperando que él por su parte procurará ganar algun terreno en el corazon de Clotilde.

—Celebro, general, verle á usted tan dispuesto á labrar la felicidad de mi protegido; porque Ernesto ama de veras á Clotilde, y aunque en otro tiempo fué un poco calavera, arrepentido de sus pasadas locuras,

espera purificarse por medio de su enlace con Clotilde.

Y el conde se sonrió de un modo natural cuando pronunció estas palabras.

—¡Ah! los años, señor conde, enfrian la sangre de nuestras venas,—repuso el general.—El tiempo no pasa en vano, y las canas templan las pasiones. Yo he leido con mas sentimiento que ira la carta que usted me ha escrito. Quiero, pues, poner término á una lucha que me agobia, que me fatiga, y en la que todos mis esfuerzos no lograrian concederme la victoria. Seamos, pues, si no amigos, aliados en esta ocasion. Suspendamos por un momento las hostilidades, y corriendo un espeso velo sobre el pasado, no nos ocupemos de otra cosa que de asegurar la felicidad de mi hija y del baron de Labra.

El conde comenzaba, aunque con mucho trabajo, á creer sinceras las palabras del general.

El cambio que el carácter de aquel hombre habia sufrido, era notable.

Un resto de desconfianza quedaba en el corazon del viejo aristócrata, y quiso poner á prueba la humildad de su antiguo y terrible enemigo.

—Yo acepto gustoso la paz que usted me ofrece, general,—repuso el conde, sin apartar sus ojos de don Pedro,—y me felicito por ello, pues para mí hubiera sido muy doloroso publicar en los periódicos, bajo mi firma, la historia de la infortunada Angela. Comprendo que este paso hubiera sido fatal para usted, pues preciso es confesar que la conducta del esposo de Angela no fué de las mas decentes.

—Señor conde,—añadió el general,—ruego á usted que demos al olvido el pasado.

—Solo lo he traido á la conversacion presente, para demostrar á usted que, en caso de un rompimiento, tengo poderosas armas para defenderme.

—Nunca he desconocido el poder de esas armas,—repuso el general, inclinándose para disimular la rabia que devoraba su pecho,—y por eso rindo las mias y pido la paz.

—Verdaderamente seria muy grave,—volvió á decir el conde, gozándose en la humillacion de su enemigo,—dar publicidad á ciertos hechos, que á usted mas que á nadie conviene que permanezcan en el mayor silencio.

El general hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y tendiendo una mano al conde, añadió:

—Seamos, pues, amigos. Esta es mi mano.

—Y esta la mia, general.

—Olvido del pasado.

—Sí, pero no olvide usted su ofrecimiento del presente.

—Doy á usted mi palabra, y para sellar esta alianza, le autorizo á usted para que se presente el jueves próximo con su protegido en mi casa, pues tengo entendido que mi esposa la marquesa inaugura sus reuniones de confianza.

—No faltaremos.

—Parto, pues, con la seguridad de que me llevo la palabra de un caballero.

—Yo me quedo con la misma seguridad.

Aquellos dos hombres, que se odiaban de muerte, se estrecharon las manos como dos buenos amigos.

—Cuento con el silencio del conde de la Fé,—dijo el general.

—Yo con la palabra del general Lostan,—repuso el conde.

El conde acompañó al general hasta la antesala, en donde por segunda vez se estrecharon las manos.

Cuando el conde entró en su gabinete, Lorenzo salia de la alcoba.

—¿Qué opinas de esta entrevista?—le preguntó.

Lorenzo hizo una mueca, un movimiento de hombros, y dijo:

— Que todas las protestas de fidelidad y alianza que ha hecho el general, me parecen bastante estrañas.

—Tambien á mí me han causado un gran asombro.

—Me atreveria á aconsejarle al señor conde que no diera mucho crédito á la promesa del general.

—He procurado estudiar su fisonomía mientras hablaba, y no he notado nada que me llamara la atencion. ¿Estará el general verdaderamente arrepentido?

—Lo dudo, señor: los hombres como el general, ni se arrepienten ni olvidan los agravios que reciben de sus enemigos. Vivamos alerta.

—Tu advertencia es prudente, y la admito; pero si todo lo que acaba de decirme el general es fingido, te confieso con franqueza que no adivino la causa.

—Eso es precisamente lo que nosotros debemos hacer, averiguar el motivo de su notable cambio de carácter.

—Tal vez el miedo que le inspira el que yo divulgue su secreto.

—Señor, vivamos alerta, y el tiempo hará la luz en este asunto.

—Sí, dices bien, vivamos alerta,—repuso el conde, tomando una actitud meditabunda.

CAPÍTULO VI

PREPARATIVOS

Cuando el general Lostan entró en su carruaje, dejándose caer sobre los almohadones, dijo al cochero:

—A casa.

Y al partir al trote la berlina, se llevó una mano al pecho, y haciendo rechinar con rabia los dientes, murmuró en voz baja:

—¡Ah! ¡todas mis culpas deben haberse redimido con el inmenso sacrificio que acabo de hacer!... ¡qué dicha tan grande!... ¡qué placer tan infinito si hubiera podido estrangularle entre mis manos!... ¡Yo sentia estallar mi corazon, mientras fingia la mas cobarde humildad!... ¡Qué difícil es para ciertos caractéres la hipocresía y el disimulo!...

Dos lágrimas de fuego brotaron de los ojos del general, quemándole, al resbalar por el rostro, la piel de sus mejillas.

La lucha que acababa de mantener consigo mismo, habia sido grande, titánica.

Nada tan doloroso para un hombre enérgico, como aparecer débil y medroso ante un enemigo que odia de muerte y tiene la costumbre de vencer.

—¡Llegará el dia de mi venganza!—repitió el general;—¡sí, llegará aunque tenga que arrastrarme á los piés de ese hombre, que tanto ódio!... Es preciso atraerle hácia mí, inspirarle confianza, conducirle á un sitio donde no pueda escapárseme ni esquivar mis golpes, y entonces... ¡ah, entonces mi satisfaccion, mi gozo será inmenso!...

Una sonrisa terrible entreabrió los trémulos labios del general: era la sonrisa del que se goza de antemano con la venganza que acaricia en su alma, sonrisa infernal que turba la paz del sueño, que agosta la juventud, que mata la felicidad.

El general se hallaba tan preocupado en sus meditaciones, que no se apercibió de que el coche habia entrado en el portal de su casa y parado junto á la escalera.

Santiago, que esperaba con impaciencia á su amo, abrió la portezuela, y entonces el general se apercibió de que estaba en su casa.

El ayuda de cámara comprendió la terrible tempestad que germinaba en la mente de su amo.

Subió detrás de él la escalera sin dirigirle la palabra; llegaron al gabinete; don Pedro arrojó el sombrero sobre una silla, dejóse caer sobre una butaca, y se cubrió el rostro con las manos.

Santiago, de pié, á una distancia respetuosa del general, permaneció inmóvil y mudo como una roca.

Trascurrieron algunos minutos.

Por fin, el general apartó las manos de la cara, y levantó la cabeza para mirar á Santiago.

Estaba pálido, con la frente sudorosa y los ojos enrojecidos.

—He sufrido mucho, Santiago,—dijo por fin el general;—acabo de pasar por la mas grande humillacion de mi vida. Si me hubieras oido, hubieras dicho: «¡este no es el general; yo no le conozco!...»

Aquí hubo una nueva pausa.

Santiago aun no se atrevia á dirigirle la palabra.

De repente, el general levantó los puños cerrados con ademan amenazador, sonrió de un modo estraño, y volvió á decir.

—Toda la ira, toda la cólera, toda la rabia que encierra mi corazon, llegará un dia que la pueda arrojar sobre el rostro del conde de la Fé. Yo te lo prometo... yo te lo juro: he de gozarme en su agonía. Mi venganza no está léjos, y quisiera inventar algun tormento que superara á los antiguos sacrificios que empleaban los francos para calmar la ira de sus terribles dioses.

El general terminó su discurso con un rugido; las arrugas de su alta y despejada frente se marcaron con mas fuerza, y sus ojos despidieron miradas feroces.

—He visto al conde de la Fé,—añadió el general;—me he presentado ante él con gran humildad, como el hombre que, cansado de luchar, se confiesa impotente y

pide la paz: tú me conoces, y puedes calcular lo que habré sufrido. Pero era preciso que le inspirara confianza; de ese modo, le conduciré adonde yo quiero, adonde no pueda escapárseme, y entonces todo habrá concluido para él y para mí.

Santiago se estremeció, adivinando los planes de su amo.

Como Santiago guardaba silencio, el general volvió á decir:

—Tú has sido siempre un leal servidor; me has prestado grandes servicios, y por eso, sin duda, la marquesa te tiene poco afecto. Sé de positivo que el dia que yo faltara te despediria sin miramiento de casa. Para evitar esa injusticia, quiero dejar asegurado tu porvenir.

—Nunca me he ocupado de mi porvenir,—contestó Santiago;—sirvo con lealtad á mi señor, sin ocuparme de otra cosa. El dia que el general necesite mi vida, puede pedírmela con la seguridad de que se la daré sin pronunciar una queja.

—Lo sé, Santiago, lo sé; no tienes que repetírmelo. Aun me puedes prestar grandes servicios, que yo no olvidaré.

Y el general, pasándose la mano por la frente como para renovar sus ideas, repuso:

—Ya comprenderás, pues me conoces, que la humillacion que hoy me he impuesto responde á una causa.

Santiago hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Nunca he tenido secretos para tí: cierra, pues, esa

puerta, porque tenemos que hablar de asuntos muy graves.

El ayuda de cámara obedeció.

El general, despues de una pausa, durante la cual reconcentró su pensamiento, volvió á decir:

—Dos horas despues de mi muerte...

Santiago se estremeció al oir el modo como comenzaba el general.

—Dos horas despues de mi muerte,—volvió á decir don Pedro,—te dirigirás al pueblo de Horche, y entregarás á Daniel un pliego, que te daré á su tiempo para él; tambien te entregaré otro para tí, que no abrirás hasta el dia en que yo deje de existir.

—Pero, señor...

—No me interrumpas, Santiago. Tengo formada una firme resolucion, y nadie me hará desistir de ella. Ten presente los encargos que acabo de indicarte, y pasemos á otro.

Y el general Lostan, suspirando con fuerza como si quisiera quitarse un gran peso del pecho, volvió á decir:

—Es preciso que me busques y alquiles una casa de campo en las cercanías de Madrid, en un sitio que no pueda inspirar sospecha, y si es posible, que se halle situada en medio de un jardin para que se vea libre de las miradas de los curiosos.

Santiago comenzaba á comprender que en la mente de su amo iba germinando la idea de un crímen.

—Recuerdo perfectamente el mal éxito que tuvo nuestro asunto en la Casa Blanca. El doctor Samuel

se libró, tal vez por la soledad del sitio donde se le condujo. En un paraje poco frecuentado, llama la atencion la cosa mas pequeña. Si hay en la Castellana algun chalet, alguna de esas bonitas casas de campo recientemente construidas, alquílala por tres, por seis meses, me es igual.

—Cumpliré las órdenes del señor general,—dijo Santiago.

—Dispondrás una habitacion: el comedor por ejemplo: pienso invitar al conde á que almuerce un dia conmigo, y este dia, yo te prometo que será el mas feliz de mi vida. Ahora véte, déjame solo: nada mas tengo que encargarte; cumple mis órdenes, y no pierdas el tiempo.

Santiago iba á retirarse, cuando el general le detuvo diciendo:

—¡Ah! me olvidaba; espera. Irás á casa de mi agente de negocios: díle que tengo necesidad de verle esta misma noche, pues quiero realizar mañana mismo una cantidad de papel del Estado.

Santiago salió.

El general, despues de dar algunos paseos por la habitacion, volvió á sentarse junto á su mesa de despacho, y dijo cogiendo la pluma:

—Es preciso aprovechar las horas. Antes de abandonar para siempre la tierra de los hombres, debo escribir algunas cartas, para probar á mis hijos que no se ha extinguido en mi corazon el cariño paternal.

Don Pedro meditó un momento, y luego, arrojando la pluma con desaliento sobre la mesa, murmuró en

voz baja, dejando caer la frente sobre las palmas de las manos:

—¡Ah! no, no hay palabras con que escudar mi crímen. La mancha que yo mismo arrojé sobre mi frente, ni aun podrá borrarla el polvo del sepulcro.

CAPÍTULO VII

REVELACIONES

Julio, al retirarse por las noches á su casa, tenia la costumbre antes de acostarse de entrar en la habitacion de su hermana.

La noche que nos ocupa, al entrar Julio en el gabinete de Blanca, la encontró sentada junto á su velador con un libro sobre las rodillas y la mirada tristemente fija en el suelo.

Al ver á su hermano no pudo contener un grito, y dijo:

—Te esperaba con impaciencia, Julio.

—¿Qué ocurre?—preguntó con interés el jóven.

—He pasado la tarde y parte de la noche en casa de Clotilde, y hemos llorado mucho, hermano mio, mucho, porque nos amenaza una nueva desgracia.

Julio se estremeció; guardó silencio algunos segundos,

como si temiera dirigirle la palabra á su hermana. Pero por fin, haciendo un esfuerzo, añadió:

—¿Qué desgracia es esa que me anuncias?

—Tú sabes que el baron de Labra ha solicitado la mano de Clotilde.

—Sí; pero tambien sé que Clotilde rechaza con el mayor desprecio á ese pretendiente. Y en cuanto al general y la marquesa, me consta que no piensan violentar en modo alguno á su hija.

—Estás en un error.

—¿Cómo?

—Debe haber algun misterio, que ni Clotilde ni yo hemos podido esplicarnos.

—Habla por Dios, porque ya supondrás que me devora la impaciencia.

—Ya te he dicho que he pasado la tarde y parte de la noche al lado de Clotilde.

—Sí, sí; continúa.

—Al principio, creí notar que mi amiga estaba mas pálida que de costumbre y que habia en su hermosa mirada una profunda tristeza. Sin embargo, fuí prudente, y nada le pregunté hasta que nos quedamos solas.

—¿Y entonces?...

—Enconces me senté á su lado, la cogí las manos, y despues de besarla en la frente, la dije: «Tú sufres, Clotilde; no me ocultes nada; díme lo que te sucede.» «Sí, sufro; soy muy desgraciada, me contestó: mi padre me ha pedido un favor con las lágrimas en los ojos; dice que de él depende su honra y la mia, y ese

favor, que yo no puedo negarle, despedaza mi corazon, mata mi felicidad, me hace sufrir mucho.»

—Y al decirme esto, Clotilde se arrojó en mis brazos; prorumpiendo en un amargo lloro. Su cuerpo de vez en cuando sufria vivos estremecimientos, y su virginal pecho se agitaba, impulsado sin duda por los latidos de su corazon. Yo me afanaba por tranquilizarla con mis caricias y con mis palabras, y pude por fin lograr que me revelara la causa de su pena.

—¿Y qué te dijo?—volvió á preguntar Julio con vivo interés.

—El general le ha exigido á su hija que reciba con algun interés y marcada deferencia al baron de Labra.

—¡Oh! pero ella habrá rechazado esa exigencia.

—Ya te he dicho, hermano mio, que segun el general, dependia su honra de la conducta que empleara su hija.

—¿Y Clotilde ha ofrecido?...

—Obedecer á su padre.

Julio dejó caer la frente sobre el pecho.

Parecia que la última palabra de su hermana habia sido su sentencia de muerte.

Blanca fijó su dulce mirada en Julio; y agitando con triste expresion la cabeza, repuso:

—¿Qué podia hacer Clotilde sino acceder á las súplicas de su padre? Pero tranquilízate, Julio; Clotilde no ama á Ernesto, y es muy difícil que se realize semejante enlace.

—Sí, ella no le ama, lo sé positivamente, porque

es incapaz de mentir. Pero si no tiene valor para resistir las súplicas de su padre, llegará un dia en que sacrificarán su voluntad ó sus aspiraciones, á un enlace de conveniencia.

—No espero que llegue nunca ese dia.

—¿Qué motivo tienes para afirmar lo que dices?

—El general solo ha suplicado á su hija, que finja al baron de Labra por algunos dias cierta deferencia.

—Sí, pero mañana le suplicará que acepte su mano. Créeme, hermana mia; este no es mas que un recurso ingenioso, empleado para conmover el sensible corazon de Clotilde.

Y Julio, haciendo un gesto expresivo, en que podia adivinarse la mayor desesperacion, añadió:

—Así es el mundo, así es la sociedad: raza de pigmeos, dispuesta siempre á rendir adoracion al becerro de oro. El general y la marquesa saben que Ernesto es un canalla, que lo ha sido siempre, que lo será toda su vida. No se pierden las malas mañas que se han alimentado dentro de nuestro sér, creciendo con nuestro cuerpo hasta los treinta años. Pero Ernesto tiene un tio inmensamente rico, de quien es heredero; llevará en dote algunos millones de reales, y esto es muy bastante para que lo olviden todo y se arriesguen á sacrificar su hija.

Y Julio, irguiendo la frente como si tomara en aquel instante una resolucion atrevida, añadió:

—Pero yo me opondré á esa venta infame; y si perezco en la demanda, habré demostrado á Clotilde que no soy un hombre desagradecido.

—¿Qué es lo que intentas?—preguntó Blanca, en cuyos ojos se pintaban el asombro y el temor.

—No te sobresaltes antes de tiempo.

—Es que yo tengo derecho á saber hasta el último de tus pensamientos.

—Sí, es verdad, puesto que desde niños nos los hemos comunicado.

—Díme, pues, lo que intentas.

—Sospecho que se trata de sacrificar á Clotilde. Hoy, con el pretexto de una cuestion de honra, le suplican que reciba con amabilidad y agrado al baron de Labra. El baron irá todas las noches á verla. Durante estas frecuentes visitas, procurará ir conquistándose poco á poco las simpatías de Clotilde, y mas tarde sus padres haciéndole comprender la ventaja de este enlace, acabarán tal vez por convencerla de que la conviene ser la esposa de Ernesto.

—¡Ah, hermano mio! los celos te ciegan: Clotilde no amará nunca á Ernesto, y no espero que su padre violente jamás su voluntad.

—Entonces, ¿cómo me explicas las exigencias del general y de la marquesa?

—Es un misterio, que Clotilde no puede descifrar.

—Todo esto me augura grandes desgracias para nosotros. ¡Dices que Clotilde no ama al baron, que no le amará nunca!

—Le aborrece con todo su corazon.

—Pues si el baron es un obstáculo para su felicidad, el deber, el agradecimiento, me aconsejan que rompa ese obstáculo.

—Julio, yo te suplico por el cariño que nos profesamos, por el purísimo amor que te inspira Clotilde, que no cometas una imprudencia, porque tal vez ella aumentaria las lágrimas de Clotilde en vez de enjugarlas. Esperemos algunos dias; tranquiliza tu espíritu, y fia en la promesa del general Lostan: dejemos pasar el tiempo, hasta que nuevos acontecimientos nos aconsejen lo que debemos hacer.

—¿Tú olvidas, hermana mia, que una hora perdida puede costar la felicidad? ¿que en el camino de la vida no puede retrocederse lo andado? ¿que sólo suenan una vez para la criatura los minutos en el reloj de la existencia? Si Clotilde aborrece á Ernesto, ¿por qué he de consentir yo que se violente, fingiendo una simpatía que está muy léjos de sentir?

—Porque así lo aconseja la prudencia y el respeto que nos merece el general Lostan.

—Es que yo dudo de ese hombre, Blanca,—exclamó Julio con acento desesperado;—recuerda al pobre Daniel, al hombre que tanto amas y cuyo corazon noble y generoso no tiene igual. Pues bien; Daniel llegó un dia á las puertas de casa de su padre á pedirle un poco de proteccion, y su padre, cometiendo un rasgo de inexplicable crueldad, le arrojó de su casa, cuando le deberia haber abierto los brazos para recibirle en ellos.

—¡Oh! silencio, Julio, silencio,—repuso Blanca con espanto, y extendiendo las manos hácia Julio como si quisiera taparle la boca:—en el fondo de nuestros corazones descansa y debe descansar eternamente un secreto, que las circunstancias desgraciadas de una fami-

lia nos han depositado. Tus labios no deben pronunciar ni una palabra, ni una sola, que pueda hacer sospechar á los estraños ni remotamente este secreto. El general ha suplicado á su hija que finja algunos dias, que no rechace las galanterías de Ernesto, y aunque este fingimiento despedazará el corazon de Clotilde, una buena hija debe aceptar este sacrificio. ¿Seremos, pues, nosotros menos fuertes, menos condescendientes que nuestra amiga? No, Julio, no.

Julio, no sintiéndose con fuerzas para mantener una lucha de palabras con su hermana, guardó silencio.

Blanca le contempló con triste expresion, y cogiéndole luego una mano, que acarició entre las suyas, repuso de este modo:

—Yo tambien, como tú, hermano mio, paso largas y dolorosas horas de inquietud y de penosa melancolía. Yo tambien, como tú, siento en el fondo de mi alma crecer y ensancharse una pasion que llena por completo mi sér. Dificultades inmensas veo para realizarla; tal vez mi amor no sea nunca mas que un sueño dorado de la juventud; pero este sueño permanecerá siempre puro, y hoy mas que nunca, porque sé que Daniel es desgraciado.

Blanca se detuvo, exhaló un suspiro, y sin apartar la dolorosa mirada del rostro de su hermano, volvió á decir:

—Tú sabes que yo, pobre muchacha sin mas porvenir que el que pueda proporcionarme mi honradez y los desvelos de mi hermano, he tenido la fortuna de que fijara en mí su atencion un hombre rico, noble, gene-

roso, un hombre de esos privilegiados que se conquistan las simpatías de todos cuantos le tratan, y sin embargo, he tenido bastante valor y bastante franqueza para rechazar sus ofrecimientos. Pero el duque de San Plácido, hombre superior y distinguido, en vez de ofenderse conmigo, como hubiera hecho una organizacion vulgar, se ha admirado de mi conducta, y su única ambicion consiste en la dicha de llamarse mi hermano.

—Sí, tu conducta ha sido noble, poco comun, y el duque de San Plácido no podia menos de admirarla. El corazon me dice que Dios no puede dejar sin recompensa á un alma que, como la tuya, está dispuesta á caminar al martirio con la sonrisa en los labios. Pero mi felicidad es casi imposible sobre la tierra; seria en mí un atrevimiento incalificable el solicitar la mano de la mujer que amo.

—¡Quién sabe! Espera y confia: Clotilde sabe tu pasion.

—Eso mismo es causa de mi desesperacion; eso me obliga á frecuentar menos su casa, porque si ella me creyera capaz de miras interesadas...

—Calla, Julio, calla, y no ofendas á la hermana de mi corazon. Pero es muy tarde, estás agitado, y es conveniente que busques en el reposo la calma de tu espíritu. Dios no olvida á los buenos; Dios no puede olvidarnos á nosotros.

Y Blanca, acercando la frente para que la besara Julio, añadió:

—Buenas noches, hermano mio.

CAPITULO VIII

LOS TRES AMORES

El conde de la Fé habia meditado largas horas sobre la conducta del general Lostan.

No podia acostumbrarse á creer verdaderas sus protestas de conciliacion y sus actos de humildad.

Pero, por otra parte, conocia hacia muchos años al general Lostan, y sabia que el fingimiento, el disimulo y la hipocresía, esas tres hermanas que se anidan en las almas bastardas, no habian sido nunca patrimonio de su enemigo.

La conducta que habia observado el general Lostan despues de recibir la insultante carta del conde de la Fé era para este inesplicable. Esperaba verle rugir como un leon, y le encontró suspirando como un corzo moribundo.

Esta conducta, como hemos dicho, no tenia esplicacion para el conde de la Fé.

El viejo aristócrata era algo filósofo, conocia el mundo, y no ignoraba que hay momentos tan sublimes en la vida, sacudimientos tan poderosos, que hacen cambiar por completo la organizacion moral de los indivíduos.

—Tal vez el general,—se decia,—se ha cansado de mantener conmigo una lucha, convencido de que yo siempre llevaria la mejor parte. Desde el momento que yo rechacé el batirme con él con las armas en la mano, él comprendió que estaba vencido. Los años enfrian las pasiones y templan el brío, y deseando salvar su reputacion, creyendo amenazada la honradez de que disfrutan hoy sus canas, ha venido á rendirme su bandera, pidiéndome tregua y alianza.

Esto pensaba el conde, pero no tardaba mucho en rechazar este pensamiento, pareciéndole inverosímil.

Astuto, receloso, desconfiado, con un corazon frio y un semblante impasible, se resolvió á esperar prevenido los acontecimientos, sin fiar mucho en las protestas del general.

A las altas horas de la noche, la fatiga le rindió y se entregó al sueño.

Al dia siguiente, cuando tiró del llamador de la campanilla, cuando su ayuda de cámara se presentó en su dormitorio para vestirle, la primera idea que cruzó por la mente del conde de la Fé, fué el general Lostan, eterna pesadilla que le perseguia desde aquella noche fatal que en la modesta casa de campo de Villaverde supo la infamia de Margarita.

Apenas el conde se habia vestido, cuando empeza-

ba á tomar la taza de té que era su desayuno, le anunciaron que deseaba verle el baron de Labra.

El conde le recibió en su mismo dormitorio, como una persona de confianza.

—Dispense usted, señor conde, á un enamorado, que se toma la libertad de molestar á sus amigos tan temprano; pero estaba impaciente por saber el resultado de la misiva que escribió usted al general Lostan.

—El resultado, querido Ernesto, es todo lo satisfactorio que pudiéramos desear.

—¿De veras?

—Doy á usted la mas cordial enhorabuena.

—De manera que...

—Puede usted encargar á un agente que corra las diligencias y saque todos los documentos necesarios para el hombre que se casa.

—Confieso, señor conde, que esas palabras devuelven el alma á mi cuerpo.

—¿Tan poca confianza tenia usted de que saliéramos bien de nuestra empresa?

—No tenia ninguna; lo declaro con ingenuidad.

—Amigo mio, ese temor deberia ofenderme, y perdone usted la inmodestia; cuando se tiene un padrino como el conde de la Fé, no debe desconfiarse.

—Pido á usted mil perdones por mi desconfianza; y ahora le ruego que me diga qué hay de nuevo.

—El general Lostan estuvo ayer tarde á visitarme.

—¿Hecho una furia por supuesto?

—Al contrario, humilde como un corderillo.

—¡El general!...

—Veo que le estraña á usted la metamórfosis que ha sufrido mi antiguo amigo. Pero ya he dicho á usted en otra ocasion, que tengo un talisman al que no resiste el general.

—¿De manera, que me concede la mano de su hija? —preguntó, sin poder contener el gozo, Ernesto.

—Poco á poco, amigo mio. El general le acepta á usted por yerno; pondrá de su parte todo cuanto puede poner un padre; podemos contar tambien con el apoyo de la marquesa del Radio: usted visitará desde hoy á Clotilde, en cuya casa será perfectamente recibido; pero es preciso que por su parte, el baron de Labra procure llegar poco á poco hasta el corazon de la mujer que ama.

—Algo se ha conseguido con amansar la bravura de un general y una marquesa, que comenzaban á mostrarse hostiles á mi persona. ¿Pero cree usted, señor conde, que á pesar de todo eso podré adquirirme las simpatías y el amor de Clotilde?

—Tenemos en nuestro abono, para conseguir lo que nosotros nos hemos propuesto, el apoyo de los padres y la circunstancia de hallarse la muchacha, como vulgarmente se dice, sin compromiso. El amor toma varias fases en el corazon de la criatura. Unos se enamoran perdidamente desde el instante en que se ven: otros, por el contrario, comienzan por ser antipáticos, y con el trato y el estudio detenido de los caractéres, se disipa poco á poco el mal efecto del primer instante, y acaban por amarse con locura. Hay otros que comienzan por ser amigos; la conversacion amena, las buenas maneras, la

finura, la costumbre de verse, hacen que nazcan en el fondo del alma las simpatías, y estas simpatías dan por fruto al poco tiempo el amor; tal vez el mas sólido, el mas duradero de todos.

—Escucho á usted con el mayor interés; pero no encontrándome en el caso de los primeros, es decir, de los que se enamoran perdidamente á la primera mirada, y tal vez siendo el vivo retrato de los segundos, es decir, de los que se odian desde el mismo instante en que se ven, temo me cueste mucho trabajo destruir el mal efecto que desde el primer momento le causé á Clotilde.

—No digo yo, querido baron,—añadió sonriéndose el conde,—que Clotilde llegue hasta el punto de enamorarse de usted, como Safo de Faon, arrojándose luego desde el promontorio de Leucades al mar; porque hoy afortunadamente no menudean las Safos, y las mujeres, cuando les conviene el hombre que pide su mano, llegan resignadas al pié del altar, donde le dan el dulce sí, aunque no le amen ni piensen amarle nunca. Por lo tanto, despues de calcular usted friamente en el caso que se encuentra de los tres amores que le he descrito, creo que debe ir poco á poco conquistándose las simpatías de Clotilde, sin perder nunca la confianza, porque el hombre que es jóven y puede llevar un dote como el que usted llevará, no debe nunca esperar que rechacen su mano.

—No deja de inspirarme alguna esperanza la confianza que usted siente, señor conde, y desde ahora le aseguro que pondré de mi parte todo cuanto pueda

para interesar en favor mio el corazon de Clotilde; pero seré franco: mas que en mis fuerzas, confio en la influencia de usted, á quien veo dispuesto á protegerme.

—¡Oh! en cuanto á eso, no tenga usted la menor duda: pondré de mi parte todo lo que pueda, y creo que llegará usted á realizar sus deseos.

—Nunca agradeceré ni podré pagar bastante los favores que me concede.

—¡Bah! sea usted feliz en los brazos de la señora de sus pensamientos, y asunto concluido; cuando el hombre llega á viejo, cuando la fiebre del amor ya no abrasa su corazon, entonces le quedan otros placeres que apurar, y se dedica á proteger á los enamorados.

Y el conde se rió con la mejor buena fé del mundo.

Ernesto aceptaba la proteccion del conde, porque la creia poderosa para lograr sus deseos; pero esta proteccion recibida de parte de un hombre tan escéptico, le hacia sospechar que fuese interesada.

Recordaba que en otro tiempo le habia dicho: «Es preciso inspirar celos á mi ahijado Daniel, y cuente usted con una cantidad mensual.»

¿Por qué queria entonces inspirarle celos á Daniel? ¿por qué tenia empeño en que se casara luego con Clotilde? ¿por qué, trascurrido algun tiempo, le brindaba su proteccion para que él consiguiera la mano de la hija del general Lostan?

Todas estas preguntas se dirigia Ernesto y no podia contestarse, si bien sospechaba que habia algun secreto.

Hombre poco escrupuloso el baron de Labra, se de-

jaba proteger sin preocuparse mucho de la causa de aquella proteccion, pues lo que él deseaba era casarse con Clotilde, asegurando por este medio una posicion independiente, que le librara de la tutela y los caprichos de su tio.

Por otra parte, aunque Ernesto hubiera sabido que la proteccion que le prestaba el conde envolvia una idea tan infame como egoista, la hubiera aceptado; porque, ya lo hemos dicho varias veces, el baron tenia pocos escrúpulos de conciencia.

—Puesto que usted lo desea,—añadió Ernesto, reanudando la conversacion,—desde hoy mismo emprenderé con valor la conquista de esa esquiva deidad; pero yo ruego al señor conde que no lo deje todo á mis fuerzas y que me ayude en tan difícil empresa.

—Está mi amor propio interesado en que sea usted el esposo de la hija del general Lostan.

—Es que la cosa urge, porque temo que á mi tio, que hoy solo tiene pasion por sus pipas, se le ocurra el dia menos pensado enamorarse de alguna belleza femenina, y esto seria para mí un golpe fatal.

—Querido Ernesto, he comprendido desde el primer dia que esos temores que le inquietan, avivaban el deseo en usted de contraer pronto un matrimonio ventajoso. Le agradezco que me hable usted con franqueza, porque de esa manera los asuntos marchan con mas desahogo.

Aquí llegaba la conversacion del conde de la Fé y Ernesto, cuando el ayuda de cámara del primero entró, presentándole una carta.

El conde rompió el sobre, y despues de fijar los ojos en la carta, dijo sonriéndose:

—¡Ah! veo que el general sabe cumplir sus palabras. Me indica en esta carta que mañana jueves se inauguran en su casa las reuniones de confianza, de diez á una de la noche. Oiga usted el último párrafo, porque indudablemente le interesa.

Y el conde leyó en voz alta lo que sigue:

«He mandado tambien una invitacion á mi antiguo amigo don Joaquin de Labra, indicándole que tendremos en mi casa un placer todos de verle acompañado de su sobrino.»

Y el conde, fijando una mirada en Ernesto, repuso:

—¿Qué opina usted de este párrafo, amigo mio?

—Que la influencia de usted es tan poderosa, que ya me considero yerno del ilustre general Lostan.

—Valor pues, y á conquistar el corazon de su hija.

—Estoy interesado en conseguir esa victoria, que es para mí una cuestion de amor propio.

—Y de conveniencia, ¿no es verdad?—añadió el conde sonriéndose.

—De todo hay en la viña del Señor.

Y el conde de la Fé y Ernesto soltaron una carcajada intempestiva.

LIBRO NOVENO

UN GOLPE DE EFECTO

CAPITULO PRIMERO

DONDE VENTURA SABE POR QUÉ QUIERE CASARSE SU AMO

El dinero da á los hombres cierta fuerza moral, cierta gravedad, que con frecuencia les hace cambiar de carácter.

Entre los refranes, que no todos pueden llamarse verdaderos, hay uno muy popular que dice: «genio y figura hasta la sepultura.»

Este refran es tal vez, entre todos los refranes, el que se halla sujeto á mas escepciones, puesto que el hombre, á manera que cambia de posicion cambia de carácter, y no es estraño encontrar un hombre eminentemente conservador, amigo del órden, que diez años antes tenia fama de anarquista, de demagogo, de exaltado.

Y esto es, sin duda, porque las cosas se ven de distinto modo desde arriba que desde abajo.

Por eso tal vez Ventura ó Gorrion, pues con los dos

nombres le conocen nuestros lectores, gracias á la pequeña fortuna que el negocio llevado á cabo en comandita con el señor Ruiz le habia proporcionado, y á su nuevo empleo de ayuda de cámara del baron de Labra, habia cambiado notablemente.

Gorrion ya no era aquel «gatera» de Madrid, que lo mismo servia para un barrido que para un fregado: se habia vuelto mas grave de carácter y mas pulcro en el vestir. Se habia desarrollado la ambicion en su alma, y soñaba en la realizacion de un porvenir que le librara de las impertinencias de su amo y de la esclavitud moral que el criado contrata con aquel que le da un sueldo al mes.

Gorrion se hallaba en la habitacion que servia de antesala al gabinete de su amo, fumando un cigarrillo de papel y dándole vueltas á su cerebro, como el hombre que se ocupa en la solucion de un difícil problema.

La ambicion, ese juego interno que en algunos hombres solo se estingue en las puertas del sepulcro, daba muy malos ratos á Ventura.

Poseedor nuestro hombre de un capital de seis á siete mil duros en papel del Estado, siempre que se hallaba solo se ocupaba en pensar por qué medio podria doblar su fortuna.

Su amo, que se presentó en este momento en la antesala, le indicó, sin saberlo, el medio de hacer un gran negocio.

Veamos cómo.

—Buenas tardes, Ventura,—dijo Ernesto, arrojando el gaban y el sombrero sobre un sofá.

—¿Quiere usted que se le sirva el almuerzo, señorito?

—No, porque he almorzado en casa del conde de la Fé.

—¿Sabe usted, señorito, que noto en su fisonomía cierta animacion, que me indica que está usted muy contento?

—Eres un gran fisonomista, Ventura, un segundo La Bruyere; mi asunto marcha viento en popa. Entra, voy á mudarme este traje, porque quiero dar un paseo por la Castellana.

Ernesto entró en su gabinete seguido de Gorrion.

El baron se dejó caer en una butaca con la indolencia del hombre satisfecho, y encendiendo un tabaco, dió otro á su criado, á quien trataba con la mayor confianza, y repuso:

—Pues sí, querido Ventura; mi asunto, como te he dicho, marcha viento en popa. El conde de la Fé, cuya poderosa influencia es preciso reconocer, se ha puesto decididamente de mi parte, y ha logrado convencer al general Lostan y á la marquesa del Radio á que me concedan la mano de su hija.

—¡Hola, hola!... Entonces, es decir que tendremos boda muy pronto.

—Espero entrar en el gremio de los casados antes de treinta dias.

—¿Tan pronto?

—¡Oh, cuanto mas pronto mejor!

—¿Y no le arredra á usted perder la libertad de soltero?

—¡La libertad!... ¡Crees tú que la pierde nunca un hombre de mis condiciones, aunque se case cien veces?

—Tambien eso es cierto.

—¡Bah! yo no concibo esos maridos que abdican todos sus derechos al pié de un sacerdote, convirtiéndose en esclavos de aquella á quien dan su nombre. Yo seré siempre libre, independiente; en mi casa no habrá otra voluntad que la mia, y este problema que á muchos parece difícil, espero resolverlo con facilidad, educando á mi mujer para que la cruz del matrimonio me sea lo menos pesada posible.

—Sin embargo, señorito, ¡es tan agradable la vida del soltero!

—¿Crees tú que yo me casaria, si no fuera una necesidad para mí en estas circunstancias el matrimonio?

—¡Una necesidad!—repitió Ventura con cierta admiracion.

—Y tan grande, que no me queda otro recurso que doblar ante ella mi indomable independencia.

—Confieso, señorito, que no entiendo una palabra de todo lo que usted dice. ¿Qué necesidad tiene usted de casarse teniendo un tio tan rico como don Joaquin?

—Pues precisamente por eso deseo tomar estado cuanto antes,—contestó sonriéndose Ernesto.

—Francamente, señorito, ahora lo entiendo menos.

—Te creia mas listo, querido Ventura.

—Confieso que en esta ocasion soy un zoquete; porque yo, con un tio como el que usted tiene, cuya fortuna tarde ó temprano ha de caer en manos de

su sobrino, no me hubiera ocurrido nunca casarme.

—Y con tu afan de permanecer soltero cometerias una solemne necedad; porque pudiera suceder muy fácilmente, que ese tio rico, cariñoso y dispuesto á nombrarte su heredero universal, que ese tio que durante cincuenta años ha vivido abrazado al celibato como el náufrago á la tabla salvadora, tropezara un dia con una de esas mujeres irresistibles, que nos aturden, que nos fascinan, que se apoderan de nuestra voluntad, y que de la noche á la mañana se le ocurriera lo que no se le habia ocurrido nunca, es decir, casarse.

—¡Ah!

—Veo que vas comprendiendo. Figurémonos, pues, que mi tio, á pesar de sus cincuenta y pico de navidades, encuentra esa mujer y se casa, y figurémonos algo mas, que llega á tener fruto de bendicion, y entonces...

—Adios los millones del tio y adios hermosos sueños.

—Pero, por el contrario, yo me caso antes que mi tio con una mujer que me lleve tres ó cuatro millones en dote; por ejemplo, la hija del general Lostan: á este dote añade mi bondadoso pariente doscientos, trescientos ó cuatrocientos mil duros, y héteme aquí con una fortuna de algunos millones, libre, independiente, y sin temer las eventualidades de que la funesta casualidad presente una moderna Cleopatra delante de mi tio.

—Veo, señorito, que es usted hombre previsor, y apruebo en todas sus partes ese casamiento.

Y en los labios de Gorrion brilló una sonrisa ma-

ligna, en la que podria verse toda la alegría que rebosaba en su alma.

Inocentemente su amo acababa de indicarle el modo de aumentar su fortuna. Solo consistia en una cosa, solo tropezaba con una dificultad: encontrar la moderna Cleopatra, y probar si don Joaquin era tan sensible á los encantos de la belleza y á las seducciones del amor, como lo fué Marco Antonio, el triunviro romano.

—Ya ves, querido Ventura,—añadió Ernesto,—que yo no debo cometer la imprudencia de perder el tiempo, hoy que está mi tio dispuesto á protegerme y á darme un buen dote el dia de mi casamiento.

—Sí, sí, dice usted bien,—repuso Ventura distraido; —es preciso aprovechar el tiempo.

—Trae mi traje de montar, y avisa que ensillen mi caballo. Esta tarde Clotilde irá á la Castellana, y quiero verla.

Ventura salió de la habitacion, volviendo á los pocos instantes, y comenzó á vestir á su amo.

—¿Sabe usted, señorito,—dijo despues de una pausa,—que el plan que usted ha combinado es admirable?

—¿Confiesas que debo casarme?—contestó Ernesto, arreglándose la corbata delante del espejo.

—¡Quién lo duda! Este casamiento es para usted de la mayor importancia, porque sin quitarle el que mañana sea usted el heredero universal de don Joaquin, le pone á cubierto de todo cuanto pudiera suceder.

—Tú sabes, querido Ventura, pues nunca he teni-

do secretos para tí, que cuando recibimos la tan grata como inesperada carta de mi tio, yo no tenia una peseta y me hallaba agobiado por mis acreedores. Volver á aquella situacion me horroriza; antes preferiria levantarme la tapa de los sesos. El matrimonio es para mí un seguro contra la miseria. Cierro, pues, los ojos, y me caso.

—Hace usted bien, perfectamente bien, señorito. Pero se me ocurre una duda.

—¿Qué?

—¿Accederá á ese casamiento la señorita Clotilde?

—Supongo que sí, porque es lo que entre nuestra clase se llama un casamiento de conveniencia, y como yo no le pido amor, sino su mano...

—¡Ah! pues entonces...

—Pues es claro,—añadió Ernesto riéndose.

Aquí llegaba la conversacion de nuestros dos personajes, cuando se oyó la voz de don Joaquin en la antesala, que decia:

—Querido sobrino, ¿estás visible?

—Adelante, adelante,—respondió Ernesto, saliendo al encuentro de su tio.

—Veo que te dispones á salir de casa.

—Sí, voy á dar un paseo á caballo.

—Bien, bien, por mí no te detengas. Ya sabes que á mí me gusta que todo el mundo disfrute de omnímoda libertad.

—Porque es usted el mejor y mas condescendiente de los tios.

—¿Supongo que tus asuntos con la marquesita del Radio irán bien?

—Segun el conde de la Fé, marchan admirablemente. Pero ¿por qué me dirige usted esa pregunta, querido tio?

—Porque yo creia que tus amores con la encantadora Clotilde estaban un poco torcidos, cuando hace poco he recibido una carta del general Lostan que me demuestra lo contrario, por lo que te doy la mas cordial enhorabuena.

—¿En esa carta se le invita á usted para que concurra á sus reuniones de confianza?

—Sí, y me suplica que te lleve á tí. Pero ¿cómo sabes?...

—Porque el general ha escrito otra al conde de la Fé, en la que le dice que ha tenido el honor de invitarle á usted.

—¿Ya sabrás que mañana se inauguran esas reuniones?...

—Espero que iremos juntos.

—¡Quién lo duda!...

—¡Ah, querido tio!—esclamó Ernesto abrazándole, —¡qué feliz es el hombre que puede llamarle á usted su padre y ve en perspectiva una esposa como la encantadora Clotilde!

—¡Oh! sí; la juventud es muy feliz, porque tiene la fortuna de verse halagada por sus sueños de color de rosa. Pero anda, hijo mio, anda, no quiero entretenerte. ¿Supongo que vendrás á comer conmigo?

—Sin falta, querido tio.

—Yo te lo agradeceré muy de veras, porque me aburre comer solo.

Ernesto abrazó á su tio, y salió del gabinete seguido de Ventura.

CAPITULO II

LA LOSA MORTUORIA

El duque de San Plácido cumplió su palabra á Clotilde, es decir, partió de Madrid al dia siguiente, y llegó á Horche, no con poca sorpresa de Daniel, que al verle entrar en la modesta sala donde un año antes habia muerto su madre, esclamó:

—¡Cómo! ¿usted aquí, señor duque?...

—Sí, amigo mio, yo aquí,—contestó el duque, estrechando la mano de Daniel, que avergonzándose de su pobreza ante un huésped tan distinguido, repuso:

—Mucha honra es para mí dar hospedaje al duque de San Plácido, aunque desde ahora ofrezco tratarle con una modestia casi miserable.

—Yo vengo á buscar al amigo, al hombre admirable que, castigándose con harta crueldad con un destierro voluntario, viene á refugiarse á este pobre rincon del mundo, dando el mayor ejemplo de generosidad y desprendimiento que se conoce.

Y como Daniel le mirara con cierta estrañeza, el duque continuó sonriéndose:

—Conozco que le admiran á usted mis palabras; pero por ellas debe usted comprender que no me es desconocida su generosa abnegacion: Clotilde me lo ha referido todo.

—¡Clotilde!...—repitió Daniel, cada vez mas admirado.

—Creo que usted no dudará ni un momento de que yo soy bastante honrado para guardar en el fondo de mi corazon un secreto que se me confie...

Daniel inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues bien, amigo mio; despues de esto,—añadió el duque,—voy á decirle la causa de mi viaje á Horche.

Y el duque comenzó á referir detalladamente todo lo que ya conocen nuestros lectores, es decir, su declaracion amorosa á Blanca, la respuesta negativa de la jóven, y la conferencia que habia tenido con Clotilde, en la cual le hizo tan importantes revelaciones.

Daniel escuchó en silencio el largo y detenido relato del duque, que nosotros hemos reducido á dos palabras por no molestar á nuestros lectores con enojosas repeticiones.

El rasgo de Blanca le pareció sublime; pero él no podia aun dominar las impresiones de su corazon.

Cuando el duque terminó, estas palabras pronunciadas con cierta vehemencia se escaparon de los labios de Daniel:

—Siempre he creido que Blanca era un ángel de la tierra. ¡Dichoso el hombre que logre hacer feliz á una criatura tan angelical!

—Pues bien, amigo mio; á usted puede caber esa dicha.

—¡A mí!—contestó Daniel, haciendo un movimiento bastante significativo con los hombros.—Hay dos razones para que yo no pueda afianzar la felicidad de una mujer: la primera, es que mi corazon se halla herido de muerte; la segunda, que soy muy pobre, señor duque.

—Creo, amigo mio, que exagera usted su situacion. Me atreveré á decir mas; creo que hace usted una ofensa á su bondadosa hermana Clotilde. Y ahora le ruego no se ofenda conmigo, si empleo al dirigirle la palabra cierta franqueza. Blanca, al rechazar mi mano con tanta delicadeza, me ha demostrado que hay en la tierra almas virtuosas y puras que no se doblegan ante los halagos del oro y la fortuna. Yo en vez de enojarme por su conducta, me proclamo de «motu proprio» su protector, y ayudo los deseos de Clotilde. Blanca le ama á usted con todo su corazon, y usted acabará indudablemente por amarla. El amor de esa bellísima criatura será el bálsamo que cicatrice las heridas del corazon de usted. En cuanto á la fortuna, debe usted tener presente, que siendo Clotilde rica, no consentirá nunca que su hermano sea pobre. Por otra parte, Blanca me ha dado el dulce nombre de hermano, y deber es mio ocuparme de su dote cuando llegue el dia de su casamiento.

—Veo, señor duque,—añadió Daniel sonriéndose

tristemente,—que da usted por hecho un enlace que yo creo muy lejano.

—Sí, conozco que es preciso dar tiempo al tiempo. Usted ha sufrido mucho, y necesita buscar consejo en la soledad y la calma; pero yo, para conseguir mi objeto, para premiar la virtud de una mujer incomparable, cuento con un aliado poderoso: con Clotilde.

—Sí, Clotilde me escribe diariamente, me habla siempre de su amiga, me dice que regrese á Madrid; pero eso es imposible. Que sea ella feliz, que disfrute de todos los derechos que, segun ella, me pertenecen; yo nada ambiciono sino vivir en este solitario albergue, y visitar todas las tardes la tumba de mi madre.

—Sin embargo, preciso es que usted confiese, amigo Daniel, que esa existencia para un jóven que acaba de cumplir veintidos años, se hará con el tiempo monótona, insufrible.

—Entonces, señor duque, cuando llegue ese dia, ya procuraré buscar el medio de aburrirme menos. Hoy puede usted creerme, nada me complace tanto como la soledad.

En este momento se presentó en la habitacion el doctor Samuel.

Al ver un desconocido hablando con Daniel, hizo un movimiento de asombro.

Daniel se sonrió y dijo:

—Mi querido doctor, tengo el gusto de presentar á usted al duque de San Plácido, que ha venido á visitar á este pobre desterrado. Es un bueno y leal amigo, á quien siempre he debido grandes deferencias.

Y luego, dirigiéndose á Alvaro, añadió:

—El doctor Samuel, á quien llamo con orgullo mi verdadero padre.

—El nombre de usted, señor doctor, no me es desconocido, y le he oido pronunciar siempre con respeto. Aprovecho, pues, esta ocasion para ofrecerle mi amistad y todo cuanto valgo.

Samuel y el duque se estrecharon la mano cordialmente.

Daniel, dirigiendo la mirada á un antiguo péndulo que habia colgado de una de las paredes de la habitacion, añadió:

—Acaban de dar las cinco de la tarde, y esta es la hora en que el doctor y yo tenemos por costumbre ir á visitar la tumba de mi madre. Yo supongo que el señor duque no tendrá inconveniente en acompañarnos.

—Ninguno, amigo mio.

. . . . . .

. . . . . .

Media hora despues, Daniel, el duque de San Plácido y el doctor Samuel, se hallaban en el modesto cementerio de Horche.

Al pié de un hermoso cedro de odora, se veia una lápida negra de mármol de Bélgica.

Las ramas del cedro, con su perenne verdor, prestaban su sombra bienhechora á aquella tumba.

Sobre el mármol negro se veia escrita esta inscripcion en letras de oro:

AQUÍ DESCANSAN LOS RESTOS DE UNA MÁRTIR.
SU ALMA ESTÁ EN EL CIELO.

Y mas abajo, en lo último de la lápida, escrito con una letra infinitamente pequeña, se leia este nombre: «Daniel.»

Daniel se arrodilló junto á aquella fúnebre losa, y permaneció algunos momentos inmóvil.

El doctor Samuel y el duque, de pié á su lado, guardaban silencio.

El sol comenzaba á hundirse detrás de la cerca del cementerio.

La noche avanzaba rápidamente.

Entonces el doctor Samuel colocó cariñosamente una mano sobre el hombro del jóven, y le dijo:

—Ya es tarde, hijo mio: regresemos al pueblo.

Daniel se levantó, y los tres amigos se encaminaron hácia Horche sin pronunciar una palabra.

Al dia siguiente, el duque de San Plácido abandonó el pueblo, comprendiendo que aun no habia llegado la hora de convencer á aquel alma destrozada por el dolor.

—Él se cansará al fin de esa soledad que se ha impuesto. La juventud es poco consecuente en sus grandes aflicciones. Demos tiempo al tiempo.

CAPÍTULO III

UNA VISITA INESPERADA

Habian trascurrido cinco dias desde aquel en que el duque de San Plácido abandonó á Horche, cuando una tarde se detuvo un carruaje, tirado por dos poderosas yeguas normandas, delante de la modesta puerta de la casa de Angela.

Mónica, que oyó el ruido del coche, salió llena de curiosidad á la puerta, á tiempo que dos jóvenes elegantemente vestidas bajaban de él.

Grande fué el asombro de la señora Mónica al ver que aquellas señoritas le dirigian la palabra, preguntándole por Daniel.

—¡Ah! ¿vienen ustedes á buscar al señorito Daniel? Pues está en la huerta; allí se pasa las horas lee que te lee; pero voy á decirle...

—No, no le moleste usted; nosotras iremos á bus-

carle. Tenga usted la bondad de indicarnos por dónde se va á la huerta.

—No hay mas que cruzar la casa á lo largo, y encontrarán la puerta de la huerta.

—¡Santiago!—dijo una de las viajeras, que no era otra que Clotilde,—conduzca el carruaje á la posada; nosotras nos quedamos aquí.

Y cogiéndose del brazo de su compañera, añadió:

—Vamos, Blanca; tengo muchas ganas de verle.

Mónica, mientras tanto, no se cansaba de mirar á aquellas dos jóvenes á quienes no habia visto nunca, y que á juzgar por sus trajes y por el coche que las habia conducido á Horche, debian pertenecer á una clase distinguida.

En los pueblos se comenta todo, y como suceden pocas cosas estraordinarias, el menor acontecimiento reune los vecinos á las puertas de las casas.

Pero dejemos á los vecinos haciendo preguntas á la absorta Mónica, y sigamos á Clotilde y Blanca, que acaban de penetrar en la huerta.

Apenas habrian andado doce pasos, cuando Clotilde se detuvo, diciendo:

—¡Allí está!

Blanca dirigió la mirada hácia donde indicaba la mano de su amiga, y efectivamente vió á Daniel sentado junto á un corpulento árbol, con un libro en la mano derecha, y profundamente abismado en la lectura.

A sus piés se hallaba echado un perro de raza inglesa, cuya fisonomía no era menos triste y meditabunda que la de su amo.

Las dos amigas permanecieron algunos segundos inmóviles, contemplando á Daniel. Ambas se hallaban conmovidas y como temerosas de interrumpirle.

Por fin, Clotilde, soltándose del brazo de su amiga, algo mas resuelta corrió hácia Daniel procurando hacer el menor ruido posible, y apoyando cariñosamente sus brazos sobre el hombro derecho del jóven, le dijo con dulcísimo acento:

—Tú no quieres venir á Madrid: pues bien, yo vengo á Horche.

Daniel lanzó un grito y se puso en pié, escapándosele el libro de las manos.

En este momento Clotilde se arrojó al cuello de su hermano, dándole un ruidoso beso en la mejilla:

—Ya lo ves, vengo á buscarte,—le dijo;—pero no vengo sola.

Entonces Daniel vió á Blanca, que trémula y pálida, se enjugaba las lágrimas sin atreverse á avanzar un paso.

—¿Tú tambien, Blanca?

—Sí, he venido á acompañar á mi amiga Clotilde. Ella se ha empeñado, y yo...

—Blanca viene conmigo, porque si mis ruegos no te convencen á abandonar este lugar, interponga tambien sus súplicas; porque sabido es que la union constituye la fuerza, y siendo nosotras dos y tú uno, es justo que alcancemos la victoria.

Daniel estrechó cariñosamente la mano de Blanca, y fijando una mirada llena de ternura en aquella virtuosa jóven que tanto le amaba, le dijo:

—¡Qué buena eres, Blanca! ¡eres un ángel! Yo no merezco el interés que por mí te tomas. Hace tres dias que una terrible lucha agita mi pecho. Por el duque de San Plácido, he sabido toda la grandeza, toda la sublimidad de tu alma. ¡Ah! ¡qué feliz seria yo si me creyera digno de merecer tu cariño!

La turbacion de Blanca aumentó. Estaba muy léjos de sospechar que Daniel la recibiera con aquellas palabras, que conmovian hasta la fibra mas profunda de su corazon.

Las hermosas tintas del rubor asomaron á su virginal semblante, y tuvo necesidad de apoyarse en el tronco de un árbol para no caerse.

—Hermano mio,—dijo Clotilde,—si despues de la revelacion que te ha hecho el duque de San Plácido te empeñaras en vivir en este pueblo retirado del mundo y careciendo de todo, yo me veria en el doloroso trance de reconocer dos cosas: que no amabas á tu hermana, y que eras además el hombre mas orgulloso del mundo.

Y Clotilde, cambiando de entonacion, añadió, apoyando sus dos manos familiarmente en el hombro de Daniel:

—Supongo que nos darás hospedaje por esta noche; y te prevengo, que traemos un hambre devoradora, aunque ya supongo que no tendrás un jefe de cocina de primer órden.

—Mi jefe de cocina es la pobre Mónica, antigua criada que me ha visto nacer, y que no conoce mas que media docena de guisos clásicos, puramente españoles.

Voy, pues, á dar las órdenes para que lo disponga todo y procure tratar del mejor modo posible á mis huéspedas. Mientras tanto, podeis dar un paseo por la huerta, de cuyos frutos os nombro las absolutas dueñas.

Daniel se dirigió hácia la casa.

Las dos amigas se quedaron solas.

Cuando Blanca comprendió que Daniel no podria oirla, exhalando un grito, se arrojó en los brazos de Clotilde y dijo:

—¡Clotilde, Clotilde! ¡las palabras de Daniel han hecho brotar la esperanza en el fondo de mi alma!

—Él te amará, Blanca, no lo dudes; él te amará, porque su corazon es tan noble, tan generoso, que ha nacido para amar.

—¿Pero será á mí á quien ame?...

—Tú misma acabas de sentir brotar en el fondo de tu alma una esperanza: aliméntala pues, porque la esperanza es la hermosa flor de la juventud.

Blanca dirigió una mirada en derredor suyo, y sonriéndose dulcemente, añadió:

—¿No encuentras delicioso este retiro?

—Ya lo creo; vive en él Daniel,—contestó maliciosamente Clotilde.

—Sí, tal vez sea por eso por lo que á mí me parece encantador, y no tendria inconveniente en pasar aquí toda mi vida; y estoy segura que mi madre viviria aquí muy contenta. ¡Le gusta tanto el campo!...

—¡Oh, sí! el campo es muy hermoso cuando uno puede rodearse de comodidades y vive al lado de un hom-

bre á quien ama con todo su corazon. ¡Ah! ya verás, querida Blanca, si yo logro que se realicen mis deseos, cómo convierto este modesto albergue en un paraíso, donde hareis vuestra vida de amor Daniel y tú.

—¡Qué buena eres!...—esclamó Blanca, abrazando á su amiga.

—Yo vendré todos los veranos á pasar una temporada con vosotros, y vosotros ireis en el rigor del invierno á pasar conmigo en Madrid otra temporada: de este modo no tendremos nada que echarnos en cara.

—Somos unas locas, que nos complacemos en soñar despiertas.

—Querida Blanca, en la vida se realizan muchos sueños; ten, pues, confianza.

Y como vieron venir á Daniel hácia ellas, añadió Clotilde:

—Vamos á que mi hermano nos enseñe sus posesiones.

CAPÍTULO IV

EL GENIO DEL BIEN

Aquella misma noche, sentados al rededor de una mesa, se encontraban Blanca, Clotilde, el doctor Samuel y Daniel.

Mónica habia echado el resto, como vulgarmente se dice, imponiendo contribucion á su gallinero y á su despensa, y al ver el buen apetito de sus huéspedas, quedó satisfecha de sí misma.

Terminada la cena, como la noche era apacible y la luna estaba en todo su esplendor, Clotilde se cogió del brazo de Daniel, y le dijo:

—Vamos á dar un paseo por la huerta. El doctor Samuel servirá de caballero á Blanca. Tú serás el mio, pues tengo que reprenderte mucho y hasta este instante no he podido cogerte solo.

—Si no supiera que eres la mejor de las hermanas, casi me atreveria á llamarte injusta.

—¿Porque vengo á tu retiro resuelta á arrancarte de él?

—Eso es bastante difícil. Aun no me aburre bastante la soledad para que la abandone.

—Sin embargo, no te creo bastante cruel para dar la muerte á un ángel.

—¡A un ángel!

—Sí, á Blanca.

—¡Ah!

Daniel guardó silencio.

Continuaron paseando. Clotilde volvió á interrumpir la muda melancolía de su hermano.

—El hombre no puede vivir siempre solo, y sobre todo, el hombre jóven. Esta soledad, este apartamiento del mundo, acabarian por volverte escéntrico, raro, monomaníaco, tal vez loco. Tú necesitas, como todas las almas que sienten la necesidad de amar, una compañera. Yo sé que Blanca no te es indiferente, y sé tambien que ella te ama con todo su corazon. Yo no me empeñaré á la fuerza en arrancarte de este retiro, que voluntariamente te has impuesto: ¿quieres vivir léjos del mundo? ¿deseas vivir apartado de esa sociedad que tanto te ha hecho sufrir? ¿Quieres estar junto á la tumba de tu madre? Enhorabuena, no me opongo á ello; pero lo que yo no puedo consentir es que vivas en el seno de la modestia, casi de la pobreza; este retiro puede embellecerse, puede convertirse en un paraíso. Pero para eso es preciso que rechaces los consejos del orgullo, y aceptes las cariñosas y desinteresadas ofertas de tu hermana.

Y como Daniel continuase guardando silencio, Clotilde, deteniendo su paso y mirando de un modo tan suplicante como tierno á su hermano, añadió:

—Porque yo supongo, Daniel, que tú no querrás envenenar mi existencia. ¿Cómo es posible que yo consienta vivir en medio del mayor lujo, habitar un palacio, tener coches y criados á mi disposicion, viéndote á tí vivir bajo el humilde techo de esta casa y careciendo hasta de lo mas preciso?

—Reflexiona, hermana mia, que yo no puedo aceptar nada de tu padre, porque sé que no me ama.

—No, no, Daniel; estás en un error: nuestro padre podrá haber cometido contigo muchas ingratitudes; pero la hora del arrepentimiento ha llamado á las puertas de su corazon, y hoy piensa de distinto modo que ayer.

—Y aunque así sea, ¿olvidas que la marquesa del Radio me profesa un odio inestinguible?

—Te engañas, Daniel; mi madre te admira, porque ha comprendido la belleza de tu alma, y estoy segura que acabaria por amarte si tú te decidieras á vivir en nuestra compañía.

—¡Oh! eso es imposible.

—Bien, bien; yo no te impondré ese nuevo sacrificio; pero tendrás que aceptar por lo menos la mitad de la renta que á mí me corresponde, si es que quieres que continúe llamándote mi hermano.

—No hablemos de eso, Clotilde.

—Al contrario, hablemos de esto, y terminemos cuanto antes tan enojoso asunto,—continuó Clotilde con

encantadora precipitacion.—Yo he venido á este pueblo por tres cosas: la primera, por verte; la segunda, por obligarte á aceptar lo que de derecho te corresponde; y la tercera, por darte á comprender lo que Blanca vale y lo mucho que te ama. Tú me conoces: soy tenaz, y nadie me hará desistir de mi empeño, y ó accedes á mis justos deseos, ó puedes contar que me tienes de huésped toda la vida, porque estoy resuelta á no volver á Madrid...

—Eres una aturdida encantadora,—contestó Daniel sonriéndose.

—Sí, sí, seré lo que tú quieras; puedes darme todos los calificativos que gustes; pero yo no ceso en mi empeño. Pienso permanecer en tu casa un par de dias; trascurridos estos, quieras ó no quieras, te encierro en mi coche, te conduzco hasta la estacion; una vez allí, te traslado desde el coche á un vagon de primera del ferrocarril, y te llevo conmigo á Madrid.

—Mucho confias en tus fuerzas.

—No sabes tú de lo que soy capaz. Pero esta noche es tan dulce, tan apacible, tan grata, brilla la luna con una claridad tan hermosa en el cielo, que debe ser muy á propósito para que dos corazones enamorados se comuniquen sus impresiones.

Y Clotilde, bajando la voz, añadió:

—Y como yo supongo que tú, aunque no lo dices, debes amar un poquito á Blanca, y ella te ama á tí mucho, voy á llamarla para que le des el brazo y le sirvas de caballero, mientras yo echo un párrafo con el doctor Samuel, á quien tengo que decir muchas cosas.

Y Clotilde, antes de dar tiempo á su hermano para que se opusiera á su voluntad, comenzó á gritar en voz alta:

—¡Blanca! ¡Blanca! ¡ven!

Blanca y el doctor Samuel llegaron poco despues al sitio en que se hallaba Clotilde.

—¿Qué ocurre?—preguntó Blanca.

—Cógete del brazo de Daniel y cédeme al doctor algunos momentos; tengo que hablar con él.

Blanca, trémula y confusa, no se atrevió á obedecer la órden de su amiga; Daniel adivinó todo lo que pasaba en el alma de aquella inocente jóven, y compadecido de ella, la dijo en voz baja:

—Sí, apóyate en mi brazo, y deja á la aturdida de Clotilde que dé un poco de jaqueca al doctor Samuel.

—¡Ah, sí! tu hermana es una aturdida,—dijo Blanca; —pero una aturdida encantadora...

—Que te quiere mucho,—repuso Daniel.

—Los séres que tienen un alma tan bella como la de Clotilde, no saben aborrecer.

—Lo mismo te sucede á tí, ¿no es verdad, Blanca?

Blanca guardó silencio y exhaló un suspiro. Indudablemente aquel era el momento mas feliz que habia tenido en su vida.

Daniel sintió que el brazo de Blanca le trasmitia un ligero estremecimiento.

La luz de la luna iluminó con su claro resplandor el hermoso semblante de la hermana de Julio. Estaba pálida, trémula, como si fuera á desfallecer, y de sus

hermosos ojos, azules como el cielo, se desprendian dos lágrimas.

—¿Por qué lloras, Blanca?—la preguntó Daniel con dulce entonacion.

—¿Lo sé yo por ventura? Lloro porque, á pesar mio, las lágrimas se escapan por mis ojos.

—¿No eres feliz respirando el puro ambiente de la noche? ¿no te agrada esta soledad, esta religiosa quietud?

—¡Oh! yo viviria aquí eternamente: Madrid me cansa; aquella atmósfera me ahoga. Mi madre y yo seríamos muy felices si pudiéramos pasar nuestra existencia en una casita como esta.

—Y sin embargo, Blanca, esta es la morada de un pobre.

—Es que la pobreza tiene tambien su poesía.

—Sí, pero es una poesía que arranca lágrimas al alma y suspiros al corazon.

—Las lágrimas son muchas veces dulces, y producen un gran bien; ya lo ves, yo lloro ahora, y sin embargo, me creo dichosa.

—Porque tú eres una de esas criaturas á quienes los hombres honrados llaman ángeles de la tierra.

—Eso lo dices tú y tu hermana, porque sois muy buenos.

—Lo decimos, porque te conocemos y sabemos que lo mereces.

—¡Ah! lo que yo veo es que me pagais mis buenas condiciones con una exageracion de cariño que no merezco.

—¿Crees tú que no sabemos todo lo bueno que tú haces?

—¡Pero, Dios mio! ¿qué he hecho yo?

—En primer lugar, debo decirte que ha estado á visitarme el duque de San Plácido, y que por él he sabido tu admirable comportamiento.

—¡Ah! ¿el duque te ha dicho?...

—No me ha ocultado nada, porque su asombro al recibir tu carta fué tan grande, que me ha dicho que su mayor gloria es merecer el nombre de hermano tuyo.

Blanca exhaló un suspiro, é inclinando la cabeza sobre el pecho, guardó silencio.

Mientras tenia lugar esta escena, Clotilde, que se habia apoderado del brazo del doctor Samuel, le decia, conduciéndole por camino distinto del que seguian Blanca y Daniel:

—Querido doctor, usted es el hombre de confianza de mi hermano; sé la gran influencia que ejerce usted sobre él, y espero que me ayude usted á convencerle para que acepte la fortuna que le corresponde.

—No dudo que Daniel me quiere,—contestó el doctor;—que muchas veces ha seguido mis consejos, y aun creeré que respete mis opiniones; pero usted comprenderá, señorita, que es una cuestion muy delicada obligarle á aceptar la herencia, ó por mejor decir, una cantidad, despues de lo que ha sucedido.

—Es que las cosas han cambiado notablemente, doctor. Mi padre no es el mismo, está arrepentido, y yo no puedo consentir que Daniel sea pobre siendo yo rica.

—Esos sentimientos la enaltecen á usted mucho; pero yo nunca aconsejaré á Daniel que acepte una limosna del general Lostan.

Al oir estas palabras Clotilde hizo un movimiento y se detuvo.

—¡Ah! ¿mira usted esta cuestion bajo el punto de vista del orgullo? Pues bien; entonces, señor doctor, como yo tambien tengo mi orgullo, tan pronto como llegue á Madrid diré á todo el mundo que soy la hija natural del general Lostan, que toda la fortuna de mi padre pertenece á un jóven que vive retirado y oscuro en el pueblo de Horche; porque tenga usted entendido, que á mí me halagan poco los títulos, porque sobre todos los títulos y todos los honores de la tierra coloco siempre la paz de mi conciencia, y no consentiré jamás vivir en medio del fausto mientras mi hermano viva en medio de la miseria.

Estas palabras causaron profunda admiracion al doctor Samuel, y no dudando de que Clotilde cumpliria la amenaza que acababa de proferir, comenzó desde aquel instante á mostrarse menos intransigente.

Clotilde conoció el buen efecto que habia causado, y se propuso sacar partido, dándose tal maña, que media hora despues, el doctor, vencido por las nobles aspiraciones de Clotilde, por la grandeza de su alma, se hallaba dispuesto á secundar sus pensamientos.

Cuando el doctor y Clotilde fueron en busca de Blanca y Daniel, los encontraron sentados en un banco, y tan abismados en su conversacion, que ni siquiera se apercibieron de que dos importunos les miraban.

Clotilde se puso un dedo sobre los labios maliciosamente, indicando al doctor con la otra mano que la siguiera.

—Dejémosles,—le dijo en voz baja.—La felicidad es tan rápida en la vida, que es una infamia turbarla. ¡Dios quiera que esta noche de luna sea para Blanca y Daniel el perfumado lazo de flores que una sus almas para toda la vida!

Y cogiendo al doctor por el brazo, le condujo léjos del sitio en donde tan dulcemente se hallaban conversando Blanca y Daniel.

CAPITULO V

DONDE EL GENERAL PREPARA LA EMBOSCADA

Ahora, querido lector, nos permitirás que dejemos en Horche á los personajes que han entretenido tu ocio en el capítulo anterior, y vente si te place con nosotros á Madrid, en donde nos esperan nuevos é importantes acontecimientos.

El general Lostan, violentando su carácter y haciendo uno de esos esfuerzos titánicos, habia logrado en pocos dias inspirar cierta confianza al conde de la Fé.

Durante ocho dias habian tenido varias conferencias, en las que habia reinado la mejor armonía y confianza.

Si alguno hubiera escuchado sus conversaciones, les hubiera tenido por dos antiguos y buenos amigos.

En particular el general se desvivia por demostrar

al conde un completo olvido del pasado, hablándole siempre de lo arrepentido que le tenia su conducta.

El conde llegó á convencerse, á pesar de su proverbial desconfianza, de que habia sonado para su enemigo la hora del verdadero arrepentimiento.

Una noche el conde fué á visitar al general, y este le recibió en su gabinete, en donde dispuso que les sirvieran el café.

—¿Me priva usted esta noche del gusto de tomar el café con las señoras?—le preguntó el conde.

Debemos decir, que desde el dia de la fingida reconciliacion del conde y el general, casi todas las noches se reunian en un salon y tomaban café en familia. Estas reuniones de confianza eran presididas por la marquesa del Radio.

—Sí, amigo mio,—contestó el general,—porque mi mujer y mi hija nos han abandonado.

El conde miró con fijeza al general, como si quisiera leer en el fondo de su conciencia.

Don Pedro resistió aquella mirada con admirable serenidad.

—¿Pues y eso?—preguntó el conde.

—Caprichos femeninos, que los hombres no tenemos otro remedio que respetar. La marquesa y Clotilde se han marchado esta tarde á Chamartin, en donde pasarán dos dias arreglando en la estufa de nuestra casa de campo una magnífica coleccion de camelias que les ha remitido nuestro embajador de París. Clotilde es entusiasta por las flores, y ha sido preciso complacerla.

—Ha hecho usted muy bien. Cuando no se tiene mas que una hija, es preciso darle todos los gustos, ser lo que se llama un padre condescendiente.

—¡Oh! yo lo soy en exceso; pero en verdad que no me arrepiento de ello, porque Clotilde es una hija sumisa y obediente. Pero se me ocurre una cosa, señor conde.

—¿Qué es ello?

—¿Quiere usted que mañana por la tarde vayamos á sorprenderlas y á exigirles que nos den de comer?

—Con mucho gusto,—contestó el conde, en cuya invitacion no encontraba nada que no fuese natural.

—Entonces saldremos mañana á las tres; llegaremos bastante de dia para ver las camelias y para que tengan tiempo de obsequiarnos como nos merecemos,—repuso el general riéndose.

Y luego, cambiando de tono, añadió:

—Supongo que aun montará usted á caballo.

—No con mucha frecuencia; pero tengo afortunadamente una yegua árabe, cuya formalidad me inspira alguna confianza.

—Entonces no se hable mas del asunto. Mañana á las tres camino de Chamartin. Yo iré á buscarle á usted á su casa.

—Esperaré dispuesto para llevar á cabo la expedicion.

El conde permaneció una hora con el general hablando de política.

Cualquiera al oirlos los hubiera creido dos buenos y antiguos camaradas.

A las diez menos cuarto se separaron.

Desde el momento en que el general se quedó solo, su fisonomía sufrió un cambio notable. Comenzó á dar paseos por la habitacion, demostrando alguna inquietud y dirigiendo miradas de vez en cuando al hermoso péndulo que se veia en la pared.

Cuando las saetas marcaron las once de la noche, el general se dejó caer en una butaca, murmurando en voz baja.

—¡Cuánto tarda!

A las once y cuarto, un hombre se presentó en el gabinete del general. Este lanzó una esclamacion de gozo, y dijo al mismo tiempo:

—¡Gracias al diablo!

—El tren se ha retrasado una hora; no es culpa mia, —dijo el recien venido, que no era otro mas que el ayuda de cámara del general.

—¿Y mi hija?

—Llegó sin novedad, y se halla en casa del señorito Daniel.

—¿No te ha dicho el tiempo que piensa permanecer en Horche?

—Creo que dos ó tres dias.

—Tenemos tiempo de sobra; porque mañana voy á Chamartin á comer con mi amigo el conde de la Fé.

El general, al pronunciar estas palabras, se sonrió de un modo satánico.

Santiago se estremeció. Aquella sonrisa que habia entreabierto los labios de su amo, tenia para él algo del helado soplo de la muerte.

Hubo un momento de silencio.

Despues, el general dijo con nervioso y apagado acento:

—El conde de la Fé y yo saldremos á las tres de la tarde de Madrid; tú saldrás á las cinco de la mañana: ya sabes lo que te tengo encargado, es preciso que no falte nada. Cuando termine el drama sangriento, que probablemente tendrá lugar mañana, regresarás inmediatamente á Madrid; encontrarás en el cajon de la derecha de mi pupitre cuatro pliegos cerrados: uno es para mi notario, otro para la marquesa del Radio, otro para mi hija, y otro para Daniel. Espero que cumplas como acostumbras esta comision.

—Está bien, señor,—contestó Santiago con acento conmovido;—yo cumpliré fielmente todo lo que usted me ha encargado; pero ¿no habria medio de evitar?...

El general dirigió una mirada amenazadora á Santiago, y repuso:

—No voy á cometer un asesinato, sino un acto de justicia. Si te falta el valor para servirme por la última vez, libre eres para separarte de mí.

—Señor, yo no merezco tan dura reconvencion; hace muchos años que he hecho el sacrificio de mi vida.

—Entonces obedece, y déjame en paz. Quiero estar solo.

Santiago no desplegó los labios. Salió del gabinete del general; pero al llegar á la antesala, dos lágrimas brotaban de sus ojos.

El general permaneció mas de una hora inmóvil y hundido, por decirlo así, en su butaca.

Cada instante que trascurria, su despejada frente, surcada de arrugas, iba adquiriendo un carácter mas sombrío, mas tétrico.

Era indudable que dentro de aquel cráneo tenia lugar una terrible tempestad; tempestad que rugia amenazadora, disponiéndose á lanzar rayos de muerte.

Por fin, el general irguió la cabeza, fijó una mirada en la esfera del reloj, y sonriéndose de un modo estraño, dijo en voz baja:

—Aun me quedan ocho dias del plazo que me ha concedido el conde de la Fé; pero yo adelanto el dia del pago. Mañana pondremos el finiquito á nuestras cuentas, y luego que Dios nos juzgue.

El general se levantó de la butaca, y fué á sentarse en el sillon de su mesa escritorio.

El reloj dió entonces las doce de la noche.

—Aprovechemos el tiempo,—se dijo.—Cuatro ó cinco horas de actividad bastarán para dejar corrientes todos mis asuntos. Manos á la obra.

Y se puso á escribir con febril precipitacion.

CAPÍTULO VI

LA VERDADERA NOBLEZA

Aquella misma noche al oscurecer, cuando Julio de Monforte regresó á su casa, se encontró una carta, concebida en estos términos:

«Amigo Julio: Acabo de llegar de Horche; he visto á Daniel. Esta noche no salgo de casa. ¿Quiere usted venir á tomar café conmigo?

»El duque de San Plácido.»

Julio aceptó la invitacion, porque el duque de San Plácido le era una persona sumamente simpática, y media hora despues se hallaban sentados los dos jóvenes, uno en frente de otro, separados por un velador, donde humeaban las tazas de café.

—Pues sí, amigo Julio; he estado en Horche, en donde he visto á ese monomaniaco de Daniel, que se ha empeñado á los veinticinco años en vivir separado de la sociedad.

—Eso consiste, señor duque,—repuso Julio,—en que hay jóven á los veintidos años que ha vivido sesenta. El alma de Daniel ha envejecido en poco tiempo, y se necesitaria bañarle, como se dice vulgarmente, en el Jordan, para rejuvenecerle.

—Yo confio en que el amor hará ese milagro, y bien sabe Dios que he puesto de mi parte todo cuanto he podido para hacérselo comprender así á Daniel.

—Es usted el hombre mas generoso que conozco.

—¡Oh! nada de eso; yo he aborrecido siempre á esos traidores de melodrama, que son malos sin mas que por el placer de serlo, y me creeria un hombre muy pequeño y despreciable si no contribuyera con todos mis esfuerzos á la union de dos corazones tan bellos como el de Blanca y el de Daniel. Para conseguir esto, tenemos además una aliada poderosa: Clotilde, á quien yo sé que usted ama con todo su corazon.

Al oir estas palabras Julio, hizo un movimiento de asombro.

Una sonrisa de bondad asomó á los labios del duque, que dijo:

—Vamos, no hay que asombrarse, está usted hablando con un amigo, ó por mejor decir, con un hermano pues este es el nombre que me ha dado Blanca, y yo estoy muy orgulloso con él. Sé que usted ama á Clotilde; pero que ese amor es tan sublime, tan elevado, que lo alimenta usted en su pecho sin la esperanza de la recompensa.

—¿Pero quién ha podido decir á usted?...

—Entre nosotros no debe haber secretos; nos apre-

ciamos lo bastante para tener confianza mútua: yo he querido dar el nombre de esposa á su hermana de usted, y ella, con una franqueza verdaderamente admirable, me ha contestado: «Seamos hermanos, puesto que el amor que profeso á un hombre desgraciado y pobre, me impide honrarme con el nombre de esposa de usted.» Esto es muy admirable en una época de grosero materialismo como esta, y juro á usted que, ó puedo muy poco, ó he de ver unidos con lazos indisolubles á Daniel y á Blanca. Dejando ya esta cuestion, que va en buen camino, vamos á hablar de usted, por cuya suerte me intereso. ¡Qué diantre! siendo hermano de Blanca, tengo que serlo de Julio. ¡A mí me ha dado ahora por la monomanía de la proteccion! Podrá usted llamarme corregidor de Almagro, alcalde de Totana, como guste.

—Yo no diré de usted, señor duque, otra cosa sino que es el hombre mas noble y mas bondadoso que conozco. No quiero, pues, ocultar la verdad: amo á Clotilde desde aquel dia en que su proteccion cayó sobre nuestra miseria, como bienhechor rocío. Clotilde, obedeciendo á los impulsos bellísimos de su alma, me tendió una mano bienhechora en el momento sublime en que á mi madre y á mi hermana faltaba un pedazo de pan para alimentar sus cuerpos desfallecidos. La miseria, ese terrible azote de los desheredados, se cernia tétricamente sobre nuestras cabezas. Clotilde fué el ángel que alumbró nuestras tinieblas, la providencia que nos salvó de los horrores del hambre. ¿Qué puedo hacer yo, señor duque, sino amarla con delirio? ¡Ah! mi

única ambicion seria dar mi vida por la suya; pero este amor que me inflama henchido de veneracion, de respeto, de agradecimiento; este amor que es para mí un tesoro, porque lo considero puro como el suspiro de un recien nacido, desde el momento que asomara á mis labios, desde el instante en que yo tuviera la audacia de confesárselo á Clotilde, de caer á sus piés pronunciando la palabra «te amo,» créalo usted, señor duque, yo me creeria deshonrado.

—¿Deshonrado por declararle á una muchacha el amor que reasume todas nuestras aspiraciones?

—Sí, porque esa muchacha, como usted dice, es inmensamente rica y pertenece á una de las familias mas distinguidas de Madrid, mientras yo soy un pobre empleado con diez mil reales de sueldo, expuesto á que un cambio ministerial me deje sin pan con que mantener á mi madre y á mi hermana.

—Veo que piensa usted con una delicadeza demasiado sublime para nuestra época.

—¡Ah! no, señor duque, no. Conozco la sociedad en que vivo, y sé de positivo que se me trataria de orgulloso, de ingrato, si tuviera el atrevimiento de manifestar á Clotilde la pasion que me inspira. Si ella fuera pobre como mi hermana, entonces nada me detendria; caeria á sus piés, diciéndole: «Te amo desde el instante en que tuve la dicha de conocerte; pobre eres y pobre soy; la única felicidad que ambiciono es que me concedas el nombre de esposa.» Pero, ¿qué diria el general? ¿qué diria la marquesa? ¿qué dirian todos cuantos nos conocen? Señalándome con el dedo y de-

jando asomar á sus labios una sonrisa de desprecio, exclamarian: «Vedlo; ese modesto empleadillo se estaba muriendo de hambre en una buhardilla con su madre y con su hermana; Clotilde se presentó allí como el ángel del bien con una credencial en la mano, y no contenta con esto, les abrió las puertas de su casa y les trató como hermanos. Pues bien; el empleadillo, tan pronto como se vió con una levita nueva y una camisa limpia, se ha creido á la altura de su protectora y ha tenido el atrevimiento de pedir su mano.» ¡Oh! jamás, jamás; antes que zumben en mis oidos estas justas reconvenciones, ahogaré en el fondo de mi pecho la pasion que le inflama, y si no tengo valor para semejante sacrificio, entonces abandonaré la España, cruzaré el Océano, é iré á morir ignorado en un ricon de América.

—Estreche usted esta mano, Julio. Veo que pertenece usted á esa raza que lleva la nobleza escrita en el alma. Pido á usted que me perdone, si por un momento he podido creer que accederia á mis súplicas. Sí, dice usted bien; la sociedad es demasiado infame, demasiado corrompida, demasiado hipócrita, para comprender ciertas sublimes epopeyas, que nacen y mueren en el fondo de los corazones puros. Sí, dice usted bien; al conducir á Clotilde al pié de un altar, nadie veria el amor sublime, sino el egoismo, el interés: yo haria lo mismo que usted.

—Gracias, señor duque; pues veo ha comprendido usted hasta el último de mis pensamientos.

—Pero si bien es cierto que la conducta que usted

se propone seguir es la que corresponde á un hombre de rectitud y de elevados pensamientos, tambien lo es que el amor debe estimularle á usted para engrandecerse, para procurar elevarse hasta el mismo nivel que la mujer que ama, y entonces poder decir á la sociedad: «Cuando era pequeño, cuando me separaba de Clotilde la distancia de una inmensa fortuna, guardé el secreto del amor que por ella sentia en el fondo de mi corazon, como guarda el avaro su tesoro; pero hoy que para nada necesito su fortuna, porque soy tan rico como ella, no tengo que guardar consideraciones á la sociedad que me rodea, y puedo decir en voz alta que la amo.

Julio oyó estas entusiastas palabras del duque con una sonrisa melancólica en los labios.

—Todo eso seria muy bello, amigo mio, llenaria de inmensa satisfaccion mi alma y de noble orgullo mi corazon; pero es un imposible; los pobres no adquirimos la fortuna cuando queremos.

—¡Oh! de cada veinte ricos que tropieza uno por la calle, diez y seis por lo menos deben su fortuna á su carácter, á su perseverancia. En estos tiempos, en que la santa idea de la democracia extiende sus protectoras alas sobre la humanidad, todos los caminos que conducen al engrandecimiento están abiertos lo mismo para el hijo del proletario que nace en una buhardilla, que para el hijo de un príncipe que nace en un palacio; desde la hora santa en que se abolieron los privilegios, eso que los modernos han dado en llamar el cuarto estado, no existe. Por todas partes se encuentran duques,

marqueses, títulos, millonarios, hombres grandes, que ilustran y dan gloria á la patria donde nacieron, y cuyo orígen fué por cierto bien humilde; ¿qué mayor gloria, pues, que ser uno el fundador de su mismo nombre?

—Sí, sí, señor duque, todo eso es muy bello,—añadió sonriéndose Julio;—pero no me conceptúo con fuerzas ni con talento para llegar á ser uno de esos grandes hombres.

—El dinero es mas fácil de adquirir que la gloria, lo conozco; y si usted lograra enriquecerse, podrian realizarse todos sus poéticos sueños. No hace mucho me hablaba usted de América, esa mina inagotable de los europeos, que á tantos ha enriquecido. Pues bien: yo tengo algunas relaciones en América; usted tiene deseo, algun entendimiento, fuerza de voluntad, y creo no ha de faltarle perseverancia. ¿Quiere usted ir á Méjico?

—No olvide usted, señor duque, que mi familia vive en España de su trabajo.

—Su familia de usted, es fácil que dentro de poco pueda vivir sin el auxilio de su modesto sueldo.

—¿Cómo?

—Porque yo confio que antes de mucho sea Blanca la esposa de Daniel.

—¡Ah! entonces todo cambiaria de aspecto.

—Pues bien; responda usted á mi pregunta: ¿iria usted á Méjico?

—Tal vez sí.

—Si acepta usted mi proteccion, creo que le han de bastar cinco ó seis años para adquirir una fortuna que le permita vivir con independencia.

—¿Y para qué quiero yo esa fortuna, si durante mi ausencia pierdo á la mujer que amo?

—Eso es muy difícil asegurarlo.

Julio se pasó la mano por la frente como si quisiera desechar de sí algun doloroso pensamiento. Luego levantó la cabeza y fijó una mirada en el duque de San Plácido, diciendo:

—Amigo mio, antes de aceptar las proposiciones que usted me hace, debo decirle que tengo que desempeñar una comision de la mayor importancia, y en la que corre algun riesgo mi vida.

Y como la mirada del duque de San Plácido demostrase el asombro que aquellas palabras le causaban, Julio añadio:

—El café está exquisito. Tomemos otra taza, porque en prueba de la confianza y franqueza que usted me inspira, voy á revelarle mis planes.

CAPITULO VII

UN PENSAMIENTO QUE MERECE LA APROBACION DEL DUQUE

El duque de San Plácido no acertaba á comprender aquel cambio en la conversacion; pero adivinaba, sin embargo, algo grave en la fisonomía de Julio.

Este, despues de llenar la taza y tomar un sorbo, dijo:

—Usted no ignora, señor duque, que el conde de la Fe, que en otro tiempo fué protector de Daniel, hoy protege al baron de Labra, á ese jóven pervertido y vicioso, en cuyo corazon no tuvo entrada jamás ninguna accion noble y por cuya mente nunca cruzó un pensamiento elevado.

—Sí, sí, conozco á Ernesto, y sé que es un canalla despreciable.

—Bien; á pesar de eso, el conde de la Fe se ha propuesto casarle con Clotilde, y para lograr su deseo, no sólo emplea su influencia, sino la amenaza.

—¿La amenaza?

—Esto necesita una pequeña aclaracion, que voy á hacer á usted,—añadió Julio, saboreando á pequeños sorbos la taza de café que tenia en la mano.—Cuando se habla á personas como el duque de San Plácido, es inútil encargarles la discrecion. Sé cómo usted aprecia á Clotilde y Daniel, y no ignoro que Clotilde le ha hecho á usted alguna importante revelacion en prueba de la confianza que le inspira.

—Sí, es cierto. Sé, como usted, el parentesco que la une con Daniel.

—Sí, pero lo que creo que usted ignora, es el profundo odio que siente el conde de la Fé hácia el general, y su gran deseo de venganza.

—¡Ah! yo creí al conde de la Fé un viejo escéptico y sin creencia ninguna, pero ignoraba...

—Pues sí, el conde odia al general desde muy antiguo. Creo que en otro tiempo, cuando eran jóvenes, se batieron dos ó tres veces, quedando siempre vencedor el general Lostan. Cuando Daniel se presentó en Madrid con una carta de recomendacion para su padre, al saber el conde de la Fé que el general habia rechazado á su hijo, le abrió las puertas de su casa y le prestó una proteccion ilimitada.

—Sí, lo recuerdo perfectamente, y creo que aun por entonces la chismografía de la alta sociedad atribuyó al conde de la Fé un parentesco muy directo con Daniel.

—Algunos sospecharon que era su padre. Pero la proteccion que el conde prestaba á Daniel era tan baja

como infame, pues el conde, no pudiendo vengarse del general con las armas en la mano, se propuso casar á los dos hermanos, llenando de desesperacion y de luto á toda la familia.

—¡Infame!

—La Providencia quiso salvarles de este gran peligro, y la misma noche en que un sacerdote, en las cercanías del lago Leman, iba á bendecir la union de Clotilde y Daniel, supieron que eran hermanos.

—¿Y despues de tan horrible trama aun existe el conde de la Fe?

—Supo disculpar su conducta de un modo ingenioso con Daniel, y por otra parte, amenazó al general con publicar un secreto para él de la mayor trascendencia.

—Parece imposible que existan hombres tan perversos.

—El conde de la Fe lo es en alto grado. Tengo la seguridad de ello, y si quisiera dudarlo, la conducta que sigue hoy confirmaria mis sospechas, convirtiéndolas en realidades.

—¡Cómo! ¿intenta ese hombre alguna nueva infamia?

—Oiga usted, señor duque. El conde, al ver en Suiza desbaratados sus planes, regresó á España sin desechar de su mente la idea de la venganza, y se dijo: «Ya que no he podido casar á Clotilde con su hermano, voy á ver si logro casarla con un hombre pervertido, que consuma su patrimonio en pocos meses y le dé luego una vida de penalidades, que vayan á herir de rechazo la ancianidad de su padre.»

—¿Pero es posible eso?

—Un momento de calma, y acabará usted de persuadirse hasta dónde llega la perversidad del corazon de ese hombre. Buscó, pues, al sér que necesitaba, es decir, al baron de Labra, que en otro tiempo le habia servido para infundir celos á Daniel, para incitarle á que perdiera su timidez de aldea, y por último para hacer un simulacro de desafío, del que quedó herido Daniel, logrando por este medio que Clotilde concibiera una verdadera pasion por el hombre que derramaba su sangre en su defensa.

—Sí, sí, recuerdo perfectamente todo eso.

—El conde, pues, á su regreso á España, buscó al baron de Labra y le propuso casarle con Clotilde de Lostan. Ernesto aceptó el ofrecimiento, aunque le parecia muy difícil verlo realizado, y entonces el conde escribió una carta al general pidiéndole la mano de su hija para su protegido el baron de Labra, y amenazándole con dar publicidad á su secreto si no accedia á su peticion.

—¿Y el general accedió?

—El general quiso matar á su irreconciliable enemigo; pero el conde, alegando su ancianidad, rechazó el desafío, amenazándole de nuevo con publicar en los periódicos ciertos detalles de la vida privada del general, que bastarian para que fuera despreciado por todos los que hoy le respetan y admiran.

—Pero á un hombre así se le mata como á un perro.

—El conde se encerró en su casa como un caballe-

ro feudal en su castillo, y desde sus torres enviaba dardos envenenados al general, que aterrado ante la idea del escándalo, accedió por fin á los deseos del conde, y pidió á su hija con las lágrimas en los ojos que aceptara las galanterías del baron de Labra.

—Pero Clotilde no ama á ese hombre.

—Le aborrece, ó por mejor decir, le desprecia: le inspira la mayor repugnancia. Pero obedeciendo á las súplicas de su padre, violenta su voluntad y sufre que todas las noches le dirija galanterías que la repugnan. Ahora bien, señor duque; el plazo que ha fijado el conde para revelar su secreto, ó ver unidos á Clotilde y Ernesto, termina antes de ocho dias. Clotilde, por salvar á su padre, hará el sacrificio de su felicidad, y yo estoy dispuesto á librarla de esa humillacion, de esa vergüenza, de ese gran dolor.

Los ojos del duque de San Plácido brillaron de gozo. Comenzaba á comprender la nobleza del pensamiento de Julio.

—Sí, yo la salvaré, yo la salvaré,—repuso Julio,—ó perderé la vida en la demanda. Estoy resuelto á todo. Si muero, habré pagado los favores que de Clotilde he recibido; si vivo, aceptaré los ofrecimientos del duque de San Plácido, y partiré para Méjico.

—¿Y qué es lo que usted intenta?

—Inferir esta noche un agravio tan horrible al baron de Labra, que le obligue á batirse conmigo á muerte mañana al amanecer.

—Julio, el pensamiento de usted es muy noble;

¿pero ha pensado usted la desigualdad de ese duelo?

—Lo he pensado todo, y hace algun tiempo que me estoy adiestrando en el manejo de las armas. Además, como yo espero que sea usted mi padrino, confio que pondrá usted unas condiciones en el acta, segun las cuales sea preciso matar ó morir.

—Pero usted va á inferir el agravio, y él tiene la eleccion de las armas.

—Lo sé; elegirá florete ó sable: en ninguno de estos dos me inspira recelo. Si, como no confio, eligiere el sable, entonces pondrá usted la condicion de la estocada; es decir, que sea sable con punta.

—Pero...

—Ruego á usted, señor duque,—añadió Julio sonriéndose,—que no ponga ningun inconveniente á mi pensamiento. Estoy resuelto á llevarlo á cabo. Es el único medio de salvar á mi bienhechora de la suerte que la espera uniéndose con ese malvado. Si es mi desgracia tan grande que hago el sacrificio de mi vida sin que pueda librarla del gran peligro que la amenaza, entonces ella y Dios me lo tomen en cuenta.

—Entonces,—repitió el duque con acento solemne,—si lleva usted la peor parte en el lance, yo hago el juramento ante Dios y ante mi conciencia de hacerle la honra al baron de Labra de batirme con él para salvar á Clotilde.

—¡Ah! señor duque,—exclamó Julio con gozo,—ha adivinado usted mis deseos, y ese juramento que acaba de empeñar es para mí como una hermosa esperanza de la victoria.

Y como en aquel momento un reloj diera las diez de la noche, Julio repuso:

—Es preciso no perder el tiempo, buscar al baron, para que mañana, á lo mas tardar, se efectúe el duelo á muerte.

—Iremos al teatro Real, y si allí no está, á última hora le encontraremos en el Casino: es aficionado al juego, y no falta ninguna noche.

Y el duque, tirando del llamador de la campanilla, dijo al criado que se presentó á recibir órdenes:

—El coche para dentro de un cuarto de hora, y díle á mi ayuda de cámara que venga á vestirme.

CAPÍTULO VIII

EN EL SALON DE DESCANSO

En el salon de descanso del vestuario del teatro Real, se hallaban varios elegantes caballeros, agradablemente entretenidos; unos, en amena conversacion con las lindas bailarinas, cuyo traje aéreo y provocativo dejaba bastante en descubierto las bellas formas; y los otros, ocupados en esa agradable salsa de la conversacion, que se llama chismografía.

La mayor parte de los hombres que se hallaban en aquel local eran jóvenes y vestian el traje de etiqueta: familia feliz, que por lo regular pasan las horas alegremente, buscando en las diversiones y en el amor el modo de matar el tiempo.

Dejemos á la mayor parte de estos desocupados, que se gastan alegremente su fortuna en el amor que les ins-

piran las piruetas de las bailarinas, y fijemos nuestra atencion en una pareja, que sentados en un divan á un extremo del salon, hablan en voz baja: esta pareja la componen un hombre y una mujer. Ella es una bailarina, alta, esbelta, admirablemente formada, con un cuello airoso y un pecho provocativo. Sus ojos son azules, pero llenos de fuego y animacion; sus cabellos rubios, abundantes y finos; en una palabra, una de estas mujeres que forman el encanto de un pintor para modelo de una Vénus.

Esta mujer era una francesa muy connaturalizada con España, y que hablaba con bastante perfeccion la lengua de Cervantes, si se exceptúa un gracioso acento extranjero, que hacia resaltar más la fuerte pronunciacion de la *r* parisien. Se llamaba Marieta, y era una de las bailarinas que más corazones habia conquistado durante su carrera artística.

El hombre que hablaba con ella era Ernesto, baron de Labra. Vestia frac negro y corbata blanca, y en el momento en que vamos á sorprender su conversacion, habia tomado una postura indolente en el divan, que tenia mucho de amante desdeñoso.

—Nada, baron, nada, á mí me gusta reinar en absoluto en el corazon de los amantes, y yo sé que te hallas en vísperas de casarte.

—Pero bien, aunque eso sea cierto, ¿qué te importa? ¿Crees tú que yo no tengo el corazon bastante grande para amar á dos mujeres?

—Es que yo soy celosa.

—¡Bah! eso es una broma. Además, ¿cuándo la her-

mosa Marieta, la hada del baile, la diosa Terpsícore ha tenido celos de la mujer de su querido?

—No, no, todo eso son palabras huecas. Yo podria permitirte que te casaras hallándote arruinado; pero eres inmensamente rico, ó por lo menos lo es tu tio, que es igual, y quiero que rompas con esa mujer.

—Es imposible.

—Entonces romperás conmigo.

—Tampoco es posible eso, porque tú no ignoras que te amo á tí de un modo y á la marquesita del Rádio de otro.

—Pues bien; si continúas en tu empeño de casarte, te prevengo que voy á hacerte una mala partida.

—¿Y qué mala partida es esa?—preguntó Ernesto sonriéndose.

—Buscarme un amante.

—Buena tontería teniéndome á mí.

—Puedes tomar á broma cuanto te digo; pero has de saber que, si te casas, tendré por amante al hombre que más puede perjudicarte.

—¡Hola! ¿Y quién es ese caballero?

—Tu tio.

—¡Diablo! ¿Sabes que esa amenaza es capaz de hacerme reflexionar?

—Sí, tu tio, á quien procuraré enloquecer hasta tal punto, que te arroje de su casa y te niegue su proteccion.

—¿Con que, es decir, que me amenazas con la miseria? ¿Me enseñas el infierno desde las puertas del Paraíso?

—Ya te he dicho que soy celosa, y que tengo valor para vengarme.

—Escucha, Marieta,—añadió Ernesto, acariciando la blanca mano de la bailarina,—puesto que has tenido la amabilidad de convidarme á cenar esta noche en tu casa, te suplico que no me hables de mi próximo enlace y que no nos ocupemos más que de nuestro amor. Y en cambio, guarda este recuerdo que te he traido para que adornes tu hermosa garganta en la alegre tarantela que bailas en el tercer acto.

Y Ernesto sacó del bolsillo del pecho del frac un elegante estuche de chagrin verde, que puso en las manos de la bailarina.

Marieta abrió precipitadamente el estuche, y sus ojos brillaron de un modo irresistible.

—¡Ah! ¡Qué preciosa gargantina de brillantes! Veo que es imposible estar enojada contigo. Esta noche cenaré con ella puesta á tu lado.

Y volviendo á mirar con complacencia los diamantes, añadió:

—Preciso es confesar que tienes muy buen gusto.

En este momento se oyó una voz en la puerta del salon, que decia:

—¡Cuerpo de baile! ¡Señorita Marieta, señorita Fany, preparadas! ¡Coro!

Marieta estrechó la mano de Ernesto, y le dijo en voz baja:

—Te amo mucho. Hasta luego.

Y partió con la ligereza de una hada hácia el escenario.

Un pollo largo, enteco, con el rostro trasnochado, vestido con admirable pulcritud, que apoyado en el respaldo de una butaca habia dirigido más de una vez miradas codiciosas á Marieta, tan pronto como esta desapareció acercóse pausadamente hácia Ernesto, y tomó asiento á su lado en el divan.

—¡Hola, baron!—le dijo.

—Buenas noches, marqués.

—Chico, —añadió el pollo flaco,—voy á dirigirte una pregunta, si me prometes no enfadarte conmigo, pues tú ya sabes cómo pienso yo en cuestion de mujeres.

—Dirige todas cuantas quieras. Con esa salvedad por delante, ya no puedo enfadarme.

—Díme, ¿cuánto tiempo piensas continuar con Marieta?

El baron soltó una carcajada.

—Ríete todo cuanto quieras; pero contesta á mi pregunta.

—Hombre, te voy á ser franco: como dentro de cuatro ó seis dias entraré en el gremio de los hombres casados, pensaba esta noche, despues de cenar con Marieta, darla el último adios de despedida. Con ese objeto le habia comprado un aderezo de diamantes en casa de Ansorena, para dejarle algun recuerdo agradable de nuestros amores; pero...

—Malo; ese pero me anuncia que al verla esta noche con el traje de sílfide has cambiado de parecer.

—No, no es el traje.

—Entonces...

—Es una amenaza que me ha hecho hace un instante, y que te juro que ha helado la sangre de mis venas.

—¡Diantre! ¿Y qué amenaza es esa?

—Óyela, y admira el ingenio de ciertas mujeres. Marieta me ha dicho que si la dejo se decide desde mañana á hacer el amor á mi respetable tio, con el objeto de que me retire su proteccion y me cierre su bolsa; y ya comprenderás, querido marqués, que si esta amenaza se realizara, yo me encontraria poco menos que pobre de solemnidad, y ya sabes que á nosotros la pobreza nos produce un efecto horripilante.

—Efectivamente, la amenaza es terrible. Porque ¿qué no conseguirá Marieta cuando se proponga enloquecer á un hombre?

—Y sobre todo, un hombre como mi tio, un pobre viejo que nunca ha amado, que no tiene otra ocupacion que aculatar pipas; y cuando el amor entra por primera vez en un pecho de sesenta años, produce efectos espantosos. Pero ¿por qué me preguntabas que cuándo concluia con Marieta?

—Porque deseaba que en tu testamento de amor me nombraras tu heredero.

—Tú eres rico y jóven; procura desbancarme.

—Eso es bastante difícil, sobre todo hoy que acabas de regalarle un aderezo de diamantes.

—Lo único que yo puedo hacer por tí es volverme exigente, avaro y gruñon.

—¡Oh! si hicieras eso, casi estoy por asegurarte que antes de ocho dias me convidaba á cenar Marieta.

—Poca confianza te inspira la firmeza de mi querida.

—¡Ah! querido baron, en estos casos la conciencia es una señora ridícula, que todo el mundo se rie de ella.

—Dices bien; no hay que tener fe en los corazones que bailan sobre los tablados de los teatros.

—Pero ¡calla!—dijo el marqués, calándose los quevedos y mirando hácia la puerta.—¿No es aquel el duque de San Plácido?

—El mismo en cuerpo y alma.

—¿Conoces al que le acompaña?

—Sí; un modesto empleadillo, hermano de una muchacha muy linda por cierto. Pero como el duque es tan demócrata y tan artista...

—Se ha hecho amigo del hermano, enamorado de la parte estética de la hermana,—añadió el marqués riéndose.

—¡Quién sabe, tal vez tengas razon!

CAPÍTULO IX

DONDE JULIO ENCUENTRA LO QUE BUSCA

El duque de San Plácido y Julio, tan pronto como entraron en el salon, vieron á Ernesto.

—Aquí está lo que buscamos,—dijo el duque en voz baja.

—Sí, ya le veo. Pero no está ella.

—¿Quién es ella?

—Toma, mademoiselle Marieta: una bailarina encantadora, que es en la actualidad la querida de Ernesto.

En este momento se oyeron grandes risas á la puerta del salon, y pronto entraron doce ó catorce mujeres, que como alegres mariposas se extendieron por el local en busca de sus amantes.

Marieta, que era una de las que habian invadido el salon, agradecida del reciente regalo que acababa de hacerle Ernesto, fué á sentarse á su lado. El marqués se separó de su amigo, dejándole el campo.

Julio dirigió una mirada hácia el divan donde se hallaban Ernesto y Marieta dulcemente entretenidos hablando en voz baja.

Habia bastante gente en el salon.

—Creo, querido duque,—dijo Julio en voz baja,—que la ocasion es oportuna para llevar adelante el plan que he concebido.

—¿Pero qué diablos piensa usted hacer?—preguntó el duque con marcada curiosidad.

—¿No estamos en el teatro?

—¡Quién lo duda!

—Pues bien; preparo un golpe de efecto, pero de un efecto inesperado, que va á causar un gran asombro al baron de Labra, tratándose de mi humilde persona, que siempre ha sido inofensiva. Así, pues, ruego á usted que me deje solo algunos segundos; esta separacion será breve; pero le suplico al mismo tiempo que no se ausente del salon, ó por mejor decir, que no me pierda de vista, pues puedo necesitarle de un momento á otro para que tome parte en mi asunto.

El duque comenzó á comprender de lo que se trataba, y cogiendo con cierto interés una mano de Julio, le dijo en voz baja:

—No olvide usted, amigo mio, que Ernesto maneja admirablemente las armas.

—¡Bah!—contestó con cierta indiferencia Julio;—si llega el caso grave ya procurarán mis padrinos arreglar las condiciones de un modo equitativo para los dos.

Y Julio, estrechando cariñosamente la mano del

duque, le saludó con una sonrisa, diciéndole al mismo tiempo:

—No me pierda usted de vista, puedo necesitarle.

Julio, al separarse del duque de San Plácido, se dirigió hácia el divan en donde se hallaban Ernesto y Marieta, que embebidos en su conversacion, no se apercibieron hasta tenerle á su lado.

El baron, á quien no hizo gracia la presencia de un testigo, que por otra parte le era poco simpático, levantó la cabeza, y fijando una mirada algo dura en Julio, añadió con sequedad:

—¿Qué se ofrece?

Julio no le respondió; pero continuó mirando con provocativa insolencia y sonrisa desdeñosa en los labios á Marieta, en cuyos hermosos ojos se advertia el asombro que aquella curiosidad intempestiva la causaba.

Ernesto conocia á Julio, y no ignoraba que era un muchacho tan modesto como bien educado, estrañándole sobremanera verle faltar en aquel instante á todas las reglas de la urbanidad y del respeto que se debe á las señoras.

—¿Ha perdido usted el uso de la palabra, jóven?—preguntó el baron, fijando una mirada provocativa en Julio.

—Cuando uno encuentra ante su paso á una belleza sobrehumana, siente necesidad de entregarse por completo á la contemplacion, ó por mejor decir, á la admiracion de tan precioso tesoro.

Julio contestó estas palabras con mucha calma, sin desorientarse ante la mirada provocativa de Ernesto.

Marieta escuchaba á aquel hombre con cierta mezcla de complacencia y de admiracion.

Ernesto no podia esplicarse por qué Julio, cuya modestia le era conocida, dedicaba por decirlo así aquellos elogios á quema-ropa á su querida.

—¡Ah! segun parece, encuentra usted muy hermosa á Marieta?—preguntó Ernesto.

—Y tanto,—repuso Julio,—que se ha apoderado de mí un irresistible deseo de ser el dueño de tanta gracia, de tanta hermosura, aun á despecho de su amante el baron de Labra.

Ernesto se estremeció, palideció notablemente; pero conteniendo la tempestad que en su alma habian levantado aquellas palabras provocativas, dejó asomar á sus labios una sonrisa desdeñosa, y dijo:

—Eso no es imposible, pero tampoco es fácil.

—¡Ah! en cuanto la hermosa Marieta se convenza de la diferencia que hay de un corazon de oro á un corazon de cieno, la victoria será mia. ¿No es verdad, encantadora sílfide?

Y Julio extendió la mano, con intencion sin duda de coger la preciosa barba de la bailarina.

Ernesto cogió bruscamente aquella mano, que iba á inferirle un nuevo insulto al acariciar el rostro de su querida.

—¿Viene usted á buscar un lance conmigo?—le preguntó en voz baja, pero conmovido y trémulo.

—Vengo á robarle á usted su querida,—contestó Julio sin inmutarse,—porque usted es indigno, señor baron, de poseer semejante tesoro.

Ernesto, ciego ya de cólera ante aquel nuevo insulto, levantó la mano derecha para castigar la insolencia de Julio; pero este detuvo el golpe, y cogiendo aquel brazo que le amenazaba y sacudiéndole con fuerza, despidió al baron con tal violencia, que fué á caer descompuesto junto á un divan, á tiempo que Marieta lanzó un grito de espanto.

Ernesto se levantó rugiendo de ira, y abalanzándose sobre Julio, esclamó:

—¡Yo mataré á ese hombre!

Julio, que esperaba á su enemigo sin descomponerse, le cogió con asombrosa rapidez por las solapas del frac, y agitándole con violencia, le dijo, soltando al mismo tiempo una carcajada:

—Tú eres demasiado cobarde para matar á nadie.

En este momento los gritos de Marieta aumentaron. Todo el mundo tomó parte en aquel escándalo; fueron separados los dos combatientes, y un murmullo general de asombro se extendió por el salon.

Entonces Julio, levantando la voz é indicando con la mano á los que le rodeaban que se tranquilizaran, dijo:

—Señores, esto no es nada, y como creo que el señor baron de Labra es un caballero, ó al menos lo parece, no tengo que indicarle yo cómo se arreglan estos negocios.

Y dirigiendo la palabra al duque de San Plácido, añadió:

—Señor duque, hágame usted la honra de entenderse con Ernesto.

Y diciendo esto, sacó un cigarro de la petaca, y fué á sentarse en uno de los divanes del extremo opuesto del salon.

Los concurrentes continuaron comentando el escándalo, formando corrillos.

Un lance de esta naturaleza en los teatros, siempre es entretenido. Hay algo de qué hablar durante cuarenta y ocho horas.

¿Qué importa á los desocupados que se mate un hombre? ¡Hay tantos de sobra!...

Los amigos de Ernesto, que le rodeaban, habian procurado tranquilizarle.

Marieta, la heroina de aquel escándalo, hablaba con cuatro ó seis bailarinas, refiriéndoles detalladamente todo lo que habia sucedido.

Mientras tanto, el duque de San Plácido se acercó al círculo donde estaba Ernesto.

Todos habian oido claramente que Julio le habia elegido por su padrino.

—¡Ah! señor duque,—dijo Ernesto al verle;—mucho lo siento, pero me veo en la necesidad de matar á su ahijado de usted.

—O de morir, querido baron, porque nadie es capaz de afirmar lo que sucederá en un duelo.

Ernesto se encogió de hombros, y dirigiendo la palabra al marqués, añadió:

—Ten la bondad de entenderte con el señor duque. Busca tú mismo otro compañero que me represente; pero no olvideis que yo quiero que el duelo se efectúe

á muerte, y que como soy el agraviado, elijo la pistola. Quiero batirme mañana; os espero por consiguiente en casa de Marieta, en donde cenaremos juntos.

Ernesto se levantó, saludo á sus amigos, fué adonde estaba la bailarina, y dándola el brazo, la dijo en voz baja:

—Vamos á tu cuarto; tengo que hablar contigo.

Mientras tanto, el duque de San Plácido, sentándose en un divan, comenzó á arreglar las condiciones del duelo á muerte entre el baron de Labra y Julio de Monforte.

FIN DEL TOMO TERCERO

ÍNDICE

TOMO TERCERO

LIBRO PRIMERO

UNA VOLUNTAD DE HIERRO

			Páginas
Capítulo	I	El hombre de los cabellos blancos.	5
—	II	El fuego y la nieve.	12
—	III	El halcón y la paloma.	20
—	IV	En donde el conde de la Fe prueba que también pueden defenderse las malas causas. . . .	26
—	V	La duda en el alma.	33
—	VI	Ni un paso atrás.	40
—	VII	Un carácter enérgico.	50
—	VIII	Vacilación.	54

LIBRO SEGUNDO

CONTINÚA LA LECTURA

Capítulo	I	Recuerdos.	65
—	II	Correspondencia.	71
—	III	El crepúsculo oriental.	78
—	IV	Donde se reanuda la interrumpida lectura del manuscrito.	85
—	V	Donde continúa la lectura del manuscrito. . .	95
—	VI	Donde Ángela vuelve á reunirse con su hijo. .	106
—	VII	Las dos cartas.	114
—	VIII	La última palabra.	122
—	IX	Una prueba más.	132
—	X	Un emisario del conde de la Fe.	140

LIBRO TERCERO

—

LA CONVALECENCIA

Páginas

Capítulo I Donde se demuestra que el general Lostán no olvida á sus enemigos. 153
— II Una escena íntima. 161
— III El emisario del conde de la Fe. 168
— IV La carta de Blanca. 176
— V Un alma generosa. 184
— VI Las páginas del general Lostán. 193
— VII La impaciencia del que espera. 202
— VIII Donde Daniel se despide del conde. 209
— IX Encuentro inesperado. 219
— X En las orillas del lago. 228
— XI Adiós para siempre. 236
— XII La partida. 245

LIBRO CUARTO

—

EN MADRID

Capítulo I El tío de Indias. 257
— II El tío y el sobrino. 265
— III Donde Ernesto y su criado Gorrión estuvieron á punto de morir de felicidad. 275
— IV En el café Imperial. 281
— V ¡Dinero! ¡dinero! ¡dinero! 292
— VI Los vivos y los muertos. 300
— VII Donde Ernesto visita á su antiguo protector. . 307
— VIII Los recuerdos de un viejo alegre. 316
— IX Donde continúa la conversación de los dos viejos. 325

LIBRO QUINTO

—

ABNEGACIÓN

Capítulo I Un alma generosa. 335
— II Una escena difícil. 341

Páginas

Capítulo III Amor fraternal. 350
— IV Desprendimiento. 358
— V La carta de Suiza. 370
— VI Una comisión dolorosa. 377
— VII Otra vez en Horche. 385
— VIII La primera visita. 393
— IX Al pié de la tumba. 399
— X Los recuerdos de la infancia. 405

LIBRO SEXTO

—

EL SOBRINO DEL MILLONARIO

Capítulo I Donde se da cuenta de una embajada. 415
— II Correspondencia. 422
— III Nuevas dificultades. 430
— IV Donde el millonario desempeña su comisión. . 439
— V Sin apelación. 449
— VI La esperanza y la duda. 460
— VII Las dos amigas. 468
— VIII Un demócrata de sangre azul. 477
— IX Una agradable sorpresa. 487
— X Un pensamiento. 497

LIBRO SÉTIMO

—

EL DESTERRADO VOLUNTARIO

Capítulo I Efectos de una declaración de amor. 507
— II La amistad verdadera. 516
— III Donde Alvaro sabe lo que desea. 524
— IV Continuación del anterior. 532

LIBRO OCTAVO

—

IMPOSICIONES

Capítulo I Los nuevos planes del conde de la Fe. 545
— II Matar ó morir. 553

Páginas

Capítulo III La calma después de la tempestad. 560
— IV Una gota de bálsamo. 569
— V Fingimiento. 575
— VI Preparativos. 584
— VII Revelaciones. 591
— VIII Los tres amores. 599

LIBRO NOVENO

UN GOLPE DE EFECTO

Capítulo I Donde Ventura sabe por qué quiere casarse su amo. 609
— II La losa mortuoria. 618
— III Una visita inesperada. 624
— IV El genio del bien. 630
— V Donde el general prepara la emboscada . . . 639
— VI La verdadera nobleza. 645
— VII Un pensamiento que merece la aprobación del duque. 653
— VIII En el salón de descanso. 660
— IX Donde Julio encuentra lo que busca. 667

EL
MANUSCRITO DE UNA MADRE

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA POR

D. EUSEBIO PLANAS

SEGUNDA EDICION CORREGIDA Y AUMENTADA

TOMO IV

MADRID

ASTORT HERMANOS, EDITORES

Plaza de la Armería, número 4

1877

LIBRO DECIMO

DESPUES DE LA ORGIA, EL DUELO

CAPÍTULO PRIMERO

EN EL CUARTO DE LA BAILARINA

Cuando Marieta entró en su cuarto, arrojándose al cuello de Ernesto, le preguntó con acento conmovido:

—Pero ¿vas á batirte con ese hombre?

—Sí, hija mia, voy á batirme, y espero castigar de un modo duro su insolencia.

—¿ Pero y si él te mata?

—¡Bah! eso no es tan fácil.

—Sin embargo, cuando dos hombres se ponen uno frente á otro con armas iguales...

—¡Qué remedio! yo no he buscado este lance. Ya sabes que él ha venido á provocarme.

—Sí, sí, ya lo sé, toda la culpa es suya.

Y como Marieta se llevase las manos á los ojos para enjugar las lágrimas, Ernesto, rodeando su brazo por la

cintura, besó los hermosos cabellos de la bailarina, diciéndole al mismo tiempo con alegre entonacion:

—Vamos, Marieta, no quiero verte triste, no quiero que tus hermosos ojos se empañen con las lágrimas. Confia en mí, y ten la seguridad de que castigaré á ese insolente.

Y cambiando de entonacion, añadió:

—No olvides que esta noche me has convidado á cenar, y que yo quiero pasarla alegre y feliz en tu compañía.

—Pues yo te aseguro,—dijo la bailarina,—que no tendré humor para nada. ¿Cómo quieres que me ria, que esté contenta y alegre, cuando sé que corre peligro tu existencia?

—Tu desconfianza me ofende, Marieta. Parece como que dudas de la destreza de mi brazo y del valor de mi corazon.

—¡Oh! no, no; ya sé que eres valiente, ya sé que eres diestro en el manejo de las armas; pero me disgusta que arriesgues tu vida, porque te amo.

Y la bailarina, dejándose llevar de uno de estos entusiasmos hijos del amor, se arrojó al cuello de su amante, aumentando sus lágrimas y sus suspiros.

Ernesto amaba á aquella mujer como se ama á una querida jóven y bonita, y no dejaba de halagarle el interés que le demostraba.

—No olvides, Marieta,—añadió Ernesto en son de broma,—que aun tienes que presentarte en el tercer acto ante el público, que embelesado con tu sonrisa y tu gracia, no concibe las lágrimas en tus ojos ni la pa-

lidez en tus mejillas. Vuelvo á repetírtelo; tranquilizate, y mientras yo dispongo algunas cosas para que cenen dos amigos con nosotros, te ruego que convides á dos de tus compañeras, para que sea mas amena la funcion. Pasaremos en tu casa hasta el amanecer, y las dulces libaciones del champagne, y el fuego de tus hermosos ojos, darán á mi brazo toda la destreza y valor de que necesita para salir airoso en el duelo. Así pues, adios, querida mia. Volveré á buscarte antes de terminar la funcion, para conducirte en mi carruaje á tu casa.

Y Ernesto desprendiéndose de los brazos de Marieta, salió de su cuarto.

Cuando la bailarina se quedó sola fué á colocarse delante del espejo de su caprichoso tocador; se enjugó cuidadosamente los ojos, arregló un poco su descompuesto peinado, y apoderándose de su caja de colores, retocó con mano maestra su semblante, ensayando de vez en cuando encantadoras sonrisas ante el espejo.

El público la esperaba, y era preciso olvidar los gemidos y las lágrimas, porque el amor de las mujeres como Marieta, generalmente es voluble como el vuelo de la mariposa.

Durante el tercer acto, mientras la encantadora bailarina recibia los aplausos y los bravos de entusiasmo del público, Ernesto se habia hecho conducir á su casa precipitadamente.

Ventura, que le esperaba en su habitacion, estrañándose de que su amo regresase tan temprano aquella

noche, como era un criado que se tomaba ciertas familiaridades con su amo, le preguntó:

—¿Qué ocurre, señorito?

—Nada; sencillamente, que me bato mañana.

—¡Diablo!—esclamó Ventura, retrocediendo un paso; —pues no me parece eso nada sencillo.

—Para mí sí: ¡me he batido tantas veces! Pero no perdamos el tiempo: este noche ceno en casa de Marieta con unos amigos. Vendrás allí á reunirte conmigo tan pronto como termines las comisiones que voy á darte. En primer lugar, no quiero que mi tio sepa nada de este duelo.

—Está bien; no sabrá nada, ó por lo menos nada le diré yo.

—Coges mi caja de pistolas; te apoderas del primer coche que encuentres al paso, te diriges á casa de Lhardy, y compras algunas friolerillas para reforzar la cena que ya me tenia dispuesta Marieta. No te olvides de una cabeza de jabalí trufado que he visto esta tarde en el escaparate, un botecito de «salsa tártara» y un par de tarros de «patefroa.» ¡Ah! que te pongan en una cesta media docena de botellas de vino añejo de Borgoña. En fin, lo que quieras; toma.

Y el baron, al decir esto, sacó de su cartera cuatro billetes de mil reales, que entregó á Ventura, añadiendo:

—Te prevengo que empezaremos á cenar á la una de la noche, y que á esa hora quiero que estés ya en casa de Marieta con todos mis encargos concluidos.

Y Ernesto salió precipitadamente de su habitacion,

bajó al portal, donde le esperaba el coche, y se hizo conducir de nuevo al teatro de la Opera.

Ernesto llegó aun á tiempo: la funcion terminaba al subir él las escaleras que conducian al cuarto de Marieta.

—¿Has convidado á dos de tus amigas?—le preguntó.

—Que aceptaron con mucho gusto.

—¿Y quienes son?

—Pitt la inglesa, y Max la alemana.

—Has tenido una buena eleccion; son dos rubias encantadoras.

—¿Ya me das celos antes de empezar la cena?—dijo Marieta.

—Esta noche te juro que seré todo tuyo,—contestó Ernesto.

—¿Esta noche nada mas?

—¿Te parece poco?... Veo, querida Marieta, que tienes una ambicion desmesurada. ¿Quién es capaz de decir lo que va á sucederme mañana?... Además, yo no puedo ofrecerte mas que el presente; pues el porvenir, para un hombre que va á batirse, es un problema.

Esta conversacion la sostenian Ernesto y Marieta separados por una cortina de seda, detrás de la cual esta se quitaba sus gasas y sus guirnaldas de flores ayudada por su doncella.

El que tiene la costumbre de estar familiarizado con esa vida íntima de bastidores, sabe cuántos deseos y cuántas ilusiones alimentan esas débiles murallas de

seda, de terciopelo ó de lana, detrás de las cuales se visten y desnudan las mujeres de teatro.

¡Cuántas miradas de codicia traspasan á veces impudentemente á través de las mal cerradas cortinas, para fijarse en el alabastrino hombro ó desabrigada espalda de una artista! Y si aquella espalda ó aquel hombro tienen la belleza estética que el buril del escultor trasmite á la estátua de Vénus, entonces el vértigo se apodera de la imaginacion del amante, y no es difícil que de locura en locura, el hombre que se ha creido bastante rico para reirse del porvenir, acabe, devorado por los acreedores, levantándose la tapa de los sesos en una noche de insomnio y de desesperacion.

Marieta estaba tan acostumbrada á cambiar de traje como de amantes, y aunque no tenia nada que ocultarle á Ernesto, le mantuvo con sus encantadoras amenazas á la parte exterior de la cortina.

Apenas emplearia doce minutos en cambiar de traje, y Ernesto la vió salir de su deleznable santuario con su elegante sombrero de terciopelo echado sobre las cejas, y envuelta en su rico abrigo de piel de marta.

—¡Gracias á Dios!—exclamó el baron.

—¿He tardado mucho?

—No; pero tengo un hambre bestial.

—Entonces vamos á cenar,—dijo la bailarina.

—¿Y tus amigas?

—Pitt y Max vendrán á casa con el coche de la empresa.

—Sentiria mucho que faltaran.

—¡Oh! descuida, cuando se trata de cenar y de comer bien, no faltan nunca mis amigas.

Ernesto dió el brazo á Marieta para conducirla hasta el coche, que les esperaba á puerta del teatro.

CAPÍTULO II

ANTES DE LA CENA

Marieta habitaba un cuarto principal de la calle de Bordadores.

Se habia encargado de amueblarlo el tapicero del teatro, mediante una cantidad mensual, que por entonces pagaba el baron de Labra. Era una de esas casas novelescas, donde al bruñido, estuco y los filetes dorados, suplen la escasez de piezas, muchas veces necesarias.

Pero Marieta solo tenia dos habitaciones amuebladas, el comedor y su gabinete; le servian la comida de la fonda de las «Cuatro Naciones,» y en su cocina raras veces se encendia fuego.

Vivia sola con una doncella, que la servia para todo; una muchacha italiana que sabia peinarla admirablemente, y recibia á sus amigos con exquisita amabilidad; se llamaba Corina. Tal vez este era el nombre de guerra de aquella muchacha.

La noche que nos ocupa, como Marieta daba de ce-

nar á sus amigos, habia dispuesto que dos camareros de la fonda lo arreglaran todo, y como para ciertas gentes cenar en las noches de invierno careciendo del grato calor de la chimenea es insoportable, la bailarina habia dado sus órdenes para que, tanto su gabinete como el comedor, tuvieran sus chimeneas encendidas para las once de la noche.

Muchas mujeres como Marieta viven de un modo que no comprenden ni conocen ciertas madres de familia.

Para una mujer verdaderamente hacendosa, verdaderamente casera, lo primero es tener, como vulgarmente se llama, una «batería de cocina;» no comprenden una casa sin que esta dependencia esté perfectamente servida. Marieta, por el contrario, creia que la cocina era una habitacion que estaba de más.

Entre los verdaderos enamorados del hogar doméstico, entre aquellos que colocan á la familia por encima de todo, es una cuestion de alta importancia al arreglo de los vasares. ¿Pero qué le importaba á Marieta tener pucheros y cazuelas, sartenes y cacerolas, platos, tazas y demás enseres de cocina, mientras tuviera amantes que pagaran en la fonda comestibles condimentados, que le mandaban dos ó tres veces al dia?

Además, la costumbre forma una segunda naturaleza, y Marieta hacia muchos años que vivia de aquel modo.

Pero siendo justos, debemos decir, que si bien en su casa no habia mas que dos piezas amuebladas, estas lo estaban con un gusto, con una delicadeza exquisita,

que no hubieran hecho desear nada á la mujer mas escrupulosa.

El gabinete-tocador de Marieta era un nido verdaderamente caprichoso, donde se respiraban los perfumes de Oriente y se pisaba sobre mullidas alfombras de Persia. Habia dos divanes de raso azul, inventados sin duda por el genio caprichoso de la comodidad. Sobre la ancha piedra de mármol negro de Bélgica que coronaba el remate de la chimenea, veíanse multitud de caprichosas superfluidades en derredor de un precioso reloj de bronce antiguo, que representaba á Apolo rodeado de sus hermanas las Musas.

En el fondo de esta habitacion se hallaba la cama de la moderna Terpsícore, cubierta por un elegante pabellon de seda cruda de China, bordada de mariposas y pajaros de vivísimos colores, de torzal. A los piés de la cama, que era de bronce dorado al fuego, se hallaba una pequeña fuente de mármol blanco, llena de agua de Colonia.

Sobre un magnífico velador de palo santo, colocado entre las dos butacas de enfrente de la chimenea, veíase una artística jaula de marfil con adornos de oro. Dentro de esta jaula un precioso pájaro americano, de un tamaño diminuto, batia sus alas y movia su pico, produciendo una especie de música melodiosa, debida al admirable mecanismo que encerraba dentro de él.

Era un pájaro de música, que cantaba siempre á voluntad de su dueña, regalo que un norte-americano, gran admirador de las gracias de Marieta, le habia hecho una noche de su beneficio en Boston.

La lámpara de cristal de roca que colgaba del artesonado techo, era tambien una obra de arte.

Por do quiera que se dirigian los ojos en aquella habitacion se admiraba el gusto de su dueño. Aquel gabinete no era otra cosa que un bazar lleno de recuerdos de las aventuras galantes de la bailarina.

Si nosotros quisiéramos entretenernos en detallar todo lo que el amor habia reunido en aquel precioso local, podríamos escribir muchos volúmenes.

Pero dejando el gabinete, donde tal vez no volveremos á entrar la noche que nos ocupa, dirijámonos al comedor, donde acaban de entrar Ernesto y Marieta.

La mesa estaba elegantemente servida; pero aunque Marieta cuando convidaba á alguno de sus amantes tenia la costumbre de que sobrara de todo, aquella noche, por una circunstancia inesperada, iban á reunirse cuatro convidados mas, con los que no se contaba.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Marieta,—mucho temo matar esta noche de hambre á mis convidados.

—No te apures por eso,—añadió Ernesto sonriendo;—pues sospechando lo mismo, he tomado mis medidas.

—¿Tus medidas?

—Sí; he mandado á Ventura á casa de Lhardy, y espero verle venir antes de poco con una cabeza de jabalí, con trufas y algunas otras frioleras.

—Eres un hombre previsor, y creo que te has ganado un beso.

Y Marieta, diciendo esto, aplicó sus hermosos labios á la frente de Ernesto.

—Ahora,—añadió,—mientras tú te fumas un cigarro al amor de la chimenea, yo voy á ponerme un traje de casa.

—No tardes mucho; cuando no estoy á tu lado, me parece el tiempo insufrible.

—Vuelvo al momento. Ven, Corina.

La doncella cogió una bujía, y salió delante alumbrando á su ama.

Ernesto se sentó en una butaca junto á la chimenea, sacó la petaca y encendió un cigarro.

Por un momento, la frente del baron, antes risueña y alegre, comenzó á tomar un tinte de profunda melancolía, y era sin duda que, á través del ceniciento humo de su cigarro, que al salir de su boca se elevaba en espiral hácia el techo, veia claramente los grandes peligros del hombre que debe batirse á las pocas horas.

La intemperancia inoportuna de Julio le demostraba que el hermano de Blanca habia ido exprofeso al teatro Real á provocarle.

Esta provocacion debia ser hija de una resolucion firme, de un plan meditado.

Ni él odiaba á Julio, ni creia ser odiado por él. ¿Por qué, pues, se colocaba en su camino, provocándole de aquel modo?

Una sospecha cruzó por su mente, y una sonrisa amarga y desdeñosa asomó á sus labios.

—¿Tendrá algo que ver en este fatal contratiempo

mi hermosa prometida la hija del general Lostan?—se dijo.—¡Quién sabe!

Esta sospecha se arraigó de un modo tenaz en la mente de Ernesto; pero de pronto la rechazó como si la creyese calumniosa para Clotilde.

—No, no,—se dijo,—no es ella. Julio debe grandes favores al general Lostan, y el general Lostan ha demostrado siempre una gran repugnancia en concederme la mano de su hija; y únicamente la imposicion poderosa del conde de la Fe ha vencido los marcados escrúpulos del que en breve será mi suegro; y mas fácil es que él...

Y Ernesto, haciendo un movimiento de cólera, como si quisiera desechar tristes pensamientos, añadió:

—Sea lo que sea, todo se reduce á que yo siente la mano y castigue á ese insolente, lo cual creo que no ha de serme muy difícil.

Despues de estas reflexiones, el baron de Labra continuó fumando su cigarro, y trascurrieron unos veinte minutos.

Marieta se entretenia demasiado en su tocador y comenzó á sentir impaciencia. Afortunadamente, la voz de su criado Ventura, que le pedia permiso para entrar, le distrajo.

—Adelante,—dijo Ernesto.

Ventura se presentó en el comedor llevando una gran bandeja de metal blanco, sobre la que descansaba una enorme cabeza de jabalí trufado.

—¡Bravo! Hemos conseguido la cabeza de ese indómito morador de la selva. Esto es siempre un gran re-

fuerzo para la mesa de Marieta. Supongo que traerás algo mas.

—Traigo dos preciosos faisanes de los Alpes, adornados de jaletina.

—Veo que eres un hombre útil. Entra los faisanes, y los colocaremos sobre la mesa. Pero avisa á los dos camareros, que deben estar en la antesala, para que nos ayuden.

Ocho minutos bastaron para trasformar completamente la mesa, en el centro de la cual campeaba la robusta cabeza del cerdoso jabalí, á la que hacian compañía los dos hermosos faisanes dorados de los Alpes.

Solamente estos dos platos, á los que rodeaban media docena de botellas de Borgoña añejo, eran muy suficientes para despertar la gula al hombre mas sóbrio é inapetente.

Ventura habia traido tambien una hermosa langosta de Mallorca y algunas frioleras mas, que se colocaron en una segunda mesa del comedor.

Por muy hambrientos que estuviesen los convidados, tenian suficientes manjares para proporcionarse una indigestion.

Cuando Marieta entró en el comedor y se apercibió del notable cambio que habia sufrido la mesa, no pudo menos de aplaudir con el aturdimiento de una niña.

—¡Oh! eres un hombre admirable, Ernesto. Mis convidados no tendrán motivo para decir que en mi casa se come mal, y tú sabes lo difícil que es entre gente de buen tono saber comer.

Mientras Marieta pronunciaba estas palabras, Er-

nesto no apartaba de ella los ojos, porque aquella mujer estaba verdaderamente encantadora. Vestia una bata de terciopelo negro con adornos de raso blanco, ceñida al cuerpo de un modo tan elegante, que dibujaba perfectamente sus bellas formas.

Su pelo, negro como el azabache y brillante como el acero, la caia formando cuatro tirabuzones sobre los hombros y la espalda.

Una multitud de pequeños rizos le caia sobre la frente como una finísima blonda de encaje, y en medio de estos rizos, colocada con exquisita gracia, resaltaba una camelia blanca como el alabastro.

Ernesto no habia encontrado nunca tanta hermosura en Marieta.

CAPITULO III

LOS CONVIDADOS DE MARIETA

Marieta fué á ocupar una butaca en frente de Ernesto, y como este continuara mirándola como encantado de tanta belleza, la bailarina le preguntó:

—¿A qué hora has convidado á tus amigos?

—Les he dicho que empezaríamos á cenar á la una en punto; pero no me impacienta su tardanza, porque así me conceden mas tiempo para admirar tu hermosura.

—Aún no son mas que las doce y media... Pero ¡calla! oigo el ruido de un coche que se detiene á la puerta. ¿Serán ellos?

—O ellas, porque tambien esperamos á tus amigas.

Un momento despues, se presentaban en la puerta del comedor Margarita Max y Laura Pitt.

Las dos bailarinas arrojaron sus anchos abrigos sobre un sofá, y fueron á besar á su amiga.

Iban vestidas de azul; habian escogido el color favorito de las rubias y de las blancas.

La hermosura de estas muchachas era menos brillante que la de Marieta, pero no por eso carecian de encantos y atractivos.

—¡Oh! ¿quién te ha dicho, querida Marieta, que mi comida favorita es la cabeza de jabalí con trufas?— preguntó la alemana.

—Y la mia los faisanes,—añadió la inglesa.

—Entonces me doy la enhorabuena por haberos acertado el gusto.

—Pero ¿dónde están esos señores que van á tener la honra de cenar con nosotras?—preguntó Margarita.

—No pueden tardar; les he citado para la una de la madrugada.

—Entonces no habrá mas remedio que esperar la hora convenida,—repuso Laura

—¿Supongo que serán amigos tuyos?

—Son amigos del baron; es lo mismo.

—¿Y cómo se llaman?

—Ernesto, ten la amabilidad de contestar á mis amigas.

—Uno de ellos,—contestó Ernesto, que hasta entonces no habia tomado parte en el diálogo,—es el marqués del Portillo; el otro, el coronel Carranza.

—¡Ah! le conozco,—esclamó la alemana,—y prefiero el coronel para mí, pues me gustan mucho los militares.

—¿Sabes, Margarita, que eso es una injusticia?—añadió la inglesa.

—¿Por qué?

—Toma, porque eliges á tu gusto, dejándome á mí á un aristócrata enclenque y enfermizo.

—Te dejo á un rico, y me quedo con un pobre; no creo que debes tener queja de mí.

—Es que aquí no se trata de hacer fortuna, sino de cenar bien, y yo creo que el señor marqués del Portillo, á juzgar por su semblante pálido y su demacracion, debe hacer muy mal las digestiones.

Esta ocurrencia de lady Pitt hizo reir á sus amigas y sonreir á Ernesto.

—Así pues, mi opinion, ajustada á la legalidad, se reduce á que la suerte decida.

—Como gustes; no es mi ánimo indisponerme contigo.

—Pondremos, pues, en dos pedazos de papel iguales, en el uno «coronel,» y en el otro «marqués,» y luego la suerte decidirá quién ha de ser esta noche nuestro compañero de mesa.

—Aceptado.

—Veo que están ustedes echando las cuentas sin la huéspeda.

—¿Y por qué, baron?

—Porque seria mas lógico dejarles á ellos la eleccion.

—¡Bah!—repuso Margarita, haciendo una mueca encantadora con los labios;—no se trata de un amante para quince dias, sino para quince minutos, y yo no creo tan mal educados al coronel ni al marqués, que rechacen á alguna de nosotras, cuando al asomar por

esa puerta nos colguemos cada una del brazo de aquel que nos haya tocado en suerte, diciéndole:

—Esta noche va usted á cenar á mi lado.

Ernesto, convencido de las poderosas razones que le daba Margarita, escribió los nombres de sus amigos en dos pedazos de papel, los dobló metiéndolos luego en un sombrero, y presentando este á las bailarinas, dijo:

—La suerte decida.

La alemana vió coronados sus deseos por la suerte, pues le tocó el coronel Carranza, y la inglesa tuvo que resignarse con el marqués del Portillo.

A la una menos cuarto, un camarero anunció la llegada de los dos convidados.

El baron suplicó á las bailarinas le dejaran solo cinco minutos con sus amigos, y las tres salieron precipitadamente por una puerta de escape.

Ernesto deseaba saber con qué condiciones se habia arreglado el duelo.

—¡Qué solo estás, baron!—dijo el marqués entrando.

—¿Cómo vamos á comer todo esto sin auxilio del bello sexo?—añadió el coronel.

—No, amigos mios, nuestras musas acudirán á mi voz tan pronto como me deis cuenta de la comision que os he encargado esta noche,—repuso Ernesto.

—La comision se reduce sencillamente á estas palabras: que te bates á las ocho de la mañana á pistola, á veinte pasos, avanzando cinco mas despues de hecho el primer disparo; el sitio, en la dehesa de los Carabancheles.

—Perfectamente.

—El marqués lleva en el bolsillo el acta extendida, á la que solo falta tu firma.

—La pondré en el acto.

Y mientras el baron firmaba el acta, el marqués, dirigiendo una mirada á aquella mesa, cargada por todas partes de botellas, dijo:

—Creo, querido Ernesto, que haces muy mal en cenar fuerte esta noche; porque á juzgar por los preparativos que se extienden por esa mesa, no han de quedarte muchas horas para entregarte al descanso.

—No pienso dormir; desde aquí nos iremos á los Carabancheles á terminar el asunto del duelo.

—Sin embargo, el descanso es muy útil para el que va á batirse: tiene el pulso mas sereno.

—¡Bah! los hombres como yo, lo dejan todo al capricho de la suerte, y aprovechan los pocos instantes de placer que les proporciona la vida. Prohibo por lo tanto, que me hableis una palabra de lo que puede sucederme dentro de algunas horas. Lo único que deseo es que reine el buen humor en derredor de esta mesa. Disfrutemos, pues, de la vida hasta las siete de la mañana.

Y tirando del llamador de la campanilla, dijo á Ventura, que se presentó á recibir órdenes:

—Ventura, á las seis en punto, que esté mi carretela á la puerta de esta casa. Dejarás en ella mi caja de pistolas, y á las seis y media, sin que te detenga ninguna consideracion, entrarás á decirme estas palabras: «Es preciso partir, señorito; ha sonado la hora.» Puedes retirarte, y no olvides mi encargo.

Ventura salió del comedor.

—Ahora, señores, voy á buscar á nuestras ondinas para que comience la fiesta.

Y Ernesto salió por la misma puerta de escape por donde poco antes habian desaparecido las tres bailarinas.

—El baron es un verdadero calavera,—dijo el marqués;—despues de una cena con todo el carácter de una orgía, un duelo á muerte. Yo confieso que no haria otro tanto.

—¡Bah! el baron es valiente y diestro; todas las probabilidades están en favor suyo.

—Pero y si los vapores del vino trastornan su cabeza, ¿qué diablo de seguridades quieres que tenga con la pistola? Gracias que en vez de herir á su contrario, no nos hiera á nosotros.

—Es que en ese caso el duelo se aplazaria para cuando estuviera sereno.

—¿Y puedes tú asegurar que nosotros no nos encontremos en muy mal estado para ser padrinos? Vuelvo á repetirlo, esta cena es inoportuna.

—Querido marqués, á lo hecho pecho. Los dados están echados, la jugada no puede detenerse, y no olvides que el baron desea que no se hable del duelo en derredor de esta mesa.

—¡Plaza á la hermosura y á la gracia!—gritó Ernesto, entrando en el comedor con las tres bailarinas.

El coronel y el marqués corrieron á su encuentro.

—Un momento, señores,—repuso el baron.—Yo me he tomado la libertad de elegir á cada uno de vosotros

la señora á quien debeis obsequiar esta noche, y creo que no me desairareis.

—¡Oh! de ninguna manera,—exclamó el marqués, cuyos ojos se fijaron de un modo demasiado vivo en Marieta.—Ni el mismo Apolo seria capaz de decir cuál de estas tres hadas es la mas bella.

—Querido Carranza, da el brazo á Margarita Max, que es tu pareja: marqués, tú serás el caballero de Laura Pitt; procura que Inglaterra no quede descontenta de tí. Yo, á fuer de consecuente, me quedo con Marieta, y continúo mi alianza con Francia. Ahora, señores, á la mesa; abramos esta discusion gastronómica con una copa de Vermut, ese vino que honra á Italia, y unas cuantas docenas de ostras.

Y Ernesto, tirando del llamador de la campanilla, mientras sus amigos se sentaban á la mesa, dió órden para que los camareros comenzaran á servir la cena.

CAPÍTULO IV

DURANTE LA CENA

Para cenar bien sin preocupar la imaginacion con las condiciones higiénicas de ciertos manjares se necesita tener un estómago fuertemente educado, y generalmente acontece, que individuos de organizacion débil, como si la naturaleza quisiera recompensarles en algo, les concede un estómago que tiene alguna analogía con el del avestruz, que lo digiere todo sin tomarse el trabajo de ocuparse de que la digestion tiene sus horrores, que muchas veces proporcionan ratos malísimos.

Comer ostras, trufas y langosta despues de las doce de la noche, es una verdadera imprudencia, que á algunos hombres que yo conozco sólo de pensarlo se les erizaria el cabello.

Pero los convidados de Marieta tenian tan buen apetito y tan privilegiados estómagos, que ni siquiera se

ocuparon por un instante de que los cólicos existian en el mundo.

Comenzaron por devorar algunas docenas de ostras, humedecidas con otra docena de copas de vino de Borgoña.

Terminadas las ostras, comenzó, por decirlo así, la cena. Al principio se comió mucho y se habló poco, y si se exceptúa alguno que otro chiste perdido y alguna que otra fineza tributada por los caballeros á las damas, nada de particular ocurrió en aquella mesa durante los cuatro primeros platos.

Cuando los estómagos comenzaron á sentirse satisfechos y el primer taponazo del Champagne saltó por el aire, entonces la conversacion comenzó á ser mas amena, las fisonomías se pusieron mas alegres, los ojos mas vivos y las imaginaciones, aromatizadas por los vapores del vino, se mostraron mas fecundas y mas ingeniosas.

El coronel Carranza era un hombre robusto, bebedor como Marco Antonio, y pronto su fisonomía adquirió un tinte rubicundo, como si la sangre quisiera saltarle por todos los poros.

Ernesto permanecia puede decirse que impasible. Abusaba poco del vino, recordando sin duda que dentro de poco tenia que batirse á muerte.

En cuanto al marqués del Portillo, á pesar de las frecuentes libaciones, los vapores del vino no habian logrado desvanecer la lívida palidez de su rostro; solo sus ojos se enrojecian y empequeñecian, porque la naturaleza enfermiza del marqués no dejaba traspasar la vida á través

de la epidermis, y lo mismo se encontraba al levantarse del lecho que al terminar una orgía.

Esto en cuanto á los hombres. Las damas comenzaban á sentir con mayor viveza las influencias del vino, y particularmente Margarita, la alemana, cuyo hermoso rostro, convertido en una amapola, sacudia sus abundantes cabellos rubios, como si todo molestara á su cabeza loca.

Aquellos preludios de embriaguez, indicaban que el vino de Margarita Max era un vino alegre. Laura Pitt, por el contrario, mas silenciosa, exhalaba profundos suspiros, murmurando en voz baja:

—¡Oh! ¡el Champagne, el Champagne! ¡el rey de los vinos!

En cuanto á Marieta, no hacia mas que reirse, viendo en tan buen camino á sus amigas.

De repente la alemana dió un ruidoso beso en una de las rojas mejillas del coronel Carranza, y poniéndose en pié, cogió una copa de Champagne y dijo:

—¡Brindo por el primer poeta del mundo, por aquel que desde las orillas del Rhin inmortalizó mi nombre creando el tipo de la mujer enamorada! ¡Brindo por Goethe, por el autor del «Fausto»!

Ernesto, el marqués y el coronel Carranza se levantaron aceptando el brindis; pero al mismo tiempo extendió el brazo con actitud trágica Laura Pitt, y dijo:

—¡Yo no puedo aceptar este brindis, porque el primer poeta del mundo es inglés! ¡Brindo por Shakespeare, por Milton, por Byron!

Marieta no quiso que Francia dejara de tomar parte en aquella lucha, y levantando una copa, exclamó:

—Ni Alemania, ni Inglaterra: ¡brindo por Francia, que marcha al frente de la civilizacion y del escándalo! ¡Brindo por Francia, donde nacieron Racine, Corneille y Voltaire! ¡Brindo, en fin, por la tierra del can-can y de las entretenidas!

—Sí, sí, ese es el brindis que debemos aceptar,—exclamó el coronel Carranza, dominando con su voz la de las bailarinas, que comenzaban á disputar unas con otras.

—¡Gloria á Goethe!—exclamó la alemana, vaciando la copa.

—¡Gloria á Shakespeare!—repitió la inglesa, imitándola.

—¡Gloria á Racine!—añadió Marieta.

—¡Gloria al amor!—dijo el baron, soltando una ruidosa carcajada,—¡porque el amor es la vida del alma, el bello sol que disipa las nubes de la existencia, la alegría de las noches, y el bálsamo de la amargura!

—Sí, sí, ¡gloria al amor!—repitieron todos, llenando por segunda vez las copas.

El amor es cosmopolita, como todas las pasiones que conmueven y agitan el corazon. Hijo de la naturaleza, apenas existirá un grano de tierra en el Universo que no haya sido testigo de alguna escena de amor, porque él es la vida, la luz, el calor de la existencia; tiene su lenguaje particular, que no necesita de la palabra para expresarse, y puede decirse que, como la música, su len-

guaje es universal, porque hiere directamente á las almas, á los corazones.

Por eso el brindis de Ernesto fué aceptado con entusiasmo por los que se hallaban sentados con él al rededor de aquella mesa.

El Champagne, vino de los sueños de color de rosa y del amor, comenzó á ejercer su influencia entre los convidados de Marieta.

Las horas trascurrian alegres y rápidas, porque un beso, una sonrisa, una mirada, una palabra pronunciada en voz baja, son flores de la vida que embellecen la existencia.

Marieta, que era, por decirlo así, la persona mas sensata de aquella alegre reunion, y que estaba mas serena que todos, comprendió que si continuaban las libaciones de Champagne en la misma proporcion que habian comenzado, su amante no podria acudir al duelo con la vista serena y el pulso tranquilo.

Sabia, por otra parte, que Ernesto era valiente, y por ningun concepto esquivaria el desafío.

Así es que, levantando la voz para dominar las carcajadas y bulliciosa alegría que reinaba en la mesa, dijo:

—Señores, mi reloj marca las cinco menos cuarto; basta de Champagne.

—Si nos prohibes el Champagne,—exclamó la alemana,—podremos llamarte verdugo de nuestra alegría. ¡Viva el Champagne!

—Vosotras podeis beber cuanto os plazca; toda esa batería de botellas es vuestra; apuradla y emborrachaos en

buen hora; pero Ernesto y estos señores no deben beber ni una copa mas. Dentro de dos horas, el baron de Labra debe batirse con un hombre, y necesita tener despejada la vista y la cabeza serena.

Esta prudente advertencia de Marieta fué acogida con muestras de aprobacion por sus convidados, exceptuando Margarita Max, la alemana, que se encontraba en un estado muy poco á propósito para dedicarse á prudentes reflexiones.

—Te agradezco el interés que por mí te tomas, Marieta; pero tranquilízate: la pistola no temblará en mi mano; he tenido presente que debo batirme, y no he abusado del vino.

—Una gota acaba de llenar la copa, haciéndola rebosar. Yo te ruego que no bebas mas, y como supongo que tendrás que decirme algo antes de separarte de mí tal vez para siempre, yo ruego á estos señores nos permitan abandonarles por algunos momentos.

Y Marieta, levantándose, cogió del brazo á Ernesto, y sacándole del comedor, le condujo á su gabinete.

Dejemos por un momento en el comedor al coronel y al marqués, á la alemana y á la inglesa, y sigamos á Marieta y Ernesto.

Marieta, es preciso confesarlo, tenia un vivo interés en que su amante saliera victorioso del peligroso lance en que se hallaba empeñado.

Sobre un elegante velador, Ernesto vió un pequeño juego de café de China, donde humeaba, exhalando aromáticas emanaciones, el rico cocimiento de Moka.

—¿Qué es esto? ¿me conduces á tu gabinete para que tome café de nuevo?

—Sí, para que tomes un café que he mandado preparar, que te despejará por completo la cabeza; porque nadie en el mundo, Ernesto mio, me inspira tanto interés como tú. Siéntate pues, y tomemos un par de tazas de este cocimiento.

Ernesto se sentó en una butaca, y Marieta sirvió dos pequeñas tazas de café.

Cuando el baron probó el primer sorbo, hizo un gesto desagradable, diciendo:

—¡Diantre! esto es amargo como el absintio, y no veo por aquí nada con que endulzarlo. ¿Dónde está el azúcar?

—Se prohibe el azúcar, amigo mio. Es preciso que hagas este pequeño sacrificio.

—Como quieras; no quiero que me taches de poco galante en estos momentos.

Y Ernesto, haciendo un esfuerzo, vació de dos sorbos la taza.

Marieta imitó á su amante, volviendo á servir una segunda taza.

—¡Oh! veo que te has propuesto amargar mi existencia,—añadió Ernesto, sonriendo y rodeando cariñosamente con su brazo la cintura de la bailarina.

—Me he propuesto que vayas á ese maldito lance perfectamente despejado; quiero que salgas victorioso, porque mi amor está interesado en ello, porque yo no he sabido lo que te queria hasta esta noche que está tu vida en peligro.

—Ya procuraré defender mi existencia, aunque no sea por otra cosa que por el interés que ella te inspira.

—Yo bien sé que dentro de algunas horas, cuando te halles vencedor, olvidando á Marieta, irás á postrarte á los piés de Clotilde de Lostan, tu prometida.

—No es esta la ocasion oportuna para recordarme mi proyectado matrimonio, hijo del interés y no del amor. Si yo amara á Clotilde de Lostan tanto como te amo á tí, no hubiera pasado la noche á tu lado: no quiero, pues, oir en tus labios reconvenciones, sino palabras de amor. ¿Quién sabe lo que el porvenir me reserva? Me quedan escasamente cuarenta minutos que pasar á tu lado: demos, pues, al olvido todo cuanto existe fuera de este gabinete.

Marieta reclinó su hermosa cabeza sobre el pecho de su amante. Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos. En aquel momento era indudable que la bailarina sentia un vivo interés por su amante. Aquella voluble mariposa de los bastidores, ante el peligro de su amante, se sentia verdaderamente impresionada.

CAPÍTULO IV

DAR EN EL BLANCO

Mientras tenian lugar las escenas descritas ligeramente en casa de Marieta la bailarina, el duque de San Plácido lo habia dispuesto todo para el desafío que ante la luz del nuevo dia iba á tener lugar en la dehesa de los Carabancheles.

Mientras Julio fué á decir á su madre que le tocaba de guardia aquella noche en la oficina, y que por consiguiente no dormia en casa, el duque se dirigió en busca del doctor Mendez, para rogarle que le acompañara como testigo y como médico al duelo convenido.

El doctor Mendez era enemigo declarado de los desafíos.

—Nunca hay razon para que dos hombres se maten. Yo creo que en el mundo, ó sobran las leyes, ó sobran las armas,—dijo Mendez al duque.—Pero los hombres, cegados por su soberbia y por la impaciencia, acostum-

bran á tomarse la justicia por su mano, y esta precipitacion hace que muchas veces sucumba el inocente y quede triunfante el verdadero culpable.

—Estamos conformes, querido doctor. Apenas habrá un hombre honrado en el mundo que no esté en contra de los duelos, en los que siempre hay gran desigualdad; pero el hombre, animal incorregible, obedeciendo á esas leyes que se llaman del honor, seguirá batiéndose, muchas veces por causas frívolas, mientras el sol derrame sobre la tierra bastante calor para dar vida á los séres que le pueblan. Así pues, no nos ocupemos de regenerar la humanidad, y vuelvo á suplicarle acepte á mi lado el doble encargo de testigo y médico.

—Pero usted ha meditado que ese pobre muchacho...

—¡Oh! no tanto, no tanto como usted cree, querido doctor; y estoy seguro que se batirá con admirable serenidad.

—Sí, sí, no lo dudo; pero ese canallita de Ernesto es muy diestro en el manejo de las armas.

—El mal no tiene remedio, señor Mendez. Julio faltó en público de una manera grave al baron, y es preciso que se batan. Yo me conduelo tanto como usted de este lance; pero es preciso llevarlo á cabo, resulte lo que resulte. Vendremos á buscarle á usted á las seis de la mañana. No olvide usted su botiquin, porque indudablemente se derramará sangre.

Cuando el duque regresó á su casa, serian las doce y media de la noche. Julio le esperaba en su gabinete.

—¿Ha ido usted á despedirse de su madre?

—Sí, la pobre nada sospecha: la he dicho que estaba de guardia en la oficina.

—Mas vale así,—añadió el duque;—hubiera sido una crueldad hacerla sospechar...

—Por eso he preferido que me dé usted por algunas horas esta noche hospitalidad en su casa. Ahora, señor duque, solo me resta suplicarle que entregue esta carta á mi hermana, en el caso de que el baron lleve la mejor parte en el duelo.

El duque guardó la carta que le entregaba Julio, y luego dispuso que les sirvieran una cena ligera.

Durante la cena, apenas hablaron alguna que otra palabra de importancia. Luego el duque aconsejó á Julio que se acostase para descansar un par de horas.

Julio accedió á las súplicas de su amigo.

El hermano de Blanca no se habia batido nunca, y sin embargo, su corazon estaba tranquilo, su espíritu sereno.

Despues de pensar algunos momentos en Clotilde, un sueño dulce y reparador cerró sus párpados. El duque, por el contrario, estuvo dando paseos por su gabinete mas de una hora. Comprendia el peligro que amenazaba la vida de Julio, y aquel jóven generoso, que se sacrificaba por salvar á Clotilde, le inspiraba el interés de un hermano.

A las dos de la madrugada llamó á su ayuda de cámara, y le pidió su caja de pistolas; las estuvo examinando con detencion, y luego se hizo servir una taza de café.

El duque se habia propuesto no dormir; pero las horas

tienen una duracion insoportable cuando la impaciencia se agita dentro de nuestro sér.

Terminada la taza de cafe, encendió un tabaco y fué á sentarse en una butaca junto á la chimenea.

De repente se acordó de la proposicion que habia hecho á Julio, y abandonando la butaca, fué á sentarse en el sillon de su mesa de despacho.

Antes de ponerse á escribir, se dijo hablando consigo mismo:

—Si tengo la desgracia de que mi ahijado muera en el lance, su madre será mi madre, su hermana será mi hermana.

Y cogiendo la pluma, se puso á escribir una carta de recomendacion, larga y detallada, para uno de sus amigos de Méjico.

A las seis menos cuarto, el duque entró en la alcoba donde se hallaba descansando Julio. Dormia profundamente.

El duque le estuvo contemplando algunos segundos, porque aquel sueño tranquilo era indicio de que el corazon de su amigo se hallaba sereno.

Despues se acercó al lecho, y dijo:

—Julio, se aproxima la hora; es preciso partir.

Julio se incorporó sin sobresalto; saludó con una sonrisa al duque, y bajó con ligereza de la cama, donde se habia acostado vestido.

Le bastaron algunos minutos para lavarse y componer su traje.

—Estoy á las órdenes de usted, señor duque,—dijo.

El duque condujo á Julio hasta su despacho, en donde un criado habia servido el té.

Lo tomaron. Poco despues, la carretela del duque de San Plácido, tirada por dos poderosas yeguas, se detenia delante de la puerta de la casa del doctor Mendez.

Este, que ya esperaba á sus amigos, bajó, llevando su caja botiquin debajo el brazo.

—¿Con que no hay remedio?—dijo entrando en el coche.

—Ninguno, querido doctor; es preciso batirse,—contestó Julio sonriéndose.

—Entonces, que Dios proteja á mi ahijado.

El coche partió al trote en direccion á los Carabancheles.

—Ya sabe usted, querido Julio, que el desafío se ha convenido á pistola,—dijo el duque, dando á sus palabras la gravedad propia de las circunstancias.

—Sí, lo sé; y me alegro infinito que se haya elegido ese arma; con el florete, el baron se hubiera reido de mí. Con la pistola ya es distinto; he hecho algunos ejercicios, y como tengo la seguridad que no me temblará la mano, es mas igual el lance.

—Las condiciones son á veinte pasos; pueden ustedes hacer fuego simultáneamente al oir la tercer palmada; pero si uno de los dos no dispara al terminar la señal, puede avanzar cinco pasos en línea de combate, y disparar entonces.

—Eso precisamente pienso hacer yo; esperar el balazo á los veinte pasos, y devolverlo á los quince.

—Pero eso es muy arriesgado,—dijo Mendez.—Puede el baron dar en el blanco, y entonces...

—Entonces, él habrá ganado.

—Yo soy de opinion, que dispare usted tan pronto como oiga la última palmada,—añadió el médico.

—Sí, sí, eso es lo mas cuerdo,—repuso el duque.—Perfilar bien el cuerpo, dejando el menor blanco posible al contrario; dejar caer la muñeca en línea de combate á la primera palmada, y hacer fuego tan pronto como suene la última.

—¡Bah! no nos ocupemos de eso, señores: todo cuanto se combine antes del momento supremo, es inútil.

El coche del duque llegó al punto de la cita media hora antes; es decir, á las siete y media.

Eran los primeros. La mañana estaba serena, tranquila, aunque se dejaba sentir un poco el frio.

Mientras el doctor y Julio hablaban de la belleza del sol que lo hermoseaba todo, llenándolo de alegría con sus rayos, el duque comenzó á elegir el sitio mas conveniente para el combate.

El coche se habia quedado á unos trescientos pasos del sitio en que ellos se hallaban.

De vez en cuando, el duque dirigia los ojos á Madrid, esperando ver el carruaje en donde debian venir Ernesto y sus padrinos.

Por fin, un coche se distinguió á lo lejos, que tomando la direccion hácia el punto en que se encontraban, no tardó mucho en detenerse junto al carruaje del duque. Eran Ernesto y sus padrinos.

No tardaron mucho en reunirse con el duque y sus amigos.

—Estoy á las órdenes de ustedes,—dijo el baron de Labra, saludando con el sombrero.

El baron estaba mas pálido que de costumbre, tenia los ojos enrojecidos; el marqués de Portillo, lívido como un cadáver; el coronel Carranza, por el contrario, le saltaba la sangre por todos sus poros.

Habia algo en aquellas tres fisonomías, que indicaba el desórden de la orgía.

El doctor Mendez, con su fria é investigadora mirada, observó que la cabeza de Ernesto no se mantenia muy firme sobre sus hombros; pero no podia asegurar si aquella vacilacion era hija del miedo ó de la embriaguez.

De estas observaciones le distrajo la voz del duque, que le llamó para que, en union de los demás padrinos, se examinara el terreno donde debian batirse, y se examinaron y cargaron las pistolas.

Mientras duraron estos preparativos, practicados siempre con escrupulosa conciencia, el baron, apoyado en un árbol, silbaba un aire de la «Norma» con marcada indiferencia, y Julio, á veinte pasos de distancia, permanecia inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Cuando ustedes gusten, señores,—dijo el duque, presentando las culatas de las pistolas á Julio y Ernesto, que cada cual tomó la suya, colocándose en el sitio que le designaron.

Julio se puso perfectamente perfilado, con el cañon

de la pistola á la altura de la frente; el baron, por el contrario, se colocó de frente, con el brazo caido en línea de la pierna y la boca de la pistola mirando al suelo.

—Señor baron,—dijo el coronel Carranza,—tenga usted la bondad de perfilar el cuerpo y resguardar la cabeza con la pistola.

—¡Bah! haced la seña, y acabemos pronto.

El coronel quiso insistir, porque la verdad era que el baron presentaba todo el pecho ante la pistola de su enemigo; pero Ernesto le tranquilizó, diciéndole que hicieran la señal, que á él le bastaba un segundo para colocarse bien.

Durante este pequeño altercado, Julio permaneció inmóvil, firme como una roca.

El duque, que tenia en él fijos los ojos, observó que permanecia sereno; mas pálido, mas conmovido estaba el doctor.

Sonó la primera palmada. El baron permaneció sin cambiar de postura. Sonó la segunda, y entonces levantó el brazo, apuntando á su contrario.

El coronel temió que cometiera alguna imprudencia, disparando antes de la señal convenida, y dió la tercera palmada con precipitacion.

Ernesto hizo fuego; su bala pasó rozando una de las sienes de Julio, chamuscándole el cabello; pero Julio permaneció firme como una roca y sin disparar.

Entonces avanzó cinco pasos con una pausa, con una calma abrumadora para los padrinos de Ernesto.

El baron vió acercarse á su enemigo con una son-

risa en los lábios, que no era por cierto hija de la serenidad de su espíritu.

Julio se detuvo, bajó la muñeca é hizo fuego.

Ernesto giró rápidamente dos veces sobre sus talones, y cayó desplomado al suelo como herido por un rayo.

Todos, exceptuando Julio, corrieron á su lado.

El doctor Mendez llegó el primero, se arrodilló á su lado, y comenzó á reconocerle el cuerpo.

—¿Está muerto?—preguntó el coronel.

El doctor no hizo caso de esta pregunta. Desabrochó el chaleco de Ernesto, y viendo una ligera mancha roja en el pecho, dijo despues de aplicarle la mano sobre el corazon:

—No, aun vive. Las heridas de arma de fuego son altamente contusas, y producen una lipotimia ó desmayo.

—¿Pero es grave la herida, es de muerte?—preguntó el duque con impaciencia.

—Solo puedo decir que el proyectil ha entrado por encima del borde de la quinta costilla, y mucho me temo que haya fracturado el esternon por su parte interior. Con que así, señores, no hay que perder tiempo; es preciso conducir al baron á su casa. Aprovechemos estos intantes en que la contusion contiene la hemorragia, que segun creo, no se hará esperar mucho.

El baron fué conducido al coche; continuaba desmayado; su herida, cerrada, no arrojaba ni una sola gota de sangre.

Al colocarle del mejor modo posible en los almoha-

dones del coche, permanecía con los ojos cerrados y lívido como un cadáver.

El médico y el coronel Carranza se encargaron de conducir al herido á su casa.

El duque, el marqués y Julio, montaron en el otro carruaje.

Sigamos nosotros al coche que conduce al herido.

CAPITULO V

DONDE EL DOCTOR MENDEZ HACE SU PRONÓSTICO

Ernesto continuaba desmayado; el doctor le pulsaba con frecuencia, meneando en señal de disgusto la cabeza.

El coronel Carranza, mudo, silencioso, no apartaba los ojos de su ahijado, á quien creia gravemente herido.

Cuando el carruaje entró en Madrid, el movimiento de las ballestas se hizo mas vivo por el empedrado de las calles, y entonces Ernesto abrió los ojos, exhalando un suspiro.

—¡Ah, gracias al diablo!—exclamó Carranza, apoderándose de una de las manos que le tendia el baron.

Ernesto se sonrió ante aquella franca esclamacion de su amigo; pero inmediatamente le sobrecogió un golpe de tos, y algunos esputos de sangre asomaron á sus labios.

—Creo que estoy herido de muerte,—dijo Ernesto,

volviendo á cerrar los ojos y reclinando de nuevo la cabeza sobre los almohadones.

En este momento comenzó la hemorragia de la herida.

El doctor aplicó un pañuelo para contener la sangre, mientras el coronel Carranza, asomándose por la portezuela, le dijo al cochero que avivara los caballos.

Cuando llegaron al palacio de la Fuente Castellana, serian las nueve menos cuarto.

Ventura se hallaba paseando á la puerta, esperando á su amo con impaciencia.

Ernesto ocupaba el entresuelo del palacio; su tio don Joaquin el piso principal.

El baron fué conducido por los criados hasta su cama. Le desnudaron, y entonces el doctor Mendez pudo reconocer perfectamente la herida.

No se habia engañado, era grave. El proyectil habia penetrado en el pecho por encima del borde de la quinta costilla, á dos pulgadas del esternon, y como la direccion de la herida era de arriba abajo por uno de esos caprichos tan frecuentes en las armas de fuego, la bala, despues de recorrer el borde de la indicada costilla, habia herido la pleura y el pulmon, saliendo una pulgada mas abajo del agujero de entrada, fracturando el esternon por su parte interior y borde derecho, en la parte correspondiente á la insercion de la sexta á la séptima costilla, cuya cabeza habia destruido.

La herida era por consiguiente grave, tan grave que el doctor Mendez, perfectamente enterado de todo

el daño que habia hecho la bala, dijo agitando la cabeza:

—Mucho tienen que ayudarme la naturaleza y la juventud para que la ciencia arregle todo lo que ha destruido el proyectil.

El doctor comenzó á hacer la primera cura con la facilidad y ligereza que con su gran práctica habia adquirido.

Enteró á Ventura de todo lo que tenia que hacerse con el enfermo, y dijo que volveria á las doce á ver cómo se encontraba.

—Probablemente, cuando se reaccione un poco el enfermo se presentará fiebre con algo de delirio. En ese caso, le dará usted estas bebidas atemperantes, alternándolas con esta mixtura antiespasmódica. Tal vez esta tarde será preciso sangrarle; allá veremos.

El doctor extendió algunas recetas y un plan curativo, y luego, cogiendo su sombrero, añadió:

—Recomiendo sobre todo que se moleste poco al enfermo. Aquí dejo una tarjeta con las señas de mi domicilio para que se me llame si se me necesita.

El doctor salió de la alcoba acompañado del coronel Carranza.

—¿Con que hay tan pocas esperanzas, señor doctor?—preguntó el coronel.

—Muy pocas, amigo mio.

—Y cree usted que vivirá aun muchos dias.

—Yo tengo una gran fe en la ciencia, y aun espero mucho de ella y de la juventud del herido.

—¿Luego no morirá hoy?

—Ni hoy ni mañana, ni en quince dias, segun mi opinion. Demos, por consiguiente, tiempo al tiempo.

Y el doctor, saludando, salió de la habitacion, pues tenia impaciencia por decir al duque y á Julio el estado del herido. Cuando el coronel y Ventura se quedaron solos, este último dijo:

—¿Y qué hacemos ahora, señor coronel?

—¿Qué diablos quieres que hagamos? Cuidar del mejor modo posible al herido, y nada mas. El baron ha sido un necio; le dije que perfilara el cuerpo, y no hizo caso de mí; si se hubiera puesto como debia, hubiese recibido la herida en el brazo en vez de recibirla en el pecho. Cuando un hombre se bate, debe precaverlo todo. Pero el mal ya no tiene remedio.

—Nunca hubiera creido que el señorito Julio llevase la mejor parte.

—Por eso conviene siempre ser precavido.

—¿Le parece á usted que suba á decir á don Joaquin la desgracia de su sobrino?

—Tiene que saberla; cuanto mas pronto mejor. Yo, mientras tanto, iré á referir lo ocurrido á Marieta la bailarina. La pobre me encargó con las lágrimas en los ojos que le avisara de todo, y estará impaciente. Luego daré una vuelta por aquí, pues mi deber es asistir hasta su última hora á mi ahijado.

—Entonces voy á subir á avisar á don Joaquin.

—Sí; pero no dejes al enfermo solo. Que se quede un criado por si necesita algo.

Carranza se acercó á la alcoba, y como Ernesto

continuaba aletargado, salió de la habitacion andando de puntillas.

Ventura llamó á un criado para que se quedara junto á la cama de Ernesto mientras él subia á referir la desgracia á don Joaquin, que estaba muy tranquilo en su gabinete saboreando una taza de café y fumando un rico tabaco habano.

—¡Hola! ¿qué novedad es esta, que vienes á visitarme tan temprano, Ventura?

Ventura exhaló un suspiro compungido y se llevó las manos á los ojos como para enjugarse las lágrimas.

—¿Qué diablos te pasa? ¡Suspiras y lloras! ¿Te ha despedido el señorito?

—¡Ojalá!—contestó Ventura exhalando un segundo suspiro.

—¿Quieres decir de una vez lo que te sucede?

—A mí no me sucede nada, señor don Joaquin.

—¿Pues á quién?

—Al señorito Ernesto.

—¿A mi sobrino?

—Sí, señor.

—¿Pues qué tiene?

—Le ha sucedido una desgracia, pero muy grande, señor.

—¡Te has propuesto desesperarme, matarme de inquietud! ¿Dónde está Ernesto?

—En su cama herido.

—¿Cómo herido?—esclamó don Joaquin, levantándose precipitadamente de la butaca.

—Tuvo un desafío esta mañana, y ha recibido un balazo en el pecho.

—¡En el pecho! ¿Pero quién le manda á él batirse con nadie? Y tú, bergante, ¿por qué no me has avisado?

Y don Joaquin salió precipitadamente de su habitacion, bajó la escalera con toda la ligereza que le permitian sus piernas, y llegó al cuarto entresuelo, murmurando entre dientes:

—¡Oh! juventud, juventud, siempre loca y aturdida.

Cuando don Joaquin entró en la alcoba de Ernesto, este permanecia aletargado.

Ventura le dijo en voz baja:

—El médico ha encargado que no se le moleste, que es preciso mucha tranquilidad, mucha calma.

—Pero, pedazo de animal, ¿por qué no me has avisado cuando estaba aquí el médico?

—Perdone usted, señor; pero al ver llegar al señorito Ernesto herido y desmayado, me aturdí de tal modo, que no supe lo que me hacia; pero el médico ha dicho que volveria á las doce.

Don Joaquin comenzó á dar paseos por el gabinete, gesticulando y murmurando palabras en voz baja, que Ventura no pudo comprender.

De pronto se detuvo y dijo en voz alta:

—Yo me habia propuesto terminar mis dias sin tener disgustos, sin sufrir incomodidades, sin trasformar mi tranquilo régimen, y vea usted por donde...

En este momento se oyó la voz débil de Ernesto, que decia:

—Dadme agua; tengo una sed rabiosa.

Don Joaquin corrió hácia la alcoba, mientras Ventura disponia una de las tisanas recetadas por el médico.

En la mirada vaga y fija de Ernesto comenzaban á notarse los primeros síntomas de la fiebre. Sin embargo, reconoció á su tio y le dedicó una sonrisa.

Don Joaquin, recordando la recomendacion que le habia hecho Ventura, no se atrevió á reconvenir á su sobrino; quedóse mirándole con fijeza y le puso con cariño paternal una mano sobre la frente.

Aquella frente ardia.

—Buenos dias, querido tio,—dijo Ernesto, procurando disimular el sufrimiento.

—¡Ah! ¿qué has hecho, hijo mio, qué has hecho?

—Esto no vale nada. Algunos dias de cama, y despues... Pero, por Dios, dadme agua; me abraso de sed.

Ventura entró en la alcoba con una copa en la mano. Ernesto se incorporó exhalando un gemido; al mismo tiempo cogió la copa y la apuró de un solo trago.

—¡Ah! ¡qué hermoso es beber cuando la sed abrasa la garganta!

Y Ernesto, dejando caer la cabeza sobre las almohadas, cerró los ojos dulcemente.

Don Joaquin permaneció algunos instantes contemplándole en silencio, y creyendo que el enfermo deseaba dormir, hizo una seña á Ventura, y ambos salieron de la alcoba.

Don Joaquin condujo al ayuda de cámara de su sobrino á un extremo de la habitacion.

—Vamos á ver,—le dijo;—yo necesito que me digas todo lo que ha sucedido. Tú lo debes saber; con que habla si quieres reconciliarte conmigo.

Ventura comprendió que era preciso tener contento á don Joaquin, y le dijo todo cuanto sabia, es decir, que Ernesto se habia batido á pistola aquella mañana con Julio de Monforte, y que el médico al reconocer la herida habia dado pocas esperanzas de poderle salvar.

Don Joaquin escuchó á Ventura con profundo interés, y como aquella desgracia inesperada le afligia sobremanera, de vez en cuando, cogiéndose las sienes con las manos, murmuraba en voz baja:

—Es una locura, es una barbaridad batirse.

—Sí, dice usted bien, señor; pero ya ¡qué remedio tiene! Ahora lo importante es ver el modo de salvar al señorito Ernesto.

—¿Y tú crees que el médico que le ha hecho la primera cura es hombre de saber y de crédito?

—Es uno de los mejores médicos de Madrid; tiene una gran reputacion; se le conceptúa el primer operador de la facultad.

—¿Y cómo se llama?

—Don Rogelio Mendez.

—¡Ah! sí, le he oido celebrar mucho. ¿Y dices que vendrá á las doce?

—Sí, señor.

—Entonces voy á esperarle aquí. Sube y dí á mi leal Zulma que baje á hacerme compañía.

—Sobre esa mesa se halla escrito por el doctor

Mendez el plan que debe seguirse para asistir al herido.

—Bien, bien,—dijo don Joaquin, acercándose á la mesa y leyendo para sí el diagnóstico del doctor Mendez.

Ventura salió de la habitacion; avisó al negro Zulma, y luego, recordando los temores de su amo el jóven baron de Labra, de que á su tio, que no habia amado nunca, se le ocurriera casarse á la vejez, defraudando sus esperanzas, se sonrió maliciosamente y dijo:

—Con dificultad existirá en Madrid una mujer mas hermosa y mas provocativa que Marieta la bailarina; es preciso que esa preciosidad femenina venga á ver al herido, y que don Joaquin la conozca. ¡Quién sabe, esta es una intriga que yo medito, y que pudiera redondear mis negocios; porque dice el proverbio, «que el hombre es fuego y la mujer estopa, viene el diablo y sopla...!» Yo puedo representar aquí el papel de diablo; manos á la obra. Vamos á dar cuenta á la hermosa bailarina de todo lo sucedido, y á aconsejarla que no sea ingrata con su amante, que se halla luchando entre la vida y la muerte.

CAPÍTULO VI

DONDE VENTURA PREPARA EL TERRENO

Cuando el coronel Carranza llegó á casa de Marieta la bailarina, esta al verle entrar no pudo contener un grito de espanto, diciendo al mismo tiempo:

—Cuando Ernesto no viene en persona á tranquilizarme, es que lo han muerto.

—Afortunadamente no lo han muerto, pero desgraciadamente está herido,—contestó el coronel, dejándose caer en una butaca.

Los lloros, los gemidos, las lamentaciones de Marieta comenzaron, y no costó poco trabajo al coronel Carranza el tranquilizar á la bailarina.

Fué preciso contarla detalladamente todo cuanto habia ocurrido. Carranza no ocultó nada, ni la gravedad de la herida de Ernesto, diciéndola por último:

—Amiga mia, el mal ya no tiene remedio. Estas son cosas de los hombres. Todas las lágrimas, toda la desesperacion de usted, no prolongarán un solo segun-

do la vida de Ernesto, si está decretado que muera. Pero él es jóven, es robusto, y su herida está á cargo de uno de los mejores médicos de Madrid. Debemos, por consiguiente, tener alguna esperanza. Yo pondré á usted al corriente de todo cuanto acontezca; le daré parte todos los dias del estado del enfermo, y si desgraciadamente no podemos salvarle, tiempo ha de quedarnos entonces para llorar su pérdida. Así, pues, le aconsejo que se tranquilice y que descanse. Hemos pasado la noche en vela, y tanto á usted como á mí nos hace falta el reposo. Supongo que las señoritas Max y Pitt se habrán ido á dormir. ¡Dichosas ellas, que descansan en brazos de Morfeo de las fatigas de la noche pasada!

Marieta escuchaba llorando en silencio al coronel, tendida en un divan. Aquellas palabras no le producian ningun consuelo; tal vez no las oia, porque Marieta en aquel momento amaba de veras á Ernesto.

Ernesto, por otra parte, era un amante jóven, rico, desprendido, y las mujeres como Marieta saben apreciar lo que valen los hombres como el baron de Labra.

El coronel, comprendiendo que lo mejor para tranquilizar á aquella mujer era dejarla sola, se despidió, no sin repetirla de nuevo algunas palabras de consuelo.

Marieta se quedó sola. Sus dos amigas se habian retirado temprano á sus casas á descansar, porque ni á Margarita ni á Laura les interesaba lo bastante Ernesto para sacrificarle un dia de sueño despues de una noche de orgía.

Pero la bailarina permaneció poco tiempo sola: su

doncella entró á anunciarla que Ventura, el ayuda de cámara del baron de Labra, deseaba verla.

Ventura, como recordarán nuestros lectores, era un «gaterilla» de Madrid, dispuesto siempre á aprovecharse de las ocasiones.

Llevaba su plan perfectamente combinado, y esperaba que Marieta se uniera á él para explotar una gran mina.

Ventura fué introducido en el gabinete de la bailarina.

Aquella mujer, con el cabello suelto, el traje descompuesto y los ojos enrojecidos por las lágrimas, estaba mas hermosa que nunca.

Ventura vaciló un instante, dudando si seria aquel momento oportuno para revelar su plan á la bailarina; pero esta vacilacion duró poco, pues recordando que las palabras suelen enredarse como las cerezas, ellas deberian abrirle el camino para conducir la conversacion donde deseaba.

—¿Con que está gravemente herido?

—Sí, gravemente,—contestó Ventura exhalando un suspiro.—Y no hay que hacerse ilusiones, de cien probabilidades, hay noventa y nueve de muerte.

—¡Dios mio, Dios mio, qué desgracia!

—Sí, una desgracia muy grande. Y yo, que sé lo que usted ama á mi señorito, me he apresurado á venir para darle cuenta de este malhadado lance.

—Gracias, Ventura; pero el coronel Carranza acaba de marcharse de aquí y me lo ha referido todo.

—¿Yo supongo que usted deseará ver á mi amo?

Porque él, al recobrar el conocimiento, el primer nombre que ha pronunciado ha sido el de usted.

—¡Oh! sí, deseo verle, asistirle, pasar á su lado todas las horas que le quedan de vida. ¿Pero será eso fácil?

—Yo lo arreglaré de modo que lo sea.

—Entonces le viviré á usted eternamente agradecida. Pero como he oido decir que el tio de Ernesto era un hombre raro...

—Al contrario, señorita: si don Joaquin es mejor que el pan. Figúrese usted un hombre que cuenta los millones por cientos, con un excelente corazon, fresco y sano á pesar de sus sesenta años. Uno de estos viejos que siempre tienen la sonrisa bondadosa en los labios, que ama á su sobrino como á un hijo, y que estoy seguro que, al verla á usted junto á su lecho prodigándole los consuelos de que es susceptible una mujer enamorada, acabará por amarla á usted como á una hija, y quién sabe, si siendo él solo en el mundo y sin parientes directos que tengan derecho á su inmensa fortuna, acabará por nombrarla á usted su heredera, ó por casarla con Ernesto en el caso de que se salve.

Ventura pronunció todas estas palabras con indiferencia, pero con mucha pausa, como si deseara que ni una sola quedara desapercibida para Marieta.

La bailarina le escuchó con interés, y sin duda debió parecerle muy lógica y natural una parte de aquel relato, trasmitiendo á su enamorado corazon alguna esperanza, pues preguntó precipitadamente á Ventura cuándo podria ver á Ernesto.

—¿Trabaja usted esta noche?—preguntó Ventura.

—No; la tengo libre, y mañana tambien.

—Entonces espéreme usted al oscurecer, que yo vendré á buscarla: creo conveniente antes preparar al tio de mi señorito.—Marieta agradecida del interés que por ella se tomaba Ventura, se quitó una de las sortijas que llevaba, y se la dió como un recuerdo suyo.

Ventura aceptó aquella fineza, que aumentaba su fortuna lo menos en mil reales, y volvió á ofrecer á Marieta que á la caida de la tarde iria á buscarla. Luego salió de casa de la bailarina satisfecho del modo cómo habia empezado su alianza con ella.

Regresó precipitadamente al palacio de la Fuente Castellana, llegando á tiempo para anunciar á don Joaquin al médico Rogelio Mendez.

El doctor Mendez, despues de visitar al herido, cuya cabeza, efecto de la fiebre, comenzaba á divagar, se afirmó en su primer tratamiento, contestando á las interesadas preguntas de don Joaquin, que nada bueno podia esperarse de aquella herida.

—El proyectil habia hecho mucho daño, y seria prematuro querer asegurar ahora las consecuencias que pueda tener. Es preciso dar tiempo al tiempo.

Don Joaquin, como todos los ricos que ven en peligro la vida de un sér querido, dijo que no se evitara gasto alguno por salvar á su sobrino.

—Amigo mio,—le contestó Mendez sonriéndose,—el dinero es bueno y útil en muchas ocasiones; pero la historia no ha consignado aun el nombre del rico que

ha tenido bastante oro para detener á la muerte. La herida del baron es grave, gravísima, y nada tendria de particular que, al levantar el apósito, encontráramos la herida cicatrizada; pero los pulmones enfermos.

—De manera que usted cree que las consecuencias...

—Pueden ser fatales; pero no perdamos las esperanzas.

—Yo encargo á usted, señor Mendez, que no abandone á mi sobrino.

—Tengo un vivo interés en salvarle. Todos mis enfermos me son queridos, porque en devolverles la salud se funda mi reputacion.

—No le detenga á usted un rasgo de delicadeza, y venga á verle tres veces, cuatro, seis, si es preciso, todos los dias.

—Vendré á verle siempre que lo crea conveniente. Yo no cuento el número de visitas, caballero.

Y el doctor Mendez salió del gabinete, encargando que siguiera el tratamiento que habia indicado por la mañana.

A la salida del médico siguieron algunos momentos de silencio.

Don Joaquin se paseaba por la habitacion. Zulma el negro, de pié junto á la chimenea, seguia con la mirada todos los movimientos de su amo. Ventura, sentado junto á la cama del herido, cuidaba de él.

De pronto don Joaquin se detuvo delante del negro, y cruzando los brazos sobre el pecho, le dijo:

—¿Qué opinas tú de lo que acaba de decir el médico?

—Opino muy mal, señor, muy mal.

—Sí, eso digo yo, que Ernesto debe estar muy malo, y como la herida, segun parece, va á ser de larga duracion, ¿qué diablos vamos á hacer nosotros, que no sabemos mas que fumar, cuidando un enfermo que tanto esmero y delicadeza necesita? Aquí hace falta una ó dos mujeres que no se separen de la alcoba de Ernesto. Nadie cuida mejor á los enfermos que las mujeres.

—¡Oh, sí, sí, las mujeres cuidan muy bien á los enfermos!—repitió el negro.

Ventura, que habia oido estas palabras desde la alcoba, bendijo á su ángel protector, que le presentaba tan propicia ocasion para introducir en la casa á Marieta.

Se levantó de la silla, se dirigió hácia la mesa donde estaban las botellas, copas, tisanas y calmantes y cogió una botella con tanta torpeza, que la derribó rompiéndola.

Al ruido volvió la cabeza don Joaquin.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Nada, señor; que he roto esta botella. Como no está uno acostumbrado á...

—Si es lo que yo decia: los hombres somos muy torpes para estos casos; romperemos veinte cacharros cada dia, y lo que es peor, cuando vayamos á dar algun medicamento al enfermo, se lo derramaremos por el pecho. Nada, nada, aquí hacen falta una ó dos mujeres.

Ventura comprendió que habia llegado la ocasion de entablar su demanda, y despues de recoger los trozos

de cristal de la botella, se acercó á don Joaquin sonriéndose.

—Señor don Joaquin,—repuso Ventura,—yo como usted, creo que para cuidar al enfermo nos harán falta los delicados desvelos de una mujer; pero no de una mujer que se alquila por una cantidad diaria, sino de una mujer que tenga vivo interés por la salud del enfermo.

—Pero ¿dónde diablos quieres tú que se encuentre eso? Por desgracia, en nuestra familia no se encuentra ni un solo individuo del bello sexo.

Ventura se colocó con cierto misterio el índice de la mano derecha sobre los labios, dirigió una mirada hácia la alcoba, y bajando la voz, añadió:

—No sé si cometeré una imprudencia, pero puedo proporcionar á usted la persona que nos hace falta.

Y Ventura, volviendo á indicar con la mano á don Joaquin que no se impacientara, entró en la alcoba.

El millonario, que no comprendia nada de aquella mímica, hizo un gesto de disgusto, murmurando en voz baja:

—¿Qué diablos dice este chico?

CAPITULO VII

LA MUJER QUE HACE FALTA

Dos segundos despues, Ventura volvió á salir de la alcoba, y dijo:

—El señorito, ó duerme ó está aletargado; no puede oirnos, y por consiguiente, el deber me aconseja que le haga á usted una revelacion.

—¿Pero quieres acabar con tus misterios?

—Si algun dia el señor baron se ofende por la confianza que á usted voy á hacer, espero que usted me defenderá.

—Sí, hombre, sí: habla con treinta mil de á caballo.

—Existe en Madrid una jóven que ama al señorito Ernesto con toda su alma, y que á estas horas está llorando como una Magdalena la desgracia del que es dueño de su corazon. Esta mujer daria la mitad de su vida por asistir al señorito Ernesto durante su enfermedad,

y estoy seguro que con mas interés, mas cariño y mas delicadeza, no habia de asistirle nadie en el mundo.

—¿Pero quién es esa joya, que nos viene ahora como pedrada en ojo de boticario?

—La señorita Marieta.

—Quedo enterado: lo mismo que si me dijeras el moro Muza.

Y como Ventura se sonriera al oir las palabras de don Joaquin, este añadió:

—En fin, ¿quién es esa Marieta?

—Una muchacha hermosa como un ángel, que está perdidamente enamorada del señorito Ernesto.

—¿Pero se podrá encargar esa señorita de la asistencia de mi sobrino?

—Ya lo creo; no desea otra cosa.

—¿Y si se opone su familia?

—¿Su familia? Si no la tiene.

—¿Es sola en el mundo?

—Sí, señor.

—Esto va picando mi curiosidad. Sepamos: ¿de qué vive esa señorita? ¿de sus rentas?

—No, señor; de su trabajo.

—El trabajo de una mujer da poco de sí; debe ser pobre.

—No tanto como usted cree, señor don Joaquin.

—Entonces confieso que no comprendo una palabra.

—Yo me explicaré.

—No deseo otra cosa.

—La Marieta en cuestion, la jóven que está perdida-

mente enamorada del señorito Ernesto, es nada menos que la primera bailarina del teatro Real.

—¡Oh, diantre! ¿sabes que esa mujer es una preciosidad? La he visto bailar dos noches.

—Pues aun es mas bello su corazon que su cara,—dijo Ventura.

—Veo que no tiene mal gusto el pícaro de mi sobrino.

—Desde que ha sabido la desgracia del señorito Ernesto, Marieta no hace otra cosa mas que llorar. Está verdaderamente desesperada. No hace mucho me decia: «Si don Joaquin, que me parece todo un hombre de bien, me permitiera ir á su casa á asistir á Ernesto, yo le viviria agradecida toda la vida.»

—Despues de todo, el favor es ella quien nos lo hace, ¿no es verdad?

—Ya lo creo,—contestó Ventura.—Y por otra parte, al señorito Ernesto debe serle muy grato verse cuidado por una mujer á quien tanto ama.

—Estos jóvenes del dia son incorregibles. Ahí tiene usted á mi sobrino, en vísperas de casarse con una de las muchachas mas hermosas y mas ricas de Madrid, entreteniéndose en sus ratos perdidos con una bailarina del teatro Real. Pero, en fin, es necesario disculpar á la edad.

—¿Con que usted accede á los deseos de Marieta?

—Sí, hombre, sí, ¿no he de acceder? ¿Te crees tú que yo soy algun mojigato de esos que se hacen veinte docenas de cruces sobre la frente por la cosa mas insignificante? Que venga en buen hora esa muchacha y que se

encargue de la asistencia de mi sobrino, porque yo, francamente, no sirvo para esas cosas.

Ventura apenas podia disimular su alegría.

—Puesto que usted me autoriza, tendré el gusto de presentársela al oscurecer.

—Preséntamela cuando gustes.

Este diálogo fué interrumpido por un prolongado lamento que se oyó en la alcoba.

Don Joaquin y Ventura corrieron hácia el lecho del herido. Ernesto se habia incorporado un poco sobre los brazos. Sus ojos brillaban de un modo siniestro. Su frente pálida y sudorosa, sus descompuestos cabellos y el movimiento nervioso de sus labios, indicaban que la fiebre comenzaba á apoderarse de aquella cabeza.

—Vamos, vamos, Ernesto,—dijo don Joaquin, procurando que su sobrino reclinara la cabeza sobre las almohadas,—es preciso que te estés muy quieto en la cama, hasta que se cicatrice esa maldita herida.

El baron de Labra miraba con una fijeza calenturienta á su tio. Era indudable que no le reconocia.

—Sí, es preciso que yo me case, pero que me case muy pronto,—dijo Ernesto, arrebatado por la fiebre que trastornaba sus ideas.—El conde de la Fe es un gran padrino, sí, un gran padrino... ¡Já! ¡já! ¡já!... Y ella, aunque me aborrece de muerte, será mia, mia, porque al conde no puede decírsele que no.

Don Joaquin agitó dolorosamente la cabeza, dirigiendo una mirada á Ventura.

—El pobre está delirando, y en medio de su fiebre se

acuerda de la mujer que muy en breve debia ser su esposa.

Ernesto continuaba mirando á su tio con fijeza. Sus ojos brillaban como los de la hiena en la oscuridad. De vez en cuando humedecia con la ardorosa lengua sus secos y agrietados labios.

—Yo sé que no me amas, Clotilde; me juraste un ódio á muerte desde aquel dia en que castigué la insolencia de tu primer amante,—repuso Ernesto con acento balbuciente.—Pero ¿qué me importa á mí tu amor? Yo tampoco te amo. Lo que yo necesito es tu dote, no tu corazon; tus millones, que unidos á los que me dará mi tio, formarán una fortuna mia, absolutamente mia, independiente... y entonces ¡oh! entonces... ¡Já! ¡já! ¡já!

Y Ernesto dejó caer la cabeza sobre las almohadas, agitándose convulsivamente.

Ventura temió que su amo cometeria alguna imprudencia si continuaba delirando en voz alta. Cogió una de las bebidas calmantes recetadas por el doctor, y se la dió al enfermo, cuya sed ardorosa era insaciable.

Luego aconsejó á don Joaquin que saliera de la alcoba.

—Usted sufre demasiado junto al lecho de su sobrino.

—Sí, sí; no sirvo yo para enfermos. Tienes razon.

Y don Joaquin salió de la alcoba, enjugándose la frente y suspirando.

El tio de Ernesto habia pasado tantos años sin sufrir los cuidados y desvelos que proporciona la familia, que aquel primer contratiempo le afligia sobremanera.

Solteron incorregible, habia visto pasar los cuarenta años mejores de su vida sin ocuparse de otra cosa que de su individuo. Ni comprendia las exigencias de la mujer propia, ni los afanes que proporcionan los hijos; todo en él estaba reducido al «yo» egoista del solteron rico.

Esto probaba por lo menos que su cariño hácia Ernesto no era tan grande y tan profundo como él creia, y desde el momento en que la gravedad de la herida de Ernesto trastornaba la monótona marcha de su existencia, comenzaba á arrepentirse hasta de haber regresado á España, en donde solo le esperaban disgustos.

Ventura, despues de haber dejado un poco mas tranquilo al baron, salió á la sala por donde se paseaba abismado en sus profundas reflexiones don Joaquin.

—¿Parece que ya no delira, eh?—le preguntó.

—No, señor; la bebida antiespasmódica que le ha recetado el doctor, le calma mucho. Ahora está como aletargado. Pero usted sufre mucho viendo padecer á su sobrino, y por lo tanto, me atrevo á darle un consejo, y es que deje usted al enfermo á mi cuidado. Hay ciertas naturalezas que no pueden ver sufrir á las personas que quieren, y la de usted es una de ellas.

—Sí, sí; francamente, no sirvo para tales cosas.

—Baje usted á verle todos los dias dos, tres, cuatro veces, las que quiera; pero de ninguna manera puedo permitirle que permanezca al lado de la cama sufriendo. Esto puede ser largo, y no tendria gracia ninguna que enfermara usted.—Don Joaquin le hubiera dado un abrazo á Ventura; pero se contentó con exhalar un suspiro.

—Por otra parte,—repuso Ventura,—seremos cuatro ó cinco personas á cuidarle. La señorita Marieta, que acudirá esta noche; la señora Inés, esposa del portero, que es mujer muy útil para estos casos; dos criados de la casa, y yo. Nos iremos relevando para que nunca falten junto á su lecho un par de personas. El enfermo, por consiguiente, estará perfectamente asistido; usted, como he dicho, puede enterarse de su salud cada hora si le place; pero de ninguna manera se le permitirá que esté junto á su lecho mucho tiempo.

—Pues bien, Ventura, encárgate tú de todo, pues me consta el interés que te inspira tu amo.

Ventura iba ganando terreno: ya la sombra del egoismo de don Joaquin se apoderaba poco á poco de su voluntad.

Don Joaquin hizo una seña al negro Zulma para que le siguiera, y dijo á Ventura:

—A la menor novedad que ocurra vienes á llamarme. Estoy arriba en mis habitaciones.

—Pierda usted cuidado y viva usted tranquilo,—contestó Ventura.

—En tí confio.

Y don Joaquin salió del gabinete de Ernesto seguido del negro.

Ventura al verse solo se sonrió con la satisfaccion del caudillo que ha ganado una gran batalla, se dejó caer en una butaca, encendió un cigarrillo de papel, y se dijo hablando consigo mismo:

—Dentro de dos horas iré en busca de Marieta, y des-

pues de examinar con detencion el primer efecto que la provocativa hermosura de la bailarina cause al viejo millonario, procuraremos que el corazon de don Joaquin dé la primer pirueta de amor. ¡Oh! no sé por qué, me parece que vamos á hacer un gran negocio Marieta y yo.

Y Ventura, con la cabeza inclinada sobre el respaldo de la butaca con la indolencia de un yankis, continuó saboreando su cigarrillo de papel, mientras acariciaba en su mente la idea de ser millonario.

CAPÍTULO VIII

DESPUES DEL DUELO

Dejemos por algunos minutos al ayuda de cámara del jóven baron de Labra entregado á sus sueños de color de rosa, y retrocediendo algunas horas, conduzcamos á nuestros lectores á casa del duque de San Plácido.

Por muy frio, por muy indiferente que sea el corazon de un hombre, por muy grande que sea el rencor que en él se atesore contra un individuo, el matar á un prójimo siempre produce una inquietud desagradable.

Por eso sin duda, al regresar del desafío el duque de San Plácido y Julio de Monforte, este se dejó caer en una butaca triste y preocupado.

El duque comprendió perfectamente todo lo que pasaba en el espíritu de su jóven amigo, y despues de con-

templarle algunos segundos con marcado interés, le dijo:

—Comprendo, amigo mio, que el matar á un hombre, por mucho que se odie, siempre deja una espina clavada en el corazon; pero usted tiene dos motivos para tranquilizar su espíritu: el primero, que Ernesto aun no ha muerto afortunadamente, y el segundo, que usted se ha portado como un caballero.

Julio levantó la frente, fijó una mirada llena de gratitud en el duque de San Plácido, y repuso con acento pausado:

—Ernesto era un hombre temible para Clotilde de Lostan, á quien yo deseaba demostrarle mi gratitud, sacrificando mi vida por su felicidad. Nada tan grato para mí como haber muerto en este lance, matando al mismo tiempo á mi contrario. Pero mi buena ó mala fortuna ha querido sacarme ileso, y tendré necesidad de partir de España. Me avergonzaria la idea de que Clotilde pudiera imaginar ni un solo instante, de que una idea interesada me puso en el caso de provocar á Ernesto.

—¿De modo que está usted resuelto á partir de España?

—Ahora mas que nunca.

El duque colocó una mano cariñosamente sobre la espalda de Julio, y añadió:

—¿Y no ha pensado usted en el profundo disgusto que sentirá su anciana madre?

—¡Ah, pobre madre mia!

Y Julio se llevó las manos á los ojos como para ocul-

tar la emocion que le dominaba. Pero de pronto, como si se avergonzara de aquella debilidad, sacudió la cabeza con energía, y repuso:

—El doctor Mendez no tardará en darnos cuenta del estado del herido: si Ernesto muere, yo saldré de España; si se salva, me quedaré para provocarle de nuevo. Me he propuesto salvar á Clotilde de ese amante importuno, y lo he de conseguir, ó he de perder la vida en mi empresa. Acepto, por consiguiente, señor duque, el ofrecimiento generoso que usted me hizo ayer. Partiré á América en busca de una fortuna ó de la muerte, y si mis sueños se realizan, con el tiempo yo deberé á usted mas que la vida.

—No me deberá usted otra cosa que su buena amistad.

—No, no, señor duque; porque yo, si á fuerza de trabajo y perseverancia, y con la poderosa influencia de su recomendacion, lograra reunir una fortuna que ofrecer á Clotilde para pedir su mano, entonces á usted se lo deberia todo. Pero yo ni puedo aceptar sus generosos ofrecimientos, ni partir para América sin imponer antes una condicion.

—¿Cuál?

—Soy pobre, señor duque; no poseo otra fortuna que los catorce mil reales que me produce mi empleo en el ministerio de Gracia y Justicia. Mi madre y mi hermana viven de mi modesto sueldo, y antes que el inmenso amor que me inspira Clotilde, antes que satisfacer y realizar todos los queridos sueños que abrigo en mi imaginacion, es la subsistencia de mi madre. Si para conse-

guir yo la mano de Clotilde fuera preciso que mi madre pasase una noche sin pan, nunca la mujer á quien tanto amo seria mi esposa. Al hacer estas confesiones, el rubor conturba mi espíritu y hace latir mi corazon, pero conozco la generosidad del duque de San Plácido, y es el único hombre que me inspira confianza. Yo no partiré sin asegurar la subsistencia de mi madre durante mi ausencia.

—Pues bien, nada mas fácil; ¿qué cantidad piensa usted asignarle mensualmente?—preguntó el duque de San Plácido.

—Mi madre está acostumbrada á vivir con modestia; le bastarian seiscientos reales mensuales,—contestó Julio.

—¡Oh! eso es muy poco, amigo mio,—contestó sonriéndose el duque.—Además, me parece una miseria tratándose de un hijo que parte para América con un sueldo fijo de cinco mil duros anuales y una participacion en los negocios de la casa.

—¡Cómo! ¿cinco mil duros?—preguntó con asombro Julio.

—Amigo mio, á mí no me gusta hacer las cosas mal hechas. Señalaremos, por consiguiente, á su madre durante su ausencia, veinticuatro mil reales anuales. Mi apoderado, por lo tanto, se encargará de entregar todos los meses cien duros á su señora madre, y usted me girará esa cantidad todos los años desde Méjico.

—Pero, Dios mio, ¿qué he hecho yo para que usted me proteja de un modo tan espléndido?—dijo Julio de Monforte.

—Sencillamente, ser hombre de bien; y por otra parte,—añadió sonriéndose el duque,—usted no ignora que hemos estado muy próximos á ser parientes, es decir, mas que parientes, hermanos. Pero Blanca ha preferido, á ser la esposa del duque de San Plácido, vivir soñando en el amor que le ha inspirado un hombre que vale mucho, pero que no tiene una peseta. No debe á usted extrañarle, por lo tanto, que asombrado de ese desprendimiento, poco comun en nuestros dias, yo que me honro dando á Blanca el nombre de hermano, quiera serlo al mismo tiempo de usted, y le preste un poco de proteccion.

—¡Ah! es usted el hombre mas generoso del mundo. Partiré, sí, partiré en busca de esa fortuna, sin la cual yo no aceptaria jamás la mano de Clotilde. Sé que mi madre y mi hermana derramarán abundantes lágrimas; sé que extrañarán mi conducta, tratándome quizás de hijo desnaturalizado; pero usted quedará aquí para persuadirles del inmenso amor que por ellas siento.

Y Julio, apoderándose de una de las manos del duque de San Plácido, la estrechó cariñosamente entre las suyas.

En este momento, un criado dijo desde la puerta:

—El doctor don Rogelio Mendez.

Julio hizo un esfuerzo para serenarse, y en compañía del duque se dirigió hácia la puerta para recibir al médico.

—¿Como sigue el herido?—le preguntó el duque con precipitacion.

—Muy grave, señor duque.

—¿Pero desconfia usted de salvarle?—preguntó á su vez Julio.

—La ciencia tiene sus límites, amigo mio, y ni yo ni nadie puede traspasarlos. Se curan con facilidad las heridas sobre las cuales pueden aplicarse remedios enérgicos; pero las heridas que no puede llegarse hasta ellas, esas presentan grandes dificultades, que no resolverán jamás los hombres.

—¿De manera, que usted cree que Ernesto morirá?—preguntó el duque.

—Hay muchas probabilidades para creerlo así. Mi opinion es que si no muere de la herida, morirá de las consecuencias de la herida. Pero tengo la buena costumbre de no perder nunca la esperanza. Allá veremos. Yo creo ver claras las consecuencias funestas de los destrozos interiores que ha hecho el proyectil. Si yo lograra salvar á Ernesto, podria enorgullecerme de la cura. He visto algunos casos de heridas de arma de fuego, que despues de una supuracion natural y una cicatrizacion completa, á los dos ó tres meses han conducido al paciente al cementerio. Yo quisiera engañarme, pero creo que el baron de Labra no vivirá muchos años.

Y Mendez, como si quisiera cambiar de conversacion, calculando que no debia serle muy grata á Julio, añadió cambiando de tono:

—Querido duque, he ido al lance en ayunas; van á dar las diez de la mañana, y voy á empezar mi visita. ¿Quiere usted mandar que me sirvan algo para desayunarme?

—Con mucho gusto; pasemos al comedor: yo tambien tomaré algo, y Julio nos acompañará.

Y el duque de San Plácido dió el brazo al médico, y ambos salieron del gabinete seguidos de Julio de Monforte.

LIBRO UNDECIMO

LA EMBOSCADA

CAPITULO PRIMERO

COMO DOS BUENOS AMIGOS

El hombre mas astuto, el mas desconfiado, el que vive, por decirlo así, recelando completamente de todo, suele alguna vez dormirse como Homero, y caer en las redes de su enemigo.

El conde de la Fé no podia ignorar ni olvidar un solo instante, que entre él y el general Lostan existia una guerra á muerte, un ódio implacable.

A pesar de esto, aceptó la invitacion que le hacia el general, y creyéndole vencido y dominado, se disponia á acompañarle á su casa de campo de Chamartin sin abrigar el menor recelo.

El conde habia pedido un caballo de silla para las tres de la tarde, hora en que el general debia ir á buscarle.

Y efectivamente, don Pedro fué puntual. A las tres menos algunos minutos, un criado entró á decir al con-

de de la Fé que el general le esperaba en el portal de la casa, montado.

—¿Viene solo?—preguntó el conde.

—Sí, señor, solo.

—Entonces que saquen el caballo de la cuadra, que bajo al instante, en caso de que el señor general no quiera subir un momento.

Algunos minutos despues, el conde de la Fé y el general Lostan se dirigian á la Castellana en busca del camino de Chamartin, conversando amistosamente.

—Veo, querido general,—decia el conde,—que los años no le han hecho á usted perder la costumbre de montar á caballo. Parece que va usted enclavado en la silla, mientras que yo, si no fuera por la completa confianza que me inspira el caballo, no seria estraño que me viera usted dar alguna voltereta.

—A mí me hubiera sido completamente igual ir en carruaje que á caballo.

—Sí, sí; pero esto distrae mas, y el caballo que yo monto me inspira gran confianza... ¿Sabe usted, querido general, que abrigo un temor?—añadió sonriéndose el conde.

—¿Cuál?

—Que causemos un gran disgusto á la señora marquesa y á su encantadora hija.

—¿Y por qué?

—¡Ah! las señoras no son amigas de sorpresas de cierto género, y cuando nos vean entrar por su tranquilo retiro, dirán que es una traicion que les hacemos.

—Efectivamente, porque yo estoy dispuesto á que nos den de comer.

—Yo desde ahora no quiero cargar con la responsabilidad de este abuso de confianza, y me disculparé con esas señoras.

—Acepto toda la responsabilidad,—contestó sonriéndose el general.

—Me han dicho que la señora marquesa ha logrado convertir en un paraíso su casa de campo de Chamartin, —preguntó el conde.

—Efectivamente, Beatriz ha rodeado su quinta de encantos. Poco aficionada al bullicio de la córte, pasa la mayor parte del año en su poético retiro ocupándose de sus flores y de sus pájaros, y si no fuera por su hija, á quien no podemos, sin cometer una ingratitud, encerrar en una casa de campo, yo creo que mi esposa no se acordaria de Madrid.

—¡Oh! cuando se tienen hijos es preciso sacrificarlo todo por ellos, hasta las inclinaciones de nuestro corazon, y seria una crueldad encerrar á la hermosa Clotilde en una casa de campo, aunque esta tuviera todos los encantos y todas las comodidades apetecibles.

—Yo temo que cuando Clotilde se case,—repuso el general,—mi esposa dé un adios eterno á Madrid, y venga á retirarse para siempre á su quinta de Chamartin.

—¡Bah! ya procuraremos convencerla de que no nos abandone.

—Lo cual me parece muy difícil, señor conde.

—No hay madre que resista á los ruegos de su hija.

—En fin, no nos ocupemos de lo porvenir. Hoy señor conde, lo que exijo de usted es que con su buen talento haga comprender á Clotilde las ventajas de su proyectado enlace con el baron de Labra; pues deseo vivamente que hoy mismo quede convenido todo y fijado el dia del casamiento.

—Teniendo el apoyo de usted y el de la señora marquesa, creo que no nos será difícil conseguirlo.

—Así lo espero.

El general hablaba con admirable naturalidad, y aunque alguna que otra vez por la mente del conde cruzaba una sospecha, al fijar los ojos en el sereno rostro del general, esta sospecha se desvanecia.

Queriendo sin embargo sondear el corazon de aquel hombre á quien tanto odiaba, buscó una ocasion oportuna para decirle:

—Cuando el frio de las canas viene á posarse sobre nuestra cabeza, cuando se cumplen los sesenta años, esa edad en que empieza la descomposicion del hombre, cambian de una manera notable los pensamientos y las afecciones: ¿no es verdad, señor general?

—¡Oh! ¡quién lo duda! Los años templan y enfrian las pasiones del corazon; los años hacen posible lo que en la primavera de la vida nos hubiera parecido un sueño.

—Nosotros, por ejemplo, señor general, hemos pasado una gran parte de nuestra vida haciéndonos una guerra sin cuartel.

—¡Es verdad!

—Tres veces colocados el uno frente del otro, nos

hemos jugado la existencia, y sin duda la Providencia no quiso que nos matáramos, porque ella en sus misteriosos fallos tenia escrito que con el tiempo debíamos reconciliarnos y ser buenos amigos. Porque ¿quién, al vernos caminar con esta armonía hácia Chamartin uno al lado del otro, no verá en nosotros dos buenos amigos?

—Y para llegar á este momento, de que yo tanto me felicito,—añadió el general sonriéndose,—¡cuántas y cuántas veces no hemos deseado despedazarnos! Pero usted ha dicho muy bien: la nieve de las canas entibia las pasiones, y yo confieso que, harto de luchar, cedo ante el destino y no deseo otra cosa que terminar tranquilamente mis dias, que ya no pueden prolongarse mucho. Por eso he aceptado con lealtad y buena fe la reconciliacion. Seamos, pues, amigos todo el tiempo que Dios nos conceda de vida.

—Sí, sí, dice usted bien, general, seamos amigos,—exclamó el conde, dejándose llevar de la confianza que las palabras de don Pedro le inspiraban.

—Pues entonces, señor conde, de usted estriba que lo seamos de veras.

—¿De mí?

—De usted, que posee un secreto que puede deshonrarme.

—Señor general, el dia que Ernesto sea el esposo de Clotilde, daré á usted mi palabra de honor de que el secreto que á usted sobresalta morirá enterrado en el fondo de mi corazon.

Aquellos dos hombres se engañaban mútuamente;

aquellos hombres seguian odiándose tal vez con mas rencor que nunca. El conde tenia la completa seguridad de que Clotilde al dar su mano al baron de Labra firmaba su desgracia para toda su vida.

Además de esta imposicion humillante que obligaba á aceptar al general Lostan, contaba siempre como último recurso el deshonrar á su enemigo publicando su secreto.

El general, por su parte, no se hacia ilusiones ante las promesas de su irreconciliable enemigo, y deseando acabar con él para siempre, astuto y rencoroso, le conducia á una emboscada, disfrazando su ódio, su deseo de venganza, con el modesto traje del arrepentimiento y de la humildad.

Cuando poco antes habia ido á buscarle á su casa, un temor le sobresaltaba, y este temor era que el conde estuviese enterado de la desgracia de Ernesto; pero afortunadamente el conde no sabia que su protegido, que su ahijado, se hallaba en cama gravemente herido; porque al saber este acontecimiento, al buscar el orígen de un duelo tan inesperado, al saber el nombre del que se habia batido con Ernesto, hubiera podido sospechar algo. Pero, volvemos á repetirlo, el conde ignoraba todo cuanto habia sucedido.

Así pues, como dos buenos amigos, y empleando muchas veces el lenguaje del arrepentimiento, llegaron á las verjas de la hermosa casa de campo de la marquesa del Rádio, situada como á unos quinientos metros del grupo de casas que constituye el pueblo de Chamartin.

Un hombre se paseaba por delante de la verja de hier-

ro que daba paso al jardin. El general reconoció á aquel hombre desde léjos. Era Santiago, que demostrando no poco asombro al ver á su amo, se acercó saludándolos respetuosamente.

—No me esperábais, ¿no es verdad, Santiago?—dijo el general echando pié á tierra.

—¡Oh no, señor!—contestó el ayuda de cámara.—Y las señoras van á tener una sorpresa agradable.

—Dispon que conduzcan los caballos á la cuadra; luego acompañarás al señor conde á mi habitacion, mientras yo me dirijo en busca de la señora marquesa á ver si puede recibirnos. Al momento me reuniré con usted, señor conde.

Santiago encargó al jardinero que se llevara los caballos, y luego inclinándose respetuoso ante el conde de la Fé, dijo:

—Cuando vuecencia guste.

—Vamos adonde usted quiera. Siempre será decente que para presentarme ante esas señoras me limpie un poco el polvo del camino.

Santiago condujo al conde á una de las habitaciones bajas, que tomaba las luces del jardin. Se dirigió á una puerta, y abriéndola dijo:

—Este es el tocador del señor general. Si vuecencia gusta pasar, encontrará todo lo indispensable para el aseo de su persona.

Y Santiago, levantando con la mano izquierda el portier, se inclinó respetuosamente como para dejar franco el paso al conde.

El conde de la Fé hizo un movimiento afirmativo de cabeza, y penetró sin el menor recelo por la puerta que acababa de abrir Santiago; pero apenas habia colocado el pié sobre el dintel se sintió bruscamente empujado por la espalda, y faltándole la tierra bajo sus plantas, lanzó un grito aterrador.

Santiago cerró la puerta, guardó con calma la llave en el bolsillo del pecho de su gaban, y sonriéndose de un modo poco tranquilizador, murmuró en voz baja estas palabras:

—Ahora ya es nuestro.

CAPITULO II

LA SORPRESA

El conde de la Fé cayó de rodillas.

Las tinieblas eran profundas.

A pesar del espanto que le causaba aquel inesperado acontecimiento, extendió los brazos, procurando orientarse del terreno en que se hallaba. Sus manos sólo encontraban el vacío, y entonces comprendió que el general, hipócrita y miserable, le habia conducido hasta aquel sitio, preparándole indudablemente una emboscada.

Entonces maldijo su ciega confianza; pues ni siquiera se le habia ocurrido llevar un arma, y se encontraba indefenso en poder de su enemigo.

El terreno donde se hallaba era una rampa, que conducia á una cueva.

El conde tuvo miedo de avanzar, porque él ignoraba si algun abismo abierto á sus piés se hallaba prepa-

rado para tragar su cuerpo. Se sentó en el suelo, y cogiéndose la cabeza entre las manos, permaneció largo tiempo reflexionando sobre su triste y angustiosa situacion.

—He sido un imbécil,—murmuró con el acento de la mayor desesperacion.—¿De qué me han servido los años, la experiencia, si he venido por fin á caer en esta infame emboscada, de la que no es fácil me vea libre? El general podrá asesinarme, podrá dejar que me consuma de hambre en esta tumba, sin que nadie pueda venir en mi auxilio.

Y exhalando un rugido, en el que podia adivinarse la desesperacion de su alma, añadió:

—¡Ah! morir sin vengarme, cuando hace treinta años que corro ansioso detrás de la venganza!

Dos lágrimas brotaron de los ojos del conde, lágrimas de fuego, que quemaron sus mejillas.

Hacia mucho tiempo que el conde no lloraba; todo le era indiferente en el mundo menos su venganza, y esta venganza, acariciada tantos años como la hija predilecta de su corazon, en medio de aquellas tinieblas que le rodeaban, se desvanecia como un sueño.

Era indudable que los planes del general debian ser terribles, y el conde, en medio de su soledad y su desesperacion, se arrancaba los cabellos, exhalando espantosas blasfemias y maldiciendo su confianza, su credulidad.

Así trascurrió una hora, que tuvo para el conde una duracion infinita. Algunas veces se habia incorporado, y tentando con las manos aquellos muros frios y húme-

dos, buscaba, aconsejado por un resto de esperanza, la manera de salvarse; pero todo fué en vano. Por todas partes encontraba los muros de aquella especie de rampa, por la que no se atrevia á avanzar, temeroso de encontrar abierto un abismo á sus piés que le tragara.

A pesar de su desesperacion y de su aturdimiento, no dejó de comprender que seria vano todo cuanto hiciese por salir de aquel encierro, como asimismo el pedir socorro para que le auxiliaran.

Sentado, pues, en el suelo, esperó sin ninguna confianza de salvacion.

Por fin, creyó distinguir á lo lejos un débil resplandor.

Dirigió anhelante los ojos hácia aquel punto. Aquella luz parecia aproximarse al sitio donde él se hallaba, y no tardó mucho en distinguir perfectamente el vivo resplandor de una linterna, que, dejando en la mas completa tiniebla la mano que la conducia, dirigia hácia él sus rayos.

El conde no pudo dominar un movimiento de espanto. Aquella luz que avanzaba hácia él parecia indicarle algo terrible, algo amenazador.

Comprendió que habia llegado la hora de que el general Lostan explicara su incalificable conducta, pero esta explicacion podia ser para el conde la muerte. Ese era su miedo, ese era su espanto.

De repente aquella luz se quedó inmóvil, y una voz, para él desconocida, dijo con un acento siniestro:

—Conde de la Fe, estás invitado á comer. Si el miedo no te imposibilita, si en tu pervertido corazon queda un

resto de energía, sigue el resplandor de esta luz. El general Lostan va á cumplirte su ofrecimiento.

El conde de la Fe comprendió que seria inútil resistir ni desobedecer aquella órden. Hizo un esfuerzo para serenarse, se incorporó, y procurando dar á su voz una entonacion serena, dijo:

—Comprendo que se trata de arrebatarme la vida: he sido víctima de una negra traicion; pero como todas mis lamentaciones serian inútiles, ya te sigo.

La luz comenzó á retroceder, y el conde descendió con pausa por aquella pendiente.

Así caminaron durante algunos minutos.

De pronto, aquella especie de rampa encajonada entre dos muros terminó, y despues de penetrar por una puerta, la decoracion cambió por completo, y el conde no pudo menos de exhalar un grito de asombro. Allí estaba el general Lostan, de pié, inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho. Detrás de él, y á algunos pasos de distancia, se hallaba Santiago, el ayuda de cámara.

Aquellos dos hombres le miraban de un modo siniestro; pero no eran estas miradas lo que habia hecho exhalar un grito al conde: era el aspecto, el carácter, de aquella especie de sala donde acababa de entrar. Estaba alumbrada por ocho blandones amarillos, suspendidos de la pared. Sobre una de estas paredes colgaba un paño negro con estos tres nombres, escritos con letras de color de sangre: «Margarita,» «Beatriz,» «Angela.»

Al pié de este fúnebre tapiz se veia un ataud vacío, abierto y como esperando un cadáver.

En medio de este sombrío local se hallaba una mesa servida, sobre la que humeaban algunos manjares, y se veian profusion de botellas.

Esta mesa estaba alumbrada por dos candelabros de cinco bujías cada uno.

Sobre otro de los lienzos de la pared se veia una panoplia forrada de negro, y con clavos de acero, con sables, floretes y pistolas.

En otro de los ángulos se hallaba una mesa con todo lo necesario para escribir.

El conde recorrió todos estos objetos con recelosa mirada, durante una pausa que le concedió indudablemente el general para que se enterara del sitio en que se hallaba.

—¿Qué significa esto, señor general?—preguntó el conde.

—Esto significa, señor conde, primero, que voy á cumplir á usted la palabra convidándole á comer, y segundo, que por esta vez nos batiremos verdaderamente á muerte. Ese ataud espera un cadáver: el vencedor practicará la obra de caridad de enterrar al vencido. Pero no adelantemos los acontecimientos. La comida está esperando.

Y el general indicó con la mano uno de los dos sillones que se hallaban colocados junto á la mesa.

El conde, sin embargo, no se movió. Parecia como si se hallara enclavado en aquel sitio.

—Por las palabras que usted acaba de dirigirme y por el sombrío aparato que nos rodea,—repuso el conde, pro-

curando dominar la emocion que sentia,—veo que trata usted de que nos batamos por cuarta vez.

—Sí, pero esta vez yo aseguro á usted que será la última.

En aquel momento, una idea, que reanimó en parte la esperanza perdida del conde de la Fé, cruzó por su mente, y dejando asomar á sus labios una sonrisa desdeñosa, dijo:

—Jamás hubiera creido que el general Lostan, á quien supongo hombre de corazon y valor, propusiera á su enemigo un duelo á muerte con condiciones tan desventajosas.

—¿Cómo?—preguntó el general, como si no comprendiese bien las palabras del conde.

—¡Oh! sí, ventajosas en alto grado para usted; porque todo esto que me sorprende, se conoce que estaba preparado de antemano por usted; porque esas armas que veo dispuestas para que nos matemos, yo no las conozco, y porque mi espíritu sobresaltado con esta infame emboscada, carece de la serenidad necesaria para defender mi vida. Todo esto, pues, son ventajas que le darán á usted la victoria; y yo, persuadido de ello, no quiero tomarme el trabajo de defender mi vida. Puede usted, por consiguiente, asesinarme cuando le plazca.

El general comprendió que aquello no era otra cosa que una argucia para esquivar el lance, y haciendo un movimiento de indiferencia con los hombros, repuso:

—Está bien; si usted no quiere defenderse, le asesinaré á usted. De aquí no saldrá el conde de la Fe más que muerto ó vencedor. Esos tres nombres escritos sobre el

negro tapiz, representan las tres mujeres por las cuales venimos manteniendo una lucha á muerte hace treinta años. Con ese paño negro se envolverá el cadáver de aquel de nosotros dos que deje de existir. Recuerde usted bien, señor conde, que no es mia la culpa de haber llegado á esta situacion; usted es un enemigo harto temible para que yo le desprecie. Es necesario, pues, matar ó morir. Yo hubiera sufrido tal vez con resignacion todas las heridas que usted hubiese intentado hacer á mi cuerpo, á mi carne; pero usted, que abriga en su miserable alma un ódio implacable á mi familia, ha querido herir de muerte la felicidad y la honra de mi hija. Con su maquiavelismo trató usted de casarla con su hermano Daniel; la casualidad ó la Providencia destruyeron esta negra intriga; y hoy me impone usted al baron de Labra, porque tiene la completa seguridad de que este casamiento causaria la desgracia de mi hija. Dos hombres, pues, se oponen á la ventura de Clotilde: el conde de la Fe y su ahijado Ernesto. Mi deber es librarla de tan miserables enemigos. En cuanto á Ernesto, se halla á estas horas luchando entre la vida y la muerte; en cuanto al conde de la Fe, usted sabe muy bien la situacion en que se encuentra.

—¿Dice usted que Ernesto se halla luchando entre la vida y la muerte?—preguntó con marcado interés el conde.

—Sí, Ernesto se ha batido esta mañana con Julio de Monforte, recibiendo un balazo en el pecho, que segun el dictámen facultativo le costará la existencia. Por esa

parte mi hija se halla libre de las importunidades de un pretendiente á quien aborrece, y que usted le imponia con la amenaza del secreto que fatalmente posee hace tantos años.

—¿Y es usted el que ha buscado á Julio de Monforte para que se bata con Ernesto?

—No; ha sido la casualidad ó la Providencia, que ha venido, como otra vez, á salvar á Clotilde; á Clotilde, que es inocente y á la que usted ha hecho una guerra implacable.

El conde se llevó la mano á la frente: comprendió, aunque tarde, que el general era un enemigo tan temible como irreconciliable.

En vano buscaba en su imaginacion un recurso salvador. Perdida la esperanza, y comprendiendo que no le quedaba otro remedio que aceptar todas las condiciones que le propusiera el general, se dejó caer en uno de los sillones, y haciendo un movimiento de indiferencia, añadió:

—Está bien; puesto que usted se empeña en que cenemos, estoy á sus órdenes. Veo que el final de nuestra historia se reduce á matar ó morir; acepto, pues, el desenlace que me imponen las circunstancias.

CAPÍTULO III

MATAR Ó MORIR

El general hizo una seña á Santiago, que permanecia inmóvil en el fondo de la habitacion. Este avanzó algunos pasos, y saludó respetuosamente.

—Puedes servirnos la cena, puesto que el señor conde es tan amable que accede á mis ruegos.

Santiago llenó dos copas de vino, presentando una al conde y otra al general.

—Comencemos por brindar á la memoria de esas tres mujeres, que han sido causa de nuestra incesante lucha, —dijo el general, empuñando la copa y levantándola á la altura de sus labios.

El conde vaciló. Temia que aquella copa encerrara un veneno. Pero al ver que el general apuraba la suya tan tranquilamente, y que ambas estaban servidas del contenido de la misma botella, bebió tambien con resolucion.

Santiago sirvió los primeros platos, y aquellos dos enemigos irreconciliables comenzaron á cenar en medio del mas profundo silencio.

De repente, el general fijó una mirada fria y penetrante en el conde, diciendo:

—Segun la opinion de todos los sábios naturalistas, la vida del hombre recorre una época regular, entre los sesenta y ochenta años. Hay, sin embargo, algunas excepciones, tanto en las épocas antiguas como modernas. Fijándonos en España, se recuerda en la antigüedad á Argantonio, que vivió en Cádiz ciento cincuenta años, y Luis Acuña, legado lusitano, que en nuestros dias disfrutó de perfecta salud, robustez y vigor, hasta los ciento veinte. En la América del Norte, en 1797, murió un mulato que contaba ciento ochenta años de edad, y sabido es que en Jamaica, Roberto Synch vivió ciento sesenta, y Catalina Hiatt ciento cincuenta.

Y el general, sonriéndose de un modo sardónico, añadió:

—¿Qué edad tiene usted, señor conde?

—Próximamente, setenta años.

—Es decir, que ha vivido usted el término medio marcado por los naturalistas, y por consiguiente, creo que mirará con cierto desprecio la vida.

—Jamás me he ocupado de la muerte.

—Le doy á usted por ello la enhorabuena, porque el hombre que desprecia la vida, que no es avaro en la conservacion de sus dias, y á quien importa poco dejar de existir diez años antes ó despues, nunca le

falta el valor para batirse á muerte con otro hombre.

Una sonrisa desdeñosa asomó á los labios del conde.

—Aunque todas las ventajas están de parte de usted, —añadió,—aunque mi brazo es menos firme que el del general Lostan, esté usted seguro que mi corazon no temblará.

—¡Ah! ¡me cree usted capaz de aprovecharme de las ventajas!

—¿Quién lo duda? Desde el momento en que me ha conducido usted á este sitio, no veo en este duelo, que forzosamente se me impone, sino una traicion, un abuso; pero ni pediré clemencia, ni esquivaré el peligro: comprendo que de los dos uno sobra en el mundo. He sido muy confiado, ha ganado usted la partida; tal vez así estaba escrito, y me resigno.

—Sí, dice usted bien, uno de los dos sobra en el mundo; á mí me era imposible soportar por mas tiempo la amenaza que usted tenia suspendida sobre mi cabeza, amenaza que era tambien un grave peligro para la tranquilidad de mi familia. Hoy, pues, terminará todo para nosotros, todo, señor conde. Si la suerte quiere concederme la victoria, esa misma victoria será para mí una sentencia de muerte.

El conde miró al general como si no le comprendiera.

—Usted me ha creido,—añadió el general,—hombre capaz de abusar de las ventajas en este momento supremo; recuerde usted el pasado, señor conde. Tres veces nos hemos batido; en todas ellas salí victorioso, y nunca

me aproveché de las ventajas. Yo sabia que era usted un enemigo irreconciliable, que nunca se extinguiria en su corazon el ódio hácia mi persona, que nació cuando la desgraciada aventura de Margarita. Desde entonces la fatalidad ha ido empujándonos al uno y al otro; prolongar por mas tiempo esta lucha, es imposible: ha sonado, pues, la hora de que nuestros nombres se borren del gran libro de los vivos; pero antes de morir es preciso que usted se convenza de que no soy tan bajo y tan cobarde. La honra, la tranquilidad de mi familia así lo exige.

Y el general, poniéndose en pié rápidamente, como obedeciendo á un impulso nervioso, cogió un candelabro de encima de la mesa y añadió:

—Si yo propusiera á usted un duelo á sable, á florete ó á pistola, sé que todas las ventajas estarian de mi parte, pero no es mi vida la que trato de defender, porque al entrar aquí he hecho el sacrificio de ella. No hay, pues, esperanza para nosotros; los dos dejaremos de existir en breve, porque ya por nuestras venas circula el helado soplo de la muerte.

Y el general, avanzando algunos pasos y levantando con una mano una cortina que cubria la entrada de una galería de la cueva, añadió:

—Mire usted, señor conde.

El conde vió una ancha fosa abierta en el suelo; junto á esta fosa se hallaba un ataud abierto, como si esperara un cadáver.

—¿Qué es esto?—preguntó con espanto el conde retrocediendo dos pasos.

—Este es el mio; este espera mi cuerpo, como espera el del conde de la Fe el ataud que se halla en la habitacion inmediata.

—¿Pero vamos á morir los dos?—preguntó aterrado el conde.

El general soltó una ruidosa carcajada.

—Pues qué, ¿no cree usted que somos bastante criminales para merecer la muerte?

Y como el rostro del conde se quedara lívido como un cadáver, el general prorumpió en una segunda carcajada, y dijo:

—Continuemos la cena; desechemos el miedo; nadie puede librarnos de la muerte, pues ya agita gozosa sus impalpables alas sobre nosotros.

—¡No, no, terminemos!—exclamó el conde, dirigiéndose precipitadamente á la panoplia donde estaban las armas, y cogiendo una pistola.—Aún me siento con valor para defender mi vida.

Y apuntando el cañon de la pistola sobre el pecho del general, añadió:

—Basta de amenazas; ó me deja usted libre la puerta de esta horrible cueva, ó le levanto la tapa de los sesos.

El general volvió á prorumpir en otra carcajada.

—Nada hay que aturda tanto al hombre como el miedo,—repuso don Pedro.—El señor conde se cree libre del peligro que le amenaza, porque tiene una pistola en la mano y la apunta sobre mi pecho. En primer lugar, le diré que las balas nunca me hicieron inclinar la frente, y en segundo, que mal puede inspirarme miedo un

arma descargada. En las panoplias no se tienen nunca cargadas las armas de fuego; pero el señor conde está aturdido porque tiene miedo, y en verdad que no le creia tan avaro de una vida de la que le he hecho gracia por tres veces.

El conde miró rápidamente la chimenea de la pistola, y observando que no tenia piston, la arrojó con rábia lejos de sí, yendo á sentarse con el mayor desaliento en la silla que pocos momentos antes habia abandonado.

—Nuestra suerte está echada, querido conde: hoy será el último dia de nuestra vida. Desde el momento en que comprendí que ambos éramos obstáculos para la felicidad de Clotilde, me propuse librar á mi hija de esos obstáculos. Al servirme de un engaño para conducir á usted hasta el sitio donde nos encontramos, no fué mi ánimo que lucháramos frente á frente con armas iguales, porque esa lucha me hubiera concedido á mí todas las ventajas, teniendo á los ojos de mi conciencia el carácter de un asesinato. Para el general Lostan nada tan fácil como pasar de parte á parte el corazon del conde de la Fe de una estocada; pero como el general Lostan está cansado de la vida, al decidirse á emprender el viaje á la eternidad no quiere hacerlo solo, y ha elegido por compañero á su antiguo amigo el conde de la Fe. Seria para él muy doloroso dejarle en el mundo cometiendo infamias indignas de un noble.

—Y el general Lostan, que no quiere cometer un asesinato, ¿de qué manera espera valerse para que emprenda yo el camino de la eternidad?

—¡Oh! no espera valerse; se ha valido ya, amigo mio. Dentro de pocas horas el sudor de la muerte inundará nuestras frentes y dejarán de latir nuestros corazones. Pero como al reo de muerte se le conceden algunas horas para que piense en Dios y arregle sus asuntos terrenales, yo voy á concederle á usted sesenta minutos. Cuando estos trascurran, Santiago vendrá á depositar el cadáver del conde de la Fe en ese ataud vacío que le espera.

—Trata usted de imponerme miedo,—contestó el conde, esforzándose por sonreirse.

—Me es completamente igual que tenga usted miedo ó no. Al brindar por el recuerdo de Margarita, al apurar la copa que precedió á nuestra cena, ambos á dos bebimos un veneno, que ha de conducirnos muy en breve á la eternidad. Inútiles han de ser, señor conde, las lamentaciones y las protestas; nuestra suerte está echada: es preciso morir.

—¡Oh! ¡infame, infame!—exclamó el conde, comprendiendo todo lo desesperado de su situacion,—¿me has envenenado, y seguro de mi muerte rechazas ahora un duelo conmigo con armas iguales? Hipócrita y cobarde, puedes gozarte en mal hora de añadir á tus crímenes mi muerte, porque yo no te creo, no puedo creerte. Tú no has bebido el veneno.

El general hizo un movimiento con los hombros para demostrar la indiferencia que le causaban aquellas palabras.

—¡Ese es tu ataud!—añadió don Pedro empleando el

mismo lenguaje del conde;—en la galería inmediata has visto el mio. Una misma fosa encerrará nuestros cadáveres. Santiago, servidor leal, que se ha conquistado toda mi confianza, será nuestro sepulturero. Durante algunos dias se comentará en Madrid nuestra desaparicion. La policía nos buscará en vano por todas partes; no encontrará nuestros cadáveres, y el tiempo borrará de la memoria de los vivientes nuestra original y extraña desaparicion. Los caballos que nos han conducido á esta quinta, se encontrarán esta noche en una calle de Madrid sin sus ginetes, y mañana, mi hija, sin temor de ver el buen nombre de su padre deshonrado, podrá vivir tranquila y feliz con su madre ó con el esposo que elija su corazon, sin perder la esperanza de abrazar con el tiempo á su padre.

—Pero esto es horrible,—exclamó el conde, llevándose las manos á la frente;—yo no quiero morir olvidado de Dios y de los hombres en esta espantosa cueva.

—Señor conde, ha pasado el tiempo de las lamentaciones, ha llegado la hora de la muerte. Usted pensaba arrancar la máscara con que me encubro á los ojos de la sociedad; usted pensaba decir á esos mismos que me envidian y me aplauden: «ese hombre es un infame; la marquesa del Rádio no es mas que su querida, y Clotilde una hija natural.» Usted pensaba llenar de vergüenza y oprobio á unas pobres mujeres que ningun daño le habian hecho, y faltándole el valor para arrancarme la vida, con infernal maquiavelismo preparaba usted su implacable venganza. Es preciso morir; sea usted hombre en

los últimos momentos de su vida. Antes de cincuenta minutos, el frio de la muerte circulará por nuestras venas. Sobre esa mesa tiene usted recado para escribir. Santiago cumplirá con exactitud todas las órdenes que usted le dé, siempre que no sean para revelar este drama misterioso que ha de permanecer siempre ignorado. No olvide usted que hay un Dios, único juez que tiene el poder de perdonar á los criminales en la hora de la muerte.

El general se levantó, añadiendo:

—Ni usted ni yo debemos perder un solo instante. Nuestra última hora se aproxima; hasta la eternidad, pues, señor conde.

El general se dirigió hácia una de las galerías de la cueva. El conde, aprovechándose de un resto de desesperada energía, se abalanzó sobre su terrible enemigo; pero Santiago, saliéndole al encuentro, le cogió bruscamente por la cintura, arrojándole con fuerza lejos de sí.

El conde fué á caer aturdido y descompuesto junto al ataud que iba en breve á encerrar su cuerpo exánime.

Un rugido y una blasfemia se escaparon de su boca, y golpeándose la frente con las manos, exclamó con desesperacion:

—¡Asesino! ¡asesino!

CAPITULO IV

AGONÍA

Durante algunos segundos, el conde permaneció inmóvil sentado en el suelo. De vez en cuando dirigia los ojos en derredor suyo como un demente.

El general y Santiago habian desaparecido. Se hallaba solo, solo con su dolor, con su desesperacion, con sus remordimientos, con su miedo.

El sitio donde se hallaba tenia para él la tétrica soledad de la tumba. Aquellos tapices negros le espantaban; aquellos nombres escritos con letras de color de sangre, le oprimian de un modo doloroso el corazon.

Comprendia que su salvacion era imposible; pero en el hombre, hasta el último momento de su vida, queda en el fondo de su alma un resto de esperanza.

El conde se levantó del suelo, sacudió la cabeza como si quisiera desechar tétricos pensamientos, y como un

demente corrió hácia la panoplia, descolgó una espada, y cogiendo con la mano izquierda una de las antorchas que pendian de la pared, exclamó:

—Es preciso vender cara la vida, es preciso buscar la salvacion: yo no puedo creer que el general haya apurado conmigo un veneno; yo he tenido gran cuidado en beber los mismos vinos que él, comer los mismos manjares; ¿quién sabe si todo esto no es otra cosa que una farsa para amedrentarme?

El conde comenzó á registrar la cueva á favor de la antorcha que llevaba en la mano.

Al final de la rampa por donde habia descendido á aquel antro, encontró una puerta de hierro, y no tardó mucho en convencerse de que todos sus esfuerzos serian en vano para abrirla.

Despues de algunos minutos de inútiles investigaciones, se convenció, exhalando un rugido de desesperacion, que era imposible salir de la cueva.

Estuvo contemplando un momento con espanto la ancha fosa abierta en la galería inmediata y el vacío ataud que se hallaba á su lado.

—¿Será verdad,—se dijo con aterido acento,—que esta sepultura se ha hecho para encerrar los cadáveres del general y mio? ¡Oh! no, no, ni él ni yo estamos envenenados.

Y de pronto, retrocediendo con espanto ante aquella fosa que amenazaba tragarle, exclamó:

—¿Y por qué no puede él haber apurado el mismo veneno que yo? Todo veneno tiene su antídoto, y á estas horas, no hay duda, él estará tomándolo para librarse de

la muerte, mientras me abandona á mí sin los auxilios reconocidos por la ciencia.

Esta sospecha produjo al conde una terrible desesperacion. Huyó de aquel sitio, encontrándose á los pocos segundos en el lugar donde habian cenado.

Al llegar allí, la espada y la antorcha se le cayeron de las manos, y sentándose abatido en una silla, murmuró en voz baja:

—¡Ah! ¡si yo pudiera vengarme, si yo pudiera revelar á alguno este horrible crímen que se comete conmigo, no me seria tan sensible la muerte!

Y el conde, apoyando los codos sobre la mesa, se cogió la frente con ambas manos, quedándose inmóvil.

Así permaneció dos minutos. De pronto, un grito terrible se escapó de su pecho, grito cuya definicion verdadera es imposible á la palabra humana, porque aquel grito tenia algo del rugido del salvaje cuando hunde su cuchillo en la garganta de su implacable enemigo. Era el grito de gozo de un condenado que encuentra en su última hora la manera de vengarse del mismo que es causa de todos sus dolores, de todas sus torturas.

El conde habia concebido un pensamiento, pensamiento digno de su maquiavélica imaginacion. En su lívido y demacrado semblante brilló un gozo satánico. Levantóse del sitio donde se hallaba, se dirigió precipitadamente á una pequeña mesa situada en uno de los ángulos de la cueva, sobre la cual se veia recado de escribir, y cogió una pluma.

El conde escribió con letra clara é inteligible du-

rante tres minutos. Luego leyó para sí lo que habia escrito, dejando asomar á sus labios una sonrisa de satisfaccion, y colocándose la hoja delante hizo tres copias exactas de aquel escrito; las dobló cuidadosamente, y dijo:

—¡Quién sabe! tal vez mañana, si el general me sobrevive, no faltará quien me vengue.

Entonces el conde recogió la pistola que poco antes habia arrojado al suelo, é introdujo dentro del cañon una de las tres copias que habia escrito; colocó otra en el cañon de la segunda pistola que quedaba en la panoplia, y la tercera, despues de algunos momentos de meditacion, la colocó tambien disimuladamente dentro de un panecillo francés que se hallaba aun intacto sobre la mesa.

Despues de esto, el conde se dejó caer en una de las sillas, y se llevó instintivamente una mano al pecho.

Los efectos del veneno que circulaba por sus venas, comenzaban á demostrarse. Un frio desconsolador se extendia por todo su cuerpo.

—La casualidad pondrá tal vez en mano de alguno una de las tres copias que acabo de escribir, y que serán como la declaracion de un moribundo que ha sido asesinado; sí, asesinado por el general Lostan, porque es indudable que este frio que siento en la sangre es el frio de la muerte.

El conde se llevó ambas manos á la frente.

Sus sienes comenzaron á latir de un modo horrible.

Volvió á levantarse, y escribió de nuevo sobre una hoja de papel. «Sé que seria inútil pedir justicia á los

hombres; Dios me vengará, Dios que lo ve todo y que no puede dejar impune este crímen.»

El conde arrojó la pluma; la luz de sus ojos comenzaba á oscurecerse.

—¡Morir, morir sin vengarme! ¡Mi situacion es horrible!

Y como si obedeciese á un resto de esperanza, añadió dando grandes voces:

—¡Socorro! ¡Yo, el conde de la Fé, ofrezco la mitad de mi fortuna al que me saque de esta horrible mansion, al que me libre de la muerte!

El eco de su voz se perdió en las silenciosas concavidades de la cueva; pero el conde volvió á exclamar con la misma desesperada entonacion:

—¡Muero envenenado por el general Lostan, por ese infame á cuyo rostro quisiera arrojar mi saliva antes de espirar!

Y el conde, con los brazos extendidos, el rostro desencajado, la mirada calenturienta y azorada, comenzó á recorrer la cueva, sin cesar en sus gritos de socorro y de venganza.

Pero nadie contestaba á sus lamentaciones: aquello era una tumba donde se perdian todos los lamentos de su solitaria y terrible agonía.

De pronto, la febril agitacion que estremecia su cuerpo cesó; gruesas y frias gotas de sudor asomaron á su frente, y sus piernas perdieron su fuerza, su movilidad.

Cayó al suelo desplomado, y extendiendo los brazos como para buscar un apoyo, sus dedos crispados por el

estertor de la muerte, se agarraron á los bordes de aquel ataud vacío que estaba allí esperando su cuerpo.

El conde exhaló un grito horrible; quiso huir de aquel sitio, y no pudo: la muerte se habia apoderado de las extremidades de su cuerpo; la sentia avanzar rápidamente hácia su pecho; todo el calor de su vida iba reconcentrándose hácia la cabeza.

Los oidos le zumbaban, trastornando las vagas ideas de su cerebro. Todo cuanto le rodeaba tomó para aquel desgraciado un rojo color de sangre.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó;—¡qué horrible es morir de esta manera! Yo he apartado durante muchos años mis ojos del cielo, y el cielo me abandona en este trance de mi vida.

Y como si esta lamentacion, como si estas palabras que comenzaban á indicar el arrepentimiento de aquel escéptico, le avergonzaran, prorumpió en una histérica carcajada ; hizo un violento esfuerzo para incorporarse; pero cayó sin lograrlo desplomado, golpeando el ataud con su cabeza y murmurando:

—¡Maldito sea! ¡maldito sea mi asesino!

La voz comenzó á ahogarse en su garganta; quiso continuar hablando y no pudo. Sus ojos se hundieron hasta desaparecer en las órbitas. Diríase que buscaban una sepultura dentro del cráneo.

Rápidamente asomaron á su rostro manchas de un color violado; su lengua, gruesa y torpe, apenas podia moverse dentro de la cavidad de la boca.

Esta agonía se prolongó por espacio de quince minu-

tos. El conde no oia, no veia; pero ese resto de vida que se escapa, ese sacudimiento desesperado del alma al abandonar la materia, trasmitian á su cuerpo espantosas convulsiones, y como el náufrago que muere agarrado á la tabla esperando de ella la salvacion, así el conde de la Fe permanecia aferrado á los bordes del ataud con sus crispadas manos, mientras se arrastraba por el suelo rugiendo y blasfemando como un réprobo.

—¡Yo no quiero morir!—decia con voz desfallecida, casi inteligible;—¡yo no quiero morir sin vengarme! ¡Correr toda la vida detrás de ese hermoso sueño, de ese placer de los dioses, y encontrar la muerte sin realizarlo, esto es horrible! ¡Pero qué muerte, Dios mio, qué muerte!... Si al menos le viera yo morir á mi lado del mismo modo...

El conde exhaló un grito, y se llevó sus temblorosas y crispadas manos á la garganta.

—¡Me ahogo... me ahogo!—murmuró.—¡Mis ojos han perdido la luz, mi cuerpo la sensibilidad!... ¡esto es la muerte, este es el paso fatal del ser al no ser!... ¡Dios mio, si es cierto que hay otra vida despues de esta vida, si es cierto que un instante de verdadera contricion puede inclinar tu clemencia salvando á los hombres mas culpables, yo creo en...

El conde no pudo acabar: un gruñido sordo se escapó de su pecho, sus labios se agitaron en vano como si pretendiera continuar hablando, y su cabeza, horriblemente desfigurada, que poco antes se habia incorporado para dirigir una suplica á Dios, cayó exánime como un crá-

neo de plomo sobre el ataud, produciendo un ruido tétrico, aterrador, cuyo eco fué á perderse por las húmedas galerías de la cueva.

El conde de la Fe habia dejado de existir. Su cadáver, rígido y contraido, se hallaba inmóvil y helado junto al ataud, al pié del fúnebre paño donde estaban inscritos los nombres de aquellas tres mujeres á quienes tanto habia amado y tanto habia aborrecido.

CAPITULO V

LA ÚLTIMA VOLUNTAD

¿Qué habia sucedido al general Lostan? Vamos á verlo.

Don Pedro, al salir de la cueva seguido de su leal criado Santiago, se dirigió á un pequeño gabinete situado en el piso principal de la quinta.

Una vez allí, cerró la puerta y fué á sentarse en una butaca.

Comenzaba á oscurecer. Santiago encendió un quinqué, y lo colocó sobre una mesa. Luego con los brazos cruzados é inmóvil como una estátua de mármol, esperó las órdenes de su amo.

El general parecia abismado en sus profundas reflexiones. Él por su mano habia vertido el veneno en el vino que sirvió para el primer brindis: tenia, pues, la conviccion de que la misma muerte que al conde iba

á acabar con su existencia, con una existencia que comenzaba á serle insoportable.

Pero él ignoraba que Santiago, su leal servidor, velaba siempre por su amo.

Despues de algunos momentos de profundo y reconcentrado silencio, el general exhaló un suspiro, levantó la frente y quedóse mirando fijamente á su ayuda de cámara.

—Mi última hora se acerca, Santiago. Te he conducido á esta habitacion para dejar solo al conde, que, libre de mi presencia, que tanto aborrece, podrá morir con mas tranquilidad y pensar en Dios. Ahora hablemos, porque es preciso no perder el tiempo. Dentro de una hora, los efectos del veneno que circula por mis venas comenzarán á turbar mis ideas, y yo quiero repetirte mis órdenes.

Santiago se inclinó respetuosamente.

—Despues de mi muerte, es decir, mañana, cuando regreses á Madrid, entregarás los tres pliegos que te he depositado. En mi testamento no me he olvidado de tí, Santiago, de tí, cuya lealtad me has probado tantas veces.

El general se detuvo; llevóse la mano á la frente como si quisiera ahuyentar tristes pensamientos, y continuó con sentida entonacion:

—El terrible drama que esta noche debe tener lugar aquí, debe ser un secreto para todo el mundo. Sé que eres hombre de valor, y no ha de amedrentarte la terrible comision que te confio. El cadáver del conde y el mio, quiero que duerman juntos el sueño de la muer-

te en la misma sepultura. Quiero que nadie sepa, nadie absolutamente, Santiago, lo que ha sucedido aquí esta noche. Es probable que al encontrarse por las calles de Madrid nuestros caballos sin los ginetes, la justicia tenga empeño en descubrir este misterio; tal vez fijen en tí sus miradas; tal vez se te conduzca á un calabozo para obligarte á hablar; pero yo sé que tú no desplegarás los labios para pronunciar una sola palabra, que no han de convencerte, ni las lágrimas de mi hija, ni las amenazas de la justicia.

—Yo agradezco al señor general el buen concepto que le inspiro, y aunque es difícil y penosa la comision que me confia, la desempeñaré con lealtad y valor.

—Gracias, Santiago: tú siempre has sido para mí un leal servidor, y yo en la última hora de mi vida me complazco en reconocerlo, y te ruego que aceptes como una pequeña muestra de mi gratitud la cantidad que encierra esta cartera, con la cual podrás vivir modestamente sin verte precisado á sufrir las impertinencias de un nuevo amo.

Y el general entregó una cartera á Santiago, que este guardó en uno de sus bolsillos sin mirarla.

—En la carta que debes tú entregarle á mi hija, carta en la que le envio mi última despedida sin decirla el triste fin de su padre, te recomiendo como el mas fiel de mis servidores, aconsejándola que no te separe de su lado.

—Si la señorita Clotilde desea conservarme á su servicio, yo continuaré sirviéndola con la misma lealtad que á su padre.

—Lo sé, Santiago, lo sé,—añadió el general exhalando un suspiro.

Y como si el recuerdo de su hija le entristeciera murmuró en voz baja, llevándose las manos á los ojos:

—Ella y tú, mi leal Santiago, sois los únicos séres que me amais sobre la tierra. Grande va á ser su dolor y su desesperacion cuando sepa que no volverá á ver mas á su padre.

Aquí hubo una pausa. El general permaneció con el rostro oculto entre las manos, y mientras tanto las lágrimas caian gota á gota de sus ojos.

—He sido muy culpable, Santiago,—volvió á decir; —perdí toda la felicidad de mi vida por obedecer á los impulsos bastardos de la ambicion. En vano he querido demostrar á la marquesa mi arrepentimiento; en vano le he suplicado de rodillas á sus plantas el olvido y el perdon. Tú lo sabes, Santiago; pocos hombres en la tierra han purgado mas terriblemente que yo sus infamias. No hay ni un solo episodio de mi vida que tú no conozcas, y ya espero que tú sabrás defenderme de las terribles acusaciones de la marquesa y de Daniel: en cuanto á mi hija, ¡oh! ese es un ángel de bondad, que me ama con ternura y está siempre dispuesto á perdonarme, á olvidar.

Y el general, agitando de un modo doloroso y triste la cabeza, añadió:

—¿De qué me han servido los títulos, los honores, la fortuna? La felicidad no existe sin la paz de la conciencia, y esa hace muchos años que huyó de mi pecho, que me abandonó, tal vez avergonzada de mí.

¿Pero qué importa la vida cuando al sacrificarla se comete un rasgo de justicia?

—¡Ah! señor, nunca el suicidio es un acto de justicia, —dijo Santiago con sentenciosa entonacion.

El general fijó los ojos con marcada curiosidad en su ayuda de cámara.

—Sí, el suicidio no es mas que un crímen,—añadió.

—Pero ¿olvidas que mi vida es un peligro permanente para mi hija? Todo el rencor que yo puedo inspirar á la marquesa y á Daniel quedará aplacado en cuanto se sepa mi muerte.

—Pero no quedará perdonado. ¿Qué cuenta espera usted dar á Dios, cuando despues de las locuras de la juventud termine usted su vida usurpando un derecho que no le pertenece?

—Yo te ruego, Santiago, que no continúes por ese camino. Es tarde para el arrepentimiento: yo he apurado el mismo veneno que hice beber á mi irreconciliable enemigo. No queda, pues, ninguna clase de salvacion; la suerte está echada, es preciso morir.

—No, señor general, no; es preciso vivir para entregarse con fe y con verdadera contricion al arrepentimiento. Es preciso vivir para aplacar la cólera celeste, practicando en el mundo verdaderas obras de caridad, que son las únicas que suben al cielo á interceder por las almas de los culpables.

—¿Pero á qué vienen esas reflexiones? Para ellas es tarde; la muerte circula por mis venas, y muy en breve se escapará de mi pecho el último suspiro.

En los labios de Santiago asomó una sonrisa que llamó la atencion del general.

—¿Qué quiere decirme esa sonrisa?—preguntó don Pedro con marcada curiosidad.

—Esto quiere decir, señor general, que Santiago no es sólo una máquina que obedece ciegamente á los impulsos de su amo; que yo no soy uno de esos criados sin iniciativa propia que carecen de la facultad de pensar, de ese bello don, de ese privilegio que Dios ha concedido á los hombres á hechura suya; esto quiere decir que la obediencia de los servidores tiene un término y se detiene al llegar á él.

—No te comprendo.

—Procuraré explicarme.

—Pero pronto, muy pronto, Santiago, porque mis momentos están contados.

Por segunda vez asomó la sonrisa á los labios de Santiago, que repuso de este modo:

—Cuando el señor general me confió el pensamiento de morir matando á su enemigo, yo le creí un absurdo, y desde aquel instante me propuse á que no se realizara por completo.

—¿Cómo?

—Un veneno debia poner fin á la vida del general Lostan y el conde de la Fe. Este veneno debia beberse mezclado en vino y apurando á un tiempo ambas copas, para inspirar de este modo confianza á quien sin querer la muerte se trataba de matar. Yo acepté el pensamiento; ofrecí secundarle; pero al señor general no se le ocurrió

en aquel momento que todo veneno tiene su antídoto, que destruye por completo sus terribles efectos.

—¡Acaba... acaba!—exclamó el general, que comenzaba á comprender lo que habia hecho Santiago.

—En la primera copa que apuraron el general Lostan y el conde de la Fe, bebieron el veneno dispuesto por el primero; y la muerte de los dos hubiera sido infalible, segura, á no haber derramado yo la suficiente cantidad de un antídoto en la segunda copa, para contrarestar en el acto los terribles efectos del veneno.

—¡Ah! ¿luego el conde vive?—exclamó el general con desesperacion.

—¿Y qué me importa á mí el conde?—contestó Santiago, encogiéndose de hombros.—Si no ha muerto, se hallará en este instante en la agonía. El antídoto lo puse solamente en la copa de mi amo, cuya vida me interesaba salvar por deber, por gratitud.

—¡Pero esto es una infamia!

—Será lo que usted quiera: yo he cumplido con mi deber; usted, general, apuró el veneno, y yo le he librado de cometer la infamia del suicidio.

—¡No, no, eso no es cierto; eso no puede ser! Pero si efectivamente me hubieras salvado de la muerte, yo, que no puedo soportar el peso de la existencia, te juro que tan pronto como me convenza de lo que acabas de decirme pondré fin á mis dias, si no con el veneno, con una pistola.

Y el general, poniéndose de pié, dirigió una mirada amenazadora en derredor suyo, exclamando:

—¡Ay del que se oponga á mi firme resolucion! La vida es un estorbo para mí.

—La vida es un deber, señor general. Sólo á Dios le es dado señalar el instante de la muerte.

—Pues bien; veamos quién podrá impedirme que yo termine con mis dias. Sígueme: vamos á la cueva. Si el conde de la Fe ha dejado de existir, es indudable que me has hecho beber un contraveneno; pero yo te juro que pondré fin á mi vida junto al cadáver de mi enemigo. Alumbra, alumbra mi paso, y ¡ay de tí si te rebelas contra mi última voluntad!

El general salió precipitadamente del gabinete.

Santiago seguia su paso alumbrándole con la lámpara que llevaba en la mano.

Cuando llegaron á la puerta de la cueva, el general se detuvo y aplicó el oido á la cerradura.

—Nada se oye,—dijo.

—Detrás de esa puerta reina el silencio de la muerte.

—Abre y entremos.

Santiago obedeció.

CAPITULO VI

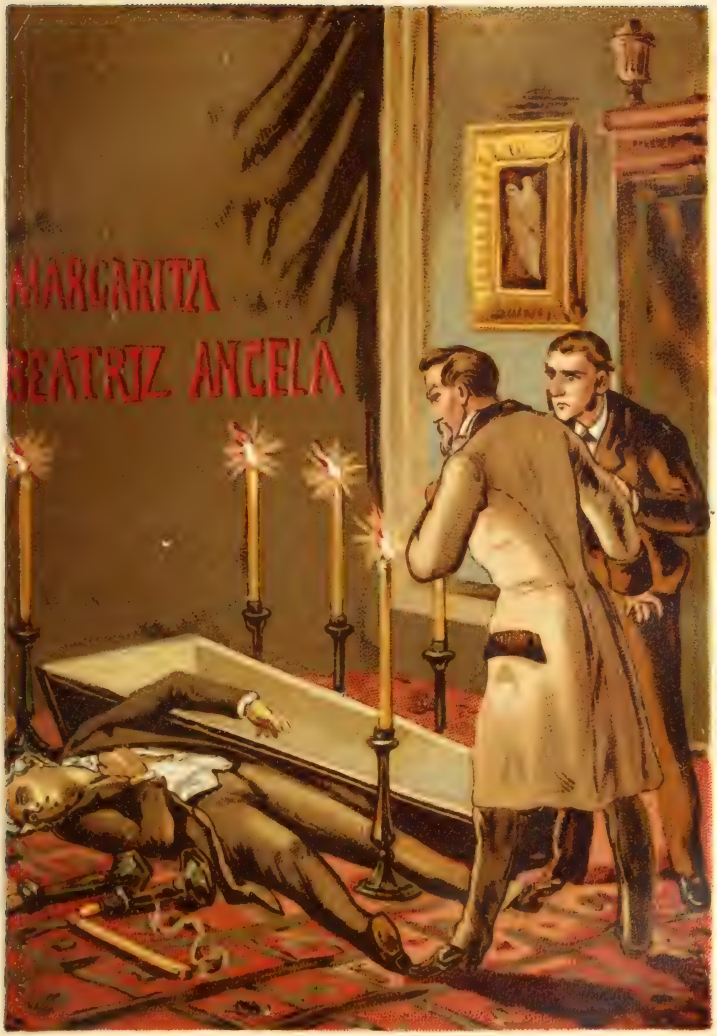
SANTIAGO

Efectivamente, el silencio era profundo; nada se oia. Á lo lejos, al extremo de aquella subterránea galería donde se encontraban el general y Santiago, se distinguia una vivísima claridad. Eran las antorchas y los candelabros que habian alumbrado la fúnebre cena de aquellos dos irreconciliables enemigos.

El general avanzó resueltamente, seguido siempre de su leal criado. No tardó mucho en encontrar el cadáver del conde, rígido y frio, extendido junto al ataud.

—¡Muerto!—exclamó retrocediendo un paso y fijando con espanto los ojos en el cadáver del conde.

—¡Sí, muerto, es natural!—contestó con admirable serenidad Santiago.—El conde apuró un veneno terrible. y tenia que morir; además, su muerte es justa; ¡que Dios perdone sus culpas!



¡MUERTO!—EXCLAMÓ RETROCEDIENDO UN PASO.....

Y como el general permaneciera inmóvil y silencioso junto al exánime cuerpo del conde, Santiago añadió:

—Ahora, señor general, una vez en mi vida, desde que estoy al servicio de usted, voy á atreverme á imponer condiciones, y juro ante el cadáver del conde de la Fe, enemigo irreconciliable de mi amo el general Lostan, cumplir la amenaza que va á brotar de mis labios.

El general no podia explicarse las palabras que acababa de pronunciar su ayuda de cámara. Aquel hombre tan leal, tan dispuesto siempre á sacrificar la vida por él, parecia como que se rebelaba en aquel trance funesto.

—Yo he salvado la vida de usted, porque yo no quiero que el general Lostan muera cometiendo un crímen consigo mismo. En buen hora que este réprobo,—añadió señalando el cadáver del conde,—que ese hombre rencoroso y vengativo, que era una contínua amenaza para usted y la señorita Clotilde, deje de existir, y muerda la tierra olvidado de Dios y de los hombres. ¿Qué me importa á mí el conde de la Fe? Nada, ningun lazo me une con él; le odiaba con todo mi corazon, porque hace muchos años se complacia en atormentar al hombre á quien mas amo y respeto en el mundo, al general Lostan.

—Pero... ¿te has vuelto loco, Santiago? No comprendo lo que estás diciendo.

—Yo me explicaré, señor, yo me explicaré. Nos hemos librado de un enemigo que sabia nuestro secreto, de un enemigo terrible, que podia llenarnos de vergüenza y

oprobio, y usted vivirá, porque yo quiero que viva; pero si desoyendo mis súplicas atentara contra su vida, si libre de las influencias perniciosas del veneno llevara usted á cabo el suicidio, oiga usted bien mis palabras, señor: si usted se mata, una hora despues revelaré á todo el que quiera escucharme el secreto causa de tantas angustias y penalidades.

—¡Tú revelar mi secreto! ¡tú cubrirme de vergüenza y oprobio!

—¡Yo, señor!

—Imposible, Santiago, no puedo creerlo. Eso no es mas que una amenaza para hacerme desistir de mi resolucion.

—Una amenaza que cumpliré, señor, que cumpliré, porque yo no quiero que usted muera.

—¿Pero no comprendes que la marquesa me odia, que es imposible que continuemos viviendo como hasta aquí?

—Pues bien, señor; hay un medio que puede arreglarlo todo.

—No hay otro que la muerte.

—No, no, es preciso vivir, vivir y esperar.

—No te comprendo: ¿cómo quieres tú que yo permanezca al lado de mi esposa que me aborrece, junto á mi hija que me mira con cierta prevencion? Bastante he sufrido en esta vida. Deja, pues, que rompa los lazos que unen al alma con la materia; déjame terminar de una vez mis sufrimientos.

—General, la señorita Clotilde ama á usted con toda su alma; muchas lágrimas ha derramado desde el

dia en que supo que Daniel era su hermano. No añada usted á las amarguras de ese ángel el gran dolor de llorar á un padre suicida, no arroje usted sobre la purísima frente de su hija la mancha sombría de su crímen.

El general se estremeció. Aquellas palabras levantaban un eco en su corazon.

Llevóse la mano á la frente, sintió que su espíritu vacilaba, y un suspiro se escapó de su pecho.

—Pero, desgraciado,—exclamó, como recurriendo al último resto de energía,—¿no comprendes que estoy cansado de mi existencia? ¿no sabes que la vida es para mí una carga insoportable? Deja, pues, que termine. Además, Clotilde ignorará mucho tiempo mi muerte, porque yo en la carta de despedida que la dirijo solo la digo que no volveremos á vernos nunca.

—¿Y cree usted, general, que es preferible una incertidumbre eterna, una vida sin fin, á saber la realidad de una desgracia? La señorita Clotilde leeria una y mil veces la carta de despedida, sin poderse explicar nunca tan extraña resolucion; esperaria á su padre en vano, sin que su padre volviera nunca. No, no, es preciso romper esa carta y escribir otra; es preciso decirla: «Hija mia, yo sigo amándote siempre, yo no te olvidaré nunca; pero un deber imperioso, tan imperioso y grande como el amor que te tengo, me obliga á separarme de tí. No sé el tiempo que tardaré en volver; pero en cualquier parte del mundo donde se detenga mi planta, tú serás mi único pensamiento. Conozco que es una crueldad no decirte adónde se detendrá mi fatigado cuerpo; confia y espera:

revístete de resignacion, y vive con tu madre, ya que yo por mis culpas no puedo hacer lo mismo.»

Santiago se detuvo.

El general le habia escuchado inmóvil, como enclavado en la tierra: su frente, en otro tiempo tan altiva y serena, se inclinaba pesarosa sobre el pecho, y allí con el espíritu vacilante, el corazon intranquilo, permaneció algunos minutos mirando fijamente al cadáver del conde.

—Yo, si usted lo ordena, me quedaré en Madrid para darle cuenta de todo cuanto aquí suceda; pero no quisiera separarme de usted.

El general continuaba inmóvil y mudo.

Santiago fijó en él una mirada llena de interés, y repuso:

—A la otra parte del Océano existe un país muy lejos de España, en donde los hombres prueban su valor con frecuentes guerras; allí iremos, general, allí, á recordar nuestra vida de soldados, y si la muerte viene á sorprendernos en medio del combate, bien venida sea.

Y Santiago, sonriéndose de un modo triste, volvió á decir:

—Porque yo supongo, general, que usted me permitirá que yo le acompañe. ¿Qué diablos quiere usted que haga en Madrid Santiago, marchándose á América su amo?

—Pero en el caso en que yo me decidiese á aceptar tus proposiciones,—contestó don Pedro,—si tú vienes conmigo, ¿quién velará por mi hija? ¿quién me dará

cuenta de su vida? ¿á quién buscaria para que desempeñase con lealtad mis últimos encargos?

—¡Es verdad! yo, durante la larga ausencia de usted, puedo hacer falta en Madrid; pero lo confieso, señor, será muy doloroso que nos separemos.

—No, no; mi primer pensamiento es el único que debo llevar á cabo. Véte, déjame, y dentro de una hora vuelve á este sitio para cumplir una obra de misericordia, para enterrar el cadáver del conde y el mio. Quiero que nuestros cuerpos descansen juntos en la misma fosa, quiero poner fin á esta vida que me abruma.

—General,—añadió con resolucion Santiago,—yo solo soy un criado, un leal servidor que debe obedecer ciegamente las órdenes de su amo. Puede usted, pues, terminar su vida, usurparle á Dios unos derechos que él solo posee, y cometer la infamia, el crímen de un suicidio. Ahí en esa panoplia hay armas suficientes para matarse; pero yo juro por la memoria de mis padres y por el cariño que á usted profeso, que si usted se da la muerte, revelaré, haré pública la historia de la infortunada Angela.

—¿Pero te has propuesto desesperarme?

—Queda un camino.

—¿Cuál?

—Que usted me mate antes á mí; los muertos no hablan.

—Véte, déjame solo.

—Está bien, señor, obedezco.

Y Santiago, saludando respetuosamente, desapareció

por una de las galerías de la cueva, ocultándose detrás de la ancha y negra cortina, desde donde podia ver al general sin ser visto.

—¡Ah!—se dijo hablando consigo mismo,—yo me he propuesto que viva, y vivirá. En el mismo instante que le vea atentar contra su vida saldré para arrancarle el arma de la mano, para luchar con él á brazo partido, porque yo no quiero, no quiero que muera.

CAPITULO VII

LA ACUSACION DE UN MUERTO

El general Lostan permaneció algunos momentos inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el cadáver del conde.

Aquel cadáver parecia atraerle, le tenia sujeto en aquel sitio.

De pronto el general hizo un brusco movimiento con todo su cuerpo, dirigió una mirada en derredor suyo, y sonriéndose de un modo melancólico, murmuró en voz baja:

—Estoy solo, solo con la muerte. ¡Ah! por fin el conde de la Fe no es ya un peligro para el general Lostan, una amenaza para Clotilde. La lucha ha terminado con la muerte, y ese cadáver frio, rígido, repugnante, es la mas sólida garantía de mi honra, de mi buen nombre, de mi reputacion.

Y como si en aquel instante nuevos pensamientos se apoderaran de su mente, añadió cambiando de entonacion:

—¿Pero es bastante el silencio de ese cadáver para vivir tranquilo? ¿no llevo yo un juez dentro de mí mismo? ¿no me habla sin cesar la conciencia? ¿no me arroja al rostro todas las noches la vergüenza de mi crímen?

Y sonriéndose de un modo inexplicable, continuó:

—¿Dónde existe el bálsamo consolador del olvido? ¿quién puede borrar de su memoria el borrascoso ayer? ¿qué importa que los hombres ignoren sus crímenes y estrechen con respeto y veneracion la mano del criminal, cuando Dios lo sabe y lo lleva uno en la conciencia?

El general se detuvo, y despues de un instante de meditacion, volvió á decirse:

—Dicen que un juez inapelable espera nuestras almas á la puerta de la eternidad para juzgarlas. Este juez, ni necesita testigos, ni dirige preguntas á criminales. Como nada ignora, como lo sabe todo con la claridad innegable de la luz, pronuncia la sentencia sin apelacion, que todos acatan con la frente inclinada y la mansedumbre del miedo en el semblante.

El general se llevó la mano al corazon, como si hubiese sentido en él un agudo dolor.

Desde el momento en que el hombre preocupa su imaginacion con las reflexiones, desde el instante en que piensa y discurre, la idea del suicidio comienza á desvanecerse; porque en todo suicida hay un momento de

vértigo, de locura, y aquel momento, aprovechado por el génio del mal, pone el arma en su mano y le impulsa á cometer el crímen.

El general volvió á decirse:

—La existencia llega á veces á hacerse insoportable. Pero ¿no podria ser un mérito para Dios sufrir el peso de esa existencia que se aborrece, y dedicar todas las horas de la vida á actos de verdadero arrepentimiento, á generosos rasgos de caridad? El mundo desgraciadamente no es otra cosa que un valle de lágrimas. ¿No puedo yo dedicarme á enjugar las lágrimas de todo el desgraciado que encuentre ante mi paso? Esto seria una obra meritoria, que Dios indudablemente tendria en cuenta en el triste instante de mi muerte.

Y como si se arrepintiera de aquellas reflexiones, hizo un brusco movimiento, se oscureció la luz de sus ojos, y despues de exhalar un suspiro y llevarse la mano á la frente, murmuró en voz baja:

—No, no, yo no tendré valor para vivir. He asesinado á ese hombre, porque al hacerle apurar un veneno tenia la completa seguridad de que yo lo apuraba tambien, y además de mis culpas pasadas, tendria hoy sobre mi conciencia la muerte del conde de la Fe. Estoy resuelto; es preciso acabar.

Y el general, abandonando aquel sitio, donde parecia hallarse enclavado, se dirigió hácia la panoplia y se apoderó de una de las pistolas.

Entonces recordó que aquellas armas no estaban cargadas, y la arrojó con furia sobre la mesa, porque nada

tan fácil como levantarse la tapa de los sesos con un arma de fuego; pero suicidarse con un arma blanca es mas difícil, mas violento, mas doloroso.

Una circunstancia particular distrajo al general Lostan. Al arrojar la pistola con fuerza se quedó mirándola, y creyó ver un objeto blanco que asomaba por la boca del cañon.

Entonces la curiosidad le hizo volver á coger el arma.

—¿Qué es esto?—se dijo, examinando el cañon y extrayendo de él el papel rollado que poco antes habia introducido el conde de la Fe.

El general lo desdobló con marcado interés, y al ver que estaba escrito se acercó á uno de los candelabros para leerlo. Entonces no pudo contener un grito.

—¡Ah! exclamó.—¡Verdaderamente esto es providencial! El conde de la Fe me demuestra su ódio hasta en el mismo instante de la muerte. Su último suspiro se ha escapado de su pecho envuelto con la idea de la venganza.

Y levantando la voz, añadió:

—¡Santiago! ¡Santiago!

El ayuda de cámara, que á pesar de las órdenes de su señor no habia abandonado la cueva, y que no le perdia de vista resuelto á evitar un crímen, apareció inmediatamente en la cueva.

—¿Qué ocurre señor?

—Ocurre que tengo en mis manos la última prueba de la perversidad de ese hombre que yace sin vida á nuestros piés; ocurre que el conde de la Fe, al abandonar el mundo, ha muerto como un réprobo, olvidan-

do á Dios y acariciando la idea de una venganza. Mi irreconciliable enemigo ha empleado los últimos instantes de su existencia, no en pedir á Dios perdon por sus culpas, sino en hacer una denuncia de las mias, con la esperanza sin duda de que este papel llegase á las manos de quien me pudiera denunciar. Escucha, Santiago, y comprenderás que bien muerto está el muerto.

Y el general comenzó á leer en voz alta, pero trémula y conmovida, lo que sigue:

«Yo, Fernando Ramiro de Almenara y Alvarez, conde de la Fe, declaro en este instante solemne de mi muerte, que el general don Pedro de Lostan, marqués del Rádio, es un miserable, que ocultando sus crímenes y sus infamias bajo el falso oropel de sus títulos y condecoraciones, hace muchos años vive engañando á la sociedad y esquivando el rigor de la justicia, porque el sitio que segun la ley corresponde á dicho general es el del presidiario, y los adornos de su cuerpo la cadena y las esposas de los penados de África.

»Casado con dos mujeres, con la infeliz y virtuosa Angela Cantero, á quien ha sacrificado inhumanamente, y con doña Beatriz de Esquivel, marquesa del Rádio, que despues de elevarle á la alta é inmerecida posicion que hoy ocupa, la ha convertido en una víctima infeliz de su ambicion; temeroso de que yo, poseedor de su secreto, le denuncie á los tribunales, me ha invitado á un almuerzo en el campo, en donde me ha hecho apurar un veneno, que dentro de pocos instantes terminará mi vida.

»Muero, pues, envenenado por el general Lostan,

marqués del Rádio, en una cueva de su casa de campo de Chamartin, donde indudablemente se enterrará mi cadáver. Veo á mi lado el tétrico ataud que ha de encerrar mi cuerpo, y muy cerca el hoyo que se ha abierto para que trague mi cadáver.

»El general Lostan ha meditado este crímen con una crueldad, con un refinamiento espantoso.

»Quien quiera que sea el que encuentre esta mi declaracion, hecha en presencia de Dios y de la muerte, si me venga, si hace que la justicia caiga con todo rigor sobre la cabeza del culpable, del asesino, del infame general Lostan, yo le nombro mi heredero universal, y espero que los hombres respeten esta mi última voluntad.

»El conde la Fe.»

Al terminar la lectura de esta terrible declaracion, el general y Santiago se quedaron mirándose durante algunos segundos. Despues de esta ligera pausa, Santiago, en cuyo rostro se notaba una gran palidez, murmuró en voz baja:

—Suerte y no poca ha sido, señor, que la casualidad haya puesto en manos de usted esa terrible denuncia.

—Sí, dices bien; ha sido una gran fortuna para mí; pero es preciso obrar con mucha prudencia, es preciso registrar minuciosamente toda la cueva. ¿Quién sabe?... Tal vez no sea esta la única copia de mi terrible declaracion.

—He concebido las mismas sospechas que usted.

—El conde ha probado hasta sus últimos momentos el ódio de muerte que por mí sentia. Busquemos, Santiago, busquemos con detenimiento, porque me horrorizo, me espanta la idea de que un papel de esta naturaleza cayera en otras manos que no fueran las nuestras.

Y el general, diciendo esto, quemó á la luz de una bujía aquella terrible declaracion, que tanto le espantaba; y al ver convertirse en cenizas hasta la última partícula de papel, exhaló un suspiro como si se hubiese quitado un gran peso del corazon.

El general y Santiago comenzaron á buscar con gran detenimiento, encontrando otra declaracion exactamente igual en el cañon de la segunda pistola.

No se habian engañado al sospechar que el conde habia hecho mas de una copia de aquel escrito.

El general la quemó como la primera, y volvieron luego con mas afan, con mas detenimiento á continuar su registro.

Se rompieron una por una todas las botellas, se registró con gran cuidado el cuerpo del cadáver, los candelabros; todo, en fin, lo que podia inspirarles recelos.

En esta operacion emplearon mas de dos horas.

El general y el ayuda de cámara trabajaban con febril ansiedad.

Mientras tanto, el insepulto cadáver del conde permanecia allí, testigo mudo de las afanosas investigaciones de sus asesinos. Su rostro lívido, sus lábios contraidos, sus ojos abiertos, hundidos y brillantes aun por la contraccion de la muerte, mas de una vez causaron un es-

tremecimiento de repugnancia al general, porque aquel cadáver parecia sonreirse de su pánico.

—Creo que no habrá hecho mas que dos copias,—murmuró el general.

—Yo creo lo mismo tambien, porque no ha tenido tiempo para hacer muchas mas.

—Sí, sí; no habrá hecho mas,—añadió el general exhalando un suspiro y limpiándose el copioso sudor que inundaba su frente.—Vamos, Santiago, vamos, terminemos. Enterremos al cadáver; salgamos pronto de esta horrible cueva. Tengo necesidad de respirar el aire libre.

CAPÍTULO VIII

ES PRECISO VIVIR

Santiago observó que el general comenzaba á perder la serenidad, el valor: el sudor brotaba con abundancia de su frente; su cuerpo se estremecia, dirigiendo en derredor de sí miradas vagas y recelosas.

Era indudable que la idea del suicidio se habia desvanecido en su cabeza.

—Acabemos, acabemos pronto,—volvió á decir el general.

Y haciendo un esfuerzo violento, se acercó al cadáver del conde.

—¡Bah! general; si á usted le violentan estas cosas, yo me basto y me sobro para enterrar el cadáver del señor conde de la Fe.

—Pues bien, Santiago: lo confieso, me causa vio-

lencia tocar á ese hombre. Parece que aun despues de muerto se sonrie de un modo sarcástico...

—La muerte, señor general, lo concluye todo. Pero voy á cumplir con el último deber, dando tierra á este cadáver.

El general Lostan se dejó caer en una de las sillas, y se cubrió el rostro con las manos.

Mientras tanto, Santiago, sereno y activo, colocó el cadáver dentro del ataud, clavó la tapa, y arrastrándolo hasta la fosa abierta, depositó en el hoyo la caja, cubriéndole de tierra con un azadon.

Durante esta faena, que tuvo la duracion de unos treinta minutos, ni el general ni Santiago pronunciaron una palabra.

El ayuda de cámara, despues de enterrar el cadáver, esparció por la galería de la cueva la tierra sobrante, procurando dejar el terreno lo mas disimuladamente posible.

El trabajo habia sido ímprobo, pesado. El sudor inundaba la frente de Santiago, que al ver terminada su faena arrojó el azadon, y limpiándose el rostro con un pañuelo, dijo:

—Aquí ya nada tenemos que hacer, general, si se exceptúa recoger el servicio de la mesa y las armas de panoplia; pero esa es cuestion mia.

—Sí, sí, salgamos de aquí,—añadió el general, dirigiéndose precipitadamente hácia la puerta de la cueva.

Santiago le siguió.

Algunos momentos despues, ambos se encontraban

en una habitacion de la quinta, situada en el piso bajo.

El general al llegar allí se habia dejado caer en una butaca, y permanecia profundamente abismado en sus reflexiones.

Santiago, de pié, inmóvil, á corta distancia de su amo, no se atrevia á interrumpirle.

En aquella habitacion no se oia otro ruido que el pausado y monótono tic-tac de un antiguo péndulo que colgaba de una de las paredes.

La luz de una lámpara alumbraba la sala.

Serian aproximadamente las nueve de la noche.

Por fin, Santiago interrumpió aquel silencio de esta manera:

—Señor, el tiempo pasa, y no debemos desperdiciarle. Acaban de dar las nueve, y es preciso que esta noche cunda por Madrid la noticia de que han desaparecido el conde de la Fe y el general Lostan.

Don Pedro se hallaba en una de esas situaciones en que el ánimo acobardado coarta las facultades intelectuales y se apodera de nuestro espíritu la irresolucion.

El general se sentia tan preocupado, que no sabia qué resolucion tomar.

Así lo comprendió Santiago, y deseando ayudar á su amo con sus consejos, repuso de esta manera:

—Señor, mi plan es el siguiente; voy á exponerlo, y luego usted decidirá.

—Sí, habla Santiago, habla, porque mi cerebro arde, se halla impotente para pensar.

—Ante todo, será conveniente para desorientar á la justicia, que esta noche se encuentren en las calles de Madrid sin sus ginetes los caballos del conde de la Fe y el general Lostan. Durante algunos dias la policía se ocupará en buscar muertos ó vivos á ustedes, y cansados de la inutilidad de sus pesquisas, poco á poco darán al olvido la extraña aventura.

—Pero ¿y si á fuerza de investigaciones descubren...

—Sólo yo podria revelarles la verdad, y creo que el señor general no me hará el agravio de dudar de mí.

—¡Oh! nunca.

—Dejemos, pues, á un lado esos temores, para ocuparnos de usted, general.

—Ya lo sabes, Santiago; yo soy un obstáculo para la felicidad de mi familia. Deseaba poner término á mi vida, porque la vida me cansa, y tú te opones á ello. En la situacion en que me encuentro, yo no puedo permanecer en Madrid, porque temo que mi hija adivine en mi rostro el crímen que he cometido esta noche. Debo por consiguiente partir y llorar mis culpas en país extranjero.

—Perfectamente, señor; estamos conformes, y quién sabe si con el tiempo podremos decir á la señorita Clotilde: «su padre de usted vive, y es digno de que usted y Daniel le amen con todo su corazon.» Créame usted, general, ese dia puede llegar, y es preciso esperarle con fe y resignacion. El enemigo terrible ha desaparecido. La conducta del conde mereció la muerte. Animo y esperanza.

—¡Ah, dichoso dia! feliz momento aquel en que yo pueda estrechar contra mi pecho á mis hijos, y oiga de sus labios palabras de consuelo y de cariño; ¡porque tú no puedes comprender, amigo Santiago, la lucha jigante que mantengo conmigo mismo. El recuerdo de Angela me persigue por todas partes, turba mi sueño, mata mi felicidad! He sido su verdugo, y yo no puedo consolarme nunca de las lágrimas que la he hecho derramar. ¿Cómo, pues, quieres que no dude que para mí llegue ese dia de la soñada felicidad?

—Ese dia llegará, general.

—No, Santiago, no llegará nunca,—repuso don Pedro, inclinando la frente sobre el pecho;—no llegará nunca, porque Daniel no puede olvidar jamás que yo he sido el verdugo de su infeliz madre, y que ahogando la voz de la sangre, el grito de la naturaleza, le he arrojado ignominiosamente de mi casa, en vez de abrirle los brazos con cariño y decirle «yo soy tu padre.»

—La conducta de usted, general, fué hija de las circunstancias, no de la maldad del corazon. Es preciso esperar y tener fe; es preciso demostrar que el arrepentimiento es verdadero. Yo conozco que Daniel siente heridas de muerte sus afecciones de hijo; que no puede borrar tan fácilmente de su memoria el abandono y olvido en que se tuvo á su madre; pero ¿puede usted dudar nunca de la ternura, del cariño filial de la señorita Clotilde? ¡Ah! eso seria hacerla una ofensa, señor.

—¡Clotilde!—repitió el general.—Sí, ella me ama, y tengo la seguridad de que perdona todas mis culpas.

Alma generosa, corazon sensible, tengo la seguridad de que compartiria conmigo todas las amarguras, todas las penalidades con la sonrisa en los labios.

—Pues bien; por ella es preciso vivir, general, es preciso esperar y evitarla el gran dolor de que un dia, presa de terribles desesperaciones, esclame: «soy la hija de un suicida; mi padre ha arrojado sobre la inmaculada pureza de mi frente una mancha mas.»

El general se estremeció con horror.

Las palabras que acababa de pronunciar su leal criado, le causaron un gran efecto.

—Sí, sí, tienes razon, Santiago; es preciso vivir, es preciso esperar. Iré léjos de España á llorar mis culpas y á pensar en mis hijos. Tú mientras tanto permanecerás al lado de Clotilde, escribiéndome con frecuencia si ella se acuerda de su padre; porque yo necesito una persona que me dé fuerza para sufrir mi horrible martirio. Mañana en el primer tren abandonaré á Madrid. Tú solo sabrás mi paradero. Habré muerto para todo el mundo menos para tí, porque ni aun mi hija debe saber el sitio donde se detiene mi planta. Las cartas de despedida que te dejé de nada sirven, puesto que yo ne he terminado mis dias como pensaba. Disponlo todo para mi viaje, mientras yo escribo á mis hijos y á mi esposa. Me basta que arregles una maleta con alguna ropa. Viajaré con un nombre supuesto, y como pueda hacerlo un modesto ciudadano. A prevencion llevo algunos miles de duros en mi cartera: con ellos espero vivir modestamente. No perdamos el tiempo,

Santiago; ya te lo he dicho, quiero partir en el primer tren.

El general se sentó cerca de una mesa, y se puso á escribir.

Santiago salió de la habitacion á obedecer las órdenes de su amo.

CAPÍTULO IX

LAS INICIALES

Aquella misma noche, á eso de las once, dos caballos sin ginete, dos preciosos animales, subian desbocados por la calle de Alcalá en direccion á la Puerta del Sol; y como en España son tan propensas las jaranas, no faltaron carreras, trasmitiéndose el miedo de un modo eléctrico hasta la plaza de Palacio.

Algunos vecinos se asomaron á los balcones y á las puertas, creyéndose que aquello era el principio de un motin popular, y no faltó quien mandase por comestibles á la tienda inmediata, preparándose por si se levantaban barricadas y se veia precisado á tener la casa por cárcel durante algunos dias.

Los españoles somos gente de buen humor, enemigos siempre de todo gobierno constituido, sin duda

por que no hemos tenido nunca un gobierno que sea bueno.

Aquí todos son peores; el verdadero patriotismo anda por las nubes, y la política por el fango.

Así es que cuando trascurren seis dias sin carreritas y bullangas, se apodera de nosotros la nostalgia de las barricadas.

Decia un aleman, hombre de entendimiento, que los que peor hablaban de España eran los políticos españoles.

Y efectivamente, oir hablar de nuestro país á un bando político caido, lo empequeñece hasta tal punto, que muchos hombres de bien que no se mezclan en la cosa pública, llegan á derramar lágrimas y á perder el apetito.

Antes España era altiva, varonil, se sentia orgullosa de su feroz independencia, no permitiendo que nadie se inmiscuase en sus asuntos. Y hoy desgraciadamente, como si aquellos descendientes de Lepanto, de Trafalgar, de Pavía, de San Quintin y de Bailen hubieran perdido su varonil empuje, no se atreven á «levantar el gallo,» como vulgarmente se dice, ni aun delante de un embajador de esas republiquillas que cuentan por único ejército con veinte soldados y un cabo.

Hoy existen en España pocos alcaldes, que, como el de Móstoles, declaren la guerra al gran Napoleon con gran solemnidad y á voz de pregonero.

Los españoles no quieren reñir con nadie sino con ellos mismos, en cuya lucha fratricida emplean un va-

lor tan salvaje, tan feroz, que asombrarian á los hijos del Macabeo Matatías si se levantara de su tumba para presenciar nuestras luchas.

Pero dejando estas reflexiones, que nada importan á la narracion del presente libro, diremos que los dos caballos desbocados que con la velocidad del rayo cruzaron por la calle de Alcalá, produjeron sustos, sobresaltos, carreras, y todo lo que es consiguiente á los vecinos de una gran capital, acostumbrada á vivir siempre con el alma en un hilo.

Afortunadamente, no todos tuvieron miedo á aquellas dos bestias desbocadas, y lograron detenerlas á la entrada de la calle del Arenal.

Entonces un gran corro de curiosos rodeó á los caballos. Eran, efectivamente, dos preciosos animales: los sillines de piel de gamuza, las ricas cabezadas con adornos de plata, daban á entender que pertenecian, como vulgarmente se dice, á una casa grande.

Cuando tiene lugar un acontecimiento de este género, siempre hay uno de los espectadores que es mas analítico que los demás; y efectivamente, uno observó que en los botones de plata de las cabezadas se hallaban estas iniciales: C. de F. en uno de los caballos, y en el otro M. de R.

Era indudable que aquellas iniciales pertenecian á los dueños de los caballos, y despues de hablar mucho sobre de quién serian ó de quién no serian, los agentes de la autoridad creyeron muy del caso llevarlos al Gobierno civil y comenzar la indagacion del paradero de los ginetes.

Así lo hicieron, y volvió á establecerse la tranquilidad en la villa del oso y el madroño.

El caso era extraño y grave.

Aquellos dos caballos debian tener dueño.

La policía tomó cartas en el asunto y comenzaron las averiguaciones.

Por dos pequeñas coronas de relieve colocadas encima de las iniciales, se dedujo que pertenecian á la nobleza.

Quesada, el jefe de policía á quien recordarán nuestros lectores, despidió en todas direcciones á sus sabuesos y esperó el resultado en su despacho.

A las tres de la mañana sabia perfectamente la procedencia de los dos caballos.

Quesada entró á ver á su jefe el gobernador.

—Señor gobernador,—le dijo,—ya sabemos de quién son los caballos; pero mucho me temo no se haya cometido ayer un crímen en las cercanías de Madrid.

—Eso seria mas grave.

—Ya lo creo. Espero descubrir pronto la verdad de este hecho extraordinario.

—¿Y á quién pertenecen los caballos?—preguntó el gobernador.

—Uno al general Lostan.

—¿Al marqués del Rádio?

—Sí; el que lleva las iniciales M. de R. El otro, es decir, la yegua árabe, es de la propiedad del señor conde de la Fe.

—¿Y ha visto usted á esos señores?

—Aquí entra lo grave, señor gobernador,—dijo Que-

sada.—El conde de la Fe y el general Lostan salieron de casa del primero amigablemente á las tres de la tarde. Los caballos han parecido; los ginetes no se encuentran.

—¡Cómo!

—Que no han regresado aún á sus casas, lo cual me hace temer les haya sucedido alguna desgracia.

—¿Pero ha notado usted algo en los caballos ó en las monturas que pueda indicar algun crímen?

—Nada absolutamente, si se exceptúan las bridas rotas, que puede ser efecto de la carrera. El apoderado general del señor conde de la Fe, con quien he hablado, me dijo que su amo y el general Lostan salieron juntos en direccion á Chamartin, adonde, segun parece, pensaban comer en la quinta del marqués del Rádio; que despues de esto nada mas ha sabido.

—Supongo que se habrá usted enterado de si esos dos señores llegaron á Chamartin, porque pudieran muy bien haberse escapado los caballos, y estar ellos tranquilamente en la quinta.

—Sí, he mandado un hombre de mi confianza, y el conserje de la quinta de Chamartin, única persona que vive en ella, le ha dicho que no ha visto á esos señores por allí.

—Pues bien, señor Quesada; comprendo que el caso, como usted ha dicho antes, es grave, y espero que no lo dejará de la mano.

—¡Oh! tengo un vivo interés en descubrir la verdad de este misterio, y á pesar de la hora, he pedido un car-

ruaje para trasladarme yo mismo á Chamartin, para recorrer todas las cercanías de Madrid, pues deseo encontrar el primer rastro que nos conduzca al descubrimiento de la verdad.

—En usted confio.

Quesada y el gobernador se separaron.

El jefe de la policía secreta se dirigió de nuevo á su despacho, donde le esperaban algunos agentes de los de mayor confianza para él.

—Señores,—les dijo,—es indudable que se ha cometido un crímen en las cercanías de Madrid, y puesto que todas nuestras pesquisas han sido vanas para encontrar á esos señores que buscamos, muertos ó vivos, es de suponer que alguna partida de ladrones los ha secuestrado, pidiéndoles por su rescate algunos miles de duros. El gobierno nos paga para que persigamos á los criminales y á los perturbadores del órden; confio, pues, que todos ustedes cumplan con su deber descubriendo á los culpables, si los hay en este asunto. Nada mas tengo que decir á ustedes. El general Lostan y el conde de la Fe son dos personas bastante conocidas en Madrid. Si la policía no los encuentra vivos ó muertos, caerá sobre ella una gran vergüenza. Ya saben ustedes lo que cada uno debe hacer. Pueden ustedes retirarse.

Luego Quesada llamó á un ordenanza, hombre que le acompañaba siempre en las expediciones arriesgadas, por su gran valor y hercúlea fuerza.

Se metió un rewolver en el bolsillo del pecho de su gaban, y dijo:

—¿Está el coche?

—Sí, señor,—contestó el ordenanza.

—Entonces vamos á dar un paseo, porque esta noche nos ha caido un poco de trabajo.

Y el jefe de la policía secreta salió de su despacho seguido de su ordenanza.

CAPITULO X

LA CARTA

Al dia siguiente, la mayor parte de los periódicos de Madrid referian el misterioso acontecimiento de los dos caballos encontrados en la calle del Arenal.

Por todas partes no se hablaba de otra cosa. Se inventaban fábulas, se contaban mil cuentos absurdos; pero la verdad del hecho continuaba siendo un misterio para todos.

Mientras tanto, los criados del general Lostan, los que habian recogido el caballo y habian esperado en vano toda la noche á su amo, no se atrevian á dar tan desagradable noticia á la marquesa, que encerrada en sus habitaciones y acostumbrada á pasar muchos dias separada de su esposo, ignoraba tan extraño acontecimiento.

Un hombre se paseaba por la antesala del palacio de la marquesa del Rádio con las manos cruzadas á la es-

palda y el rostro taciturno y meditabundo. Aquel hombre podia decirlo todo, porque nada ignoraba; pero antes se hubiera arrancado mil vidas que revelar la verdad sin la autorizacion de su amo. Este hombre era Santiago, el ayuda de cámara del general.

Un pobre anciano llamado señor Jimenez, un verdadero hombre de bien, administrador de las rentas de la señora marquesa del Rádio, entró en la antesala, y viendo al ayuda de cámara del general, se dirigió hácia él y le dijo:

—¿Supongo que usted no ignora lo que ocurre, señor Santiago?

—¿Quiere usted hablarme de la desaparicion del general?

—Pues es claro; porque en verdad, es muy extraño lo que sucede.

—Y tanto.

—Yo creo que seria preciso,—añadió Jimenez,—revelárselo todo á la señora marquesa.

—No habrá otro remedio.

—Ya ve usted, hasta los periódicos se ocupan hoy del acontecimiento; por lo tanto, vale mas que lo sepa por nuestro conducto que no que reciba de sopeton una noticia desagradable.

—Sí, sí, dice usted bien; es preciso revelárselo todo,—volvió á decir Santiago con una indiferencia impropia de las circunstancias.

—Vaya, pues voy ahora mismo. Los malos tragos pasarlos pronto. Hasta luego, señor Santiago.

—Vaya usted con Dios, señor Jimenez.

El apoderado de la señora marquesa se dirigió hácia las habitaciones de su ama, pensando que era bastante desagradable dar una mala noticia á una señora tan buena.

Al llegar á la puerta del gabinete de la marquesa, suplicó á una doncella pasara aviso á su ama de que queria verla, y esperó.

Durante aquellos momentos de soledad, el señor Jimenez se fatigaba buscando por todos los rincones de su imaginacion las palabras que debian poner al corriente á la señora marquesa de lo acontecido; pero cuanto mas buscaba menos encontraba, y un sudor se le iba y otro se le venia, como suele decirse familiarmente.

Por fin, la doncella salió á decirle que su ama le esperaba, y Jimenez entró en el gabinete de la marquesa verdaderamente aturdido.

Doña Beatriz, grave y enlutada como siempre, dejó el libro que tenia en las manos sobre una mesa y fijó una mirada en el anciano.

Aquella mirada queria decirle: «¿Qué se le ocurre á usted?»

Sabido es que el carácter orgulloso y severo de la marquesa no permitia que nadie se familiarizara con ella, y el señor Jimenez, que la habia conocido desde niña y que estaba al servicio de la casa mas de cuarenta años, la saludó con profundo respeto inclinando la cabeza, y dijo:

—Señora marquesa, ante todo sentiria haber molestado á vuecencia.

—No, Jimenez, no; usted no me molesta. Pero supongo que tendrá que decirme algo cuando viene á verme tan temprano.

—¡Ah! señora marquesa, lo que me aflige, puede creerlo vuecencia, es ser hoy portador de las malas nuevas.

—¿Pues qué ocurre?

—Tal vez una desgracia, que tiene consternada á toda la servidumbre de la casa.

—¿Una desgracia?—repitió la marquesa.—¡Mi hija tal vez!...

Y doña Beatriz hizo un movimiento para levantarse.

—Tranquilícese vuecencia, señora marquesa, tranquilícese vuecencia; á la señorita Clotilde no le ha sucedido nada: se trata del señor general.

—¡Ah! ¿y qué le sucede á mi esposo?

—Al presente, aun lo ignoramos todos. Pero tenemos sospechas para creer que le ha sucedido alguna desgracia.

—A ver, señor Jimenez, explíquese usted pronto; ya sabe usted que no me gustan las vacilaciones.

—Lo haré, señora marquesa, lo haré; pero el caso no es para estar tranquilo. Figúrese vuecencia que el general salió montado ayer á las tres de la tarde á dar un paseo en compañía del conde de la Fe, y á eso de la una de la noche han traido á casa los agentes de la autoridad el caballo que montaba el marqués. Esto mismo ha sucedido tambien en casa del señor conde de la Fe: ha aparecido el caballo sin el ginete. El acontecimiento ha puesto en conmocion á toda la policía; pero esta es la

hora, señora marquesa, que nadie sabe aun el paradero del general y del conde.

Doña Beatriz se quedó pensativa; guardó silencio algunos segundos, y luego dijo:

—Señor Jimenez, es preciso que se indague el paradero del general, á quien debe indudablemente haber sucedido alguna desgracia. Ahora le ruego que me deje sola, pues la noticia que acaba de darme me ha impresionado bastante, y necesito unos momentos de reposo. Puede usted retirarse.

El señor Jimenez salió del gabinete de la marquesa, pensando que la infausta nueva habia producido menos efecto que él esperaba.

Apenas habrian trascurrido algunos minutos, cuando la doncella de la marquesa entró con una carta que acababa de llegar por el correo interior.

Doña Beatriz reconoció en el sobre la letra de su esposo, y no pudo menos de estremecerse. Abrió la carta, y se puso á leer en voz baja. Decia así:

«Señora marquesa del Rádio: Cuando estas líneas lleguen á manos de usted, tal vez mi nombre se haya borrado del libro de los vivos, tal vez el que las escribe habrá dejado de existir.

»Yo no pido ni una lágrima, ni un recuerdo á mi memoria. Sé que usted me desprecia, que tal vez me aborrece, y conozco al mismo tiempo que le sobran á usted motivos para ello.

»Viva usted, por lo tanto, tranquila y feliz, si es que la felicidad puede encontrarse, una vez perdida, en el mundo.

»Yo no volveré nunca á importunarle con mi presencia; no nos veremos jamás; todo ha concluido entre nosotros. Pero antes de esta despedida eterna, he querido librar á usted de un enemigo terrible, que podria con una imprudente revelacion cubrir su rostro de vergüenza y mi nombre de ignominia. El conde de la Fe ha muerto.

»Si hay un resto de compasion en el alma de usted, señora, solo le pido que perdone y olvide al desgraciado que le dirige estas líneas.

»Ruego á usted ahora que queme esta carta y que guarde en lo mas profundo de su corazon lo que en ella le digo; pues no conviene que la justicia tome parte en este misterio y que revuelva con sus pesquisas nuestros cadáveres, proporcionándole á usted mas disgustos sobre los que ya le ha causado el hombre que en mal hora conoció.

»Adios para siempre,

»Pedro.»

La marquesa leyó la carta sin derramar ni una sola lágrima; su corazon, á fuerza de sufrir, se hallaba empedernido.

Durante algunos segundos permaneció inmóvil, silenciosa.

De repente extendió el brazo y tiró con fuerza del llamador de la campanilla.

Una doncella se presentó en la puerta.

—Diga usted á Santiago que venga inmediatamente.

Y apenas la doncella hubo salido, volvió á decirse en voz baja:

—Indudablemente, Santiago lo sabe todo: él es el hombre de confianza del general; y aunque me repugne una entrevista con ese cómplice de mi esposo, es preciso que yo le hable; es indispensable que yo sepa la verdad.

En este instante el ayuda de cámara del general Lostan se presentó en la puerta del gabinete de la marquesa del Rádio.

CAPITULO XI

DONDE LA MARQUESA SE QUEDA CON LAS MISMAS DUDAS

Santiago avanzó un paso, y volvió á detenerse.

La marquesa fijó en él una mirada severa, como si pretendiera leer en el fondo de la conciencia de aquel hombre.

Esta mirada no conmovió ni uno solo de los músculos del rostro del ayuda de cámara, porque Santiago era un hombre que sabia dominar sus impresiones, y tenia un dominio absoluto sobre sí mismo.

—Cierre usted esa puerta, porque lo que vamos á hablar es preciso que no lo oiga nadie.

Santiago obedeció, y volvió á colocarse en el mismo sitio.

—Acérquese usted.

El ayuda de cámara avanzó algunos pasos hasta colocarse al lado de doña Beatriz.

—Acaban de decirme que el caballo de mi esposo el general Lostan, ha vuelto á casa sin su ginete.

—Es verdad, señora.

—Este acontecimiento es muy extraño, porque el general Lostan ha sido siempre un buen caballista, y no es posible creer que el caballo le haya despedido de la silla. Debe por lo tanto haberle sucedido alguna desgracia. ¿Sabe usted algo de esa desgracia, Santiago?

—Nada absolutamente, señora marquesa.

—¡Es extraño! Hace mucho tiempo que es usted el hombre de confianza del marqués del Rádio, y yo no puedo creer que usted ignore adónde iban el conde de la Fe y el general Lostan.

—Siento mucho no estar conforme con las apreciaciones de vuecencia. El señor general me confiaba, como ayuda de cámara, algunas cosas suyas, pero no todas, señora.

La marquesa se sonrió de un modo frio, demostrando el poco crédito que le inspiraban las palabras del ayuda de cámara. Pero sin alterarse en lo mas mínimo y con una frialdad abrumadora, repuso:

—Aunque usted me lo jure con la mano puesta sobre los Evangelios, no daré crédito á sus palabras.

—¡Señora marquesa!...—añadió inclinándose Santiago,—hace algun tiempo que he conocido con profundo dolor, que tengo la desgracia de no inspirar á vuecencia ninguna confianza ni ninguna simpatía; y yo, señora, solo soy un servidor leal, dispuesto siempre á sacrificarse

por sus amos. Mi gratitud hácia el general fué siempre inmensa, y lo será, porque le debo la vida, porque ha sido para mí bueno y generoso, y mi deseo es que se presente alguna ocasion en que pueda dar la existencia por la señora marquesa.

—Agradezco ese ofrecimiento, que raya en el heroismo; pero repito que yo no puedo creer que usted ignore dónde se hallan mi esposo y el conde de la Fe, muertos ó vivos.

La marquesa hizo un gesto de disgusto; aquella terquedad en negar la irritaba, y cogiendo la carta que se hallaba sobre la mesa, añadió:

—Como mi esposo no tenia secretos para usted, y por otra parte le creo á usted un hombre reservado, le diré que acabo de recibir una carta del general Lostan, en la que me envia una despedida eterna. Esa carta solo usted puede haberla llevado al correo.

—Sí, señora; no lo niego, yo la llevé con otras dos.

—¿Y á quién iban dirigidas?

—La una á la señorita Clotilde; la otra al señorito Daniel.

—Pero al entregarle á usted esas cartas, ¿no le dijo nada, no sospechó usted?...

—¡Ah! yo creí advertir, señora marquesa, que algo extraño sucedia al general. Me llamó á las once de la mañana; tenia tres cartas cerradas sobre su mesa, y me dijo: «Santiago, probablemente no volveremos á vernos mas, procura que estas tres cartas lleguen á su destino; pero no por tu conducto, sino por el correo interior.»

Luego me encargó eficazmente que dos dias despues de recibir los interesados las cartas, si él no habia vuelto, me trasladara á Horche á entregar al señorito Daniel un pliego cerrado.

—Y ese pliego...

—Lo guardo en mi poder.

—¿Ignora usted lo que contiene?

—Lo ignoro, señora; pero como estaba en el gabinete del general cuando escribia las cartas y ví que tenia en la mesa alguna cantidad de billetes de Banco, sospecho si el pliego cerrado contendrá alguna cantidad de papel moneda.

—Sí, es probable. Daniel ha rechazado todas las proposiciones que le hemos hecho. Daniel es pobre, y su padre no puede haberlo olvidado al tomar una extrema resolucion.

—Si pasado mañana á las tres de la tarde el general no ha parecido,—dijo Santiago,—espero que la señora marquesa me concederá su permiso para trasladarme á Horche á cumplir las órdenes del general.

Doña Beatriz guardó silencio. A pesar de la grave naturalidad de aquel hombre, no podia dar crédito á sus palabras. Era imposible que Santiago no supiese por lo menos las intenciones del general; pero tambien estaba persuadida, que la gran reserva del ayuda de cámara haria infructuosas todas sus preguntas.

Sin embargo, la situacion de la marquesa era demasiado grave para no intentarlo todo.

—Santiago, le dijo,—usted ha sido el amigo, el confidente de mi esposo. Usted no ignora todas las amargu-

ras que he sufrido. Yo, por salvar su honra, he visto pasar uno y otro año colocada en una situacion difícil, desagradable, humillante. Hoy el general desaparece, y me deja una abrumadora duda, colocada entre la vida y la muerte. Usted sabe que á nadie tanto como á la marquesa del Rádio le conviene guardar un profundo silencio sobre el pasado. Revelar la infamia inconcebible del general, seria para él la deshonra, para mí la vergüenza. Mi hija Clotilde ha sido el lazo que ha sujetado mi voluntad; por ella lo he sufrido todo. Pero yo necesito saber si el general vive ó ha muerto: si su carta es la despedida de un hombre que huye, ó de un hombre que se dispone á morir. Usted, Santiago, no ignora todo lo que yo deseo saber.

—Señora marquesa...

—Sí, usted lo sabe, y yo en nombre de mi hija y en el mio le ruego que no me oculte nada.

—He dicho todo cuanto sabia.

—¿Se empeña usted en negar?

—Señora, el general Lostan y el conde de la Fe salieron juntos; vuecencia sabe cuánto se odiaban. Yo comprendí que se trataba de un duelo á muerte sin testigos; rogué al señor general que me permitiera acompañarle, pero mi peticion fué negada. Al tiempo de salir volví á dirigirle mi súplica, y entonces don Pedro estrechando mi mano y con una entonacion que oprimió mi espíritu, me dijo:

»—Santiago, no puedo acceder á tus súplicas; probablemente no nos veremos mas. Vela por mi hija, y cumple los encargos que te he dado.

Despues salió y nada mas he sabido.

La marquesa comprendió que no arrancaria á aquel hombre la revelacion que deseaba.

Su orgullo no le permitia dirigir mas súplicas á un criado. Así es, que aunque contrariada en sus deseos, repuso:

—Está bien, puede usted retirarse.

—Aprovecho esta ocasion para pedir á la señora marquesa me conceda permiso, si el general no parece, para ir pasado mañana á Horche.

—Lo tiene usted.

Santiago se inclinó respetuosamente, y salió de la habitacion.

La marquesa dejó trascurrir algunos minutos. Luego, exhalando un suspiro, murmuró en voz baja:

—Sí; es preciso que yo parta esta noche, que llegue, si es posible, al lado de mi hija antes que la carta del general. La pobre Clotilde ama mucho á su padre, y quiero estar á su lado para consolarla, porque es indudable que Pedro ha puesto fin á su existencia.

Y tirando del llamador de la campanilla, añadió:

—Diga usted al señor Jimenez, mi apoderado, que entre al instante.

Pocos momentos despues, se presentaba en el gabinete de la marquesa el señor Jimenez.

—Necesito, señor Jimenez, que desempeñe usted algunas comisiones en el acto.

—Estoy á las órdenes de la señora marquesa.

—Mandará usted que enganchen un carruaje, y con él se dirigirá usted al juez del distrito á darle cuenta

de lo que nos sucede. Luego irá usted á la estacion del ferro-carril del Mediodía á tomar un coche reservado hasta Guadalajara. Ponga usted asimismo un parte al jefe de la estacion de dicho punto, suplicándole que nos tenga buscado un carruaje á la llegada del tren correo para que nos conduzca á Horche. Usted me acompañará. Voy á ver á mi hija. Nada mas tengo que encargarle. Diga á usted á mi doncella que no recibo á nadie.

El señor Jimenez salió con toda la precipitacion que le fué posible á obedecer las órdenes de su ama.

La marquesa se quedó sola.

LIBRO DOCE

COMO LAS MARIPOSAS

CAPITULO PRIMERO

LOS TEMORES DE UNA MADRE

Hemos llegado á un punto donde el autor de este libro encuentra cuatro caminos delante de su pluma; en la imposibilidad de entrar por los cuatro á la vez, será preciso tomar uno, y la dificultad del novelista consiste en saber elegir.

Tenemos á Ernesto de Fontana luchando entre la vida y la muerte en una cama; á Clotilde, Blanca y Daniel en Horche; al general Lostan disfrazado y huyendo de España; á la policía buscando al general Lostan y al conde de la Fé; á Julio de Monforte, disponiéndose para emprender un viaje á Méjico; y á la hermosa Marieta la bailarina ataviándose con todas las galas de la coquetería para producir buen efecto al tio de su amante.

Es preciso, pues, olvidar á unos para ocuparse de los otros, ó por mejor decir, dedicar todo el presente

libro duodécimo, saltando de flor en flor como las mariposas.

Comencemos, pues, por seguir los pasos de Julio de Monforte, que al abandonar la casa de su amigo y protector el duque de San Plácido, se dirigió á la suya resuelto á hablar á su bondadosa madre y á alcanzar de ella el permiso para su viaje á Méjico.

Serian las cuatro de la tarde. Doña Amparo, madre verdaderamente enamorada de sus hijos, se sentia en extremo desazonada con la conducta observada el dia anterior por Julio; porque Julio, contra su costumbre, se habia retirado muy tarde la noche anterior, y como las madres adivinan en el semblante de sus hijos sus penas y sus alegrías, doña Amparo habia notado algun gran disgusto en su hijo.

Por otra parte, Julio no se habia acostado. Al levantarse aquella buena madre al dia siguiente muy temprano, se dirigió como de costumbre al lado de su hijo, pero su hijo ya no estaba.

¿Adónde podia ir á las seis de la mañana? ¿por qué estaba la cama intacta? ¿por qué se habia retirado á las tres de la noche?

Todas estas preguntas se hizo doña Amparo durante el dia, sin que ella misma pudiera contestarse, y su inquietud y malestar aumentaban cada hora que trascurria sin que regresase Julio.

Además, si Blanca no se hubiera encontrado fuera de Madrid, en Horche, con su amiga la hija del general Lostan, hubiera podido ser un gran consuelo para doña Am-

paro; porque aquella buena madre no ignoraba que Julio tenia mas confianza con su hermana Blanca que con ella.

Llegó la hora del almuerzo, y su hijo no pareció. Esto era lo suficientemente grave para que la madre perdiese el apetito.

Doña Amparo no quiso almorzar, y como su inquietud aumentaba con la tardanza de Julio, aunque procuraba distraerse con las faenas de la casa, su imaginacion se hallaba verdaderamente preocupada.

Así las cosas, dieron las cuatro de la tarde y llamaron á la puerta.

Doña Amparo corrió á abrir. El corazon le habia dicho: «Ese que llama es tu hijo.» Y efectivamente, era Julio, que se arrojó en los brazos de su madre, comprendiendo por la palidez de su semblante el mal rato que le habia dado.

—¡Ah gracias á Dios; por fin te veo; ya era hora!

Y aunque Julio se esforzaba por sonreirse, su madre comprendió que algo extraordinario le sucedia, y cogiéndole del brazo le condujo hasta el gabinete.

Una vez allí, le hizo sentar en el sofá, sentóse ella á su lado, y cogiéndole una mano, añadió:

—En vano seria que trataras de ocultármelo; las madres leemos como en un libro en el corazon de los hijos. A tí te sucede algo, y yo tengo un derecho para saberlo todo.

—Pues bien, madre mia, no quiero ocultar á usted nada; sé que lo que voy á decirle la causará á usted un gran dolor y un mar de lágrimas.

Doña Amparo se estremeció.

—No hay hombre sin hombre, madre mia, y yo he encontrado un generoso protector.

—¿Y es eso lo que ha de costarme tantas lágrimas?—preguntó doña Amparo, esforzándose por sonreirse.

—Sí, porque mi protector me ha hecho una proposicion que yo no debo desechar.

—Habla, habla por Dios, Julio; me estás haciendo sufrir un tormento horrible.

—Madre mia, yo soy jóven, y debo pensar en el porvenir. Sujeto á un modesto destino, que no me permite hacer ninguna economía, el dia menos pensado habrá un cambio de ministerio y me dejarán cesante. En España esto es muy frecuente; los empleados del Gobierno nada tienen seguro, y yo deseo adquirirme una vida propia, no depender absolutamente de nadie, asegurar el bienestar de mi madre y de mi hermana, y todo esto puedo realizarlo aceptando las proposiciones que me hace mi ilustre amigo el duque de San Plácido.

—¿Pero qué proposiciones son esas?

—Se reducen á ir á encargarme de unos asuntos, para él de mucha importancia, á un país que está algo léjos de Madrid, á Méjico.

—¿A Méjico? ¿abandonarme? ¡Oh no, Julio, no; no es posible!

—Tenga usted presente, madre mia, que de ese viaje puedo regresar rico.

—¿Y qué me importa á mí ser pobre, con tal de no separarme de tu lado?

—¿No se queda usted con Blanca?

—No, no; quiero teneros á los dos.

Y doña Amparo, como si temiera perder á su hijo, lo estrechó con cariño contra su pecho.

Los ojos de aquella madre, ante la idea de la separacion, se llenaron de lágrimas.

Julio procuró tranquilizarla, continuando de este modo:

—Madre mia, debe usted tener presente que el hombre que siendo pobre no aprovecha la ocasion que se le presenta para enriquecerse, es un mentecato, un imbécil digno de desprecio. ¿Seré yo por ventura el primer hijo de familia que se traslada á América en busca de una fortuna? No. ¿Qué significa una separacion de dos ó tres años, cuando á mi regreso podré decir á mi madre: «tu porvenir y el de tus hijos está asegurado, de nadie dependemos; voy, pues, á rodearte de todas las comodidades apetecidas de la vejez, sin que turbe mis sueños la idea de que lleguen para nosotros largas y dolorosas noches sin pan?»

—Sí, sí, hijo mio; todo eso será muy bueno, pero yo no quiero separarme de tí. Además, en aquellos países se ven expuestos los europeos á multitud de enfermedades.

—Méjico tiene un clima sano.

—¡Pero, Dios mio!... ¿no comprendes que no quiero que te vayas?...

Estas palabras fueron pronunciadas con tanta ternura, de un modo tan doloroso, que Julio estuvo á punto de desistir de su empeño.

Vaciló un momento; pero pronto se repuso, para volver á insistir con mayor fuerza.

—Madre mia,—la dijo,—es preciso que usted se convenza de que nuestro porvenir estriba en el viaje que tengo proyectado; se me hacen proposiciones que seria una necedad rechazarlas; durante mi ausencia, usted percibirá una pension de cien duros mensuales.

—¿Y para qué quiero yo tanto?...

—El dinero no estorba, madre mia; pero yo le ruego que no me interrumpa. Recibirá usted, como la he dicho, una pension de veinticuatro mil reales anuales, que para usted y Blanca bastan, y aun podrán hacer alguna economía.

—¡Por Dios, Julio! No prosigas con tu empeño. ¿Te has propuesto martirizarme?

—Es preciso, madre mia.

—¿Cómo es preciso?

—Estoy resuelto á emprender el viaje. La época fatal en que pasamos hambre y frio en una buhardilla no se ha borrado aun de mi memoria; yo recuerdo siempre aquellos dias dolorosos, aquellas noches interminables, en que mi buena madre y mi querida hermana carecian de todo. Soy hombre; el deber me ordena que piense en el porvenir de esos queridos séres, que no tienen en el mundo otro protector que yo, y seria en mí un rasgo de cobardía no emprender un viaje en el que ningun peligro corro, y que puede proporcionarme una modesta fortuna con que hacer frente á las necesidades de la vida. Si yo me fuese á América como se marchan miles de aventureros, sin tener nada seguro,

entonces podia usted calificar mi viaje de temerario; pero yo saldré de Madrid bajo la proteccion del hombre mas noble, mas generoso que conozco, dejando antes de partir cubiertas todas las necesidades de mi casa. Yo ruego á usted, por lo tanto, madre mia, que me conceda su autorizacion.

Julio al terminar se quedó mirando á su madre; pero su madre guardaba silencio anegada en llanto.

Aquellas lágrimas le conmovian, pero su resolucion era firme.

—Vamos, madre mia, ¿á qué viene ese desconsuelo, á qué vienen esas lágrimas? Mi viaje no debe ser otra cosa que un motivo de alegría: voy á hacer mi fortuna en un negocio seguro; voy á conquistarme esa feliz posicion del hombre independiente, posicion que yo codicio mas por usted y por mi hermana, que por mí mismo.

—Pues bien, accedo,—contestó resueltamente doña Amparo;—pero con una condicion.

—Sospecho que esa condicion sea inadmisible.

—Llévame contigo.

—Eso seria una locura, madre mia.

—¿Pero y si estás enfermo?

—Cree usted que no encontraré un alma piadosa que me cuide.

—Pero ninguna como tu madre.

—Es verdad; nadie tiene tanto interés como una madre en cuidar á su hijo; pero yo soy jóven, soy fuerte, soy robusto, y debemos confiar en que Dios me concederá la salud, para que pueda en el tiempo mas breve hacer

mi fortuna y regresar á España; y entonces ¡oh! ¡qué gran alegría la nuestra, cuando despues de dos ó tres años de ausencia volvamos á abrazarnos para no separarnos nunca, y pueda yo presentarme orgulloso de mí mismo en todas partes con la frente levantada, diciendo: «He cumplido con mi deber; he asegurado el porvenir de mi madre y de mi hermana!» ¡Ah! si usted con su negativa me robara esta inmensa satisfaccion, este inefable placer, me causaria usted un gran disgusto.

Asediada doña Amparo por las súplicas y razones de su hijo, comenzó á mostrarse menos esquiva con el proyectado viaje, diciendo por último:

—Pues bien, aplacemos mi consentimiento para cuando llegue tu hermana, y ella decidirá.

Julio no quiso atormentar mas á su madre; tenia la completa seguridad de que Blanca, al exponerle las razones que motivaran su viaje, aunque le destrozara el corazon la ausencia de su hermano, no se opondria á ella.

Pensó escribirle aquella misma noche.

Mientras tenia lugar esta escena, el duque de San Plácido, que deseaba tanto como Julio aprovechar el tiempo, escribió una carta á sus parientes de Méjico, concebida en estos términos:

«Probablemente en el próximo correo llegará á esa un »jóven llamado Julio de Monforte, á quien quiero como »un hermano.

»Es preciso que Julio de Monforte haga una fortuna, »por lo menos de medio millon de reales, en el menor »tiempo posible.

»Como esto podria presentar algunas dificultades, yo »pondré á vuestra disposicion los veinticinco mil duros, »y vosotros procurareis hacerle ver que los ha ganado en »los negocios á que le dediqueis. En una palabra, el via»je de Julio de Monforte á Méjico no es mas que un pre»texto buscado por mí para que se haga rico. Si yo le »ofreciera el medio millon de reales, su delicadeza no »le permitiria aceptarlo, y yo tengo un gran interés en »que mi recomendado posea por lo menos la suma in»dicada.»

La carta continuaba esplayando multitud de consideraciones, que no son del caso referir.

El duque de San Plácido no ignoraba que no todos los que cruzan el Océano en busca de una fortuna la encuentran, y disponia admirablemente las cosas para que las esperanzas de Julio de Monforte no se defraudaran.

Esta carta-aviso debia llegar por lo menos quince dias antes que Julio de Monforte, el cual llevaria otra para ser reconocido.

Ahora, nuestros lectores pueden seguirnos, si gustan, con su imaginacion al modesto pueblo de Horche.

CAPITULO II

LO QUE SUCEDIA EN HORCHE

Mientras tenian lugar los acontecimientos que hemos narrado en los últimos capítulos en la villa del oso y el madroño, allá en el modesto pueblo de Horche, donde tuvo principio esta historia, veian pasar las horas respirando el puro ambiente de las montañas, y poetizando los hermosos sueños de la juventud, Clotilde, Blanca y Daniel.

Clotilde se habia propuesto convencer á su hermano de que abandonara aquel destierro; pero Daniel se encontraba tan bien en aquel nido donde habia trascurrido su infancia, en aquella casa rodeado de los queridos recuerdos de su madre, que siempre oponia alguna dificultad para acceder á los deseos de su hermana.

Sin embargo, el grito de amor escapado del virginal

pecho de Blanca colocaba á Daniel en situacion distinta.

Por otra parte, Clotilde habia logrado captarse las simpatías y el cariño del anciano médico Samuel, que comprendiendo las poderosas razones que alegaba la hija del general Lostan, no pudo menos de colocarse á su lado para que se realizaran sus deseos.

Por las noches, cuando las dos jóvenes se retiraban á la modesta habitacion, antes de acostarse mantenian largos é interesantes diálogos, girando siempre sobre el mismo tema.

Bastará á nuestros lectores oir un trozo de uno de estos diálogos, para comprender á qué altura se encontraban las cosas en el pueblo de Horche.

—Hoy estoy contenta, querida Blanca, muy contenta, porque veo que el corazon de mi hermano se despierta; porque comprendo que el inmenso vacío que le habia causado el dolor, se llenará pronto con las dulces emociones del amor que comienzas á inspirarle.

Blanca al oir estas palabras suspiró.

—¡Ah! no lo dudes; mi hermano te ama, tengo la seguridad de ello. Pero la terquedad de no querer aceptar nada de mi padre, le hace que ese amor no sea tan expansivo como él quisiera, porque con su mano no podria ofrecerte otra cosa que la pobreza. Sin embargo, hoy he comenzado á tocar un resorte, que espero que nos dará grandes resultados.

—¿Y qué resorte es ese, querida Clotilde?

—El doctor Samuel.

—¡Ah!

—Sí, el doctor Samuel, que tanto influye en la voluntad de mi hermano; ese pobre viejo á quien está acostumbrado á respetar y mirar como á su padre; ese buen amigo de la infortunada Angela, que espero ha de hacerle comprender la razon; y cuando llegue este dia, que no está lejano, entonces regresaremos á Madrid, y corre de mi cuenta el adelantar todo lo posible vuestras bodas.

—¡Nuestras bodas!—repitió Blanca, cubriéndose su hermoso semblante de rubor;—tu corazon es tan bueno que todo lo encuentra fácil.

—Ya sabes que soy terca, que no desisto tan fácilmente cuando me propongo una cosa. Además, aunque tú y Daniel me lo ocultais, yo adivino en vuestros ojos que el amor no es extraño á vuestros corazones.

—No pretendo negártelo; ya sabes que le amo con toda mi alma.

—Pues bien; del mismo modo serás correspondida por él. Yo te lo aseguro.

—¿Y si no se realizara tu promesa?

—Se realizará.

—¡Ah! mucho temo, Clotilde, que te engañe tu generoso corazon.

—Pues yo estoy completamente segura de que no me engaña. ¿Qué quieres que haga siempre en este pueblo un jóven que acaba de cumplir veintidos años? El dolor tiene su término, y contando de nuestra parte al doctor Samuel, tengo casi la completa seguridad que se realizarán mis deseos, que como tú no ignoras, se reducen á

que Daniel abandone este pueblo y te dé el nombre de esposa.

—Eres tan buena, que todas las noches antes de acostarnos, sin duda para que tenga un hermoso sueño, me hablas de lo mismo; y yo soy tan egoista, que sabiendo que á tí no te faltan penas, te dejo hablar siempre de mis asuntos, olvidando los tuyos.

—Es que no debes olvidar que una gran parte de mis penas terminarán tan pronto como vea á mi hermano feliz. Yo creo que la felicidad de Daniel consiste en casarse contigo. Pero ya es muy tarde, y como en los pueblos se tiene la buena costumbre de madrugar, vamos á acostarnos; pues ya sabes que por temprano que nos levantemos, siempre al abrir nuestra ventana vemos ya á Daniel en la huerta con su libro en la mano.

—Sí, sí, luego nos trata de perezosas con razon; vamos á dormir.

. . . . . .

. . . . . .

A la mañana siguiente, cuando Blanca y Clotilde abandonaron sus lechos, el sol lo iluminaba todo con sus bellos rayos.

Clotilde abrió las maderas de su ventana, y el resplandor del padre del dia entró en su habitacion.

—Deben ser lo menos las ocho de la mañana. Hoy sí que hemos estado perezosas.

—Daniel tendrá motivo para reñirnos,—añadió Blanca.

—¡Calla! ¿no le ves?

—¿A quién?

—A mi hermano.

—Sí; pero no está solo.

—Se pasea cogido del brazo del doctor Samuel.

—Y parece que tienen una conversacion muy interesante, muy animada.

—Apostaria cualquier cosa á que el doctor le está hablando de tí.

—¿De mí?

—No me cabe la menor duda; porque ayer ese honrado viejo me prometió interesarse en nuestro asunto.

—Si al menos pudiera una oir lo que le dice...

—¡Hola! ¿eres curiosa?

—De las cosas que me interesan, confieso que lo soy.

—Pues bien; esa curiosidad puede satisfacerse.

—¿Cómo?

—Toma, preguntándole yo al doctor qué es lo que ha hablado con mi hermano.

—¿Y si no quiere decírtelo?

—¡Bah! no temas. ¿No ves que ya es nuestro aliado?

—Entonces no queda otro remedio que esperar y tener paciencia.

—Sí, sí, la paciencia es muy recomendable para las muchachas enamoradas,—añadió Clotilde sonriéndose. —Ahora vamos á peinarnos en un instante; pues estoy segura que la buena Mónica, que se levanta antes que asome el alba, estará impaciente por vernos salir y ofrecernos el chocolate.

—Sí, sí, vamos á peinarnos, y luego bajaremos á la

huerta á darles los buenos dias á Daniel y al doctor.

Dejemos nosotros á las dos amigas, y salgamos á la huerta en busca del doctor Samuel y su jóven amigo.

Debemos decir, que á pesar de la corta permanencia de Clotilde en Horche, habia logrado apoderarse por completo de la voluntad del viejo doctor.

—¿Sabes, querido Daniel, que me voy convenciendo de que tu hermana tiene razon?—le dijo el médico despues de darle los buenos dias.

—¿Y en qué?

—En lamentarse de tu terquedad: anoche mismo me decia: «Yo no puedo creer que mi hermano Daniel sea tan orgulloso, que continúe rechazando las proposiciones que le hago.»

—No es el orgullo,—añadió Daniel,—el que me obliga á preferir este modesto destierro; es la dignidad ofendida, es el recuerdo de aquella pobre mártir que ya no existe, y para quien la vida fué una lamentacion dolorosa; y usted mismo en otro tiempo, usted, querido doctor, usted, el leal amigo de mi infortunada madre, me ha aconsejado cien veces...

—Sí, hijo mio, sí; yo te he aconsejado muchas veces, no lo niego; pero desde entonces hasta ahora han cambiado mucho las cosas, y el arrepentimiento ha despertado por fin el empedernido corazon de tu padre. Don Pedro ya no es aquel orgulloso magnate que arrojó de su casa en un momento de ceguedad á su hijo; hoy es el padre arrepentido, el hombre que desea reconciliarlo todo, y que llora su falta.

Daniel guardó silencio. Escuchaba con profunda atencion las palabras de aquel anciano, á quien estaba acostumbrado á mirar con respeto y veneracion; de aquel anciano, á quien tenia la costumbre de ver desde pequeño siempre dispuesto á enjugar las lágrimas de su madre, y á consolar su profunda amargura con sus sábios y paternales consejos.

—Además, no se trata aquí del general Lostan, sino de Clotilde; de ese ángel de bondad que ha nacido para ser el lazo de flores que una por fin á toda la familia; de ese corazon generoso, de esa alma sublime, que á pesar de su juventud y su hermosura abandona la córte, las comodidades de su palacio, para venir á buscar á este humilde rincon á su querido hermano, á un hermano que ella no ha rechazado nunca, para quien siempre ha tenido los brazos abiertos, por cuya felicidad se interesa.

—¡Ah!—exclamó Daniel, llevándose una mano al pecho.—¿Cree usted que si no fuese por Clotilde me hubiera resignado tan fácilmente? No, querido doctor, no.

—Entonces, ¿porqué no accedes á las súplicas de tu hermana, á los deseos de Clotilde?

—Para evitar el escándalo, para no dar pábulo á la maledicencia, á la murmuracion. El dia que se me viese en Madrid viviendo en el palacio del general Lostan, llamando hermana á Clotilde, seria preciso revelar por lo menos una parte de nuestro secreto á la sociedad. La misma Clotilde, dejándose guiar por los impulsos de su generoso corazon, no tardaria mucho en decir á todo el

mundo: «Daniel es mi hermano;» ¿cómo podria explicar su parentesco conmigo sin comprometer á la marquesa del Rádio, sin arrancar la máscara que encubre el rostro de su padre? Créame usted, doctor, bien estoy en el pueblo; no descorramos el velo que oculta lo pasado; usted no ignora que yo me eduqué en medio de la modestia y las privaciones; ¿quién sabe si aquí concluiré por ser feliz?

El doctor Samuel comprendió las poderosas razones que el jóven alegaba para permanecer alejado de la córte.

—Tu pensamiento es muy noble, hijo mio; pero debes considerar que no toda la vida puedes vivir en este pueblo: eres jóven; ¿qué porvenir será el tuyo encerrado en este rincon del mundo? Por otra parte, tu hermana Clotilde no ha de consentir que mientras ellos vivan en la opulencia, vivas tú en la miseria. Para tranquilizarla seria preciso que aceptes una parte de su fortuna, y que legítimamente á tí te corresponde. Asegurado por ese medio tu porvenir, puedes disfrutar dias felices, viviendo en este pueblo donde descansan los restos de tu madre.

Y como Daniel guardase silencio, el doctor, fijando en él una mirada de ternura, añadió:

—Lógicamente, yo moriré, hijo mio, muchos años antes que tú; soy un pobre viejo que ya camina encorvado sobre la tierra como si buscara la sepultura donde han de descansar sus restos. Cuando esto suceda te quedarás solo en el mundo, y es preciso que pensemos en el mañana.

El doctor hizo una pausa, y continuó de este modo:

—Yo apruebo tu pensamiento de vivir retirado de la sociedad. La vida vale mucho menos de lo que cuesta, porque la muerte se halla suspendida sobre nuestro corazon desde el instante en que nacemos. En las grandes ciudades se vive mas de prisa, se gasta con lujo la salud, y los disgustos anticipan la vejez; pero una vejez triste, achacosa, sin alegría en el alma y sin vigor en la materia. En los pueblos, por el contrario, se encuentran con frecuencia ancianos de ochenta años llenos de salud y de alegría; pero estos ancianos buscaron en la primavera de la vida una compañera con quien compartir sus goces y sus alegrías. Así pues, querido Daniel, si mis consejos ejercen alguna influencia sobre tí, si te inspira confianza el leal amigo de tu madre, el hombre que te sirvió de padre, te aconsejo que medites lo que voy á decirte. Blanca es un ángel; tan hermosa como modesta, con dificultad un hombre de tus condiciones podria elegir una compañera para toda su vida mejor que Blanca. Únete, pues, con esa jóven; acepta la fortuna que te ofrece tu hermana, y que en realidad te pertenece, y vive tranquilo en este pueblo, ocupándote solamente de la felicidad del hogar doméstico y de hacer bien á los desgraciados; reduce tu mundo á la pequeñez de una aldea, y procura conseguir el tesoro mas preciado del hombre: la paz de su hogar doméstico, la tranquilidad de su conciencia.

Aquí llegaba la conversacion, cuando la voz de Mónica vino á interrumpirla con estas palabras:

—Ahí fuera espera un hombre que viene á buscarle á usted, señor doctor; dice que se ha puesto mala su mujer.

Samuel se despidió de su amigo, y Daniel al verse solo se dirigió maquinalmente hácia su habitacion.

CAPÍTULO III

LAS TRES CARTAS

—Buenos dias, señora Mónica.

—¡Ah! ¿es usted, señor Basilio?

—El mismo, para servir á Dios y á usted.

—¿Trae usted hoy muchas cartas?

—Tres nada mas.

—¿Supongo que no vendrá ninguna para mí?

—No, señora,—añadió el cartero sonriéndose;—usted ha dado siempre poca utilidad á la administracion de correos.

—Dice usted bien; creo que en toda mi vida he recibido una carta.

—Pues por eso lo digo.

—¿Y para quién son las que trae usted hoy?

—Una para Daniel, otra para doña Clotilde de Lostan, y otra para doña Blanca de Monforte.

—Pues vaya, vengan las cartas y tome usted sus tres cuartos.

Mónica cogió las cartas, y se dirigió primero á la habitacion que ocupaban sus huéspedas, y llamó suavemente á la puerta pidiendo permiso para entrar. Entregó las cartas, y desde allí se dirigió á buen paso en busca de Daniel.

Clotilde reconoció en la letra del sobre la de su padre y Blanca la de su hermano; y no tardaron mucho en demostrar las hermosas y tranquilas facciones de las dos amigas el sobresalto que la lectura de aquellas cartas les causaba.

En la imposibilidad de leerlas todas á la vez, comenzaremos por la de Clotilde.

Decia así:

«Hija mia: Comprendo que la lectura de esta carta será un nuevo dolor que á tu alma virginal va á causar tu padre; pero es preciso, y no vacilo en llevar á cabo una resolucion que ha de poner fin á mis sufrimientos.

»Mucho he sufrido, mucho os he hecho sufrir á todos, y comprendiendo que yo soy el único obstáculo á vuestra felicidad, estoy resuelto á romperlo.

»Esta carta, Clotilde mia, no es otra cosa que la despedida de un padre dirigida á su hija. Ya no volveremos á vernos nunca; sed, pues felices, y borrad el doloroso recuerdo de mi vida de vuestras memorias.

»Perdona, hija mia, si con la lectura de esta carta causo una nueva herida á tu alma; es preciso. Yo no podria soportar por mas tiempo el desdeñoso desprecio de tu

madre, la dignidad fria y acusadora de tu hermano; agudas espinas que se clavaban en mi corazon haciéndome el hombre mas desgraciado de la tierra.

»Escribo á tu madre y á tu hermano una carta de despedida, puesto que ya no verán mas al general Lostan, á quien tanto odian justamente.

»Ahora, Clotilde, espero que convencerás á tu hermano Daniel á que acepte la mitad de mi fortuna, con lo cual podrá vivir modestamente en el punto de la tierra que mas le plazca.

»Yo sé que esa pequeña fortuna que le pertenece nunca la hubiera aceptado de mi mano; pero me llevo la confianza de que no la rechazará de la tuya.

»Mi antiguo y fiel ayuda de cámara, Santiago, te entregará mi testamento y mi fortuna en papel del Estado: pártela con Daniel, y sed felices. Al distribuir de este modo las economías de mi vida, no toco para nada las rentas de tu madre, que esas á tí solo te pertenecen. Adios por la última vez, hija mia; perdona á tu padre, que siempre te ha querido con toda su alma y que tantas lágrimas te ha hecho derramar.

»Pedro de Lostan.»

Clotilde quedó anonadada al terminar la lectura de la carta, y sin poder contener un grito que se escapó de su alma, cayó desvanecida en una silla.

Blanca, que habia leido rápidamente la lacónica carta de su hermano, corrió á socorrer á su amiga.

Blanca tambien se hallaba conmovida, porque la

carta de su hermano la indicaba que algo grave sucedía en Madrid.

Hé aquí su contenido:

«Querida Blanca: tengo absoluta necesidad de verte muy pronto, porque quiero consultarte un asunto, del que depende mi felicidad, la realización de mis hermosos sueños.

»Desde que te has ausentado de Madrid han sucedido aquí cosas extraordinarias.

»Escríbeme á vuelta de correo si pensáis prolongar vuestra estancia en ese punto mucho tiempo, para que yo tome una resolución, aunque yo supongo que Clotilde abandonará pronto ese pueblo, en cuanto sepa la gran desgracia que ha sucedido á su padre.

»Ven pronto á ver á tu hermano que te quiere,

»Julio.»

Blanca y Clotilde se dieron á leer mútuamente las cartas, y dulcemente abrazadas y derramando abundantes lágrimas, permanecieron algunos segundos.

—¡Ah! sí, sí, no me cabe duda,—exclamó Clotilde; —¡mi padre, abrumado por el peso de los disgustos, ha puesto fin á sus días!

—¿Y qué hacemos ahora?

—Partir inmediatamente.

En este momento se abrió la puerta de la habitación donde estaban las dos jóvenes, y se presentó Daniel, pálido, conmovido y con una carta en la mano.

Clotilde, al verle, lanzó un grito y corrió á su encuentro.

—Hermana mía,—dijo Daniel,—sospecho al ver tus lágrimas, que, como yo, has recibido una carta del general Lostán.

—¿Tú también?—añadió Clotilde, apoderándose rápidamente de la carta que Daniel tenía en la mano.—Dame, quiero leerla; puedes tú leer la que me ha escrito mi infortunado padre, y si, como sospecho, el general Lostán ha dejado de existir, será preciso, Daniel, que te resignes á cumplir su última voluntad.

La carta que el general Lostán había escrito á Daniel, estaba concebida en estos términos:

«Hijo mío: Hace muchos años que mantengo una lucha cruel, terrible, conmigo mismo; lucha que matando por completo mi felicidad, me hacía el hombre más desgraciado del Universo.

»Mientras la fiebre de la ambición calentaba mi alma, yo tuve valor para luchar conmigo mismo y presentarme ante la sociedad con la sonrisa en los labios, mientras sentía despedazado el corazón. Pero este valor fué aminorándose poco á poco, y desde el día en que no fueron un secreto para tí las amarguras que mi conducta había causado al ángel que te llevó en sus entrañas, yo perdí todo mi valor, toda mi audacia, y el terrible grito de mi conciencia me hizo enojosa mi vida.

»Yo no puedo disculpar mi crimen, porque disculpa no tiene; pero cuando la vida se hace una carga enojosa, insoportable, el hombre que conserva un resto de pundonor y de energía debe poner fin á ella.

»Esta carta es, pues, el último adiós que te dirijo.

»No volveremos á vernos nunca; pero al dirigirte mi despedida postrera, abrigo la esperanza de que acatarás mis últimas disposiciones, que consisten en que partas con tu hermana Clotilde mi modesta fortuna.

»Adiós, pues, hijo mío, y ruega por tu padre, para quien llegó la hora de la expiación y del remordimiento.

»Pedro de Lostán.»

—¡Daniel, Daniel,—exclamó Clotilde al concluír la carta;—el corazón me dice que nuestro padre ha dejado de existir! Es preciso, pues, que partamos, y es indispensable que tú me acompañes á Madrid; porque yo supongo que en estos momentos de dolor y de angustia no querrás abandonar á tu pobre hermana.

Daniel, no encontrando palabras con que consolar á Clotilde, la estrechó contra su pecho, murmurando en voz baja:

—¡Yo haré cuanto tú quieras, hermana mía!

—Disponlo, pues, todo; partiremos en el primer tren.

—Voy á enviar un hombre á Guadalajara para que traigan un carruaje.

Como si estas palabras tuvieran algún poder mágico, se oyó en aquel instante el ruído de un coche, que aproximándose á la casa, se detuvo por fin delante de la puerta.

Todos corrieron precipitadamente á la ventana.

Clotilde lanzó un grito.

Había visto apearse del coche á su madre la marquesa del Radio.

Pocos momentos después, Clotilde se hallaba en los brazos de su madre.

—Veo que he llegado tarde, hija mía. Tus lágrimas me dicen que has recibido ya una carta de tu padre.

—Sí, sí, una carta,—añadió Clotilde,—cuya lectura ha llenado de dolor mi corazón; una carta por la que sospecho que mi pobre padre, cansado del peso de la existencia, ha puesto en mal hora fin á sus días.

—Hija mía,—añadió la marquesa,—aún es un misterio para todos lo que puede haberle acontecido al general Lostán. Sólo se sabe que ha desaparecido de Madrid, que no se le encuentra, que se le busca en vano muerto ó vivo. Todo ha sido inútil para encontrarle, como asimismo al conde de la Fe.

Entonces la marquesa refirió todo lo que sabía de la misteriosa desaparición del general y el conde.

Sentada en un sillón y rodeada de Clotilde, Blanca y Daniel, que la escuchaban con creciente interés, la marquesa, con los ojos llenos de lágrimas, refirió todo cuanto sabía, procurando al mismo tiempo tranquilizar á su hija.

Daniel la escuchaba con profundo silencio.

Aquella mujer había sido involuntariamente la causa de la mayor parte de las desgracias de su madre.

Tenía, pues, para Daniel algo de repulsivo; pero Daniel había sabido disimular siempre el mal efecto que la presencia de la marquesa le producía, en gracia al profundo amor que profesaba á Clotilde.

Cuando doña Beatriz terminó su doloroso relato, fijó

los ojos humedecidos por las lágrimas en Daniel, y dijo:

—Sospecho, hijos míos, que os habéis quedado sin padre; roguemos á Dios por su alma.

La marquesa se arrodilló.

Todos la imitaron, reinando en aquella habitación por breves momentos un profundo silencio.

CAPÍTULO IV

DONDE DANIEL ENCUENTRA UNA SEGUNDA MADRE

Al terminar aquella oración dedicada al alma del general Lostán, á quien todos creían muerto, la marquesa volvió á sentarse en el sillón, y tendiendo una mano á Daniel, añadió:

—Hijo mío, usted me ha demostrado con su noble conducta que abriga dentro de su pecho un alma generosa. La pobre Ángela, su santa madre de usted, murió agobiada bajo el peso de sus desventuras; ángel de la tierra, cerró sus ojos sin pronunciar una queja ni una reconvención contra el hombre que había sido causa de todas sus desgracias. Ese hombre, según todas las probabilidades, ha dejado de existir; usted ha quedado huérano en la tierra; la muerte reconcilia muchas veces á los vivos. ¿Quiere usted ser mi hijo?

Esta proposición arrancó un grito de gozo á Clotilde.

Aquel grito conmovió todas las fibras del corazón de Daniel, que cayendo arrodillado á los piés de la marquesa, la besó las manos respetuosamente, murmurando con acento conmovido:

—¡Ah, señora! yo acepto con orgullo el ofrecimiento. Es tan dulce para un huérfano pronunciar las palabras ¡madre mía!

—Pues bien; si usted me acepta por su madre, ¡ven á mis brazos, hijo mío!

Y la marquesa estrechó cariñosamente contra su pecho á Daniel.

Esta reconciliación en medio del profnndo dolor que afligía á Clotilde, vino á ser el bálsamo del consuelo que aminoraba en parte su gran amargura.

Desde este momento, ya sólo se pensó en disponer el viaje de regreso á Madrid.

Era preciso partir aquel mismo día. Todos tenían igual interés en regresar á la corte.

Clotilde, á pesar de la inmensa alegría que la reconciliación de la marquesa y Daniel le había causado, no por eso olvidaba á su padre; á su padre, á quien amaba con toda su alma, y cuyo paradero ignoraba.

Daniel, mientras se disponía el viaje, corrió á casa del doctor Samuel para contarle lo que sucedía. El doctor se hallaba en su despacho; le bastó fijar una mirada en el joven para comprender que algo extraordinario le sucedía.

—Vengo á despedirme de usted,—dijo Daniel.

—¿Cómo?...—preguntó con acento admirado el doctor.

—Desde que nos separamos esta mañana han sucedido muchas cosas, y todas ellas extraordinarias.

—A ver, explícate.

—En primer lugar, he recibido una carta de mi padre que encierra mucha gravedad. Por su lectura sospecho que debe haber puesto fin á sus días.

—¿Qué dices?

—¡Oh! no me cabe duda; usted mismo puede juzgar.

Y Daniel entregó la carta al doctor, que éste leyó en voz baja con bastantes síntomas de agitación.

—Sí, sí, dices bien, Daniel,—añadió el doctor al terminar la lectura;—esta carta es grave, y temo como tú que el general haya cometido la última locura.

—Mi hermana Clotilde ha recibido otra concebida poco más ó menos en los mismos términos, sinó que en ella consigna que se me entregue á mí la mitad de su fortuna. Según parece, el general no ha podido soportar por más tiempo la carga abrumadora de los remordimientos, y ha puesto fin á sus días; pero lo más raro de este acontecimiento, es que aun no ha podido encontrarse el cadáver del general. En vano los criados de la casa y la policía le han buscado por todas partes. Esto nos ha dicho la marquesa, que ha llegado hace algunas horas al pueblo.

—¿La marquesa del Radio?

—Sí, que viene en busca de su hija para llevársela á la corte. La marquesa, que con gran asombro mío, la

he visto con los ojos llenos de lágrimas, y estrechándome contra su pecho me ha llamado su hijo. Ya no es la mujer orgullosa y altiva de otros tiempos; la noticia del suicidio de su esposo ha cambiado su carácter.

El doctor se quedó pensativo.

Todas aquellas revelaciones eran suficientes para preocuparle.

—Usted me ha servido de padre; usted ha sido siempre mi leal, mi noble consejero; ¿qué debo hacer?

—Ante todo, hijo mio, debes obedecer la última voluntad de tu padre: acepta la fortuna que te pertenece, y hasta que el tiempo tranquilice á tu hermana y á tu segunda madre, no debes apartarte de su lado.

—Partiré con ellas á Madrid esta tarde.

—Sí, parte, y no olvides nunca que en este pueblo te espera un anciano que te ama con todo su corazon. No olvides tampoco, hijo mio, que el hombre tiene muchas veces la felicidad al alcance de su mano, y parece desdeñarse en cogerla. Blanca es un ángel, Blanca puede llenar de poesía y amor tu vida; ella, al revés de la generalidad de las jóvenes, se contenta con ser amada y vivir modestamente lejos del ruido de las grandes ciudades. A tí tambien te place la vida sosegada del campo; ¿qué mejor compañera pudieras encontrar que esa sencilla jóven, que vivirá sin otro deseo que el de complacerte y hacerte feliz?

—¡Padre mio!—exclamó Daniel, enjugándose las lágrimas,—juro por la memoria de mi madre no olvidar los buenos consejos que usted acaba de darme; y ahora,

antes de abandonar este pueblo, permítame usted que vaya á decir adios á la tumba que encierra los restos de aquella que me llevó en sus entrañas.

—Es muy justo, hijo mio, y yo voy á acompañarte.

Samuel cogió su baston y sombrero, y apoyado en el brazo de su ahijado, se dirigieron ambos hácia el cementerio; y allí, inmóviles y de pié junto al hermoso cedro de odora, permanecieron orando en silencio algunos minutos.

Por fin, Daniel dijo de este modo:

—¡Madre mia, voy á separarme algunos dias de este sitio, donde descansan tus queridos restos! ¡Un acontecimiento inesperado me obliga á ir á Madrid; pero no temas, que yo no te olvido ni un solo minuto; aquí regresaré muy en breve á cuidar este hermoso árbol que presta sombra á tu sepultura con el perenne verdor de sus brazos! ¡Adios, madre mia!

Daniel se enjugó los ojos, y volviendo á ofrecer el brazo al doctor, salieron del cementerio.

Cuando llegaron á casa de Daniel, el coche que habia conducido á Horche á la marquesa estaba enganchado en la puerta.

Era preciso partir en el acto para llegar á hora de tren.

Clotilde, aprovechando un momento mientras Daniel se despedia de su antiguo y leal criado, llamó aparte al médico y le dijo:

—Usted sabe, señor doctor, lo que me intereso por la felicidad de mi hermano. Creo que esta consiste en unirle con Blanca; son el uno digno del otro.

—Así lo creo, señorita; y no hace mucho le aconsejaba en ese mismo sentido.

—El deber me ordena partir á Madrid en este instante. Todo me indica que ha sucedido una gran desgracia á mi padre. Quiero saber la verdad, por triste, por dolorosa que sea; usted me inspira una gran confianza. Sé el gran interés que se toma por Daniel, á quien mira como un hijo; así, pues, para no perder el tiempo voy á darle un encargo. Durante nuestra ausencia, es preciso que esta casa se trasforme, haciendo de ella un nido encantador y digno de dar abrigo bajo su techo á dos almas tan bellas como las de Daniel y Blanca. Tan pronto como llegue á Madrid, mandaré á un arquitecto para que se ponga de acuerdo con usted; es una sorpresa que le guardo á mi hermano, para que cuando regrese á este pueblo donde trascurrió su infancia se encuentre con un pequeño paraíso, que le haga olvidar en parte las amarguras del pasado.

—Cumpliré las órdenes de usted, señorita,—dijo el doctor.

—Daniel ha de ignorar esto que acabamos de convenir.

—Lo ignorará.

—En usted confio.

. . . . . .

Media hora despues, el coche se perdia entre una nube de polvo por la carretera, y junto á la modesta cruz de piedra que marca la entrada del pueblo, se enjugaban los ojos tres ancianos: el doctor Samuel, Ramon y Mónica.

—¡Ah! quién sabe si volveremos á verle mas,—exclamó Mónica, exhalando un suspiro del fondo de su alma.

—Confiar y esperar: hé aquí lo que hace el hombre desde que nace hasta que muere,—murmuró el doctor en voz baja.—Confiemos, pues, y esperemos.

CAPÍTULO V

PESQUISAS INÚTILES

Poco antes de llegar al pueblo de Chamartin, mandó el señor Quesada al cochero que se detuviera, y se apeó del carruaje.

Quesada era uno de estos hombres que no llaman la atencion en ninguna parte; un tipo vulgar que se ve, sin que se fije en él la atencion.

En ciertas ocasiones, tenia mucho tacto para elegir los disfraces convenientes á las empresas que queria llevar á cabo; era un actor que sabia desfigurarse perfectamente.

Cuando llegó al pueblo comenzaba á amanecer. El lector debe tener presente, que los acontecimientos que vamos á narrar en este capítulo tuvieron lugar en la mañana que siguió á la noche del terrible drama de la cueva; es decir, algunas horas antes de que Santiago regresara á Madrid y se extendiera por la capital la

alarmante noticia de la desaparicion del general Lostan y el conde de la Fe.

Santiago habia visto partir á su amo perfectamente disfrazado, y se habia quedado solo en la casa de campo, disponiéndolo todo para regresar á Madrid.

Despues de esta ligera aclaracion, continuemos.

El señor Quesada llegó á Chamartin al amanecer; pero como la gente del campo es madrugadora, en las primeras casas del pueblo vió á un hombre con un mandil de cuero, las mangas de la camisa arremangadas y un cigarro en la boca, de pié sobre el dintel de la puerta de una herrería.

Quesada se acercó al hombre y le preguntó:

—¿Tendrá usted la bondad de indicarme por dónde se va á la quinta de los señores marqueses del Rádio?

—La quinta de la señora marquesa está situada al extremo opuesto del pueblo, en el campo.

—Si hubiera por ahí algun muchacho que me acompañara, yo le pagaria su trabajo.

—Perico, anda en una carrera á acompañár á este señor á la quinta de la marquesa.

Del interior de la casa salió un muchacho de nueve á diez años, súcio y harapiento, y en cuyos ojos se advertian aún todos los síntomas del sueño.

Quesada dió las gracias al herrero, y tomó la calle adelante acompañado del muchacho.

El jefe de la policía secreta no necesitaba un guia para llegar hasta la quinta de la marquesa; pero como no le gustaba perder tiempo, además de que aquel muchacho

le llevaria sin dar rodeos al sitio deseado, habia concebido el pensamiento de hacerle algunas preguntas para irse orientando en el asunto de que se trataba.

Apenas se hallarian á unos cincuenta pasos de la herrería, Quesada comenzó el siguiente diálogo con el muchacho:

—¿Tú serás del pueblo, eh?

—No, señor, soy de Hortaleza; pero mis padres me han enviado á Chamartin á aprender el oficio en casa del señor Sebastian.

—¿Y hace mucho tiempo que estás en Chamartin?

—El mes que viene hará dos años.

—A este pueblo vendrá mucha gente paseándose desde Madrid.

—Ya ve usted, como que hay un colegio de niñas que todas ellas son señoritas de Madrid.

—Díme, ¿ayer por la tarde no viste pasar por delante de la herrería á dos señores montados en dos magníficos caballos?

—¿Ayer por la tarde?—repitió Perico alzando los ojos al cielo, como si buscara entre sus recuerdos la contestacion de aquella pregunta.

—Sí, dos señores, ancianos ya; uno de ellos montaba una yegua torda, el otro un caballo negro.

—Pues no recuerdo haberlos visto. No estaria yo en la herrería cuando pasaron.

—Sí, tal vez sea eso,—contestó Quesada maquinalmente, convencido sin duda de que nada de provecho podia decirle su guia.

Continuaron, pues, su camino sin hablar palabra, y cuando llegaron á la salida del pueblo, el muchacho, extendiendo el brazo en direccion á una magnífica quinta que se veia como á quinientos metros á la derecha del pueblo, dijo:

—Aquella es la casa de campo de la señora marquesa.

Quesada dió una peseta al muchacho, y añadió:

—Ya puedes retirarte. Ahora no hay miedo de que me pierda.

Perico no esperó que le repitieran la órden, y loco de contento con la buena fortuna que habia tenido aquella mañana, se dirigió con la velocidad del gamo hácia la herrería.

Mientras tanto, Quesada se encaminaba hácia la quinta con pocas esperanzas de salir airoso en su empresa.

Llegó por fin á la verja y se detuvo.

El sol envió en aquel momento sus primeros rayos desde Oriente.

—Mucho me temo,—se dijo Quesada hablando consigo mismo,—regresar á Madrid sin averiguar nada.

Y dirigiendo una mirada en derredor suyo como si pretendiera encontrar algun indicio, se encogió de hombros y repuso:

—Indudablemente en esta quinta vivirá alguno. Continuemos las pesquisas.

Quesada buscó en la puerta de hierro que cerraba el paso al jardin, y vió una cadena, de cuyo extremo pendia una campana.

Tiró de aquella cadena resueltamente, y esperó.

Apenas habian trascurrido algunos segundos, cuando vió venir hácia él á un hombre, que saliendo de la quinta, se encaminó con tranquilo paso hácia la puerta de hierro por una ancha calle de chopos.

Cuando este hombre llegó á la mitad de la distancia que separaba la casa de la verja, Quesada dijo para sí:

—¡Calla! si no me engaño, es Santiago, el ayuda de cámara del general.

Y efectivamente, era Santiago, que al llegar á la puerta la abrió diciendo:

—¡Calle! ¿es usted, señor Quesada?

—El mismo, amigo Santiago, el mismo.

Santiago abrió la puerta, añadiendo:

—Adelante, adelante.

—A usted sin duda extrañará verme en este sitio y á semejante hora.

—Nada de eso, señor Quesada, porque tratándose de un empleado del gobierno, ó por mejor decir, del jefe de la policía secreta de Madrid, cuya actividad y celo es reconocida por todos, no debe extrañarse nadie de encontrarle al amanecer en un pueblo de las cercanías de la capital, y eso cuanto mas me indica que sucede algo grave en este pueblo.

Santiago hablaba con tal naturalidad, con tanto aplomo, que el señor Quesada hizo un gesto de disgusto, temiendo que el ayuda de cámara no supiese nada.

—Pues sí, amigo mio; sucede algo grave, y yo, en cumplimiento de mi deber, despues de pasar la noche en

pesquisas inútiles, he creido que debia venir á este pueblo, y sobre todo á esta quinta.

—¿A esta quinta? ¡Diantre! me llena usted de curiosidad, señor Quesada; pues ¿qué ocurre?

Esta pregunta fué hecha con tono natural. Quesada fijó una mirada investigadora en Santiago, que este mantuvo con imperturbable calma.

—Veo que usted ignora el grave acontecimiento que está llamando la atencion de Madrid. ¿Cuánto tiempo hace que se halla usted aquí?

—Desde ayer por la mañana. Pero entremos en la casa.

—No, no importa; la mañana está agradable. Yo solo deseo dirigirle á usted algunas preguntas.

—Todas las que usted guste, señor Quesada.

—¿Dice usted que se halla aquí desde ayer por la mañana?

—Sí, señor.

—¿Vino usted por su voluntad, ó por encargo especial de alguna persona?

—¡Ah, señor Quesada!—contestó Santiago, sonriéndose;—hace mucho tiempo que yo no tengo voluntad propia. Vine aquí, porque así lo dispuso mi amo el general Lostan.

—Perfectamente. ¿Y supongo que usted no tendrá dificultad en contestarme á las preguntas que voy á hacerle?

—Ninguna.

—Vino usted aquí por órden del general, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Y qué mision es la que le encargó á usted don Pedro?

—Me dijo sencillamente estas palabras: «Santiago, mañana por la tarde pienso ir á nuestra quinta de Chamartin con un amigo; tal vez comeremos allí; procura arreglarlo todo. Entonces yo le indiqué que el jardinero y conserje de la quinta se hallaba en Aranjuez, donde habia ido á comprar algunas plantas, y que si se trataba de una comida de ciertas condiciones seria preciso que se trasladaran á Chamartin algunos criados. El general me contestó que no tenia una gran seguridad en comer en la quinta, y que por lo tanto bastaria con algunos fiambres. Despues de esto compré lo que tuve por conveniente en casa de L'Hardy, y me trasladé ayer á las ocho de la mañana á Chamartin.

—¿Y el señor general con su amigo vendria por la tarde?

—Nada de eso, señor Quesada. Los he estado esperando en vano, y ni el señor general ni su amigo han parecido por la quinta.

—¿Y no ha extrañado usted la tardanza de su amo?

—¡Bah! estoy muy acostumbrado á estas cosas,—añadió Santiago, riéndose con la mayor naturalidad.—Por otra parte, el general no tiene necesidad de guardarme grandes consideraciones. Le esperaré aquí hasta las diez de la mañana, y si á esa hora no ha venido, regresaré á Madrid.

Quesada no tuvo la menor duda de que aquel hombre ignoraba el paradero del general; le habia contestado

con tal naturalidad, que el jefe de la policía secreta creyó que era imposible tanto aplomo siendo culpable.

—Amigo Santiago, veo que usted ignora lo que ha sucedido. Es inútil que espere usted por mas tiempo al general Lostan y al conde de la Fe, que era el amigo que debia acompañarle.

—¿Cómo inútil? ¿Le ha llamado la reina para formar ministerio?

—No, pero debe haberles sucedido á esos caballeros alguna gran desgracia.

Santiago retrocedió un paso con muestras de asombro.

—¿Qué es lo que usted dice? ¿una desgracia al general, á mi querido amo? Por Dios, caballero, no me oculte usted nada.

Entonces el jefe de la policía, compadecido del interés que aquel criado se tomaba por su amo, le refirió todo lo que él sabia.

Santiago escuchó el relato con gran interés.

Al terminar Quesada, llevóse la mano á la frente, y exhalando un rugido, exclamó:

—¡Ah! sí, dice usted bien; debe haber sucedido á mi querido amo una gran desgracia. Hace muchos años que el conde de la Fe le odiaba de muerte, y creo á ese hombre bastante infame para haber cometido un crímen. Pero nosotros descubriremos la verdad de este misterio, ¿no es verdad, señor Quesada, que la descubriremos? Si mi pobre amo ha sido asesinado, es preciso que todo el rigor de la justicia caiga sobre el asesino.

—Mi honra está empeñada en encontrar, muertos ó

vivos, al conde de la Fe y al general Lostan, y pues usted nada puede decirme que me indique sus huellas, vuelvo á Madrid á ver si alguno de mis agentes ha sido mas afortunado que yo.

—¿Y qué es lo que cree usted que yo debo hacer?

—¡Diablo! eso es bastante difícil de decir; pero cuando el general no ha venido y no se le encuentra por ninguna parte, creo que ya será inútil que le espere usted por mas tiempo aquí.

—Sí, sí, dice usted bien; lo cerraré todo y me trasladaré á Madrid.

—Si usted quiere, le cedo un asiento en mi carruaje.

—Le entretendré á usted mucho tiempo, porque antes de salir de la quinta tengo que cerrarlo todo perfectamente, apagar las chimeneas, é ir á llevar las llaves á casa del señor cura, de donde las recogerá esta tarde el jardinero á su regreso de Aranjuez.

—Entonces, en Madrid nos veremos.

—Sí, sí, en Madrid; porque es preciso encontrar á mi amo.

—Pues hasta la vista, amigo Santiago.

—Hasta la vista, señor Quesada.

El jefe de la policía salió del jardin de la quinta en direccion al pueblo, y apenas habia dado veinte pasos, cuando oyó que Santiago le llamaba.

—Dispense usted, señor Quesada, si aturdido con lo que acaba usted de revelarme, he cometido la imprudencia de no decirle si queria tomar alguna cosa; una taza de té ó café, un ligero desayuno.

—Gracias, Santiago, gracias; no acostumbro á tomar nada tan temprano.

El señor Quesada se dirigió hácia el pueblo.

Santiago permaneció detrás de la verja hasta que le perdió de vista.

—¡Imbécil!—se dijo hablando consigo mismo.—Ni siquiera ha sospechado que sus piés se posaban sobre el teatro del crímen. Afortunadamente, la naturaleza ha querido dotarme de unas condiciones morales que son muy útiles para estos casos.

CAPÍTULO VI

UNA PRUEBA MAS

Santiago se dirigió lentamente hácia la quinta, entró en una de las habitaciones del piso bajo, y se dejó caer en una butaca.

Durante la escena con el señor Quesada, habia mantenido una terrible lucha consigo mismo. La menor imprudencia, la mas pequeña falta de serenidad, hubiera puesto á aquel hombre astuto sobre la pista del crímen.

Aunque estaba satisfecho de sí mismo, se sentia fatigado. El paso que acababa de dar era de la mayor importancia. Meditó, pues, lo que debia hacer.

Sobre una mesa se hallaban todos los objetos subidos poco antes de la cueva; en una gran banasta los comestibles de la última cena del general y del conde.

En la cueva no habia quedado la menor huella del crímen. Era preciso que allí no quedase tampoco.

El ayuda de cámara, despues de algunos momentos de meditacion, se pasó repetidas veces la mano por la frente, y levantándose dijo:

—Pongamos estos objetos en sus sitios, y á Madrid, donde debo cumplir la postrera voluntad del general.

Santiago colocó la panoplia en su sitio, y comenzó á arreglar las armas.

Cuando sus manos cogieron las pistolas, un estremecimiento involuntario agitó el cuerpo de aquel hombre, recordando las terribles acusaciones que en forma de cartas habia ocultado el moribundo conde dentro de aquellas armas.

—¡Ah! ¡suerte y no poca ha sido la nuestra de encontrar el postrer escrito del conde de la Fe que denunciaba nuestro crímen! ¡Desgracia grande seria que un tercer ejemplar se hallara oculto en alguna parte, y cayera con el tiempo en unas manos imprudentes! Pero no, eso no es posible; el conde no tuvo tiempo para escribir mucho, y por otra parte, yo lo he registrado todo con mucha escrupulosidad y detenimiento, con todo el cuidado que el asunto requeria.

Santiago continuó colocando las armas en la panoplia. Cuando hubo concluido, dirigió una mirada á la banasta donde se hallaban los comestibles.

—¿Qué haré con esto, lo daré á los pobres, ó lo llevaré á Madrid? Lo mejor es entregárselo al señor cura para que él lo distribuya como quiera. Dejaremos aquí las botellas que aun permanecen lacradas.

El ayuda de cámara comenzó á sacar de la banasta

los comestibles, dejándolos sobre la mesa, y mirando con escrupulosidad las botellas á través de la luz. Aquella operacion le entretuvo mas de media hora: tal era el detenimiento con que lo observaba todo.

En el fondo de la banasta ya no quedaban mas que algunos restos de pan, entre los que se veia un panecillo francés entero.

Santiago cogió aquel panecillo para colocarlo con los comestibles que pensaba dar al cura.

Maquinalmente fijó los ojos en aquel pan, y observó una línea practicada en uno de sus lados. Una sospecha rápida, inexplicable, asaltó su mente. Partió en dos trozos el panecillo, y lanzó un grito.

Tenia en las manos una tercera copia de las cartas encontradas en los cañones de las pistolas; una tercera acusacion del conde de la Fe, exactamente igual á las anteriores.

Santiago palideció. La casualidad acababa de salvar á su amo y salvarle á él mismo. Tuvo miedo de que aun existiera otro escrito acusador, y entonces, guardándose cuidadosamente en el bolsillo el papel que aun conservaba en sus trémulas manos, se dijo:

—¡Oh! es preciso obrar con mucha prudencia. Todos estos restos del fúnebre banquete me espantan, me aterran. El descubrimiento que milagrosamente acabo de hacer, y que indudablemente nos hubiera perdido, me aconseja una gran prudencia. Lo mejor es hacer un gran hoyo en el jardin y enterrarlo todo. Sí, sí, eso es lo mejor, y luego reconoceré por última vez la cueva.

Santiago se limpió algunas gotas de sudor que surcaban por su frente; volvió á colocarlo todo cuidadosamente dentro de la banasta, y cargándosela sobre el hombro, salió de la habitacion y se dirigió al jardin.

Una vez allí, buscó un sitio conveniente, y cuando lo encontró dejó en el suelo la banasta, se dirigió precipitadamente al cuarto del jardinero, cogió un azadon y comenzó á hacer un hoyo.

Santiago no cesó ni un solo segundo en su trabajo hasta que el hoyo tuvo una profundidad de dos metros.

Su rostro se hallaba inundado de sudor.

Diríase que aquel hombre buscaba en el fondo de la tierra su fortuna. Tal era el afan con que trabajaba.

Por fin terminó su obra y se dejó caer fatigado sobre el monton de tierra.

Le bastaron algunos minutos para recobrar el aliento, para reanimar sus fuerzas.

—Terminemos,—se dijo levantándose de nuevo.

Y comenzó á arrojar en aquel hoyo todos los manjares de la banasta; pero antes de tirarlo rompia las botellas y desmenuzaba los fiambres, temeroso de que ocultaran una denuncia.

Terminada esta operacion, volvió á tapar con la tierra el hoyo, apisonándolo con la pala del azadon.

Terminado su trabajo, reconoció el terreno y quedó satisfecho de su obra.

Entonces volvió á dirigirse á la casa; encendió una luz y bajó á la cueva.

Aquel hombre valeroso llegó sin vacilar hasta el sitio

donde estaba enterrado el conde de la Fe, reconoció minuciosamente todos los rincones de la cueva, todas las grietas de las paredes, y no encontrando nada, exhaló un suspiro de gozo, murmurando en voz baja:

—Creo que por esta vez no debemos abrigar el menor recelo.

Santiago salió de la cueva, persuadido de que la justicia no podria encontrar la menor huella del crímen.

Cerró perfectamente la casa, y se dirigió á la del señor cura para entregarle las llaves.

Una hora despues, un ómnibus se detenia delante del ministerio de la Guerra; de este ómnibus se apeó Santiago, y con paso tranquilo dirigióse al palacio de los marqueses del Rádio.

. . . . . .

. . . . . .

Trascurrieron dos dias.

Santiago habia cumplido las últimas disposiciones del general Lostan; habia depositado en el correo las tres cartas dirigidas á la marquesa, á Clotilde y á Daniel que ya conocen nuestros lectores, y encerrado en el mas profundo silencio, esperaba, aunque no sin inquietud, tener noticias de su amo, que le habia ofrecido escribirle antes de embarcarse para América.

Así las cosas, la marquesa, Clotilde, Blanca y Daniel llegaron á Madrid.

Como las relaciones de los marqueses del Rádio eran grandes, desde el momento en que cundió por Madrid la extraña nueva de la desaparicion del general, todos sus

amigos quisieron saber la verdad de aquel hecho extraño por boca de la misma familia.

La marquesa, exceptuando algunas personas, entre las que se contaban el duque de San Plácido y Julio de Monforte, encargó á su apoderado general que recibiera las visitas, enterándoles de todo lo que ocurria.

Por otra parte, ni la policía, ni la justicia habian sido mas afortunadas que la marquesa del Rádio.

El paradero del general y del conde de la Fe era un misterio.

No encontrando en parte alguna los cadáveres de estos personajes, y habiéndose corrido las órdenes á los alcaldes de los pueblos inmediatos y á la Guardia civil sin que esto diera el menor resultado, se comenzó á sospechar en los altos círculos de Madrid si el general y el conde habrian sido secuestrados.

Sin embargo, la marquesa del Rádio temia que algo grave hubiese sucedido al conde de la Fe y al general Lostan.

Todos confiaban en volver á encontrarlos, en que el dia menos pensado se recibirian algunas cartas pidiendo una cantidad de dinero para su rescate; todos tenian esperanzas menos su familia.

Así se hallaban las cosas, cuando un acontecimiento inesperado hizo pública, ó por lo menos muy sospechosa, la muerte del general Lostan.

El mismo dia que la marquesa del Rádio regresó de Horche, y despues de dar órden de que no estaba para nadie, exceptuando para el duque de San Plácido y Julio

de Monforte, á la caida de la tarde una doncella entró á decir á doña Beatriz que el señor notario encargado de los negocios de la casa tenia precision de verla.

La marquesa vaciló un momento antes de concederle la entrada; pero sospechando que tendria algo que decirle de parte del general, dió órden para que se le dejase pasar.

—Señora marquesa, dijo el notario entrando,—yo ruego á usted me perdone si á pesar de la órden de no recibir á nadie he tenido empeño en verla; pero se trata de un asunto de la mayor importancia, que hace cuarenta y ocho horas me tiene preocupado; y como precisamente en el dia de hoy termina el plazo que el señor general me indica en su carta...

—¡Ah! ¿el general ha escrito á usted?

—Sí, señora,—contestó el notario, exhalando un suspiro,—me ha escrito una carta tan lacónica como inesperada, y tan inesperada como fatal.

—¿Y cuándo ha recibido usted esa carta?

—Hace precisamente en este instante,—añadió el notario mirando su reloj,—cuarenta y ocho horas y veinte minutos.

—Pero ¿qué dice el general en esa carta?—preguntó con interés la marquesa.

—Voy á tener el honor de leérsela á usted, puesto que ya no es un secreto para nadie la desaparicion del general.

—Sí, sí, léala usted, y á ver si por fin saldremos de dudas.

—¡Ah! desgraciadamente la carta que me ha escrito el señor general es clara y terminante.

Y el notario, sacando un papel del bolsillo del pecho de su gaban, se puso á leerlo en voz alta. Decia así:

—«Señor don Basilio Portilla:

»Mi querido amigo: Si cuarenta y ocho horas despues de recibir esta carta no envio á usted una contraórden ni me hallo en mi palacio de Madrid, es prueba indudable de que he dejado de existir; y en ese caso se presentará usted á mi esposa la marquesa del Rádio, para que reuna á mi corta familia y les lea usted el testamento que con cabal juicio y pleno dominio de mis acciones, hice ante usted con todas las formalidades legales que tan grave asunto requiere.

»Es todo lo que de usted espera su desgraciado amigo,

»Pedro de Lostan.»

Como al terminar la lectura de la carta, la marquesa, inclinando la frente sobre el pecho, guardara silencio, el notario, exhalando un compungido suspiro, repuso:

—Ya ve usted, señora, que la carta no puede ser mas clara ni mas lacónica... Yo siento en el alma ser emisario de tan tristes nuevas; pero es un penoso deber que me impone la honrada profesion que ejerzo. Han trascurrido las cuarenta y ocho horas marcadas por el general. La señora marquesa tendrá la bondad de indicarme cuándo quiere que leamos el testamento.

—Mañana á las doce,—contestó doña Beatriz sin le-

vantar la frente, que aun conservaba inclinada sobre el pecho.

—Está bien, señora; no faltaré.

Y el notario, comprendiendo que su mision habia concluido, se levantó, saludó á la marquesa y salió de la habitacion.

CAPITULO VII

LA AMENAZA

La marquesa permaneció algunos minutos inmóvil y profundamente abismada en sus reflexiones.

La carta que acababa de leerla el notario, en vez de desvanecer sus dudas, las aumentaba.

Era indudable que el general habia tomado la firme y terrible resolucion de no presentarse jamás delante de su familia; pero ¿habia puesto fin á sus dias?... Esta era la duda que aun abrigaba la marquesa, á pesar de las cartas, que parecian indicarle un suicidio.

Sólo un hombre podia revelarle toda la verdad; ese hombre era Santiago, el ayuda de cámara del general.

Era preciso, pues, que ese hombre hablara, que lo revelara todo, y la marquesa se dispuso á intentar la última prueba.

Doña Beatriz tenia un carácter enérgico y altivo,

y se sentia humillada ante la reserva de aquel criado confidente de su esposo.

Durante muchos años habia devorado en silencio la afrenta que el general Lostan la habia inferido, respetando por el buen nombre de su casa á un esposo odiado.

Deseaba, pues, saber si los lazos que la unian al general se habian roto por la muerte, y resuelta á todo, cogió con energía el llamador de la campanilla y tiró con fuerza.

Una doncella se presentó en la puerta del gabinete.

—A Santiago, que venga al momento, le espero,—dijo doña Beatriz con acento imperativo.

Poco despues se presentaba el ayuda de cámara del general.

—Acérquese usted, Santiago,—le dijo;—tenemos que hablar.

El ayuda de cámara avanzó algunos pasos, conociendo que algo grave iba á decirle la marquesa.

Doña Beatriz, antes de dirigir la palabra al ayuda de cámara, fijó en él una mirada penetrante, y luego de una corta pausa dijo:

—Santiago, el notario de la casa acaba de leerme una carta del general Lostan, cuyo contenido me indica que no volveré á ver á mi esposo. Usted comprenderá que mi situacion es difícil y molesta; una situacion insostenible. El misterio que envuelve la desaparicion de mi esposo, es preciso que desaparezca. Por mas que trate usted de negármelo, yo tengo la conviccion de que usted sabe

todo lo que ha sucedido, de que usted no ignora si el general Lostan ha muerto ó vive. Necesito por lo tanto que sea usted franco, que me revele la verdad.

—Señora marquesa,—contestó Santiago inclinando respetuosamente la cabeza,—ya tuve el gusto de decir á vuecencia todo cuanto sabia. Es cierto que el general me honraba algunas veces con su confianza, pero es cierto tambien que en esta ocasion no puedo desvanecer la incertidumbre de vuecencia.

—Será inútil que continúe usted negando,—repuso doña Beatriz;—yo leo en los ojos de usted que no me dice la verdad.

—La señora marquesa podrá juzgarme como quiera. Yo la he dicho todo cuanto podia decirla.

Una sonrisa de duda asomó á los labios de la marquesa, que volvió á decir con mucha pausa:

—Si viviéramos en aquellos tiempos en que para arrancarle una declaracion al acusado se le hacian sufrir tormentos, yo tengo la seguridad de que usted nos revelaria grandes cosas; precisamente lo que todos ignoramos y deseamos saber.

—Pues yo puedo asegurar á la señora marquesa con la mano puesta sobre el corazon, que todos los atormentadores del Santo Oficio no me arrancarian otra declaracion que la que he tenido la honra de hacer á vuecencia.

La marquesa no ignoraba que Santiago era un espíritu fuerte, y que mas conseguiria por la súplica que por la amenaza.

Cambió, pues, de entonacion, y repuso:

—Yo sé, Santiago, que el general Lostan nunca ha tenido secretos con usted.

—El general me honró siempre con su confianza,—dijo Santiago.

—Usted no ignora que durante muchos años yo he devorado en silencio el terrible agravio que me hizo el general. Por salvar su honra, que miraba como la mia, no arranqué la máscara de su rostro, y retirada del mundo con el pretexto de la falta de salud, lloré en silencio mi afrenta. Cuando la pobre é infortunada Angela dejó de existir, parecia como que una nueva vida iba á comenzar para mí. ¡Error grave! el destino me tenia reservados nuevos sufrimientos, nuevas dudas, nuevas vacilaciones.

La marquesa se detuvo para exhalar un suspiro, añadiendo de este modo:

—¿Qué he sido yo ante mi conciencia desde el dia en que al pié de los altares entregué mi mano al general Lostan? Su querida, su manceba, puesto que los derechos de esposa sólo pertenecian á su primera mujer, á Angela. ¿Qué soy hoy? Yo misma lo ignoro. Algunos momentos creo que he quedado viuda, que mi esposo, cometiendo un nuevo crímen, ha puesto fin á sus dias; pero la razon me indica que ningun suicida tiene gran interés en que desaparezca su cadáver, y el cadáver de mi esposo no ha podido encontrarse por ninguna parte. Además, en las cartas que nos ha escrito tanto á sus hijos como á mí, no indica resueltamente si se ha suicidado. Ignoro por lo tanto si soy viuda ó casada; esta situa-

cion para una mujer de mi clase, es altamente triste y dolorosa.

La marquesa volvió á detenerse de nuevo.

Santiago guardaba silencio. Estaba triste, grave, con la frente inclinada sobre el pecho y como evitando las penetrantes miradas que de vez en cuando le dirigia doña Beatriz.

—Yo comprendo que para un hombre honrado y enérgico como usted, es en extremo doloroso faltar á un juramento. El general le habrá encargado á usted eficazmente que guarde su secreto, y usted, leal servidor, por nada del mundo se decidirá á faltar á su palabra.

—Señora marquesa, repito á vuecencia que ignoro el paradero del señor general.

—No, no, Santiago; usted lo sabe todo, usted no ignora nada; pero ha ofrecido guardar secreto, y callará aunque nos vea morir á todos devorados por la inquietud alarmadora de la incertidumbre.

Y la marquesa se llevó las manos á los ojos para enjugarse las lágrimas.

—¡Ah! verdaderamente es bien triste nuestra situacion,—añadió doña Beatriz, como si hablara consigo misma;—seria cien veces preferible saber que el general Lostan no existe, á no sufrir esta inquietud que nos devora. Mi pobre Clotilde vive sin consuelo, y se la ve pasar con frecuencia de la esperanza al abatimiento; mi corazon maternal me dice que esta lucha que conmueve sin cesar su espíritu le será funesta, y usted que ha visto nacer á esa pobre niña, que tanto cariño siente por

ella y que no ignora el inmenso amor que la profesaba su padre, tendrá mañana un remordimiento sobre su conciencia si sucede una desgracia á mi querida Clotilde.

Santiago suspiró, pero continuó encerrado en su mutismo.

La marquesa creyó adivinar que se conmovia el corazon de aquel hombre, y continuó de este modo:

—Vamos, Santiago, si no por mí, al menos por Clotilde. Yo le ruego que nos revele toda la verdad, por triste, por dolorosa que sea.

—Señora, he dicho á vuecencia todo cuanto podia decir.

La marquesa hizo un movimiento de cólera.

—Pero, Dios mio, este hombre no comprende lo terrible, lo espantoso de nuestra situacion.

Y dejándose llevar de uno de esos arranques tan propios de su carácter altivo, se levantó bruscamente del sillon, y cogiendo con violencia á Santiago por un brazo, exclamó:

—¿Pero se ha propuesto usted desesperarme? ¿No me cree usted á mí capaz de guardar el secreto que usted sabe y se empeña en no revelarme? ¿No calcula que su desconfianza me ofende de una manera grave? Yo quiero saber si soy viuda ó casada, y lo sabré, ¿lo oye usted, Santiago? lo sabré, aunque para ello tenga que emplear medios violentos que puedan sernos fatales á todos.

—La señora marquesa puede emplear todos los medios que crea convenientes,—añadió Santiago con cal-

ma;—pero yo no diré ni una sola palabra mas sobre este asunto.

—Cuidado, Santiago, cuidado con lo que usted hace. Yo estoy dispuesta á perdonar, á olvidar; pero esa tenacidad en que se ha encerrado pudiera exasperarme, y entonces...

—Yo ruego á la señora marquesa que no emplee la amenaza, pues conseguirá menos que por la súplica.

—La amenaza es usted quien la emplea, Santiago; usted, á quien yo podria acusar de ser el asesino de mi esposo.

—¡Yo el asesino!—exclamó Santiago, retrocediendo un paso.

—Sí, usted; la justicia busca inútilmente al general Lostan y al conde de la Fe, muertos ó vivos; no los encuentra, y yo pudiera muy bien decir á la justicia: «Si quieres tropezar con la huella de ese misterioso crímen que tanto te preocupa, encierra en un calabozo al ayuda de cámara del general Lostan, á Santiago; oblígale por los medios que te conceda la ley á que hable, y sus declaraciones te darán mucha luz sobre este asunto.»

—Vuecencia no hará semejante cosa.

—¡Quién sabe, Santiago, quién sabe! Yo necesito descubrir la verdad, y desde el momento en que me persuada que no he de conseguir de usted otra cosa que el silencio, no vacilaré en declararle una guerra á muerte, porque tengo la completa conviccion de que usted lo sabe todo.

—La señora marquesa me permitirá que la diga que

denunciarme á mí como el asesino del general Lostan, seria la mayor de las imprudencias.

—Será lo que usted quiera, pero estoy desesperada y quiero terminar esta duda que me atormenta.

—Pues bien, señora marquesa; si vuecencia cometiera la locura de denunciarme, sépalo de antemano, por cada lágrima que hoy derrama verteria mil despues de cometer semejante imprudencia.

—¡Eso es una amenaza!

—Es una advertencia, señora.

—¡Yo no la acepto; yo la desprecio!

—Hace mal vuecencia.

—El silencio en que usted se ha encerrado no puede ser inocente. Cuando se desoyen las súplicas de una madre y de una hija; cuando con una sola palabra pueden tranquilizarse dos corazones que laten atormentados por la inquietud, y esa palabra no quiere pronunciarse, puede creerse que es un crímen el que sella los labios, el que obliga á enmudecer. Sépalo usted, Santiago: ó me revela usted en el instante todo cuanto sabe, ó de lo contrario hoy mismo haré la acusacion ante el juez encargado de la causa.

—Esa acusacion, señora,—añadió Santiago sonriéndose,—sólo serviria para enaltecerme y colocar la memoria del general Lostan en una situacion difícil y bochornosa.

—Pues bien, aunque así sea, estoy resuelta á todo. De lo que suceda, sólo sobre usted recaerá la responsabilidad; y ¡ay de usted, Santiago! ay de usted si acusado por la

marquesa del Rádio llega á pisar las húmedas baldosas de un calabozo, porque entonces yo no he de cesar en mi papel de acusadora hasta que usted revele el paradero del general.

Santiago conocia el carácter tenaz de la marquesa, y temiendo que cometiera alguna imprudencia fatal para todos, despues de algunos instantes de vacilacion se resolvió á imponerle silencio, á obligarla á callar.

CAPITULO VIII

UNA HERIDA MAS

Santiago se dirigió hácia la puerta.

—¡Cómo! ¿se marcha usted?—le preguntó la marquesa con acento imperativo.

—No, señora; pero voy á cerrar la puerta como una medida de prudencia.

El ayuda de cámara llegó hasta la puerta, la cerró, y guardando la llave en su bolsillo, volvió á acercarse pausadamente adonde se hallaba doña Beatriz, que habia seguido con asombro todos los movimientos de aquel hombre.

—No es el temor de lo que pueda sufrir mi cuerpo en un calabozo, ni aun en un presidio perpétuo, lo que me obliga á faltar á mi palabra; que el general Lostan, noble y querido amo, me perdone, si es que vive, las revelaciones que van á brotar de mis labios, revelaciones

que el tormento no me hubiera arrancado, pero que el temor de mancillar la honra del general y su familia me aconseja.

Y Santiago, respirando con fuerza y dirigiendo una mirada en derredor suyo, añadió, fijando los ojos con severidad en doña Beatriz:

—Usted, señora, me amenaza con acusarme de un crímen, que de sobra sabe vuecencia no he cometido. Esta acusacion podria poner de manifiesto ante el mundo lo que es preciso que el mundo ignore siempre; vuecencia quiere saber la verdad; pues bien, va á saberla de mis labios, y luego dejaré á su rectitud el que juzgue mi proceder como se merece. Ruego á la señora marquesa que tenga la bondad de sentarse para escucharme.

Doña Beatriz no se atrevia á interrumpir á aquel hombre, cuyo aspecto tenia algo de imponente. Se sentó en una butaca y se quedó mirándole.

—Los sufrimientos, señora marquesa,—añadió Santiago,—no estaban reservados en esta casa para vuecencia sola. Tambien el general sufria mucho, y mas de una vez le he sorprendido derramando lágrimas de fuego que quemaban sus mejillas, y el hombre que tenia fama de valiente entre los valientes, que cien veces habia despreciado la vida en los campos de batalla, hundido en su butaca con el rostro oculto entre las manos, exhalaba dolorosos gemidos como una débil mujer, viviendo siempre espantado y temeroso de que la imperdonable culpa que habia cometido en su juventud pudiera algun imprudente arrojársela al rostro.

Santiago se detuvo.

La marquesa, inmóvil como una estátua, apenas respiraba escuchando al ayuda de cámara.

—La felicidad era imposible, por consiguiente, para el general, y la vida una carga enojosa, que solo soportaba por el inmenso amor que sentia por su hija Clotilde. Un hombre, enemigo irreconciliable del general, poseedor de su secreto, estaba siempre siendo para él una amenaza viva suspendida sobre su cabeza. Este hombre se llamaba el conde de la Fé, y su conducta con Daniel demuestra claramente sus infames intenciones, sus deseos miserables de venganza.

—¡Ah! sí, sí; Daniel y Clotilde se salvaron milagrosamente,—esclamó la marquesa sin poderse contener.

—No, señora marquesa, no,—añadió Santiago;—se salvaron por una gran abnegacion del general, que ante el peligro que corria su hija no vaciló en depositar en sus manos un manuscrito, que era para él un padron de vergüenza y de ignominia; pero al hacerlo, se habia propuesto aquella misma noche castigar al hombre que tan infames maquinaciones tramaba para perderle; pero el conde de la Fé no quiso batirse con el general, y preparándole una emboscada, se libró por entonces de su justo enojo. Usted sabe, señora, que don Pedro luchó por entonces mucho tiempo entre la vida y la muerte; usted sabe que se salvó milagrosamente. Pues bien; algun tiempo despues, el conde de la Fé, que no cesaba en sus deseos de venganza, que se creia impotente para luchar frente á frente con el general, tuvo un feliz pensamiento para

atormentar el amor propio de su enemigo, y este pensamiento fué obligar al general Lostan á que diera la mano de su querida hija á un hombre despreciable y pervertido por los vicios y la crápula: al baron de Labra.

—¡Oh! Dios mio, ¿pero con qué objeto, con qué intento nos impuso el conde de la Fé ese casamiento?—preguntó la marquesa, que comenzaba á sentirse conmovida.

—Con el intento de hacer á Clotilde la mujer mas desgraciada de la tierra; porque el conde no ignoraba que el baron de Labra era uno de esos hombres que poseen todos los vicios y ninguna de las virtudes. «Matando la felicidad de la hija, se dijo el conde, amargaré los últimos dias de la vida del padre.»

—¡Pero ese pensamiento era infame!

—¿Qué otra cosa era el conde de la Fé que un infame, un hombre sin creencias, sin corazon? El general aceptó las proposiciones humillantes de su enemigo, le ofreció inclinar la voluntad de su hija para que aceptara la mano de Ernesto de Labra; pero este ofrecimiento no era mas que una promesa vana que no pensaba cumplir; era una astucia para inspirar confianza á su enemigo; era un recurso para prepararle una emboscada y terminar para siempre con tan terrible adversario.

En los labios de Santiago apareció una sonrisa fria, terrible, que hizo estremecer á la marquesa.

—Por esta vez, el general,—añadió Santiago,—supo dominar su carácter; fingió á la perfeccion como un actor

consumado, y el conde cayó en sus redes, y creyendo que el general accedia á todas sus exigencias por miedo á que revelara su secreto, juzgándole acobardado y vencido, aceptó un convite que le ofreció para sellar el pacto de alianza con toda la familia, sin sospechar siquiera que en ese convite iba á encontrar la muerte.

La marquesa no pudo contener un grito.

Una segunda sonrisa, mas fria, mas terrible que la primera, volvió á aparecer en los labios del ayuda de cámara.

—La señora marquesa ha querido saberlo todo, y para ello ha empleado una amenaza terrible: pues bien; yo nada quiero, nada debo ocultarle; pero á la conclusion de esta espantosa historia yo habré faltado al juramento que hice ante el general y la señora marquesa no habrá encontrado la paz de su espíritu.

Y Santiago, respirando con fuerza, como si sus pulmones carecieran de aire, añadió:

—El conde de la Fé aceptó el convite; el general entonces me llamó y me dijo: «Santiago, tú eres un leal servidor, y me has inspirado siempre completa confianza; la felicidad de mi hija se verá siempre amenazada, como asimismo la honra de mi esposa, mientras el conde de la Fé viva: ese hombre es la perpétua inquietud de mi familia; ese hombre debe morir, y morirá mañana. Como sé que es inútil proponerle un duelo á muerte, porque no le aceptaria, me he propuesto librarme de él de un modo mas infame, pero mas seguro: el veneno.»

—¡El veneno!—repitió la marquesa con espanto;—¿luego se ha cometido un asesinato?

—Ruego á la señora marquesa tenga un poco de calma, hasta que yo concluya la relacion de esta historia.

—Hable usted, hable usted, y no me oculte nada.

—Así lo haré; yo fuí el encargado por el general Lostan de disponerlo todo; la circunstancia de hallarse el jardinero de la quinta en Aranjuez, favoreció nuestros intentos. Me trasladé, pues, á Chamartin muy temprano, y esperé al general y al conde.

—¡Ah! ¿luego es en mi quinta donde se ha cometido el crímen?

—Un momento de calma, señora, un momento de calma. El general me habia dicho que le era imposible por mas tiempo soportar el peso de la existencia, y por consiguiente, el mismo veneno que iba á poner fin á los dias del conde de la Fé, le serviria á él para darse la muerte. Este veneno lo dispuso el general en una botella de vino de Borgoña; los dos debian beber aquel vino, y los dos por consiguiente debian morir al mismo tiempo.

—¡Oh! ¡pero esto es horrible!

—Calma, señora, calma. Muerto el conde de la Fé, quedaba roto el compromiso de obligar á Clotilde á que se casara con el baron de Labra; muerto el general Lostan, vuecencia, señora marquesa, se veia libre de un esposo odiado. El general, pues, por salvar á su familia y en recompensa de todo lo que le habia hecho sufrir, hacia el sacrificio de su cuerpo y de su alma, se

convertia en asesino y en suicida. Todas mis súplicas, todos mis ruegos, no bastaron para hacerle desistir de su empeño; pero me propuse salvarle, y adquirí un antídoto que contrarestara los efectos del veneno. Llegó la hora del convite. El general y el conde apuraron la botella del vino de Borgoña envenenado; el general sabiendo que bebia la muerte, el conde ignorándolo. Poco despues, en una taza de café, yo le serví el antídoto al general solo, que contrarestó los terribles efectos del veneno. Terminada la comida, el general reveló al conde el triste fin que le esperaba, y dejándole solo para que se reconciliara en los últimos momentos con Dios, se dirigió á otra habitacion, donde yo le seguí.

»—Santiago,—me dijo,—me quedan pocas horas de vida; es preciso que las aproveche para darte algunos encargos que debes cumplir despues de mi muerte.»

Entonces le revelé todo lo que habia hecho, y su indignacion fué grande contra mí. Tuve que hablarle mucho de su hija, y despues de dos horas de lucha acabé por convencerle de que debia vivir, de que era preciso que conservara la existencia, no arrojando sobre la pura frente de su hija la mancha del suicida. Anonadado bajo el peso de tantos sufrimientos y casi sin voluntad propia, accedió á todos mis deseos, y entonces nos trasladamos á la habitacion donde se habia quedado el conde.

—¿Y llegaron ustedes á tiempo para salvarle?

—No, el conde habia dejado de existir. Pero las últimas horas de su vida las habia empleado, no en encomendar su alma á Dios, sino en encargar su venganza á

los hombres. Habia escrito tres declaraciones acusando al general Lostan de su muerte y revelando su secreto. Como en aquel instante no tenia nadie á quien confiarlas, dejó su venganza á la casualidad, y tuvo una idea maquiavélica. Aquellos tres escritos, exactamente iguales y que bastaban para perder y deshonrar al general Lostan, los colocó la moribunda mano del conde, dos de ellos en los cañones de dos pistolas, y el tercero oculto dentro de un panecillo de los que se hallaban sobre la mesa. Una casualidad providencial hizo que el general y yo encontráramos los papeles acusadores dentro de los cañones de las pistolas; nos aterramos, y despues de leerlos los quemamos en la llama de una bujía. Pues bien, señora; al dia siguiente encontré yo la tercera copia de la acusacion cuando ya el general habia partido.

—¿Luego mi esposo vive?

—Sí, vive; pero no olvide la señora marquesa que ha muerto para todos menos para mí, porque ya no volverán á verle nunca. Y ahora, para probar á vuecencia hasta dónde llega la lealtad de Santiago, voy á permitirme leer la terrible acusacion que dejó el conde escrita antes de morir, sin otro objeto que el de vengarse, aun despues de muerto, de su irreconciliable enemigo el general Lostan.

Y Santiago leyó con acento pausado la carta que ya conocen nuestros lectores, por estar consignada en otro lugar.

La lectura de aquel terrible documento hizo palidecer á la marquesa.

Comprendió que aquello era un arma terrible, con la cual podia herirse de muerte á toda su familia.

En aquel instante todo le inspiraba miedo y sobresalto.

Santiago comprendió todo lo que pasaba en el corazon de su ama, y dijo:

—Yo soy pobre, señora; presentando este documento, podria poseer dentro de poco una fortuna de muchos millones; pero no tema vuecencia, debo la vida al general Lostan, y todo el oro de la tierra no me haria cometer una ingratitud.

Y Santiago, extendiendo el brazo, arrojó á la chimenea aquel papel, mirando con indiferencia cómo las llamas consumieron en un breve instante lo que pudiera haberle servido para hacerle poseedor de una inmensa fortuna.

La marquesa, asombrada ante aquel rasgo de desprendimiento, estrechó cariñosamente la mano de Santiago, y con una entonacion impropia de su carácter, con un acento verdaderamente conmovido, exclamó:

—¡Ah! es usted un hombre leal, un corazon generoso. Mi esposo hacia bien en tenerle á usted por el mejor de sus amigos.

—Ahora, señora marquesa, puede vuecencia denunciarme ante los tribunales; mis labios permanecerán cerrados, aunque me condujeran al patíbulo por un crímen que no he cometido.

—¡Ah! ¡nunca, nunca! Pero que mi hija ignore siempre ese terrible drama que usted acaba de revelarme.

—Puede vuecencia vivir tranquila, señora. ¿Tiene vuecencia algo mas que mandarme?

—No, Santiago, no; puede usted retirarse: necesito estar sola, reconcentrar mis ideas, tranquilizar mi espíritu. ¡Ah! tiene usted razon; yo he querido saber la verdad, y esa verdad ha añadido una herida mas á mi corazon.

Santiago saludó respetuosamente, saliendo despues de la habitacion de la marquesa.

CAPITULO IX

LA LECTURA DEL TESTAMENTO

Algunas horas despues de los acontecimientos que acabamos de narrar en los capítulos anteriores, Clotilde y Daniel se hallaban en el gabinete de la marquesa.

Todas las noches se reunian en aquella habitacion á pasar algunas horas en familia, y á pesar de las cartas de despedida que les habia escrito el general, abrigaban siempre una esperanza de volverle á ver.

—Hijos mios,—les dijo la marquesa, viendo sentados á los dos jóvenes á su lado,—no debo ocultaros nada, y por lo mismo voy á deciros que esta noche he perdido la esperanza de que volvamos á ver á vuestro padre.

Clotilde palideció.

Aquellas palabras, pronunciadas en tono grave y melancólico, parecian anunciarle una nueva desgracia.

En cuanto á Daniel, solo fijó con algun interés la mirada en doña Beatriz.

—Sí, hijos mios,—repuso la marquesa, he perdido la esperanza, porque no hace mucho vino á verme el notario que está encargado de todos los negocios de la casa á decirme que habia recibido una carta del general, carta que me ha leido, y en la que ordena que si despues de cuarenta y ocho horas de recibirla no le envia una contraórden, es una prueba de que no existe, y que por consiguiente debe abrirse su testamento ante la familia.

—¡Oh! sí, sí, mi padre ha muerto; yo no volveré á verle nunca, porque él, que sabe cuánto le amo, si viviera se presentaria para calmar mi inquietud y mi sobresalto,—exclamó Clotilde derramando abundantes lágrimas.

—Sin embargo, Clotilde,—repuso Daniel,—es muy extraño que á pesar de las infinitas pesquisas que se han hecho, no se haya encontrado su cadáver. Es preciso confiar, esperar.

—Sí, sí, dice bien Daniel; es preciso, á pesar de todo, no perder la esperanza, porque ella es la vida del alma; pero es preciso tambien que cumplamos las últimas disposiciones del general.

—Las cumpliremos, madre mia, por mas dolorosas que sean,—volvió á decir Daniel.

—Mañana, pues, en punto de las doce, estará aquí el notario para leernos el testamento de vuestro padre, cuyas disposiciones se cumplirán al pié de la letra.

Y como Clotilde continuase anegada en su llanto,

doña Beatriz acercó contra su pecho la encantadora cabeza de su hija y besándola con cariño en la frente, añadió:

—Valor, hija mia. Es preciso sufrir con resignacion los duros golpes del infortunio. Te quedan aun una madre y un hermano, que te aman con toda su alma y que solo ambicionan verte feliz.

—Sí, es preciso resignarse;—contestó Clotilde enjugándose los ojos,—aunque en verdad es muy triste lo que á nosotros nos sucede.

—Dios sin duda quiere probar nuestra paciencia,—repuso sentenciosamente la marquesa;—acatemos sus fallos omnipotentes.

. . . . . .

. . . . . .

Al dia siguiente, á las doce en punto, se presentó el notario en casa de la marquesa.

Toda la familia se hallaba reunida en el gabinete de doña Beatriz; es decir, la marquesa, Clotilde y Daniel. Tambien se encontraban allí, por disposicion de la señora marquesa, Santiago y el apoderado general de la casa.

El notario, despues de saludar con su amabilidad de costumbre á toda la familia, dejó sobre la mesa multitud de papeles que llevaba debajo del brazo, ocupó un sillon, y pidiendo la palabra para empezar el acto, habló de esta manera:

—Señores, antes de comenzar la lectura del testamento que me dictó el que yo creo difunto general Lostan, debo hacer una aclaracion.

El notario hizo una ligera pausa, aspiró un poco de aire, y volvió á decir:

—Sabido es que el señor general no tenia bienes raíces; no poseia ninguna finca, conservando toda su fortuna en papel del Estado y en algunos créditos que yo como su hombre de negocios le manejaba. La fortuna del señor general, como podrá verse por su libro de caja y por los comprobantes que se hallarán en sus libros, ascendia aproximadamente á unos ochenta y cuatro mil duros efectivos. Esta es la fortuna total del señor Lostan, separada de la que posee su esposa la marquesa del Rádio. Aquí en esta carpeta, en papel del Estado y algunos pagarés de fácil cobro, se hallan los ochenta y cuatro mil duros de la pertenencia del señor general Lostan. Despues de leido el testamento haré la entrega de esta herencia, para que los herederos dispongan de ella de la manera que mejor les plazca, á no ser que deseen que yo continúe manejando sus fondos. Ahora, señores, pasemos primero á la lectura de una carta que he recibido del general, y luego á la del testamento.

—Señor notario, ¿no podria usted suprimir la lectura de la carta?—preguntó la marquesa.

—Señora marquesa, la lectura de la carta es un documento que acredita y da fe á la lectura del testamento; es un caso de rectitud y de conciencia, del que yo no puedo prescindir.

—Está bien; lea usted lo que guste,—añadió doña Beatriz, exhalando un suspiro.

El notario leyó con voz clara y pausada la carta

del general Lostan que ya conocen nuestros lectores.

Al terminar la lectura la dejó sobre la mesa, y desdoblando pausadamente el testamento, comenzó á leerle.

Terminado el preámbulo usual de esta clase de documentos, entró el notario de lleno en lo mas importante, es decir, en las cláusulas.

«Primera;—dijo levantando la voz para que todo el mundo lo oyera con perfecta claridad:—Siendo mi esposa la marquesa del Rádio suficientemente rica para mirar con indiferencia la pequeña fortuna que voy á legar á mis hijos, y persuadido de que su generosidad no se opondrá á mis últimos deseos, nombro herederos de todo cuanto poseo, y por partes iguales, á mis hijos Clotilde y Daniel.

»Segunda: En el caso que, como no espero, mal aconsejado por el orgullo, rechazara la pequeña fortuna que le lego para asegurar su porvenir á mi hijo Daniel, se repartirá esta entre los pobres del pueblo de Horche á nombre de su santa madre la infortunada Angela; pero yo confio que no desobedecerá mi última voluntad, y perdonando todas cuantas ofensas haya podido inferirle desde el dia de su nacimiento hasta el de mi muerte, aceptará la herencia que legítimamente le corresponde, para que con ese acto de reconciliacion puedan dormir tranquilas mis cenizas en su tumba y vivir su hermana Clotilde sin el disgusto natural que le causaria su negativa.

»Tercera: Lego á mi leal ayuda de cámara Santiago Albornoz la cantidad de veinte reales diarios vitalicios,

que se le pagarán de la pension que mi esposa y mis hijos deben percibir de mi paga de teniente general.

»Cuarta: Recomiendo eficazmente á mi esposa y á mis hijos que conserven mientras les sea posible á su servicio á Santiago Albornoz, pagándole de este modo lo mucho que le debo.

»Quinta y última: Creyendo próximo el instante de presentarme ante el inapelable tribunal de Dios, les pido con todo el fervor del verdadero arrepentimiento á mi esposa y á mis hijos me perdonen todo el daño que les he hecho durante mi vida, y no me olviden en sus oraciones.

»Firmo, pues, este documento con perfecta razon y juicio, siendo absoluto dueño de mis acciones y sin sufrir la menor presion ni violencia, y confio que mis herederos cumplan al pié de la letra todo lo que en él dispongo.

»Madrid 8 de Noviembre de 186...»

Al terminar la lectura, reinó un momento de silencio.

Todos los ojos estaban llenos de lágrimas. Santiago tambien lloraba.

—Respeto la última voluntad de mi esposo, el general Lostan,—dijo doña Beatriz con voz solemne,—y espero que se cumplan al pié de la letra todas sus disposiciones.

Y dirigiendo una mirada en derredor suyo, como si quisiera adivinar los pensamientos de aquella triste y silenciosa reunion, añadió:

—¿No es verdad, Daniel, que tú acatas las disposiciones del general Lostán?

—¡Señora!...—murmuró Daniel como luchando consigo mismo.

—Las acatas, Daniel; desobedecer á tu padre sería un acto de orgullo y de soberbia de que no es capaz tu generoso corazón.

Y como Daniel guardara silencio, Clotilde le dirigió una mirada suplicante, diciendo en voz baja:

—Es preciso que aceptes, hermano mío, si en algo aprecias mi felicidad y la paz de mi alma.

—Acepto, puesto que así lo deseáis,—contestó Daniel después de algunos instantes de vacilación.

—¡Ah! bendito seas,—exclamó Clotilde.

—Gracias, hijo mío,—repuso la marquesa enjugándose los ojos.

Y luego, dirigiendo la palabra á su apoderado, añadió:

—Señor Jiménez, puede usted pasar con el señor notario al despacho del general. Santiago les acompañará á ustedes. Es preciso entregar un resguardo á este caballero, puesto que él entrega la fortuna que de mi esposo tenía en su poder. Mis hijos pensarán mañana con un poco de más calma y detenimiento qué empleo deben darle á su herencia. Probablemente seguirá el señor notario administrándola; pero es preciso que ellos decidan, y no se encuentran en este momento para ocuparse de intereses.

—Tanto la señora marquesa como estos jóvenes, me tendrán siempre que gusten á sus órdenes, creyéndome

muy honrado si llego á inspirarles la misma confianza que tuvo en mí el señor general Lostán.

Y el notario, saludando respetuosamente, salió de la habitación acompañado del señor Jiménez y de Santiago.

Cuando la marquesa se quedó sola con Daniel y Clotilde, exhaló un grito que nació del fondo de su alma, y arrojándose en los brazos de los jóvenes, exclamó:

—Hijos míos, creo que hemos perdido al general para siempre; roguemos á Dios por él y cumplamos su última voluntad.

Y los tres, cayendo de rodillas, comenzaron á orar en voz baja.

CAPÍTULO X

LOS PLANES DE JULIO DE MONFORTE

La noche que Blanca de Monforte regresó de Horche, después de abrazar á su madre y á su hermano, éste, aprovechando un momento, la dijo en voz baja:

—Tengo que hablar contigo sin que nuestra madre se entere; es una cosa para mí de la mayor importancia: te espero en mi cuarto; cuando madre se duerma ven á verme.

Y efectivamente, á las once y media de la noche Blanca empujó con suavidad la puerta de la habitación de Julio, y entró diciendo en voz baja:

—Madre duerme; vengo á que calmes la inquietud que tus palabras han causado á mi corazón.

—Pues bien; siéntate á mi lado y escucha... Comenzaré por decirte, hermana mía, que estoy firmemente resuelto á irme á Méjico.

—Madre me lo ha dicho, y me parece una verdadera locura.

—No es una locura; voy á probarte lo contrario. Tú sabes que amo á Clotilde con toda mi alma, que para mí no existirá felicidad en la tierra hasta el día en que este amor sea correspondido.

—¿Y buscas la correspondencia alejándote de España, huyendo, por decirlo así, de la misma mujer que amas? Es verdaderamente extraño tu modo de pensar, Julio.

—Escúchame, Blanca; porque yo necesito de tu eficaz apoyo para convencer á nuestra madre; porque yo no partiré nunca sin su consentimiento, sin su beneplácito, y de este viaje depende indudablemente mi ventura, mi felicidad.

—Pues bien; habla, te escucho con el mayor interés.

—No deseo otra cosa. Tú lo sabes como yo: soy pobre, y mi dignidad no me permitiría aceptar hoy la mano de Clotilde sin sentir una gran humillación; todo el mundo diría al verme unido con Clotilde, que era el interés y no el amor el que me había hecho pensar en esa unión. Necesito, pues, antes de decirla que la amo buscarme una fortuna, y esa fortuna está en Méjico, y voy por ella.

—¡Pobre hermano mío! ¿te crées tú que todos los que van á América se enriquecen? ¿crées tú que con sólo pasar el Océano se encuentra una fortuna? ¡Ah! piensa un instante que muchos perdieron la vida ó regresaron enfermos á su patria, después de correr locos

y desalentados bajo el ardiente sol de aquellos climas en busca de un puñado de oro que no encontraron nunca.

—Sí, eso ha sucedido á muchos, Blanca; pero yo voy á partir de España casi con la seguridad de enriquecerme, porque tengo un generoso y noble protector que me tiende su mano.

—¿Y quién es ese hombre?

—El duque de San Plácido.

—¡Ah! el duque de San Plácido,—repitió Blanca, escuchando con más interés á su hermano.

—Sí; ese hombre generoso, ese carácter noble y especial, que en vez de ofenderse al verse rechazado por tí, conociendo mi extremada delicadeza, se convierte en mi generoso protector. Porque has de saber, hermana mía, que yo no le he ocultado el amor que siento por Clotilde, y él, deseando que se realicen mis hermosos sueños, me ha dicho: «Pues bien; usted necesita crearse una fortuna para ofrecerla con su mano á Clotilde de Lostán; esa fortuna puede usted encontrarla en Méjico en casa de unos parientes míos, armadores de varios buques, y que llevan el negocio á medias conmigo. Yo le recomendaré á usted á ellos, y no dudo que con un poco de actividad y otro poco de inteligencia llegará usted á enriquecerse.»

—Sí, sí, todo eso lo creo muy posible, teniendo un protector como el duque de San Plácido. Pero ¿y si durante tu ausencia Clotilde se casa?

—¡Ah! hermana mía, esa es la única duda que me atormenta. El duque de San Plácido procura tranquili-

zarme, pues dice que tiene la esperanza de que yo no le soy indiferente á Clotilde, y que él por su parte pondrá todos los medios que su inteligencia le aconseje para evitar lo que para mí sería una desgracia. Tú por tu parte, también puedes recordarle de vez en cuando al pobre Julio, diciéndole lo mucho que la amo, y Dios, que no olvida á los buenos, sabrá recompensar mis sacrificios.

Y como Blanca permaneciera melancólicamente con la cabeza inclinada sobre el pecho, Julio la preguntó:

—¿Por qué guardas silencio? ¿en qué piensas?

—Es que acaba de cruzar por mi mente una idea egoísta, es que pienso en lo que será de mi madre si tú nos abandonas, que eres nuestro único sostén.

—Jamás me separaría de vuestro lado sin asegurar antes vuestra subsistencia,—repuso Julio.—Todo lo tengo previsto, y mensualmente se os entregarán dos mil reales de pensión. Por otra parte, yo sé que muy en breve, tal vez antes de terminar el luto, Daniel pedirá tu mano.

—¡Ah! ¡quién sabe si ese es un hermoso sueño de mi vida que nunca ha de convertirse en realidad!—dijo Blanca.

—He hablado muy poco con Daniel; pero en las cortas palabras que hemos cambiado, me ha hecho grandes elogios de tí y he creído notar una gran simpatía hacia tu persona. Tienes además una gran protectora en Clotilde, y el corazón me dice que no está lejano el día en que se cumplan todas tus aspiraciones, en que se realicen todos

tus hermosos pensamientos. Deja, pues, que yo corra también en pos de mis sueños de oro, y que cruce el anchuroso Océano con el pecho henchido de esperanza y amor.

—Pero, Dios mío, lo que me pides, Julio, es muy doloroso, y costará un mar de lágrimas á nuestra madre.

—Pero esas lágrimas, ese dolor que le causará mi ausencia, tendrá una gran recompensa el día en que me veas regresar de aquellos lejanos países con mi porvenir y el suyo asegurado. Te ruego, pues, hermana mía, que no desoigas mis súplicas y que unas tus ruegos á los míos para convencer á nuestra madre.

—Me pides un gran sacrificio, porque yo no puedo resignarme á no verte. Siempre hemos vivido juntos, siempre nos hemos amado con ternura, siempre nos hemos comunicado nuestros dolores, nuestras alegrías, hasta el último de nuestros pensamientos. Piensa bien todo esto, hermano mío, y calcula el profundo dolor, la inmensa soledad que dejará en mi alma tu partida.

—Pues bien, hermana mía; ya que es preciso para que te decidas que te lo revele todo, oye lo que ignoras, y que indudablemente te decidirá á apoyar mi viaje.

Julio se detuvo, llevóse una mano al pecho, y después de exhalar un profundo suspiro, continuó de este modo:

—Además de la fortuna que codicio para ofrecerla con mi mano á Clotilde, hay otra poderosa razón que me obliga á partir.

—La grave entonación con que me diriges la palabra me asusta, y sospecho que algún peligro nos amenaza. Habla por Dios, y no prolongues mi incertidumbre.

—Sí, dices bien; tal vez un gran peligro nos amenaza, y es preciso evitarlo. Escucha: tú no ignoras que Clotilde de Lostán ha mirado siempre con desprecio al pervertido y cínico barón de Labra.

—Cien veces me ha dicho, que sólo la presencia de ese hombre le repugnaba.

—Pues bien; á pesar de esa repugnancia, el conde de la Fe había logrado imponer al general Lostán que aceptara por su yerno á Ernesto, y tú sabes que Clotilde, obedeciendo las súplicas de su padre, se resignó á recibirle algunas noches, y aun se vió obligada á tratarle con una amabilidad que rechazaba su alma.

—Sí, sí; recuerdo todo eso. ¿Pero qué tiene que ver con tu viaje?

—Escucha: el barón de Labra era un peligro para Clotilde, que amenazaba matar su felicidad; yo me propuse librarla de ese peligro, y lo conseguí.

—¿Cómo?

—Provocando al barón delante de una numerosa concurrencia, y obligándole á que se batiera conmigo á muerte.

—¡Dios mío!...—exclamó Blanca juntando las manos.

—La provocación fué dura, sangrienta, y nos batimos.

—¿Y le has muerto?

—Todas las ventajas estaban de parte suya: él era diestro en las armas, tenía fama de duelista, y como agraviado podía elegir las que le diera la gana. Eligió la pistola. Yo nunca había cogido en mis manos un arma de fuego. El duque de San Plácido, mi padrino, me dió algunas lecciones, y salimos al campo. Dios sin duda quiso preservarme de una muerte, que todos los que presenciaron el lance creían segura, puesto que salí ileso, hiriendo mortalmente á mi contrario.

—¿Pero ha muerto el barón?—preguntó con espanto Blanca.

—Según la opinión de los médicos, la herida es tan grave que le costará la existencia. Mi permanencia, pues, en Madrid es un peligro para mi persona. Los desafíos están prohibidos y penados por el código, y aunque yo he cubierto todas las leyes del honor para batirme, aunque de nada puede acusarme la conciencia...

—Sí, sí, dices bien; veo un gran peligro para tí,—contestó asustada Blanca.—La justicia podría saber ese desgraciado lance, y entonces... ¡Oh! me da miedo de pensarlo.

Julio comprendió que era preciso aprovecharse de los temores de su hermana para convencerla á que se uniera á sus deseos de partida.

—Puesto que lo sabes todo, espero que mañana me ayudes á convencer á nuestra madre para que me deje partir. No olvides, pues, hermana mía, que yo me he batido con un hombre que no conoce la nobleza de corazón, que se halla herido luchando entre la vida y la

muerte, y que pudiera muy bien denunciarme como su matador á la justicia.

—Pero eso sería una infamia.

—¿Qué otra cosa debemos esperar que infamias del barón de Labra? Créeme, hermana mía; estoy más seguro lejos de Madrid, y es preciso que me ayudes á convencer á nuestra madre. Piensa un momento en el inmenso disgusto que le causaría si me viese encerrado en el Saladero por haber muerto á un hombre. Es preciso, por lo tanto, que ella ignore este desagradable acontecimiento. Es indispensable que yo parta.

Blanca, á pesar de todas las súplicas de su hermano, se resistía; le amaba tanto, que la idea de la separación era para ella sumamente dolorosa; pero por fin Julio logró convencerla, y se separaron, ofreciéndole que al día siguiente le ayudaría á convencer á su madre.

Cuando Julio se quedó solo, permaneció largo tiempo con los codos apoyados sobre la mesa y el rostro hundido en las palmas de las manos.

También él sentía abandonar á Madrid, separarse de su madre y de su hermana, no ver á Clotilde durante su ausencia, cuya duración no podía asegurar.

De vez en cuando, un angustioso suspiro se escapaba de su pecho, y murmuraba estas palabras en voz baja:

—¡Quién sabe si á mi regreso, si después de mi larga ausencia, al arribar de nuevo á las playas españolas recibiré la noticia de muerte de que Clotilde es la esposa de otro hombre! ¡Quién sabe si todos los peligros que voy á arrostrar, si todas las lágrimas que van á verter mi ma-

dre y mi hermana, no tendrán otra recompensa que la muerte de mi esperanza! Pero es preciso; debo partir, y partiré; mas antes sabrá Clotilde lo que la amo. Escribamos la carta de despedida.

Y Julio cogió la pluma, y comenzó á escribir una carta dirigida á Clotilde de Lostán.

CAPITULO XI

DESPEDIDA

A las once de la mañana del día siguiente, Julio de Monforte entraba en casa del duque de San Plácido.

El hermano de Blanca estaba más pálido que de costumbre. El duque al verle entrar le tendió una mano, y le dijo sonriéndose:

—Supongo que viene usted á almorzar conmigo.

—Ruego á usted, señor duque, me dispense si no acepto la invitación.

—¿Ha almorzado usted ya?

—Nó, pero maldita la gana que tengo.

—¡Bah! el apetito, cuando uno es joven, se le llama con facilidad. Beberemos una copita de Vermut, y verá usted como insensiblemente dispone usted el estómago para recibir el almuerzo.

—Mucho lo dudo, pues acabo de tener una escena de familia que me ha afectado bastante.

—Efectivamente, está usted un poco pálido. ¿Y qué ha sido ello?

—Una batalla,—contestó sonriéndose Julio,—que han librado tres corazones que siempre vivieron unidos; batalla que ha costado un mar de lágrimas á mi madre y á mi hermana; pero de la que afortunadamente he salido vencedor, pues me han otorgado el permiso para mi viaje á Méjico.

—¡Ah! vamos. Comprendo que habrá pasado usted un mal rato.

—Juro á usted, señor duque, que ha habido momentos en que, faltándome el valor para luchar, he tenido intenciones de desistir de mi empeño. Pero por fin, he tenido bastante fortaleza y he logrado convencerlas, aunque sé que mi ausencia les costará muchas lágrimas y muchos desvelos. Aquí me tiene usted, por consiguiente, dispuesto á partir en el primer correo.

—Entonces no tenemos que perder el tiempo. Esta misma noche partirá usted para Lisboa, de donde sale dentro de tres días un vapor de la compañía inglesa con rumbo á las costas mejicanas.

—Partiré cuando usted disponga. Conozco que prolongar mi permanencia en Madrid sería aumentar la inquietud de mi madre. Así pues, saldremos de este mal paso lo más pronto posible. Las despedidas largas son enojosas.

—Pues bien; partirá usted esta noche.

—Sea esta noche.

—¿Se ha despedido usted de Clotilde?

—No pienso hacer semejante cosa personalmente.

—¡Cómo! ¿y se irá usted sin decirla adiós?

—Se lo digo en una carta que la entregará mi hermana.

—¿Teme usted ver á Clotilde antes de partir, temeroso de que le falten las fuerzas?

—¿Para qué negarlo? La amo tanto, que una sola palabra, la menor de las súplicas, echaría por tierra todos mis planes y toda mi energía. He decidido, pues, no verla; pero la he escrito una carta en la que no la oculto nada, ni aun el amor que la profeso.

—¡Ah! ¿una declaración?

—Precisamente una declaración en toda regla, á la que Clotilde no podrá contestarme, porque cuando lea mi carta me hallaré ausente de Madrid; pero me llevo la esperanza de que usted, que es mi leal amigo, y mi querida hermana, me dirán con el tiempo qué es lo que puedo esperar de Clotilde.

—Cuente usted con mis buenos oficios cerca de la hija del general Lostán durante su ausencia.

—Al ausentarme de España, señor duque, confieso que me llevo una gran inquietud en el corazón: que Clotilde olvide mi nombre, y al regresar la encuentre casada.

—Pierda usted cuidado; deja usted aquí buenos amigos, que se lo recordarán con frecuencia.

—Sólo esa es mi esperanza.

—¿Y ahora tiene usted inconveniente en almorzar conmigo?

—Haré lo que usted guste. Yo no puedo desobedecer los deseos de mi protector, del hombre generoso que tanto se interesa en mi felicidad.

—Entonces vamos al comedor.

Una vez sentados junto á la mesa, Julio, distraído con la amena conversación del duque, que comenzó á hablarle de algunas particularidades de Méjico, olvidó por algunos momentos la profunda pena de su alma.

—Pues sí, querido amigo,—decía el duque;—no me cabe la menor duda de que allá en Méjico en casa de mis parientes, con un poco de actividad y otro poco de inteligencia, que á usted no faltan, logrará, por fin, crearse una bonita fortuna. Tienen mis queridos primos en explotación dos minas de plata en la comarca de Riofrío, y no es difícil enriquecerse.

—Sin embargo, señor duque, para conseguir el objeto de mi viaje será preciso que pasen algunos años.

—No tantos como usted crée, amigo mío,—contestó el duque sonriéndose.—He recomendado á usted de una manera eficaz á mis primos que son inmensamente ricos; no ricos como los de España, sinó como los de América, que cuentan los millones por cientos, y que no hablan nunca de ochavos, sinó de onzas. En aquellos países es proverbial la indolencia; se pasan la vida meciéndose en las hamacas, y admiran y recompensan á los hombres activos. Yo le aseguro á usted que será perfectamente recibido, y que le presentarán ocasiones para enriquecerse. Durante su ausencia no debe usted ocuparse de otra cosa que de hacer su fortuna, puesto que el día que se haya realizado

será el indicado para regresar á España. Viva usted tranquilo; su familia en Madrid queda á mi cargo, y no ha de faltarle nada. Por otra parte, tengo entendido que no está muy lejos el día en que Daniel dé el dulce nombre de esposa al pié de los altares á su hermana de usted, Blanca.

Y como Julio se sonriera al oír estas palabras, el duque añadió:

—Lo sé todo por mi amiga Clotilde. Sé también que se ha enviado un arquitecto al pueblo de Horche con el objeto de que se hagan algunas innovaciones en la casita donde trascurrió la infancia de Daniel. Es un rasgo verdaderamente delicado el rodear de poesía aquel modesto nido, en donde con el tiempo es posible que vayan á cantar sus himnos de amor dos almas enamoradas.

—¡Plegue á Dios que se realicen los deseos de Clotilde!

—¿Y por qué no se han de realizar? Sólo temo que la esperanza que abriga esa encantadora joven de volver á encontrar á su padre, no se vea satisfecha nunca.

—En verdad, que es bien extraña la desaparición del general.

—Es un misterio que me preocupa bastante, porque no es un hombre el que se ha perdido, sinó dos. ¿Quién sabe el paradero del conde de la Fe? Nadie.

—Sin embargo, hay un hombre que no debe ignorar nada.

—¿Quién?

—Santiago.

—¡Ah! es verdad, Santiago puede saberlo todo; era el hombre de confianza del general Lostán; pero si se le ha mandado que calle, guardará silencio y no dirá nada.

—¿Luego usted teme que el general haya muerto?

—No me explico de otro modo la lectura del testamento que ha tenido lugar en casa de la marquesa, y las cartas de despedida escritas por el general. Pero este acontecimiento podrá tal vez ayudar nuestros planes.

—No comprendo...

—Mientras Clotilde no tenga una completa seguridad de que ha perdido á su padre, no ha de estar su espíritu bastante tranquilo para ocuparse en galanteos. Yo por mi parte, mientras dure la ausencia de usted, alentaré las esperanzas de Clotilde, procurando que el nombre de Julio de Monforte no se borre de su memoria. Animo, pues, amigo mío, y no perdamos el tiempo.

—Sí, sí, estoy resuelto, y partiré esta misma noche.

Los dos amigos, durante el almuerzo, continuaron la conversación en derredor del mismo tema.

El duque refirió ciertas particularidades del carácter de sus primos y del lejano país que iba á visitar.

A la una se separaron: Julio ofreció volver á reunirse con el duque de San Plácido á las seis de la tarde.

—Vendré solo,—le dijo;—no quiero que mi familia me acompañe hasta la estación; haré mi despedida en casa.

—¿Pero está usted resuelto á marcharse sin decirle adiós á Clotilde?

—Sí, todo cuanto yo pudiera decirle de palabra se

lo digo en una carta, que mi hermana es la encargada de entregarla.

Y Julio levantándose se separó de su amigo, dirigiéndose rápidamente á su casa.

. . . . . .

. . . . . .

Aunque doña Amparo había accedido á las súplicas de sus hijos consintiendo en el viaje, en sus ojos no se secaban las lágrimas; Julio la sorprendió llorando.

—¿A qué vienen esas lágrimas, cuando de este viaje que voy á emprender depende nuestra felicidad?

—La felicidad de una madre consiste, querido Julio, en tener siempre á su lado al hijo de sus entrañas, y tú vas á ausentarte de mi lado por muchos años; tal vez no volveré á verte más.

—Es una desgracia, madre mía, que usted se complazca en ver las cosas por la parte más sombría. Es preciso tener confianza en Dios, es preciso que no nos abandone la fe. ¿Pero dónde está mi hermana?

—Está en tu habitación arreglando tu equipaje. Ella tiene más valor que yo.

Julio, con el pretexto de ayudar á su hermana, se separó de su madre, cuyas lágrimas le hacían daño.

Desistimos de describir el doloroso poema que tuvo lugar en aquella habitación. ¿Quién es capaz de pintar con el verdadero colorido la dolorosa escena de una despedida?

Cuando sonó la hora de la partida, doña Amparo y Blanca se abrazaron á Julio, cubriendo su rostro de lágrimas y besos.

—¡Que Dios te acompañe, hijo mío, en tu arriesgada expedición!—exclamó doña Amparo.—¡Que Dios no te olvide, no te abandone y que nos dé bastantes fuerzas para esperarte!

—Que nos escribas todos los correos, Julio, pues sólo tus cartas aliviarán nuestra ansiedad.

—¡Adiós, madre mía!—añadió Julio conmovido, depositando un cariñoso beso en la frente de doña Amparo. —¡Adiós, Blanca de mi alma! ¡No me olvidéis en vuestras oraciones, y tened fe y confianza!

Y Julio, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se separó de aquellos brazos amorosos que le estrechaban, saliendo precipitadamente de la habitación.

Cuando las dos mujeres se encontraron solas lanzaron un grito de dolor, abrazándose ambas como si necesitara la una del apoyo de la otra para no caerse.

—¡Dios mío, no le abandones,—exclamó la madre, —y dame á mí fuerza para esperarle!

Aquella misma noche, Julio de Monforte salió de Madrid en dirección á Lisboa, en donde debía embarcarse para Méjico.

CAPÍTULO XII

DECLARACIÓN

A pesar de la tristeza que la partida de Julio había dejado en el corazón de Blanca, al llegar la hora acostumbrada fué á ver á su amiga Clotilde.

Para aquellas dos jóvenes, era una necesidad verse todos los días.

Clotilde, después de besar á su amiga, la condujo hasta un sofá, y sentándose ambas en él, dijo:

—Tendría motivo para reprenderte. Hoy has tardado una hora más que de costumbre. Yo te esperaba esta tarde para que comieras con nosotros, y ya lo ves, son cerca de las nueve de la noche.

Blanca nada contestó á esta dulce reconvención, pero sus ojos se llenaron de lágrimas y un profundo suspiro se escapó de su pecho.

—¿Por qué lloras? ¿por qué suspiras?—le preguntó Clotilde con tierno interés.

—Mi madre y yo hemos llorado hoy mucho.

—Pues bien: yo tengo derecho á saber la causa de esas lágrimas.

—¡Oh, sí! tú tienes derecho á saberlo todo, y yo no te ocultaré nada, aunque temo que me reprendas con justa razón por no haberte revelado antes lo que voy á decirte ahora.

Y como los sollozos ahogaban la voz de Blanca, Clotilde añadió:

—Pues bien; tranquilízate y habla.

—¡Tranquilizarme! eso es bastante difícil. Figúrate que mi hermano...

Blanca volvió á detenerse; tenía una gran necesidad de llorar.

Durante todo aquel día había procurado mantenerse serena para tranquilizar á su madre; pero entonces, sola con Clotilde, daba rienda suelta á sus lágrimas y á sus sollozos.

—Pero, Dios mío, ¿qué es lo que te pasa?—exclamó Clotilde con un verdadero interés.

—Sí, sí; voy á decírtelo todo, tú no debes ignorar nada.

Y Blanca, enjugándose las lágrimas, añadió:

—Se trata de mi hermano, de mi pobre Julio, que tanto te ama y á quien tanto has protegido. Él no sabía cómo demostrarte la inmensa gratitud que para tí guardaba su alma, y comprendiendo que el barón de Labra, á quien te iban á imponer como esposo, te cau-

saba gran repugnancia, le buscó y le propuso un desafío á muerte.

—¡Dios mío! ¿y ha muerto tu hermano?

—¡Ah! nó afortunadamente; mi hermano ha salido victorioso en ese lance.

—Entonces no comprendo...

—El barón de Labra, gravemente herido, lucha en estos momentos entre la vida y la muerte.

—¿Y qué nos importa á nosotras ese hombre despreciable?

—Nada absolutamente; lo sé, Clotilde; pero mi hermano, después de arriesgar su vida por salvarte de un hombre aborrecido, aconsejado según parece por su delicadeza y por su leal y noble amigo el duque de San Plácido, ha abandonado á Madrid, y á estas horas se dirige á Lisboa, en cuyo puerto se embarcará para Méjico.

—¡Para Méjico! ¡Pero esto es una locura!

—Una locura de la que no han podido persuadirle ni nuestras lágrimas ni nuestras súplicas.

—¿Por qué no me has dicho antes que Julio proyectaba ese viaje?

—Porque él me prohibió que te revelara nada, temeroso sin duda de que tus súplicas influyesen de tal manera en su ánimo, que le hicieran desistir de su viaje.

Clotilde se quedó por un instante pensativa.

—No comprendo, la verdad, por qué Julio ha emprendido ese viaje.

—Yo te lo explicaré todo, Clotilde, todo, porque en

la conducta de mi hermano hay un fondo de nobleza que le enaltece. Mi hermano es pobre, te ama con toda su alma; pero el secreto de su amor ha permanecido sepultado en su corazón, porque su extremada delicadeza le prohibía que asomase á sus labios. Protegido por el duque de San Plácido se dirige á América, en donde espera hacer alguna fortuna, y entonces, si aun eres libre, volverá á España á ofrecértela con su corazón. Hé aquí la carta que para tí me ha entregado, carta de despedida y en la que su alma se dirige á la tuya; léela, pues, Clotilde, y perdona el atrevimiento de mi pobre y buen hermano.

Blanca entregó una carta á Clotilde, y esta, rompiendo el sobre, se puso á leer para sí lo que sigue:

«A la señorita doña Clotilde de Lostán.

»Mi mano tiembla, mi espíritu vacila, y el temor oprime mi corazón. ¿Con qué derecho escribo esta carta?.. ¡Yo, que debo á usted la vida de mi madre y de mi hermana, pago tantos beneficios, demuestro mi gratitud con un rasgo de atrevimiento incalificable! Y usted, señorita, tendrá motivo después de leer esta carta para despreciarme.

»Ruego á usted por lo que más ame en el mundo, que no juzgue mi conducta antes de oirme. Voy á revelarle el secreto de mi alma, á confiarle todos mis planes, todos mis hermosos sueños de color de rosa.

»Yo amo á usted desde aquel instante en que, como el ángel de salvación, tendió usted á mi familia una mano bienhechora; desde aquel día en que sus palabras de consuelo derramaron la hermosa luz de la es-

peranza en las tristes tinieblas de nuestras almas. Ante la sociedad egoísta, metalizada y corrompida, el amor que siente un hombre pobre por una mujer rica no tiene explicación decente para el primero. Todos dirían: «Julio ama á Clotilde de Lostán, porque Clotilde de Lostán lleva con su mano un gran dote.» Pues bien; este dote que causaría la codicia de muchos, es mi verdadera desesperación. Si Clotilde de Lostán fuera pobre como yo, desde el primer día que la conocí la hubiese dicho: «te amo.» Siendo rica, hice ante su fortuna el sacrificio de mi amor, y hoy parto resueltamente para América, en donde con la protección de mi noble y generoso amigo el duque de San Plácido, espero asegurar mi porvenir y volver á España á ofrecerlo á usted, si es que á mi regreso tengo la inmensa fortuna de encontrarla libre como hoy.

»Pero si esto no sucede, porque ningún derecho tengo para exigir nada, y á mi vuelta usted es la esposa de otro, ni una reconvención asomará á mis labios; porque mis labios no podrán hacer otra cosa, mientras se muevan á impulsos del espíritu vital, que bendecir al ángel que salvó á mi madre de la miseria y á mí de la desesperación.

»Mucho he luchado conmigo mismo antes de consignar esta declaración sobre el papel; pero yo no podía emprender tan largo viaje sin excusarme con mi bondadosa bienhechora.

»Ahora sólo me resta pedirle á usted perdón por mi atrevimiento, y recomendarle á mi buena y querida hermana, rogándole al mismo tiempo que disculpe con

mi querido amigo Daniel mi ausencia, pues confieso que me ha faltado el valor para despedirme de él.

»Si los cálculos del duque de Sán Plácido y los míos no salen fallidos, dentro de cuatro años volveré á España con el porvenir de mi madre asegurado y dueño de una fortuna, que podrá excusar en parte mis aspiraciones á la mano de Clotilde de Lostán.

»Julio de Monforte.»

Clotilde, al terminar la lectura de la carta, se quedó algunos instantes pensativa.

Blanca continuaba llorando.

—Tu hermano no me conoce,—dijo Clotilde,—si juzga que yo he de quererle más cuando sea rico que hoy que es pobre. Ha hecho muy mal en abandonarnos, hoy que por todas partes nos cerca la tristeza. El hombre que, como él, arriesga su vida por librarme de otro hombre aborrecido, es bastante digno de mi aprecio y de mi consideración; pero, en fin, el mal está hecho y ya no tiene remedio. Cuando recibas carta de tu hermano anunciando su llegada á Méjico, pondré en tu contestación una postdata para reprenderle su conducta.

—Por Dios, Clotilde, no quiero que te muestres resentida con mi hermano. ¡Si supieras cuánto te ama!

—¿Y es una razón el amarme tanto para huír de mí?

—Su delicadeza, por lo menos, le ha aconsejado ese viaje.

—¿Su delicadeza, ó su orgullo?

—Nó, nó, su delicadeza. Julio nunca ha sido orgulloso.

—No quiero cuestionar contigo; tal vez tengas razón, pero estoy segura de que mi hermano Daniel afeará la conducta de su amigo Julio.

—En ese caso, yo espero que tú le disculpes.

—¡Huír de nosotros! ¡partir á alejados climas en busca de una fortuna, que tal vez no basten todos sus afanes y desvelos para realizar! ¡Podía haberle inspirado alguna confianza á Julio el interés que siempre me he tomado por tí, por tí á quien deseo hacerte mi hermana, logrando por fin que Daniel te dé el dulce nombre de esposo!

—Ni una palabra más, Clotilde; ni una palabra más, —exclamó Blanca, juntando las manos en ademán suplicante.—Tus reconvenciones me hacen mucho daño, porque yo no podré pagarte todo lo que te debo, ni aun derramando por tí la última gota de sangre que se encierra en mis venas. ¿Pero cómo hubiera podido decir mi hermano ante la faz del mundo que amaba á Clotilde de Lostán, sin que ese mundo le hubiera mirado con una sonrisa desdeñosa, calificando al mismo tiempo su amor de miserable especulación? Yo misma, tú lo sabes muy bien, he desechado las proposiciones del duque de San Plácido, de ese hombre generoso, tan rico como noble, porque amo á Daniel con toda mi alma, y hoy al saber que Daniel no es pobre como yo, estoy avergonzada de este amor que llena por completo mi sér.

—Haces mal, Blanca; porque tus hermosos sueños están muy próximos á realizarse; porque Daniel, conven-

cido de lo que vales, te ama también con todo su corazón. El día de vuestra felicidad está cercano; un nido lleno de poesía y tranquilidad, perfumado con los purísimos aires de la montaña, os espera. ¡Dichosos vosotros que muy en breve, encerrados en ese poético nido, podréis dedicaros á cantar el gran poema del amor! ¿Pero cuándo llegará para mí ese día codiciado? Tal vez nunca.

Y Clotilde, dejando caer la cabeza entre las manos, exhaló un profundo suspiro.

LIBRO TRECE

LA ENFERMERA DEL BARÓN.

CAPÍTULO PRIMERO

EL EMISARIO

Como sólo á Dios le es permitido estar en todas partes, los pobres mortales que no disfrutan de este privilegio se ven en el caso, como el autor del presente libro, de dejar á unos personajes para ocuparse de otros. Así pues, vamos á abandonar por unos momentos á Clotilde de Lostán y sus amigos, para ocuparnos del barón de Labra y sus allegados.

Nuestros lectores recordarán que en el capítulo del presente tomo titulado *La mujer que hace falta*, Ventura, el criado del barón de Labra, hizo comprender al millonario don Joaquín, que para asistir durante su delicada curación á Ernesto sería preciso buscar una mujer que se tomara vivo interés en la curación del enfermo.

Don Joaquín, convencido de las razones que alegaba aquel leal criado, le autorizó para entenderse con la

enfermera que le recomendaba, que no era otra que la bailarina Marieta.

Ventura, pues, con esta autorización y combinando la manera de sacar un gran partido de la bailarina y del millonario don Joaquín, se encaminó á casa de la primera diciéndose para su capote:

—Mi amo el barón de Labra ha recibido una herida de muerte. Según la opinión facultativa, vivirá poco; sus días están contados. Don Joaquín es un hombre que no tardará en cumplir sesenta años. Ocupado en hacerse rico, trascurrió la primavera de su vida sin acordarse del amor; pero el amor, tarde ó temprano, llama siempre á las puertas del corazón del hombre. Marieta es una mujer encantadora, incitante; jamás ojos femeninos miraron de un modo tan provocativo, y quién sabe si las emociones que no sintió don Joaquín á los veinte años las sentirá á los sesenta. La cuestión es aproximarlos, y después la naturaleza humana vendrá en mi ayuda. Si mis planes se realizan, es decir, si yo logro que don Joaquín se enamore de Marieta y le entregue con su corazón sus millones, yo creo que la bailarina no tendrá inconveniente en darme un tanto por ciento por el corretaje.

Y Ventura, acariciando en su mente estas ideas, llegó á casa de la bailarina.

Marieta se hallaba indolentemente tendida en un sofá, disfrutando de esa agradable temperatura que produce una bien alimentada chimenea y una mullida alfombra.

El día era frío, desapacible; pero en el gabinete de

la bailarina se respiraba el tibio ambiente del verano.

Cuando su doncella entró á anunciarle que el ayuda de cámara del barón de Labra deseaba hablarla, Marieta, sin hacer el menor movimiento, conservando su encantadora indolencia, su perezosa actitud, dijo:

—Que pase.

Cuando Ventura entró en el gabinete de la bailarina, sus ojos se fijaron con codicia en el hermoso y provocativo rostro de aquella mujer.

—¡Ah! ¿por fin vuelve usted á verme?—dijo Marieta. —Comenzaba á aburrirme. ¿Cómo sigue Ernesto?

—Bastante mal, señorita, bastante mal,—contestó Ventura suspirando.

—¿Tan grave es la herida?

—No quiero ocultar á usted nada; la herida es de muerte.

—¡Dios mío!—exclamó Marieta incorporándose sobresaltada.

—Esa es la opinión de los médicos.

—Los médicos suelen equivocarse muchas veces.

—Sí, cuando ignoran la verdadera causa de la postración de un enfermo; pero nó cuando ven y tocan una herida cuyas consecuencias conocen.

—Será una verdadera desgracia que Ernesto muera.

—Muy grande, señorita.

—¿Pero no podré yo verle?

—Precisamente vengo yo en busca de usted.

—¿De mí?

—Sí, de usted; porque ya he convencido á don Joaquín, el tío del barón, de que el señorito Ernesto necesita una enfermera tierna y solícita que se coloque junto á su lecho para cuidarle.

—¿Y esa enfermera?...

—Lo será usted, si en ello no tiene inconveniente.

—¡Oh, ninguno! Vamos.

Y Marieta hizo un movimiento para levantarse del sofá.

—Un momento, señorita,—repuso Ventura, extendiendo la mano como para detenerla.

—¿Qué ocurre?

—Yo vengo en busca de usted para conducirla junto al lecho de mi desgraciado amo.

—Pues bien; vamos.

—Un poco de calma. El señorito Ernesto se halla, como he tenido el honor de decir á usted, gravemente enfermo; la herida que recibió le conducirá al sepulcro.

—¿Pero trata usted de desesperarme?

—Nó, lo que trato es de preparar á usted para que se disponga á recibir el gran disgusto que puede causarle su muerte, y al mismo tiempo para que medite bien su situación. No quiero, por consiguiente, ocultarle nada. Usted es joven y hermosa; tengo la completa seguridad de que don Joaquín, el tío de Ernesto, no podrá verla sin sentir por usted grandes simpatías; conviene, por lo tanto, que usted no olvide que don Joaquín es un soltero próximo á cumplir sesenta años, y que posée una fortuna de ciento treinta millones.

Y al pronunciar estas palabras, Ventura dirigió á la bailarina una sonrisa maliciosa.

—¡Ciento treinta millones!—repitió en voz baja Marieta.

—Ciento treinta millones, que pueden algun día ser de usted.

—¿Míos? No comprendo...

—Si usted no se ofendiera, señorita, yo me permitiría hablar con alguna franqueza.

—Pues bien; hable usted como quiera, no me ofendo, —contestó la bailarina, á quien comenzaba á interesar la conversación.

—Según el fatal y terrible pronóstico de los médicos que se han encargado de la asistencia del barón de Labra, la herida que le tiene postrado en el lecho del dolor es incurable; podrá vivir un mes, dos; gracias á su juventud y á su naturaleza, alargará algunos días más su existencia, pero su muerte es segura. Es por consiguiente indispensable que usted vaya apartando de su corazón todas las esperanzas de salvarle; pero al mismo tiempo sería muy ventajoso para usted que procurara ganarse poco á poco la voluntad de don Joaquín, lo cual no ha de serle difícil.

Ventura hizo una pausa como para estudiar el efecto que sus palabras causaban á la bailarina, y como esta guardara silencio, añadió:

—El amor duerme en el corazón de la criatura, y cuando no despierta en la hermosa primavera de la juventud, suele despertar en la vejez. Don Joaquín, ocupado por espacio de treinta años en hacerse rico, se olvidó

del amor, y usted puede, señorita, hacerle recordar que es preciso que pague el tributo de la naturaleza.

—¡Ah! creo que voy comprendiendo á usted. Adelante, amigo mío, adelante.

En los labios de Ventura brilló una sonrisa de satisfacción, creyendo que había encontrado la mujer que le hacía falta.

—Si usted, como no dudo,—añadió Ventura,—logra inspirar una pasión á don Joaquín de Fontán, habrá ganado una de sus más hermosas batallas, habrá logrado una de sus más provechosas conquistas. Si á mí me quedara la más remota esperanza de que el señorito Ernesto podía salvarse, le diría á usted: «Ame usted al barón y desprecie usted los ciento treinta millones de su tío;» pero desgraciadamente, el barón está amenazado de una muerte muy próxima, y usted, señorita, que conoce el mundo y no ignora que en él cada uno vale lo que tiene, creo que no cometerá la tontería de desperdiciar una ocasión que se le presenta de asegurar de un modo espléndido su porvenir.

—Tendré presentes los consejos de usted,—añadió Marieta con maliciosa entonación;—pero ya que usted ha sido franco conmigo, me permitirá que yo lo sea á mi vez con usted.

—No deseo otra cosa, señorita.

—Pues bien; contésteme usted á esta pregunta: ¿por qué muestra usted tanto empeño en que yo me dedique á agradar, ó por mejor decir, á conquistar el corazón de don Joaquín de Fontán?

—El asunto es muy sencillo, señorita: porque yo, conceptuándola á usted una persona agradecida, calculo que si mañana Marieta Duval llega á ser la esposa de don Joaquín de Labra, rico millonario, no podrá menos de mostrar su agradecimiento á Ventura el ayuda de cámara, que está dispuesto á ayudarle en todo para que se realicen sus deseos, asegurando de un modo espléndido su porvenir.

—Vamos, sí, lo comprendo perfectamente,—repuso Marieta;—lo que usted me propone es una alianza.

—No aspiro á tanto, señorita.

—Es usted demasiado modesto.

—Comprendo que podré servir de algo, y espero que si se realizan nuestros planes usted no será ingrata con su humilde aliado.

—Veo que es usted un hombre precavido, y tendré presente sus consejos y sus servicios; pero todos nuestros planes, todas nuestras combinaciones podrían estrellarse ante la indiferencia de ese señor don Joaquín, á quien no conozco, y por consiguiente es prematuro y sin fundamento todo cuanto convengamos: usted dice que se me admite en la casa como enfermera de Ernesto. Vamos, pues, á cuidar al enfermo, y luego el tiempo y los acontecimientos decidirán lo demás.

Ventura comprendió que tenía que habérselas con una muchacha tan lista como despreocupada, y esto, en vez de trastornar sus planes, llenó de alegría su alma.

Marieta tiró del llamador de la campanilla.

—Tenga usted la bondad de esperarme un momento,

—dijo;—voy á ponerme un traje negro, que es el más á propósito para demostrar el dolor.

La bailarina desapareció por una puerta con su doncella, y Ventura se quedó solo algunos minutos.

—No sé por qué me dice el corazón que hemos de hacer la bailarina y yo buenos aliados, aunque será conveniente vivir muy alerta, porque estas mujeres aventureras suelen burlarse hasta de los más listos.

Un cuarto de hora después, un coche de plaza conducia á Marieta y á Ventura al palacio de don Joaquín de Fontán.

CAPITULO II

DONDE MARIETA PRODUCE BUEN EFECTO

La mujer joven y hermosa, la que rinde culto á la moda y á la coquetería, la que procura conservar el cutis ayudando con el arte á la naturaleza, su afán incesante se reduce á agradar.

No hay mujer que se ofenda porque la llamen hermosa, y las palabras que más dulcemente resuenan en sus oídos y en su corazón, son aquellas que pronuncian los hombres con apasionado acento.

Muchas veces suelen ser insensibles ante las súplicas amorosas; pero esta insensibilidad no es nunca hija del enojo.

Nada ofende tanto á una hermosa como la indiferencia de los hombres que la rodean. Agradar es su segunda naturaleza, la viva necesidad de su alma.

La educación obliga á los hombres bien nacidos á ser galantes con las mujeres, y esta galantería, que muchas

veces suele ser hija de la urbanidad y de la buena forma, ha sido causa de la conquista de más de un corazón que se estaba bien lejos de conmover.

Marieta sabía á la perfección el arte de agradar. La vida de bastidores la había enseñado todo lo que una mujer hermosa debe hacer para verse solicitada.

Jamás se había peinado con más esmero que aquel día. Sin haberse decidido aún á conquistar el corazón del viejo millonario, obedeciendo al instinto natural de la mujer, deseaba causarle buen efecto.

Por otra parte, ¿qué perdía la bailarina en que don Joaquín se enamorara locamente de ella? Nada. Tiempo le quedaba después para aceptar ó rechazar aquel amor.

Cuando llegaron al palacio de don Joaquín, Ventura condujo á la bailarina hasta un gabinete, suplicándola que esperara un momento hasta que avisara al tío de Ernesto.

Marieta aprovechó aquellos momentos en que la dejaron sola para dirigir una mirada á un espejo y arreglar un poco los hermosos bucles de sus cabellos negros. Sentía una natural ansiedad por conocer al tío de Ernesto, es decir, á un hombre poseedor de ciento treinta millones que no había amado nunca, y allí esperando dió vueltas en su imaginación á todo cuanto le había dicho Ventura.

Por fin se presentó el viejo millonario acompañado del ayuda de cámara de su sobrino, y se acercó á la bailarina saludando y sonriéndose al mismo tiempo.

—Dispénseme usted, señorita, si la he hecho esperar.

Ventura me ha dicho que usted accede á prestarme un gran servicio, es decir, á cuidar al pobre Ernesto, que se halla gravemente enfermo, y en verdad que no sé cómo demostrar á usted mi agradecimiento.

Marieta se llevó el pañuelo á los ojos como para enjugar una lágrima, y exhalando un melodioso suspiro, contestó:

—Bien sabe Dios, caballero, que yo daría la mitad de mi vida por salvar á Ernesto. Vengo, pues, dispuesta á colocarme junto á la cabecera de su lecho y á prestarle todos los servicios que estén á mi alcance.

—Pues entonces, nos hace usted un gran favor,—contestó con su proverbial franqueza don Joaquín.

—Cumplo con un deber de conciencia, caballero: la salud de Ernesto me inspira un gran interés.

—No lo dudo, hija mía, porque después de todo, sería una lástima que mi pobre sobrino muriese. Ya ve usted, yo no tengo otro pariente ni otro heredero más que él, y la verdad es que en el corto tiempo que vivimos unidos ha logrado inspirarme un gran cariño.

Y don Joaquín, exhalando un suspiro, añadió:

—Ha sido una calaverada que puede traernos graves consecuencias, porque yo no debo ocultarle á usted que la herida de Ernesto es muy grave.

—Sí, sí, Ventura me lo ha dicho,—contestó Marieta enjugándose las lágrimas.

—Vamos, vamos, hija mía, un poco de valor, y basta de lágrimas; conviene que Ernesto la encuentre á usted serena, que no sospeche la gravedad de su mal.

—No tema usted, caballero; yo haré un esfuerzo para dominarme.

—Diantre de chico. ¿Quién le mandaba á él ir á buscar pendencias y darnos este gran disgusto?

—¡Ah! nó, señor don Joaquín: Ernesto no tiene la culpa de lo que le sucede. Él fué provocado de un modo grosero, y una persona bien nacida no debe sufrir que se la insulte.

—También es verdad. Pero ¿qué interés tenía ese Julio de Monforte en buscar una pendencia á mi sobrino?

—Usted, señor don Joaquín, que tiene más mundo y más experiencia que yo, ya comprenderá que á un hombre á quien apenas se conoce, no se le provoca, no se le insulta sin una causa. En este desafío debe haber algo que yo no puedo alcanzar.

—¡Quién sabe! tal vez tenga usted razón.

—Muchas veces,—añadió la bailarina dando á su acento una dulce entonación,—me había dicho Ernesto que tenía la seguridad de que Clotilde de Lostán no le amaba: yo entonces con las lágrimas en los ojos le decía: «Pues bien; si ella no te ama, ¿por qué te empeñas en llamarla tu esposa?»

—¿Y qué contestaba Ernesto?—preguntó don Joaquín, verdaderamente interesado en la conversación.

—Me contestaba: «es un casamiento de conveniencia. Mi mano será de Clotilde de Lostán, pero tuyo mi corazón.»

Y la bailarina, fijando una mirada dulce, llena de ternura en don Joaquín, añadió:

—¿Qué podía hacer yo, pobre joven desheredada, sinó sufrir en silencio? Algunas veces tuve intención de venir á esta casa, de arrojarme á los piés de usted, segundo padre de Ernesto, y pedirle que me protegiera; pero tuve miedo que usted me rechazara, y encerré mi dolor en el fondo de mi alma, resignándome con mi suerte.

Y la bailarina, como si en aquel momento los sollozos y las lágrimas ahogaran su voz, se cubrió el rostro con las manos, murmurando con acento entrecortado:

—¿Pero qué importa mi felicidad? Sálvese Ernesto, y sea en buena hora el esposo de Clotilde de Lostán, aunque me ahogue la pena, aunque me mate el dolor.

Don Joaquín estaba verdaderamente conmovido oyendo á aquella mujer, que parecía tener un corazón tan hermoso como su rostro.

—Vamos, hija mía,—dijo colocándole cariñosamente una mano sobre la espalda;—aquí lo importante es que Ernesto se restablezca, y luego ya veremos lo que se hace.

Marieta, como si con aquellas palabras hubiera reanimado el viejo la muerta esperanza de su corazón, exhaló un suspiro, y cogiendo una de las manos de don Joaquín, la besó respetuosamente, diciendo:

—Ya me había dicho Ventura que tenía usted un corazón de oro. Las palabras que acaba de pronunciar para tranquilizarme, así lo demuestran. Dios se apiadará de nosotros devolviendo la salud á Ernesto. Ahora, caballero, ruego á usted que me acompañe á la alcoba del enfermo; pero quisiera también que le avisara usted mi llegada para prepararle.

—Vamos, pues.

Don Joaquín dió el brazo á Marieta, y se dirigieron, seguidos por Ventura, á la habitación inmediata, donde se hallaba el enfermo.

Quedóse la bailarina en la sala, y entró el viejo millonario en la alcoba.

—¿Cómo te encuentras?—preguntó don Joaquín á su sobrino, poniéndole cariñosamente la mano sobre la frente.

—¿Lo sé yo por ventura?—contesto Ernesto.—La herida me molesta poco, pero me siento muy débil.

—Hombre, la debilidad es natural; has perdido mucha sangre.

—Sí, eso dicen los médicos,—contestó el barón, haciendo un movimiento significativo con los ojos.

—¡Bah! no tengas miedo. Esto todo se reduce á estarse un mes en la cama, y nada más.

—¡Quién sabe!

Y don Joaquín, cambiando de entonación, añadió:

—Tengo que darte una buena noticia.

Ernesto miró á su tío sin comprender lo que quería decirle.

—Sí, una buena noticia; pues se nos ha entrado por las puertas lo que verdaderamente nos hacía falta; es decir, una enfermera cariñosa y desinteresada, que se siente junto á la cabecera de tu cama para cuidarte; porque, después de todo, los hombres somos muy torpes para cuidar á los enfermos.

—¿Y quién es esa enfermera?

—Una amiga tuya, que te quiero mucho.

—¡Ah! sí, ya sé quién es. Marieta, ¿no es verdad?

—La misma.

—¿Y cuándo vendrá á verme?

—Toma, ya ha venido.

—¿Y por qué no entra?

En este momento, la bailarina, que había escuchado todo el diálogo, se presentó en la puerta de la alcoba.

Ernesto al verla le tendió una mano, diciendo:

—¡Ah! me alegro que te encargues de mi asistencia. Gracias, Marieta, gracias.

La bailarina estrechó aquella mano con ternura, y dijo:

—Sí, Ernesto, sí; vengo á cuidarte, á asistirte; aunque sea preciso romper mi escritura con el empresario del teatro Real, no me separaré de tu lado hasta que te halles restablecido. Dios tan sólo sabe el interés que me inspiras, las lágrimas que he derramado y lo que he sufrido desde que supe tu desgracia.

Y la bailarina, sentándose en una silla que se hallaba junto á la cama, inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho, y comenzó á llorar.

Don Joaquín, que había salido de la alcoba, dijo en voz baja á Ventura:

—Dejémosles solos. Si se aman, ¡tendrán tantas cosas que decirse! Después de todo, esa muchacha me ha interesado; debe tener un alma muy bella, y si Ernesto se salva, voy á ser su protector.

—¡Ah! señor don Joaquín, Marieta es un ángel, y se convencerá usted de ello después de tratarla algún tiempo.

Y mientras Ventura pronunciaba en voz alta las palabras que acabamos de consignar, se decía interiormente con el mayor regocijo:

—La bailarina ha producido buen efecto. El primer paso ya está dado. Me parece que don Joaquín caerá en las redes, y haremos un negocio redondo.

CAPÍTULO III

UNA PROMESA

Marieta Duval había producido buen efecto. A las cuarenta y ocho horas de su permanencia en casa de don Joaquín, puede decirse que se había captado la voluntad del viejo, y como el hombre necesita muchas veces en la vida disculpar las rápidas simpatías que siente por una mujer á quien apenas conoce, el viejo millonario mantenía con el negro Zulma diálogos por el estilo:

—Verdaderamente, mi querido Zulma, hemos encontrado lo que nos hacía falta. Desde que ha puesto los piés en esta casa Marieta, mi pobre Ernesto se halla perfectamente asistido. Estoy persuadido de que la mujer es el alma del hogar.

—Sin embargo, hay mujeres muy malas, señor,—le contestaba el negro sonriéndose.

—¿Qué sabes tú?

—Sí, es verdad, señor, yo no sé nada más que fumar; pero he oído decir cosas muy malas de las mujeres, y por eso no he querido casarme nunca.

—También habrás oído decir cosas buenas.

—Pocas veces.

—Testarudo, ¿qué encuentras de malo en Marieta?

—Nada, señor, nada.

—Has visto con qué ternura, con qué cariño, con qué solicitud, pasa los días y las noches junto al lecho de mi sobrino, prodigándole todos los consuelos de que es susceptible una mujer cariñosa.

—¡Oh! sí, señor, lo he visto; pero...

—Desengáñate, Zulma, tú no eres voto en este asunto. Marieta es una muchacha encantadora; pero el necio soy yo, que me pongo á hablar contigo de cosas que no entiendes. Tú no sabes más que aculatar pipas.

—Me parece que el señor se va interesando mucho por la joven enfermera,—añadió el negro, enseñando sus blancos y grandes dientes á través de una sonrisa.

—Yo soy un hombre amante de la justicia, y me intereso por todo aquello que lo merece.

—Sin embargo, señor, muchas veces las apariencias engañan.

—Vamos á ver, terco, disputador, ¿qué motivo tienes tú para desconfiar de esa pobre muchacha?

—Ninguno, señor, ninguno.

—Entonces...

—Sólo que, como es mujer, no me fío mucho.

—Pues mira, Zulma, dispénsame que te diga que

los hombres que desconfían de las mujeres por rutina, son unos imbéciles.

Estas escenas siempre concluían mandando callar don Joaquín al desconfiado negro.

Entonces Zulma continuaba aculatando la pipa en el mayor silencio, persuadido de que su amo volvería á dirigirle la palabra muy en breve.

El negro tenía la seguridad de que su amo iría á buscarle, porque para don Joaquín era indispensable la conversación y la compañía de Zulma.

. . . . . .

. . . . . .

Mientras tanto, Marieta no se apartaba de la alcoba de Ernesto.

Tierna, solícita, hacía todos los méritos de que es susceptible la delicadeza de una mujer para captarse las simpatías de Ernesto y del viejo millonario.

La bailarina había comprendido su verdadera situación en aquella casa.

—Si Ernesto se salva,—se había dicho,—preciso será que se muestre agradecido conmigo; si muere, entonces seguiré los consejos de Ventura, y quién sabe lo que puede suceder. Dicen que don Joaquín no ha amado nunca; las pasiones amorosas á los sesenta años son terribles.

Marieta acariciaba estas y otras ideas en su mente, esperando el resultado de la comedia que comenzaba á representar.

Entremos ahora nosotros en la alcoba del enfermo, que acababa de despertar.

Los labios de Ernesto se entreabrieron para exhalar un suspiro, y fijando una mirada de gratitud en su hermosa enfermera, dijo:

—No puedes pensarte el bien que me causa verte á mi lado.

—De lo que yo me alegro mucho, Ernesto; porque he venido á asistirte, á serte útil durante tu penosa convalecencia.

—¡Convalecencia!—murmuró en voz baja Ernesto, moviendo dolorosamente la cabeza;—mi convalecencia tendrá un fin triste; pues yo no espero restablecerme de esta fatal herida.

—Te prohibo que digas esas cosas, que sólo sirven para entristecernos á los dos.

—Los médicos, para tranquilizarme, aseguran que no corre peligro mi vida.

—Y así es efectivamente.

—Nó, Marieta, nó; yo estoy amenazado, ó por mejor decir, sentenciado á muerte.

—¿Quieres saber tú más que los hombres que han encanecido en la ciencia de curar? Tengamos confianza.

—Es que hoy más que nunca sentiría morirme.

Y cogiendo con ternura una de las manos de Marieta, añadió:

—Porque si me muero, no podré recompensarte como mereces.

—Yo no he venido aquí con la esperanza de una recompensa, sinó para asistirte como pudiera hacerlo una hermana de la Caridad.

—Lo sé, Marieta, lo sé; te conozco hace mucho tiempo, y no ignoro que me amas con verdadero desinterés. Si Dios quiere curarme radicalmente, te ofrezco llamarte mi esposa.

—¡Oh! cuidado con lo que ofreces, Ernesto. Recuerda que estás comprometido con la hija del general Lostán.

—Clotilde no me ama. Si hubiera tenido alguna duda sobre este punto, hubiera quedado ahora desvanecida, pues ni una sola vez ha mandado á enterarse de mi salud. ¿Qué mayor prueba para demostrarme que le soy indiferente?

—Sin embargo, no debes olvidar que ella es rica...

—¿Qué me importa su dote?

—Mientras que yo nada poseo.

—Tú posées lo que yo necesito: un corazón apasionado, que se conmueve y late al oír mi voz; un alma llena de ternura y de amor. Hé ahí el dote que yo ambiciono de una mujer.

—¡Ah! Ernesto, si fuera cierto lo que me dices.

—¿Dudas de las palabras de un hombre sentenciado á muerte? Eso es hacerme una gran ofensa.

—Perdona, Ernesto, perdona; pero es tan grande la alegría que siento al escucharte, que yo te ruego dispenses mis dudas.

—Yo las dispenso, porque conozco que son hijas del amor que me profesas.

—¡Ah! sí, te amo, Ernesto, te amo más que nunca. ¿Qué me importa á mí ser tu querida ó tu esposa? Lo que yo necesito, lo que yo ambiciono es tu amor, tu amor,

que llena por completo mi alma. Yo soy una pobre muchacha nacida entre bastidores, sin padre, sin familia; recorro el mundo rindiendo tributo al arte de la diosa Tersícore. Muchas veces, atraídos por mis gracias ó por mi hermosura, obedeciendo al deseo, á la vanidad, ó al amor, pues yo nunca me he tomado el trabajo de averiguarlo, he visto hombres inmensamente ricos arrodillados á mis piés ofreciéndome su fortuna y su mano, y yo, libre como la golondrina emigradora, he despreciado los ofrecimientos que aseguraban mi porvenir, y he continuado mi camino. Entonces creía que en el mundo no había bastante dinero para pagar mi libertad y mi independencia; pero cuando te ví á tí por la primera vez; cuando te acercaste, y rindiendo tributo á mi hermosura, dijiste que me amabas, yo acepté tu amor y te amé también sin reserva, sin ocuparme de la maledicencia, sin pensar que pudieras olvidarme.

Y Marieta, suspendiendo su relación, se llevó una mano á los ojos para enjugarse las lágrimas.

—Yo estaba orgullosa con tu amor; jamás por mi mente había cruzado la idea de que otra mujer pudiera robarme tu cariño; pero un día, ¡oh! fué el más triste, el más doloroso de mi vida; supe que te hallabas comprometido para casarte con Clotilde de Lostán, lloré mucho, pensé despedirte de mi casa; pero aquella noche viniste á verme y yo no tuve valor ni aun para reconvenirte. Sin el fatal acontecimiento que te ha postrado en el lecho del dolor, yo hubiera desaparecido de España al día siguiente de tu casamiento, y no me hu-

bieras vuelto á ver más. Y hoy, sentada junto á la cabecera de tu cama, hay momentos en que bendigo la mano que, causándote una herida, ha prolongado el día de tu matrimonio con una mujer que aborrezco sin conocerla.

Ernesto había escuchado á Marieta sin interrumpirla, como escucha el melómamo la inspirada melodía de una sublime pieza musical.

Aquellas declaraciones de amor y de ternura le hacían mucho bien; tenían también para su alma una grata armonía.

—¡Ah! Marieta, Dios ha querido sin duda, para que conozca lo que vales,—dijo Ernesto,—que yo me batiera con Julio de Monforte, y que una bala rasgando mi pecho, me detuviera en esta cama luchando entre la vida y la muerte.

La bailarina inclinó melancólicamente la cabeza sobre el pecho de Ernesto, y éste depositó un desapasionado beso en los hermosos cabellos de su enfermera.

Como los médicos habían recomendado que el herido hablara poco, cuando quiso reanudar la conversación después de una ligera pausa, Marieta colocó dulcemente una de sus blancas manos sobre la boca de Ernesto para imponerle silencio.

El barón de Labra, dócil como un niño, obedeció aquella cariñosa indicación de su querida, y guardó silencio.

Estas escenas se repetían con frecuencia. Los días pasaban, y Ernesto en la apariencia iba recobrando algunas fuerzas; pero ¡ay! su herida era grave, incura-

ble, y poco importaba que fuera cicatrizándose por la parte exterior, si una enfermedad mortal iba minando su existencia, iba arraigándose en su pecho.

Marieta mientras tanto, infatigable, aunque don Joaquín había mandado se le dispusiera una elegante habitación al lado de la de su sobrino, le bastaban dos horas para reponerse y volvía á ocupar su puesto junto á la cabecera de Ernesto.

Tantos desvelos, tan tierno interés, tan solícitos afanes, acabaron por conquistar las simpatías de don Joaquín, que elogiaba con mucha frecuencia la conducta de Marieta.

Ventura observaba todos los progresos que sobre la voluntad del viejo millonario iba ejerciendo la bailarina, y frotándose las manos con satisfacción, solía decirse en voz baja:

—¡Esto marcha, esto marcha!

CAPÍTULO IV

EL PRONÓSTICO DEL DOCTOR MÉNDEZ

Por fin llegó el día en que Ernesto abandonó la cama, siguiendo los consejos de los médicos.

El doctor Méndez, médico de cabecera de nuestro enfermo, viendo á don Joaquín muy alegre con la nueva de que su sobrino abandonara la cama, le miró con cierta compasión, y cogiéndole cariñosamente una mano, le dijo:

—Amigo mío, noto en usted una alegría que me entristece.

—Diablo, ¿no quiere usted que esté alegre cuando veo que mi sobrino va á abandonar el lecho y ha entrado de lleno en la convalecencia?

—Amigo don Joaquín, cuando un médico ve claramente y sin ningún género de duda el estado de su enfermo, por doloroso que sea, la verdad debe decirla.

—¿Cómo?

—Usted se regocija porque he mandado que Ernesto abandone su lecho.

—Hombre, eso siempre es una buena noticia.

—Para algunos enfermos; para otros, nó señor.

—De modo que mi sobrino...

—Se encuentra hoy más grave que ayer, y mañana se encontrará más que hoy.

—¿Qué es lo que usted dice?—repuso sobresaltado don Joaquín.

—La verdad. Su sobrino de usted vivirá poco.

—¿Qué es lo que dice usted?

—Solamente aquello que me aconseja el deber. Pero como los médicos no debemos perder nunca las esperanzas, y la ciencia tiene grandes recursos; como Ernesto es joven, y todo debe esperarse de su robusta naturaleza, daré á usted los consejos que creo convenientes.

—Estoy absorto: la herida de Ernesto se ha cicatrizado perfectamente, ya no arroja esputos, y todo esto lo creía de buen augurio para tranquilizarme.

—Precisamente, señor don Joaquín, lo que á usted le tranquiliza es lo que á mí me sobresalta. Desde que cesaron los delirios, la violenta fiebre y los esputos de sangre; desde que la herida se cicatrizó; en una palabra, desde que noto que Ernesto tiene una calentura lenta, casi imperceptible, pertinaz, que comienza á la caída de la tarde y no le abandona en toda la noche; desde el momento en que no puedo combatir la tos y la espectoración purulenta, sospecho que una esquirla,

como cuerpo extraño, está mortificando la parte del pulmón herido; y en este caso, amigo mío, triste es decirlo, la vida de Ernesto se irá consumiendo poco á poco á impulsos de una tisis.

—¡Ah! pero esta noticia que usted me da es terrible.

—Sí, amigo mío, muy terrible; pero yo no debo ocultar la verdad á una persona tan interesada como usted.

—Pero algo debemos hacer para combatir ese terrible mal.

—En primer lugar, comienzo por decirle á usted que este clima frío y desigual de Madrid es terriblemente fatal para los enfermos del pecho.

—Pues bien; lo llevaré á Italia si á usted le parece.

—Nó, no hay necesidad de ir tan lejos. Los españoles,—añadió el doctor sonriéndose,—tenemos la mala costumbre de creer que cuando uno está enfermo del pecho, el hermoso clima de Italia le restablece y cura, olvidando que tenemos muchas provincias tan saludables para esa penosa y terrible enfermedad como puede haberlas en el extranjero. Por ejemplo, yo creo que el clima de Alicante podrá serle útil á Ernesto llevando una vida ejemplar y un gran método. Pero como yo no quiero nunca que usted me tache de ignorante, vuelvo á repetir que su sobrino de usted se halla bastante grave.

—¿Y crée usted que Ernesto podrá resistir las fatigas de un viaje?

—Hoy los ricos viajan con bastante comodidad. Se

manda poner un coche-cama, y llegará perfectamente á Alicante.

—Entonces partiremos mañana.

—Sí, sí, conviene no perder el tiempo.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿quién lo había de decir?

—¡Ah! conviene que no olvide usted el sistema que siguen los ingleses que acuden á Alicante enfermos del pecho.

—¿Y qué sistema es ese?

—Comer á todo pasto las ricas uvas que da el país. Es un gran tónico para los pulmones.

—Ahora, amigo mío, yo he terminado ya mis ocupaciones en esta casa. Quiera Dios que bajo el hermoso sol de Alicante, y aspirando sus templadas brisas, encuentre el barón de Labra la salud que necesita.

. . . . . .

. . . . . .

Aquella misma noche, don Joaquín sentado junto á la chimenea de su despacho, mantenía el siguiente diálogo con Marieta, á quien había mandado á llamar para participarla las disposiciones del médico.

—Hija mía, tengo que dar á usted una mala noticia.

La bailarina miró con sobresalto á don Joaquín, pero guardó silencio.

—Sí, una mala noticia. Ernesto está peor de lo que nosotros creemos.

—Pero si el médico se ha despedido, si lo ha dado de alta.

—Sí, sí; pero el señor Méndez, que es uno de los me-

jores médicos de Madrid, si bien ha concluído sus funciones como facultativo junto al lecho de mi sobrino, pues nada puede hacer ya la ciencia, y el restablecimiento completo de Ernesto sólo puede esperarse de la naturaleza, me ha manifestado con toda claridad el estado de esa pícara herida, que si bien exteriormente tiene todo el carácter de una completa curación, ha dejado en su parte interna el soplo de la muerte.

—Pero, Dios mío, yo no puedo comprender lo que usted me dice.

—La sorpresa, el asombro de usted es natural. A mí me ha sucedido lo mismo. Pero dice el doctor Méndez, que teme que una esquirla, uno de esos pedazos de huesos pertenecientes á las costillas, está hiriendo fatalmente el pulmón lesionado.

—¿Y no hay remedio para eso?

—El doctor me ha aconsejado que abandone Ernesto este clima frío, seco, desigual, de Madrid.

—¿Y ha indicado el punto donde debe ir?

—A Alicante.

—Pues bien; llevémosle allí sin perdida de tiempo.

Y Marieta, como si estuviese arrepentida del arranque con que había pronunciado sus palabras, repuso:

—¡Ah! yo no tengo ningún derecho para acompañarle.

Y cubriéndose el rostro con las manos, comenzó á llorar.

Don Joaquín, enternecido ante aquella exclamación que parecía brotar del fondo del alma de la bailarina, la cogió cariñosamente una de las manos, y la dijo:

—¿Que no tiene usted derecho? ¿Quién podría impedir á usted que nos acompañase?

—La maledicencia, señor don Joaquín.

—¡Bah! ¿quién hace caso de la maledicencia en estos tiempos? Si usted quiere prestarnos el gran servicio y el gran favor de venir con nosotros, puede reírse de lo que diga la gente. Además, aquí nos hemos acostumbrado á mirarla á usted como de la familia, y tanto á Ernesto como á mí nos causaría un gran disgusto que usted, por ciertos escrúpulos de conciencia que á nadie importan, se separara de nosotros. Desde el momento en que el doctor Méndez me indicó el plan curativo de mi sobrino, yo conté con que usted nos acompañaría. No se hable, pues, más del asunto. Usted es la encargada de participar á Ernesto nuestro próximo viaje. Yo, mientras tanto, dispondré que parta en el primer tren de mañana Ventura, para que nos tome las dos mejores habitaciones en la fonda del *Vapor*, y luego que se traslade á la hermosa huerta de Alicante para alquilarnos ó comprarnos una de aquellas hermosas quintas rodeadas de flores y perfumes y embellecidas por el hermoso azul de aquel cielo, siempre radiante y bello. Sí, sí; el doctor Méndez tiene razón; el cielo de Alicante es tan hermoso ó más que el de Italia.

Y como Marieta continuara llorando, don Joaquín añadió, deseando poner término á aquella escena:

—Vamos, hija mía, vamos, enjugue usted sus ojos; conviene que el pobrecito Ernesto no sepa la gravedad de su dolencia; y después de todo, quién sabe, es preciso tener confianza en Dios. Si Alicante no le prueba, reco-

rreremos el mundo, si es preciso, para buscar un clima que le devuelva la salud.

—¡Ah! ¡cuánto debe amarle á usted Ernesto!

Y Marieta, arrodillándose á los piés de don Joaquín, le cogió una mano y la besó con ternura, añadiendo:

—Si Ernesto no amara á un hombre tan bueno como usted, sería el hombre más despreciable, más ingrato del mundo.

—Vamos, hija mía, vamos, basta de lágrimas. Yo sólo cumplo con mi deber, y confío que Ernesto cumplirá también con el suyo. Vaya usted á disponerle para la partida; pero, por Dios, que no sospeche la gravedad de su mal.

Y don Joaquín acompañó hasta la puerta á Marieta.

Cuando se quedó solo tiró del llamador de la campanilla.

Un criado se presentó á recibir órdenes.

—Diga usted á Ventura que necesito hablarle al momento.

Algunos minutos después, Ventura entraba en el despacho de don Joaquín.

—Amigo Ventura,—le dijo,—nuestro pobre Ernesto se halla muy enfermo.

—Sí, ya lo sé,—contestó Ventura.

—El doctor Méndez me ha recomendado que salga inmediatamente de Madrid, aconsejándome que pase los tres meses rigurosos del invierno en Alicante, cuyo clima es muy favorable á las enfermedades del pecho. Por consiguiente, no quiero perder el tiempo. Nosotros partire-

mos dentro de dos ó tres días; pero necesito que usted parta mañana en el primer tren para disponerlo todo.

—Estoy á las órdenes de usted, señor don Joaquín.

—Tan pronto como llegue usted á Alicante, tomará las dos mejores habitaciones de la fonda del *Vapor*, y luego, trasladándose á la Huerta, procurará comprar ó alquilar una casita de campo, lo más próxima posible al mar. Lleva usted amplias facultades para tenernos dispuesta una habitación cómoda y agradable. Tengo confianza en que usted desempeñará perfectamente este encargo que le doy. Ahora, amigo mío, dispóngalo usted todo para partir mañana.

CAPITULO V

LA PRIMER MAÑANA

Ventura desempeñó la comisión que le había dado don Joaquín. Tuvo la fortuna de encontrar una preciosa casa de campo, situada á cuatrocientos metros del mar, y que tenía todas las comodidades apetecibles.

Construída aquella preciosa quinta por un inglés que había recobrado la salud bajo el benigno clima de Alicante, Ventura pudo adquirirla por quince mil duros perfectamente amueblada.

Persuadido de que había hecho una buena compra, esperó satisfecho de sí mismo la llegada de los señores.

Don Joaquín, Ernesto, Marieta, Zulma, dos criados y un ama de gobierno, llegaron á Alicante, trasladándose en un ómnibus á la casa de campo.

Como Ernesto llegaba algo fatigado del viaje, se instaló en una habitación de la quinta destinada por Ven-

tura á su señorito. Esta habitación tenía dos balcones que daban al mar, y allí, sentado en una butaca y extendiendo la vista por el vasto y hermoso horizonte que se presentaba ante sus ojos, exclamó llevándose una mano al pecho:

—¡Ah! ¡qué bien me siento aquí! Este tibio ambiente que penetra en mi pecho debe ser muy saludable. Creo que hemos hecho muy bien, querido tío, en abandonar á Madrid.

Ernesto pronunció estas palabras con voz débil, angustiosa; el terrible mal que minaba su pecho iba imprimiendo en su rostro pálido y demacrado fatídicas huellas.

Como Ernesto demostró deseos de descansar, don Joaquín y Marieta le dejaron solo, y acompañados de Ventura fueron á reconocer la casa.

Durante esta excursión la bailarina se apoyaba en el brazo del anciano millonario, que no cesaba de celebrar la compra hecha por Ventura. En aquel precioso nido no faltaba nada.

En el jardín había una caprichosa y elegante pajarera, llena de multitud de avecillas y rodeada por ocho azomos que perfumaban el ambiente.

Don Joaquín eligió una habitación para él en el piso principal, destinando un elegante gabinete estucado de blanco con alcoba y cuarto tocador para Marieta, situado en el piso bajo y cerca de las habitaciones que iba á ocupar Ernesto.

Para que nada faltara, Marieta vió con cierta alegría un piano de Pleyel en el comedor.

—¡Ah! si Dios hace que Ernesto recobre la salud, creo que pasaremos agradablemente el invierno en esta hermosa quinta.

—Sí, sí; Ventura ha tenido gusto en comprar esta casa. Estoy contento de la adquisición.

—Aun falta ver mucho, señor don Joaquín,—contestó Ventura.

—¿Y qué falta?

—Toma, el corral, donde hay una buena cantidad de gallinas y patos; el palomar, con más de cincuenta pares de palomas; la cuadra, con un par de jacas tordas, y la cochera, donde tenemos un bonito y elegante faetón.

—Bien, bien, todo eso lo veremos otro día. Ahora lo primero es que nos conduzcas al comedor, porque supongo que te habrás acordado de que yo almuerzo, ¿eh?

—Todo está dispuesto.

El primer efecto había sido bueno.

La quinta era del gusto de todos, y se pasó el día agradablemente.

A la mañana siguiente, Ernesto parecía encontrarse mejor.

Se asomó al balcón, y se quedó algunos momentos en dulce éxtasis contemplando el mar.

Una pequeña lancha, sin más que una sola vela latina, iba dando orzadas como una juguetona paviota á poca distancia de la orilla.

Ernesto distinguía perfectamente los dos únicos tripulantes de la lancha.

Eran un hombre de cabellos canos y un niño que apenas contaría doce años de edad.

Un suspiro se escapó de su pecho al ver la robustez de aquel niño y la firmeza del anciano, que sentado junto al timón dirigía su frágil navecilla.

En esto exclamó como hablando consigo mismo:

—¡Dios es justo! Hé ahí un padre que con su hijo habrá salido á media noche de su cabaña á buscar con su trabajo en el fondo del mar el sustento de su familia. ¡Cuántas veces me habré yo gastado en una sola noche lo que hubiera sido suficiente para asegurar el porvenir de esos honrados hijos del trabajo! Dios, sin embargo, premia sus afanes concediéndoles una gran salud, y castiga mis vicios condenándome á una agonía lenta y penosa.

Ernesto apoyó los codos en la barandilla del balcón, y dejó caer la frente en las palmas de las manos.

Así permaneció algunos segundos, hasta que una voz, que siempre resonaba dulcemente en su corazón, pronunció á su oído estas palabras:

—¿Qué tienes, Ernesto?

—¡Ah! ¿eres tú, Marieta?

—Te has levantado más temprano que deberías.

—¿Hay nada tan saludable como la luz del alba, sobre todo en un país como este, en que no se conoce el frío? ¿Hay nada tan hermoso como contemplar ese sol que refleja puro y radiante sobre las tranquilas aguas del mar?

Y cogiendo una de las manos de Marieta, y llevándola á su pecho con ademán apasionado, añadió:

—Nunca me ha parecido más bella la vida que en es-

tos instantes. Tengo hambre de vivir; necesidad de ver ese sol, ese cielo, ese poético horizonte. Y esto es, sin duda, Marieta mía, porque siento algo desconocido dentro de mi sér, que me anuncia que el soplo de la muerte circula por mis venas.

—¿Estás loco?—repuso Marieta, colocando la mano que le quedaba libre sobre la frente de Ernesto.

—Nó, no estoy loco; es que me siento débil, es que esta fatal herida que recibió mi pecho será causa de mi muerte. Yo no he querido revelarte mis sospechas, mis justos temores. Cuando me anunciaste que me sería conveniente abandonar el clima frío de Madrid, yo ya sabía que no era una idea tuya, sinó un consejo del médico. De todos modos, acepté con gusto este viaje, porque á los treinta años siempre se tiene una esperanza en el alma.

—¡Ah! tú no morirás, nó, Ernesto. Desecha esos temores, tranquiliza tu espíritu. Yo te aseguro que han de bastar algunos meses de permanencia bajo este cielo benéfico para restablecerte completamente.

Ernesto agitó con cierta melancolía la cabeza, y luego, extendiendo el brazo en dirección á la barquilla que continuaba dando orzadas, añadió:

—¿Ves aquella ligera nave? ¿ves el niño y el anciano que la tripulan? Pues bien; esos seres, á pesar de su pobreza, son más felices que yo.

—¡Más felices! ¿Y por qué, Ernesto?—preguntó Marieta.

—Porque ellos poseen indudablemente las dos grandes

fortunas de la criatura: la salud del cuerpo, la paz del alma.

—Veo, querido Ernesto, que esta mañana te has levantado muy melancólico, y no tienes en verdad motivo para entristecerte. Desecha, pues, la aprensión y...

—Nó, no es aprensión, Marieta. Todas las tardes se apodera de mi cuerpo una calentura que no me abandona hasta las cuatro de la mañana. Una tos seca, frecuente, pertinaz, interrumpe mi sueño, y un dolor hondo, melancólico, hiere mi pecho. Cuando abandono la cama, corro al espejo á observar sobre el cristal los progresos de la enfermedad que me devora. La inapetencia, la demacración, la debilidad van en aumento. Yo no soy aquel joven fuerte, robusto, que podía soportar las fatigas de una orgía y las digestiones de un banquete sibarítico. Soy un sér débil, enfermizo, á quien ofende una ráfaga de viento, á quien trastorna el solo olor de la comida; un hombre envejecido antes de tiempo, que va inclinándose á pesar suyo hacia la tierra, como si caminara por el mundo en busca de su sepultura.

—¡Por Dios, Ernesto! te estás atormentando, y me haces sufrir mucho.

Ernesto hizo un esfuerzo violento, se irguió, y soltando una intempestiva carcajada, añadió:

—Sí, sí, dices bien; es una cobardía pensar en la muerte. Dame el brazo, Marieta, dame el brazo, y vamos hasta la orilla del mar para respirar el ambiente saludable de la mañana.

—Sí, dices bien, no pensemos en la muerte: vamos adonde quieras.

—¿Te gustaría dar un paseo en esa barquilla que se divisa?

—Yo quiero todo lo que tú quieras.

—Entonces, ya que ese buen marinero ha llamado nuestra atención, ya que yo he envidiado su suerte, quiero que se acuerde de este día.

Y Ernesto, abriendo el cajón de una mesa, sacó algunas monedas de oro, que guardó en el bolsillo de su chaleco, y luego, apoyado en el brazo de Marieta, se dirigió hacia la orilla del mar.

Como Ernesto se fatigaba, caminaban muy despacio.

Por dos veces tuvo Marieta que detenerse para que descansara algunos segundos.

Por fin llegaron á la orilla.

—La lancha continuaba sus orzadas, y de vez en cuando se veía al niño inclinarse sobre las bandas de la barca, sacar los aparejos del agua, recojer algunos peces que habían caído en los anzuelos, y volverlos á cebar.

Ernesto sacó el pañuelo y lo agitó en el aire como haciendo una señal á los de la barca.

Al principio, los pescadores no hicieron caso; pero ya por fin comprendieron que se les llamaba.

Entonces el marinero de los cabellos canos se puso en pié sobre el banquillo de popa, y dijo con una voz que llegó clara y sonora hasta la orilla:

—¿Nos llaman ustedes á nosotros?

Ernesto indicó con el pañuelo que sí, y entonces el

marinero imprimió un movimiento al timón, y la barca viró dirigiendo la proa hacia la orilla.

Cuando estuvieron á cuatro brazas de tierra, Ernesto, esforzando su voz, dijo:

—¿Buen amigo, quiere usted ganarse hoy un buen jornal?

—Los pobres siempre estamos á punto de ganar un jornal.

—Pues bien; atraque usted donde podamos embarcarnos. Queremos darnos un paseo y verle á usted pescar.

—Atracar es bastante difícil en esta parte, porque el mar aquí apenas tiene tres piés de fondo; pero si ustedes quieren les puedo conducir hasta la lancha en brazos y cuando se cansen de pasear los desembarcaré en el puerto.

—¿Te atreves, Marieta?—preguntó Ernesto.

—¿Y por qué nó, puesto que tú deseas pasearte?

—Buen hombre, acepto la proposición—añadió Ernesto dirigiéndose al marinero.

El pescador se echó resueltamente desde la lancha al agua. El agua apenas le cubría las rodillas.

Llegó á la orilla, cogió á Ernesto en brazos con la misma agilidad que si se hubiera tratado de un niño de cuatro años, y le condujo á la barca; luego volvió por Marieta, y cuando los dos estuvieron á bordo, colocó sobre uno de los banquillos de la lancha una manta, y dijo:

—Estoy á las órdenes de ustedes.

—Nosotros lo que deseamos es pasearnos un poco viéndoles á ustedes pescar.

—Entonces manos á la obra; tú, Salvador, á cuidar de los anzuelos, yo del timón.

La barca giró pausadamente hasta presentar la popa hacia la tierra.

La vela comenzó á hincharse á impulsos de la brisa matinal, y la frágil navecilla se deslizó suavemente sobre la tersa superficie del mar.

CAPITULO VI

EN EL MAR

Durante algunos minutos, Marieta y Ernesto guardaron silencio, entretenidos en contemplar los peces que coleaban dentro de una banasta en el fondo de la barca. Aquel niño de doce años de edad, de fisonomía inteligente, fuerte y robusto, demostraba una gran agilidad en su oficio. El anciano, mudo, silencioso, grave, sentado en el banquillo de popa, con la mano derecha en el timón y la mirada indiferente, no tenía nunca que reprender al muchacho.

—¿Es hijo de usted este niño?—preguntó indiferentemente Ernesto.

—Nó, señor; es hijo de mi hijo, es mi nieto. Su pobre padre murió en el bombardeo del Callao.

—¡Ah! entonces es hijo de uno de los valientes marineros que á tanta altura pusieron nuestro pabellón en el Pacífico.

—Sí, señor,—contestó el anciano con acento conmovido.—Mi hijo Tomás era cabo de cañón, sus jefes le querían mucho, y en verdad que tenían motivos para ello, no es porque sea mi hijo. Se hallaba tripulando la «Blanca,» cuando en aquel funesto día una bala se encargó de cortar el hilo de su existencia. El pobre ni aun tuvo tiempo para enviar el último adiós á su hijo. Pero, en fin, Dios lo ha querido así, y él me da fuerzas para que, á pesar de mis sesenta años, pueda servir de padre á Salvador.

—¿Y el gobierno no ha hecho nada por este pobre niño?—preguntó Marieta.

—El gobierno cuando muere un soldado, si es á bordo lo arroja al agua, si es en tierra hace un hoyo, le cubre un poco, y aquí paz y después gloria. Pero nosotros los pobres tenemos poca ambición, y con ganar un pedazo de pan nos damos por contentos. Es verdad, que si Tomás no hubiera muerto, á su regreso del servicio tal vez nos hubiera sido fácil comprar un pequeño falucho para hacer el comercio de cabotaje, y no nos veríamos en la precisión de pagar por esta lancha la tercera parte de lo que ganamos.

Marieta y Ernesto cambiaron una mirada.

El marinero, sin saberlo, había conducido la conversación al punto que ellos deseaban.

—¿De modo que esta lancha no es de usted?

—¡Oh! si fuera mía, ¿para qué quería yo más? Me quedarían las ganancias libres, sin verme obligado á dar una parte á nadie; y luego, cuando Salvador fuera hom-

bre, cuando yo no pudiese por mis años manejar el timón, él podría ganar el sustento de toda la familia, es decir, de su madre, de su abuela y de su abuelo.

—Pues bien, buen hombre: ya que la casualidad ha hecho que nos conozcamos, quiero que tenga usted un recuerdo de este día.

Y Ernesto, sacando un puñado de monedas de oro de su bolsillo, las dejó en el banco donde estaba sentado el viejo marinero.

—Ese oro es de usted, yo se lo regalo. Puede encargar una lancha nueva de mejores condiciones que esta, si así lo desea; y como supongo que no tendrá usted bastante dinero con el que acabo de darle, yo vivo en esa casa de campo que se distingue desde aquí; puede venir á verme, y le entregaré la cantidad que le falte para realizar sus deseos.

—¿Pero es de veras que me da usted todo este oro?

—Sí, señor. Y además de este oro,—añadió Ernesto sonriendo,—le ofrezco la cantidad que le falte para acabar de pagar la barca. Quiero que Salvador, el hijo del valiente marinero que murió en el Callao, sea propietario y no tenga que dar á nadie una parte de su trabajo.

—¡Pero, señor!—exclamó el viejo marinero, abandonando el timón y juntando las manos,—¿es verdad lo que á mí me sucede? ¿Podremos tener por fin una barca de nuestra propiedad?

—Tan cierto, amigo mío, como ese sol que nos alumbra.

—Pero ¿qué ángel bueno le ha colocado á usted en

mi camino? Esto es un milagro de la Santa Faz de Alicante.

—Esto sencillamente es una casualidad.

—Pero, Salvador, ¿tú no oye lo que dice este caballero?

—Ya lo creo que lo oigo, abuelito, y estoy muy contento.

—¿Y no vas á besar la tierra que pisan sus piés?

El chico miró á Ernesto con la boca abierta y sin atreverse á mover de aquel sitio; pero el anciano, más resuelto ó más conocedor del beneficio que aquel desconocido le hacía, se levantó abandonando el timón, y ya iba á dirigirse donde estaban Marieta y Ernesto, cuando éste le dijo riéndose:

—Cuidado, amigo mío, no abandone usted el timón, no sea que por demostrarme su agradecimiento naufraguemos.

—¡Naufragar! ¡naufragar usted! me arrojaría yo mil veces al mar por salvarle.

—Y yo también, abuelito, y yo también,—dijo á su vez Salvador.—¡Qué contentas se van á poner mi madre y mi abuela cuando sepan la fortuna que se nos ha entrado en nuestra barca!

—Ya lo creo que se pondrán contentas; bailarán de gozo. Irán á ver á este señor y á esta señorita para demostrarles que somos pobres, pero que nos daría vergüenza ser ingratos.

—¿Cómo se llama usted?

—Tomás, como mi difunto hijo, para servir á Dios y á usted.

—Pues bien, querido Tomás; yo le ruego á usted que no hablemos más de semejante asunto. Lo dicho dicho: aquella es mi casa; cuando guste puede venir á pedirme lo que le falte para el pago de la barca.

—Bueno, si usted me manda que calle, callaré; pero en silencio le estaré echando á usted bendiciones toda mi vida.

El viejo marinero volvió á sentarse en el banquillo de popa, cogió el timón y guardó silencio.

—¡Ah! Marieta,—dijo Ernesto en voz baja á su compañera,—¡qué satisfacción tan grande se siente cuando se hace bien! ¡A cuán poca costa puede un rico hacer la felicidad de un pobre! Estoy seguro de que cuando estos honrados marineros lleguen á su casa, la alegría de su familia será inmensa.

—Has hecho bien, Ernesto, has hecho bien, asegurando con un puñado de oro el porvenir de ese niño; Dios no olvida las buenas acciones. ¡Dichoso del que en la tierra puede enjugar las lágrimas del que llora.

El paseo por mar duró más de dos horas.

Mientras tanto don Joaquín, que se había también levantado muy temprano, se dirigió á la habitación de su sobrino, y no encontrándole, encaminóse al gabinete de Marieta.

—¡Calle! ¡es extraño!—se dijo hablando consigo mismo; —¿dónde habrán ido? Tal vez se hallarán en el jardín.

Recorrió todo el jardín sin encontrarles, y entonces preguntó á Ventura:

—¿Has visto tú á Ernesto y á Marieta?

—Nó, señor; estaba esperando aquí que me llamara.

—¡Es extraño, no los encuentro en sus habitaciones!

—Tal vez habrán ido á dar un paseo por las orillas del mar, como la mañana está tan hermosa.

—¡Bah! Ernesto está muy débil, no puede pasear.

—Sin embargo, no encontrándose en su habitación ni en el jardín, es indudable que se ha marchado á alguna parte.

Don Joaquín, que comenzaba á sentirse inquieto con la desaparición de su sobrino y Marieta, añadió:

—Mira, soy de parecer que subamos á la azotea con el anteojo de larga vista. Desde allí se domina todo, y si han salido á paseo por las orillas del mar, los veremos pronto.

—Como usted guste.

Ventura fué en busca del anteojo, mientras don Joaquín subía poco á poco á la azotea.

El punto de vista que desde allí se disfrutaba era admirable. Por la parte de tierra hermosos jardines, productivas huertas, se extendían hasta la falda de un cerro que cerraba aquel poético paisaje con su anfiteatro de granito; por la parte de mar, un horizonte limpio y dilatado, siempre nuevo, siempre entretenido, viendo ahora cruzar un vapor con su melena de humo, luego un buque de tres palos con velas extendidas, y multitud de lanchas y faluchos cruzando en todas direcciones.

Ventura armó el catalejo y lo entregó á don Joaquín, que lo dirigió en vano hacia todas partes buscando á su sobrino.

—A esa pareja, indudablemente se los ha tragado la tierra. Toma, toma, no los veo por ninguna parte.

Cogió el anteojo Ventura, y comenzó á mirar á su vez; apenas habrían trascurrido dos minutos, cuando exhalando un grito, dijo:

—Los encontré.

—¿A quién?

—Al señorito Ernesto y á la señorita Marieta.

—¿Pero dónde diablos están?

—¿Ve usted aquella lancha que se mece tranquilamente á unas cuatrocientas brazas de la orilla?

—Sí, la veo perfectamente.

—¿Y no distingue usted dos personas sentadas en uno de sus banquillos?

—Francamente, mi vista no alcanza tanto.

—Pues entonces sírvase usted del anteojo, y los verá sin ningún género de duda.

Don Joaquín cogió el catalejo, y después de algunos segundos, durante los cuales estuvo buscando la pequeña embarcación que le había indicado Ventura, exclamó:

—¡Ah! tunantes; ya los veo. Tienes razón. ¡Vaya una ocurrencia!

Y entregando el anteojo á Ventura, añadió:

—Vamos, vamos hacia la orilla del mar, y les haremos señas para que atraquen y nos admitan á bordo.

CAPÍTULO VII

LA MUERTE

Desde aquel día, Tomás el pescador se presentaba todas las mañanas con su barquilla frente á la hermosa alquería de Ernesto á esperar sus órdenes.

Grande, inmensa fué la alegría de la familia del viejo marinero cuando éste le refirió su buen encuentro con el señorito enfermo.

Los pobres demuestran su agradecimiento pidiendo á Dios colme de felicidades á sus bienhechores y derramando abundantes lágrimas.

Ernesto cumplió la palabra que había dado á Tomás el pescador: le entregó la cantidad suficiente para comprar una lancha con todos sus aparejos, á la que el viejo Tomás puso el nombre de «María,» porque así se llamaba la compañera de su generoso bienhechor.

Don Joaquín aplaudió y celebró mucho el rasgo de su sobrino, y por su parte dió también otro puñado de oro para que la familia del viejo pescador se comprara lo que más falta le hiciera.

El día en que por primera vez se presentó anclada la lancha nueva en la próxima orilla de la quinta, Tomás para probar la docilidad de su embarcación, estuvo haciéndola maniobrar á la vista de sus bienhechores; y Ernesto, que en su vida se había ocupado de los pobres, que no conocía el bienestar que proporciona al alma el agradecimiento de una buena obra, sintió por la primera vez en su vida algo que refrescaba su alma, algo que endulzaba los dolores de su pecho.

Nada tenía, pues, de particular que el marinero Tomás se presentara todas las mañanas al romper el alba á recibir órdenes. Un deber de gratitud á ello le obligaba.

Cuando Ernesto y Marieta querían dar un paseo, allí tenían la barca dispuesta. Cuando preferían permanecer en casa, Tomás y Salvador se dedicaban á la pesca, satisfechos de haber cumplido con su deber.

El tiempo, mientras tanto, que por nada ni por nadie se detiene, iba trascurriendo. La primaveral temperatura, la belleza del cielo, el perfume de las flores, las saludables brisas del mar que disfrutaba Ernesto en el benigno clima de Alicante, no eran bastante poderosos para devolverle la fuerza y la salud.

De día en día iba agravándose su mal; su tos era más pertinaz, sus dolores más agudos, su calentura más viva, su debilidad más extrema, su inapetencia

más marcada, su malestar, en fin, más fatigoso, más pesado.

El pobre enfermo, como el sentenciado á muerte, sabía pasarse una y otra hora sentado en una butaca junto al balcón, dejando vagar su triste é indecisa mirada por el vasto horizonte que se extendía ante sus ojos.

Durante estos períodos de triste y melancólica meditación, el benéfico sol de invierno bañaba su cuerpo.

Otras veces, apoyado en el brazo de Marieta, daba un corto paseo por el jardín, aspirando con avaricia el perfume de las flores, ó bien sentado en un banco enfrente de la pajarera se entretenía en ver revolotear á las alegres y frágiles avecillas, á quienes el capricho de un rico había robado la libertad.

La deplorable situación de Ernesto, la eterna melancolía del enfermo, comenzaba á extender un velo triste, sombrío, sobre aquel poético nido que les servía de albergue.

Otras veces, Marieta sorprendía á Ernesto con el rostro hundido entre las manos y llorando.

—¿Qué tienes, Ernesto mío?—le preguntaba la bailarina con ternura.

El barón de Labra levantaba entonces la frente, fijaba en su querida una mirada melancólica, y haciendo un esfuerzo para sonreirse, contestaba:

—¿Qué quieres que tenga? Nada, absolutamente nada.

—¿Entonces, á qué viene esa eterna melancolía, esa tristeza si fin?

—Escucha, Marieta,—añadía Ernesto, cogiéndola una de sus manos y acariciándola entre las suyas,—¿has visto tú alguna vez á la muerte?

—¡Vaya una pregunta!

—Sí, es muy extraña; pero contesta: ¿has visto alguna vez á la muerte?

—Nunca.

—Pues si la vieras un solo instante, el tiempo rápido tan sólo que emplea una estrella en esas noches serenas para cambiar de puesto, yo te aseguro que no se borraría nunca de tu imaginación.

—¿Pero has visto tú por desgracia esa muerte de que me hablas?—preguntó Marieta esforzándose por sonreír.

—Sí, la he visto, ó por mejor decir, la veo siempre, hasta en las hermosas niñas de tus ojos.

—¡Jesús! no digas desatinos, Ernesto.

—No creas que mis palabras son hijas de esta pertinaz calentura que me consume. Veo la muerte en todas partes; y cosa extraña, su vista no me repugna, sinó por el contrario, me es grata, me es querida, me es simpática. Dentro de poco tiempo no la veré más, porque dormiré en sus brazos el sueño eterno.

Y como Marieta guardara silencio entristecida ante aquella melancólica preocupación de su amante, este volvió á decir:

—La muerte que yo veo no tiene nada de repugnante: es un hermoso fantasma, blanco como la nieve que corona las crestas de las montañas, tiene el rostro pálido, la sonrisa triste y los ojos negros como el dolor. Todas las

noches, cuando me dejas solo en mi alcoba, cuando te marchas después de imprimir en mis labios el beso de despedida, la muerte, como si quisiera reemplazarte, se coloca á los piés de mi cama, y enviándome una sonrisa fría y melancólica, fija en mí la triste mirada de sus ojos negros.

—Pero eso será solamente un sueño, Ernesto, un sueño hijo de la debilidad de tu cerebro.

—Nó, nó, Marieta, es una realidad; puesto que la muerte, para presentárseme, espera que me halle solo, y nunca lo hace cuando estoy acompañado. Yo siento en mi pecho penetrar el frío de su mirada y en mi frente el helado soplo de su aliento. Durante largo rato me contempla en silencio; yo por mi parte no me atrevo á interrumpir aquel mutismo, que tiene algo de las tumbas.

Ernesto se detuvo, respiró con fatiga y volvió á decir:

—Luego abandona los piés de mi cama, y caminando sin tocar el suelo ni producir el menor ruído, su largo y flotante ropaje llega hasta mi cabeza, y entonces se sienta en el mismo sillón que tú ocupas cuando vienes á hacerme compañía, y sacando de entre los pliegues de su manto su brazo blanco y descarnado, un brazo por cuyas venas no circula la sangre, coloca dulcemente su mano fría como el mármol sobre mi ardorosa frente, y con una voz cuyo eco no he oído en el mundo de los vivos, me dice: «Ernesto de Fontán, tus horas están contadas; pronto el dedo de Dios borrará tu nombre del gran libro de los vivos y dormirás el sueño eterno en la mansión del silencio. Aparta, pues, tus ojos de la

tierra; fíjalos en el cielo, y aprovecha el corto tiempo que te queda de vida.»

Ernesto volvió á detenerse.

Gruesas gotas de sudor brotaron de su frente; llevóse la mano para enjugarlas, y añadió:

—Después de esta advertencia, la muerte desaparece; me deja en paz algunos minutos, el tiempo necesario para que yo recuerde mi agitada juventud, para que yo sienta en el alma el grito acusador de la conciencia.

—¡La conciencia, Ernesto! ¿Qué daño has hecho tú á los hombres para que pueda remorderte?

—La muerte, sin embargo, vuelve á aparecer flotando en el ambiente de mi alcoba; procuro cerrar los ojos para no verla, y la veo sin embargo. ¡Ah! ella me persigue por todas partes como una maldición. Cuando después de algunas horas de lucha ó de fatiga me rinde el sueño, la veo también. Cuando al despuntar la mañana abro los balcones de mi habitación hambriento de respirar la brisa, la veo también, allá en lontananza, levantarse desde el fondo de los mares, y extendiendo su descarnado brazo hacia mí, oigo su voz que me repite: «Ernesto de Fontán, tu hora se acerca.»

—Pues bien; desde esta noche yo no me separaré de tu lado, y puesto que viene á visitarte cuando te hallas solo, yo ahuyentaré con mi presencia ese fantasma que te atormenta.

Ernesto agitó tristemente la cabeza, y murmuró en voz baja:

—Será en vano, porque ya te he dicho que la veo hasta en sueños.

—Pues bien; yo te aseguro que eso no es más que un efecto de tu calenturienta imaginación.

—Sí, sí; yo quisiera persuadirme de que es una ficción hija de mi debilidad; pero yo la veo, Marieta, la veo como te veo á tí; oigo su voz como oigo la tuya, y siento el contacto de tu mano sobre mi frente, con la única diferencia de que tu mano me da vida y calor, y la mano de la muerte enfría mi sangre.

Y Ernesto después de una ligera pausa, durante la cual respiró para renovar el aire de sus pulmones, añadió con vehemencia:

—Tú me das vida con tus miradas, calor con tus besos; porque yo, Marieta, te amo hoy más que te he amado nunca, hoy que para mí el amor puede decirse que es un imposible, hoy que me están vedadas esas dulces emociones del corazón que constituyen el poema más bello de la juventud.

—¡Ernesto, Ernesto!—exclamó Marieta rodeando con sus brazos el cuello de su amante.

—Sí, te amo más que nunca, porque sé que voy á perderte muy en breve, porque el frío mármol de un sepulcro nos separará para siempre, porque tengo celos de los amantes que han de colmarte de caricias después de mi muerte, porque hay momentos en que la rabia de la impotencia se apodera de mi corazón, y me dan deseos de terminar pronto esta larga y prolongada agonía.

—¡Delirios! ¡delirios de tu mente!—exclamó Marieta colmando de caricias á su amante.—¿Quién piensa en morir cuando todo sonríe en derredor de nosotros? ¿Quién piensa en los celos, cuando tuya es mi voluntad y mi corazón?

Y Marieta, depositando un beso en la frente de Ernesto, añadió con entusiasmo:

—Tú eres joven: reanima, pues, tu espíritu, ayuda á la naturaleza, desecha el miedo, y combate con energía el mal que te enerva, que llena de fantasmas tu cerebro. En vez de pensar en la muerte, ocupa tu imaginación en cosas risueñas; piensa que cuando nazcan las primeras brisas de la primavera emprenderemos un viaje á Italia, durante el cual no nos ocuparemos más que de nuestro amor y nuestra felicidad. ¿Cómo es posible que tú, Ernesto, el joven despreocupado, atrevido, rinda tributo y se espante ante una visión que sólo puede existir en la imaginación de los tímidos? ¿Crées tú que la muerte se presenta bajo una forma corpórea junto á la cabecera de los enfermos? Nó, Ernesto, nó: Dios ha querido librarnos de ese tormento; Dios ha querido que ignoremos cuándo sonará para nosotros ese fatal segundo que separa la vida de la muerte, el ser del no ser; y por eso cuando el enfermo se halla más próximo á perder la existencia, se puebla su mente de risueñas ilusiones y entrevé en el exterior de la agonía un porvenir poblado de poéticas esperanzas, un horizonte lleno de hermosos celajes; bálsamo del moribundo son esos sueños de felicidad para el porvenir, que le rodean en la última

hora de su agonía. Créeme, Ernesto; tú no estás aún tan cerca de la muerte, puesto que te ocupas de ella.

Ernesto, como si las palabras de Marieta le causaran un gran bien, inclinó su frente sobre el pecho de aquella mujer á quien tanto amaba.

CAPITULO VIII

MEDITACIONES

Marieta iba perdiendo las esperanzas de que Ernesto se salvara, y aunque procuraba alentarle con dulces y cariñosas palabras, aunque muchas veces se sonreía ante la palabra muerte pronunciada por su amante, en el fondo de su corazón abrigaba la seguridad de que el último día de aquel desgraciado no estaba lejano.

Todas las noches, después de dejar á Ernesto acostado y despedirse de don Joaquín se encerraba en su habitación, y abriendo una ventana que daba al mar, pasaba una hora entregada á la meditación.

Allí, al dulce resplandor de la luna ó al tímido fulgor de las estrellas, se entregaba á esa vida de la meditación, pensando no pocas veces en el papel que estaba desempeñando en aquella casa.

Marieta había notado que de algunos días á aquella parte don Joaquín iba perdiendo su proverbial ale-

gría; pero no podía aún afirmar si la tristeza del anciano era por el lastimoso estado de su sobrino, ó hija de otra causa.

Aunque la bailarina apenas contaba veinticuatro años de edad, tenía tanta experiencia como una mujer á los cincuenta.

La vida de bastidores hace á las mujeres bonitas vivir un poco de prisa y adquirir un gran conocimiento del mundo.

Marieta, en estas horas de dulce y triste meditación, pensaba muchas cosas, manteniendo á veces terribles batallas consigo misma.

Por otra parte, un hombre astuto, previsor, á quien encontraba con frecuencia en aquella casa, solía decirle en voz baja:

—Adelante, señorita, adelante: la cosa marcha.

Este hombre era Ventura, el ayuda de cámara de Ernesto.

Marieta, para seguir á su amante, se había visto precisada á romper la escritura con el empresario del teatro Real, y su delicadeza le aconsejaba que el día que la muerte paralizara la sangre en las venas de Ernesto, debía despedirse de don Joaquín. Este era el momento grave para la bailarina, y muchas veces solía exclamar exhalando un suspiro:

—¡Ah! verdaderamente es una desgracia que Ernesto se muera, pues tengo la seguridad de que ya no se acuerda de Clotilde, y si él se salvara se casaría conmigo, resolviéndose de una manera ventajosa el problema de mi vida.

Después de esta idea asaltaba otra su mente, y se preguntaba:

—Pero ¿por qué está tan triste don Joaquín? ¿Por qué esquiva mi presencia? ¿Por qué, como en los primeros días que le conocí, ya no se apoya en mi brazo para pasear por el jardín?... ¿Me amará este hombre?... ¿habré logrado interesar su corazón?

Y Marieta, sonriéndose con la satisfacción de la coquetería, apoyaba su hermosa barba en la palma de las manos, y dejando vagar sus miradas por el poético horizonte que se extendía ante sus ojos, murmuraba en voz baja:

—¡Quién sabe!

Luego esta mujer se entregaba á esa multitud de sueños de color de rosa hijos de la ambición.

—Don Joaquín,—se decía,—posée una fortuna inmensa y no ha amado nunca. Todo hombre rinde, tarde ó temprano, tributo á la naturaleza. ¡Quién sabe! tal vez la casualidad me ha colocado delante de ese generoso anciano, para que sea yo la que llame á las puertas de su corazón y le despierte de su tranquilo sueño.

Y Marieta, pasándose la mano por la frente y respirando con fuerza la nocturna brisa del mar, añadía:

—Es preciso pensar un momento con detención en el porvenir. Mientras sea joven y tenga alguna habilidad, probablemente no me faltará un empresario que me ajuste, ni un amante que rinda tributo á mis gracias personales, pagando mis gastos de tocador con más ó menos esplendidez; pero esto es muy efímero, muy pasajero. Cuando se respira el ambiente de los bastidores, se cena

fuerte y se trasnocha mucho, la vida de la mujer se gasta con tanto lujo, que la primera arruga de la vejez aparece muy pronto sobre la frente; entonces los empresarios y los amantes escasean para las artistas. Yo soy aun bastante joven y bastante hermosa para inspirar una pasión. Ernesto vivirá poco. La natural curiosidad de mi sexo me aconseja averigüe la causa de la melancolía de don Joaquín, y si es amor, ¡oh! si es amor, sería yo la mujer más necia del mundo en no aprovecharme; porque cuando un hombre ama por primera vez á los sesenta años, ¡es tan fácil aturdirle!

Y Marieta, sonriéndose de un modo expresivo, repuso:

—Vamos á cuentas. Para una mujer de mis condiciones, el lujo es una necesidad. Yo recuerdo algunas historias tristes de las mujeres de teatro. Madama Nin habitó un palacio, tuvo carruajes, criados con librea, y diamantes. El público llenaba con frecuencia de flores el escenario, aplaudiendo frenéticamente sus admirables piruetas. Madama Nin no se ocupó nunca del porvenir; era hermosa como una hada, y se cuenta que despreció á un príncipe ruso inmensamente rico que la quería hacer su esposa, sin más motivo que porque el príncipe tenía la punta de la nariz extraordinariamente colorada; que no quiso casarse con un embajador inglés, porque era tuerto, y que rompió sus relaciones con un banquero alemán, porque no le gustaban los calamares. Madama Nin, que tantas veces se había burlado de la fortuna en medio de su opulencia y su popularidad, cuando más

arrullada se veía por sus adoradores y los aplausos, contrajo una enfermedad fatal, perdió sus hermosos cabellos, sus pobladas cejas, sus largas pestañas, las elegantes y provocativas formas de su cuerpo; adquirió una demacración y una languidez tan extrema, que se vió precisada á retirarse del teatro, terminando pocos años después triste y melancólicamente su existencia en un asilo de caridad. Nadie volvió á acordarse de ella, y murió llena de remordimientos, de dolor y de desesperación. La historia de madama Nin, como otras muchas por el estilo, debe siempre tenerlas presente una mujer de teatro. El hospital ha abierto sus puertas más de una vez á las celebridades de bastidores en el último período de su vida.

Y Marieta, exhalando un triste suspiro ante el recuerdo de la historia de madama Nin, volvió á decirse:

—Es preciso pensar un poco en el porvenir. Yo vivo bajo el mismo techo de un hombre que posée ciento treinta millones. La juventud y la hermosura, mi único dote, mi único patrimonio, no son eternas en la mujer; una enfermedad puede destruír en pocos días esta fortuna de que estoy tan orgullosa y que tanto admiran los hombres. Sí, sí, aprovechemos el tiempo.

Y Marieta, apoyando la frente en las palmas de las manos, se quedaba inmóvil como la estatua de la meditación.

Por las deducciones que acabamos de consignar, se comprende fácilmente que en el ánimo de aquella mujer habían echado profundas raíces los consejos de Ventura.

No era, pues, el amor, sinó el egoísmo lo que conmovía su corazón.

Las lágrimas que derramaba al encontrarse junto al lecho de su joven amante, viéndole sufrir aquella agonía dolorosa, eran momentáneas, pasajeras, puesto que luego al encontrarse sola, se enjugaba los ojos, y con espíritu sereno dedicaba todo su pensamiento á ocuparse del porvenir.

No es esto decir que Marieta no había amado nunca á Ernesto, nó. Tal vez le amaba, tal vez su corazón latía ante los moribundos besos de su amante. Tal vez la bailarina, si Ernesto hubiese estado sano y robusto, le hubiera preferido á todos los millonarios del mundo; pero Ernesto se moría, y ella iba á quedar de nuevo sola y abandonada y sujeta á los caprichos de la fortuna.

Lo único que podría acusarla á aquella mujer, era la frialdad calculadora con que se ocupaba del porvenir junto al lecho de su moribundo amante.

Pero había sufrido tantas decepciones en su vida, conocía tan profundamente el corazón del hombre, que había sonado para ella la hora de ese paréntesis provechoso que suelen hacer muy pocas veces las mujeres hermosas.

Marieta había comenzado á amar con toda la fuerza de su alma impresionable á los quince años. Su primer amante, después de conseguir de ella todo lo que una joven inexperta y apasionada puede conceder al hombre que ama en una hora de locura, satisfecho con su victoria, se había encogido de hombros, sonriendo ante sus lágrimas con la pedantería del triunfo.

Aquel hombre egoísta clavó la primera espina en el corazón de Marieta, y haciéndole formar un mal concepto del sexo fuerte, comprendiendo que ningún hombre era digno de que los ojos de una mujer hermosa se enrojecieran con las lágrimas por él, y que su arma poderosa consistía en la coquetería, comenzó para ella una nueva vida.

Marieta había recorrido Europa entera burlándose de sus amantes, y pasando alegre y feliz la vida.

Para ella un adorador no era más que un socio que se encargaba de la cuenta de la modista y de algunas otras bagatelas caseras.

Debemos decir, en honor de la verdad, que después de su primer amante, el hombre que más había amado era Ernesto.

Sin embargo, este amor no se parecía en nada al que siente la virgen pudorosa por el hombre que ha conmovido su alma por primera vez.

La situación, ó por mejor decir, el local donde uno se encuentra, convida más ó menos á la meditación. Marieta, viviendo en el teatro, en el pleno goce de la vida de bastidores, no se hubiera ocupado más que de sus trajes, de sus flores, de su tocador, de sus alegres cenas, de sus amantes y de los aplausos del público; porque el teatro aturde, fascina, no da tiempo para pensar en otra cosa que en esa vida activa del momento.

Pero Marieta se encontraba á la orilla del mar, habitando una casa de campo, tranquila, solitaria, viéndose rodeada de ese silencio religioso de los campos que tanto

convida á la meditación. Allí no se escuchaban, ni los aplausos del público, ni los melodiosos acordes de la orquesta, ni el dulce arrullo de las palabras de amor de sus adoradores. Allí sólo se escuchaban las brisas del mar quebrándose entre las flotantes ramas de los árboles; el tosco y melancólico canto de los marineros, el murmullo acompasado de las olas, y los gemidos de dolor de un moribundo.

La vida de Marieta era muy distinta á la que había llevado hasta entonces.

En medio de aquella soledad, no podía hacer otra cosa que entregarse á la vida de los recuerdos, á la meditación.

Como el fatigado viajero que se sienta á la falda de un monte para recobrar el perdido aliento, y dirige afanosas miradas hacia la cima de la montaña que ha de escalar para poner término á su viaje, ella también, en aquel entreacto de su vida, en aquel paréntesis de calma de su agitada existencia, dirigía una mirada hacia el porvenir, recordando la triste historia de Madama Nin.

Por eso pasaba una y otra hora asomada á aquella ventana, con los ojos fijos en el mar, gozándose en la contemplación de aquel horizonte vasto y poético que se extendía ante su mirada.

LIBRO CATORCE

TENDER LAS REDES

CAPÍTULO PRIMERO

EL CONSEJERO DE LA BAILARINA

Ernesto se agravaba.

Su rostro tenía una palidez trasparente y brillante. Sus ojos, hundidos y rodeados de un círculo oscuro, dirigían con frecuencia en derredor suyo miradas tristes, melancólicas, vagas como esa idea de la eternidad que se agita en la mente de los incrédulos.

Hablaba poco, y apenas quería salir de su habitación.

Cuando la idea de la muerte se encarna en el cerebro de un enfermo, parece como que halla cierto encanto con la soledad; el ruído de la vida le molesta; la salud que rebosa en el rostro de aquellos que le cuidan le causa envidia, y como si temiera que le faltasen las fuerzas para dar el último adiós á todo cuanto le rodea lleno de luz y animación, economiza las palabras y se encierra en un mutismo desesperante.

La muerte es muy triste cuando el enfermo tiene la desgracia de verla llegar poco á poco hasta su lecho, en busca de su presa.

En estas horas de melancólica soledad, de tristeza infinita, Ernesto veía pasar, como á través de los cristales de un panorama, su agitada y alegre juventud, y era que toda la vida, reconcentrada en el cerebro, se complacía en recordarle el pasado sin olvidar el menor de los detalles.

Como *Hamlet*, la fantástica y poética creación de Shakspeare, solía repetirse muchas veces:

—Ser ó no ser: hé aquí el problema que aún no han resuelto los hombres. ¿Qué hay después de la muerte? ¿Es el principio de una nueva vida como aseguran algunos sabios, ó la nada como afirman otros? ¿Por qué se teme tanto la muerte, si al terminar la vida comienza para nosotros una existencia despojada de las penalidades y miserias que se sufren en este valle de lágrimas?

Y Ernesto después de dirigirse estas preguntas, á las que no podía contestarse, dejando asomar á sus labios una sonrisa amarga, á través de la cual podría adivinarse el alma del escéptico, se encogía de hombros, murmurando en voz baja:

—Yo resolveré pronto el problema. La luz de mi existencia vacila, se apagará muy en breve.

Y dejando caer la frente sobre las manos, ó dirigiendo una mirada hacia el dilatado horizonte del mar, permanecía inmóvil en triste contemplación, como si la sangre de sus venas hubiera dejado de circular.

Así pasaban los días; así trascurrían los noches, y la enfermedad iba germinando en el pecho de Ernesto, concluyendo poco á poco con su naturaleza, y empujándole hacia el sepulcro.

Todos los días se presentaba Tomás el pescador á recibir órdenes, porque aquel honrado hijo del trabajo era agradecido.

Ventura le decía:

—El señorito Ernesto no tiene hoy ganas de pasear.

—Otro día será,—contestaba el viejo marinero.

Y exhalando un suspiro, añadía:

—Supongo que sigue peor.

—Su mal va agravándose, buen Tomás.

—¡Cómo ha de ser! Si yo pudiera darle la salud, se la daría.

—Eso es bastante difícil,—contestaba Ventura.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé; ¡pobrecito! Sin embargo, no debe ser muy sano permanecer encerrado en su habitación; el aire del mar es muy saludable, y debería hacer un esfuerzo y dar un paseo todas las mañanas, porque cuando los enfermos se abandonan, no hacen más que aumentar su mal.

—El pobre señorito está tan débil, que no tiene ganas de nada.

—¡Cómo ha de ser! Todos los buenos se mueren.

Y Tomás se retiraba enjugándose los ojos, que la gratitud llenaba de lágrimas.

Así se hallaban las cosas en la quinta de don Joaquín, cuando una noche Marieta, que antes de acostarse tenía

la costumbre de pasar un rato asomada á la ventana aspirando el perfume del jardín, oyó llamar suavemente á la puerta de su dormitorio.

Serían las doce de la noche. A las diez se había despedido de don Joaquín y de Ernesto, y calculando que se habría agravado su amante y que por eso vendrían á llamarla, corrió con ligereza hacia la puerta.

Era Ventura.

—¿Qué ocurre?—le preguntó con cierta inquietud. —¿Se ha puesto peor Ernesto?

—Nó; el señorito Ernesto continúa lo mismo, es decir, caminando paso tras paso hacia el sepulcro. Tranquilícese usted, señorita. Vengo, porque ha llegado la hora de que hablemos sin testigos; pero sería conveniente que cerrara usted la ventana, pues hace algunas noches que don Joaquín duerme poco y baja al jardín, donde permanece paseando muchas veces hasta el alba.

Marieta cerró la ventana sin pedir más explicaciones, y fué á sentarse en una butaca, dirigiendo una mirada á Ventura, que podía tomarse por una concesión para que hablara.

Ventura, de pié y á corta distancia del sitio que ocupaba la bailarina, comenzó á hablar de este modo:

—Usted no ignora, señorita, que don Joaquín, interesado por la vida de su sobrino, ha hecho venir á los tres médicos más famosos de Alicante, que después de reconocer al señorito Ernesto han tenido una consulta.

—Sí, ya sé que el pronóstico de esos señores ha sido fatal para Ernesto.

—Efectivamente: la ciencia ha sentenciado á muerte á mi pobre amo. De un momento á otro los destrozados pulmones del señorito Ernesto no tendrán fuerza para contener el aire vital, y el corazón dejará de latir. Es preciso, por lo tanto, aprovechar el tiempo.

Y como Marieta se llevase las manos á los ojos para enjugarse las lágrimas, Ventura añadió:

—Lo que yo sospechaba se ha cumplido. Sería, pues, una solemne necedad no aprovecharse de las circunstancias.

—No comprendo...

Ventura se sonrió, pensando que Marieta fingía una ignorancia bastante dudosa sobre el asunto que á semejante hora de la noche le conducía á su habitación.

Pero como á las mujeres, por galantería, es preciso muchas veces referirles de viva voz lo que ya saben ó han sospechado que van á decirles, Ventura se revistió de paciencia, y dijo con calma:

—Don Joaquín siempre ha sido un hombre alegre y expansivo. Todos cuantos le tratan envidian su proverbial buen humor. Hoy, sin embargo, está triste, busca la soledad; ¿no adivina usted, señorita, la causa de este cambio?

—¿Qué otra cosa puede ser que la grave enfermedad de su sobrino?

Ventura se sonrió por segunda vez, y moviendo la cabeza en señal negativa, añadió:

—Yo creo que es otra la causa de la tristeza de don Joaquín. Recuerde usted, señorita, las palabras que la

dije antes de que viniera usted á encargarse de la asistencia del señorito Ernesto. Lo que yo pensé se ha realizado felizmente. Don Joaquín siente por la primera vez de su vida las dulces inquietudes del amor en su corazón.

—¡Ah! ¿usted crée?...

—Sin el menor género de duda, que está perdidamente enamorado de usted, y creo que ha llegado la hora de que dé usted algunas esperanzas á ese amor.

—Pero Ernesto vive aún,—contestó Marieta estremeciéndose.

—¡Bah! el señorito Ernesto no es otra cosa que un cadáver que se esfuerza por prolongar algunos días su entrada en el sepulcro. Créame usted, señorita, no siempre encuentra una mujer la ocasión para apoderarse de la voluntad de un hombre que posée ciento treinta millones.

—¡Y si lo que usted crée amor no fuera otra cosa que el sentimiento natural que el estado de Ernesto le causa!

—Tengo la seguridad de que el amor ha llamado á las puertas del corazón de don Joaquín. Además, he oído algunas conversaciones que ese buen señor ha tenido con su leal criado Zulma, y por ellas deduzco que no es usted indiferente á don Joaquín.

Y como Marieta se quedara pensativa, Ventura añadió:

—Conviene, por lo tanto, señorita, aprovechar el tiempo. El negro Zulma tiene aún alguna influencia en la voluntad de su amo, y este negro, que odia de muerte á las mujeres, le aconseja sin cesar que tan

pronto como muera el señorito Ernesto se traslade á América á terminar sus días bajo el espléndido y ardiente sol de los trópicos. Usted sola puede contrarestar la influencia de ese hombre; usted sola puede, aprovechándose de la pasión que ha inspirado á don Joaquín, apoderarse, no solamente de su alma, sinó de su fortuna.

—¡Ah! Ventura, es muy difícil para mí, hoy que la muerte bate sus impalpables alas sobre el lecho de mi querido Ernesto, emplear la coquetería para enloquecer á un pobre viejo. En otras circunstancias, eso hubiera sido para mí un pasatiempo agradable; pero hoy me falta el valor.

—Señorita, si se deja usted dominar por el sentimiento, es posible que se escapen de sus manos los ciento treinta millones de don Joaquín, y eso sería una verdadera desgracia, no solamente para usted, sinó para aquellos que se interesan en su suerte.

Y Ventura, haciendo una ligera pausa, añadió:

—Medite usted bien su situación: la fortuna se le presenta á usted al alcance de la mano; usted no es rica, y hará muy mal en no aprovecharse de las circunstancias. Si se abrigara la menor esperanza de salvarse el señorito Ernesto, yo sería el primero en aconsejarle á usted fidelidad hacia el hombre que tanto la ama; pero el señorito Ernesto dejará de vivir muy en breve; tal vez al día siguiente de su muerte don Joaquín, siguiendo los consejos de Zulma, abandone á España, y usted entonces se verá precisada á recurrir á un empresario, sufriendo las impertinencias del público. Pero, por el contrario, si us-

ted logra apoderarse del corazón de don Joaquín, si usted llega á ser su esposa como confío, podrá usted ser la reina de la moda y del lujo en esta mezquina sociedad, en donde sólo vale uno lo que posée. El porvenir entonces para usted estará cubierto de celajes de color de rosa, será usted la admiración de todos por su hermosura, por su elegancia, por sus diamantes, y esto vale la pena, señorita, de meditarlo un poco.

Marieta escuchaba con profunda atención y sin interrumpirle todo lo que la decía Ventura, y éste, viendo que guardaba silencio, repuso:

—No debo ni quiero ocultarle á usted nada. Estoy vivamente interesado en la fortuna de usted. Siempre que tengo ocasión enaltezco sus prendas morales á don Joaquín porque las físicas él las ve con sus propios ojos. En cuanto á los escrúpulos que demuestra porque aun vive Ernesto, debo manifestar á usted que no hace mucho me decía: «Ventura, tú sabes que no soy cobarde, pero sufro tanto, que muchas veces tengo intenciones de acabar con mi vida, y si yo supiera que cometiendo un exceso terminaba instantáneamente mi existencia, por no padecer más, lo cometería.»

Ventura se detuvo.

Marieta continuaba guardando el más profundo silencio.

El ayuda de cámara de Ernesto comprendió que aquella mujer se encontraba en uno de esos instantes sublimes de meditación que deciden y marcan el porvenir.

Creyó prudente dejarla sola, y saludando con respeto, dijo:

—El vivo interés que usted me inspira, me obliga á suplicarle que medite con detención lo que acabo de decirla. Bastará un pequeño esfuerzo por parte de usted para que don Joaquín caiga de rodillas declarando la pasión que agita su alma. Todas las mañanas se pasea al asomar el alba por el jardín; no olvide usted, señorita, que es de cuerdos aprovechar las circunstancias.

Y Ventura, sin esperar respuesta, salió de la habitación.

CAPÍTULO II

EL ENCUENTRO

Marieta no dirigió ni una sola palabra á Ventura. Inmóvil, abismada en sus reflexiones como si fuera una estatua de mármol, permaneció largo rato.

De vez en cuando un suspiro se escapaba de su pecho, y era que aun en el fondo de su alma se albergaba un resto de amor por el barón de Labra; y era que aquella mujer, que había visto pasar la juventud en medio de un revuelto torbellino de pasiones, comenzaba á pensar por la primera vez de su vida en el porvenir.

La razón, la prudencia, tal vez el egoísmo, le acababa de hablar por boca de Ventura. Era preciso, pues, meditar profundamente aquellos consejos, que podían serle muy útiles para mañana.

Por fin, cansada de aquella inmovilidad, abandonó la butaca, y se dejó caer vestida en la cama.

—Sí, Ventura tiene razón,—se dijo hablando consigo misma; es preciso aprovechar el tiempo: bajaré al jardín cuando despunte la luz del alba, y yo sabré la causa que motiva la melancolía de ese noble anciano.

Algunos minutos después, Marieta rendía tributo al sueño; pero al cerrarse sus ojos por el dulce soplo de Morfeo, no por eso su imaginación encontró el reposo. Un sueño fatídico, abrumador, agitó su espíritu durante algunas horas. El recuerdo desastroso de madama Nin se grababa con todos los vivos colores de la verdad en su imaginación.

Durante este sueño, gruesas gotas de sudor asomaron á su frente, su corazón latió con violencia, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

Soñó que, muerto Ernesto, había regresado á París, en donde después de una penosa y larga enfermedad se había visto obligada á aceptar la contrata de un teatro de quinta clase. Soñó que al presentarse en escena, como ya no era la encantadora, la espiritual Marieta de otros tiempos, el público le había demostrado una cruel indiferencia.

Triste, abatida, viendo asomar en su frente la primera arruga de la vejez, y temiendo un porvenir desastroso, calculando muy próxima su decadencia, se resolvió á emprender un viaje á Méjico con el objeto de reunir una pequeña fortuna con que asegurar su porvenir.

Marieta cruzó los mares con la rapidez del sueño, llegó á las playas mejicanas, se presentó en el teatro, y sus ojos se fijaron en una elegante joven que ocupaba un

palco, cuya frente y garganta se hallaban rodeadas de brillantes.

—¿Quién es esa mujer,—preguntó,—que lleva una fortuna encima?

—Es la reina de la moda, ante cuya riqueza y hermosura se inclinan fascinados los hombres más distinguidos, porque su esposo, que posée muchos millones, no sabe negarle nada.

—¿Pero quién es el esposo de esa mujer?

—Un español llamado don Joaquín de Fontán.

Entonces Marieta exhaló un gemido de dolor, y recordando que ella hubiera podido ocupar el puesto de la joven de los diamantes, lloró, pero lloró tanto, que sus ojos se enrojecieron hasta el punto de perder su hermosura, y sus cabellos negros se llenaron de canas.

Después continuó el sueño más espantoso, más abrumador. Marieta regresó á París sin realizar sus deseos; enferma y olvidada de todo el mundo, veía su cuerpo languidecer, perdiendo poco á poco su tersura y su morbidez.

¡Ah! ¡quién es capaz de apreciar las terribles angustias que sufre el espíritu de una mujer hermosa que en las horas del sueño se halla acometida de semejante pesadilla!

Marieta despertó trémula, convulsa, agitada.

Se deslizó rápidamente de la cama, corrió á la ventana y la abrió, porque estaba hambrienta de respirar la brisa matinal, porque deseaba convencerse de que todo aquello no había sido otra cosa que un sueño.

El alba brotaba indecisa del fondo de los mares, y el purísimo azul del cielo sonreía en lontananza.

Marieta se llevó una mano al pecho, y respirando con satisfacción, murmuró en voz baja:

—¡Todo fué un sueño, pero un sueño terrible, espantoso, que me aconseja que ha llegado la hora de que piense en el porvenir!

Entonces dirigió una mirada hacia el jardín.

Los árboles, las plantas, los objetos comenzaban á destacarse del fondo oscuro de la noche, heridos por la tenue luz de la aurora.

El jardín estaba desierto. Sólo alguna que otra avecilla revoloteaba entre las frondas de los árboles, preludiando con sus trinos el himno de gracia, dedicado al sol que iba á nacer muy en breve.

La bailarina continuaba siempre mirando las desiertas calles del jardín.

De pronto exhaló un grito comprimido, pero un grito de gozo que brotaba del fondo de su alma.

A lo lejos, al extremo del jardín, distinguió un hombre que se paseaba con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos cruzadas en la espalda.

Aquel hombre era el tío de Ernesto, era don Joaquín de Fontán.

Ventura no la había engañado.

Marieta ya no vaciló. Se retiró de la ventana, fué á colocarse delante del espejo, arregló con extremada coquetería los hermosos bucles de sus negros cabellos, y salió precipitadamente de su habitación.

Algunos momentos después se hallaba en el jardín, y se dirigía recta como una flecha hacia el sitio por donde paseaba el tío de Ernesto.

Poco antes de llegar, la fisonomía de la bailarina cambió notablemente, adquiriendo una expresión de melancólica tristeza, é inclinando la frente sobre el pecho, continuó su camino.

Marieta pasó junto á don Joaquín sin levantar la cabeza. Parecía abismada en la más profunda reflexión.

El anciano oyó sin duda el roce de un vestido que pasaba junto á él, y alzó los ojos.

—¡Ah! ¿es usted, hija mía?—la dijo.

La bailarina se detuvo y se llevó una mano á la frente. En su semblante se advirtió cierta turbación fingida, como si le contrariara aquel encuentro.

—En verdad que no pensaba encontrar á usted,—dijo Marieta.—No he podido dormir en toda la noche, y he abandonado mi habitación tan pronto como la luz del alba penetró por la ventana de mi cuarto.

—¿Se siente usted mala?

—Nó, afortunadamente; pero hace algunos días que estoy triste: Ernesto se muere, y...

Marieta se detuvo. Llevóse una mano á los ojos para enjugarse las lágrimas, y guardó silencio.

—Sí, dice usted bien, hija mía: Ernesto se muere. La ciencia nada puede contra su terrible mal. ¡Pobre muchacho!

Entre los dos interlocutores tuvo lugar una pausa.

Por fin Marieta, exhalando un suspiro y dejando asomar á sus labios una sonrisa triste y melancólica añadió:

—Dios así lo dispone, y no hay otro remedio que conformarnos.

—Es verdad; ¿quién puede ir contra los decretos del Altísimo? Nadie.

—Pero yo estoy entristeciendo á usted con mis palabras.

—Nó, hija mía, nó; hace algún tiempo que he perdido mi proverbial buen humor. ¡Qué quiere usted! Yo me había formado ciertas ilusiones. Después de haber pasado cuarenta años solo en un rincón de América, regresé á España, encontré á Ernesto, y me dije: «Ya tengo un hijo que me haga compañía en la vejez, que sufra mis impertinencias y que dé un poco de calor al hogar de un solterón.» Pero ese hijo se muere, y el porvenir de soledad me amenaza.

—¡Ah! es usted un ángel, don Joaquín, es usted un ángel,—exclamó Marieta, cogiendo una de las manos del millonario y cubriéndola de besos y lágrimas.

—Un ángel nó; un hombre honrado, tal vez, hija mía. Pero usted ha salido á dar un paseo, y yo también. La mañana nos convida con sus templadas brisas y su cielo azul. Usted, según parece, ha madrugado con el objeto de dar un paseo; yo también. Cójase usted de mi brazo, y hablaremos de nuestras penas por la orilla del mar.

—Acepto con mucho gusto. Después de todo, el mar no es otra cosa que el eterno emblema de nuestra vida. El incesante movimiento de sus olas, tiene algo de la eterna agitación humana; las olas nacen, crecen y mueren en la orilla... Vamos adonde usted guste.

Marieta se apoyó ligeramente en el brazo de don Joaquín, y ambos se dirigieron á la orilla del mar.

Al principio caminaban guardando el más profundo silencio. Parecía que sus almas, embebidas en la contemplación de aquella hermosa mañana, no se ocupaban más que de admirar la hermosura del cielo y la limpieza del dilatado horizonte.

De vez en cuando del pecho de Marieta se escapaban entrecortados suspiros, y su lánguida y encantadora cabeza se apoyaba ligeramente en el hombro de su acompañante.

Don Joaquín se estremecía siempre que los hermosos rizos de la bailarina tocaban su cuerpo.

Marieta, á pesar de su silencio y sus suspiros, estudiaba los efectos que iba causando al millonario.

De repente don Joaquín se detuvo. Habían llegado á un punto de la orilla del mar en donde la tierra, formando un pequeño ribazo, parecía ofrecer un cómodo asiento á los paseantes.

El sol en aquel instante comenzaba á elevarse desde el fondo del mar, y allá en lontananza se veían cruzar algunos buques, cuyas velas, hinchadas por la brisa matinal, llevaban tal vez á lejanas playas las esperanzas de muchas familias.

—Marieta, ¿no le parece á usted, hija mía, que desde este sitio se disfruta un admirable punto de vista?

—¡Oh! verdaderamente el panorama que se presenta ante nuestros ojos es encantador.

—Entonces vamos á descansar aquí algunos momen-

tos. ¿Ve usted ese hermoso buque que sale del puerto de Alicante? Tal vez se dirija hacia las playas americanas. ¿Quién sabe adónde le dirigirá su destino? ¿Quién sabe si hallará su fin en el fondo de los mares?

Y el anciano, sentándose en el sitio que habían elegido para descansar, se quedó contemplando aquella gallarda nave, que con todas las velas al viento se alejaba majestuosamente de la tierra.

CAPÍTULO III

EN LA ORILLA DEL MAR

Marieta no pretendió interrumpir la dulce meditación del anciano.

Sentada á su lado, contemplaba también aquel hermoso buque, que empujado por la brisa de tierra, se iba alejando de la orilla.

¿Quién es capaz de comprender las esperanzas, las risueñas ilusiones, los hermosos sueños de color de rosa que encierra un buque en su seno?

Sus tripulantes, que desprecian el rigor de las tempestades, que luchan con los elementos, llevan cada uno encerrado dentro de su pecho un corazón que late y un cerebro que piensa.

Sus viajes se prolongan muchas veces años enteros. Miles de leguas les separan de las familias que les vieron

partir con las lágrimas en los ojos, y que sostenidas por el fuego santo de la fe, por el soplo vivificador de la esperanza, esperan una y otra y otra noche el regreso del marino, recomendando su vida al Dios de sus mayores.

Y este marino, que obedeciendo la terrible maldición del Génesis, se ve precisado á ganarse el sustento suyo y de su familia con su trabajo al cruzar sereno esas inmensas soledades de agua y cielo, canta en sus horas de triste melancolía, al amor, al hogar, á la fe, á la esperanza, á la bendita tierra donde se halla enclavado su nido.

Él también ve morir un sol y nacer otro, formarse una tempestad, luchar para defenderse de ella, venir la bonanza, distinguir el puerto salvador, pasar noches y días, meses y años pensando en aquel rincón del mundo donde le espera una madre, una esposa, un hijo, un hogar bendito.

¡Ah! ¿quién sabe las esperanzas y las ilusiones que encierra un buque? ¡Y cuántas veces el pérfido elemento ha devorado con su insaciable sed de víctimas, la frágil nave cargada de estas esperanzas, de estas ilusiones, que no ha llegado el dulce momento de la realización!

¡Pobres náufragos! ¡vuestro último instante representa en los anales de lo desconocido, en las sombras de lo ignorado, el gran poema del dolor y la desesperación!

¡Vosotros, como los israelitas, en el instante de hundiros en el fondo de los mares, dirigiréis sin duda vues-

tra mirada hacia el punto del horizonte donde se encuentra el sitio habitado por los seres queridos que os llenaron de lágrimas y besos el rostro al tiempo de partir, y dirigiéndole un adiós eterno, cerraréis vuestros ojos ante el pesado sueño de la muerte!

Don Joaquín continuaba contemplando la nave, y tal vez dedicando un recuerdo á las playas americanas adonde cuarenta años antes había llegado pobre, y en donde se había enriquecido.

Por fin apartó los ojos del mar para fijarlos en su compañera.

Marieta lloraba.

Aquellas lágrimas conmovieron vivamente el pecho del anciano.

—Vamos, Marieta,—le dijo,—no hemos venido aquí á llorar, sinó á disfrutar del puro ambiente de la mañana, delectándonos con la contemplación de ese bello horizonte.

—Sí... es verdad... Yo no quisiera llorar, pero las lágrimas asoman á mis ojos bien á pesar mío; y es que al ver ese buque que se aleja, siento que se alejan también de mi pecho las esperanzas.

—!Cómo, hija mía! ¿perder las esperanzas siendo tan joven?

—Es que yo también, como usted, había soñado un momento en una familia, y ese sueño ha desaparecido, ó por mejor decir, se desvanece.

Y Marieta dejó caer la frente sobre la palma de las manos, y continuó llorando.

Don Joaquín separó cariñosamente las manos del rostro de Marieta, y contemplándola con ternura, preguntó:

—¿No tiene usted familia? ¿No hay en ningún rincón de Francia un hogar donde á usted se la espere?

—Nó; hace algunos años perdí á mi madre, y desde entonces no soy otra cosa que una ave errante que busca con afán un nido donde descansar, un corazón cariñoso á quien amar, una familia protectora á quien bendecir.

Y Marieta, exhalando un suspiro, alzó sus hermosos ojos al cielo, y juntando las manos en ademán suplicante, repuso:

—A Dios sólo le es dado saber cuál será mi destino. Por un momento concebí la esperanza de que mi suerte iría unida á la de Ernesto, de que yo había encontrado entre ustedes á mi familia; pero Ernesto se muere, la luz de su existencia se apaga, y yo el mismo día en que se cierren sus ojos para siempre, pobre y errante viajera, me veré obligada á abandonar esta casa sin saber dónde dirigir mis pasos.

—¡Cómo! ¿ha pensado usted abandonarnos?—preguntó don Joaquín.

—¿Qué otra cosa puedo hacer cuando deje de existir aquel que motivó mi permanencia en esta casa?—dijo Marieta.

—¿Pero no le inspira á usted ningún interés este pobre anciano?—preguntó con acento trémulo don Joaquín.

—¡Que si me inspira! ¡Dios mío! ¡ah! ¡en esta casa

he experimentado emociones desconocidas; el rubor ha asomado muchas veces á mi frente, y pensando en el momento de la separación, he tenido miedo del porvenir que me esperaba!

—¡Miedo!

—Sí, miedo; porque yo, acostumbrada desde pequeña á ganarme el sustento en el teatro, conozco que hoy me será violento salir á la escena, fingir una sonrisa de amor y felicidad con los labios, llevando la muerte en el corazón. ¡Ah! verdaderamente soy muy desgraciada.

—Pues bien, Marieta,—exclamó don Joaquín, apoderándose de una de las manos de la bailarina;—si usted quiere, podrá retirarse para siempre del teatro.

—Eso no es posible, señor,—contestó Marieta, dominando la alegría que aquel arranque le causaba.—Desgraciadamente soy pobre, y tengo necesidad de mi trabajo para vivir.

—¿No soy yo rico? ¿Para qué quiero yo mis millones, si Ernesto se muere y usted me abandona? Ruego á usted que deseche de su mente la idea de abandonarme.

—Sin embargo, ese día llegará. Yo no tengo ningún derecho á permanecer en esta casa después de muerto Ernesto. El mundo podría juzgarme desfavorablemente.

—¿Y qué me importa á mí el mundo, cuando hace cuarenta años que vivo separado de él? La fortuna que yo tengo es mía, la he adquirido con mi trabajo; nada

he heredado de nadie: puedo hacer de ella lo que me diere la gana. Usted es sola en el mundo, yo también: usted no tiene familia, no tiene padre, y yo daría la mitad de mis millones por poseer una hija. Sería por consiguiente una locura que la muerte de Ernesto nos separara. Entonces más que nunca necesitamos vivir juntos para consolarnos.

Marieta prorumpió en un estrepitoso llanto, arrojándose al cuello de don Joaquín.

Los labios del anciano rozaron la hermosa frente de la joven, y un estremecimiento nervioso agitó todo su cuerpo.

—¡Ah! es usted el hombre más generoso del mundo. ¿Qué he hecho yo, Dios mío, para merecer tanta fortuna? Las frases cariñosas que usted acaba de dedicarme, han llenado de dulce esperanza mi alma, y yo, pobre mujer abandonada, combatida por las livianas y egoístas pasiones de la sociedad, entreveo un porvenir de paz y bienandanza, al que nunca me hubiera juzgado acreedora.

Marieta continuaba entrelazando el cuello de don Joaquín con sus brazos. Don Joaquín, trémulo, convulso, acariciaba la hermosa cabeza de la joven con una de sus manos, apretándola dulcemente contra su pecho.

—¡Ah! ¡qué feliz sería en este instante,—dijo don Joaquín,—si usted aceptara las proposiciones que la he hecho, si usted se decidiera á no separarse nunca de mi lado!

—Pero advierta usted que sería en mí un egoísmo aceptar un ofrecimiento que no merezco,—dijo la hermosa joven.

—¡Bah! ¡bah! esos son necios escrúpulos. Nosotros no tenemos que dar cuenta á nadie. La casualidad nos ha unido. La muerte de un sér que ambos amamos ha engendrado en nuestros corazones la simpatía. ¿Qué nos importa el qué dirán y la maledicencia? Además, para mí todo el mundo es patria. Si Ernesto muere y usted, hija mía, no quiere permanecer más tiempo en España, iremos dónde usted quiera, estableceremos nuestra morada en el punto del universo que á usted más le plazca.

Don Joaquín estrechaba cariñosamente contra su pecho la hermosa cabeza de Marieta, y en aquel instante, creyéndose el hombre más venturoso de la tierra, irradiaba en su rostro toda la hermosa luz de la felicidad.

De pronto Marieta se separó de los brazos cariñosos del anciano, se puso en pié, y pasándose la mano por la frente como si despertase de un pesado sueño, murmuró con acento tímido y entrecortado:

—¡Oh! nó, nó; tanta felicidad no es posible; soy una loca, una aturdida; mi destino es vagar errante por la tierra, sin tener nunca hogar ni familia, sin encontrar nunca un pecho cariñoso donde pueda reposar mi ardorosa frente.

—Pues bien; yo te ofrezco ese hogar, yo te ofrezco ese pecho, hija mía,—exclamó don Joaquín levantándose también.

—¡Jamás! ¡jamás! Mañana podría usted arrepentirse de haber puesto su amor y su confianza en una bailarina, en una pobre histrionisa, en una hija de la fortuna.

—Siempre me he reído de las necias preocupaciones del mundo. Acepte usted mis ofrecimientos, Marieta; sea usted el apoyo de mi vejez, el calor de mi alma, que comienza á enfriarse al contacto de mis canas.

—El sol ilumina la tierra,—añadió Marieta, llevándose una mano al pecho.—Regresemos á la quinta, señor. Ernesto indudablemente nos echará de menos.

—Pero antes quisiera saber...

—Ni una palabra más. Aun vive Ernesto: permita usted á esta pobre mujer que respete las horas que le quedan al moribundo. Regresemos á la quinta, señor.

Marieta se apoyó dulcemente en el brazo de don Joaquín, y ambos se dirigieron en silencio hacia la alquería.

A los pocos pasos vieron al negro Zulma, que les salía al encuentro.

—Gracias á Dios que encuentro á usted, señor, gracias á Dios,—dijo el negro con acento bronco y dirigiendo una mirada recelosa á Marieta.

—¿Pues qué ocurre, amigo Zulma?—preguntó don Joaquín esforzándose por sonreír.

—Nada absolutamente, señor; pero como yo no he encontrado á usted ni en su habitación ni en el jardín, extrañándome esta ausencia, he salido á buscarle.

—Pues ya me tienes aquí.

—Ya lo veo, señor, ya lo veo.

—Anda, Zulma, anda delante, y disponnos el chocolate en el comedor. Cuando se madruga se tiene buen apetito.

El negro, con las manos en los bolsillos del pantalón, la mirada tosca y la cabeza inclinada sobre el pecho, se dirigió á buen paso hacia la quinta.

Don Joaquín y Marieta le siguieron á corta distancia.

CAPÍTULO IV

DONDE VENTURA PREPARA EL TERRENO.

Ernesto se despertó con el alba, dirigió en derredor suyo los soñolientos ojos, y extendiendo el brazo tiró del llamador de la campanilla.

Ventura se había quedado aquella noche de guardia, y acudió precipitadamente al llamamiento de su amo.

—Abre la ventana, Ventura, que entre la brisa del mar y el sol del cielo.

Ventura obedeció.

—¿Qué tal se ha pasado la noche, señorito?

—Como siempre, Ventura, como siempre. Mi sueño es agitado, y mi mente se puebla de espantosas visiones.

—Eso no es otra cosa que efecto de la extremada debilidad; usted come menos que un pájaro.

—¿Y qué quieres que haga un pobre enfermo que nada le apetece?

—Ayudar un poco á la naturaleza, pasearse, distraerse y sobre todo comer.

—Eso es tan fácil de decir como difícil de llevar á cabo. Créeme, Ventura: yo no deseo estar enfermo; pero he llegado á convencerme de que todos cuantos esfuerzos hiciera serían inútiles.

Y Ernesto, incorporándose un poco con bastante trabajo sobre las almohadas, preguntó:

—¿Se ha levantado ya Marieta?

—Diga usted más bien si se ha acostado.

—¿Cómo?

—Porque la mayor parte de las noches las pasa llorando sentada en una silla.

—¡Pobre amiga mía! ¡Cuánto me ama!

—Bien puede usted decirlo. Yo al observar el tierno afán que por usted se toma, confieso ingénuamente que me he llevado chasco.

—Pues qué, ¿no la creías capaz de la generosa acción que ha hecho conmigo?

—¡Qué quiere usted, señorito! siempre me han inspirado poca confianza las mujeres de teatro.

—Estás en un error, Ventura.

—Tal vez.

—Tú, como la vulgaridad de los hombres, imaginas que nada bueno puede poseer una mujer de teatro. Pues bien; yo te aseguro que las hay, y de condiciones superiores, que poseen un alma bella, un corazón generoso, y son capaces de los rasgos más sublimes de abnegación.

—No afirmaré yo lo contrario.

—Y harás bien, si te precias de justo.

—Sobre todo, desde que he tenido ocasión de tratar íntimamente á la señorita Marieta. Parece imposible que los ojos de una mujer puedan derramar tantas lágrimas como ella ha derramado desde que está usted enfermo.

—Yo estoy muy agradecido de Marieta,—exclamó Ernesto con voz débil;—ella no tiene más porvenir que el teatro, y por asistirme se ha visto en el caso de romper un contrato ventajoso, y vivir conmigo desterrada del mundo. Pero ¡ay! ¡yo no podré recompensarle lo que la debo!

—¡Quién sabe, señorito, quién sabe! Usted aun puede restablecerse; es joven, y entonces...

—¡Vana esperanza!—murmuró, agitando tristemente la cabeza, Ernesto.

—¡Caramba! ¿sabe usted, señorito, que me pone de mal humor oír que ha perdido la esperanza? ¡Qué diantre! Usted apenas ha cumplido los treinta años, y á esa edad la naturaleza es muy poderosa.

—¡Ah! mi buen Ventura, olvidas tú que yo ya no tengo naturaleza,—contestó sonriéndose tristemente Ernesto.

—Sí, sí, ya comprendo que la herida ha sido muy grave; pero también creo que ha pasado el mayor peligro.

—Te engañas; el peligro existe hoy más que nunca, y no te creas que estos tristes vaticinios son hijos del miedo que me causa la muerte, nó.

—¿De manera que usted está persuadido de que no hay

salvación posible?—preguntó Ventura afectando un gran asombro.

Ernesto movió la cabeza en señal afirmativa.

—¿Pero no sería conveniente irse á Francia, á Alemania, y buscar un médico que pudiera encontrar remedio?...

—Imposible, Ventura, imposible. La ciencia de curar tiene una línea trazada por la naturaleza, y no puede pasar de ella. Sólo Dios pudiera hacer el milagro de mi restablecimiento; pero Dios no se ocupa de los pecadores como yo.

Y una sonrisa amarga, incrédula, asomó á los labios de Ernesto.

—¡Cómo ha de ser!—murmuró en voz baja Ventura, afectando una pena que indudablemente no sentía.—Ahora comprendo las continuas lágrimas de la señorita Marieta; ahora me explico esos paseos matinales por la orilla del mar.

—Sí, la pobre Marieta comprende, como yo, que mi enfermedad es de muerte,—añadió Ernesto.—Yo estoy muy agradecido al vivo interés que por mí se toma, y muchas veces me arrepiento de haberla juzgado mal.

Y exhalando un profundo suspiro, volvió á decir:

—Si yo me salvara, procuraría recompensar á esa pobre muchacha. Yo la he visto una y otra noche, sentada junto á la cabecera de mi cama, seguir con anheloso interés los progresos fatales de mi enfermedad. He sorprendido muchas veces al despertar de mis pesados sueños las lágrimas en sus ojos, y he llegado á convencerme de que me ama.

—¡Oh! en cuanto á eso no me cabe la menor duda,—dijo Ventura.—La señorita Marieta no sabe hablar de otra cosa que de usted. Ayer mismo la oí decir en un arranque de desesperación: «Si Ernesto muere, yo no podré consolarme de su pérdida. ¿Qué será de mí? Sin alegría para salir á la escena, ¡Dios sólo sabe el porvenir que me aguarda!»

—¿Cómo? ¿piensa Marieta retirarse del teatro?

—Al menos, á mí me ha dicho que ha salido de él para no volver más. Y como no tiene bienes de fortuna... Por otra parte, sé que la señorita Marieta está resuelta á abandonar esta casa muy en breve.

—¿Abandonar esta casa?—añadió con interés Ernesto. —¡Oh! nó, eso no es posible.

—¿Pero qué quiere usted que haga la pobre aquí, si usted desgraciadamente muere?

—Cuando llegue ese caso,—añadió Ernesto suspirando, —espero que mi tío...

—¡Bah! el señor don Joaquín es muy bueno, pero tiene á su lado un mal consejero.

—¿Quién?

—Zulma el negro.

Ernesto miró con asombro á Ventura, y repuso:

—¡Ah! ¿luego ese miserable esclavo se entromete en los asuntos de la casa?

—Ese negro ejerce una gran influencia en la voluntad de don Joaquín, y creo adivinar que odia con toda la ferocidad de su alma á la pobre señorita Marieta.

—¡Imposible!

—¡Ah! señorito, Zulma está acostumbrado á vivir solo con don Joaquín, y no hace mucho sorprendí una conversación entre los dos, en que ese fatal negro le aconsejaba regresar á América. Yo creo que tiene celos del natural cariño que profesa á usted su tío, y de las simpatías que se ha conquistado en esta casa, por su bondad y tierna solicitud para con todos, la señorita Marieta. Ya sabe usted que yo no soy exagerado y que no me falta serenidad: pues bien; esta mañana, apenas amaneció, el negro entró según costumbre en la habitación de su amo, y no encontrándole, le buscó por toda la casa con sombrío semblante, pronunciando en voz baja palabras amenazadoras y terribles maldiciones. La señorita Marieta sabe como yo el odio que la profesa el negro, y si usted tuviera la desgracia de morir, ella no permanecería ni un día más en esta casa.

Y como Ernesto guardara silencio meditando sin duda las palabras que Ventura acababa de decirle, este añadió:

—Don Joaquín es inmensamente rico, y á bien poca costa podría asegurar el porvenir de esa pobre muchacha que lo ha abandonado todo por seguir á su amante; pero el negro es un gran obstáculo, una muralla que se interpone entre la generosidad de su tío de usted y la señorita Marieta. Afortunadamente yo vivo alerta, no me asustan los seis piés de estatura de Zulma, y como él cometiera la menor imprudencia, como llegara á faltar al respeto á la señorita Marieta, entonces se convencería el negro de que yo soy más pequeño de estatura que él,

pero que mi corazón es tan grande ó más que el suyo.

—Sí, sí, Ventura,—añadió Ernesto, cogiendo una mano al ayuda de cámara,—vela por Marieta, sé su protector, ya que yo no puedo serlo. Las revelaciones que acabas de hacerme me sobresaltan, porque los hombres de la raza de Zulma suelen ser rencorosos.

—Pierda usted cuidado, viva usted tranquilo; pero si á un servidor leal se le permite dar un consejo á su amo...

—Habla, dí lo que quieras.

—Pues bien; yo, si me encontrara en el lugar de usted, si fuera sobrino carnal de don Joaquín y su único heredero, exigiría á mi tío que no se separara nunca de Marieta, que asegurara su porvenir, recompensando de este modo su abnegación y el inmenso amor que á usted profesa.

—Desde que comenzaste á hacerme tus revelaciones, ese pensamiento cruzó por mi mente. Mi tío es bueno, mi tío es generoso, y tengo la seguridad de que no desoirá mis súplicas. Pero no perdamos el tiempo: corre, Ventura, corre á buscarle, y díle que yo deseo verle.

Ventura dirigió maquinalmente una mirada á la ventana, y viendo á don Joaquín y á Marieta que se dirigían á la casa, dijo como hablando consigo mismo:

—Marieta ha madrugado siguiendo mis consejos, y viene hacia aquí apoyada en el brazo del viejo: la cosa marcha.

Y levantando la voz, añadió:

—Es una bella acción recomendar á don Joaquín que no abandone á la pobre señorita.

—Sí, Ventura, sí,—repuso Ernesto:—cumpliré con mi último deber. Corre en busca de mi tío, y díle que deseo hablarle; pero procura al mismo tiempo de entretener á Marieta; no quiero que nos interrumpa cuando yo me encuentre intercediendo por ella.

Ventura no esperó á que se repitiese la orden, y salió precipitadamente de la habitación.

Poco después se hallaba en el jardín.

Junto á la puerta encontró á Zulma el negro, cuyo semblante sombrío no tenía nada de agradable.

El negro le saludó con un ligero movimiento de cabeza continuando su camino. Ventura prosiguió el suyo.

El anciano y la bailarina caminaban muy despacio y como si quisieran prolongar la distancia que les separaba de la casa.

Tan embebidos se hallaban en su conversación, que no repararon en Ventura, que se dirigía hacia ellos.

El ayuda de cámara vaciló un momento.

Don Joaquín y Marieta hablaban en voz baja. Temió cometer alguna imprudencia interrumpiendo aquella conversación, que podía ser muy interesante.

Pasó, pues, por su lado sin decir nada, esperando otra ocasión para trasmitir á don Joaquín las órdenes de su sobrino, y oculto tras el secular tronco de un plátano, les siguió con la vista.

La pareja paseaba por la calle de árboles, siguiendo el sistema de los canónigos de Toledo y de los enamorados de todo el mundo, es decir, muy despacio y parándose á cada tres ó cuatro pasos.

Este espionaje duró ocho ó diez minutos. Ventura desde un árbol se pasaba á otro; iba aproximándose á la casa sin perder de vista á la pareja.

De vez en cuando, Marieta reclinaba su cabeza con encantadora melancolía sobre el hombro de don Joaquín y á cada uno de estos movimientos, propios de la coquetería y seducción femenina, Ventura se frotaba las manos, murmurando en voz baja:

—La cosa marcha.

Por fin la pareja llegó á la casa, y entonces Ventura, comprendiendo que había llegado el momento de trasmitir las órdenes de su amo, se dirigió á buen paso hacia la quinta.

Don Joaquín y Marieta se hallaban en el comedor. Iban á servirles el chocolate, cuando entró Ventura.

—¡Hola, Ventura! ¿qué tal ha pasado la noche mi sobrino?—preguntó don Joaquín con acento complaciente.

—La tos le ha molestado mucho. El pobre señorito está muy malo.

—Ya lo sé, Ventura, ya lo sé, y eso me aflige mucho.

—Ahora mismo estaba hablando conmigo, y de pronto me mandó que viniera á buscarle á usted: dice que quiere hablarle sin testigos.

Y Ventura al decir esto hizo una seña de inteligencia á Marieta, que guardaba silencio.

—Iré á verle tan pronto como tome chocolate, porque supongo que la cosa no será muy urgente.

—El señorito Ernesto está lleno de aprensiones. Tiene

la profunda convicción de que se muere, y quiere aprovechar el tiempo, dejando arreglados sus asuntos antes de que llegue su última hora. Esto es lo que yo he podido sospechar por sus palabras.

—¡Ah, el dinero, el dinero!—exclamó don Joaquín levantando la mano á la altura de la frente.—Algunos dicen que todo consiste en ser rico, y yo puedo ser un buen ejemplo para desvanecer ese error. ¿De qué me sirve ser millonario si no puedo salvar de la muerte á mi querido sobrino?

—Dice usted bien, don Joaquín: el dinero vale menos de lo que creen los hombres.

En este momento una criada sirvió el chocolate. Don Joaquín tomó algunas sopas profundamente preocupado, se bebió su vaso de agua, y dijo levantándose:

—Vaya, voy á ver qué es lo que quiere mi sobrino. Hasta luego, hija mía.

Apenas había desaparecido don Joaquín, cuando Marieta preguntó en voz baja á Ventura:

—¿Hay algo de nuevo?

—Supongo que mucho.

—¿Sabe usted lo que Ernesto va á decirle á su tío?

—¡Oh! ya lo creo; como que yo mismo se lo he aconsejado.

—¡Ah! ¿y es eso un secreto, Ventura?

—Para usted, señorita, no los tengo yo nunca.

—¿De qué se trata?

—De asegurar el porvenir de usted. Don Ernesto va á recomendar á su tío á su querida Marieta.

—Entonces conviene no interrumpirlos.

—De ninguna manera.

—Yo, por mi parte, casi me atrevería á creer que don Joaquín aceptará gustoso la recomendación.

—Lo cual me indica que va usted ganando terreno.

—Creo que no me será difícil apoderarme de la voluntad de...

—Comprendo. Pero conviene tener presente que tenemos un enemigo no despreciable.

—Viva usted tranquilo, amigo Ventura: nos libraremos de ese enemigo, que hoy ha cometido la imprudencia de venir á interrumpirnos. Pero mientras don Joaquín habla con su sobrino, voy á arreglar un poco mis cabellos y á mudarme de traje. No olvide usted que me conviene saber todo cuanto hablen Ernesto y su tío.

—Lo sabrá usted, señorita.

—Hasta luego, pues.

Y Marieta salió del comedor, dirigiéndose á su habitación.

CAPITULO V

COMO SE PIDE

Sigamos nosotros á don Joaquín, que entrando en la alcoba de su sobrino, se sentó junto á la cabecera de su lecho, y después de ponerle con cariño una mano sobre la frente, dijo:

—Buenos días, hijo mío. Acaba de decirme Ventura que deseas hablarme sin testigos, y aquí me tienes á tus órdenes. Pero antes permíteme que me entere de tu salud.

—Mi salud sigue, como siempre, en mal estado: hoy más débil que ayer, y mañana lo estaré más que hoy.

—Permíteme que te diga que el desaliento es muy poco conveniente para un enfermo.

—No hablemos de eso, querido tío; usted, como yo, sabe que soy un sentenciado á muerte. Ayer tuvieron ustedes consulta de médicos, y todos ellos afirmaron

sin la menor vacilación que no había remedio humano para salvarme.

—Sin embargo, los médicos se engañan.

—Pero no en enfermedades como la mía. Es inútil, por consiguiente, que usted pretenda animarme con frívolas esperanzas. Además, no crea usted que temo á la muerte; la veré llegar por mi vida sin conmoverme; pero como la muerte es traidora y pudiera sorprenderme de un momento á otro, yo quiero, querido tío, aprovechar el tiempo: por eso le he mandado á usted llamar con alguna urgencia.

—Pues bien, ya me tienes aquí, y puesto que lo quieres, hablemos.

—Si yo tuviera bienes de fortuna,—repuso Ernesto, después de aspirar el aire con alguna fatiga,—no molestaría á usted en estos momentos; pero soy pobre...

—No lo eres desde el momento que yo soy rico.

—Sí, ya sé yo que usted es excesivamente bueno conmigo.

—Soy lo que debe ser un tío con un sobrino carnal, único y exclusivo heredero de todos sus bienes.

—Sí, eso es lo que debe ser, pero no sucede siempre. Desde el instante en que tuve la inmensa dicha de recibir la carta de usted anunciándome su regreso á Madrid: cuando ví la cariñosa y paternal acogida que usted me hacía; al quedarme solo, al meditar mi situación, confieso, querido tío, que no me juzgué acreedor á tanta fortuna. Mi vida pasada tenía algunas manchas, de las que se avergonzaba mi conciencia.

—¡Bah! ¿qué joven no ha cometido alguna calaverada?

—Yo he cometido muchas, querido tío, muchas, y por eso sin duda el cielo me castiga.

—Vamos, Ernesto, no quiero que te ocupes en cosas que pueden entristecerte.

Ernesto cogió una de las manos de su tío, y besándola respetuosamente, dijo:

—Yo le venero á usted como á un padre; su presencia junto al lecho de este pobre moribundo, es un bien que Dios quiere concederme, á pesar de mis culpas. Quiero, por lo tanto, recomendarle á usted, cuyo hermoso corazón conozco, á usted que es un verdadero hombre de bien, á un leal servidor que siempre me ha sido fiel, á una pobre huérfana, que no vacilaría en sacrificar su vida por salvar la mía.

Ernesto se detuvo como para tomar aliento.

Su voz era débil y fatigosa. Le faltaba la respiración de vez en cuando, y se veía precisado á hacer algunas pausas para renovar el aire de sus pulmones.

—Bien, hijo mío, recomiéndame á quien quieras, y puedes tener la firme seguridad de que yo no olvidaré nunca á tus recomendados.

—Así lo espero, y eso precisamente hará menos angustiosos los últimos momentos de mi vida. Voy, pues, á hablarle á usted en primer lugar de Marieta, pobre huérfana que me ha demostrado siempre la grandeza de su amor, la sublimidad de su desprendimiento. Yo podría contarle á usted mil rasgos llenos de elogios de esa espiritual criatura. Joven, hermosa, seductora, brillando

en la escena y aplaudida por el público, cuando yo había malgastado mi última peseta, cuando no podía darla otra cosa que mi amor, ella por mí despreció á más de un adorador millonario, por mí también ahora ha roto un contrato ventajoso, y ha venido á colocarse junto á la cabecera de mi cama para asistirme durante mi larga y penosa enfermedad. Justo es, pues, que yo, que veo la muerte extendiendo su descarnado brazo sobre mi cabeza, quiera pagarle todo lo que la debo, recomendándola á usted eficazmente, que es mi segundo padre.

—¡Bien, hijo mío, bien!—exclamó don Joaquin, depositando un beso en la frente de Ernesto.—Yo acepto y aplaudo tu recomendación. No creas tú que yo soy un hombre tan desnaturalizado que desconozca lo que merece esa joven. Si á ella no le es enojosa mi compañía, si ella no tiene padre y quiere ser mi hija, vivir puede siempre conmigo. Afortunadamente, no tengo que dar cuenta á nadie de mis acciones.

—¡Ah! ¡querido tío! no puede usted pensar el placer que me causan esas palabras. Ahora yo puedo morir tranquilo, pues sé que Marieta después de mi muerte no se verá sujeta á los caprichos y exigencias de un empresario, y podrá vivir tranquila bajo la protección de un hombre de bien sin que conturbe su espíritu la idea del porvenir.

—Puesto que estamos de acuerdo en tu primer recomendado,—añadió sonriéndose don Joaquín,—pasemos al segundo.

—El segundo, querido tío, es mi ayuda de cámara

Ventura. Durante mucho tiempo me ha servido hasta sin pagarle sueldo, y algunos días me buscaba dinero hasta para comer. Es un hombre leal y honrado y son innumerables los favores que me ha hecho. Ruego á usted, por lo tanto, que no le olvide.

—Si Ventura quiere quedarse en casa, continuará siendo mi ayuda de cámara.

—Pero ¿y Zulma?

—¡Zulma! ¿quién hace caso de Zulma? Bastante trabajo tiene él con aculatar y cuidar mis pipas.

—Sin embargo, he creído observar que ese negro mira con malos ojos á Ventura y á Marieta.

—Aprensión tuya: Zulma es también un servidor leal, y se ha trasmitido á su rostro una parte de la tristeza que me causa tu enfermedad.

—Sin embargo, señor, Zulma tiene un carácter reconcentrado, y la costumbre de vivir muchos años con usted solo pudiera hoy despertar los celos en su corazón.

—¡Zulma celoso!—exclamó don Joaquín dejándose llevar por un arranque de su proverbial buen humor.—Pero, hombre, si es un animal. No te preocupe semejante cosa.

Ernesto no quiso insistir más sobre aquel punto. Creía bastante la advertencia que acababa de hacer á su tío. Por otra parte, se encontraba bastante fatigado, y cerrando los ojos y dejando caer la cabeza sobre la almohada, guardó silencio.

—¿Qué es eso, te sientes malo?

—Nó, sólo es un poco de fatiga. Reposando algunos minutos pasará. No olvide usted mis recomendaciones.

—Sí, pero es preciso que tú aconsejes á Marieta que acepte mi protección.

—Se lo aconsejaré tan pronto como venga á verme.

—Entonces voy á dejarte para que duermas un poco. Pero no te creas que voy á permitirte que pases todo el día en la cama. Quiero que te levantes, que pasees por el jardín, por la orilla del mar, que pongas por tu parte todo cuanto puedas para ayudar á la naturaleza.

—Sí, sí, haré todo cuanto usted guste. Pero me siento tan débil...

Y Ernesto volvió á cerrar los ojos exhalando un suspiro.

Don Joaquín salió de la habitación, y como no había fumado aquella mañana, contra su costumbre, se dirigió á su gabinete, donde se encontraba Zulma el negro.

El semblante de Zulma era aquel día más tétrico, más sombrío que de costumbre.

Saludó á su amo con un ligero movimiento de cabeza, y continuó de pié, junto á la ventana, con la pipa en la boca.

Don Joaquín se sentó en una butaca, y dijo:

—Zulma, dame un cigarro.

El negro obedeció.

El viejo millonario saboreó algunos segundos el rico tabaco, y después de despedir varias bocanadas de humo, siguiendo con mirada indolente todas las evoluciones que proyectaba en el aire, fijó los ojos en el negro, y dijo después de una pausa:

—El pobre Ernesto se muere, y se muere pronto.

Zulma guardó silencio.

Don Joaquín volvió á decir:

—Verdaderamente es una desgracia... ¡Un joven que apenas cuenta treinta y dos años de edad!... Y lo peor de todo es que yo me había acostumbrado á mirarle como á un hijo, y me va á ser muy sensible su pérdida.

Aquí don Joaquín hizo una nueva pausa, y continuó fumando.

El negro, siempre inmóvil y apoyado en el hueco de la ventana, guardaba el más profundo silencio.

—Parece que hoy has perdido el uso de la palabra, Zulma.

—Cuando mi amo está triste, yo guardo silencio.

—Es que además de tu silencio, observo algo desagradable en tus miradas y en la expresión de tu rostro.

—Cuando á mi amo quieren engañarle, yo velo por él, se frunce mi ceño, y comienzo á ser desconfiado.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Digo, señor, que aquí no hay más que una persona que le quiera á usted, y esa soy yo.

—Veo que eres modesto.

—Soy como Dios me ha hecho.

—Vamos á ver, Zulma, qué razones tienes tú para desconfiar de todo el mundo. A mí no me gusta acusar á las personas sin tener prueba plena.

—¡Ah!—exclamó el negro sonriéndose de una manera amenazadora;—si yo tuviera esa prueba plena que el señor desea, no acusaría, haría otra cosa mejor.

—¿Qué?

—Vengaría á mi amo.

—Pero ¿de quién te habías de vengar, imbécil? ¿Hay por ventura alguien en esta casa, alguno de los que me rodean, que me haya ofendido?

—Es que en este mundo se ofende de muchas maneras.

—¡Bah! ¡tú estás loco!

Y don Joaquín, reclinando la cabeza en el respaldo de la butaca, continuó fumando su cigarro con verdadera indolencia americana.

El negro dirigió una mirada compasiva á su amo, y haciendo un movimiento de hombros, murmuró en voz baja:

—El tiempo dará la razón á Zulma el negro.

CAPITULO VI

EL SOL Y EL AMOR

Marieta, que se hallaba espiando oculta detrás de una cortina la puerta de la habitación de Ernesto, tan pronto como vió salir á don Joaquín se encaminó al dormitorio de su amante.

Sabido es que las mujeres, cuando les conviene, caminan como los fantasmas, sin hacer ruído, y ellas sólo poseen el don de pisar tan blando que no le es posible oír el ruído de sus pasos ni al oído más perspicaz.

Entró, pues, la bailarina en la habitación de Ernesto, y caminando de puntillas llegó hasta la alcoba.

Marieta creyó dormido á su amante, y procurando ocultarse en los pliegues de la cortina, estuvo contemplando algunos segundos aquel rostro pálido, en cuyas líneas comenzaban á imprimirse las huellas de la muerte.

El barón de Labra había cambiado notablemente. Sus facciones llenas de vida y de audacia tenían entonces un carácter de languidez y de demacración, que hubiera sido difícil reconocerle á sus amigos íntimos.

Marieta apartó poco á poco la cortina y penetró en la alcoba, yendo á sentarse en la silla colocada junto á la cabecera.

Entonces Ernesto abrió los ojos, y al ver á su querida, una sonrisa triste asomó á sus labios.

La bailarina antes de dirigirle la palabra inclinó su cuerpo sobre el lecho, y depositando un beso en la frente de su amante, dijo:

—Perdona, Ernesto mío, si hoy vengo tan tarde á darte los buenos días. Iba á entrar á verte, cuando Ventura me dijo que estabas hablando con tu tío, y no quise interrumpiros.

—Efectivamente, Marieta,—contestó Ernesto acariciando las manos de su querida.—Esta mañana he tenido una entrevista con mi tío, porque cuando un enfermo se encuentra en mi situación, tiene muchas cosas que arreglar.

—Veo, querido Ernesto, que eres incorregible, y me disgusta altamente ver siempre ocupada tu imaginación por cosas tristes.

—¡Ah! Marieta, los pensamientos de un moribundo no pueden ser muy risueños. Todos en esta casa me queréis bastante y procuráis disipar mis tétricas ideas; pero mi mal es más poderoso que vuestra voluntad. Yo os agradezco los buenos deseos, pero sigo con la idea fija encarnada en el cerebro.

La bailarina se llevó una mano á los ojos para enjugarse las lágrimas, y Ernesto, después de una ligera pausa, añadió:

—Voy á serte franco. Nunca he tenido tantos deseos de vivir como ahora; ¿y sabes por qué, Marieta? Porque ahora he comprendido lo que tú me amas, y con tu amor y la protección de mi cariñoso tío, hubiera comenzado para mí una vida de felicidad y bienandanza lejos de esa sociedad pérfida y engañosa. Pero ¿qué remedio? ya es tarde, y me he convencido desgraciadamente de que el hombre en este mundo encuentra muchas veces la dicha cuando ya no puede disfrutar de ella.

Y Ernesto, como si se sintiera fatigado, volvió á cerrar los ojos, exhalando un débil suspiro.

—Nó, nó, Ernesto; tú no morirás, porque yo no quiero, porque yo necesito que vivas,—exclamó Marieta, dejándose llevar por un rasgo de verdadera ternura.

El barón de Labra abrió los ojos, fijó una mirada melancólica en aquella mujer á quien amaba entonces como no había amado nunca, y dijo:

—Pobre Marieta, todos tus deseos, todas tus súplicas, todas tus oraciones, no serán suficientes á prolongar un minuto más mi vida. Pero no importa; tus palabras me causan un consuelo inefable: son gotas de bálsamo que tranquilizan y adormecen los dolores de mi herida, son la hermosa luz que ilumina los sombríos instantes del moribundo. Cuando te veo penetrar en mi alcoba, creo que eres un ángel que Dios me envía para consolarme;

cuando tus labios se posan en mi frente, siento algo consolador que me refresca el alma.

—¡Ernesto! ¡Ernesto! ¿por qué he de perderte ahora que comprendo lo que vales?

—Porque así estaba escrito en la misteriosa página de mi destino. Pero tranquilízate y escucha. Desgraciadamente, no se vive en el mundo solamente de ilusiones; es preciso poseer algo más positivo, y yo me he ocupado de tu porvenir.

—¡Mi porvenir!—repitió Marieta con triste y dolorido acento.—Si tengo la desgracia de perderte, ¿qué me importa el porvenir?

—Te importa mucho, querida,—añadió Ernesto esforzándose por sonreír,—y yo no puedo mirar con indiferencia tu mañana. Hé aquí el motivo de la entrevista que he tenido esta mañana con mi tío.

—No te comprendo,—repuso Marieta con una ingenuidad verdaderamente teatral.

—Escúchame, porque es para tí de la mayor importancia lo que voy á decirte. Tú habrás tenido tiempo y ocasión de conocer á mi tío: es un bello sugeto, tiene un alma generosa, un corazón de oro, me ama como un verdadero padre, y su dolor es profundo al ver que sus millones son impotentes para salvarme del grave mal que me consume.

—Sí, sí, don Joaquín es un ángel; sería una injusticia no reconocerlo así, y no amarle, no respetarle: ni un solo momento se olvida de tí.

—Si yo tengo la desgracia de perderte, al abandonar

esta casa me llevaré siempre un grato recuerdo de ese hombre generoso.

—Pues bien, Marieta; tú no te separarás nunca de mi tio.

—¿Qué dices?

—Que vivirás siempre á su lado.

—¿Qué derecho tengo yo para...

—Serás su hija. Tú eres huérfana; él después de mi muerte no tiene á nadie en el mundo. Figúrate que has encontrado un padre cariñoso; y yo te suplico que le ames con toda la ternura de una hija agradecida.

Marieta, después de fingir admirablemente una gran sorpresa, se quedó mirando á Ernesto como si no comprendiera sus palabras.

—Esta noche pasada, como siempre, he pensado mucho en la muerte,—añadió Ernesto.—No puedes figurarte con qué afán he esperado que la luz del alba penetrara en esta habitación á través de los cristales de mi ventana. Así es, que apenas distingui la tenue claridad de la aurora encargué á Ventura que fuera en busca de mi tío y le dijese que tenía necesidad de hablarle.

Ernesto hizo una pausa, porque su debilidad, su fatiga iban en aumento.

—¿Y sabes por qué tenía ese vehemente deseo de hablar con mi tío? Porque deseaba cumplir un deber de conciencia, porque temía que el dedo de la muerte viniera de improviso á cerrar mis ojos antes de dejar asegurado tu porvenir.

Ernesto se detuvo.

Marieta, con los ojos llenos de lágrimas, había recli-

nado su hermosa frente sobre los bordes de la cama, y escuchaba en silencio la débil y fatigada voz de su amante.

El barón de Labra acariciaba mientras tanto con su mano pálida y descarnada los sedosos y abundantes cabellos de la bailarina.

—Mi tío,—añadió Ernesto,—acudió al llamamiento, y yo entonces te recomendé á su generosidad, á su noble corazón; porque tú, mi buena y leal amiga, lo habías sacrificado todo por mí, y yo necesito morir tranquilo sin que conturbe mi último instante la idea de tu porvenir. Pues bien, Marieta; ¿sabes lo que contestó mi tío al oír las primeras súplicas que le dirigí? Me dijo: «Ernesto, tranquiliza tu espíritu; Marieta será mi hija, y su porvenir quedará asegurado.»

—Pero, Dios mío,—exclamó la bailarina,—¿qué he hecho yo para que ese hombre generoso me dé el nombre de padre? Yo, pobre mujer abandonada, sin familia...

—Nó, nó, sin familia nó; ya tienes un padre, Marieta, —exclamó Ernesto;—ya tienes un pecho cariñoso donde reclinar la frente, un hogar donde te respeten y te amen. Desde hoy en adelante no vivirás sujeta á los caprichos de un empresario especulador, ó de un amante grosero. ¡Ah! viendo asegurado tu porvenir, créelo, Marieta, mis dolores se aminoran y no me parece tan triste la idea de la muerte.

Durante algunos segundos, la bailarina permaneció abrazada á Ernesto.

Los sollozos ahogaban la palabra en su garganta.

Pero de pronto, comprendiendo que aquella emo-

ción no podía ser provechosa á su desgraciado amante, dijo:

—Soy una loca, soy una aturdida; los médicos te han recomendado eficazmente la tranquilidad, la calma, y yo vengo aquí á perturbar tu espíritu, á conmover tu corazón.

Y separándose del lecho, fué á sentarse en una butaca colocada á los piés de la cama.

—Nó, nó, Marieta; tus besos son el precioso bálsamo de mis dolores, y la dulce emoción que experimento cuando te estrecho entre mis brazos, da vida y vigor á mis desfallecidas fuerzas, animación á mi decaído espíritu. Ven, ven á mi lado; la vida es para mí tan corta, que deseo verte siempre, porque cuando me miras siento el calor de tus ojos en mi alma, y entonces el fantasma de la muerte desaparece de mi imaginación.

Y como en este momento, á través de los cristales de la ventana penetrara un radiante rayo del sol, llegando hasta la cama de Ernesto, éste exclamó:

—¡Oh, qué bello es el sol! ¡qué hermoso es el amor!

Y extendiendo el brazo, tiró con fuerza del llamador de la campanilla.

Un instante después, Ventura se presentaba en la entrada de la alcoba.

—Ven, Ventura, ven; ayúdame á vestirme,—le dijo: —quiero disfrutar de ese sol que lo embellece todo; quiero respirar la purísima brisa de los mares. Aquí en el fondo de esta alcoba, me falta ambiente, me ahogo! Debe ser

tan hermoso el morir al pié de un árbol con los ojos fijos en el cielo y besando los labios de la mujer que se ama! ¡Ah, qué bella es la vida á los treinta años para el pobre enfermo que ve la sonrisa fría de la muerte á la cabecera de su cama!

Marieta salió de la alcoba.

También ella tenía necesidad de respirar. Nunca las palabras de un hombre le habían causado más profunda sensación que las que acababa de pronunciar Ernesto en un momento de delirio.

Abrió la ventana y extendió una mirada por el limpio horizonte.

La barca de Tomás se mecía dulcemente sobre las olas á pocas brazas de la orilla.

Aquella barca que llevaba inscrita en la popa su nombre, parecía incitarle con su dulce movimiento á dar un paseo por las tranquilas aguas del Mediterráneo.

La gratitud del viejo marinero le hacía permanecer horas y más horas enfrente de aquella casa, cuyos moradores habían sido la providencia de su familia.

Mientras tanto, Ventura había vestido á Ernesto, y ambos salieron de la alcoba.

El barón de Labra llegó apoyado en el brazo de su ayuda de cámara hasta la ventana donde se encontraba Marieta, y al distinguir la barca de Tomás, exhaló un grito de gozo.

—Corre, Ventura, corre y dile que atraque á la orilla. Quiero dar un paseo por el mar.

Y cogiéndose del brazo de Marieta, añadió:

—¡Qué triste es á los treinta años necesitar el apoyo de un brazo femenino para poder andar!

Y Ernesto, llevándose una mano al pecho, respiró con fatiga y dijo:

—Vamos, Marieta.

—Vamos adonde quieras, Ernesto mío,—dijo la hermosa joven.

CAPITULO VII

CAMINANDO HACIA EL SEPULCRO

Ernesto salió al jardín apoyado en el brazo de Marieta.

Caminaba muy despacio, y deteniéndose de vez en cuando, dirigía una mirada al cielo respirando con avaricia.

La tos le molestaba mucho. Aquella naturaleza herida de muerte, apenas tenía fuerzas para mantenerse de pié.

Ernesto había perdido su vigor, su lozanía. Su rostro demacrado, lívido, sus ojos hundidos y sin brillo, su cabello lacio, tenía más de cadáver que de sér viviente.

Ese espíritu helado que al extenderse por nuestras venas mata la fuerza vital, parecía complacerse en destruír la naturaleza del barón de Labra poco á poco y como si se gozara en su obra.

No era posible reconocer en aquel moribundo, mantenido por un resto de fuerza de voluntad, al joven audaz que pocos meses antes paseaba por Madrid con la frente erguida y la mirada altiva.

Ni uno de sus amigos, de aquellos amigos que le envidiaron sus calaveradas y le ayudaron á comerse su fortuna, le hubiera reconocido al verle cruzar bajo la sombra de los árboles de aquel jardín.

Marieta sentía frecuentes estremecimientos, trasmitidos por el brazo de su amante; pero advertía al mismo tiempo que la brisa del mar reanimaba el semblante cadavérico del barón.

Aquella mujer en cuyo pecho la idea del porvenir había desarrollado una mira egoísta, no era tan mala, no era tan pervertida, que mirase con indiferencia el estado lastimero de Ernesto.

Por eso de vez en cuando fijaba con cariño los ojos en su amante, y de aquellos ojos se escapaba una lágrima furtiva, hija, si no del amor, al menos de la compasión que todas las grandes desgracias inspiran á la compañera del hombre.

Poco antes de llegar á la orilla del mar, Ernesto se detuvo, llevóse una mano al pecho, y alzando una mirada al firmamento, exclamó:

—¡Ah! ¡qué hermoso es respirar este aire puro, este aire que penetra en mis pulmones, dándome fuerza y vida!... ¡Qué grato es el tibio calor del sol de invierno!... ¡Qué bello es ese mar que se extiende ante mis ojos!... !Qué hermoso ese cielo que nos sirve de techumbre!

Y suspirando tristemente, añadió:

—¡Ese cielo!... ¿Qué hay detrás de ese purísimo azul que detiene la curiosa y penetrante mirada del hombre? ¿Qué misterio se oculta detrás de su trasparencia?... ¿Encuentran las almas al abandonar el frágil barro otra vida que aquí?... Y si la muerte, como han dicho algunos sabios, no es otra cosa que el principio de la vida, ¿por qué se teme tanto á la muerte?... ¡Misterio, misterio profundo que no es dado penetrar á la pequeñez humana! ¡Nadie vuelve de ese gran viaje á la eternidad!... ¡Con el último soplo de vida comienza el poema desconocido de la muerte!

Y Ernesto, moviendo tristemente la cabeza y sonriéndose con incrédula expresión, añadió:

—Muy en breve el misterio de la eternidad dejará de serlo para mí. Esperemos un poco.

—¡Siempre lo mismo, Ernesto, siempre lo mismo! Me habías ofrecido no pensar en la muerte, y no sabes hablar de otra cosa.

—Perdona, Marieta; pero al moribundo, al enfermo que, como yo, se halla herido de muerte, le sucede precisamente lo mismo que al sabio filósofo que se ocupa en resolver un problema de grandes utilidades: tiene una idea fija.

Y Ernesto volvió á sonreírse, diciendo:

—Vamos en busca del viejo Tomás, para que nos dé un paseo por ese mar tranquilo que se extiende ante nosotros.

Cuando llegaron á la orilla, Tomás el marinero había

atracado la lancha y se hallaba hablando con Ventura.

Al ver á Ernesto y á Marieta, el viejo pescador corrió á su encuentro.

—¡Así, así, señorito!—exclamó Tomás con franca y expansiva alegría;—la cama come y el mar da la vida. Todos los días debería usted hacer un esfuerzo como el de hoy, y yo le aseguro á usted que en un mes se ponía bueno.

Ernesto movió la cabeza en señal de duda, y estrechando la callosa mano del marino, dijo:

—Agradezco á usted su buen deseo, señor Tomás; pero tengo la convicción de que no hay para mí remedio humano.

—¡Oh! es que la brisa del mar,—contestó Tomás,—no es un remedio que se vende en la botica, sinó un dón del cielo, y puedo á usted asegurarle, señorito, que en los cincuenta años que he pasado á bordo de buques grandes recorriendo todos los mares navegables, no he visto un marinero enfermo del pecho.

—Hay remedios, amigo mío, que llegan tarde. Si yo, como usted, hubiera sentado plaza de grumete á los doce años, hoy tal vez sería un marino robusto; pero es tan imposible desandar lo andado en el camino de la vida...

—En fin, señorito, es preciso no perder la esperanza, porque Dios es tan bueno, que no se pasa un día sin que haga un millón de favores á los hombres.

Y Tomás, cogiendo en brazos á Ernesto, le condujo á

bordo de la lancha, donde ya de antemano había puesto Ventura dos almohadones sobre uno de los banquillos. Despues volvió por Marieta, y cuando tuvo embarcados á sus dos protectores, extendió la pequeña vela latina, y cogiendo el timón comenzó á alejarse de la orilla á impulsos de la suave brisa de la tierra.

Ventura, inmóvil junto á la orilla, permaneció observando las evoluciones de la pequeña embarcación durante algunos minutos. Luego se dirigió hacia la casa, pensando que aquellos paseos por mar terminarían pronto, atendido el estado deplorable de Ernesto.

. . . . . .

. . . . . .

Apenas había trascurrido una hora, cuando don Joaquín, que sentado en una butaca junto á la puerta de la alquería, se hallaba fumando y entreteniendo sus pensamientos con el humo, vió venir por la calle de árboles que conducía al mar al viejo Tomás, llevando en sus brazos á Ernesto.

A pesar de sus años, el viejo marinero caminaba de prisa y como el que desea llegar pronto al término de su viaje.

A su lado iba Marieta.

Don Joaquín se levantó bruscamente, y corrió al encuentro del pescador.

Lo primero que creyó el anciano fué que Ernesto había muerto, y un grito se escapó de su pecho.

—¿Me lo traéis muerto?—preguntó.

—Creo que es solamente un desmayo,—dijo Marieta precipitadamente.

—¡Pobre señorito! ¡pobre señorito!—murmuró en voz baja Tomás, cuyo rostro bronceado se hallaba cubierto de sudor.

—¡Zulma! ¡Ventura! ¡acudid todos!—gritó don Joaquín.

—Yo basto para llevarle hasta su cama,—añadió Tomás.

Y sin esperar á nadie entró en la casa y colocó en su lecho á Ernesto.

Don Joaquín y Marieta recurrieron á todos los remedios conocidos para que Ernesto recobrara el sentido.

Y efectivamente, algunos momentos después un débil suspiro se escapaba del pecho del enfermo, y sus ojos fueron abriéndose poco á poco.

Tomás, mientras tanto, de pié, inmóvil en uno de los ángulos de la habitación, dirigía profundas y tristes miradas hacia la alcoba, enjugándose de vez en cuando los ojos, que vertían lágrimas de gratitud.

Cuando Ernesto recobró el conocimiento estaba tan débil, que no sintiéndose con fuerzas para pronunciar una sola palabra, pagó con una sonrisa el tierno interés de aquellos que rodeaban su lecho.

Don Joaquín y Marieta, por su parte, tampoco quisieron molestarle con sus preguntas. ¿Qué podía decirles Ernesto que ellos no supieran? Aquello era un pequeño desmayo, que precedía á la próxima y gran paralización de la muerte. La esperanza de salvarle hubiera sido un absurdo.

Marieta presentó una pequeña taza de caldo al enfermo,

y este la bebió con fatiga y sin gusto, inclinando al concluír pesadamente la cabeza sobre la almohada y cerrando los ojos.

Mientras tanto, Ventura había enganchado precipitadamente un ligero cabriolé de dos asientos, y corría á galope hacia Alicante en busca de un médico.

Marieta se sentó en una butaca junto al lecho del moribundo, y don Joaquín se puso á dar paseos por la sala con las manos cruzadas en la espalda y la mirada tristemente fija en el suelo.

Todo en aquella habitación iba tomando el triste y sombrío carácter de la muerte.

Sólo el sol, que penetraba á través de los cristales de la ventana, era alegre y risueño, y alumbraba con su diáfana y viva claridad aquel cuadro de dolor.

Durante dos horas, no se pronunció en aquella habitación ni una sola palabra.

Ernesto parecía dormido. Su respiración, poco antes fatigosa, era dulce, tranquila, y á la lividez de la muerte había reemplazado un tinte menos pálido, que daba cierta vida á su semblante.

Cuando el péndulo de la habitación marcaba las once de la mañana, entró el médico acompañado de Ventura.

Era un hombre entrado en años, con la cabeza cubierta de canas y el semblante grave y sereno.

La mirada de sus grandes y pardos ojos, era profunda, inteligente.

El doctor estrechó la mano de don Joaquín, y éste, exhalando un suspiro, dijo bajando la voz:

—Creo que está muy enfermo.

—Desgraciadamente, nada bueno podemos esperar,—contestó el médico con acento muy bajo.

Y acompañado de don Joaquín, entró en la alcoba.

Ernesto abrió los ojos, los fijó en el doctor un breve instante, y volvió á cerrarlos.

Marieta explicó todo lo que había sucedido aquella mañana.

El médico escuchaba la sencilla relación de la bailarina sin dejar de mirar al enfermo. Le pulsó, y salió de la alcoba sin decir una palabra.

Cuando estuvo en la sala hizo una seña con la mano á don Joaquín, y ambos se colocaron al extremo opuesto de la habitación, junto al hueco de la ventana.

—Amigo mío,—dijo el médico con su peculiar gravedad,—probablemente el nuevo sol no alumbrará para el barón de Labra.

Don Joaquín se estremeció.

—Sólo siento ser médico en estos momentos,—repuso el doctor,—en que el deber me obliga á decir toda la verdad, por terrible que sea. Además, cuando la medicina pierde todas las esperanzas, comienza la religión. El médico del cuerpo nada puede hacer para salvar á ese pobre enfermo. Pueden ustedes llamar al médico del alma y disponerle como cristiano para la muerte, pues supongo que esta noche dejará de existir.

—¿De modo que ya no hay remedio alguno?...

—Ninguno, la ciencia ha pronunciado su última palabra: los pulmones del enfermo están hechos pedazos.

—¡Ah! doctor, no nos abandone usted.

—Aunque tengo algunos enfermos que reclaman mi asistencia, los dejaré encargados á mi ayudante. Volveré, pues, á la caída de la tarde, y pasaré la noche con ustedes, aunque desgraciadamente nada podré hacer para salvarle.

Y el médico, después de estrechar la mano de don Joaquín, salió de la habitación.

El viejo millonario apoyó los codos en la terrapisa de la ventana, dejó caer la frente en las palmas de las manos, y se puso á llorar.

CAPITULO VIII

LA ÚLTIMA NOCHE

Una lámpara alumbraba con dulce y tenue luz la alcoba del moribundo. Un sacerdote, sentado junto al lecho, leía en voz baja un libro de oraciones.

Ernesto parecía dormir.

El padre de almas apartaba de vez en cuando los ojos del libro para fijarlos en el moribundo, en aquel hombre que había vivido como un pecador, y moría como un justo.

En la habitación inmediata se hallaban reunidos, el médico, don Joaquín, Marieta y Ventura.

No se oía otra voz humana que el murmullo producido por el rezo del sacerdote.

En todos los semblantes estaba pintada la tristeza de la muerte.

¡La muerte!... palabra mágica y aterradora que oprime

el espíritu, que hiela el corazón, que hace enmudecer los labios, que apaga la alegría, y cubriendo de tristeza melancólica el semblante convida á la meditación.

¿Qué espíritu misterioso se extiende por los ámbitos de una habitación en donde un moribundo espera su última hora? ¿Qué dice á los vivos que le rodean aquel silencio religioso, interrumpido tan sólo de vez en cuando por el ronco estertor de la agonía?

Misterio, sólo misterio encierra la muerte para la pequeñez humana, y ninguno de los grandes y poderosos magnates de la tierra ha tenido poder suficiente para deneter un solo minuto los inapelables y terribles decretos de la fantástica diosa del sueño eterno.

¡Ah! ¡la imagen de Cristo en la dolorosa actitud de su calvario con los brazos extendidos en cruz y destilando sangre, la frente pálida coronada de espinas, el paño negro que le sirve de fondo, y las velas que alumbran su cuerpo, macerado por la barbarie humana, hacen apartar los ojos en la tierra para fijarlos en el cielo!

El que ha visto morir á un padre, á un hijo, á un amigo querido, á una esposa idolatrada, no puede borrar nunca de su imaginación ese instante sublime que separa el ser del no ser.

Ernesto había escuchado con verdadera fe las palabras de consuelo del sacerdote, y como todos los pecadores en su última hora, no esperando nada de los hombres, ponía el pensamiento en Dios.

De vez en cuando, el padre de almas dejaba de dirigir la palabra al moribundo para elevar sus preces al Todopo-

deroso, recomendándole el alma de aquel hombre próxima á abandonar la materia.

El sacerdote había procurado hacerle comprender durante dos horas la pequeñez de las vanidades humanas, la riqueza de las bienaventuranzas eternas.

—La vida, hijo mío,—le había dicho,—no vale en mucho lo que cuesta. El hombre justo que abriga en su alma creencias religiosas, no mira en la muerte más que un bien, y se despide de sus semejantes con la sonrisa en los labios y el pensamiento fijo en Dios; en Dios, cuya bondad infinita es inagotable; en Dios, labrador de almas, que da ciento por uno en la vida eterna.

Ernesto escuchaba estas y otras consoladoras palabras, besando con frecuencia un pequeño crucifijo de marfil que apretaba entre sus manos; y sin temer la muerte, la esperó resignado después de descargar en la confianza del sacerdote el peso de su conciencia con su última confesión.

—¿Qué hora es, padre mío?—preguntó después de una pausa Ernesto, sin soltar el crucifijo que tenía entre las manos.

—Las doce acaban de dar en el reloj de la habitación inmediata, hijo mío.

—¡Las doce!—murmuró el enfermo.—Faltan algunas horas para que el sol del cercano día brote del fondo del mar; pero yo no veré ese sol. Siento encima del pecho una plancha de hielo que va enfriando mi corazón; conozco que la sangre circula con dificultad por mis venas. ¡Ah! padre mío, esta luz se apaga.

—Piensa en la luz eterna, en la inefable claridad del cielo, en el resplandor sin igual de la gloria.

—¡Sí, ya pienso, padre mío, ya pienso!

Y Ernesto comenzó á pronunciar en voz baja una corta oración que le había enseñado aquella noche el sacerdote, pues las locuras y las orgías de la juventud le habían hecho olvidar las oraciones que en la infancia le enseñó su madre.

El médico entraba con exactitud de hora en hora en la alcoba, pulsaba el enfermo, le miraba un instante y volvía á salir sin desplegar los labios.

Ernesto, aunque resignado con la muerte, no se atrevía á preguntar nada al doctor, temeroso sin duda de que sus labios pronunciaran una sentencia fatal.

A la una de la madrugada el doctor al salir de la alcoba dijo en voz baja á don Joaquín:

—He observado en el enfermo un síntoma que me indica que la muerte se aproxima. Si quiere usted despedirse de su sobrino, no pierda usted el tiempo.

Al oír estas tristes palabras, don Joaquín y Marieta se pusieron de pié, y ambos se dirigieron hacia la alcoba.

El sacerdote al verlos entrar comprendió la causa. Además, era hombre muy práctico, y también sabía ver la muerte en el rostro de los enfermos que auxiliaba.

Salió de la alcoba sin abandonar su libro de oraciones y fué á ocupar una butaca junto al médico.

Don Joaquín y Marieta se quedaron de pié junto á la cama. Como Ernesto parecía rezar con los ojos cerrados, no se atrevían á interrumpirle. Le contemplaron, pues,

en silencio, derramando al mismo tiempo abundantes lágrimas. La profunda contrición de Ernesto tenía admirados á don Joaquín y á Marieta.

Nunca hubieran creído que las últimas horas del barón de Labra hubieran sido tan dulces, tan resignadas, tan cristianas.

Esto era para el anciano un consuelo en medio de su dolor.

Ernesto abrió los ojos y los fijó de un modo vago en su tío y Marieta, dejó el Cristo sobre la colcha de la cama, y extendiendo los brazos se apoderó de una de las manos de don Joaquín, que besó repetidas veces. Aquellos labios tenían la frialdad del hielo.

—¡Pobre hijo mío, pobre hijo mío!—murmuró don Joaquín sollozando.

—No debe usted tenerme lástima, sinó envidia. La muerte es un bien para los que sufren.

Y fijando una mirada llena de ternura en Marieta, añadió:

—Padre mío, no olvide usted mi recomendación; y tú, Marieta, procura que nunca mi querido tío tenga motivo para arrepentirse de haberte llamado su hija.

La bailarina cayó de rodillas junto á la cama, prorumpiendo en un amargo llanto.

Don Joaquín dejóse caer en la silla, y se cubrió el rostro con la única mano que le quedaba libre.

—¡Llorad!—volvió á decir Ernesto con débil y moribundo acento;—llorad, porque las lágrimas son un bien para las almas apenadas. Pero no os aflija la idea de mi muerte. ¿Qué vale respirar algunos años más el ambiente

envenenado del mundo, cuando se crée en Dios y se confía en su misericordia?

Y Ernesto, después de una corta pausa, añadió:

—Padre mío, júreme usted por la última vez que será siempre el protector de Marieta.

—¡Oh! sí, lo juro, lo juro, querido Ernesto. Te he dado mi palabra, y la cumpliré. Además, yo necesito crearme una familia que caliente con su purísimo amor mi helada vejez. Puesto que el infortunio quiere cortar los días de tu existencia robándome un hijo á quien amaba con toda mi alma, muere en paz, Ernesto, y no temas por el porvenir de tu protegida.

—Gracias, querido tío, gracias. Y tú, Marieta, júrame también que, dócil, obediente y cariñosa, será tu único afán poetizar la vejez del hombre que va á llamarse tu padre.

—¡Lo juro, Ernesto, lo juro!—tartamudeó Marieta anegada en llanto.

—Ahora dadme el beso de despedida, y dejadme morir en paz, escuchando las últimas palabras de consuelo del sacerdote.

Don Joaquín y Marieta se arrojaron al cuello del moribundo. Durante algunos minutos permanecieron dulcemente unidas aquellas tres cabezas. Todos los labios exhalaban suspiros de ternura, todas las bocas pronunciaban palabras de dolorosa despedida, todos los ojos derramaban abundantes y amargas lágrimas.

El doctor y el sacerdote creyeron que Ernesto había dejado de existir, y entraron precipitadamente en la alcoba.

—¡Nó, no he muerto aún, pero ya siento un frío desconsolador en el corazón!... La luz de mis ojos se apaga y apenas os veo confusamente en derredor de mi cama!... Dejadme... dejadme; ya que no podéis darme la vida, permitidme al menos que ocupe mis últimos instantes en recomendar á Dios mi alma.

El médico y Ventura cogieron dulcemente á Marieta y á don Joaquín, sacándolos de la alcoba.

El sacerdote aplicó á los labios del moribundo el Cristo y estrechó su fría y sudorosa cabeza entre sus brazos.

En los ojos de Ernesto brilló una mirada sin luz, vaga, indefinible, y sus pupilas se agitaron dentro de sus órbitas con increíble rapidez.

—Padre, bendecidme... voy á morir... siento un dogal de hielo que me rodea la garganta.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bendigo, hijo mío, y recomiendo á la clemencia de Dios tu alma arrepentida.

Los labios de Ernesto se agitaron sin fuerza para formular las palabras, cerráronse sus párpados después de una corta y violenta lucha, y extendiendo los brazos como si desease asirse al resto de vida que se escapaba de su cuerpo, se estremeció dulcemente, y dejando escapar de su pecho un triste gemido, se quedó inmóvil.

Un alma acababa de abandonar la materia, y cruzando las regiones de lo desconocido, llegaba á las puertas de la eternidad á recibir su castigo ó su premio.

El sacerdote dirigió una profunda mirada al cadáver, aun tibio, que yacía en el lecho, y colocando cari-

tativamente su mano sobre los párpados, le cerró los ojos, que habían quedado un poco entreabiertos. Luego le cubrió el rostro con la vuelta de la sábana, y asomándose á la puerta de la sala, dijo con acento solemne y arrodillándose:

—Hermanos, el enfermo ha pasado á mejor vida. Rogad á Dios por su alma.

Marieta lanzó un grito, y arrojándose en los brazos de don Joaquín, exclamó:

—¡Muerto, muerto!...

—Sí, hija mía; ¡roguemos á Dios por él!

CAPÍTULO IX

SE DISPONE EL VIAJE

Don Joaquín y Marieta, después de derramar abundantes lágrimas por la muerte de Ernesto, aconsejados por el sacerdote, abandonaron la habitación mortuoria.

El viejo millonario había dicho á Ventura:

—Encárgate tú de todo. Que se le haga un buen entierro. No economices el dinero.

Después de este encargo, don Joaquín se encerró en su habitación, en donde permaneció todo el día sin salir de allí. Tenía necesidad de estar solo y de llorar.

Dos veces entró á verle el sacerdote, dedicándole palabras de consuelo y de resignación.

A la caída de la tarde preguntó por Marieta, y Ventura le dijo que, sintiéndose un poco enferma, se había metido en cama.

—Esa pobre muchacha tiene un corazón de oro,—dijo

don Joaquín.—Dios sin duda ha querido, porque no me vea solo en mi vejez, colocarla en mi camino. Me quita un hijo y me da una hija. Esto es siempre para mí un gran consuelo.

Y cambiando de entonación, añadió:

—¿Supongo que lo habrás arreglado todo?

—Todo, señor. Mañana al mediodía será enterrado el cadáver del señorito Ernesto en el cementerio de San Vicente. He comprado un panteón, y he encargado á Alicante una preciosa lápida de mármol negro de Bélgica, que estará concluída dentro de tres días.

—¡Pobre Ernesto!—murmuró don Joaquín, llevándose una mano á los ojos para enjugarse una lágrima.—Pero me has dicho que Marieta está enferma: voy, voy á verla. Sólo nos faltaba que ahora...

Y don Joaquín salió precipitadamente de su habitación, dirigiéndose á la que ocupaba la bailarina.

Ventura se sonrió maliciosamente, comprendiendo con gran satisfacción el interés que el tío de Ernesto sentía por la joven.

Marieta se hallaba efectivamente en cama, con una de esas indisposiciones tan familiares á la mujer.

—¿Qué es eso, hija mía? Acaba de decirme Ventura que te sientes algo indispuesta,—dijo don Joaquín entrando en la alcoba.

Aquella era la primera vez que le hablaba de tú.

Marieta escuchó tan cariñosas palabras con la sonrisa en los labios, y apartándose con cierta coquetería los hermosos rizos de su frente, repuso:

—Ruego á usted, padre mío, que no se sobresalte. Sólo tengo un poco de destemplanza, que pasará con algunas horas de descanso.

—Es natural,—añadió don Joaquín, sentándose en una silla cerca de la cama;—aunque lo esperábamos de un momento á otro, te ha afectado como á mí la muerte de Ernesto. ¡Pobrecito! ¡tan joven!... ¡Ah! ¡qué caras se pagan las calaveradas!

Y como don Joaquín sorprendió dos lágrimas en los ojos de Marieta, añadió cambiando de tono:

—En fin, yo no he venido aquí, hija mía, á aumentar tu tristeza, sinó á enterarme de tu salud; y puesto que el mal no tiene remedio, y en esta casa no podría yo permanecer mucho tiempo sin que me afectara el recuerdo del pobre Ernesto, es preciso que la abandonemos lo más pronto posible.

Como la bailarina seguía guardando silencio, aunque oía con gran satisfacción las palabras del viejo, éste añadió:

—Vengo, pues, Marieta, á repetirte lo que te he dicho tantas veces: yo soy solo en el mundo, y supongo que no me harás el agravio de separarte de mí ahora que ha muerto Ernesto.

—¡Separarme de usted!—exclamó la bailarina juntando las manos y empleando una entonación llena de ternura y de sentimiento.—¡Ah! nó, nó. Recuerdo perfectamente las últimas palabras de Ernesto, y sería yo la mujer más ingrata de la tierra si no diera el nombre de padre al noble bienhechor que me llama su hija.

—No puedes pensarte el consuelo que tus palabras difunden en mi corazón.

—Partiremos cuando usted quiera y donde usted guste. Desde este instante yo no tengo más voluntad que la de usted.

—Pues á mí me sucede precisamente lo mismo. Todo el mundo es patria para mí.

—Sin embargo, usted no podrá olvidar el sol de España ni su hermoso palacio de la Castellana.

—Efectivamente, aquel es un nido donde no me encuentro del todo mal. Pero eso no implica para que, si tú quieres, empleemos lo que queda de invierno en hacer una excursión á Italia.

—¡Italia! ¡el país del arte y de la poesía!

—¿Te gustaría ir á Italia?

—Yo iré gustosa donde usted quiera, adonde usted mande.

—Pues bien; iremos á pasar un mes en la patria de los Médicis y otro en la ciudad de los papas. Hoy mismo encargaré á mi negro Zulma que disponga el viaje.

—¡Ah! ¿piensa usted que Zulma nos acompañe?

—Es un hombre muy útil para los viajes. No tiene uno que encargarse absolutamente de nada.

Y como Marieta hiciera un movimiento desapacible con la fisonomía, don Joaquín añadió:

—¿Te disgusta que nos acompañe Zulma?

—Lo confieso, padre mío; ese negro me da miedo.

—¿Miedo?—contestó don Joaquín sonriendo;—¡si Zulma es un bendito, un infeliz!

—Sin embargo, de algún tiempo á esta parte noto en su rostro algo que me disgusta.

—¡Toma! ya lo creo,—dijo don Joaquín;—¡como que el pobre, además de ser negro, es feo como un demonio!

—Nó, no es el color de su rostro ni la poca belleza de sus facciones lo que me sobresalta, lo que me preocupa. Es su mirada sombría, su profundo mutismo; es, padre mío, que he creído adivinar que el corazón de ese negro mantiene una terrible tempestad, alimentada por los celos; es, en fin, que á ese hombre, acostumbrado á vivir solo con usted largos años, le irrita, le desespera que usted muestre simpatías hacia otro que no sea él, y la verdad, me da miedo.

—Vamos, veo que todos os habéis propuesto hacerme creer que Zulma es un segundo Otelo, cuando estoy seguro que el pobre no se ocupa de otra cosa que de aculatar mis pipas y limpiar mi ropa.

—Si usted se empeña en que nos acompañe ese hombre, mi deber es resignarme; pero yo viviré inquieta, sobresaltada, viéndole á mi lado.

—Nó, nó, se quedará aquí, ó por mejor decir, le mandaré á Madrid y vendrá Ventura con nosotros; aunque Ventura, á quien pienso nombrar mi apoderado general, me conviene que quede en Madrid al frente de mis intereses. Pero, en fin, no han de faltarnos un ayuda de cámara y una doncella para tí, que nos acompañen durante el viaje.

—¿De manera que partiremos solos?—preguntó Marieta sin poder contener su alegría.

—Solos nó; porque ya comprenderás que tú necesitas una doncella y yo un criado.

—Sí, sí, ya lo comprendo. ¡Con tal de que no venga Zulma, que me da tanto miedo!

—Zulma y Ventura se quedarán en Madrid,—dijo don Joaquín.

—Supongo que no me guardará usted rencor por mi pequeña exigencia.

—Nó, hija mía; y puesto que necesitas descansar, voy á dejarte para que duermas un poco. Es preciso también disponerlo todo y aprovechar la ocasión de que salga de Alicante algún buque con rumbo á las costas de Italia. Descansa, pues, algunas horas, y no olvides tus preparativos de viaje.

Marieta inclinó la frente hacia don Joaquín, y éste depositó en ella un beso.

Poco después, entre don Joaquín y Zulma tuvo lugar el siguiente diálogo:

—Mañana á primera hora quiero que vayas á Alicante á enterarte del día que habrá vapor para alguno de los puertos de Italia.

—Bien, señor.

—Después dispondrás mi equipaje.

—¿Según eso, nos vamos á Italia?

—Es decir, me voy yo.

—¿Solo?

—Con la señorita Marieta.

—¡Ah!

—¿Por qué dices ah?

—Por nada, señor.

—Nó, nó; tú lo has dicho por algo. No se pronuncia una exclamación de esa naturaleza sin algún motivo.

—Pues bien, lo he dicho, porque yo ya sospechaba ese viaje. Lo que yo no he podido creer nunca era que usted viajara sin llevarme consigo.

—Es que yo necesito que tú y Ventura regreséis á Madrid á cuidar de mis intereses.

—No es por eso, señor,—añadió el negro sonriéndose y moviendo tristemente la cabeza.

—¿Pues por qué es?

—Porque la señorita Marieta no quiere que yo vaya con ustedes.

—Siempre estás lleno de recelos.

—¡Oh! ya sé que la señorita me tiene mala voluntad, —dijo Zulma;—y hace muy mal, sí, muy mal, porque yo he probado mi honradez y mi hombría de bien sirviendo con lealtad á mi amo por espacio de veinte años.

—Te digo que la señorita Marieta no tiene nada que ver con mis disposiciones.

—Bueno, señor, bueno; me quedaré en España,—repuso el negro, exhalando un profundo suspiro,—puesto que usted así lo dispone.

—Sí, esa es mi voluntad, añadió don Joaquín, á quien comenzaba á disgustar aquella escena.—Puedes retirarte.

El negro, á pesar de la orden terminante de su amo, permaneció inmóvil en el mismo sitio.

Don Joaquín se puso á dar paseos por la habitación,

y al observar que Zulma no se movía del sitio, repuso con mal humorado acento:

—¿No lo has oído? Te he dicho que te vayas.

El negro se estremeció; pero dominándose, dijo sin levantar la voz:

—Yo quisiera pedir á usted un favor.

—Dí lo que quieras, pero acaba pronto.

—Mientras he creído merecer la confianza de mi amo, he tenido orgullo y satisfacción en servirle, hallándome siempre dispuesto á dar por él mi sangre y mi vida.

—Pero ¿á qué viene todo eso?

—Ruego á usted que me escuche con un poco de calma. Yo he abandonado mi patria por seguir á mi amo, porque mi amo me había dicho que yo era para él una necesidad; pero hoy las cosas han cambiado mucho, y en vez de una necesidad soy un estorbo. Así pues, pido á usted permiso para regresar á Méjico.

Don Joaquín retrocedió dos pasos con asombro al oír esta extraña é inesperada petición.

—¡Cómo! ¿marcharte á América? ¿dejarme?

—Zulma conoce que ha perdido la confianza de su amo, y le suplica le permita ir á morir bajo el hermoso sol que alumbró su cuna.

—¡Bah! ¡tú estás loco!

—Cuerdo y muy cuerdo, señor. Sospecho el porvenir que me espera, y quiero evitarlo.

—Pues bien; yo te prohibo que me hables una palabra más de ese asunto. Véte, véte; no tengo ganas de conversación.

Y don Joaquín, cogiendo por un brazo al negro le condujo hasta la puerta, y cerrándola, fué á sentarse en una butaca, murmurando en voz baja:

—No hay nada más desagradecido que un negro. Le he sacado de la miseria, le he tratado durante veinte años, más que como un criado, como un amigo, y me demuestra su agradecimiento diciendo que quiere volverse á América á vivir como una bestia feroz en medio de aquellos bosques. ¡Qué estúpido! ¡qué imbécil! ¡qué animal! ¡Ah! Marieta tiene razón: ella ha conocido á Zulma en pocos días mejor que yo en muchos años.

Y don Joaquín se llevó una mano á la frente, moviendo al mismo tiempo la cabeza en señal de disgusto.

CAPÍTULO X

LA CARTA DE ROMA

Algunos días después, el paquete de vapor «Santa Cecilia» salía de Alicante con rumbo á Civitta-Vechia, haciendo escala en Barcelona y Marsella.

A bordo de este hermoso buque italiano iban don Joaquín y Marieta.

Dejémosles partir lejos de las playas españolas, que tal vez muy en breve volveremos á encontrarles.

Marieta la bailarina había ganado la batalla. Era dueña de la voluntad de aquel viejo millonario que la llamaba su hija. El porvenir de la mujer aventurera podía decirse que estaba asegurado.

Dos hombres, de pié junto á la farola que se alza en la punta del muelle de Alicante, seguían con la vista la rápida marcha del vapor «Santa Cecilia.» Uno de aquellos hombres era negro y tenía los ojos llenos de lágri-

mas; el otro blanco, y contemplaba al buque con marcada indiferencia.

Así trascurrieron algunos minutos, sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra.

Por fin el casco del buque se perdió de vista, dejando sólo en el espacio una cenicienta cabellera de humo, que iba marcando su derrotero.

—¡Buen viaje!—dijo Ventura, rompiendo el silencio.

Pero observando que el negro se llevaba la mano á los ojos para enjugarse las lágrimas, añadió:

—¿Qué es eso, Zulma? ¿lloras?

—Sí... lloro, porque me avergüenzo de haber puesto mi voluntad en un blanco. Pero yo te juro que estas son las últimas lágrimas que derramo por quien no las merece. Desprecio por desprecio, indiferencia por indiferencia.

El semblante del negro tomó una expresión feroz, sus gruesos labios se entreabrieron para formular una sonrisa extraña y amenazadora, y apretando los puños añadió con rabia:

—Hay en mi país una raza de hombres que habitan los bosques, viviendo con salvaje indiferencia. Ellos odian á los blancos y les hacen una guerra á muerte, porque los blancos arribaron en mala hora á sus playas, y robándoles su independencia y sus tesoros, les legaron los vicios y la corrupción que traían de Europa. Aquellos hombres han recibido de los blancos el apodo de los «plagiadores,» y los blancos reciben de los «plagiadores» la muerte, el exterminio. ¡Ah! yo no me olvido de los

«plagiadores» de los bosques de Méjico; no me olvido, Ventura, no me olvido, porque son unos guapos muchachos, y cuando cogen en uno de aquellos caminos desiertos á un blanco, se divierten mucho con él, ¡oh! mucho.

Y Zulma soltó una estrepitosa carcajada.

Ventura miró al negro, no sin algún recelo, porque las incoherentes palabras de Zulma no eran las más á propósito para inspirar confianza.

Pero Ventura era un hombre precavido y sereno.

—¿Con que tus paisanos, allá en los bosques de Méjico, se divierten con los pobres blancos que cogen desprevenidos?—preguntó Ventura.

—¡Oh! sí, se divierten mucho,—contestó el negro riéndose de un modo nervioso.—Mis paisanos son muy ingeniosos, y apenas se pasa un día sin que inventen algo para reirse de los blancos.

Ventura creyó prudente no prolongar aquella conversación, que podía tener malas consecuencias, atendido el estado de agitación en que se hallaba Zulma.

Muy cerca de la farola se encontraba un carruaje, que les condujo á los dos á la casa de campo.

Desde este momento Ventura lo dispuso todo, siguiendo las órdenes de don Joaquín, y cuatro días después de aquel en que levó anclas el vapor «Santa Cecilia» del puerto de Alicante, Ventura y Zulma regresaban á Madrid.

Trascurrió un mes sin que ocurriera nada de nuevo en el palacio de la Castellana.

Zulma pasaba los días encerrado en su habitación,

no hablaba nunca con los criados de la casa, y sólo alguna que otra noche bajaba al jardín á pasearse durante un par de horas.

Este aislamiento, este mutismo preocupaba un tanto á Ventura, que temiendo algún acto de ferocidad del negro, llevaba siempre en el bolsillo un revólver que pudiera nivelar sus débiles fuerzas con las atléticas de Zulma.

Durante este tiempo, don Joaquín había escrito dos cartas, una á su llegada á Florencia y otra el día que abandonó la ciudad de los Médicis en dirección á Roma.

Por estas cartas Ventura comprendía que Marieta se había apoderado por completo del corazón de don Joaquín.

Zulma, por su parte, también había recibido una carta de su amo; pero Ventura ignoraba el contenido de esta carta, porque el negro nada le había dicho.

Así pasaba el tiempo.

Habían trascurrido dos meses, cuando una mañana Ventura, no con poco asombro, vió entrar en su cuarto al negro Zulma.

Llevaba las manos metidas en el bolsillo del chaquetón y la pipa en la boca. Tenía el semblante perfectamente tranquilo, pero en sus ojos brillaba algo siniestro.

Ventura, con el pretexto de buscar un cigarro, entró precipitadamente en la alcoba, cogió el revólver que tenía encima de la mesa de noche, y ocultándolo debajo del gabán, salió á la sala.

El negro no se había movido del mismo sitio, ni sospechado la desconfianza de Ventura.

—A tí te extrañará que venga á verte,—dijo Zulma con mucha calma,—después de dos meses y medio que no te he dirigido la palabra.

—Sí, efectivamente,—contestó con naturalidad Ventura;—me extraña tu visita, y supongo que tendrás algo que decirme.

—Es claro; si nó, no vendría.

—Pues bien; siéntate y habla.

—Estoy bien de pié.

—Haz lo que quieras,—añadió Ventura encogiéndose de hombros.

—Vengo á decirte,—repuso el negro después de despedir una bocanada de humo,—que esta noche he tenido un sueño...

—¿Y vienes á contármelo?—preguntó sonriéndose Ventura.

—Ríete todo cuanto quieras. Dentro de poco también espero yo reirme de muchos blancos.

—Veo, amigo Zulma, que te has vuelto muy susceptible, todo te ofende.

—Tengo motivo para ello. Pero volvamos á mi sueño.

—Como gustes.

—Pues he soñado, ó por mejor decir, he visto en sueños un hermoso templo, iluminado con mil luces, y á los piés del altar, arrodillados y recibiendo la bendición de un sacerdote, he visto á mi amo don Joaquín y á la señorita Marieta.

—¡Oh! eso es un sueño muy agradable, querido Zulma.

—Sí, pero ese sueño me pone en el caso de abandonar Madrid para siempre.

—¿Por qué?

—Porque desde el momento en que la señorita Marieta sea la esposa de don Joaquín, yo estoy de más en esta casa. Porque la señorita Marieta me tiene poca voluntad, y antes que me despidan quiero marcharme.

Ventura, que deseaba con toda su alma perder de vista al negro, creyó conveniente darle la razón apoyando su idea.

—¿Y has pensado bien eso?—le preguntó.

—Lo estoy pensando desde el día en que mi amo se embarcó en el muelle de Alicante. Una esperanza, sin embargo, me detenía en España. Pensaba que don Joaquín, cansado de las zalamerías de la señorita Marieta, rompería con ella, volviendo á España en busca de su leal Zulma. Pero si se han casado, esa esperanza se desvanece, y estoy resuelto á partir.

—En fin, si tan firme es tu resolución, no seré yo el que me oponga á ella.

—¡Oh! es que aunque te opusieras me marcharía: no soy hombre que desisto tan fácilmente de mis empeños. Además, soy libre, y para volver á mi patria no necesito ni siquiera la limosna de los blancos, porque como hace tantos años que vivo sin gastarme un cuarto, tengo suficientes economías para pagar el viaje.

—Pero ¿partirás sin decir nada á don Joaquín?

—Partiré cuando me convenga, tal vez hoy, tal

vez mañana. Te lo aviso solamente para que no te extrañe un día encontrar mi cuarto vacío, y con la desconfianza natural de los blancos, vayas á creer que el negro Zulma ha robado á su amo antes de marcharse.

—Ya sé que eres honrado, Zulma.

—No me haces ningún favor en reconocerlo, sinó una justicia. Durante veinte años yo he manejado siempre el capital de mi amo, y no me remuerde la conciencia de haberle quitado nunca ni un solo real; pues he comprendido en el poco tiempo que estoy en España que los criados blancos no siguen aquí la misma conducta que Zulma el negro. Pero á mí me importa poco lo que hagan los demás; y pues ya sabes mi intención, he concluído.

Tres días después de esta entrevista, Ventura recibió una carta de don Joaquín fechada en Roma.

En esta carta, el viejo millonario le participaba su enlace con Marieta la bailarina, anunciándole su regreso para muy en breve.

«Soy un hombre feliz, decía; he encontrado un ángel que hará venturosa mi vejez. Te encargo, por lo tanto, eficazmente que dispongas en esa todo lo que falte para recibir á mi esposa, porque aunque mi palacio de la Castellana no carece de lujo, las habitaciones destinadas á un hombre solo son muy distintas de las que corresponden á una señora. Tú tienes inteligencia, y no creo que haya necesidad de decirte nada más.»

Si á Ventura le hubiera sido fácil llorar, hubiera llorado indudablemente de alegría, de gozo.

Su plan se había realizado.

—¡Diantre!—exclamó hablando consigo mismo,—el sueño del negro se ha cumplido. Creo que he hecho un gran negocio. Ahora lo que conviene es que Zulma me deje el campo libre, porque es tal el odio que se ha desarrollado dentro de su alma contra los blancos, que temo que una noche nos degüelle á todos, lo cual tendría poca gracia. Sí, lo mejor es que le dé á leer esta carta, especie de botafuego que le hará saltar de España inmediatamente.

Ventura se dirigió á la habitación de Zulma, pensando que Marieta había trabajado bien el negocio.

Cuando entró en el cuarto del negro, lo encontró arreglando su modesto equipaje en un cofre.

Esta actitud causó gran satisfacción á Ventura.

—Amigo Zulma, vengo á darte una gran noticia.

El negro levantó la cabeza, fijó sus grandes ojos en el ayuda de cámara, y con una tranquilidad imperturbable dijo:

—¿Has recibido carta de Roma?

—Sí, aquí la tienes.

—Pues yo también lo sé todo. Mi amo ha tenido la consideración de escribirme participándome su casamiento. Por eso me encuentras disponiendo mi maleta. Dentro de tres meses, si no me traga el mar en la travesía, formaré parte en una de esas bandas de «plagiadores», y escribiré con letras negras en mi bandera: *¡Guerra á muerte á los blancos!*

—¿De modo que insistes en tu propósito?—preguntó Ventura, esforzándose por ocultar su alegría.

—Es claro; yo no doy nunca un paso hacia atrás. Te he dicho que voy á hacer la guerra á los blancos. ¡Quién sabe si algún día oirás hablar de Zulma el negro!

Ventura se encogió de hombros y salió de la habitación, pensando cuerdamente que no le convenía por ningún concepto llevarle la contraria á Zulma.

. . . . . .

. . . . . .

Aquella misma noche, el negro Zulma partió en el tren de Andalucía, y Ventura, frotándose las manos lleno de gozo, murmuraba en voz baja estas palabras:

—¡La del humo! He hecho un negocio redondo.

LIBRO QUINCE

SEIS AÑOS DESPUÉS

CAPÍTULO PRIMERO

LA NIEVE

Desde la última palabra del capítulo anterior á la primera línea del presente, han trascurrido seis años, lo cual prueba que los novelistas tienen el tiempo supeditado á su antojo.

En los tiempos modernos, la asombrosa magia de ciertos amuletos, los prodigios de los talismanes y los milagros, se oyen referir con cierta sonrisa de burlona incredulidad. Pero los novelistas, que alimentan su vida intelectual de sueños, y aunque basando los acontecimientos de sus creaciones en episodios de la vida real, conservan aún cierta magia, cierto poder, que lo emplean cuando le conviene á la buena marcha de sus fábulas, al interés y á las conveniencias de sus libros.

Cuando á un novelista le conviene enriquecer á un

personaje de su obra, nada tan fácil como inventar algún recurso para darle las fortunas de Creso, Salomón y Nicaules reunidas, aunque el novelista sea más pobre que Job durante el período en que Dios quiso probar su paciencia.

Con la magia de su pluma tiene el poder de alargar ó acortar el tiempo, y valiéndose de estos recursos, sin los cuales le sería imposible dar colorido y encanto á sus creaciones, vence todas las dificultades, terminando sus obras, importándole poco que en el trascurso de una lectura de cuatro ó seis horas nazca un personaje y muera cubierto de canas, dejando una dilatada y numerosa descendencia.

Valiéndose, pues, el autor de las presentes páginas de esas libertades, hijas predilectas de la imaginación, ha hecho trascurrir seis años, bastándole para ello el tiempo que el lector ha empleado en volver una hoja.

Clotilde de Lostán había cumplido veinticinco primaveras, y en el momento en que volvemos á presentarla á nuestros lectores, su rostro, bello como nunca, se hallaba revestido de una gravedad majestuosa.

Clotilde ya no era aquella niña tan encantadora como aturdida, que todas las mañanas entraba en el cuarto de su padre con una exigencia infantil, logrando realizar todos sus caprichos á fuerza de besos y zalamerías.

En sus grandes y hermosos ojos se notaba una mirada llena de triste melancolía. En su radiosa y despejada frente, se observaba esa majestad serena que imprimen los disgustos y la experiencia de la vida.

Bien es verdad que Clotilde había sufrido mucho. Colocada como lazo de unión entre sus padres, todo su cariño, todos sus afanes, todas sus súplicas y lágrimas, no habían bastado para aplacar los justos y antiguos resentimientos de la marquesa.

Por otra parte, su primer amor no había sido otra cosa que un sueño fatídico. La desaparición de su padre, á quien Clotilde amaba con toda su alma, le había hecho adquirir cierta grave melancolía, muy impropia de su edad.

Clotilde había visto pasar los meses, los años, procurando en vano adquirir noticias de su padre.

Todas las primaveras iba á pasar una temporada al pueblo de Horche, en donde vivía su hermano Daniel retirado del mundo y sin ocuparse más que de los puros y dulces goces de la familia.

Tampoco de la mente de Clotilde se había borrado el nombre de Julio de Monforte, y muchas veces hablaban de él con su leal amigo, con su hermano del corazón, el duque de San Plácido.

Pero el duque de San Plácido no estaba siempre en Madrid. Su afición á la música y á los viajes le detenía largas temporadas lejos de España.

La marquesa del Radio, por su parte, no comprendía la esquivez de su hija con aquellos que enamorados de su hermosura ó de su fortuna, procuraban interesar su corazón con sus galanterías.

Algunas veces le decía:

—Hija mía, vivimos muy apartados de la sociedad, y noto con disgusto que te complaces en desechar todos los

partidos ventajosos que te se presentan. No puedo creer que á tu edad permanezca tu corazón insensible al amor. No temas que yo contraríe tus inclinaciones: si amas á alguno, no me lo ocultes. He sido tan desgraciada, que me horroriza la idea de que tú sigas mi camino.

Clotilde contestaba siempre á estas cariñosas reflexiones de su madre, sonriéndose de un modo dulce:

—Mi corazón no es insensible al amor: amo á usted, á mi querido hermano Daniel y á mi pobre padre, á quien espero aún estrechar contra mi pecho.

—¡Ah! Clotilde, esa es una vana esperanza.

Estas escenas concluían siempre con lágrimas abundantes, y ó bien Clotilde, ó bien la marquesa, procuraban dar un giro á la conversación por no entristecerse.

Así las cosas, llegó una mañana del mes de diciembre.

Clotilde se hallaba en su gabinete, de pié junto á los cristales del balcón, contemplando los silenciosos copos de nieve que caían del cielo, tan triste como su alma.

Clotilde contemplaba con distracción el blanco sudario que cubría los desiguales tejados de las casas de en frente.

—¡Qué hermosa, qué poética, qué deslumbradora es la nieve,—se dijo hablando consigo misma,—cuando se contempla con el espíritu sereno á través de los cristales de una habitación, donde arde en la chimenea una hermosa lumbre y se respira un ambiente primaveral! Los ojos se recrean con ese grandioso panorama que ostenta el campo cubierto de nieve, y gozan viendo los árboles festonados de blanco, con sus caprichosas líneas, y las casitas de una aldea agrupadas á lo lejos, á quienes sirven de horizonte

las lejanas montañas, destacándose en el fondo del ceniciento cielo.

Y Clotilde, suspirando melancólicamente, volvió á decirse:

—¡Qué hermoso es un país nevado cuando puede detenerse la mirada en todos sus detalles, sin que el frío enerve su cuerpo, sin que la inquietud turbe su corazón! Pero ¡qué triste, qué penoso, qué desagradable debe ser para el pobre viajero, para el errante peregrino, que sólo ve delante de su mirada una inmensa soledad cubierta con el sudario de la muerte! ¡Pobre padre mío! ¡quién sabe si tú, errante viajero hace tantos años, sentirás el frío y desapacible contacto de la nieve sobre tu cuerpo! ¡quién sabe si tu corazón, helado por los años y sin sentir el dulce calor de la familia, se rompe á estas horas en pedazos, latiendo con las angustias de la muerte dentro de su estrecha cárcel!

Clotilde se encontraba en uno de esos instantes de melancólica tristeza. Su alma era el vivo reflejo de aquel frío y aquella nieve que contemplaba al través de los cristales de su balcón.

Durante algunos segundos permaneció con la hermosa frente apoyada en las manos, y luego, llevándose una mano al pecho, como si quisiera contener los latidos de su corazón, alzó los ojos al cielo y dijo:

—¡La felicidad! ¡la felicidad! ¿en qué consiste ese precioso dón que busca afanosa la criatura? ¿Quién es el hombre que ha resuelto ese gran problema de la humanidad? ¡Ah! ¡no me cabe duda! muchos, al verme pa-

sear por la Castellana en un elegante carruaje, viéndome vivir en un palacio, joven, hermosa y rica, exclamarán: «Hé ahí una mujer feliz; puede satisfacer todos sus gustos, todos sus caprichos; la fortuna la sonríe desde aquel día en que respiró por primera vez los gérmenes de la vida.» Pero esos que me envidian, que me presentan como modelo de la felicidad, ignoran que Clotilde de Lostán, á pesar de su riqueza, de su hermosura y de sus títulos, á despecho de sus diamantes y de este lujo fastuoso que la rodea, pasa horas y horas de angustiosa y triste soledad, y noches de dolorosa amargura.

Clotilde hizo una pausa, apoyó su frente, abrasada por el pensamiento, en el frío marco del balcón, y quedóse durante algunos segundos contemplando la nieve, que caía en abundantes copos del cielo; y allí, reconcentrando sus ideas, abstraída por esa vida de los recuerdos que borra por completo el presente de la criatura, vió pasar ante los ojos de su alma todos los episodios de su vida.

Se acordó de aquel día en que por primera vez sirvió de intercesora entre su hermano Daniel y su padre; de aquel día fatal en que el general Lostán, ahogando en su pecho la voz de la naturaleza, arrojó inhumanamente de su casa á su propio hijo.

Recordó también las tímidas y apasionadas palabras de Daniel al declararle que la amaba, y la dulce impresión que recibió su alma al oírlas.

Clotilde soñaba despierta, y á través de aquella nieve que caía indiferente á sus dolores, creyó ver el lago Leman, la poética quinta de Diodati, las citas de amor con

Daniel, estremeciéndose al pensar el peligro que había corrido.

Pero todo aquello no era otra cosa que un sueño, un sueño fatídico que ella no podía olvidar. Daniel se hallaba en Horche retirado hacía algunos años, sin que ni una sola vez se le hubiese ocurrido volver á Madrid.

La conducta, la vida ejemplar observada por aquel hermano generoso, arrancaba muchas veces bendiciones del alma de Clotilde.

Todo el derecho, toda la razón estaba de parte de Daniel; pero Daniel, alma grande, corazón generoso, naturaleza privilegiada, se había sentenciado á sí propio á vivir en el modesto retiro donde había muerto su madre, ocupado en cultivar su jardín y educar á dos preciosas niñas que Dios había querido concederle como recompensa de sus virtudes.

Pero no adelantemos los acontecimientos, pues pronto tendremos ocasión de visitar al hijo de la infortunada Ángela.

CAPÍTULO II

NOTICIAS DEL PUEBLO

Clotilde se encontraba en uno de esos días tristes, melancólicos, en que sin explicarse la causa, se desea la soledad, porque el alma es un desierto.

El tiempo influye muchas veces en el estado del espíritu; no hay nada tan bello, tan risueño, tan alegre, como un día de sol, porque en esos días el cielo es un hermoso espejo donde el corazón del triste olvida sus penas.

A un día sin sol se le llama un «mal día» en todos los puntos del universo habitados por el hombre, y cuando esta opinión se halla tan generalizada en el mundo, es una prueba evidente de que el sol, lo mismo para los hombres, que para los pájaros y las plantas, es una necesidad de la vida, que lo embellece y vivifica todo.

Clotilde contemplaba distraidamente la nieve, y su mirada era menos triste que el día, cuando una doncella

entró á distraerla de sus meditaciones, entregándole una carta.

Clotilde cogió la carta, despidió á la doncella, y fué á sentarse en una butaca junto á la chimenea.

La carta era de Blanca, y al ver la firma de su amiga predilecta, de su hermana del corazón, la hija del general Lostán se sonrió, reanimando su melancólico semblante.

—¡Ah! veamos qué me dice esta querida lugareña, que tan olvidada tiene á la corte.

Y se puso á leer lo que sigue:

«Clotilde, hermana mía. Abandonaste este pueblo con las últimas brisas del verano. Los vientos otoñales te hicieron emigrar de nuestra tranquila morada; pero tu recuerdo no se aparta ni un solo instante de nuestros corazones.

»¡Ah! ¡si vieras cuántas veces se pronuncia tu nombre en esta santa casa!

»Todos los días mis hijas me preguntan por su tía Clotilde. Daniel y yo tenemos que entretener su impaciencia con mentidas promesas.

»Yo creo que mis hijas te quieren á tí más que á su madre. Tu recuerdo permanece vivo en sus virginales imaginaciones.

»¿Y cómo no querer y no acordarse de la que es tan cariñosa, tan condescendiente, tan tolerante con ellas? En el corazón de la infancia brota lozana la hermosa flor de la gratitud, y como los niños no pueden pagar su gratitud más que con su amor y sus besos, mis hijas te

aman siempre, y esperan con viva impaciencia el instante de arrojarse en tus brazos para cubrirte de besos y caricias.

»Tú, sin embargo, querida Clotilde, has dejado pasar cuatro meses interminables sin venir á poetizar con tu presencia nuestro tranquilo nido.

»¿Es que algún dolor, alguna pena aflije tu corazón, y buscas la soledad?

»¡Oh! ¡si ese temor que asalta de vez en cuando mi alma fuera cierto, yo tendría derecho para enfadarme contigo, porque no me llamas á tu lado para consolarte!

»He oído decir muchas veces que la costumbre forma una segunda naturaleza en las criaturas, y yo, que antes de unirme con Daniel te veía todos los días, tengo también necesidad de verte ahora que soy tan feliz, ahora que resplandece sobre mi frente el hermoso sol de la felicidad.

»Aunque me digas que no sé escribir cartas, pues en todas ellas te digo lo mismo, voy á repetirte en esta que Daniel es el mejor hombre del mundo.

»Desde el día en que con labio trémulo y balbuciente pronuncié el «sí» al pié de los altares, no ha turbado el menor disgusto la paz de mi hogar doméstico.

»Daniel es siempre para mí el amante cariñoso: todos sus afanes, todos sus desvelos se reducen á complacerme, porque me ama con toda su alma.

»Yo no acabaría nunca de enaltecerte la belleza de su corazón, la modestia de sus inclinaciones.

»Perdona estos elogios que te escribe una mujer enamorada.

»Ayer por la tarde, como de costumbre, fuímos á visitar el sepulcro de la madre de Daniel. Me acompañaba mi pequeña Ángela, cuando de pronto ví asomar en sus hermosos ojos, azules como el cielo, dos lágrimas, y le pregunté la causa de ellas:

»—¡Porque tú me engañas!—me dijo con sentimiento.

»—¿En qué, hija mía?—le contesté interesada, viendo la expresión de ternura con que me dirigía aquella reconvención.

»—Porque todos los días me dices que vendrá mi tía Clotilde, y no viene. ¿Se ha muerto por desgracia como mi abuelita?

»—Nó, hija mía, nó; tu tía Clotilde vive afortunadamente.

»—Entonces es que no nos quiere, porque no viene á vernos.

»Los niños tienen á veces una lógica terrible. Yo procuré tranquilizar á Ángela, asegurándole que tú la amabas más que nunca, y para ello me ví obligada á ofrecerle que vendrías á pasar con nosotros la Noche Buena y á ver el nacimiento que el doctor Samuel les ha regalado.

»Ya comprenderás, querida Clotilde, el compromiso que he contraído con mi hija, el cual te obliga á pasar con nosotros las próximas Pascuas.

»Confío en que no me dejarás mal, y que podré cumplir mi palabra. Mis hijas, Daniel, todos en fin, te lo

agradeceremos mucho, pues tu presencia es la única felicidad que echamos de menos.

»Lée esta carta á la señora marquesa, y venid pronto á reuniros con nosotros.

»Tu hermana, que te quiere más que nunca,

»Blanca.»

A continuación de la firma de Blanca, se veían escritas estas líneas:

«Si á las razones y súplicas de mi esposa pueden prestar algún apoyo las mías, yo confío que Clotilde vendrá á comer la sopa de almendra con este lugareño que tanto la quiere, y que sólo desea verla tan feliz como lo es él.

»Daniel.»

Clotilde besó repetidas veces la carta. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y durante algunos minutos permaneció inmóvil, contemplando tristemente el papel que tenía entre las manos.

Por fin exhaló un suspiro, y llevándose una mano al pecho, sin duda para sujetar los latidos de su corazón, murmuró estas palabras en voz baja:

—¡Bendito sea Dios que ha colmado de felicidades á Daniel y á Blanca! ¡Bendito sea Dios que ha reunido á esos dos ángeles de la tierra bajo un mismo techo para colmarles de ventura!... Sí, es preciso satisfacer sus deseos: si no puedo convencer á mi madre, la pediré permiso para irme con Santiago... Yo también necesito respirar el puro ambiente de los campos, pasar algunos días

en casa de mis buenos hermanos, y creo que la marquesa no se opondrá á mis deseos.

Clotilde se enjugó los ojos, procuró serenar su semblante, y se dirigió resueltamente á la habitación de la marquesa.

Doña Beatriz, que no abandonaba nunca su traje de luto, se hallaba sentada en un sillón junto á la chimenea con un libro en las manos.

Al ver á su hija dejó el libro sobre el velador que tenía al lado, y le dirigió una sonrisa melancólica.

Hacía muchos años que la alegría había muerto para aquella mujer.

Clotilde llegó hasta su madre, la besó con respeto en la frente, y dijo:

—He tenido carta de Blanca, madre mía.

—Blanca es una joven agradecida, que no se olvida nunca de nosotras... ¿Y qué te dice?

—Lo de siempre, que vayamos á pasar con ellos una temporada. Me habla de sus hijas y de su felicidad. La carta, como todas las suyas, es un idilio pastoril, hijo de su hermoso corazón.

Y Clotilde entregó la carta á su madre para que la leyera.

La marquesa leyó con detención en voz baja aquellas páginas llenas de ternura, escritas por la mano de Blanca.

—Efectivamente, hija mía,—añadió la marquesa con acento conmovido;—será preciso no dejar mal á Blanca: de lo contrario, se halla amenazada de recibir las terribles reconvenciones de sus hijas.

—¡Ah! ¿luego opina usted que debemos pasar las próximas Pascuas en Horche?

—Ya sabes que no tengo más voluntad que la tuya.

—Entonces lo dispondremos todo dentro de dos días. Escribiré hoy mismo á Blanca participándoselo. ¡Ah! ¡qué grande va á ser su alegría!

—¡Qué buena eres, Clotilde!—añadió la marquesa mirando con ternura á su hija;—brilla en tus ojos la inmensa alegría que experimenta tu alma en estos momentos, ante la idea del placer que vas á causar con tu presencia á nuestros amigos de Horche.

—Es que ellos nos aman con todo su corazón, su única alegría consiste en vernos á su lado, y tengo la seguridad de que pasarían muy tristemente las Pascuas si no accediéramos á sus deseos.

—Pues bien; no quiero privarte de ese placer. Dí á Santiago que lo disponga todo.

Y como Clotilde se quedara un momento pensativa, doña Beatriz añadió:

—¿Qué es eso? ¿te arrepientes del proyectado viaje? ¿por qué veo asomar en tu hermosa frente una nube de tristeza?

—Nó, madre mía, nó; pero en este instante me he acordado de mi padre. ¡Sería tan feliz viéndose rodeado de sus nietas!

—Sí, dices bien; pero sólo Dios sabe el paradero del general. Su existencia es un misterio, que en vano hemos procurado descifrar. Si aun vive, ¿cuál es el ignorado rincón del universo en donde se halla? El tiempo

y las canas enfrían los resentimientos del corazón: mucho daño me ha hecho; pero hoy que deseo perdonarlo, ignoro su paradero.

—Pues bien; sea lo que Dios quiera. Nó, no nos entristezcamos más. Nuestras conciencias deben estar tranquilas, pues hemos hecho todo cuanto estaba de nuestra parte por descubrir su paradero. Siento, sin embargo, allá en lo más profundo del corazón, un resto de esperanza que me dice: «Dios no te olvida, y Él te devolverá á tu padre.»

Y Clotilde, dando un beso en la frente á doña Beatriz, enjugóse las lágrimas que corrían en abundancia de sus ojos, añadiendo:

—Voy á disponerlo todo, madre mía. Pasado mañana partiremos. Hasta luego.

Y Clotilde salió de la habitación, dejando á la marquesa triste y meditabunda, como la había encontrado.

CAPITULO III

TRASFORMACION

La única magia que en el siglo XIX se comprende, es la magia del oro.

En otra época remota, en aquel tiempo feliz en que los ángeles bajaban de vez en cuando á la tierra de los hombres y los santos hacían milagros para llenar de fe el corazón de los creyentes, la magia era admitida, los amuletos prodigiosos estaban á la orden del día, y más de un hechicero ó hechicera se han retorcido en medio de la devoradora llama de la Inquisición por sus brujerías prodigiosas.

Hoy no se mata á nadie por hechicero, pues todo el mundo reconoce que el primer nigromántico es el oro, y como es tan agradable tener una varita de virtudes para favorecer nuestros deseos, por eso los pobres mortales

del siglo XIX ponen todo su afán, todo su empeño en enriquecerse.

Y después de todo, no deja de sobrarles razón á los que corren detrás de una fortuna haciendo equilibrios políticos ó trabajando sin cesar en una especulación cualquiera, que les ofrece la esperanza de enriquecerse.

Sabido es que el hombre que llega á ser poseedor de algunos millones, tiene con sus talegas la varita de virtudes codiciada.

Todo cuanto desea lo alcanza, porque el oro acorta las distancias y vence las dificultades.

El oro, pues, había sido la varita mágica que había convertido la modesta morada de Ángela en un verdadero paraíso.

Los modestos vecinos de Horche estaban orgullosos de la Quinta del «Huérfano,» como llamaban al hermoso «chalet» de Daniel.

La metamórfosis que había sufrido la modesta casita donde tuvo principio la presente historia, era completa. El milagro lo había llevado á cabo un buen arquitecto con algunos miles de duros.

Clotilde había sido la autora de este pensamiento. Ella había formado el nido para que se albergaran en él dos ruiseñores enamorados, Daniel y Blanca, y tenía cariño á aquel nido, porque era obra suya.

Por uno de esos rasgos de delicadeza que sólo comprenden las mujeres, Clotilde había encargado especialmente al arquitecto que no tocase en nada absolutamente la habitación donde había muerto Ángela. Era un recuerdo

perenne tributado á la memoria de la infeliz madre de Daniel.

En la habitación donde había exhalado el último suspiro Angela, todo se encontraba del mismo modo, sin que faltara ni el mueble más insignificante, ni el más ligero detalle. Allí se veía el sillón de baqueta donde Ángela sentada respiraba con fatiga las puras brisas del campo; la mesa, el tintero y las plumas que le habían servido para escribir sus memorias; la cama donde había descansado algunas horas su cadáver; el reclinatorio donde tantas veces había pedido á Dios que no abandonara á Daniel; todo, en fin, se hallaba exactamente igual.

Daniel había agradecido á su hermana aquel rasgo de atención, de delicadeza.

Por lo demás, la casa había sufrido un cambio completo.

Se había hecho una cerca nueva á la huerta, convirtiendo la mayor parte de ésta en un hermoso jardín, con cenadores, con fuentes, con cascadas.

A la casa se le habían añadido dos pabellones laterales y un segundo cuerpo, y todas sus habitaciones eran tan cómodas como alegres.

En este paraíso, pues, que todos envidiaban, y debido á la cariñosa delicadeza de Clotilde, había trascurrido dulcemente la luna de miel de los jóvenes esposos.

Blanca y Daniel se amaban con toda la ternura de sus almas generosas, y Dios recompensó este puro amor concediéndoles una hija al año de matrimonio. Le pu-

sieron por nombre Angela, en recuerdo de aquella mártir que había dejado de existir; y esta niña, blanca, rubia, hermosa y risueña como su madre, fué un nuevo lazo que unió más dulcemente el corazón de los esposos.

Blanca, recordando á las buenas madres de Israel, que nunca conocieron nodrizas para sus hijos, crió á sus pechos á la pequeña Angela, con gran aplauso del doctor Samuel, que encontraba más natural, más higiénico y más maternal que nutriera al recién nacido la misma mujer que le había dado albergue en sus entrañas.

Pero ¿á qué detenernos á describir detalladamente la felicidad que se albergaba bajo el techo de la casa de Daniel? Sería injusto prolongar una narración que debe dejarse á la clara penetración de nuestros lectores.

A ruegos de doña Amparo, de Blanca y de Daniel, el doctor Samuel se había ido á vivir con sus buenos amigos, á quienes llamaba sus hijos y profesaba un verdadero cariño paternal.

De vez en cuando, para que la alegría de los voluntarios desterrados en Horche fuera más completa, iban á pasar una larga temporada con ellos Clotilde y la marquesa.

También los visitaba con frecuencia el duque de San Plácido, el cual les daba buenas noticias de Julio de Monforte, que estaba haciendo, según su Mecenas, «una bonita fortuna en Méjico.»

Todos los meses recibían una carta de Julio, que

tranquilizaba en parte las inquietudes de su madre doña Amparo.

Al terminar la lectura de esta carta, Blanca solía decir:

—Sólo nos falta para que seamos verdaderamente felices, ver entre nosotros á mi hermano Julio y á tu padre el general Lostán.

Daniel guardaba siempre silencio al oír el nombre del general; pero Blanca, que comprendía aquel silencio, procuraba nombrar con frecuencia al general para que Daniel desechase de su corazón algo repulsivo que aun abrigaba hacia su padre.

Así las cosas, Blanca tuvo una segunda hija, á quien pusieron por nombre Julia. Era hermosa como su hermana, y la crió también á sus pechos.

Blanca estaba orgullosa de ser madre de aquellos dos ángeles, y quería sufrir con gusto todas las molestias que proporciona la maternidad, orgullo el más fundado de la mujer, el más digno de elogio.

Así fueron pasando los años. Angela cumplió cinco primaveras; Julia tres.

Después de estos antecedentes, continuemos la narración.

Era el día 15 de Diciembre del año 186...

Daniel había salido de caza muy temprano, advirtiendo á Blanca que no volvería hasta por la noche, y Blanca, que no tenía otra ocupación que amar á su esposo y educar á sus hijas, se hallaba en una pequeña y abrigada habitación que tomaba las luces del jardín, repasando la lección á su hija.

Junto á la ventana, y disfrutando de un hermoso rayo de sol de invierno, se veía á doña Amparo con un libro en la mano.

La pequeña Angela parecía escuchar con profunda atención lo que decía su madre, mientras que Julia sacaba para matar el tiempo todos los objetos de un costurero, pues no había llegado aún para ella el día en que su madre la pusiese un libro entre las manos. De esta dulce y siempre agradable ocupación de las buenas madres, vino á interrumpirle la presencia de Mónica con dos cartas en la mano.

—Esto ha traído el cartero para usted, señorita,—dijo.

Apenas Blanca fijó los ojos en los sobres de aquellas cartas, exhaló un grito de gozo.

—¿Qué es eso?—preguntó doña Amparo, apartando los ojos del libro y fijándolos con visible curiosidad en su hija.

—Carta de Julio y de Clotilde.

—¡Ah, de mi hijo! ¡Dámela, dámela, á ver lo que dice!—exclamó con afán doña Amparo.

—Poco á poco, madre mía; el sobre viene á mi nombre.

—Pues bien; rómpelo y lée pronto,—repuso doña Amparo con ansiedad.

—Señora Mónica,—dijo Blanca,—tenga usted la bondad de llevarse las niñas á que jueguen un rato por el jardín.

—¿Es carta de mi tía Clotilde?—preguntó Angela.

—Sí, hija mía, sí; carta de tu tía.

—Pues yo quiero saber lo que dice.

—Luego lo sabrás. Idos ahora con la señora Mónica.

Y Blanca, besando á sus hijas, las acompañó hasta la puerta, dirigiéndose luego hacia donde estaba su madre.

CAPITULO IV

DE LISBOA Y DE MADRID

Como Blanca se detuviera un momento, dudando cuál de las dos cartas leería primero, doña Amparo, que apenas podía dominar su impaciencia, dijo:

—Vamos, hija mía, vamos; comienza á leer la de tu hermano, que al fin y al cabo el pobre Julio se halla más lejos y hace más tiempo que no le hemos visto.

Blanca comprendió las poderosas razones de su madre, y sin vacilar rompió el sobre de la carta de Julio.

Apenas fijó en ella los ojos, no pudo contener un grito de gozo.

—¡Ah! madre mía; me dice el corazón que muy pronto veremos á Julio. Esta carta está fechada en Lisboa.

—¡Bendito sea Dios que ha oído mis oraciones!—

exclamó doña Amparo, juntando las manos con beatitud.

—Lée, lée, hija mía.

Blanca se enjugó los ojos, que la alegría de su alma llenaba de lágrimas, y comenzó á leer con acento conmovido:

«Querida Blanca: Por fin, después de seis años de ausencia, veo próximo el día de que os estreche contra mi corazón, á tí á quien tanto quiero, á nuestra madre, á quien no olvido nunca.

»He llegado á Lisboa después de una navegación feliz, y dentro de algunos días emprenderé mi viaje á España para reunirme con vosotras, de las que no espero separarme nunca.

»Tengo vehementes deseos de abrazar á Daniel y vivir en vuestra poética casa de Horche. Así es que me detendré poco ó nada en Madrid, é iré al instante á reunirme con vosotros.

»Supongo que vuestra quinta será bastante grande para cederme dos habitaciones que necesito, una para mí y otra para un amigo desgraciado que me acompaña, para un segundo padre que he encontrado en los bosques de América, obligándole á fuerza de ruegos y súplicas á que regrese á España, su patria nativa.

»La esperanza que ha alentado mis empresas durante mi ausencia, no ha muerto aún en mi corazón. Hay algo de alegría en mi alma á manera que voy aproximándome á España. Bajo su hermoso cielo existe todo lo que amo en el mundo.

»Una voz secreta me dice que el sol de la felicidad brillará en breve sobre mi frente.

»No puedes pensarte, hermana mía, cuán grande es mi satisfación al pensar que á fuerza de trabajos y desvelos he podido reunir una fortuna que asegura el porvenir de mi familia para siempre.

»Grande es mi agradecimiento hacia el hombre generoso, que con sus consejos y su apoyo ha contribuído poderosamente á mi engrandecimiento.

»Yo no encuentro palabras con que enaltecer la conducta del duque de San Plácido.

»Quisiera escribirte en esta carta una relación de todo cuanto me ha sucedido en Méjico.

»Quisiera poderte explicar en ella las encontradas emociones que experimento en este instante; pero mi alegría es tan grande, que me aturdo y no encuentro palabras para expresarte mi inmensa felicidad.

»La última carta que me escribiste vigorizó mi esperanza, poetizando mis ilusiones.

»En ella me hablabas de Clotilde, de Clotilde, á quien no he olvidado ni en mis sueños. Figúrate, pues, la dulce inquietud que se apoderará de mi espíritu en estos momentos, que tan pronto veo el instante de hallarme entre vosotros.

»Todo cuanto me ha sucedido me parece un sueño, una quimera engañadora, y sin embargo, es una hermosa realidad, una realidad llena de poesía y encantos.

»Dejo la pluma, porque estoy seguro de que os escribiré muchas necedades.

»Hasta muy pronto, mi querida Blanca. Os estrecha á todos contra su corazón, vuestro,

»Julio.»

Doña Amparo no había interrumpido una sola vez la lectura. De sus ojos se desprendían abundantes lágrimas, de su pecho partían frecuentes y comprimidos suspiros.

—Ya lo ha oído usted, madre mía,—exclamó Blanca con infantil regocijo;—dentro de pocos días Julio se hallará entre nosotros.

—Sí, sí; ya lo he oído,—contestó doña Amparo:—Dios ha escuchado mis oraciones, y me devuelve al hijo de mis entrañas.

—Verá usted qué Pascuas tan felices pasamos. Porque yo supongo que este año no llorará usted, según costumbre, por la ausencia de Julio.

—¡Oh! nó, yo te prometo que este año seré muy feliz. Nunca me han parecido tan dulces las lágrimas como estas que derramo en este instante.

Blanca, mientras su madre se entregaba á sus meditaciones, mientras dedicaba su pensamiento á su querido hijo, á quien había de ver muy en breve, comenzó á leer la segunda carta, que decía así:

«Por fin, querida Blanca, he logrado convencer á mi madre, y os ofrezco pasar las próximas Pascuas en Horche con vosotros.

»Yo también necesito respirar el aire libre; yo también necesito gozarme en la contemplación de un horizonte que no se reduzca á las paredes de mi habi-

tación. Díselo á Daniel, díselo á tus hijas, pues á todos deseo estrechar contra mi corazón. ¡Dichosos vosotros que respiráis en ese poético nido, unidos por el hermoso lazo del amor y la ternura! Dentro de breves días tendrá el gusto de estrecharte contra su pecho, tu hermana

»Clotilde.»

Blanca besó la carta repetidas veces, exclamando al mismo tiempo con entusiasmo:

—¡Oh! hay días en que la felicidad parece sonreírnos por todas partes. El sol brilla con más hermosos rayos sobre nuestra cabeza, y esto es sin duda porque todo sale á medida de nuestro deseo. Hoy recibimos dos cartas, una de Lisboa, otra de Madrid: en la primera me dice Julio que le veremos muy en breve entre nosotros; en la segunda me anuncia Clotilde su llegada. ¡Qué felicidad tan grande vernos todos reunidos! Cuando Daniel regrese de su cacería, se alegrará mucho de estas buenas noticias.

Y como doña Amparo continuara llorando sin dar oídos á las alegres exclamaciones de su hija, ésta continuó:

—Basta de lágrimas ya, madre mía; hoy nuestro contento debe ser inmenso, puesto que muy en breve veremos á Julio á nuestro lado, de regreso ya de su peligroso y largo viaje. Es preciso disponerlo todo para recibir á nuestros huéspedes.

—Pues bien, hija mía; encárgate tú de todo, y déjame á mí llorar pensando en mi hijo.

Blanca comprendió que su madre en aquellos momentos no tenía voluntad para otra cosa que para derramar lágrimas.

La dirigió una mirada de ternura y salió de la sala, dispuesta á desempeñar todas las funciones de un ama de casa hacendosa que espera huéspedes.

. . . . . .

. . . . . .

Mientras estos acontecimientos tenían lugar en el pueblo de Horche, Daniel cazaba en los montes de Mohernando con unos amigos.

El modesto pueblo de Mohernando había cambiado notablemente desde el año 1839, época en que la guerra fratricida se encontraba en todo su apogeo, y en que por primera vez en este libro lo visitaron nuestros lectores.

La guerra civil devastaba por entonces los pueblos de España, y sus honrados y pacíficos moradores huían de ellos, buscando un refugio en las grandes capitales. La miseria, el abandono, la tristeza, extendían su manto abrumador sobre ellos; pero la guerra tuvo felizmente su término, y la paz y la prosperidad volvieron á tomar su asiento en los modestos pueblos de la montaña.

En Mohernando renació la vida. El jornalero encontró trabajo, y pudo cubrir con el producto que le proporcionaba el sudor de su frente las modestas necesidades de su subsistencia.

El panorama había cambiado: en todos los semblantes resplandecía la auréola de la paz y la felicidad.

La vía férrea llevaba con frecuencia á Mohernando

muchos cazadores de Madrid, que sin temor á las huestes carlistas ni á las hordas de foragidos que á la sombra de una bandera política cometían toda clase de tropelías, podían entregarse á la higiénica afición de la caza.

Los ricos propietarios hijos del país, podían vivir en paz en sus hogares, cuidando de sus intereses y siendo protegidos por la benemérita Guardia civil; y Mohernando, tan abandonado, tan triste, tan pobre durante los siete años de la guerra civil, comenzó á ser con la paz el cazadero más codiciado de la aristocracia y de la alta banca de Madrid.

Daniel, que era un verdadero émulo de San Eustaquio, un cazador de pura sangre, visitaba con frecuencia el hermoso monte de los marqueses de Benamejí, en donde se hallan las artísticas estatuas de los condes de Humanes.

Para un verdadero cazador, la provincia de Guadalajara es el Dorado, la verdadera Panacea. Nada tan rico en caza como esta región central de España, y puede decirse que Mohernando es la perla de esta corona de montes que forman la riqueza de la provincia.

Pocas horas después de haber recibido Blanca las dos cartas que tanta alegría le causaron, á la caída de la tarde, y cuando Daniel, seguido de sus perros, regresaba al palacio de los marqueses de Benamejí, un hombre, echando pié á tierra de un caballo, le entregó una carta.

Aquella carta era de Blanca, y estaba concebida en estos términos:

«Querido Daniel: He recibido dos cartas: una de Julio, otra de Clotilde. Los dos se hallarán muy en breve entre

nosotros. Ven, ven lo más pronto que te sea posible.

»Tuya,

»Blanca.»

Tres horas después, Daniel regresaba á Horche, en donde le esperaban los cariñosos brazos de su esposa y de sus hijas.

CAPÍTULO V

LA NOCHE BUENA

¡Bendito sea el hogar doméstico, cuando en él habitan la fe, el amor y la tolerancia! ¡Benditos sean los dulces lazos de la familia, cuando se hallan perfumados por la purísima esencia del cariño!

Nada es tan tiernamente amoroso como la sonrisa de una madre que contempla el tranquilo sueño de su hijo; porque aquel tierno vástago reasume para ella todo el poema de su vida, porque aquel niño dormido es su pasado, su presente y su porvenir.

Las madres que no olvidan nunca la santa y penosa misión que les impone la naturaleza, deberían ir por las calles, como los poetas de la antigüedad, con la frente coronada de laurel.

Una madre, cuando sabe serlo, es el benéfico sol de la familia, la hormiga del hogar, que recoge el grano para el invierno, el iris de paz que redime con sus besos

todas las cuestiones, el celestial rocío que apaga la tea de la discordia.

Nunca se dirá bastante para enaltecer las bellezas morales de las madres, que después de nutrir nuestro cuerpo en sus entrañas, perfeccionan nuestra alma y educan nuestro corazón por el amor, encarnando en nuestro pecho la fe que fortalece el espíritu y la resignación que eleva nuestra inteligencia.

La madre es la verdadera panacea de la familia, pues ella, con sin igual ternura, con afán incansable, encuentra el remedio para los males del cuerpo y del espíritu, y alivia los dolores de la materia y del alma.

El corazón maternal, todo amor, todo ternura, ha llevado á cabo los rasgos más heróicos, las abnegaciones más sublimes con que se honra la historia de la humanidad, y como las madres no rinden nunca tributo, ni al interés, ni al egoísmo, todos sus actos se revisten de una sublimidad encantadora.

Al gran Alejandro, encontrándose en el apogeo de su gloria, siendo dueño del mundo, uno de los cortesanos que le adulaban, deseando elevarle á la categoría de dios, le dijo:

—Dueño eres del mundo, ¿qué te falta?

—Lo que nunca podrá darme mi espada, mis ejércitos, ni tus adulaciones: ser madre.

Blanca era una verdadera madre: compartía el inmenso amor de su alma entre su esposo y sus hijas.

El día 24 de Diciembre, los cercanos montes que rodeaban á Horche amanecieron cubiertos de nieve.

Clotilde y la marquesa del Radio habían llegado el día antes, cumpliendo su palabra; y Julio era esperado con impaciencia, pues con un telégrama desde Madrid les había anunciado que llegaría el 24 por la tarde.

Grande, pues, era el regocijo de la familia de Daniel, y todos se prometían pasar unas Pascuas felices.

Ángela y Julia, rodeadas de algunas niñas del barrio, no se separaban del hermoso nacimiento que el doctor Samuel había hecho construir en Guadalajara; aquel nacimiento con sus arroyos de cristal, con sus pastores, con sus ovejas, con sus reyes Magos, era la envidia de todas las muchachas de Horche, y las hijas de Blanca se sentían orgullosas de poseer un objeto tan precioso.

Así pasó el día, durante el cual doña Amparo y Blanca se asomaron cien veces á la azotea, desde donde se distinguía el camino de Guadalajara, esperando á Julio.

Daniel procuraba tranquilizar la impaciencia de doña Amparo y de Blanca.

—Es inútil que subáis á la azotea, porque Julio no llegará hasta las ocho de la noche. El tren llega á Guadalajara, si no se retrasa, á las siete de la tarde.

—Sin embargo,—decía doña Amparo,—él en su telégrama nos anuncia que debe llegar antes.

—Eso no pasa de ser una equivocación suya. Ya veréis cómo llega esta noche, y á la hora precisa de hacer colación con nosotros.

A pesar de las razones tranquilizadoras de Daniel,

continuaba la impaciencia de Blanca y doña Amparo.

Por fin llegó la noche. En el cómodo y elegante comedor ardía una hermosa lumbre en la chimenea; la mesa estaba dispuesta, toda la familia reunida al rededor de la lumbre.

El reloj dió ocho campanadas.

La impaciencia de doña Amparo comenzaba á convertirse en inquietud, cuando se oyó el precipitado trote de unos caballos y los agudos chasquidos de un látigo.

Doña Amparo y Blanca lanzaron un grito, y levantándose precipitadamente, corrieron á la puerta.

Todos las siguieron diciendo:

—¡Ahí está! ¡ahí está!

Un momento después, doña Amparo y Blanca, casi desmayadas, se hallaban en los brazos de Julio.

Nos sería de todo punto imposible describir este momento de inefable placer para aquella madre, para aquella hermana, que volvían á encontrar á Julio después de tan larga ausencia.

Durante algunos minutos, sólo se oyeron los sonoros ruídos de los besos y palabras entrecortadas que brotaban del fondo del alma.

Por fin Julio, dominando su emoción y separando dulcemente de sus brazos á su madre, dijo esforzándose por sonreírse:

—Pero, por Dios, dejadme que dé un abrazo á mi hermano Daniel, que salude á la marquesa y á Clotilde.

—Sí, sí, dices bien, querido Julio; ven á mis bra-

zos,—repuso Daniel.—Preciso es confesar que nada hay tan egoísta como una madre.

Los dos amigos se abrazaron besándose en la frente, y luego Julio presentó sus manos á la marquesa y á Clotilde, que presenciaban verdaderamente conmovidas aquella escena.

—Pero ¿dónde están mis sobrinas? exclamó Julio, dirigiendo una mirada en derredor suyo.

—Aquí estamos, querido tío, aquí estamos,—dijeron las niñas acercándose.

Julio se bajó para besarlas, pero ellas se agarraron cariñosamente á su cuello, y el viajero entró en la casa llevando en sus brazos aquella preciosa carga.

Cuando llegó al comedor, al ver la mesa dispuesta, exclamó:

—Veo que llego á tiempo, y en verdad que esta inmensa alegría que experimentaba mi alma abre mi apetito.

—¡Pues á la mesa! ¡á la mesa! Sólo á tí te esperamos —dijeron varias voces.

Julio iba á ocupar el sitio que le indicaba su madre, cuando de pronto hizo un movimiento brusco y se dió una palmada en la frente.

—¡Diablo!—dijo,—he olvidado á mi buen amigo, á mi segundo padre; no es extraño, he experimentado tan dulces emociones.

Y los ojos de Julio se fijaron involuntariamente en Clotilde, que apenas había desplegado los labios desde su llegada.

—Efectivamente,—repuso Daniel,—nos has indicado varias veces en tus cartas que te acompañaría un amigo, y le hemos dispuesto su habitación.

— Pues bien; ese amigo se halla en el coche, y voy en su busca, porque el pobre es ciego y necesita de mi apoyo.

Julio salió del comedor, se dirigió precipitadamente hacia la puerta de la calle, abrió la portezuela del coche, y dijo:

—Dispense usted si le he dejado por algunos momentos. He corrido peligro de ser devorado por la familia. Mi madre en particular, casi se me ha comido á besos. Estoy verdaderamente conmovido. Apóyese usted en mi brazo.

—Supongo que no habrá usted dicho una palabra,—dijo una voz desde el fondo del carruaje.

—He sido bastante egoísta para no ocuparme más que de mi persona; pero mucho temo que el secreto que usted se empeña en guardar no sea muy duradero.

—¿Crée usted que es tan fácil reconocerme?

—Lo que no ven los ojos del cuerpo, suelen verlo los del alma.

—Sin embargo, ya sabe usted que yo me llamo el señor Mendoza.

—Está bien.

El hombre del carruaje extendió su brazo, y se apoyó en el hombro de Julio, bajando con la torpeza y recelo peculiar de los ciegos.

Aquel hombre, que vestía un gabán abrochado hasta

el cuello y una gorra de viaje de piel de nutria, se cogió del brazo de Julio y entró en la casa.

Caminaba con el cuerpo un tanto inclinado, y á juzgar por su luenga y blanca barba, parecía un anciano.

Al entrar en el comedor todas las miradas se fijaron en el compañero de Julio; pero aquel hombre era ciego.

Cuando Julio le presentó, quitóse el anciano la gorra, dejando ver una calva venerable y una profunda cuchillada en la frente, que partiéndole la ceja derecha, iba á perderse en su blanca y poblada barba.

Clotilde, sin poderse explicar la causa, al fijar los ojos en aquel venerable anciano se estremeció vivamente.

—Tengo el honor de presentar á ustedes á mi leal amigo, á mi segundo padre el señor de Mendoza,—dijo Julio.—Pasará una temporada con nosotros, y luego le acompañaré á su país para que se reuna con su familia.

Clotilde no apartaba los ojos del anciano. La marquesa que se hallaba al lado de su hija, miraba también con tenacidad al pobre ciego, como si buscara en sus envejecidas facciones algún recuerdo.

El ciego extendió la mano derecha, y saludando con cierta majestad, dijo:

—Julio es el hombre mejor del mundo; ha sido para este pobre anciano un hijo cariñoso. Dios y yo sólo sabemos cuánto le debo. ¿Dónde está la madre de Julio? Quiero estrechar su mano.

—¡Esa voz, esa voz, madre mía!—murmuró Clotilde al oído de la marquesa.

—¡Silencio!—contestó doña Beatriz en voz baja.

Mientras tanto, doña Amparo se había acercado al ciego, dándole la mano.

Mendoza depositó respetuosamente un beso en aquella mano, y de sus ojos sin luz se desprendieron dos lágrimas, que rodando por sus mejillas, fueron á perderse en su luenga barba.

—¡Bendita sea usted, señora,—dijo el anciano,—que vuelve usted á reunirse con un hijo que no la ha olvidado un solo instante! Dios es justo, pues la deja disfrutar de este momento llenando de gozo su alma.

—Amigo Mendoza,—dijo Julio, procurando dar á su entonación un acento alegre,—hemos llegado á mi casa en un momento oportuno. La mesa está dispuesta, y la cena espera.

—¡A la mesa! ¡á la mesa!—añadió Blanca.

Clotilde se acercó al ciego, y cogiéndole por una mano, le dijo:

—Aquí, caballero, á mi lado.

El ciego se estremeció, tembló su mano, y se dejó conducir por Clotilde sin desplegar los labios, la cual le hizo tomar asiento entre ella y la marquesa.

CAPITULO VI

EL SEÑOR DE MENDOZA

El cura párroco, invitado aquella noche á tomar parte en la colación de casa de Daniel, bendijo las viandas y comenzó la cena en el más religioso silencio.

La grave y triste actitud del anciano ciego preocupaba á todos los convidados, porque sin duda en aquella venerable cabeza creían encontrar el recuerdo de un hombre desgraciado, cuyo paradero se ignoraba.

Clotilde apenas comía; no apartaba los ojos del rostro del ciego, siguiendo con inquietud el menor de sus movimientos.

La marquesa, grave, pálida, silenciosa, parecía una estátua de mármol, que de vez en cuando dirigía miradas furtivas al hombre de la venerable barba.

Los más alegres, los más decidores, al rededor de aquella mesa, que para algunos convidados tenía la tris-

teza del sepulcro, eran el cura párroco y el doctor Samuel.

Comían con bastante apetito, dirigiendo sin cesar preguntas á Julio de Monforte.

—He oído decir que Méjico es una de las poblaciones más hermosas del mundo,—dijo el párroco.

—Y así es efectivamente,—contestó Julio.—No hay en el universo cielo ni campiña más bella: el cielo sonríe y la tierra canta.

—Sin embargo, he leído algunos viajes, y afirman que la república mejicana,—dijo á su vez el doctor,—no puede verse libre de esas hordas de feroces bandidos que asaltan á los viajeros, cometiendo con ellos horribles tropelías, asesinatos espantosos.

—¡Ah! sí, es verdad,—repuso Julio. —Los «plagiadores,» como los llaman por allá, dejan ríos de sangre en pos de sus huellas, y son una verdadera vergüenza para los mejicanos. Suerte y no poca ha sido la mía el no haber sido víctima de los «plagiadores,» después de tantos viajes llevados á cabo por el interior de Méjico.

—Pero yo no puedo creer que sea cierto todo lo que dicen de esos feroces bandidos,—objetó el cura.

—Pues puede usted creerlo, porque tienen un ingenio infernal para sus crímenes. Todo cuanto se diga de los horribles asesinatos que cometen, es poco ante la realidad. Cuando yo me veía en la precisión de emprender un viaje de Puebla á Méjico, buscaba siempre ocho hombres de mi confianza, y emprendíamos el camino en un coche chapeado de hierro, los rifles en las manos, esperando el momento de ser atacados. Cada

viaje supone una batalla, en la que no siempre salen vencedores los bandidos; pero confieso sin petulancia que no me detenía el peligro. Había llegado á Méjico sin otro objeto que el de hacer una pequeña fortuna, y no era cuestión de detenerme en mis empresas por miedo á los ladrones. Pero, por fin, yo he realizado mi pensamiento: vuelvo á España con un mediano capital, y me encuentro sano y salvo entre las personas que tanto ama mi corazón, que nunca olvida mi mente.

El cura párroco, que era curioso de sobra y que le gustaban mucho las historias de bandidos, volvió á preguntar:

—¿Y no tuvo usted nunca algún encuentro con los «plagiadores»?

—Formalmente, uno.

—Ya decía yo...

Y el cura se frotó las manos, como el que se dispone á oír alguna cosa agradable; pero como observara que Julio guardaba silencio, añadió:

—¿Y qué es lo que sucedió en ese encuentro?

—Padre cura,— dijo Julio sonriéndose,—usted me dispensará si guardo silencio sobre un episodio de mi vida, en que la modestia no me permite decir una palabra.

—Pero yo, hijo mío, que tanto te debo,—dijo el anciano con voz grave, tomando parte en la conversación —aconsejado por la gratitud, voy á referir á todos estos señores ese episodio de tu vida, que me libró á mí de la muerte.

Estas palabras del anciano causaron un vivo interés á

todos cuantos las escucharon. Aquella voz volvió á herir de nuevo el alma de Clotilde y de la marquesa del Radio; pero dominando la emoción, guardaron silencio y se dispusieron á escuchar.

El ciego se llevó una mano á la frente, como si tratara de reanudar sus recuerdos, y agitando luego con cierta melancolía la cabeza, habló de este modo:

—Nada tan infame, nada tan horriblemente criminal, como esas hordas de feroces negros y sanguinarios mulatos, que burlándose de la ley, viven con salvaje independencia en los bosques, cometiendo toda clase de robos y asesinatos. Yo he sido una de esas víctimas, y á ellos debo las eternas tinieblas de mis ojos.

La entonación de aquel anciano era tan grave, tan pausada, tan interesante, que todo el mundo le escuchaba reprimiendo la respiración.

El señor Mendoza hizo una pausa, y volvió á continuar:

—Yo me hallaba emigrado en Méjico, por razones que no son del caso explicar en este momento. Tuve necesidad de emprender un viaje, y abandoné el lugar de mi residencia con una confianza temeraria. Sólo me acompañaba un negro, práctico en los bosques que debía atravesar. Yo iba montado, y llevaba un rifle de diez y ocho tiros. Con aquella arma y la serenidad de mi corazón, me creía libre de los «plagiadores,» que nunca había visto, aunque tantas veces había oído hablar de ellos.

»Trascurrió el primer día de mi viaje sin que ocurriera nada de particular. Al amanecer del segundo nos

internamos en un bosque, en donde nunca había penetrado la luz del sol. Después de una hora de marcha, el guía que caminaba delante de la cabeza de mi caballo se detuvo junto á un arroyo, é inclinándose hacia el suelo hizo un gesto desagradable, llevándose ambas manos á la cabeza.

»—¿Qué es eso, José?—le pregunté.

»—Esto es, señor,—me contestó,—que ó yo me engaño, ó los «plagiadores» han pasado la noche junto á este arroyo.

»—¡Bah! veo que tienes mucho miedo, pobre José: continuemos la marcha.

»El negro se encogió de hombros, y proseguimos nuestro camino.

»Apenas habrían trascurrido algunos minutos, cuando resonó la detonación de un arma de fuego, y mi caballo, dando un bote violento, rodó por el suelo, derribándome descompuesto en la caída. Un chorro de sangre brotaba de la frente del noble animal, que se revolcaba por el mullido césped del bosque en las ansias de la muerte.

»Yo quise levantarme para apoderarme del rifle, mi única arma, que se hallaba sujeto á las correas de la silla; pero al mismo tiempo un hombre se desprendió de las ramas del árbol al pié de cuyo tronco me hallaba, y cayendo de golpe sobre mis espaldas, me aturdió momentáneamente.

»En menos de un minuto ví descender de los corpulentos árboles hasta unos doce ó catorce hombres. Todos eran mulatos ó negros. Imposible sería describir la es-

pantosa algarabía, los gritos infernales de aquellos malvados, que se lanzaron como fieras hambrientas sobre mí.

»En un instante me ví despojado de mis ropas, hasta de las botas, y fuertemente atadas las muñecas por detrás de la espalda. La rabia por no haber podido defenderme de aquellos miserables, me ahogaba.

»Uno de ellos, el que parecía el jefe, después de registrar mi maleta y enterarse de quién era por mis papeles, soltó una feliz carcajada y dijo:

»—Hemos hecho una buena presa. Esta noche, camaradas, rellenaremos el vientre de una res con el cuerpo de este español. ¡Ea! en marcha.

»Comprendí que era inútil resistirse á todo cuanto decían aquellos infames, y me propuse obedecerles ciegamente; pero yo ignoraba entonces los tormentos que me aguardaban.

»No quiero detenerme describiendo las penalidades que me hicieron sufrir. Durante tres días no me dieron otro alimento que frutas silvestres, haciéndome caminar descalzo, ora por los bosques, ora por interminables pedregales, que rasgaban mis piés, produciéndome terribles dolores.

»Cuando algún gemido de dolor se escapaba de mi pecho, ellos prorrumpían en inhumanas carcajadas, sacudiendo sobre mis espaldas terribles latigazos para avivar mi paso.

»Cruel, espantoso, fué aquel calvario que me hicieron apurar durante tres días.

»Por fin llegamos á un bosque, donde se veían cua-

tro ó seis cabañas levantadas junto á un charco inmenso de agua. La sed abrasaba mis fauces y una aguda calentura consumía mis fuerzas; quise beber agua, pero me lo prohibieron.

»El jefe de aquella horda de salvajes dió algunas órdenes que no pude comprender, y cuatro de sus camaradas desaparecieron, volviendo al poco rato con una vaca.

»Con increíble agilidad uno de aquellos bandidos hirió con el cuchillo al animal en la garganta, y luego le arrancaron la piel, pero dejando adherida gran cantidad de grasa y carne. Después de esta operación me cogieron entre dos de ellos, me ataron fuertemente los piés, y me envolvieron en la humeante piel de la vaca.

»Después hicieron un profundo hoyo y me enterraron en pié con aquella mortaja, dejándome solamente la cabeza fuera de la tierra.

»Entonces comprendí el espantoso fin que me esperaba. Elevé los ojos al cielo, y esperé resignado mi martirio, creyéndolo una justa expiación de mi pasada vida.

»Mi cuerpo iba á ser en breve devorado en vida por los gusanos.

»Un sol abrasador caía de plano sobre mi descubierta cabeza. Cerré los ojos y encomendé mi alma á Dios.

»Mientras tanto, los infames bandidos devoraban á medio asar grandes trozos de vaca.

»Para mí no quedaba ya la menor esperanza. Me en-

tregué á la vida de los recuerdos, y ví pasar uno por uno á todos los seres que había amado en la tierra.

»Así trascurrieron algunas horas, ignoro cuántas; porque ya las influencias del sol, que derretía mi cráneo, comenzaban á producir en mí una especie de vértigo, un delirio.

»De repente observé que todos aquellos bandidos, abandonando su festín, corrieron á las cabañas, saliendo al instante armados.

»Oí silbar las balas en derredor mío, y renaciendo en mi alma un resto de esperanza, procuré coordinar mis ideas para enterarme de lo que sucedia.

»En este instante, un hombre que se batía en retirada y que se hallaba á pocos pasos del sitio que yo ocupaba, recibió un balazo en el pecho, y lanzando una terrible maldición, arrojó lejos de sí el fusil que llevaba en las manos, desenvainó el machete, y dirigiéndose hacia mí, me dijo:

»—¡Ah! perro, vienen á salvarte; pero tú no lo serás.

»Y descargó al mismo tiempo una terrible cuchillada sobre mi frente.

»Yo perdí el conocimiento.

»Algunas horas después, al recobrar la vida, me hallé tendido sobre una cama de hojas: un hombre se hallaba de rodillas junto á mi cabecera; tenía un vaso en la mano, que aplicó á mis labios tan pronto como dí señales de vida.

»Ese hombre era Julio de Monforte, mi salvador, mi providencia, mi ángel bueno.»

En derredor de la mesa se oyó un grito de admiración, y todas las miradas se fijaron en Julio, que parecía avergonzado ante la noble revelación del anciano.

Clotilde dirigió también á Julio una mirada llena de ternura, de gratitud, y aquella mirada hizo latir dulcemente el corazón del joven. Y es que Clotilde había adivinado quién era el pobre ciego que acababa de narrar tan triste episodio, y necesitó de todo su valor, de toda su fuerza de voluntad, para no arrojarse en sus brazos: pero las miradas de su madre y el temor de cometer alguna imprudencia, la contenían.

El anciano ciego, que parecía fatigado, respiró como para cobrar aliento, y volvió á decir de este modo:

—Julio, no contento con exponer su vida disputándoles su presa á los bandidos, fué para mí desde aquel día un hijo cariñoso. Me trasladó á Méjico, y durante mi larga y penosa enfermedad, no se separó ni un instante de mi lado.

»La terrible cuchillada que había descargado sobre mi frente el jefe de los «plagiadores» antes de morir, me había privado del ojo derecho; la calentura me privó del izquierdo, y quedé ciego.

»Julio, alma noble, corazón generoso, al verme en tierras lejanas, pobre, envejecido y ciego, me propuso que no me separara nunca de su lado, que le permitiera que me llamara su padre.»

—Basta, señor Mendoza, basta,— murmuró Julio.— Yo sólo he cumplido con mi deber. ¿A qué recordar la historia de lo pasado?

—Nó, hijo mío, nó,—exclamó el anciano, levantándose y extendiendo los brazos en dirección del sitio que ocupaba Julio.—No es la vida del cuerpo la que has salvado, sinó la vida del alma. ¿Qué le importaba á este desgraciado exhalar el último aliento en los bosques de Méjico? Tus palabras de consuelo, tus filiales cariños, han logrado despertar en mi alma la esperanza que yacía muerta. Tú, incansable protector y consejero de este pobre viejo, le has hecho comprender que debía pasar de nuevo el Océano en busca del perdón y del olvido. Tú, extendiendo el brazo en dirección á la vieja España, me dijiste un día con toda la ternura de tu corazón: «Padre mío, es preciso cruzar los mares, es preciso buscar á los seres que conmueven nuestras almas, es preciso morir junto á la tumba de nuestros mayores.» Esas palabras levantaron un eco de amor en el fondo de nuestro corazón, y yo, apoyado en tu brazo, he vuelto á España, pobre, viejo, encorvado por el dolor y los remordimientos, y faltos mis ojos de esa preciosa luz que permite al pecador contemplar el purísimo azul del cielo.

Y el ciego, después de llevarse las manos á la frente, se estremeció visiblemente, y cambiando de entonación, dijo:

—Julio, hijo mío, condúceme á mi aposento; me siento fatigado, necesito el reposo.

Julio abandonó precipitadamente su sitio, cogió del brazo al ciego y dijo:

—Vamos, padre mío.

Daniel, Clotilde y la marquesa, hicieron un movi-

miento para seguirle; pero Julio extendió el brazo indicando que no se movieran.

—Madre,—añadió Julio,—¿cuál es la habitación del señor Mendoza?

—Ven, hijo mío,—dijo doña Amparo, cogiendo una luz.

Apenas doña Amparo, seguida de Julio y el ciego, había salido del comedor, Clotilde exclamó extendiendo los brazos hacia su hermano:

—¡Daniel, Daniel!... supongo que le habrás reconocido.

—Sí.

—¿Y qué hacemos?

—Esperar,—contestó la marquesa, volviendo á sentarse en la silla, que poco antes había abandonado.

LIBRO DIEZ Y SEIS

¡POBRE CIEGO!

CAPÍTULO PRIMERO

EL AMIGO LEAL

El señor Mendoza profundamente conmovido y apoyado en el brazo de Julio de Monforte salió del comedor.

Delante caminaba un criado con una lámpara en la mano para indicarles la habitación que se le había destinado.

Julio notaba las frecuentes conmociones que le trasmitía el brazo de aquel anciano en cuya alma acababa de tener lugar una de esas terribles tempestades que tan fuertemente conmueven el corazón humano.

Al levantarse el pobre ciego obedecía á una necesidad de su espíritu, no podía por más tiempo permanecer rodeado de aquella familia conmovida ante su relato y á la cual no veía con los ojos del cuerpo sinó con los del alma.

Al salir el anciano del comedor apoyado en el brazo

de Julio, Daniel y Clotilde hicieron un movimiento para seguirle, pero una mirada de la marquesa les detuvo.

Sigamos nosotros al Sr. Mendoza y á Julio de Monforte que conducidos por el criado á la habitación del primero se quedaron solos, reinando por algunos instantes el más profundo silencio.

Julio había conducido al pobre ciego hasta una butaca quedándose de pié é inmóvil á su lado.

El Sr. Mendoza hundió su frente entre las manos y exhalando un profundo suspiro, dijo:

—¡Ciego! Noche eterna, tinieblas insondables, sin más punto de luz que el de los recuerdos que agitan y conmueven mi alma. ¡Oh Dios mío! concédeme una sola hora, un solo instante para que pueda gozarme por la última vez viendo á esos seres tan queridos de mi corazón y á quienes tantas lágrimas he hecho derramar. Concédeme lo que te pido y luego quítame la vida.

—Valor, amigo mío, repuso Julio con acento conmovido.

—¡Valor!..... ¿Sabe usted el que se necesita para mantener la terrible batalla que ha tenido lugar esta noche? La vanidad humana llama valor á lo que la mayor parte de las veces no es otra cosa que un alarde de soberbia y de orgullo. Al ver estas lágrimas que queman mis ojos, al ver los estremecimientos de mi cuerpo, tal vez dirían muchos: hé ahí un hombre agitado por el miedo, y sin embargo, yo solo sé el valor que he empleado esta noche. Las profundas tinieblas de mis ojos no me dejaban ver á mi querida Clotilde que estaba á mi lado; ella, la

mitad de mi alma, sér de mi sér, ella por la que he traspasado esa línea que separa el crimen de la virtud. Yo sentía los profundos latidos de su corazón, penetraban en lo más hondo de mi pecho sus suspiros y adivinaba las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Mendoza se detuvo, su cuerpo tomó por un instante esa inmovilidad peculiar de los ciegos, su ancha y despejada frente por la que surcaba una profunda herida se inclinaba sobre el pecho dando á su aspecto venerable la sublime majestad del dolor.

—Muchas veces, añadió con doloroso acento, Dios quiere sin duda que los pobres ciegos vean todo cuanto les rodea con los ojos del alma. La marquesa se hallaba á mi derecha, Clotilde á mi izquierda, en frente Daniel, yo sentía penetrar por mis muertas pupilas la mirada de mis hijos; ¿no es verdad, Julio, que me miraban mucho? Yo lo he visto todo con mi alma y he sufrido mucho.

Y el ciego, agitando tristemente la cabeza, volvió á decir:

—Pero estos sufrimientos son justos, todo cirmen debe tener su expiación, mi destino quiso librarme de una muerte segura allá en las selvas de Méjico y es porque el destino me deparaba algo más reparador, algo más triste que el machete de los plagiadores, algo más terrible que los tormentos que inventan aquellos seres sanguinarios.

—Por Dios, general, se está usted atormentando.

—¡Oh! no me llame usted general; el general Lostán

ha muerto. Me llamo Mendoza el ciego, un hombre castigado por la mano de Dios, un sér maldito que está destinado á sentir siempre sobre su corazón la pesada mano del remordimiento y en su alma una aguda punzada de muerte por cada lágrima que ha hecho derramar en su vida.

—Si usted hubiese podido contemplar el cariñoso interés, la tierna emoción que se pintaba en los semblantes de todos al escuchar el relato de sus desgracias, la hermosa esperanza hija del cielo hubiera renacido en el fondo del alma de usted.

—¡ Oh, nó, nó! La marquesa no me perdonará jamás, Daniel no olvidará nunca los agravios que hice á su madre; sólo Clotilde está siempre dispuesta á arrojarse en mis brazos y perdonarme, porque, no lo dude usted, Julio, todos ellos me han reconocido; los años, los sufrimientos desfiguran el rostro, pero la voz es siempre la misma; sólo en los últimos momentos de la vida se trasforma; y mi voz ha vibrado en sus almas como un recuerdo angustioso, y sin embargo ni uno solo de ellos se ha levantado para arrojarse en mis brazos, para pronunciar la palabra que tanto necesito: perdón, para derramar el bálsamo santo del olvido en mi inquieto y atribulado pecho.

—Pobre amigo mío, ¡de cuán distinto modo juzga usted la impresión que ha causado á su familia!—añadió Julio con acento compasivo,—lo que usted crée resentimiento no ha sido otra cosa que una medida de prudencia llevaba á cabo, causándoles á todos un esfuerzo vio-

lento; yo he leído en sus semblantes todo el interés, todo el cariño que para usted guardan en sus corazones, y ellos al reprimir el amor que henchía sus almas sólo han querido evitar que el agitado corazón del anciano se rompiese en pedazos al sufrir nuevas emociones.

El ciego exhaló un suspiro ruidoso y levantando las manos al cielo, exclamó:

—¡Y qué mayor placer para mí que morir en los brazos de mi familia y escuchar entre sus lágrimas y bendiciones el perdón de mis culpas! Sólo la esperanza de conseguirlo me ha dado fuerzas para soportar el enorme peso con que me agobia la vida.

—¡Morir!—replicó Julio, recuerde usted, amigo mío, que no hemos venido desde la otra parte de los mares á traer á esta casa el luto y las lágrimas, sinó á buscar la reconciliación, la paz y el bienestar. No olvide usted que el hermoso sol de la felicidad brillará en breve con nuevos resplandores sobre el tranquilo hogar en que nos hallamos.

—Dios lo quiera, murmuró en voz baja el ciego volviendo á hundir su frente en las palmas de las manos.

Julio permaneció contemplándole algunos instantes en triste actitud, luego colocó familiarmente una de sus manos sobre la espalda del ciego, y añadió:

—Es muy tarde; el reposo tranquilizará algún tanto el agitado espíritu de usted; no olvide que es preciso reponerse de las fatigas de tan largo viaje y de las emociones experimentadas esta noche.

—El sueño, añadió el anciano sonriéndose tristemente,

es el dulce reparador de la vida, el hermoso paréntesis de la existencia; sin él las noches serían eternas y el dolor insufrible; pero hace mucho tiempo que el sueño huye de mis párpados.

—Pues bien, amigo Mendoza, es preciso hacer un esfuerzo y dormir.

—Sí, es preciso, murmuró el anciano suspirando.

Mendoza abandonó la butaca.

Julio le acompañó hasta el lecho, y le dijo:

—Junto á la cabecera de la cama tiene usted el llamador de la campanilla, yo ocupo la habitación inmediata; si usted me necesita...

El ciego extendió la mano hasta tropezar con el lecho, luego levantó la colcha y tentó las almohadas.

Mientras tanto Julio le había acercado una silla á los piés de la cama para que dejara la ropa.

—Dios ha querido en medio de mis amarguras, dijo Mendoza, colocar á usted á mi lado y nunca podré pagarle los inmensos beneficios que me ha hecho.

—Sr. Mendoza,—añadió Julio procurando dar á su acento un tono más alegre,—en otro tiempo yo vivía en una buhardilla, veía llorar á mi madre y languidecer á mi hermana; el hambre y la miseria habían tomado asiento en mi pobre y triste hogar, pero un día aconsejado por un resto de esperanza ó por la desesperación llamé á las puertas de su casa y un ángel me recibió con la sonrisa en los labios devolviendo con sus palabras la paz á mi espíritu y la alegría á mi alma; aquel ángel se llamaba Clotilde de Lostán, aquel ángel salvó de los

horrores del hambre á mi madre y á mi hermana; y como yo siempre he tenido como la primera de las virtudes la gratitud, deje usted que la practique, porque al hacerlo así cumplo con un deber y una necesidad de mi alma; pago pues al padre una parte pequeña de lo mucho que debo á la hija.

—Silencio, Julio, silencio,—repuso Mendoza extendiendo los brazos en dirección al joven y cojiéndole una mano,—olvidemos el pasado; le cubre un espeso y tupido velo; Dios ha querido enseñarme que el que siembra beneficios, tarde ó temprano recoge la rica cosecha de la gratitud; yo sembré uno en el noble corazón de Julio de Monforte y he recogido mil. Sería, pues, el hombre más ingrato de la tierra si no le demostrara mi eterno agradecimiento.

Y el Sr. Mendoza estrechó las manos del joven contra su pecho.

Julio, que sospechaba que en el comedor le esperaban con impaciencia y que por otra parte no quería prolongar por más tiempo una escena que conturbaba el espíritu del anciano, volvió á suplicarle que se acostara, ayudándole él mismo á desnudarse.

Poco después Julio de Monforte verdaderamente conmovido abandonaba la habitación del ciego dirigiéndose hacia el comedor.

En la antesala creyó ver una sombra que se ocultaba detrás de una cortina.

Se detuvo sospechando si sería Clotilde, vaciló un momento y por fin se decidió á salir de dudas.

El que se ocultaba detrás de la cortina comprendió que iba á ser descubierto y avanzó dos pasos hacia Julio diciendo con humildad:

—Soy yo, señorito.

—¡Ah! ¡es usted, Santiago!

Julio había reconocido al antiguo criado del general.

—¿No es verdad, señorito, que ese pobre ciego es mi amo, mi querido general?

—Santiago, ese pobre ciego se llama el Sr. Mendoza, el general Lostán ha muerto.

—¡Oh! no es fácil engañarme; le he reconocido apenas bajó del carruaje y he necesitado de toda mi fuerza de voluntad para contenerme, para no arrojarme á su cuello; pero no tema usted que cometa una imprudencia, yo sabré respetar todo lo que mi amo disponga y mande: estoy acostumbrado á obedecerle y he sido por espacio de muchos años el hombre de su confianza, casi me atrevería á decir que su único amigo; pero después de seis años de separación le vuelvo á ver ciego, débil, envejecido, y comprendo que hoy más que nunca necesita de mis servicios, de mis cuidados: además yo le debo la vida y es justo que le demuestre mi gratitud.

Julio, enternecido ante las frases cariñosas de aquel leal servidor, le tendió una mano, y le dijo:

—Pues bien, Santiago, no quiero ocultarlo por más tiempo, el Sr. Mendoza y el general Lostán son una misma persona; pero ese pobre ciego que tanto le interesa y á quien está dispuesto á obedecer, quiere que no se pronuncie el nombre del general Lostán, quiere

que se borre su recuerdo, quiere en fin que no exista.

—Así se hará, pues así lo desea.

—Ahora, colóquese usted en la entrada de su dormitorio y como en otro tiempo vuelva á ser su ayuda de cámara, su leal servidor.

—Gracias, señorito, gracias, exclamó con vehemencia Santiago enjugándose al mismo tiempo una lágrima que asomaba á sus ojos.

Aquel hombre rudo que no había vacilado en otras ocasiones cuando su amo señalándole una víctima le decía «hiere,» se dirigió al dormitorio del ciego, entró de puntillas en la habitación sin hacer el menor ruído, y sentándose en un sofá desde donde podía verse la alcoba, se quedó contemplando en silencio el pálido y melancólico rostro del anciano.

CAPÍTULO II

LA IMPACIENCIA

Cuando Julio de Monforte entró en el comedor, su presencia arrancó una de esas exclamaciones que no pueden describirse con la pluma ni con la palabra, uno de esos gritos que nacen del alma y que son el sublime poema de la inquietud, del interés, del afán comprimidos durante algunas horas por toda una familia.

Un ademán, una mirada de la marquesa del Radio, cuya autoridad era tan notoria, había clavado, por decirlo así, en sus sillas á los que rodeaban la mesa.

Para Clotilde había sido una verdadera tortura aquella orden muda de su madre, y su alma, toda expansión, toda amor, saltaba, si así puede decirse, dentro de su sér deseando arrojarse en los brazos de aquel anciano en quien había reconocido desde los primeros instantes de su llegada á su padre.

Los que no conocen ni comprenden toda la ternura del amor filial, los que no han sentido nunca estremecerse por el amor de la familia el corazón dentro de las estrechas cárceles del pecho, no pueden apreciar en toda su grandeza los momentos de infinita tortura, los vehementes deseos comprimidos que sufrió Clotilde oyendo el relato de su padre.

Cuando entró Julio, todos se levantaron interrogándole con sus miradas; todos le preguntaban con vivo interés por el general; era una historia llena de ternura de la que él sólo podía ser el narrador.

Julio procuró tranquilizarles con una sonrisa y un ademán, y tomando asiento junto á la mesa dijo, dominando su inquietud:

—El Sr. Mendoza se ha acostado bendiciendo desde el fondo de su alma la cariñosa hospitalidad que se le concede en esta casa; el pobre ciego no encuentra palabras con que demostrar su gratitud. Solo en el mundo, en sus ratos de melancólica tristeza soñaba con las dulzuras del hogar doméstico, bálsamo santo que endulza los pesares de la criatura y que él crée haber perdido para siempre; el Sr. Mendoza es muy desgraciado, ha sufrido mucho, lo bastante para expiar todas las culpas de su juventud; el recuerdo de ayer le ha envejecido antes de tiempo haciéndole derramar ardientes y dolorosas lágrimas, y su único anhelo, su único afán antes de exhalar el último suspiro de la vida se reduce á merecer el perdón de todos aquellos á quienes ha ofendido.

Monforte había pronunciado estas palabras como una

súplica, dejándolas caer una por una con gran pausa, y estudiando en las fisonomías el efecto que causaba. La emoción, las lágrimas tienen la propiedad de ahogar la voz en la garganta; el verdadero dolor es silencioso, es mudo, sintético, sobrio; un grito basta para demostrar todas las amarguras que destrozan el corazón, un suspiro expresa las angustias del alma.

Aquella Noche Buena, noche en que el mundo cristiano celebra con regocijo y estruendo la venida al mundo del Mártir del Calvario, había sido para la familia del general Lostán una noche de lágrimas, de inquietud, de tristeza.

Pero esta tristeza iba tal vez para ellos á abrir un nuevo horizonte lleno de luz y felicidad, porque el general á quien creían muerto volvía al hogar doméstico pobre, ciego, envejecido, pero con el corazón rico de fe y el alma llena de esperanza.

—Yo siento, señores,—añadió Julio después de una ligera pausa,—haber proporcionado á ustedes en una noche en que la familia se entrega al regocijo y la alegría, momentos de trizteza y de pena: hoy el orbe cristiano celebra el feliz natalicio del Redentor del mundo, de la primera página de ese poema sublime que terminó con la preciosa sangre del Nazareno en las cumbres del Gólgota; pero yo no podía abandonar á un español, á un pobre ciego á quien había dado en los desiertos de Méjico el nombre de padre, y he querido traerle conmigo porque estoy resuelto á que no se separe nunca de mi lado. El Sr. Mendoza es mi padre adoptivo, y yo pido á ustedes

perdón si su presencia ha turbado por un momento la hermosa paz de esta casa.

—Julio, Julio,—exclamó Clotilde juntando las manos en ademán suplicante,—ese hombre es mi padre; á pesar de la profunda cuchillada que le desfigura el rostro, á través de las arrugas de su frente y la blanca y larga barba que cubre su rostro, á pesar de la lividez de su semblante y la debilidad de su cuerpo, le he reconocido, porque la primera palabra que brotó de sus trémulos labios levantó un eco doloroso en mi corazón. ¡Oh! no se engaña tan fácilmente á una hija que durante seis años no se ha olvidado ni un solo día de aquel que le dió el sér. ¿A qué ocultarlo? Además no soy yo sola quien le ha reconocido. ¿No es verdad, madre mía? ¿No es verdad, Daniel? ¿No es verdad, Blanca?

Daniel cogió una de las manos de su amigo y estrechándola con emoción, dijo:

—Mucho te debemos, Julio; no pretendas esquivar nuestra gratitud; tú has salvado al general de una muerte horrible, desesperada; tú, como un hijo cariñoso, le conduces desde lejanas tierras hasta el ignorado rincón de nuestro hogar doméstico. Tú fuíste para él la Providencia bienhechora, que envolviéndole con su manto protector, fué reanimando el árido desierto de su alma y haciendo nacer en su pecho la hermosa y purísima flor de la esperanza: el general, aunque hubiese debido la vida á la casualidad, hoy pobre, viejo y ciego, abandonado de todos en país extraño, ó hubiese buscado la muerte cometiendo un suicidio, ó viviría mendigando la

caridad pública por las calles de Méjico. No trates, por consiguiente, de ocultarnos la verdad: sólo el respeto que la desgracia y el dolor nos inspira ha podido detener los impulsos de nuestros corazones, sólo el temor de causar la muerte con una violenta emoción nos ha tenido enclavados en nuestros asientos, cuando nuestro deber era arrojarnos en los brazos de nuestro padre.

Julio guardaba silencio, pero profundamente conmovido, comprendió que iba á ceder ante las lágrimas y la súplica de sus leales amigos.

La marquesa, que hasta entonces no había desplegado sus labios, dijo:

—Dios premia al justo permitiéndole que practique grandes obras de caridad para que su nombre quede grabado en el corazón de todos cuantos le conocen, con los indelebles caracteres de la gratitud, del aprecio y del respeto. Julio ha sido un buen hijo y un buen hermano. El corazón me dice que sólo á él debemos la dicha del regreso del general: favor es ese que no olvidaremos nunca. Si mi esposo se empeña en ocultar su verdadero nombre, respetemos, hijos míos, sus deseos; tal vez sean justos. Cuando la hora del remordimiento llega, las ideas se esclarecen con una luz que tiene indudablemente algo de la hermosa brillantez de los cielos. Existen recuerdos que matan la paz del alma mientras no llegan á borrarse de nuestra memoria: sin el olvido, la vida sería una agonía insoportable. El Sr. Mendoza ha llegado á nuestro hogar pobre, ciego, envejecido y tal vez enfermo y achacoso; sus trémulos labios han dicho: «El general Lostán

ha muerto;» respetemos, pues, esa afirmación del pobre anciano; pero usted, Julio, es nuestro amigo y con los fueros que nos concede la amistad tenemos derecho á exigirle que no nos oculte nada.

La marquesa pronunció estas palabras verdaderamente conmovida, con los ojos llenos de lágrimas y fijando una mirada suplicante en Julio.

Aquella mujer altiva y orgullosa había perdido mucho de su indomable carácter; los años la iban acostumbrando á olvidar los agravios que el general la había hecho; pero las frecuentes súplicas de su hija y las palabras de aquel hombre que encorvado bajo el peso del remordimiento y falto de la preciosa luz de los ojos llamaba tímidamente á las puertas de su casa, habían conmovido su alma haciéndole sentir emociones desconocidas.

Por otra parte, la ejemplar conducta de Daniel era un nuevo motivo para domar el altivo carácter de la marquesa, porque Daniel, desterrado voluntariamente en el pequeño pueblo de Horche, ni una sola vez en las tiernísimas cartas que la escribía, puso el apellido de su padre.

Todo lo había sacrificado por su hermana, hasta el buen nombre de su madre; y este sacrificio sublime, este silencio heróico que aseguraba la legitimidad de Clotilde, le habían conquistado por completo las simpatías y la admiración de la marquesa.

Daniel tenía todos los derechos; hubiera podido decir: «yo soy el legítimo heredero, Clotilde no es más que una hija natural:» pero antes de pronunciar estas terribles

palabras, antes de infamar el buen nombre de su hermana, se hubiera arrancado la lengua.

Todas las miradas se hallaban fijas en Julio de Monforte, esperaban una contestación á las palabras que acababa de dirigirle la marquesa; era preciso por lo mismo poner término á aquel silencio angustioso.

—Pues bien, amigos míos, añadió Julio, dejándose llevar por los impulsos de su corazón, ese pobre ciego es efectivamente el general Lostán.

Y como Clotilde hiciese un movimiento para dirigirse hacia la puerta, Julio añadió:

—Un momento, señorita; yo ruego á usted que demore su natural impaciencia por algunas horas; el general ha sufrido mucho, y más que nunca en estos instantes necesita de reposo. ¡Ah! si ustedes le hubiesen visto como yo temblar, estremecerse á manera que nos íbamos acercando á esta casa; muchas veces he temido que se escapara el último aliento de su pecho, que se muriese en mis brazos; era tan lívida su palidez, tan débil su pulso, tan vagas sus palabras, tan incoherentes las ideas que cruzaban por su cerebro, que necesitaba de grandes esfuerzos para hacerle concebir la tranquilizadora esperanza de que en esta casa sólo encontraría ternura, amor y olvido.

Julio se detuvo: como nadie le interrumpía, como todos le escuchaban con las lágrimas en los ojos, se pasó la mano por la frente, suspiró con fuerza y volvió á decir:

—Yo ni conozco, ni quiero conocer el pasado del gene-

ral Lostán, pero lo que ha sufrido, los padecimientos que ha arrostrado con serena resignación, y el recuerdo vivo y cariñoso que ha tenido de su familia en las lejanas tierras de América, le hacen digno por todos conceptos del aprecio de su familia, de la que vivía separado por un rasgo de extremada delicadeza. La casualidad hizo que yo le encontrara en una situación angustiosa; el amor le vuelve á España; juntos ya todos bajo este techo hospitalario sólo debe pronunciarse una palabra: olvido.

—Dices bien, Julio, —añadió Daniel, —lo pasado debe borrarse de nuestra memoria, pensemos sólo en lo presente; ocupémonos sólo en hacer menos dolorosas las últimas horas de ese pobre anciano á quien la muerte ha respetado, sin duda para que presenciemos este momento á quien la casualidad nos devuelve en una noche de paz y de concordia.

—Sí, perdón y olvido, hijos míos; —exclamó la marquesa que hasta entonces no había pronunciado una palabra. —Mañana cuando el nuevo sol venga á anunciarnos el día, entraremos á verle para probarle que en nuestros corazones no existe ya el resentimiento.

—¡Ah! madre mía, —exclamó Clotilde arrojándose en los brazos de la marquesa.

Y al separarse de los brazos de su madre dirigió á Julio una mirada de agradecimiento, añadiendo tendiéndole la mano:

—Y bendito sea usted, Julio, que ha arriesgado su vida por salvar la de mi padre: bendito sea usted que nos lo devuelve.

—Yo, señorita,—añadió conmovido Julio y estrechando la mano de Clotilde,—he cumplido con mi deber.

El reloj del comedor dió entonces la una de la madrugada.

La marquesa indicó que era muy tarde, y todos se retiraron á sus habitaciones á esperar el nuevo día, que debía ser para aquella familia de reconciliación y olvido.

CAPITULO III

UNA NOCHE SIN SUEÑO

Volvamos á penetrar en la habitación del ciego Mendoza, ó por mejor decir, del general Lostán.

La lámpara había quedado encendida sobre la mesa.

El general procuraba en vano desechar sus tristes pensamientos y reconciliarse con el sueño, pero el sueño es muchas veces el soberano despótico de nuestra voluntad, y nunca quiere doblegarse á nuestros deseos.

Manda y no obedece; cuando se le llama huye de nuestros párpados, y cuando se le quiere desechar se posa sobre ellos como una pesada plancha de plomo diciéndonos: duerme.

No hay nada tan grosero, tan mal educado como el sueño; el hombre hace muchas veces esfuerzos titánicos por rechazarle, pero el sueño se ríe de estos esfuerzos y

le pone en ridículo, obligándole á dar cabezadas y á cometer inconveniencias que le disgustan.

El hambre es más fácil de disimular que el sueño.

Un hombre con un mondadientes en la boca puede engañar á la sociedad haciéndola creer que ha comido; un hombre con el pesado sueño sobre los párpados no engaña á nadie; todo el mundo dice: «está dormido por dentro.»

Nada tan envidiable como esas naturalezas privilegiadas que tienen supeditado el sueño y duermen siempre que quieren, y toman una posición conveniente para ello, porque sabido es que hay algunos que se duermen de pié; pero el sueño, que es rencoroso, se venga proporcionándoles algunas caídas que acaban generalmente por desfigurarles las buenas proporciones de sus narices.

A pesar de este riesgo yo les envidio: pero volviendo al general Lostán haremos punto á esta digresión.

Ya lo hemos dicho, el general hacía esfuerzos titánicos por dormirse, pero eran tantas las emociones que habían conmovido aquella noche su alma, que el sueño se mostraba rebelde, indómito, feroz.

Convencido de la imposibilidad de dormir se entregó á la vida de los recuerdos, y entonces, como obedeciendo á un poder mágico y sobrenatural, como si sus ojos hubieran recobrado la luz perdida, vió en el fondo oscuro de la alcoba con todos los contornos admirables de la verdad, pasar uno por uno los seres que habían causado sus dolores y sus alegrías, los protagonistas de esa batalla continuada de la vida; de esa lucha incesante con la muerte que comienza en la cuna y acaba en el sepulcro.

La primera visión rodeada de luz, de mansedumbre, de ternura, que vió brotar entre la oscuridad fué Ángela. Ángela, víctima inocente de su ambición.

La vió sentada en una silla junto á una ventana: tenía un niño de pocos años sobre las rodillas y con la mano extendida le enseñaba un camino poetizado por el sol, mientras de sus labios, rojos como el terebinto de Judea, brotaban estas palabras que eran una esperanza que no debía realizarse nunca:

—«Por aquel camino vendrá tu padre, hijo mío; pídele á Dios que no nos olvide y que llegue pronto á nuestros brazos.»

El general extendió los brazos hacia la visión y con trémulo acento pronunció el nombre de Ángela.

Aquella voz que interrumpía el silencio de la noche disipó el fantasma, hizo huír la luz y volvió á reinar la oscuridad. Un suspiro ahogado escapóse del pecho de don Pedro, y llevándose las manos á las sienes como si quisiese sujetar las ideas, volvió á decir:

—Ángela, pobre mártir; Dios ha querido conservarme la vida para que vaya junto á tu sepulcro á derramar de mis ojos sin luz lágrimas de fuego.

Lostán creyó oír una carcajada y se estremeció: aquella carcajada la había oído muchas veces durante sus largas horas de insomnio, y entre el revuelto y angustioso montón de sus ideas brotó un hombre y apareció entre la oscuridad un fantasma; era el conde de la Fe, era aquel enemigo implacable que durante treinta años no había respirado más que odio y venganza.

El conde se hallaba arrodillado junto á un ataud vacío: pálido, con las manos crispadas y el cabello en desorden, contemplaba con los hundidos y delirantes ojos el fondo de una abierta sepultura, y estas palabras se escapaban de su boca.

—«Doy la mitad de mi fortuna al que me vengue; muero envenenado por el general Lostán.»

Gruesas y frías gotas de sudor comenzaron á brotar de la frente del general, al mismo tiempo que murmuraba en voz baja:

—Nó, yo no he sido tu asesino: yo quise exterminarte, cierto, porque comprendí que tu odio era implacable, porque sabía que mientras tú existieras estaba amenazada la felicidad de mis hijos; pero al brindarte con la copa fatal que contenía en su fondo la muerte, yo también bebí del mismo licor porque deseaba morir contigo, porque los dos, seres malditos, asquerosas víboras humanas, merecíamos la muerte por nuestras infamias.

Y el general, exhalando un doloroso suspiro, volvió á decir:

—Si hay un más allá, como creo, después de la muerte, que nos lo revela todo, que nos da á conocer los que nos odiaron y nos aborrecieron, tú debes saberlo: al arrancarte la vida, enemigo franco y generoso te daba la mía.

A pesar de estas palabras que el general pronunciaba en voz baja y con acento tembloroso para tranquilizarse, aquel fantasma aterrador permanecía esculpido en el fondo oscuro de la alcoba y rodeado de una luz tétrica que oprimía el espíritu.

El general, sin duda por no ver aquel espectro que le aterraba, se cubrió con la colcha la cabeza, porque el infeliz olvidaba en sus momentos de vacilación y de remordimiento que sólo tenían luz los ojos de su alma.

De pronto creyó oír un suspiro ahogado junto á la cabecera de su lecho, notando al mismo tiempo que este se movía imperceptiblemente y que un objeto se posaba sobre su pecho.

Los estremecimientos nerviosos del general aumentaron, hizo un esfuerzo, se incorporó y sacudiendo los brazos como si quisiera librarse de tan angustiosa pesadilla, exclamó:

—Déjame, déjame, fantasma aterrador, ó sé clemente hasta el punto de ahogarme entre tus brazos.

El general sintió que le cogían una mano y lanzó un grito. Pero aquella mano yerta, temblorosa, recibió un beso respetuoso y una lágrima.

—¿Quién está ahí, quién me besa, quién viene á interrumpir las horas de soledad de este sér desgraciado?

—Soy yo, señor, contestó una voz.

Aquella voz era harto conocida del general Lostán; aquella voz, penetrando en su alma como una palabra mágica, hacía desaparecer todos los fantasmas levantados por el remordimiento.

—Santiago, Santiago, ¿eres tú, amigo mío? exclamó.

Y extendió los brazos como para abrazarle.

—Yo soy, señor, yo soy, añadió Santiago, arrojándose en los brazos de su amo; he reconocido á vuecencia desde el momento que llegó; y aunque se me ha prohibido

entrar á verle, bajo el pretexto de que necesitaba usted descanso, yo no he podido resistir, y hace una hora que me hallo junto á este lecho velando el sueño de mi generoso amo.

El general estrechó las manos de Santiago, y dijo:

—Gracias, amigo mío.

Y luego, haciendo un movimiento con los hombros, y agitando tristemente la cabeza, añadió:

—Ya lo ves, Santiago, á lo que ha venido á reducirse todo el orgullo, toda la vanidad, todas las ambiciosas aspiraciones del general Lostán: soy un pobre ciego, sin otros bienes de fortuna que mis remordimientos y los recuerdos del pasado; sin la caridad de un joven generoso, yo hubiera terminado mis días en un piadoso hospital de Méjico. Pero es justo lo que me sucede. Dios castiga á los hombres de muy distintos modos; yo no puedo quejarme, lo que me sucede es justo.

—Pero es justo también que suene para usted la hora del descanso, y aquí en esta casa, rodeado de una familia en cuyos pechos aun existe el amor y el cariño que tanto necesita vuecencia, espero que aun brillen para el general Lostán días de felicidad.

—¿Crees tú que la marquesa, crees tú que Daniel me perdonarán?

—No desean otra cosa, señor.

—¡Oh! si fuera verdad eso.

—Lo es, porque no hace mucho les he visto con los ojos arrasados en lágrimas y ansiosos de estrechar á usted contra sus pechos.

El general, que no había soltado aún las manos de su leal servidor, las estrechó contra su pecho, añadiendo:

—Háblame de ellos, Santiago; dime si durante mis seis años de ausencia se han acordado de mí; cuéntame todo lo que ha sucedido desde aquel día en que ciego por el odio y la venganza quise poner fin á mi existencia, salvándome de la muerte tu cariño y precaución.

—Desde entonces, señor, la señorita Clotilde ha derramado muchas lágrimas,—añadió Santiago;—ella no ha olvidado á su padre ni un solo día y muchas veces le oí decir, «él volverá, mi corazón me dice que no ha muerto.»

—¡Hija mía! ¡hija mía! tú sola me amas en el mundo.

—En cuanto á eso, señor, puede vuecencia estar seguro.

—¿Y ha sospechado ella que el ciego Mendoza y el general Lostán son una misma cosa?

—Lo sospechó desde el primer instante.

—Y sin embargo no ha entrado á verme...—murmuró el general dejando caer la cabeza sobre el pecho.

—Quiso hacerlo, apenas podían contenerla; pero por fin lograron persuadirle de que esperase al nuevo día, y tengo la seguridad de que la señorita Clotilde se halla en su habitación despierta esperando la luz de la aurora.

—¡Oh! cuánto deseo estrecharla entre mis brazos; yo quisiera explicarte todas las terribles batallas que he sostenido conmigo mismo durante seis años. El recuerdo de mis hijos se hallaba siempre vivo en mi memoria: su

amor era el fuego santo que daba fuerzas á mi vida; deseaba verles, y al mismo tiempo me aterraba la idea de volver á España. Muchas veces buscaba en empresas temerarias la muerte, porque no podía soportar el peso de la existencia, y cuando la muerte se acercaba á mí, entonces defendía con desesperación la vida porque no quería morir sin ver por última vez á mi hija, sin recibir de sus labios un beso, sin sentir sobre mi frente el suspiro perfumado de su boca.

—Mucho habrá usted sufrido.

—Mucho, Santiago; pero hay hombres cuya naturaleza, fuerte como la roca, lo resiste todo.

El general se pasó la mano por la frente, y preguntó, cambiando de entonación:

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la mañana van á dar, señor.

—Aun quedan dos horas de noche; van á parecerme muy largas, muy interminables, tanto es el deseo que tengo de ver á mi hija.

Y sonriéndose de un modo triste, repuso:

—¡De verla! como si eso fuera posible á un pobre ciego; pero sí, sí, la veré con los ojos del alma; ¡cómo no verla si la estoy viendo siempre!

CAPÍTULO IV

LA LUZ DE LA ESPERANZA

Santiago no se atrevió á interrumpir el silencio del general y le contemplaba con vivo interés.

Aquel altivo semblante se hallaba tan abatido, tan triste, eran tan profundas las arrugas que surcaban su frente, que muy pocos hubieran reconocido al altivo y valiente militar en aquel pobre ciego, que se había presentado aquella noche con el nombre del señor de Mendoza.

De vez en cuando, don Pedro exhalaba un profundo suspiro; aquel suspiro era indudablemente un gemido de su alma, que envolvía algún recuerdo del pasado.

Esta pausa duró más de quince minutos; por fin el general hizo un movimiento con la cabeza y dijo:

—¿Lo creerás, Santiago? Desde aquel día que salí de Madrid con un nombre supuesto, yo no he podido olvi-

daros ni un solo instante; pero ¿cómo olvidar á España si dejaba en ella mi alma, si en ella quedaban los seres más queridos de mi corazón, y me llevaba conmigo para no olvidarlos nunca los remordimientos del mal que les había hecho?

Y tomando aliento como para continuar, añadió:

—Porque yo sé que, exceptuando mi hija Clotilde, los demás me aborrecen ó cuando menos me desprecian.

—Nó, general; el tiempo ha borrado los odios; la señora marquesa ya no desea otra cosa que perdonar; el señorito Daniel es tan feliz en este retiro con su esposa, que en su generoso corazón sólo da cabida á la clemencia y al amor.

—¿Es verdad eso?—preguntó el general estrechando con fuerza una de las manos de Santiago.—Por lo que más ames en el mundo, yo te suplico que no me engañes; estoy tan acostumbrado á sufrir, que aunque el desprecio de mi familia me costara la vida, mis labios no se abrirían para pronunciar una queja.

—¿Usted dice que no nos ha olvidado? Pues bien; á nosotros nos ha sucedido lo mismo. Los primeros días que siguieron á la desaparición de usted, el aturdimiento, el disgusto, fué grande; cuando se convencieron que todas las pesquisas eran inútiles para encontrar al general Lostán, cuando ni las amenazas, ni las súplicas, ni los ofrecimientos lograron arrancarme la verdad, yo temí que la marquesa me despidiera de la casa, y con gran asombro le oí decir un día: «Santiago, usted ha sido un servidor leal del general Lostán, usted permanecerá en

esta casa, hasta que el tiempo aclare el misterio de la desaparición del marqués.»

—¿Eso te dijo?

—La señora marquesa no ha tenido para mí desde aquel día, ni una sola palabra que me pusiera en el caso de abandonar esta casa, y sin embargo, usted sabe que me odiaba.

—Es verdad,—murmuró en voz baja el general.

—Después he oído hablar muchas veces del general Lostán, y repito que en la conversación siempre se veía el espíritu de la tolerancia y del perdón; la señorita Clotilde era por decirlo así, el ángel de paz colocado en medio de una familia que se hallaba en guerra, y si en el fondo de algún corazón quedaba un rastro de resentimiento hacia el general Lostán, créalo usted, señor, la presencia en esta casa del señor Mendoza, del anciano ciego y desvalido, ha disipado las últimas sombras, y confío que pronto brillará para usted el iris de paz, porque los sufrimientos son el crisol que lo purifica todo.

—Sí, he sufrido mucho,—añadió el general exhalando un profundo suspiro,—y es preciso creer que Dios ha conservado mi vida, librándola de grandes peligros, para que suene la hora de perdón y abandone esta tosca materia el alma purificada de sus faltas.

El general, pasándose la mano por la frente, como si quisiera reunir sus recuerdos, volvió á decir:

—Porque no lo dudes, Santiago, yo he deseado morir muchas veces; yo he buscado la muerte y la muerte huía de mí. Apenas llegué á Méjico, me afilié á uno de los

dos bandos que con tanta frecuencia se disputan el poder con una guerra fratricida y sin cuartel, pero las balas y el hierro respetaban mi cuerpo y salía ileso de todas aquellas diarias refriegas en que tantos hombres perdian la vida; y por último, cuando caí en poder de los «plagiadores,» cuando enterrado vivo, en aquella mortaja de piel y carne, veía la muerte en derredor de mi cabeza, Dios sin duda envió á un hombre generoso para salvarme; ese hombre fué Julio de Monforte.

—Julio de Monforte, repitió Santiago; un hombre de corazón generoso y de pensamiento elevado, que para hacerse digno de la mujer que ama con toda su alma había pasado el Océano en busca de una fortuna que poder ofrecerla junto con su mano. ¡Oh! estoy seguro que el señorito Julio el día que tuvo la suerte de salvar al general Lostán, experimentó una alegría inmensa, y la esperanza de realizar sus hermosos sueños inundó de felicidad todo su sér.

—No te comprendo.

—Y sin embargo, bastará una palabra par explicar la inmensa dicha que el señorito Julio experimentó cuando pudo á riesgo de su vida salvar la del general Lostán.

El general fijó sus ojos sin luz en su leal servidor, sin duda por la costumbre adquirida de mirar al que nos relata algo que nos interesa.

—Habla; tus palabras me inspiran gran curiosidad.

—Pues bien, señor; Julio de Monforte hace muchos años que ama á la señorita Clotilde.

—¿Qué dices?

—Creyéndose muy poco para merecer su mano, se dirigió á América protegido por el duque de San Plácido, en busca de una fortuna. Dios, que no olvida á los buenos, no solamente ha protegido sus trabajos, sus desvelos y la pureza de sus intenciones permitiéndole que reuna una fortuna, sinó que le ha conducido hasta el sitio donde agonizaba el general Lostán para salvarle de la muerte.

—Pero ¿Clotilde le ama?

—La señorita Clotilde tiene un alma tan bella, que ama todo lo que es grande y generoso.

—Si lo que me dices es cierto, no seré yo el que me oponga á su unión.

—Con esa unión, estoy seguro que el general Lostán ganará un hijo. Serán dos á amarle en vez de uno.

—Sin embargo, Julio nada me ha dicho.

—Para un hombre tan delicado, revelar á un padre el amor que le inspira la hija en el momento de salvarle la vida, hubiera sido una revelación egoísta é interesada; el silencio del señorito Julio se halla ajustado á la honradez de su carácter. Él vuelve de América con una fortuna adquirida con su trabajo que ofrecer á la que ama; demos tiempo al tiempo, señor. El deber ha puesto esta revelación en mis labios.

Aquí el general volvió á guardar silencio, y como trascurrieran algunos minutos sin que se volvieran á despegar sus labios, satisfecho el vehemente deseo de Santiago de darle la bienvenida á su amo, y demostrarle que seguía siendo su leal servidor, se retiró de la habitación

ofreciéndole volver para ponerse á sus órdenes tan pronto como el nuevo sol anunciara el día.

El general se quedó solo.

Lo que Santiago acababa de decirle halagaba en parte su corazón. Julio era uno de estos hombres dotados por la naturaleza de las más bellas prendas morales.

—No seré yo,—se dijo el general,—el que se oponga á su unión si se aman; difícilmente podrían hallarse en la tierra dos almas más generosas que las suyas.

Ocupado don Pedro en los recuerdos del pasado y los acontecimientos del presente, veía pasar el tiempo sin poderse reconciliar con el sueño; la luz del alba comenzó á clarear en Oriente, pero para aquel pobre ciego destinado á una sombra perpétua, la hermosa luz del sol no tenía encantos ni armonías.

Mientras tanto Clotilde había pasado también la noche inquieta en su lecho, esperando la luz del día para correr á la habitación de su padre.

Al primer rayo de claridad que la aurora depositó en los cristales de su ventana, abandonó el lecho, se vistió precipitadamente y salió de su habitación.

Reinaba el mayor silencio en la casa.

Clotilde entró en el dormitorio de su padre, caminando de puntillas; sus ligeros piés no producían el menor ruído.

Así llegó hasta el pié de la cama en donde se hallaba el general Lostán.

La lámpara permanecía encendida, y su claridad algo confusa penetraba en la alcoba, iluminando el venerable y padecido rostro del anciano.

El general se hallaba inmóvil: parecía dormido.

Clotilde le contempló un breve instante, y como si le faltaran las fuerzas, cayó arrodillada á los piés de la cama inclinando la frente sobre el pecho.

Un suspiro se escapó del pecho de aquella hija que amaba con ternura á su padre; este suspiro produjo en la fisonomía inmóvil del general un ligero movimiento.

—¿Quién está ahí?—preguntó en voz baja extendiendo una mano que sólo encontró el vacío.

Esta pregunta arrancó un grito del pecho de Clotilde, y levantándose se arrojó en los brazos de su padre, diciendo:

—Soy yo, padre mío; tu hija que te ama más que nunca. No he podido esperar más. ¡Tenía tantas ganas de abrazarte!

—¡Clotilde, Clotilde, hija de mi alma, bendita seas!

Durante algunos minutos, aquel padre y aquella hija permanecieron dulcemente abrazados, exhalando tristes sollozos.

Por fin el general separó de su pecho la cabeza de su hija, y dijo con expresión de profunda tristeza:

—¡Oh, si yo pudiera verte!

—Sí, sí, padre mío, es una desgracia, una desgracia muy grande. Pero yo soy la misma, la misma de siempre; yo no he creído nunca que mi padre había muerto; yo lo he estado esperando día tras día, hora tras hora, porque cuando llena de inquietud le preguntaba á mi corazón, me contestaba: «¡Volverá!» Y por fin, has vuelto, te veo, te toco, estás á mi lado, y ahora como eres

ciego, como necesitas un brazo para apoyarte, este brazo será el mío, y ya no te separarás nunca de mí.

El general se hallaba profundamente conmovido: las palabras de su hija penetraban tan dulcemente en su alma, que sólo tuvo fuerza para decir:

—Habla, háblame siempre así. Yo no he dudado nunca de que tú me amas; sería cometer una injusticia creer lo contrario: pero, ¡Daniel! ¡la marquesa! esos no se reconciliarán nunca conmigo, esos me odiarán siempre.

—Nó, padre mío, nó, te engañas, les juzgas mal; durante tu ausencia en un largo período de seis años que hemos vivido en la incertidumbre de tu vida ó de tu muerte, yo les he oído pronunciar mil veces palabras de cariño y de respeto para el general Lostán.

—No me engañes, Clotilde.

—Anoche, cuando tú llegaste, cuando viniste á sentarte á nuestro lado, cuando se oyó el sencillo relato de tus desventuras, yo ví sus rostros conmovidos, sus ojos llenos de lágrimas, y más de una vez Daniel hizo un movimiento para arrojarse en tus brazos, pero le contuvo una mirada de la marquesa.

—Sí, sí, la marquesa se opondrá siempre,—añadió el general, con profundo sentimiento.

—Mi madre olvida y perdona, y no han de pasarse muchas horas sin que se realice la reconciliación que por tantos años he deseado.

—¡Si eso fuera verdad, hija mía! He sufrido tanto, he visto pasar tantas noches de insomnio y de inquietud; me agobia tanto el peso de la vida, que lo único que

deseo es esperar tranquilo la muerte recibiendo un poco de amor, un poco de cariño de aquellos seres que forman mi familia, y á los que tantas lágrimas he hecho derramar.

—Pues bien; todo eso se realizará, padre mío; porque te amaremos mucho, y será nuestro único afán rodearte de ese amor que deseas.

—Sí, me amaras tú, me amará Julio, porque vuestros corazones son nobles y generosos.

—¡Julio!—repitió Clotilde.

—¿Te extraña que pronuncie ese nombre al hablarte de mi familia?

—Nó, padre mío, porque el nombre de Julio es bendito para mí, desde que he sabido que te salvó la vida arriesgando la suya.

El general, que tenía entre sus manos las de Clotilde, las estrechó con ternura sobre su pecho, y cambiando de entonación, volvió á decir:

—Yo no tengo derecho para exigir; el general Lostán ha muerto, no existe; soy un pobre ciego, á quien llaman el señor Mendoza. Julio de Monforte al salvarme la vida, al curar mis heridas, y la larga enfermedad que padecí en Méjico, se compadeció de este pobre anciano desvalido, y fué para él el ángel de la caridad, que pasaba las noches sentado junto á la cabecera de mi cama con la tierna solicitud de un hijo cariñoso. Permite, hija mía, que te relate la historia de aquella triste época.

—Habla, padre mío, habla; no me ocultes nada; tus

palabras despiertan en mi alma el eco dulce de la gratitud.

El general se incorporó un poco en la cama, y después de besar repetidas veces las manos de su hija, volvió á decir.

CAPÍTULO V

RECONCILIACION

—Tengo el deber de no ocultarte nada; además, causa una gran satisfacción revelar á una hija tan buena como tú los beneficios recibidos de un hombre tan generoso como Julio; él es un cumplido caballero, y sé que nunca hará alarde del bien que me ha hecho; su deber consiste en callar, lo cumplirá con exactitud: le conozco, mi deber consiste en revelártelo todo.

El general se detuvo un momento, y volvió á decir:

—Cuando rodeado de aquellos negros feroces esperaba resignado la muerte, pero una muerte horrible, incalculable, yo dediqué los únicos instantes que me quedaban de vida á mi querida hija; á tí, á quien no esperaba volver á ver nunca; pero Julio de Monforte, conducido allí sin duda por la mano de la Providencia, me arrancó de

la muerte: yo le ví acercarse sereno, amenazador; no le reconocí en este instante; fué cuando me hirieron en la frente y perdí el conocimiento: al recobrarlo me hallaba en un lecho, Julio de Monforte y un desconocido estaban á mi lado; luego supe que aquel desconocido era un médico; mi enfermedad y mi convalecencia duraron tres meses; durante ese tiempo Julio fué mi enfermero inseparable; á él, pues, le debí por segunda vez la vida; cuando me hallé restablecido, pero ciego, Julio me dijo:

—¿Qué piensa usted hacer?

—¿Lo sé yo por ventura? le contesté. ¿Qué puede hacer un ciego sin bienes ni fortuna y en país extranjero? Vivir implorando la caridad pública, ó acabar sus días con la desesperación del suicida.

Julio entonces me propuso dos cosas: la primera, y en la que tuvo más empeño, que viniese con él á España á buscar la reconciliación de mi familia, y la segunda que aceptase una parte de la fortuna que él había ganado con su trabajo, y que terminara mis días en América. Yo no quise aceptar ninguna de las dos proposiciones, y entonces Julio me dijo estas palabras, que grabadas quedarán en mi alma mientras viva:

—General, hace seis años que vivo en América, con el pensamiento fijo en España; mis ojos se vuelven siempre con cariñoso afán hacia el punto del horizonte donde está España, porque bajo su hermoso cielo se cobijan los seres más queridos de mi corazón; porque en España vive una madre llorando y rezando por su hijo; porque en España vive mi hermana; porque en España vive, en fin,

una mujer mitad de mi alma, por la cual he venido á América en busca de una fortuna, y por cuya felicidad no vacilaría un solo instante en sacrificar mi vida: pues bien, general, aunque en España me esperan todas esas afecciones del corazón, yo juro á usted por la vida de mi madre, por la de mi hermana y por la de la mujer que más amo en el mundo, que yo no abandonaré á usted, y si se empeña en quedarse en América, permaneceré á su lado hasta el día en que Dios, tocándole á usted en el corazón, le haga recordar que le espera una hija cariñosa y se decida á regresar á ella.

—Y Julio hubiera cumplido esa promesa, añadió Clotilde; le conozco, hubiera sacrificado todos sus sueños de felicidad por no abandonar el general Lostán, y ese rasgo grabado quedará eternamente en mi alma.

—No pude convencerle, y por fin, comprendiendo que por no abandonarme lo sacrificaba todo, me fué preciso acceder á sus súplicas reiteradas y abandonamos á Méjico, regresando á España. ¡Ah! ¡si tú vieras, hija mía, cuánta ternura, cuánto cariño ha tenido Julio para este pobre ciego!... yo me he acostumbrado á llamarle mi hijo, es un hijo adoptivo que Dios ha querido concederme como el bálsamo santo de mis amarguras; ¿cómo pagarle todo lo que le debo?

Al oír esta pregunta un grito de gozo se escapó del corazón de Clotilde.

—¿Cómo? añadió Clotilde, yo lo sé, padre mío; yo voy á indicarte el modo de recompensar todos los beneficios que has recibido de Julio. Tú hoy necesitas más que nunca

verte rodeado de cariño, de amor; pues bien, Julio será en breve tu hijo, porque Julio me ama y yo voy á darle mi mano y mi corazón en recompensa de toda la ternura, de todo el desinterés, de toda la abnegación que ha tenido por tí.

—¿Tú le amas? exclamó el general, estremeciéndose.

—Sí, sí, le amo, porque ¿dónde he de encontrar yo un hombre más digno de mi amor?

—¡Bendita seas! porque yo sé que Julio te ama con uno de esos amores inmensos, grandes, que constituyen la verdadera felicidad de las criaturas.

El general se detuvo, y se anubló su rostro como si algún triste pensamiento cruzara por su mente.

—Una duda me asalta: tal vez la marquesa se oponga á vuestro amor.

—Nada temas; mi madre me ama lo suficiente para acceder á mis deseos; hoy mismo se lo revelaré todo.

—¡Será posible, Dios mío! ¡será posible!—exclamó el general levantando sus ojos sin luz hacia el cielo,—que aun suenen para este desgraciado horas de paz y de felicidad!

—¿Quién lo duda padre mío? Dios te ha conducido hasta nosotros, y nosotros te rodearemos de amor y de ternura.

—¡Daniel! ¡Daniel!—exclamó el general recordando entonces á su hijo, que era el que tenía más derecho para odiarle, ese no olvidará nunca el daño que le hice á su madre.

—Espera; antes de mucho,—añadió Clotilde,—te con-

vencerás que Daniel es un ángel en cuya alma se hallan unidos el perdón y el amor.

Y Clotilde, separándose de los brazos de su padre, salió precipitadamente del dormitorio.

—¿Dónde vas? ¿qué intentas?—preguntó el general oyendo los precipitados pasos de su hija que se alejaba. Pero Clotilde nada le contestó, siguió su camino, salió al jardín, y no muy lejos de la puerta, encontró á Daniel que estaba paseándose con Julio.

—¡Cómo es eso! ¿tú tan temprano?—le preguntó Daniel.

—Sí, contestó Clotilde,—supongo que esta noche todo el mundo ha dormido poco en esta casa.

Y saludando á Julio con un movimiento de mano y una graciosa sonrisa, añadió:

—Como á Julio le cuento ya de la familia desde que he sabido todo lo que ha hecho por nuestro padre, le suplico que venga con nosotros hasta el dormitorio del señor Mendoza, porque yo necesito que tú, Daniel, le des un abrazo muy apretado al pobre ciego que te está esperando.

Un momento después, Clotilde volvió á entrar en la alcoba del general; detrás iba Daniel. Julio se quedó en la sala.

—¡Padre mío!—exclamó Clotilde,—abre los brazos para recibir en ellos á tu hijo Daniel, que no ha entrado antes por no interrumpir tu sueño.

Y diciendo esto Clotilde, condujo dulcemente á Daniel hasta el lecho del pobre ciego.

El general exhaló un grito de gozo. Daniel se arrojó en sus brazos y por un momento no se oyeron otra cosa que sollozos comprimidos.

Clotilde dirigió una mirada llena de amor y ternura hacia donde estaba Julio, y tendiéndole una mano le dijo:

—Mucho le debemos á usted; hay favores que no pueden olvidarse nunca, pero que recompensan las almas agradecidas con un amor eterno.

Julio estrechó aquella mano que le tendía Clotilde y dijo en voz baja:

—Dichoso yo, si al cumplir con mi deber hallo el amor que ambiciona mi corazón.

—Nada puedo negarle al hombre que después de salvar la vida de mi padre, me lo devuelve tranquilizando mi sobresaltado espíritu.

Y Clotilde bajando la voz añadió:

—Hoy mismo revelaré á la marquesa mi madre, el secreto que hace seis años guardo en mi corazón.

. . . . . .

. . . . . .

Una hora después el ciego Mendoza, apoyado en el brazo de Daniel, penetraba en el modesto cementerio de Horche.

La reconciliación de aquel padre con aquel hijo se había llevado á cabo, pero el general quiso sellarla sobre el sepulcro de la pobre Ángela.

—Quiero visitar el sepulcro de tu madre,—le había dicho el general;—condúceme hasta el cementerio;

mientras permanezca en este pueblo, la iré á visitar todos los días; quiero rendirle este último tributo á la pobre mártir que abandonó el mundo de los vivos sin pronunciar una queja ni una reconvención para el hombre que tanto la hizo sufrir en vida.

Cuando llegaron al pié de los cedros de Odora, que prestaban sombra á los restos de Ángela, Daniel dijo:

—Aquí es, padre mío.

El general se arrodilló, se descubrió la cabeza, é inclinando la frente hacia la tierra, comenzó á orar.

Daniel, de pié á su lado, contemplaba á aquel anciano con respetuosa actitud.

El alma generosa del joven no guardaba ni un resto de resentimiento hacia el autor de sus días. La modestia estaba encarnada en su alma, y vivía feliz con el amor de su querida familia en aquel humilde pueblo, en donde había trascurrido su infancia al lado de su buena y bondadosa madre. Además, viendo allí al general Lostán arrodillado, al altivo marqués del Radio, con la frente inclinada sobre el humilde sepulcro de su madre, Daniel sintió un gran consuelo en el corazón, porque para aquel hombre había sonado indudablemente la hora del arrepentimiento.

Una hora trascurrió, y el general permanecía inmóvil. Daniel por fin le puso cariñosamente una mano sobre el hombro y le dijo:

—Vamos, padre mío, en casa extrañarán nuestra ausencia.

—Sí, vamos,—contestó el general levantándose.

Y fijando sus ojos sin luz en la tierra del sepulcro, añadió:

—Hasta mañana, Ángela; yo vendré á visitarte todos los días en cambio de lo mucho que te hice sufrir: tú que indudablemente ves mi arrepentimiento desde la mansión de los justos, intercederás por mí para que la justicia divina se muestre compasiva en la hora de mi muerte.

El general se apoyó en el brazo de Daniel, y ambos salieron tristes y silenciosos de la morada de los muertos.

CAPITULO VI

UN VELO SOBRE EL PASADO

La marquesa llamó á su doncella más temprano que de costumbre, y apenas había acabado de vestirse, cuando vió entrar á su hija Clotilde, que después de darla un beso en la frente, le dijo:

—Vengo á pedirte perdón.

—¿Por qué, hija mía?

—Porque he entrado á ver á mi padre sin tu permiso.

—Ya lo suponía, añadió la marquesa, acariciando con ternura una de las manos de Clotilde.

—Si vieras qué noche tan inquieta he pasado; las horas se me hacían inmensamente largas, apenas he podido dormir, me levanté con el alba.

—¿Y te dirigiste á la habitación de tu padre?

—Tenía tantas ganas de abrazarle, de darle un beso. Es tan desgraciado.

—Sí, muy desgraciado, pero nosotras nos encargaremos desde hoy de que sus desgracias sean más llevaderas; ¿no es verdad, Clotilde?

Clotilde se arrojó en los brazos de su madre, y dijo llorando:

—Tú eres buena, muy buena, madre mía, y aunque yo no ignoro que mi padre te ha inferido grandes ofensas, te ha hecho mucho daño, el corazón me dice que hoy, que le hallamos pobre, ciego y desvalido, borrarás de tu memoria el pasado, y sólo la clemencia y el perdón tendrán cabida en el presente.

—Sí, olvido y perdono, yo te lo juro; bastante castigado se halla para que yo amargue su existencia con los recuerdos dolorosos de ayer.

Y la marquesa, llevándose una mano á la frente, añadió:

—Pero es preciso, hija mía, que no nos dejemos llevar por las impresiones generosas de nuestro corazón; tu padre se encuentra en una situación excepcional; yo perdono y olvido, pero ¿perdonarán y olvidarán los hombres?

—No te comprendo, añadió Clotilde, mirando con cierto recelo á su madre.

—Recuerda, hija mía, del modo extraño con que hace seis años desaparecieron de Madrid dos personajes muy conocidos en la corte, el uno era tu padre, el general Lostán, el otro el conde de la Fe. El acontecimiento fué ruidoso, la autoridad tomó parte en el asunto, y se les buscó por espacio de algunos meses inútilmente; sólo se supo, sin ningún género de duda, que el conde de la Fe

y el general Lostán habían salido juntos como dos buenos amigos, y como por la noche se encontraron los dos caballos abandonados en las calles de Madrid, si el general Lostán se presenta hoy, tendrá que responder á cargos tal vez duros, y quién sabe si funestos para él.

Y la marquesa, exhalando un suspiro, añadió:

—Yo reconocí anoche á tu padre tan pronto como se presentó en el comedor apoyado en el brazo de Julio de Monforte, y tuve necesidad de violentarme mucho para no arrojarme en sus brazos, porque hace tiempo que no guarda para él rencor alguno mi corazón; pero la prudencia me aconsejó el silencio, la razón me dijo «espera,» y durante esta noche, en la cual apenas he podido cerrar los ojos al sueño, he meditado mucho, porque quién sabe, hija mía, si nuevos peligros, nuevos disgustos, amenazan á tu padre; quién sabe si la paz de su alma y la tranquilidad de su espíritu le obligarán á vivir bajo el nombre adoptivo de Mendoza.

—¿Pues qué, no puede mi padre, después de reconocido por nosotras, llevar su propio nombre?

—Tal vez nó, hija mía; pero tranquilízate, llámese el general Lostán ó el señor Mendoza, nuestro hogar será el suyo, y procuraremos con nuestro cariño y con asíduos afectos, hacer menos sombrías las tinieblas de sus ojos y menos tristes las amarguras de su corazón; ahora te ruego me permitas tener una entrevista con tu padre, sin testigos, necesito verle.

—Pero tú le harás comprender que no guardas ningún rencor, que olvidas y perdonas.

—Te lo he ofrecido y cumpliré mi palabra.

Clotilde acompañó á su madre hasta la habitación que se había destinado al señor Mendoza.

El pobre ciego se hallaba solo. Daniel acababa de dejarle para ir en busca de sus hijas, pues el general le había demostrado grandes deseos de estrecharlas contra su pecho.

El general se hallaba sentado junto á una ventana: un rayo de sol claro y vivificador caía sobre su frente, que un tanto inclinada sobre el pecho, daba á su aspecto cierta dulce melancolía.

La marquesa avanzó sin hacer ruído hasta colocarse muy cerca del general; allí se detuvo y se quedó contemplándole en silencio.

Por la mente de aquella mujer severa, que había sido durante toda su vida esclava de sus deberes, pasaron en tropel los recuerdos de la juventud.

Aquel anciano triste, demacrado, había sido en otro tiempo un hombre altivo, arrogante, hermoso, lleno de vida y de ardimiento; un valiente militar, que había visto cien veces la muerte sin que se extinguiese en sus labios esa sonrisa que demuestra el valor sereno en un corazón valiente.

Aunque la marquesa había ofrecido á su hija olvidar el pasado, contemplando al general no pudo menos de recordar aquel tiempo en que se despertó su alma al sentir el primer suspiro del amor.

Pero aquella situación no podía prolongarse: era preciso comenzar, era indispensable concluir una entrevista

en la cual la marquesa se proponía, llevando á cabo un rasgo de heróico valor, de generosa abnegación, romper para siempre la tirantez y el malestar que por tantos años existió entre ella y su esposo.

Avanzó unos pasos más é inclinando un poco su cuerpo sobre la venerable cabeza del ciego, dijo en voz baja, pero dulce y sentida:

—¡Pedro!

El general se estremeció: levantó la frente con rapidez, se entreabrieron sus labios, exhaló un suspiro, y dirigiendo sus ojos hacia el punto donde había sonado aquella voz, juntó las manos con ademán suplicante y exclamó con acento conmovido:

—¡Beatriz, Beatriz; bendita seas tú, si vienes como el ángel del perdón á endulzar las amarguras de mi alma!

Aquel grito que brotaba de un corazón despedazado por los remordimientos, arrancó dos lágrimas á los ojos de la marquesa, y cogiendo las manos que el general le extendía con ademán suplicante, le dijo:

—Pedro, el pasado ya no existe para nosotros: si insistes en que mis labios pronuncien la palabra perdón, yo perdono, yo olvido; la hora de la reconciliación ha sonado para nosotros, y vengo compadecida de tus desgracias á depositar en tu frente el ósculo de paz.

Y la marquesa depositó un beso en la venerable frente del anciano.

El general estrechó junto á su pecho á su esposa.

Durante algunos momentos sólo se oyeron sollozos y suspiros comprimidos.

—¡Oh! ¡cuánto bien me has hecho, Beatriz! bendita seas, ahora ya puedo morir; yo he tenido interés en conservar mi vida, porque necesitaba de tu perdón.

—Y ahora es preciso vivir,—añadió la marquesa,—para alcanzar con un puro arrepentimiento y grandes obras de caridad el perdón de Dios.

—Sí, sí; yo haré todo cuanto queráis; desde hoy vuestra voluntad será la mía; desde hoy se apartarán mis ojos de la tierra, para fijarse en el cielo; el mundo de los hombres se reduce desde este instante para este desgraciado, al estrecho pero cariñoso círculo de su familia; viviré para vosotras; para vosotras que sois bastante buenas para perdonar y olvidar.

Y el general, enjugándose las lágrimas que inundaban sus ojos, volvió á decir:

—Porque en ese mundo que se agita fuera de mi familia, yo soy el general Lostán; me pediría cuentas de mi vida á las que yo no podría responder sinó con la frente tendida sobre el pecho y la vergüenza en el rostro.

—Dices bien, Pedro; tú ya no debes vivir más que para tu familia.

—¡Ah! si tú supieras las causas que motivaron mi ausencia.

A esta exclamación era indudable que iba á seguir una revelación importante, en la cual debía de hablarse algo del conde de la Fe; pero la marquesa no ignoraba todo lo que había sucedido, así es que queriendo evitar á su esposo un relato que podría hacerle sufrir, añadió:

—Nada quiero saber del pasado; vivamos sólo del pre-

sente, y si prefieres conservar tu nombre adoptivo de Mendoza....

—¡Oh! sí, siempre, siempre; el general Lostán no existe, ha muerto hace seis años; yo sólo soy un pobre ciego, sin bienes de fortuna, á quien la caridad le concede una familia para que termine en paz los días que le resten de vida.

Y el general, estrechando con ternura las manos de la marquesa contra su corazón, añadió:

—Si aun guardan para mí vuestros corazones un resto de cariño; si el amor no se ha extinguido en vuestros pechos; si vuestras almas se conmueven al ver mis infortunios; si queréis, en fin, que los pocos años que me quedan de vida, trascurran tranquilos y serenos para mí, dejadme vivir en este retiro ignorado y solitario, borrad de vuestra mente el nombre del general Lostán, llamadme sólo Mendoza; los hijos de Daniel serán el báculo de mi vejez, la alegría de mi ancianidad; ellos acompañarán al pobre ciego cuando en esos hermosos días de invierno tenga necesidad de tomar un poco de sol y respirar un poco de aire. Yo os he hecho sufrir mucho, pero he sido más desgraciado que criminal: la ambición me cegó y cometí bajezas indignas de un hombre honrado. Vuestro perdón sincero y verdadero viene á refrescar mi alma, á endulzar mis amarguras; pero no lo olvidéis: llamadme Mendoza; el general Lostán ha muerto para todos menos para vosotros.

—Cumplidos serán tus deseos.

—Ahora, Beatriz, sólo me resta pedirte el último favor.

—Habla.

—Un hombre generoso, á quien no solamente le debo la vida, sinó los tiernos y cariñosos desvelos de un hijo, impulsado por el santo fuego del amor, abandonó su patria y fué á buscar una fortuna bajo el sol de América; este hombre ama á nuestra hija Clotilde; tal vez en breve te pedirá su mano y yo te suplico que como madre cariñosa que eres, contribuyas á la felicidad de nuestra hija.

—Conozco á ese hombre, se llama Julio de Monforte, y si Clotilde le ama, puede estar segura de mi consentimiento.

—Se aman, Beatriz, se aman; ella misma me lo ha revelado.

—Entonces que Dios bendiga su unión y les haga más felices que lo fuímos nosotros.

Estas palabras envolvían una reconvención, y aunque la marquesa las había pronunciado sin deseo de mortificar á su esposo, éste inclinó la cabeza sobre el pecho murmurando en voz baja:

—Sí, que Dios los haga más felices que á nosotros.

—Pedro, perdona si te he ofendido; me he dejado llevar por un arranque de mi alma, porque nada me interesa en el mundo tanto como la felicidad de Clotilde.

—Lo que acabas de decir es justo; te he hecho muy desgraciada, pero ya lo he dicho, yo no soy el general Lostán, soy un pobre ciego que ha llamado con mano trémula á vuestra puerta implorando vuestra caridad; vostros me habéis recibido con un amor que no merezco en el seno de este santo hogar. Yo sólo os pido, que me per-

mitáis morir en este asilo, esperando la hora de la justicia divina con los ojos del alma fijos en el cielo.

La marquesa comprendió que no debía prolongar por más tiempo aquella escena, y depositando un beso en la frente de su esposo salió de la habitación.

Cuando el general se quedó solo levantó las manos en ademán suplicante, y dijo:

—¡Dios mío, que sean felices todos cuantos me rodean; ellos son más dignos de tus bondades que este pobre ciego!

CAPITULO VII

LA RECOMPENSA

El agradecimiento es una de las más hermosas virtudes del alma; compadezcamos aquellas criaturas que no han sentido nunca sus dulces emociones.

Clotilde de Lostán, agradecida á los grandes servicios que Julio de Monforte había prestado á su padre, no podía menos de fijar en él sus ojos con el tierno interés de un amor verdadero.

Además, Clotilde no ignoraba todos los sacrificios, todo el heróico valor que Julio había puesto de su parte para conmover su alma y hacerse digno de su mano.

El mismo día que nos ocupa, Julio tuvo ocasión de hablar sin testigos á Clotilde, y aunque llevaba en el alma la esperanza de que su amor sería recompensado, se acercó con cierta timidez á la joven, porque nada es tan tímido como un amor verdadero.

Clotilde le vió llegar, y le recibió con una sonrisa, tendiéndole la mano.

Aquella sonrisa alentó á Julio, pero antes de que tuviera tiempo de pronunciar la primera palabra, que ya iban á formular sus labios, Clotilde le dijo, estrechándole la mano:

—Gracias, Julio, hay favores que no se olvidan nunca, que se graban en lo más profundo del alma y conmueven al recordarlos las fibras más delicadas del corazón; lo que usted hizo por mi padre, no encuentro palabras con que elogiarlo.

—Cumplí solamente con mi deber.

—¿Le parece á usted poco? ¿crée usted que hay muchos hombres que al encontrarse solos con su conciencia puedan decirse lo que acaba usted de decir?

—Creo que en mi lugar hubieran hecho muchos lo mismo.

—No trate usted de empequeñecer su heróico comportamiento; yo deseaba demostrarle á usted mi gratitud; las terribles emociones que todos hemos experimentado desde el instante dichoso en que usted, acompañando á mi padre, entró en esta casa, nos han ocupado lo bastante para no poder tener con usted una entrevista sin testigos.

—Yo también lo deseaba, Clotilde, lo deseaba con tal vehemencia que ha sido mi esperanza durante seis años; por eso usted me permitirá que le hable ahora con el corazón.

—Sí, sí, ha llegado la hora de que nos lo revelemos

todo sin ese temor hipócrita que causa muchas veces la desgracia de las criaturas; lo que yo admiro, lo que yo agradezco en usted, lo que no olvidaré nunca, no es que usted haya arriesgado su vida por salvar la de mi padre; son los desvelos, los tiernos afectos con que usted curó las heridas del pobre anciano, convirtiéndose para él en tierras lejanas en un hijo generoso. Todo me lo ha contado, todo lo sé y sería inútil que usted tratara de empequeñecer su admirable conducta.

—¿Podía yo conducirme de otra manera, tratándose del padre de Clotilde de Lostán, de aquel ángel de la tierra, que en un día aciago en que carecían de pan mi madre y mi hermana, se compadeció de mí sin conocerme y proporcionó á mi familia el bienestar, devolviendo á mi corazón la esperanza? ¡Ah señorita! por muchos beneficios, por muchos sacrificios que yo hiciera al general, nunca podría pagar lo que debo á su hija.

—Julio,— añadió Clotilde con acento conmovido,— usted es un hombre que se aparta de la vulgaridad de los hombres. He dicho que voy á hablar á usted con el corazón. Viéndose pobre y fijando los ojos en una mujer que la creyó usted de más elevada posición que la suya, se dijo con esa energía propia de las naturalezas bien organizadas: «es preciso que yo me eleve, que adquiera una posición que me falta para que pueda un día, sin que la gente me crea dominado por el interés, decirle á esa mujer: «yo te amo,» y usted, abrigando ese noble pensamiento en su alma, abandonó un día España dejando en ella á una madre y una hermana queridas. El traba-

jo, la primera de las virtudes, era el resorte mágico que iba usted á poner en juego en lejanas tierras para crearse un porvenir debido á sí mismo, durante seis años; yo lo sé porque he hablado mucho con Blanca, porque ella me ha leído todas las cariñosas cartas que usted le escribía durante seis años; Julio de Monforte con una actividad increíble ha ido reuniendo á fuerza de trabajos y economías una fortuna para ofrecerla á la mujer que amaba; usted vivía con el pensamiento fijo en España; Dios ha premiado tantos afanes, tantos desvelos: hoy Julio de Monforte ha realizado una parte de su hermoso sueño, y yo me felicito por ello con toda mi alma.

—Una parte, señorita, usted lo ha dicho,—añadió Julio, fijando una mirada llena de ternura en Clotilde; —la parte para mí, aunque indispensable, menos importante, la fortuna adquirida con el trabajo asciende á ochenta mil duros; para mí acostumbrado á la pobreza, es inmensa, para la mujer á quien amo es tal vez insignificante: ¿quién sabe si al ofrecérsela la mirará con desdén?

—¿Puede mirarse con desdén, el capital por pequeño que sea, creado á fuerza de trabajo y amor?

—¡Ah Clotilde! esas palabras me alientan y envuelven para mí una esperanza que es mi mayor fortuna.

—Sí, Julio, sí, tenga usted esperanza, tenga usted fe; nosotros no podemos caer en la vulgaridad de esos jóvenes que se juran amor por pasatiempo, que se dedican palabras de ternura sin que el corazón tome parte en los diálogos, nosotros hace años que tenemos un ángel por confidente de nuestros pensamientos; ese ángel es Blanca,

la hermana predilecta de mi corazón; puede usted sin temor, sin riesgo, revelar á la faz del mundo el nombre de la mujer que ama; es inútil guardar silencio por más tiempo, aquí todos lo conocen, la marquesa, Daniel, el general Lostán.

—Pero yo no he pronunciado el nombre.

—¿Qué importa?—añadió sonriéndose Clotilde,—lo sabía Blanca, me lo confió á mí, y como las mujeres somos tan habladoras, yo lo he dicho á todo el mundo.

—¡¡Clotilde, Clotilde!! ¿será verdad que llegaré á realizar mis hermosos sueños?

—¿Y por qué nó? yo juzgaría tan necia como descontentadiza á la mujer que no estuviese orgullosa de haber inspirado un verdadero amor á Julio de Monforte.

—¿Pero sabe usted que esa mujer se llama Clotilde de Lostán?

—Sí, hace mucho tiempo, y como yo no soy hipócrita, se lo he dicho á la marquesa, se lo he dicho al general, y ellos, que sólo desean mi felicidad, están muy dispuestos á inscribir su nombre de usted al lado del de sus hijos.

Julio no pudo contener un grito, uno de esos gritos indescriptibles que formula el alma y que ellos solos constituyen un poema de amor y de entusiasmo.

. . . . . .

. . . . . .

Aquella misma noche Julio de Monforte pidió á la marquesa la mano de su hija, y como doña Beatriz sólo deseaba la felicidad de Clotilde, y esta amaba con toda su alma á Julio, fué concedida la petición.

Desde este instante los prometidos esposos tuvieron su pensamiento en buscar el modo de convencer á Daniel de que les acompañase con toda su familia á Madrid, donde debía celebrarse el casamiento.

Daniel se resistía á abandonar su tranquilo retiro.

—¿Pero vas á permanecer toda tu vida en este pueblo? —le decía Julio.

—¿No tengo aquí mi felicidad, mi paraíso, mi mundo querido? ¿qué falta me hace á mí el aturdidor ruído de las grandes ciudades y el trato egoísta de los hombres?— le contestaba Daniel.

—Recuerda que tienes dos hijas, que es preciso educarlas, y que en un pueblo tan reducido como este...

—¡Bah! para educar á nuestras hijas nos bastamos Blanca y yo; y de ese modo les evitaremos que aprendan antes de tiempo lo que suele aprenderse en los grandes colegios; la educación que debe cuidarse en la mujer es la del alma, pero puedes estar tranquilo, mi esposa y yo procuraremos conseguirlo.

—Sin embargo, sois jóvenes.

—Sí, somos jóvenes, pero hemos sufrido lo bastante para tener experiencia y saber que la vida en las grandes ciudades se gasta con su lujo, que luego cuesta muchas lágrimas á los ojos y no pocas inquietudes á la conciencia; la paz de la aldea, la quietud del hogar doméstico, el solo amor de la mujer que lleva nuestro nombre, son la higiene del cuerpo y del alma que alarga los días y nos proporciona una vejez joven, que nos permite llegar á la muerte sin achaques y sin remordimientos.

—Y si tenéis un hijo más, un varón, á ese será preciso darle una carrera en...

—En ese caso, como vosotros viviréis en Madrid, yo os lo enviaré cuando cumpla los diez años para que os toméis el trabajo de darle una carrera literaria; mientras tanto yo os suplico que me dejéis vivir aquí, y os ruego que no me olvidéis, concediéndome de vez en cuando la inmensa dicha de venir á pasar conmigo una temporada.

Y Daniel, cambiando de entonación, añadió:

—Además, el señor Mendoza, quiere terminar en este pueblo sus días, y necesita el apoyo de mi brazo para visitar todas las tardes el humilde cementerio donde descansan los restos de mi santa madre.

Todas las súplicas, todos los ruegos eran inútiles: Daniel se había trazado un mundo pequeño, un mundo, cuyo último horizonte se hallaba reducido á las cercanas montañas donde iba á cazar con sus perros; este mundo reducido, tenía para él un centro lleno de luz, de perfumes, de poesía; era la casa en donde había exhalado el último aliento Ángela, era el modesto nido en donde habían respirado el primer soplo de vida sus hijas.

¡Qué mayor felicidad para un hombre que había crecido nutriéndose con las amargas lágrimas de una madre enferma y que había estado expuesta por la maldad de los hombres á ser la más infeliz de las criaturas!

¡Ah! dichosos de aquellos que convencidos de la perversidad humana buscan su tranquilo retiro apartados de los hombres, y viven esperando sin prisas y sobresaltos el instante infalible de la muerte.

El cielo se ve con más esplendidez, con más grandeza desde la cúspide de un monte, que desde la angosta y oscura calle de una gran ciudad; el silencio de los campos tiene algo de religioso que hace pensar en Dios, el ruído de las grandes ciudades adormece el alma y dispierta la materia.

Pasaron los días y convencidos de que Daniel no abandonaría por nada su retiro, se fijó el día en que la marquesa, Clotilde y Julio de Monforte debían abandonar á Horche.

En el pueblo debía quedarse el señor Mendoza, porque este era el nombre con que el general quería que se le llamase hasta su muerte, y Santiago su fiel ayuda de cámara.

Todo estaba dispuesto para la separación de esta familia, que las circunstancias obligaban á vivir á los unos en Horche y á los otros en Madrid.

Había, sin embargo, una santa mujer, una cariñosa madre que ocultaba sus lágrimas en público, y pasaba las noches llorando amargamente: esta mujer era doña Amparo, la madre de Blanca y Julio.

¡Pobre madre! que hubiera querido dividir en dos partes su corazón, en dos mitades su alma.

¡Pobre madre! que como siempre sucede á estos seres santos del hogar, luchaba consigo misma sin poder dar solución al gran poema de ternura que le hacía pasar las noches desveladas.

Doña Amparo, en las horas de soledad, cuando se encerraba en el recinto de su dormitorio, caía de rodillas á

los piés de una imagen de Cristo y con los ojos bañados de lágrimas y la voz conmovida por la emoción, le decía:

—Señor, tú me diste dos hijos y yo ocupada en amarles, no pude imaginar nunca que llegase un día en que me encontrase en la situación que hoy lamento; á tí acudo, pues, que en todos los conflictos tristes de mi vida has sido mi único consuelo. ¿Qué debe hacer hoy esta pobre madre? mi hija Blanca se queda en Horche; mis pequeñas nietas que tanto me necesitan se quedan aquí; pero Julio, mi querido Julio, el hijo predilecto de mi corazón, el que ha trabajado para mantenerme, y á quien tanto amo, se marcha á Madrid. ¿Debo quedarme con Blanca; debo seguir á Julio?

Aquella madre fijaba sus tristes ojos en las no menos tristes pupilas del Redentor; pero los labios de Jesús permanecían cerrados, sin dar á aquella madre la respuesta que tanto deseaba.

Momentos sublimes de amor maternal; noches sin sueño, que fueron una dolorosa tortura para doña Amparo, y que dos ángeles de la tierra debían resolver con balbuciente labio.

La víspera del día en que estaba resuelto el viaje de Julio, doña Amparo se levantó más temprano que de costumbre, y como sus nietas dormían en la misma alcoba, ella abrió la ventana y fué á hacerles como de costumbre la primera visita y darles los buenos días.

Sólo los que tienen el inmenso placer de ser abuelos, comprenden cómo se ama á los nietos, y es porque los nietos y los viejos, por la misma razón de que los estre-

mos se tocan, se buscan como si sus almas comprendieran la endeblez de los cuerpos y necesitaran de su mútuo apoyo. Doña Amparo se quedó contemplando á sus dos nietas con seráfica expresión; dormían abrazadas y sonriéndose; eran dos cabecitas de querubín cuyo sueño estaba protegido por un ángel. Una de las niñas tenía un mechón de rubios cabellos caído sobre la frente que le tapaba los ojos. No hay abuela en el mundo que al ver dormida á su nieta con un mechón de pelo sobre los ojos, no haga lo mismo, es decir, extender la mano y separar aquellos cabellos que molestan á su nieta.

Muchas veces este excesivo cariño interrumpe el sueño de la infancia, pero ¿qué importa? los ojos se abren y á través de ellos la abuela crée ver siempre el alma de su querubín, que le acaricia con sus miradas.

Doña Amparo quiso apartar el cabello de los ojos de su nieta y el roce de la mano trémula despertó al ángel dormido.

—Buenos días, abuelita, dijo la niña, rodeando con sus brazos el cuello de la anciana. He tenido un sueño muy triste.

—¿Tú? añadió doña Amparo, procurando sonreirse; vaya, pues cuéntamelo, antes que se despierte tu hermana.

—He soñado que estábamos solas, que mi hermana y yo te buscábamos por la huerta, por el jardín, por los corrales; que te llamábamos dando grandes voces, pero tú no venías: entonces nos sentamos mi hermana y yo llorando bajo de un árbol y oímos venir por el camino al doctor Samuel apoyado en su muleta.

—¿Porqué lloráis, hijos míos? nos preguntó.

—Porque se ha perdido nuestra abuelita, le contestamos; hace mucho tiempo que vamos buscándola por todas partes.

—Yo lo creo,—añadió el doctor,—como que vuestra abuelita se ha marchado á Madrid con el tío Julio y ya no la veréis más.

Y la niña, besando repetidas veces á la anciana, repitió con infantil alegría:

—En cuanto vea al doctor Samuel, voy á decirle que no está bien hecho engañar á los niños, porque tú, mi querida abuelita, no te has marchado á Madrid, y hoy como todos los días, te veo al despertarme para darte un millón de besos.

Desde aquel instante doña Amparo resolvió quedarse en Horche al lado de sus nietas; Dios se lo aconsejaba por la boca de un ángel.

Cuando se lo dijo á Julio con los ojos llenos de lágrimas, Julio, estrechándola con ternura sobre su pecho, le contestó:

—Pobre madre mía; es natural que te quedes en Horche, puesto que si te vinieras conmigo á Madrid estoy seguro que te dejabas en este pueblo tres cuartas partes de tu alma.

CAPITULO VIII

NOTICIAS DE MADRID

El problema del corazón maternal de doña Amparo se había resuelto: iba á quedarse en Horche con sus queridos nietos. La paz de la aldea, más propia para sus años y temperamento que el bullicio aturdidor de Madrid, halagaba á aquella buena madre, si bien sentía una profunda pena al separarse de aquel hijo á quien tanto amaba y por el que había vertido mares de lágrimas.

La separación era indispensable: comenzó pues á prepararse para que fuese menos dolorosa; sin embargo, como el casamiento de un hijo no es un acontecimiento que sucede todos los días, Julio y Clotilde les exigieron palabra formal de que abandonarían por algunos días el pueblo para ser testigos del juramento sagrado que iban á empeñar al pié de los altares y comer el pan de la boda.

Ni doña Amparo ni Daniel ni Blanca podían negarse á la justa petición de los prometidos esposos, y así lo ofre-

cieron. Sólo el general Lostán se negó á abandonar el pueblo, contestando á las repetidas súplicas de su hija:

—Mi permanencia en Madrid sería un peligro; dejadme vivir tranquilo en este ignorado rincón del mundo durante los días que abandonéis á Horche; se quedará á mi lado mi leal ayuda de cámara Santiago; su brazo será mi apoyo, y en mis horas de triste soledad, pediré á Dios el perdón de mis culpas y la dicha de mis hijos.

Llegó por fin el día de la separación: la marquesa, Clotilde y Julio, abandonaron el pueblo. Hubo muchas lágrimas, pero ¿á qué entretenernos en describir esos cuadros patéticos de familia? Sólo diremos que dos meses después Daniel recibió una carta en la cual su hermana Clotilde le decía que estaba dispuesto todo para su casamiento.

Aquella misma tarde Daniel entró en la habitación del general Lostán, y sentándose junto á la butaca del pobre ciego, le dijo con cariñoso acento:

—Padre mío, he recibido esta mañana carta de Clotilde.

—Yo también,—contestó el general sonriéndose tristemente,—me anuncia su casamiento para dentro de ocho días y me invita á la boda.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Lo mismo que le dije cuando se marchó del pueblo.

—De modo, ¿que está usted resuelto á no asistir á la invitación?

—El ciego Mendoza sería un convidado de mal agüero de la boda de Clotilde de Lostán; dejadme pues aquí; id todos, yo no puedo.

Daniel estaba convencido de que la resolución del general era invariable y por otra parte la creía justa.

La marquesa del Radio, cumpliendo con su elevada gerarquía, tenía el deber de convidar á su mesa algunos amigos de la alta sociedad de Madrid. ¿Qué papel iba á representar el ciego Mendoza entre los alegres convidados? Además, ¿no era una imprudencia presentarse y exponerse á ser reconocido por alguno? El general Lostán hacía bien en quedarse en Horche, así es que cuando Daniel le preguntó:

—¿Qué va usted hacer solo durante los quince días que permaneceremos en Madrid?

—Pensar en vosotros y visitar todas las tardes acompañado de mi leal Santiago el sepulcro de Ángela, contestó don Pedro.

Y efectivamente, el general visitaba todas las tardes el modesto cementerio de Horche, pagando un tributo de respeto y admiración á la memoria de aquella mujer que tanto le había amado, de aquel ángel de la tierra cuya vida no había sido otra cosa que un penoso calvario.

El general, en medio de la profunda tristeza que sentía en su alma, solía decirle á Santiago:

—No soy tan desgraciado como parezco, porque mis hijos me aman, porque siento en el fondo de mi corazón brotar de nuevo la esperanza de que Dios me perdone, porque estás tú á mi lado, tú, Santiago, firme y leal apoyo de mi vejez.

El anciano general pasaba también algunas horas dulcemente entretenido paseando con sus nietas en el jardín;

ellas le conducían de la mano, él las sentaba sobre sus rodillas.

Durante los días en que se quedó solo con Santiago, el general estuvo más triste; comenzaba á hacerle falta la encantadora algarabía de la conversación de sus nietas.

Una mañana Santiago entró en la habitación del general: se hallaba como siempre sentado en una butaca y junto á una ventana y los ojos fijos en el horizonte, ojos que buscaban luz y vivían rodeados de las más profundas tinieblas.

—Carta de Madrid, señor, dijo Santiago.

—Será de mi hija, léemela, ya sabes que yo no puedo.

Santiago rompió el sobre, y aproximándose á la ventana, se puso á leer en voz alta lo que sigue:

«Padre mío; yo soy la encargada de participarte en nombre de toda la familia mi enlace con Julio de Monforte, el hombre que he elegido para esposo, porque mi voluntad, mi corazón y la gratitud así me lo aconsejaban.

»Esta mañana á las ocho un sacerdote, en presencia de numerosos testigos en la capilla de nuestro palacio, ha bendecido la unión de Julio de Monforte y Clotilde de Lostán.

»Los que sabemos que aun existes, los que te amamos, hoy más que nunca te hemos echado de menos, y nuestra felicidad no ha sido completa porque tú no estabas á nuestro lado para gozarte en ella.

»Comprendo todas las poderosas razones que te obligan á vivir con un nombre supuesto en un ignorado y tran-

quilo pueblo, pero mi corazón aconsejado por el amor que te tiene no se resigna fácilmente, y protesta aunque en silencio de esta separación voluntaria que perturba un poco su felicidad.

»El duque de San Plácido, leal amigo y protector de Julio, ha sido el padrino de la boda.

»Durante la comida, en medio de la alegría general, han aparecido de vez en cuando algunas nubes oscureciendo el hermoso sol de nuestra felicidad, porque un amigo tuyo, un compañero de armas, el general Sancho, exclamó con su franqueza peculiar:

»—Lástima que los padres no vivan lo suficiente para ver la felicidad de sus hijos; si mi valiente camarada Pedro de Lostán no hubiera muerto, hoy hubiera sido para él el mejor día de su vida.

»Y llenando la copa, nos propuso un brindis á la memoria del general Lostán.

»Todos lo aceptaron, pero puedo asegurarte, padre mío, que más de una lágrima cayó en el fondo de la copa mezclándose con el vino que llevábamos á los labios.

»Te escribo esta carta aprovechando unos instantes que los convidados se hallan en el salón oyendo una pieza musical que ejecuta al órgano mi hermana Blanca. Como no puedo prolongar mucho mi ausencia sin llamar la atención, esta carta será menos larga de lo que yo deseo.

»Tú sabes, padre mío, que te amo con toda mi alma, que no te olvido nunca y que para que mi felicidad fuese completa sería preciso que te viera siempre á mi lado.

»¿Qué mejor dicha para mí que compartir mi tiempo y mi amor entre mi padre y mi esposo?

»Pero comprendo tu retraimiento y si sigues empeñado en permanecer en Horche, yo iré muchas veces á verte y á depositar el cariñoso beso filial sobre tu frente venerable.

»Adiós, padre mío; adivina en esta carta nó lo que digo sinó lo que callo; me hallo en este instante tan conmovida que las ideas se embotan en mi cerebro y no puedo combinarlas con la claridad y ternura que quisiera.

»Tu hija que te ama mucho, mucho,

»Clotilde.»

El general no interrumpió ni una sola vez la lectura de la carta; con la frente inclinada sobre el pecho, derramaba de sus ojos sin luz abundantes lágrimas, escuchando el conmovido acento de Santiago. Después de una pausa, dijo:

—Bendita sea la hija que no tiene en su corazón más que amor y ternura para su padre. ¡Ah Santiago! yo no merezco la inmensa felicidad que acaba de causarme la lectura de esa carta.

—La señorita Clotilde es un ángel y ama á usted con toda su alma.

—Sí, es muy buena.

—La carta aun no ha concluído, señor.

—¿Cómo?

—Queda una posdata con letra del señorito Daniel y bajo de la cual se ven algunas firmas.

—Lée, lée, Santiago.

Santiago volvió á leer lo que sigue:

«Padre mío: la presencia de usted en este día solemne nos ha hecho mucha falta, pero respetando su voluntad le enviamos nuestro cariño y nuestros recuerdos en esta carta.

»Yo iré pronto á reunirme con usted: mientras llega este momento, reciba usted el amor y el respeto de toda la familia. Su hijo,

»Daniel.»

«Querido Pedro: creo que nuestra hija será feliz porque Julio de Monforte encierra en su pecho un corazón noble y generoso; roguemos, pues, á Dios para que no aparte su bondadosa mirada de ellos y conserven puro el amor que hoy se profesan y la hermosa paz de sus almas.

»Beatriz.»

—¿Será verdad que la marquesa perdone, que olvide? murmuró en voz baja el general.

Y levantando la voz, añadió:

—¿Dice algo más la carta?

—Hay una línea, á cuyo pié firma el señorito Julio.

—Lée, lée esa línea.

«Por fin se han realizado mis hermosos sueños, ya es usted mi padre, bendito sea Dios.

»Julio.»

—Dame, dame esa carta,—exclamó el general verda-

deramente conmovido,—necesito besarla, necesito llevarla sobre mi corazón.

Don Pedro se apoderó de la carta, la llenó de besos y lágrimas, y guardándosela después en el bolsillo de su gabán, añadió:

—Ahora, Santiago, dame tu brazo, guíame hasta el cementerio; hoy más que nunca tengo necesidad de visitar el sepulcro de Ángela, de leerla la carta de sus hijos y descargar el peso de mi conciencia junto al sepulcro que guarda sus restos.

Poco después Don Pedro se hallaba arrodillado al pié de la lápida mortuoria de Ángela.

Allí permaneció más de una hora; era tan profundo su dolor, tan inmóvil su actitud, que Santiago no se atrevió á interrumpirle.

El sol caminaba á su ocaso; la temperatura desapacible que anuncia la proximidad de la noche, decidió al leal ayuda de cámara á decir:

—Señor, ¿volvemos á casa?

El general se levantó, volvió á cogerse del brazo de Santiago y sin pronunciar una palabra ambos se dirigieron al pueblo.

CAPÍTULO IX

CONCLUSIÓN

Si el novelista se entretuviera en detallar día por día, paso por paso, la vida de los personajes que pone en juego hasta la hora de su muerte, los libros se harían interminables; además en la vida real trascurren entre las criaturas muchas horas que podríamos llamar horas sin historia.

Nada tan fácil como llenar algunos centenares de cuartillas describiendo con todos los detalles de la poesía la hermosa luna de miel de Clotilde de Lostán y Julio de Monforte, porque la luna de miel es una vulgaridad encantadora que ha dado motivo miles de veces á los

soñadores para dedicarle sus horas de amorosa melancolía.

Los poetas, los escritores, los enamorados no han dicho aun la última palabra sobre la luna de miel; mucho se ha escrito y se escribirá todavía, porque ese período encantador, ese canto bucólico del matrimonio que comienza al pié de los altares y termina con el primer disgusto doméstico, esa balada del alma cuya duración no es posible precisar, será siempre una abundante fuente de inagotable ternura.

La verdadera felicidad de la vida consiste en amar y ser amado, y si puede y debe creerse alguna vez en el amor, es durante la luna de miel, hermoso mes de Mayo de la vida, al que desgraciadamente siguen estaciones menos apacibles que traen tempestades, fríos, vientos y borrascas.

Pero nosotros no intentamos describirlas prorogando este relato largo en demasía; bastante hemos escrito sobre este pensamiento y resumiremos en pocas páginas lo que nos queda que decir.

Clotilde era rica, llevaba un apellido aristocrático, debía heredar la fortuna y el título de sus padres, é indudablemente la sociedad aristocrática de Madrid murmuró un tanto de su boda, pero el tiempo vino á demostrar á los murmuradores que la felicidad no consiste en elegir un marido aristocrático de esos que nacen nobles por los cuatro costados, que tienen en las venas sangre azul faltando á la naturaleza y á la verdad, uno de estos esposos que cuentan un abolengo que data del tiempo de las cru-

zadas y tienen en los salones de sus palacios los retratos de cien abuelos nobles.

Julio no era noble en el sentido de la Heráldica, porque para los modernos la nobleza no consiste en los pergaminos; pero en cambio era bueno, honrado, generoso; había adquirido una fortuna con el trabajo y había hecho para alcanzar la mano de la mujer que amaba todo lo que un hombre pueda hacer humanamente en la época moderna, y lo bastante si lo hubiera hecho en el siglo quince para ser el heróico protagonista de la inspirada musa de un trovador.

Y aquí viene á propósito una ligera digresión. El que esto escribe tiene un amigo cazador impenitente, que desciende en línea recta de una de las casas más nobles y más antiguas de España. Rico en pergaminos y en fortuna, sencillo en su trato y llevando la nobleza en su corazón, suele decir cuando encuentra á su paso á un hidalguillo de tres al cuarto devorado por la vanidad y la pedantería: «hé aquí un noble á quien ahoga el orgullo y envejece la pobreza; yo no sé este hombre lo que sería capaz de hacer si fuese como yo «caballería por los cuatro costados.»

Pero dejando la familia del general Lostán, es decir, Julio, Clotilde y la marquesa del Radio en Madrid ganándose amigos y simpatías y felices hasta donde pueden serlo las criaturas, y á Daniel, Blanca, doña Amparo, sus nietas y al ciego Mendoza en Horche tranquilos con la paz de la aldea, vamos á dirigir nuestras últimas miradas hacia otro punto.

El lector indudablemente no habrá olvidado á Marieta y á don Joaquín el viejo millonario, cuya manía especial consistía en aculatar pipas.

De estos dos personajes podríamos decir mucho, porque mucho puede decirse de un matrimonio desigual en edad, costumbres y carácter, pero como las maledicencias no entran en nuestras condiciones, sólo diremos que casados en Roma pasaron la luna de miel recorriendo á la luz de la luna los famosos monumentos de la ciudad eterna.

Lógicamente don Joaquín debía cansarse de viajar, y después de amistosos debates con su mujer, se decidió á establecerse en Madrid y efectivamente regresaron á España, y como en este mundo, como ha dicho Calderón, gustos y disgustos, son «no más que imaginación», don Joaquín es el hombre más feliz del mundo y vive contento y enamorado de su mujer, á pesar de la maledicencia que se complace en reirse de su hombría de bien y su imperturbable calma.

—Pero ¿quién hace caso de los murmuradores, y por otra parte, qué más puede pedir un hombre viejo cuando se casa con una mujer joven y bonita sinó que le dé hijos que prolonguen su generación?

Marieta fué madre de dos hermosos niños que formaron las delicias del viejo millonario, y aunque algunos malévolos murmuraban en voz baja y referían ciertas historias poco edificantes de Marieta, don Joaquín estaba satisfecho de ser padre, porque hombre práctico y conocedor de la historia, no ignoraba que no hay nada tan fecundo como

un matrimonio en que el marido tiene sesenta años y la mujer veinte y con mayor motivo si esta es tan linda como lo era la ex-bailarina.

La filosofía es el gran estudio de los hombres. En este mundo la vida no vale lo que cuesta. Don Joaquín era un gran filósofo.

FIN

ÍNDICE

TOMO CUARTO

LIBRO DÉCIMO

DESPUÉS DE LA ORGÍA, EL DUELO

			Páginas
Capítulo	I	En el cuarto de la bailarina.	3
—	II	Antes de la cena.	10
—	III	Los convidados de Marieta.	18
—	IV	Durante la cena.	25
—	V	Dar en el blanco.	33
—	VI	Donde el doctor Méndez hace su pronóstico.	43
—	VII	Donde Ventura prepara el terreno.	52
—	VIII	La mujer que hace falta.	60
—	IX	Después del duelo.	68

LIBRO UNDÉCIMO

LA EMBOSCADA

Capítulo	I	Como dos buenos amigos.	77
—	II	La sorpresa.	85
—	III	Matar ó morir.	93
—	IV	Agonía.	102
—	V	La última voluntad.	110
—	VI	Santiago.	118
—	VII	La acusación de un muerto.	125
—	VIII	Es preciso vivir.	133
—	IX	Las iniciales.	140
—	X	La carta.	147
—	XI	Donde la marquesa se queda con las mismas dudas.	154

LIBRO DOCE

—

COMO LAS MARIPOSAS

Páginas

Capítulo I Los temores de una madre. 163
— II Lo que sucedía en Horche. 172
— III Las tres cartas. 182
— IV Donde Daniel encuentra una segunda madre. 190
— V Pesquisas inútiles. 197
— VI Una prueba más. 207
— VII La amenaza. 216
— VIII Una herida más. 225
— IX La lectura del testamento. 235
— X Los planes de Julio de Monforte. 243
— XI Despedida. 252
— XII Declaración. 260

LIBRO TRECE

—

LA ENFERMERA DEL BARÓN

Capítulo I El emisario. 271
— II Donde Marieta produce buen efecto. 279
— III Una promesa. 287
— IV El pronóstico del doctor Méndez. 295
— V La primera mañana. 303
— VI En el mar. 312
— VII La muerte. 319
— VIII Meditaciones. 328

LIBRO CATORCE

—

TENDER LAS REDES

Capítulo I El consejero de la bailarina. 339
— II El encuentro. 348
— III En la orilla del mar. 356

Páginas

Capítulo IV Donde Ventura prepara el terreno. 365
— V Como se pide. 376
— VI El sol y el amor. 384
— VII Caminando hacia el sepulcro. 392
— VIII La última noche. 402
— IX Se dispone el viaje. 410
— X La carta de Roma. 419

LIBRO QUINCE

—

SEIS AÑOS DESPUÉS

Capítulo I La nieve. 431
— II Noticias del pueblo. 438
— III Trasformación. 446
— IV De Lisboa y de Madrid. 453
— V La noche-buena. 461
— VI El señor Mendoza. 469

LIBRO DIEZ Y SEIS

—

¡POBRE CIEGO!

Capítulo I El amigo leal. 483
— II La impaciencia. 492
— III Una noche sin sueño. 501
— IV La luz de la esperanza. 509
— V Reconciliación. 519
— VI Un velo sobre el pasado. 527
— VII La recompensa. 536
— VIII Noticias de Madrid. 547
— IX Conclusión. 555

PLANTILLA

PARA

LA COLOCACIÓN DE LAS LAMINAS

TOMO PRIMERO

Páginas

¡Dios mío! ¡cuánto se ama á los hijos!. 1
Pues bien, vas á morir; el secreto que posees merece la muerte. 78
Clotilde. 89
Hoy me has hecho una mala partida,—dijo Clotilde al general. . 167
Venga un abrazo y que Dios te dé suerte. 234
Tiró con fuerza del cordón de la campanilla. 276
Ese cráneo que te sobrecoge. 384
Ernesto. 574
¿Será mañana el duelo?. 581
¿Usted aquí?. 623
Quesada. 636
Voy á dictarte, escribe. 696

TOMO SEGUNDO

Leandro con los brazos cruzados. 164
¡Beatriz!... ¡tú vienes por mi vida! ¡pues bien; voy á dártela! . 636

TOMO TERCERO

Portada. 1
¡Madre mía!... ¡vuelves á reunirte conmigo, ó me arrojo al lago! 61

Páginas

Yo quisiera demostrar á usted mi agradecimiento. 102
Clotilde contemplaba al general. 230
El llanto es un consuelo... dichosos de los que lloran. 403
El duque de San Plácido. 477
Allí está. 625

TOMO CUARTO

¡Muerto!—exclamó retrocediendo un paso y fijando con espanto los ojos en el cadáver del conde. 118

309157

Author Pérez Escrich, Enrique

Title El manuscrito de una madre. Ed.2. Vol.3^4.

LS
P4386m

DATE. | NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED